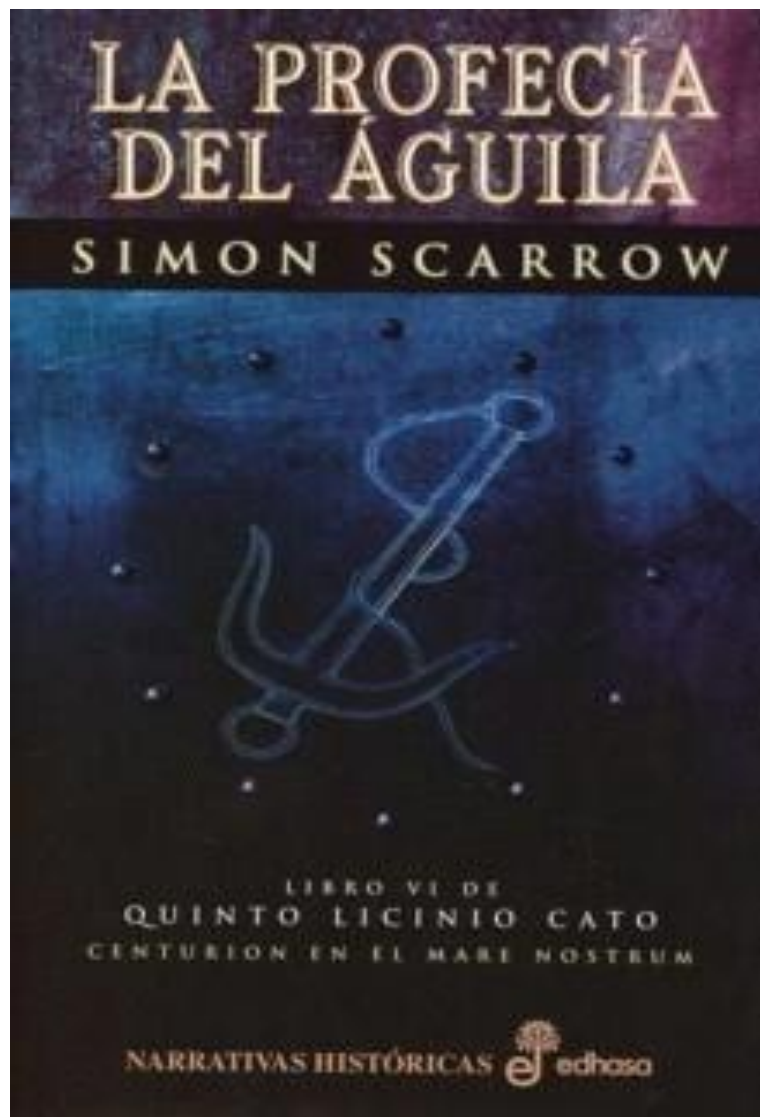


SIMON SCARROW

LA PROFECÍA DEL ÁGUILA

**LIBRO VI DE QUINTO LICINIO CATO
CENTURIÓN EN EL MARE NOSTRUM**



INTRODUCCION A LA MARINA ROMANA

Una breve introducción a la marina de guerra romana Los romanos eran renuentes a la guerra naval y no establecieron una armada permanente hasta el reinado de Augusto (27 a. C. – 14 a. C.). El contingente principal estaba dividido en dos flotas, con base en Idiseno y Rávena (donde se sitúa gran parte de esta novela).

Cada flota estaba al mando de un prefecto. No era necesario tener experiencia naval previa y el puesto era en gran medida de naturaleza administrativa.

Por debajo del rango de prefecto, es evidente la enorme influencia de la práctica naval griega en las flotas imperiales. Los comandantes de escuadrón se llamaban nearcas y tenían a sus órdenes diez barcos. Estos nearcas, al igual que los centuriones de las legiones, eran oficiales superiores de cargo vitalicio. Si lo deseaban podían solicitar el traslado a una legión con el rango de centurión. Al nearca superior de la flota también se le conocía como Navarchus Princeps; cumplía la misma función que el centurión superior de una legión y ofrecía asesoramiento técnico al prefecto cuando era necesario.

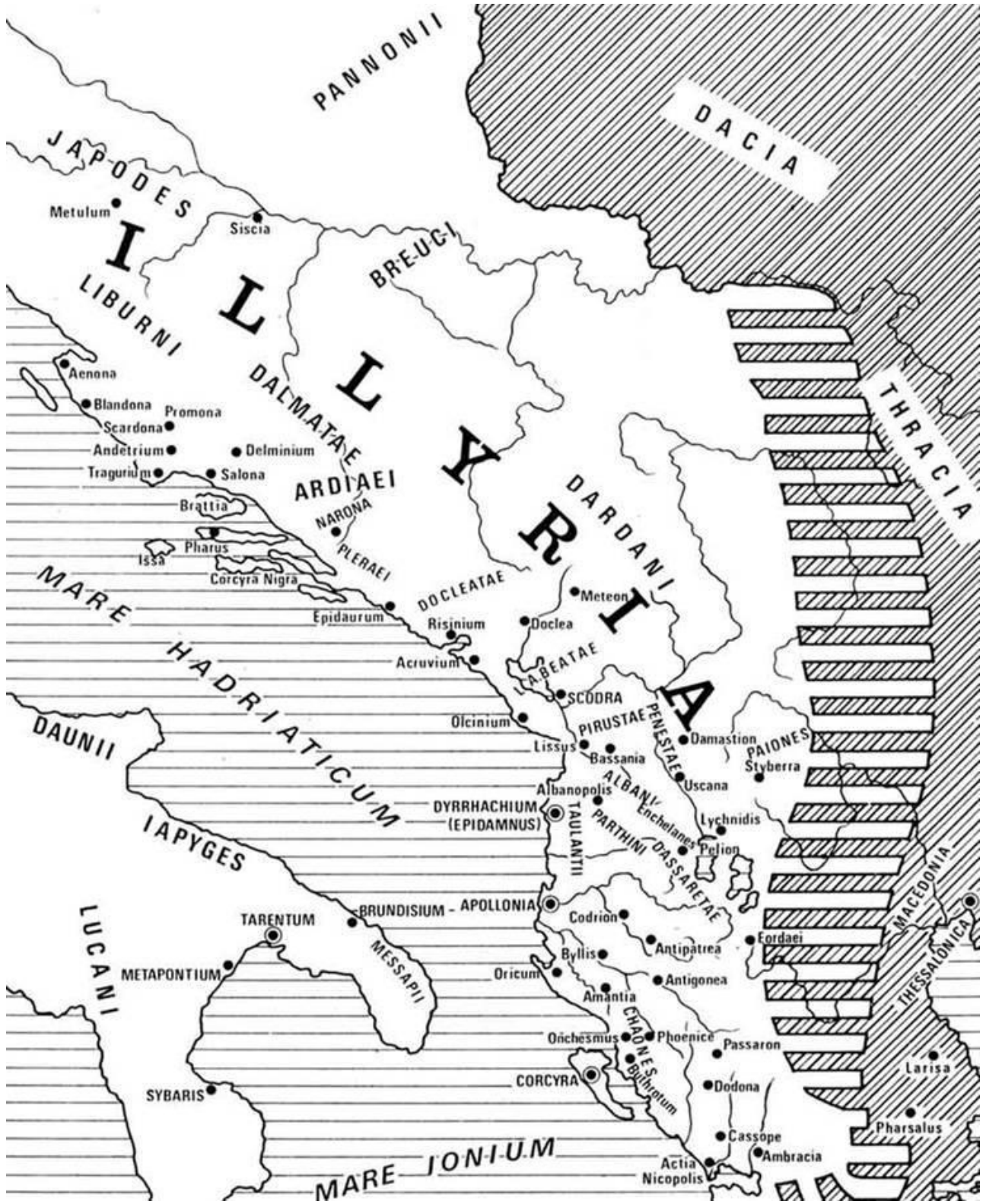
Los barcos estaban al mando de los trierarcas. Éstos, al igual que los nearcas, eran ascendidos de la tropa y tenían la responsabilidad de dirigir cada una de las embarcaciones. Sin embargo, su papel no se corresponde al de un capitán de barco moderno. Si bien se encargaban de la navegación del barco, llegada la hora del combate era en realidad el centurión a cargo de la dotación de infantes de

Marina de la nave quien actuaba como oficial superior. Es por ello que he utilizado los rangos griegos en la novela en lugar de ofrecer un equivalente que podría inducir a error.

Por lo que respecta a los barcos, la bestia de carga de las flotas era el trirreme. Los trirremes medían unos 35 metros de eslora y 6 metros de manga y cada una de ellos contaba con una tripulación de remeros y marineros, así como con una centuria de infantes de marina. Había otras clases de embarcaciones que eran proporcionalmente mayores (quinquerremes) o menores (birremes y liburnas), pero todas ellas compartían características similares y, ante todo, estaban diseñadas para maniobrar en combate con suma rapidez. Como resultado de ello, eran ligeras sobre el agua, no reunían muy buenas condiciones de navegación y resultaban horriblemente incómodas para los viajes que duraran más de un par de días.

ILIRIA

Véase mapa detallado



CAPÍTULO I

Los tres barcos se alzaron con el paso del suave oleaje bajo sus quillas. Por un momento, antes de que las embarcaciones descendieran en el seno de las olas, el puerto de Rávena quedó a la vista desde la elevada cubierta del timón del mercante. La nave estaba atrapada entre dos liburnas, asegurada mediante varios garfios de abordaje amarrados a las hitas de los barcos que tenía a ambos lados. Los piratas que iban a bordo de las liburnas habían levantado los remos y arriado las velas mayores a toda prisa antes de irrumpir a bordo del mercante. El asalto había sido reñido y sangriento.

Las pruebas de la furia de los atacantes yacían esparcidas por cubierta: cuerpos rotos de marineros despatarrados sobre oscuras manchas de sangre por la lisa y gastada tablazón del suelo. Entre ellos se contaban los cadáveres de más de una veintena de piratas y, desde la cubierta del timón, el capitán de la liburna mayor observaba la escena con el ceño fruncido. Había perdido demasiados hombres al abordar el barco. Por regla general, la aulladora oleada de piratas armados que afluían en avalancha por la borda ponía tan nerviosas a las víctimas que éstas soltaban sus armas y se rendían enseguida. Esta vez no había sido así.

La tripulación del barco mercante, junto a un puñado de pasajeros, se había enfrentado a los piratas en el mismo pasamanos de la embarcación y los había rechazado con una determinación tan enérgica como el capitán pirata no recordaba haber visto nunca antes; desde luego, no la había visto en la constante sucesión de embarcaciones comerciales que sus hombres y él habían venido apresando durante los últimos meses. Armados con picas, bicheros, cabinas y unas cuantas espadas, los defensores se habían mantenido firmes cuanto tiempo fue posible hasta que unos hombres mejor armados y que les superaban en número los obligaron a retroceder.

Al capitán pirata le habían llamado la atención cuatro de ellos en particular: hombres corpulentos y fornidos, vestidos con unas sencillas túnicas pardas y armados con espadas cortas. Habían luchado hasta el final, espalda contra espalda en torno a la base del mástil, y se habían llevado por delante a una docena de piratas antes de que éstos los arrollaran y los mataran. El propio capitán había acabado con el último de ellos, pero no sin que previamente el hombre le hubiera abierto el muslo de una cuchillada, una herida superficial que, a pesar de llevar ahora vendada con fuerza, le seguía provocando un intenso y punzante dolor.

El capitán pirata se dirigió a la cubierta principal. Se detuvo junto al mástil, empujó a uno de los cuatro cadáveres con su bota y dio la vuelta al cuerpo que quedó boca arriba. El hombre tenía la complexión de un soldado y varias cicatrices. Igual que los demás. Quizás eso explicara su habilidad con la espada. Se puso de pie sin dejar de mirar al romano muerto. Así pues, era un legionario, lo mismo que sus compañeros.

El capitán frunció el entrecejo. ¿Qué estaban haciendo unos legionarios en un barco mercante? Y no se trataba de unos legionarios cualesquiera, aquéllos eran hombres escogidos, de los mejores. No eran precisamente unos pasajeros ocasionales que regresaban de Oriente de permiso. Tampoco había duda de que habían organizado y dirigido la defensa del mercante. Y habían luchado hasta derramar la última gota de sangre, sin pensar siquiera en rendirse. «Una lástima», reflexionó el capitán. Le habría gustado ofrecerles la oportunidad de que se unieran a su tripulación. Algunos hombres lo hacían. Al resto los vendía a tratantes de esclavos que no preguntaban nada acerca de la procedencia de sus propiedades y lo bastante sensatos como para asegurarse de que estos esclavos fueran trasladados al mercado del extremo opuesto del Imperio. Una vez cortada su lengua, los legionarios hubieran resultado por igual valiosos como reclutas o esclavos; y resultaría difícil que alguien se quejara de la injusticia de su esclavitud si no podía hablar... Sin embargo, aquellos soldados estaban muertos. Una muerte que no había tenido ningún sentido, decidió el capitán. A menos que hubiesen jurado proteger algo, o a alguien. De ser así, ¿qué estaban haciendo en aquel barco?

El capitán pirata se frotó el vendaje del muslo y recorrió la cubierta con la mirada. Sus hombres habían abierto las escotillas de la bodega de carga y se pasaban el cargamento que tenía aspecto de ser más valioso para izarlo al piso superior, donde sus compañeros abrían cajas y arcones y rebuscaban entre su contenido a la caza de objetos de valor. Bajo cubierta, otros piratas registraban las posesiones de los pasajeros y a través de las tablas del suelo oía a sus pies golpes sordos y chasquidos.

El capitán pasó por encima de los cadáveres que yacían en la base del mástil y se abrió paso hacia la proa. Apretujados allí estaban los supervivientes del ataque: un puñado de marineros, en su mayoría heridos, y varios pasajeros. Lo observaron con recelo cuando se acercó. Estuvo a punto de sonreír al ver que uno de los marineros temblaba al tiempo que intentaba alejarse poco a poco de él. El capitán se obligó a mantener un rostro imperturbable. Por debajo de los enmarañados y apelmazados mechones de cabello oscuro y de una frente pronunciada, miraban unos ojos penetrantes. Tenía la nariz rota y torcida y una nudosa y blanca

cicatriz describía una ceñida curva por su barbilla, que ascendía por encima de los labios y por la mejilla. Su aspecto producía un tremendo efecto en aquellos que la contemplaban, pero aquellas heridas no eran las marcas de la experiencia de un hombre que se había dedicado toda la vida a la piratería. Más bien las había llevado consigo desde su infancia, cuando, siendo un bebé, sus padres lo habían abandonado en los barrios bajos del Pireo, pero hacía mucho tiempo que la causa de sus horribles cicatrices había caído en el olvido. Los pasajeros y la tripulación del mercante se encogieron ante el pirata cuando éste se detuvo a una espada de distancia y paseó sobre ellos la mirada de sus ojos oscuros.

—Soy Telémaco, el jefe de estos piratas —informó en griego a los aterrizados marineros—. ¿Dónde está vuestro capitán?

No hubo respuesta, sólo la nerviosa respiración de unos hombres que se enfrentaban a un cruel e inminente destino. El pirata no apartó sus ojos de ellos cuando bajó la mano y desenvainó con lentitud su falcata.

—He preguntado por el capitán.

—¡Por favor, señor! —interrumpió una voz. La mirada del pirata se desvió hacia el hombre que con tanta desesperación había retrocedido para alejarse de él. El marinero levantó el brazo y señaló con un dedo tembloroso hacia un punto más adelantado de la cubierta—. El capitán está allí... Está muerto... Ví cómo lo matabais, señor.

—¿Ah, sí? —Los gruesos labios del pirata se torcieron en una sonrisa—. ¿Cuál de ellos es?

—Está allí, señor. junto a la escotilla de popa. El gordo.

El capitán pirata miró por encima del hombro y sus ojos buscaron el cuerpo rechoncho de un hombre bajo, tumbado con los brazos y piernas extendidos sobre la cubierta. Era más bajo ahora que le faltaba la cabeza, la misma que ahora no se veía por ninguna parte. Telémaco frunció el ceño un momento hasta que recordó el instante después de haber saltado a cubierta. Frente a él, un hombre, el capitán del mercante, había soltado un grito y había dado media vuelta para huir. El reluciente filo de su falcata había descrito un arco que hendió el aire, había atravesado aquel cuello rollizo sin apenas una sacudida la cabeza del capitán se había elevado de un salto y había caído por la borda.

—Sí..., me acuerdo. —La sonrisa del pirata se ensanchó para convertirse en una mueca de satisfacción—. Entonces, ¿quién es el primer oficial?

El marinero que hasta el momento había sido el único en hablar se volvió a medias e indicó con un leve movimiento de la cabeza a un corpulento nubio que estaba de pie a su lado.

—¿Tú? —El pirata hizo un gesto con la punta de su espada.

El nubio le dirigió una mirada desdeñosa y fulminante a su camarada de a bordo antes de asentir con un cabeceo.

—Da un paso adelante. El primer oficial avanzó a regañadientes y observó a su captor con recelo. Telémaco se alegró al ver que el nubio tenía agallas para mirarlo a la cara. Al menos, entre los supervivientes había uno que se podía considerar un hombre. El pirata señaló hacia atrás, hacia los cadáveres que había en torno al pie del mástil.

—Esos hombres, esos fornidos cabrones que mataron a tantos de los míos, ¿quiénes eran?

—Guardaespaldas, señor.

—¿Guardaespaldas?

El nubio movió la cabeza en señal de afirmación.

—Embarcaron en Rodas.

—Entiendo. ¿Y a quién protegían?

—A un romano, señor.

Telémaco miró por encima del hombro del nubio a los demás prisioneros.

—¿Dónde está?

El nubio hizo un gesto de ignorancia.

—No lo sé, señor. No lo he visto desde que nos abordasteis. Puede que esté muerto. Quizá se haya caído por la borda, señor.

—Nubio... —El capitán se inclinó para acercarse más a él y le habló en un tono frío y amenazador—. No nací ayer. Muéstrame a este romano o te enseñaré qué aspecto tiene tu corazón... ¿Dónde está?

—Aquí —respondió una voz desde el fondo del grupo de prisioneros. Una figura avanzó abriéndose paso a empujones, un hombre alto y delgado con los inconfundibles rasgos de su raza: cabello oscuro, piel olivácea y la larga nariz por encima de la cual los romanos tenían tendencia a mirar con menosprecio al resto del mundo. Llevaba puesta una túnica sencilla, sin duda intentando hacerse pasar por uno de los viajeros de tercera clase que viajaban toda la travesía en cubierta. Sin embargo, la vanidad de aquel hombre era

incontenible y un caro anillo todavía adornaba el dedo índice de su mano derecha. El capitán se fijó de inmediato en el gran rubí engastado en un aro de oro.

–Será mejor que reces para que salga con facilidad... El romano bajó la mirada.

–¿Esto? Ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Mi padre lo llevó antes que yo, y mi hijo lo llevará después de mí.

–No estés tan seguro de ello. –Una chispa divertida cruzó por el rostro marcado de cicatrices del capitán–. Y bien, ¿quién eres? Cualquiera hombre que viaje con cuatro armatostes como acompañantes tiene que ser alguien influyente... y rico.

Entonces le llegó el turno de sonreír al romano.

–Más de lo que puedas imaginar.

–Lo dudo. Cuando se trata de riquezas tengo sobrada imaginación. Bueno, por mucho que me gustaría tener la rara oportunidad de compartir una charla con un hombre culto, me temo que no dispongo de tiempo. Existe la posibilidad de que uno de los vigías de Rávena fuera testigo de nuestra pequeña acción naval y haya transmitido la información al comandante de la armada local. Aunque mis barcos son buenos, dudo que pudieran derrotar a una escuadra imperial. Así pues, dime, ¿quién eres, romano? Te lo pregunto por última vez.

–Está bien. Cayo Cebo Segundo, a tu servicio. –Inclinó la cabeza.

–¡Vaya! Bonito nombre. Parece noble. Me imagino que tu familia podría apoquinar un rescate decente, ¿no?

–Por supuesto. Fija un precio, un precio razonable. Se te pagará, y luego puedes dejarme en la costa con mi equipaje.

–¿Así de sencillo? –El capitán sonrió–. Tendré que considerarlo...

–¡Capitán! ¡Capitán!

Hubo un alboroto en popa cuando un pirata salió con precipitación por la escotilla que conducía a la cámara de los pasajeros. Llevaba algo liado con una sencilla tela de lino.

–¡Mira, capitán! ¡Mira esto!

Todos los rostros se volvieron hacia aquel hombre que corría hacia la proa y que entonces cayó de rodillas mientras depositaba con sumo cuidado el fardo en el suelo y retiraba los pliegues de la tela para dejar al descubierto un pequeño cofre, fabricado con una madera lisa y oscura, casi negra. El cofre poseía un brillo vítreo que tenía la huella del tiempo y de las muchas manos que habían acariciado su superficie. La madera estaba reforzada con tiras de oro. Allí donde las bandas de oro se cruzaban, se distinguían, engastados, unos pequeños camafeos de ónice, representaciones de los más poderosos dioses griegos. Una pequeña placa de plata en la tapa contenía la leyenda: M. ANTONIUS HIC FECIT.

–¿Marco Antonio? –Por un momento, el capitán pirata quedó absorto de admiración ante la belleza de aquel objeto, luego su mente profesional empezó a calcular su precio y levantó la vista hacia el romano–. ¿Es tuyo?

El rostro de Cayo Cebo Segundo permaneció impasible.

–De acuerdo, entonces no es tuvo..., pero está en tu poder. Es una pieza magnífica. Debe de valer una fortuna.

–En efecto –admitió el romano–. Y puedes quedartelo.

–¿sí? ¿Puedo? –repuso Telémaco con mucha ironía–. Muy amable por tu parte. Creo que lo haré. El romano inclinó la cabeza gentilmente.

–Sólo permíteme conservar el contenido.

El capitán lo miró con dureza.

–¿El contenido?

–Unos cuantos libros. Algo para leer mientras se arregla el asunto del rescate.

–¿Libros? ¿Qué clase de libros se guardarían en una caja como ésta?

–Historias, nada más –se apresuró a explicar el romano–. Nada que pudiera interesarte.

–Deja que sea yo quien lo juzgue –le reconvino el capitán, y se agachó para examinar el arcón con más detenimiento.

Con una pequeña cerradura en la parte frontal, el cofre estaba tan bien hecho que sólo una línea apenas perceptible mostraba el lugar donde la tapa se unía a la mitad inferior. El capitán alzó la vista.

–Dame la llave.

–No..., no la tengo.

–Nada de juegos, romano. Quiero la llave ahora mismo. O vas a ser pasto de los peces, a trocitos pequeños.

Por un momento, el romano guardó silencio y no hizo movimiento alguno. Entonces, un reluciente destello brilló cuando el brazo del capitán se alzó con rapidez y la punta de su espada se detuvo a un dedo de distancia del cuello del romano, firme como una roca, como si nunca se hubiese movido. El romano se estremeció y en ese instante, por fin, demostró su miedo. –La llave... –exigió Telémaco en voz baja.

Segundo agarró el anillo con los dedos de la otra mano e hizo todo cuanto pudo por quitárselo. Le ceñía mucho el dedo y, al intentar sacarlo, sus arregladas uñas le arañaron la piel. Al fin, lubricado por manchas de sangre, el anillo salió acompañado de un gruñido de esfuerzo y dolor. Tras dudarle un momento, el romano le ofreció el anillo al capitán pirata, extendiendo con lentitud los dedos para descubrir el aro de oro que descansaba en la palma de su mano; sólo que éste no era un anillo. En su parte inferior, y paralela al dedo, sobresalía una pequeña espiga trabajada con elegancia y con un ornamentado dispositivo en el extremo.

–Ten. –El romano hundió los hombros con aire derrotado cuando el capitán pirata agarró el anillo y metió la llave en la cerradura. La llave estaba diseñada para ser insertada en una sola posición y le costó un poco encontrar la orientación correcta. Mientras tanto, el resto de miembros de su tripulación avanzó en tropel para ver lo que ocurría. La llave encajó en su sitio y el capitán la hizo girar. Se oyó un suave ruidito seco y la tapa se levantó ligeramente. Telémaco la alzó con dedos ávidos, empujándola sobre sus goznes para dejar el contenido al descubierto.

Puso mala cara.

–¿Rollos?

En el pequeño arcón descansaban tres grandes rollos de pergamino, sujetos a unas varillas de marfil y cubiertos con unas fundas de cuero blando. Las fundas estaban tan descoloridas y manchadas que el capitán supuso que los libros debían de ser antiguos. Se los quedó mirando con expresión decepcionada. Un arca como aquélla tenía que haber contenido una fortuna en joyas o monedas, no libros. ¿Por qué iba a viajar un hombre con un cofre tan maravilloso sólo para utilizarlo como transporte de unos cuantos rollos gastados?

–Ya te lo dije –el romano forzó una sonrisa–, no son más que rollos.

El pirata le lanzó una mirada perspicaz.

–¿Sólo rollos? No lo creo.

Se puso de pie y se volvió hacia su tripulación.

–¡Llevad este cofre y el resto del botín a nuestros barcos! ¡En marcha!

Los piratas se concentraron al instante en su tarea y trasladaron a toda prisa los artículos más valiosos del cargamento a las cubiertas de las dos liburnas abarloadas. La mayor parte de la carga era mármol, valioso pero demasiado pesado para embarcarlo en sus naves. No obstante, sí tenía una utilidad inmediata, pensó el capitán pirata con una maliciosa mueca. Mandaría el barco directo al fondo del mar cuando llegara el momento.

–¿Qué vas a hacer con nosotros? –preguntó Segundo.

El capitán pirata dejó de lado la supervisión de sus hombres y al girarse vio que los marineros lo observaban expectantes, sin esforzarse por ocultar su miedo.

Telémaco se rascó la incipiente barba del mentón.

–Hoy he perdido a unos cuantos hombres buenos. Demasiados hombres buenos. Tendré que apañarme con algunos de los vuestros.

El romano adoptó un aire despectivo.

–¿Y si no queremos unirnos a vosotros?

–¿Queremos? –El capitán le dirigió una lenta sonrisa–. Un consentido aristócrata romano no me sirve de nada. Tú te quedarás con el resto, con los que no van a venir con nosotros. –Entiendo. –El romano entornó los ojos y dirigió la mirada hacia el horizonte, hacia el lejano faro de Rávena, calculando la distancia.

De pronto el capitán se echó a reír y meneó la cabeza.

–No, no lo entiendes. No vais a obtener ayuda de vuestra armada. Tú y los demás ya llevaréis mucho tiempo muertos antes de que puedan mandar un barco hasta aquí. Además, no va a quedar nada que puedan encontrar. Tú y este barco os vais a hundir juntos.

Telémaco no aguardó una respuesta, sino que se dio la vuelta con rapidez, cruzó la cubierta a grandes zancadas y se deslizó hasta la de su embarcación con la facilidad que da la experiencia. El cofre ya lo estaba esperando al pie del mástil, pero apenas le dedicó una breve mirada codiciosa cuando se detuvo para gritar sus órdenes.

–¡Héctor!

La cabeza entrecana de un fornido gigante se alzó por encima del pasamanos del mercante.

–¿Sí, jefe?

—Prepáralo todo para incendiar la embarcación. Pero antes escoge a los mejores de entre los prisioneros. Quiero que los llesves a bordo de tu barco. Al resto puedes matarlos. Deja a ese cerdo arrogante romano para el final. Quiero que sude un poco antes de que te encargues de él.

Héctor esbozó una sonrisa burlona y desapareció de su vista. Poco después se oyó un estrépito de astillazos cuando los piratas se pusieron a arrancar algunos maderos para hacer una pira en la bodega del mercante. El capitán concentró de nuevo su atención en el cofre y se acuclilló otra vez delante de él. Al mirarlo con detenimiento, advirtió que se trataba de una magnífica pieza de artesanía. Sus dedos acariciaron el intenso lustre de la superficie y se deslizaron con delicadeza por encima del oro y los camafeos de ónice. Telémaco volvió a menear la cabeza.

—Rollos...

Valiéndose de ambas manos, el capitán abrió el cierre y levantó con suavidad la tapa. Se detuvo un momento y luego metió la mano dentro y sacó uno de los rollos de pergamino. Era mucho más pesado de lo que había creído y, por un instante, se preguntó si no habría alguna cantidad de oro oculto en su interior. Sus dedos intentaron desatar la correa y, al levantar el rollo para ver mejor el nudo, percibió un débil aroma a cidra que emanaba del libro. El nudo se deshizo tras un pequeño esfuerzo, el pirata dejó la correa a un lado con una sacudida y sostuvo el extremo del pergamino con una mano mientras con la otra desenrollaba las primeras páginas.

Estaba escrito en griego. La caligrafía era anticuada pero bastante legible y Telémaco empezó a leer. Al principio, mientras sus ojos iban recorriendo cada línea del texto, sus rasgos denotaron un sentimiento de confusión y frustración.

De la cubierta del mercante llegó un repentino chillido de terror que se interrumpió bruscamente. Una breve pausa y luego otro grito, seguido de una voz que balbuceó pidiendo clemencia antes de quedar cortada también de pronto. El capitán sonrió. No habría clemencia. Conocía lo suficiente a su subordinado, Héctor, para saber que disfrutaba muchísimo matando a otros hombres. Se distinguía en el arte de infligir dolor, más que en la habilidad de comandar una embarcación pirata de líneas elegantes y tripulada por algunos de los hombres más sedientos de sangre que había conocido nunca. El capitán volvió a concentrarse en el rollo y siguió leyendo, aun cuando más gritos hendieron el salado aire que corría. Al cabo de un momento encontró una frase que se lo aclaró todo. La comprensión lo invadió como una fría oleada y entendió qué era lo que sostenía en sus manos. Supo dónde se había escrito, quién lo había escrito y, lo más importante, supo lo mucho que podrían valer esos rollos. Entonces se le ocurrió: una vez encontrara a los clientes adecuados, podía pedir cualquier precio por ellos.

De repente volvió a dejar el rollo en el arcón y se levantó de golpe.

—¡Héctor! ¡Héctor!

Una vez más, la cabeza del hombre se divisó por encima del costado del barco capturado. Apoyado en el pasamanos, en una mano sostenía una larga daga curva de la que goteaba sangre que caía al mar entre las dos embarcaciones.

—Ese romano... —empezó a decir Telémaco—, ¿lo has matado ya?

—Todavía no. Es el siguiente. —Héctor sonrió satisfecho—. ¿Quieres mirar?

—No, lo quiero vivo.

—¿Vivo? —Héctor frunció el ceño—. Es demasiado blando para nosotros. No nos va a servir de nada.

—¡Ya lo creo que nos va a ser útil! Nos va a ayudar a hacernos más ricos que Creso. ¡Tráemelo inmediatamente!

Momentos después, el romano aguardaba hincado de rodillas en la cubierta, junto al mástil. Miraba al capitán y a su esbirro asesino con el pecho palpitante. El capitán se fijó en que su actitud seguía siendo desafiante. Aquel hombre era romano hasta la médula y no había duda de que, detrás de su fría expresión, el desprecio por sus captores sobrepasaba con creces el terror que debía de sentir mientras aguardaba la muerte. El capitán le propinó unos golpecitos en el pecho con la punta de su bota.

—Sé lo de los rollos. Sé lo que son y puedo imaginar adónde los llevas.

—¡Pues sigue imaginando! —El romano escupió en cubierta a los pies de su captor. ¡No te diré nada!

Héctor alzó su daga y se abalanzó sobre él con un gruñido:

—¡Ahora verás...!

—¡Déjalo! —espetó el capitán, que extendió la mano con brusquedad—. He dicho que lo quiero vivo.

Héctor se detuvo, la mirada de sus ojos asesinos se posó en su capitán, luego en el romano y de nuevo en su capitán.

—¿Vivo?

–Sí... Va a responder a unas cuantas preguntas. Quiero saber para quién trabaja.

–No voy a contarte nada –insistió el romano con desdén.

–¡Oh, sí! Sí que lo harás. –El capitán se inclinó sobre él–. Crees que eres valiente. Eso ya lo veo. Pero he conocido a muchos hombres valientes en mi vida, y ninguno de ellos ha resistido mucho tiempo frente a Héctor, aquí presente. Él sabe cómo infligir dolor y hacer que dure, y lo sabe más que ningún otro hombre que haya conocido. Es una especie de genio. Un artista de la tortura, si quieres decirlo así. Un gran apasionado de su arte...

El capitán miró con fijeza a los ojos de su prisionero hasta que al final el romano se estremeció. Telémaco sonrió mientras se erguía y se volvió hacia su subordinado.

–Mata a los demás lo más rápido que puedas. Luego incendia el barco. En cuanto lo hayas hecho, te quiero aquí, a bordo. El tiempo que tardemos en volver a casa lo pasaremos con nuestro amigo...

A la vez que la luz de la tarde caía sesgadamente sobre la ondulada superficie del mar, una espesa y arremolinada nube de humo envolvió al saqueado mercante. Unas lenguas de fuego se alzaron en medio de la humareda cuando, bajo cubierta, las llamas prendieron y se extendieron por toda la embarcación. El fuego no tardó en llamear y las jarcias, una ardiente tracería de cuerdas, se incendiaron como decoraciones infernales. Los chasquidos y estallidos de la madera ardiendo y el rugido de las llamas eran del todo audibles para los hombres que se hallaban en las cubiertas de los dos barcos piratas, aquellas naves que se alejaban en dirección contraria a las costas de Italia. Mucho más allá del horizonte se hallaba el litoral de Iliria, con su laberinto de ensenadas e islas desiertas y remotas. Los sonidos del barco que se consumía fueron desvaneciéndose con lentitud tras ellos.

Poco después, el único sonido que rompió la serenidad de las embarcaciones que se deslizaban por el mar fueron los gritos enloquecidos de un hombre sometido a una clase de tortura que no había concebido ni en sus más horribles pesadillas.

CAPÍTULO II

–Roma..., mierda... –gruñó el centurión Macro, mientras se incorporaba con cuidado en el jergón y se le crispaba el rostro del dolor de cabeza que tenía–. Todavía estoy en Roma.

Un débil rayo de luz pasaba a través del postigo roto, penetraba en la sombría habitación y le daba de lleno en la cara. Él cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados, y respiró lenta y profundamente. La noche anterior se había emborrachado hasta perder el sentido y, como siempre, se juró que nunca más volvería a probar el vino barato. Los tres meses anteriores habían estado plagados de juramentos parecidos. En realidad, su frecuencia había aumentado de manera preocupante en los últimos días, cuando Macro había empezado a dudar que él y su amigo Cato llegaran a conseguir alguna vez un nuevo destino.

Daba la impresión de que había pasado un siglo desde que los habían obligado a abandonar la Segunda Legión en Britania para regresar a Roma. Macro estaba desesperado por volver a la vida militar. Tenía que haber algunas vacantes en cualquiera de las legiones desperdigadas por las vastas fronteras del Imperio. Sin embargo, al parecer, todos los centuriones que estaban en servicio activo disfrutaban de una insoportable buena salud. O eso, pensaba Macro con cara de pocos amigos, o es que existía algún tipo de conspiración para no incluirlos ni a él ni al centurión Cato en la lista del servicio activo y tenerlos a la espera del cobro de sus pagas atrasadas. Un absoluto desperdicio de sus muchos años de experiencia, pensaba él, que estaba que echaba humo. Y un mal comienzo para Cato, que no hacía ni siquiera un año que había sido ascendido a centurión.

Macro abrió un ojo y miró por encima de las tablas desnudas hacia el otro extremo de la pequeña habitación. Los oscuros y despeinados rizos de Cato sobresalían por debajo del montón de capas y mantas que desbordaba los baratos jergones en los que dormían. Los raídos colchones, rellenos de paja y con olor a moho, eran casi los únicos objetos que incluía el inventario cuando alquilaron aquella habitación.

–Cato... –Macro lo llamó en voz baja, pero no recibió respuesta. Ni un solo movimiento. Macro pensó que el muchacho continuaba dormido. Bueno, pues lo dejaría dormir. Estaban a finales de enero, las mañanas eran frías y no tenía sentido levantarse antes de que el sol se hubiera alzado lo suficiente como para calentar un poco a la abarrotada ciudad. Al menos no era como el frío que habían soportado durante el último invierno en Britania y que te entumecía la mente. La infinita tortura de aquel clima frío y húmedo se había

introducido en el mismísimo corazón de los legionarios y los había hecho pensar con melancolía en su hogar. Ahora Macro estaba en casa, pero la terrible frustración de subsistir a duras penas con unos ahorros cada vez más reducidos lo estaba volviendo loco.

Macro alzó la mano para rascarse la cabeza, maldiciendo a los piojos que parecían reproducirse en todos los rincones de aquella ruinoso casa de vecindad.

–Estos malditos piojos también están metidos en el ajo –maldijo entre dientes–. ¿Es que todo el mundo la ha tomado conmigo últimamente? Algo de razón tenía al quejarse. Durante casi dos años enteros, Cato y él se habían abierto camino luchando contra las tribus salvajes de Britania y habían participado en la derrota de Carataco y su horda celta. ¿Y cuál era la recompensa por todos los peligros a los que se habían enfrentado? Una habitación húmeda en una ruinoso casa de vecindad de los barrios bajos de la Suburra mientras esperaban una nueva llamada para incorporarse al servicio. Y lo peor de todo era que, debido a ciertas sutilezas burocráticas, todavía no les habían pagado nada desde su llegada a Roma, y en aquellos momentos Macro y Cato se habían gastado casi todo el dinero que habían traído de Britania.

Un distante barullo de voces y gritos llegaba desde el Foro mientras la ciudad cobraba vida con lentitud bajo el resplandor mortecino de un amanecer de invierno. Macro se estremeció y se echó la gruesa capa del ejército sobre sus anchos hombros. Haciendo una mueca de dolor por el rítmico martilleo que repicaba en su cabeza, se levantó poco a poco y cruzó la habitación arrastrando los pies, hacia los postigos. Liberó la cuerda del clavo combado que aseguraba los dos paneles de madera y luego empujó hacia fuera el que estaba roto. La luz inundó la habitación al tiempo que las desgastadas bisagras chirriaban a modo de protesta, y Macro entornó los ojos para protegerse del repentino fulgor. Pero sólo un momento. Una vez más, la en esos días demasiado familiar vista de Roma se abrió ante él y no pudo evitar sentirse sobrecogido por el espectáculo de la ciudad más fabulosa del mundo. Las habitaciones más altas de la casa de vecinos, construida en la parte menos elegante de la colina del Esquilino, daban, por encima del abarrotamiento disparatado de la miseria de la Suburra, a los imponentes templos y palacios que rodeaban el Foro y, más allá, a los almacenes que se agolpaban a lo largo de las orillas del Tíber.

Le habían dicho que cerca de un millón de personas vivían apiñadas dentro de las murallas de Roma. Desde el lugar en el que se encontraba Macro, era una cifra perfectamente creíble. Frente a él, un caos geométrico de tejas descendía por la ladera y los estrechos callejones que corrían entre ellas sólo podían adivinarse allí donde era visible el mugriento enladrillado de los niveles superiores de los apartamentos. Un velo de humo de leña flotaba sobre la ciudad y su acre olor tapaba incluso el fuerte hedor a orina que ascendía del batán instalado en los bajos de la casa de vecindad de Macro. Ni siquiera entonces, tras más de tres meses en la ciudad, había podido acostumbrarse Macro a la penetrante fetidez del lugar. Tampoco a la inmundicia que había en las calles: una oscura mezcla de excrementos y sobras de comida en descomposición entre las que no rebuscaría ni aun el más miserable de los mendigos. Y por todas partes el denso agolpamiento de cuerpos que circulaban por las calles: esclavos, mercaderes y artesanos. Llegados de todo el Imperio, seguían portando los símbolos de sus civilizaciones en una mezcla exótica de colores y estilos. En torno a ellos se arremolinaba la apática masa de ciudadanos nacidos libres que iba en busca de alguna forma de entretenimiento que la divirtiera cuando no estaba haciendo cola para el reparto de grano. Aquí y allá las literas de los ricos eran transportadas por encima y aparte del resto de Roma, mientras sus propietarios se acercaban pomadas a la nariz para respirar un aroma más fragante que la fuerte atmósfera que abrazaba la ciudad.

Aquella era la realidad de la vida en Roma ante la que Macro se sentía abrumado. El centurión se maravillaba ante esa concentración de humanidad capaz de tolerar semejante ofensa para los sentidos sin anhelo de la libertad y la frescura de una vida bien alejada de la ciudad. Estaba seguro de que Roma no tardaría en hacerlo enloquecer.

El centurión apoyó los codos en el desgastado alféizar y miró hacia la sombría calle que pasaba junto a la casa de vecindad. Sus ojos se deslizaron por el sucio enladrillado de la pared que se extendía desde su ventana en una caída de vértigo que escorzaba a la gente que pasaba por debajo, transformándola en insectos de cuatro extremidades, distantes y prescindibles por igual, mientras se escabullían por la oscura calle. Aquella habitación en la séptima planta de su edificio era el lugar más alto construido por el hombre en el que Macro había estado, y la altura hizo que se sintiera un poco mareado.

–Mierda...

–¿Qué es una mierda?

Macro se dio la vuelta para descubrir que Cato estaba despierto y se frotaba los ojos al tiempo que su mandíbula se estiraba en un bostezo.

–Yo. Me siento como una mierda.

Cato escrutó a su amigo y meneó la cabeza en señal de desaprobación.

–Tu aspecto sí que es el de una mierda.

–Gracias.

–Será mejor que te laves.

–¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? No hay necesidad de esforzarse cuando no hay nada que hacer en todo el día.

–Somos soldados. Si ahora nos descuidamos, ya nunca volveremos a recuperar el ritmo. Además, cuando se ha sido legionario siempre se es legionario. Ale lo dijiste tú. –¿sí? –Macro arqueó una ceja y se encogió de hombros–. Debía de estar borracho.

–¿Cómo lo sabes?

–¡No seas tan impertinente! –refunfuñó Macro, al tiempo que notó que la cabeza empezaba de nuevo a darle vueltas–. Necesito descansar un poco más.

–No puedes descansar. Tenemos que prepararnos. –Cato cogió sus botas, se las puso y empezó a atar las tiras de cuero.

–¿Prepararnos? –Macro se volvió hacia él–. ¿Prepararnos para qué?

–¿Se te ha olvidado?

–¿Olvidado? ¿Qué se me ha olvidado?

–Nuestra cita en palacio. Te lo expliqué anoche, cuando te encontré en esa taberna.

Macro frunció el entrecejo mientras forzaba su mente para recuperar los detalles de la borrachera de la noche anterior.

–¿En cuál?

–El Parto Pintado –respondió Cato con paciencia–. Estabas bebiendo con algunos veteranos de la Décima, me acerqué y te dije que había conseguido una entrevista con el procurador a cargo de los destinos de la legión. A la hora tercera. De manera que no disponemos de mucho tiempo para desayunar, lavarnos y equiparnos antes de dirigirnos a palacio. Hoy hay carreras en el Circo Máximo; tendremos que salir pronto si queremos evitar las aglomeraciones. No te iría mal comer algo. Algo que te asiente el estómago.

–Dormir –replicó Macro en voz baja, al tiempo que se dejaba caer en su jergón y se acurrucaba bajo su capa–. Dormir es lo que me asentará el estómago estupendamente.

Cato terminó de atarse las botas y se puso de pie, agachando la cabeza para evitar golpeársela contra la viga que atravesaba la habitación; una de las pocas ocasiones en las que sacarle una cabeza de estatura a Macro resultaba una desventaja. Cato cogió la bolsa de cuero llena de cebada molida que estaba junto al resto de su equipo, apoyado contra la pared al lado de la puerta. La desató y vertió un poco de cereal en cada uno de sus platos de campaña antes de volver a enrollar la bolsa y anudarla otra vez para evitar que los ratones se metieran dentro.

–Iré a preparar las gachas. Puedes empezar a lustrar la coraza mientras estoy fuera.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de su amigo, Macro cerró los ojos de nuevo y trató de no hacer caso al dolor de cabeza. Tenía un nudo en el estómago y una sensación de vacío. Le sentaría bien comer algo. El sol ya estaba más alto y volvió a abrir los ojos. Soltó un gruñido, arrojó la capa a un lado y se dirigió hacia los montones de armadura y equipo apoyados junto a la puerta. A pesar de que compartían el rango de centurión, Macro tenía unos doce años más de experiencia que Cato. En ocasiones, resultaba extraño encontrarse obedeciendo alguna de las instrucciones del muchacho. No obstante, ya no estaban de servicio activo, se recordó Macro con amargura. El rango era en gran parte irrelevante. En cambio, sí eran dos amigos que luchaban por sobrevivir hasta que por fin recibieran los atrasos de los mezquinos funcionarios del tesoro imperial. De ahí la necesidad de calcular hasta el último sestercio mientras aguardaban un nuevo destino. No era una tarea fácil, cuando Macro tendía a gastarse en bebida los pocos ahorros de que disponía. El estrecho hueco de la escalera se hallaba iluminado por unas aberturas hechas en la pared de cada segundo descansillo y Cato, con las manos llenas, tuvo que avanzar con cuidado por las viejas y chirriantes tablas. En torno a él oía los sonidos de otros inquilinos que se levantaban: el berreo de los niños pequeños, los desafortados gritos de sus padres y los murmullos quedos y huraños de los que se enfrentaban a un largo día de trabajo en algún punto de la ciudad. Aunque había nacido en Roma y se había criado en palacio hasta que fue lo bastante mayor para que lo enviaran a las legiones, Cato nunca había tenido ninguna razón para visitar los barrios bajos, y no digamos para entrar en una de las altísimas casas de vecinos que atestaban los pobres

de la capital. Se había quedado impresionado al darse cuenta de que unos ciudadanos nacidos libres podían vivir de ese modo. Jamás se había imaginado semejante miseria. Hasta los esclavos de palacio vivían en mejores condiciones. Mucho mejores.

Al pie de las escaleras, Cato torció hacia el interior del edificio y salió al sombrío patio donde estaba el fogón comunitario. Un anciano arrugado removía una gran olla ennegrecida y la atmósfera estaba cargada del olor de las gachas. Incluso a aquella hora tan temprana, Cato ya tenía a alguien por delante en la cola, una mujer delgada y pálida que vivía con una familia numerosa en una habitación del sexto piso, justo debajo de Macro y Cato. Su esposo trabajaba en los almacenes; un hombre grandote y hosco cuyos gritos, y las palizas que propinaba a su esposa e hijos cuando iba borracho, se oían con claridad desde la habitación de arriba. Al sentir el sonido de las botas claveteadas de Cato sobre las losas del suelo, la mujer volvió la cabeza y miró por encima del hombro. Se había roto la nariz hacía tiempo y aquel día una fuerte contusión en el ojo y la mejilla completaban su rostro. Aun así, esbozó una sonrisa y Cato se obligó a devolvérsela, por lástima. Podría tener cualquier edad comprendida entre veinte y cuarenta años, pero la agotadora tarea de criar a una familia y la tensión constante de andar de puntillas alrededor del bruto de su marido la habían dejado reducida a lo que, allí de pie, descalza y vestida con una túnica andrajosa, con un balde de bronce en una mano y en la otra un bebé dormido apretado contra su cadera, apenas era un trazo consumido por la desesperación.

Cato miró hacia otro lado, pues no quería tener más contacto visual con ella, y se sentó en el extremo más alejado del banco a esperar su turno en el fogón. En los arcos del otro extremo del patio, los esclavos del batán ya estaban trabajando con la entrada de la primera tanda de colada: una carretilla de túnicas y togas de una de las casas adineradas a las que prestaban sus servicios. Las prendas se arrojaron directamente a la tina de tratamiento llena de orina donde los esclavos, desnudos de cintura para arriba, trabajaron y desmugraron la tela. Cato se recordó que tenía que bajar el cubo de su habitación después de desayunar. Obtendría así unos pocos ases por el contenido, al menos lo suficiente para comprar algo de beber y, por lo tanto, para empezar a llenar el próximo cubo, pensó con una sonrisa.

—Hola, centurión.

Cato levantó la vista y advirtió que la esposa del batanero había salido de sus instalaciones y le estaba sonriendo. Era más joven que Cato y ya llevaba tres años casada con el avejentado propietario del negocio. Había sido un buen matrimonio para aquella guapa pero ordinaria chica de la Suburra, que ya tenía planes para el negocio una vez su marido hubiese fallecido. Claro que necesitaría un socio con el que compartir sus ambiciones cuando llegara el momento. De forma voluntaria, le había transmitido dicha información a Cato en cuanto éste se mudó a la casa de vecinos, y la insinuación era muy clara.

—Buenos días, Velina. —Cato la saludó con un gesto de la cabeza—. Me alegro de verte.

Desde el otro extremo del banco llegó un resoplido de desprecio perfectamente audible.

—No le hagas caso —indicó Velina con una sonrisa—. La señora Gabinio se cree mejor que el resto de nosotros. ¿Cómo sigue ese mocoso de Cayo? ¿Sigue metiendo las narices donde no lo llaman?

La mujer delgada apartó la mirada de Velina y estrechó al niño contra su pecho sin responder. Velina se puso las manos en las caderas y alzó la cabeza con una triunfante expresión desdeñosa antes de volver de nuevo su atención hacia Cato.

—¿cómo está hoy mi centurión? ¿Alguna noticia? Cato negó con la cabeza.

—Todavía no hay destino para ninguno de los dos. Pero esta mañana vamos a ver a una persona en palacio. Puede que más tarde tenga alguna novedad.

—Vaya... —Velina frunció el ceño—. Supongo que tendría que desearte buena suerte.

—Estaría bien.

Ella se encogió de hombros.

—Aunque no sé por qué te molestas. ¿Cuánto tiempo hace ya? ¿Cinco meses?

—Tres.

—¿Y si no hay nada para ti? Tendrías que pensar en hacer otra cosa con tu vida. Algo más gratificante. — Arc lueó una ceja y acto seguido hizo un mohín—. Un joven como tú podría llegar muy lejos con la compañía adecuada.

—Tal vez. —Cato notó que se ruborizaba y dirigió la mirada hacia el fogón. La manifiesta atención que recibía por parte de Velina lo avergonzaba, y estaba desesperado por abandonar el patio antes de que la chica elaborara más planes para él.

El viejo que estaba removiendo sus gachas levantó la olla humeante de la rejilla de hierro y se dirigió con cuidado hacia las escaleras. La esposa de Gabinio cogió sus cacharros.

–Disculpa. –Cato se levantó–. ¿Te importa si paso yo primero?

La mujer alzó la vista y, por un instante, sus ojos hundidos fijaron en él una fría mirada.

–Es que esta mañana tenemos prisa –se apresuró a explicar Cato–. Tenemos que estar en pie y salir lo antes posible. –Puso cara de súplica e inclinó la cabeza un poco en dirección a la esposa del batanero. La mujer delgada frunció la boca en una sonrisa, miró a Velina con un deleite apenas disimulado y distinguió la mirada frustrada de la otra.

–Por supuesto, señor. Puesto que estáis tan desesperado por marcharos...

–Gracias. –Cato se lo agradeció con una inclinación y colocó los platos de campaña sobre la rejilla caliente. Echó un poco de agua de la artesa con un cucharón, la mezcló con la avena molida y empezó a removerlo todo mientras se calentaba. Velina soltó un bufido, se dio la vuelta y regresó al batán con paso resuelto.

–¿De modo que todavía te tiene echado el ojo? –Macro esbozó una mueca burlona mientras rebañaba el fondo de su plato de campaña con un pedazo de pan.

–Me temo que sí. –Cato había terminado de comer y estaba encerando su correa de cuero con un trapo viejo. Las medallas de plata que había ganado en batalla brillaban como monedas recién acuñadas prendidas en el arnés. Ya llevaba puesta su gruesa túnica militar y la coraza de escamas y se había sujetado las grebas bruñidas a las piernas. Puso un poco más de cera en el trapo y restregó el cuero reluciente con él.

–¿Vas a hacer algo al respecto? –prosiguió Macro, intentando no burlarse.

–¡Ni muerto! Ya tengo bastantes preocupaciones tal como están las cosas. Si no salimos pronto de aquí, me voy a volver loco.

Macro meneó la cabeza.

–Eres joven. Deben de quedarte unos veinte o veinticinco años bien buenos de servicio por delante. Hay tiempo de sobra. Para mí es distinto. Quince años más a lo sumo. Es probable que el próximo destino sea la última oportunidad que tenga de conseguir el dinero suficiente para mi retiro.

Su voz denotaba un evidente dejo de preocupación, y Cato hizo una pausa en su tarea y levantó la vista.

–Entonces será mejor que nos aseguremos de aprovechar al máximo esta mañana. Me he pasado días apostado en la oficina del secretario para obtener esta cita. No vayamos a llegar tarde.

–De acuerdo, muchacho. Ya lo he captado. Me prepararé.

Al cabo de un rato. Cato retrocedió ante Macro y lo examinó con una mirada crítica.

–¿Qué tal me veo?

Cato ojeó a su amigo y frunció los labios.

–Estás bien. Y ahora vámonos.

Cuando los dos oficiales salieron de la oscura escalera a la calle frente a la casa de vecindad, las cabezas se volvieron para no perderse detalle del espectáculo de las armaduras lustrosas y las capas de un rojo brillante, recién lavadas, que todavía conservaban el penetrante olor del batán. Ambos llevaban puesto el casco y las magníficas cimeras de crin se abrían en abanico sobre el reluciente metal. Con el sarmiento de vid en una mano mientras la otra descansaba sobre el puño de la espada, Cato se irguió y enderezó la espalda.

Alguien soltó un silbido de admiración y, al girarse, Cato vio a Velina apoyada en la jamba de la puerta de la calle del negocio de su esposo.

–¡Vaya, menudo aspecto que tenéis los dos! La verdad es que podría interesarme alguien vestido de uniforme... Macro le replicó con malicia.

–Estoy seguro de que eso podría arreglarse de algún modo. Me pasaré por ahí cuando regresemos de palacio. Velina esbozó una débil sonrisa.

–Eso estaría bien... veros a los dos.

–Yo primero –repuso Macro.

Cato lo agarró del brazo.

–Llegaremos tarde. Vamos. Macro le guiñó el ojo a Velina y salió con Cato. Marcharon llamativamente hombro con hombro cuesta abajo, en dirección al Foro y hacia los relucientes pilares del enorme palacio imperial que se alzaba en la colina del Capitolio.

CAPÍTULO III

–Centuriones Macro y Cato: –El soldado de la Guardia Pretoriana arrugó el ceño mientras echaba un vistazo a la tablilla que tenía frente a él, sobre la mesa–. No están en la lista.

Macro le sonrió.

–Mira otra vez. Y mira bien, no sé si me entiendes.

El soldado alzó los hombros con un suspiro de cansancio para dejar del todo claro que ya había pasado por eso muchas veces. Se apartó de la mesa, se echó hacia atrás y meneó la cabeza.

–Lo siento, señor. Tengo mis órdenes. No pueden entrar en palacio a menos que sus nombres aparezcan en la lista.

–Pero es que sí estamos en la lista –insistió Cato–. Tenemos una cita en el Departamento del Ejército. Con el procurador a cargo de los destinos de la legión. Ahora mismo, de modo que déjanos entrar.

El guardia enarcó una ceja.

–Sabe cuántas veces han intentado engañarme así, señor?

–Te digo la verdad.

–Sólo es verdad si están en la lista, señor. No están en la lista, de modo que no tienen una cita.

–Espera un momento. –Cato concentró su atención en el soldado–. Mira, es evidente que ha habido algún error. Te aseguro que tenemos una cita. La concerté ayer con el ordenanza del procurador. Se llamaba Demetrio. Avísalo que estamos aquí. El confirmará la historia.

El guardia se volvió hacia un grupo de chicos esclavos que estaban agachados en una hornacina, a un lado de la columnata de entrada al palacio.

–¡Tú! Ve al Departamento del Ejército. Busca a Demetrio y dile que aquí hay dos oficiales que afirman tener una cita para ver al procurador.

–Gracias –masculló Cato, y tiró de Macro para alejarlo de la mesa del soldado, conduciéndolo hacia los bancos que flanqueaban las paredes a ambos lados de la entrada.

Mientras tomaban asiento Macro refunfuñó:

–Cabrón oficioso. ¡Dioses! Me gustaría tenerlo unas cuantas horas en la plaza de armas practicando una dura instrucción. No tardaríamos en comprobar lo fuerte que es. ¡Malditos pretorianos! Piensan que el mundo les debe la vida. Y los de la guardia de palacio son los más holgazanes de todos.

Aguardaron en silencio el regreso del mensajero y Cato dirigió sus ojos hacia el vasto edificio del palacio que se alzaba, imponente, sobre ellos. Construidas en la falda del monte Palatino, varias hileras de viviendas se erguían por encima del foro. Cato se había criado entre aquellos muros, los mismos que habían supuesto todo su mundo hasta que su padre murió y fue enviado a unirse a las legiones, hacía ya más de dos años. Ahora, las paredes y columnas que antes le eran familiares, le resultaban extrañas y, de algún modo, le parecían más pequeñas. Pero claro, pensó él, había abandonado el palacio siendo poco más que un niño, había viajado por el Imperio, había cruzado el mar y había conocido los horrores de la batalla. Por fuerza, eso tenía que haberlo cambiado y hacer que su visión del mundo fuera distinta. No obstante, se acongojó al sentirse como un extraño ante los colosales muros que tantos recuerdos albergaban para él. De pronto, tuvo la sensación de ser mucho mayor de lo que era y se estremeció, arrebujándose en la capa militar que le cubría los hombros.

Cuando el muchacho mensajero regresó, tuvo un quedo intercambio de palabras con el soldado de la Guardia Pretoriana antes de que éste se diera la vuelta e hiciera una seña a los dos centuriones.

Miró a Cato y asintió con la cabeza.

–Al parecer teníais razón, señor. Demetrio les recibirá ahora.

–¡yaya! Así que nos recibirá, ¿eh? –terció Macro con desdén–. Es sumamente amable por su parte.

El pretoriano esbozó un gesto irónico.

–Ni os lo imagináis. Bien, seguid a este chico.

Marcharon a través del pórtico de entrada, cruzaron un pequeño patio y entraron en el cuerpo principal del palacio. En su interior, los clavos de hierro de la base de sus gruesas botas de cuero resonaban con fuerza en las altas paredes levantadas a ambos lados del corredor. Pasaron junto a unas amplias entradas a través de las cuales se observaba a los escribientes y administrativos cuyo trabajo en los interminables registros mantenía el giro de las ruedas del Imperio. Las paredes de las oficinas se hallaban cubiertas de estantes repletos de rollos y tablillas, y el conjunto de los casilleros estaba cuidadosamente marcado con un número. La luz entraba en todas las estancias a través de unas ventanas con celosía situadas en lo alto de la pared, y Macro se preguntó cómo debía de ser pasarse largos años trabajando en un espacio confinado como aquél, sin vistas al mundo exterior. Llegaron a una estrecha escalera situada al final del corredor y ascendieron por cuatro de sus tramos antes de enfilar otro pasillo. Las habitaciones que salían de dicho pasillo eran espaciosas y luminosas, y la mayoría de ellas tenían unas ventanas que debían de proporcionar unas estupendas vistas de la ciudad. El joven esclavo se detuvo ante una entrada ancha y dio unos golpes en el marco de madera.

–¡Adelante! –exclamó una voz aguda.

Antes de cruzar la puerta, Cato le susurró de prisa a su amigo:

–Déjame hablar a mí. Sé cómo manejarme con estos tipos de palacio.

El esclavo acompañó a los dos centuriones al interior y se encontraron con que estaban en una antesala. Había dos bancos colocados junto a la pared y frente a tres ventanas por las que entraba mucha luz y aire. «Demasiado», pensó Cato al notar el frío. En el extremo más alejado de la estancia advirtieron una puerta cerrada. A un lado de ésta había una mesa grande construida con alguna madera oscura, y tras ella estaba sentado el administrativo con el que Cato había hablado brevemente el día anterior. Demetrio era un hombre menudo y vestido con una túnica sencilla pero recién lavada y planchada. Poseía el clásico perfil griego y su cabello, peinado con esmero en unos oscuros rizos aceitados, raleaba. Todo su porte denotaba el poder y la influencia que creía ejercer. A su lado, un brasero brillaba cálidamente. Otros tres oficiales estaban sentados en bancos más próximos a esa fuente de calor.

Demetrio levantó la vista de un rollo de pergamino y les hizo señas.

–¿Centuriones Macro y Cato? Llegáis tarde. Macro infló las mejillas, pero Cato respondió antes de que su amigo pudiera protestar.

–Nos retuvieron en la entrada. El guardia no tenía constancia de nuestra cita. –Cato sonrió–. Ya sabéis cómo son. Espero que no hayamos llegado demasiado tarde para nuestra entrevista con el procurador.

–Se os ha pasado –informó Demetrio en tono apagado.

–¿Pasado? –Macro lo apuntó con el dedo–. Pero bueno, vamos a ver...

–Volved mañana.

–¡Ni muertos!

Demetrio se encogió de hombros.

–Vosotros os lo perdéis. –Hizo un gesto al chico mensajero–. Por favor, muéstrales a estos dos señores la salida de palacio.

–¡Nos quedamos! –gruñó Macro–. Y vamos a ver al procurador. Será mejor que te asegures de ello.

–El procurador es un hombre ocupado. Tendrías que haber estado aquí a la hora prevista.

Macro se inclinó sobre la mesa y fulminó al administrativo con la mirada.

–Y tú tendrías que haberte encargado de que nuestros nombres estuvieran en esa lista.

–No es problema mío.

–Pues yo haré que lo sea. –Macro llevó su mano a la espada y Demetrio bajó la vista hacia el pomo mientras la primera sección de la hoja salía de la vaina. Se estremeció, y sus ojos parpadearon al volver a mirar la fría y resuelta expresión de Macro.

–No te atreverías.

–Ponme a prueba. Demetrio vaciló un momento y dirigió sus ojos hacia los otros oficiales en una silenciosa petición de ayuda, pero ellos se limitaron a sonreírle y no se movieron.

–Llamaré a la guardia.

–Puedes hacerlo –asintió Macro con un movimiento de la cabeza–. Pero mucho antes de que lleguen yo ya habré arrojado tu culo canijo por la ventana. Debe de ser una buena caída... –Le dirigió una sonrisa al administrativo–. Y ahora, por favor, ¿podemos tener nuestra entrevista con el procurador?

Demetrio tragó saliva y buscó a tientas una tablilla encerada en su mesa.

–Sí, bueno..., dejadme ver. Podría dedicaros unos momentos al término de la que tiene ahora mismo, supongo. –Alzó la mirada con desesperación–. Si queréis tomar asiento...

Macro se puso derecho y movió la cabeza con satisfacción.

–Gracias.

Cuando Cato y él se unieron a los demás oficiales sentados en el banco, Macro miró a Cato y le guiñó el ojo.

–A partir de ahora voy a hablar yo. Creo que ya les he cogido el tranquillo a estos tipos de palacio.

Los demás oficiales se volvieron y estiraron el cuello para presentarse. Dos de ellos eran veteranos; unos hombres entrecanos y llenos de cicatrices bajo un cabello áspero que se estaba volviendo gris. Ambos llevaban el pecho lleno de medallas prendidas en su correa y uno de ellos lucía un torques de oro en la muñeca. El tercer oficial era un joven que había recibido su equipo hacía poco y no llevaba ni una sola condecoración en el arnés. Tenía aspecto de sentirse violento e incómodo en compañía de unos hombres infinitamente más experimentados que él.

Uno de los veteranos señaló a Demetrio con un gesto de la cabeza.

–Buen trabajo, centurión... ¿es Macro o Cato?

–Macro. Hasta hace poco de la Segunda Legión Augusta. Lo mismo que Cato, aquí presente.

–Soy Lolio Asinio. Este de aquí es Hosidio Mutilo. Esperamos unos permisos de viaje para unirnos a la Décima Legión. El chico es Flaco Sosio. Espera su primer destino.

El joven oficial esbozó una rápida sonrisa y centró su atención en los recién llegados.

–¿La Augusta? ¿Entonces habéis estado en Britania? ¿Cómo es?

Macro reflexionó un momento antes de responder, recordando los dos años de lucha más intensa que había presenciado nunca. Habían muerto muchos hombres, hombres buenos que hacía años que conocía, y algunos a los que apenas había tenido oportunidad de conocer antes de que los mataran. Luego estaba el enemigo: brutal y valiente, y dirigido por esos trastornados y diabólicos druidas. ¿Que cómo era?

–Fría.

–¿Fría? –Sosio puso cara de desconcierto.

Macro asintió con la cabeza.

–Sí, fría. No vayas allí nunca. Haz que te destinen a algún lugar confortable. Como Siria.

Cato meneó la cabeza, desesperado. Desde que conocía a Macro había tenido que soportar la constante cantinela de que Siria era el mejor destino del Imperio. La ambición de toda la vida de Macro era revolcarse en los antros de perdición del este. –¿Siria? –Asinio se rió-. Nosotros acabamos de regresar de allí. Hemos estado adiestrando a unas unidades auxiliares en Damasco.

Macro se inclinó para acercarse a Asinio; se concentró tanto que le brillaron los ojos.

–Cuéntame... sobre Siria. ¿Está tan bien como dicen?

–Bueno, eso no lo sé, pero...

Se abrió la puerta del despacho del procurador y un hombre salió a la antesala con aire resuelto. Cato y Macro se levantaron enseguida y se cuadraron, seguidos de inmediato por los demás. Demetrio fue el último que se levantó, tardó el tiempo justo para demostrar su falta de reverencia. El hombre iba vestido con la amplia toga ceremonial de senador, ribeteada con una ancha banda de color púrpura. Saludó con un breve gesto de cabeza a los centuriones y se marchó de la antesala a grandes zancadas mientras que Demetrio entraba en la oficina de su amo.

–Los centuriones Licinio Cato y Cornelio Macro están aquí para verte, señor.

–¿Están en mi lista?

–Fue un descuido, señor. Castigaré al escribiente responsable de ello.

–¡Ah! Muy bien. Hazlos pasar.

Demetrio se quedó junto a la puerta y la cerró en cuanto los dos centuriones hubieron entrado en el despacho del procurador.

Se encontraron de pie sobre una gruesa alfombra, una de las varias que decoraban la amplia estancia. La habitación estaba situada en una esquina del palacio y tenía ventanas en dos de sus paredes. Ventanas con cristales, observó Macro, con mal disimulado asombro, ante el lujoso mobiliario del despacho del procurador. En el extremo más alejado, tras una mesa con tablero de mármol, estaba sentado el procurador, un hombre gordo con una cabeza poblada de abundante cabello oscuro y un puñado de anillos en los rechonchos dedos de ambas manos. Levantó la mirada con expresión irritada.

–¡Bueno, acercaos, venga! ¡Vamos, rápido!

Macro y Cato se acercaron y se pusieron en posición de firmes delante de la mesa. El procurador dio un resoplido y se reclinó en su asiento, dejando ver una barriga que se bamboleaba bajo la tirante tela de lana de su túnica.

–¿Por qué estáis aquí?

–Esperamos un nuevo destino en las legiones, señor –respondió Cato.

El procurador dio unos golpecitos en un montón de tablillas enceradas que tenía en la mesa.

–Eso tengo entendido. Tú debes de ser el centurión Licinio Cato. Ya llevas varios meses insistiendo para que te asignen una nueva legión.

–Tres meses, señor –repuso Cato.

–Bueno, a juzgar por la cantidad de correspondencia que has mandado y por las interminables arengas de mis administrativos, parece que sean algunos meses más. Lo cierto es que no puedo tomar ninguna decisión hasta que no tenga clara vuestra situación.

–¿Nuestra situación? –interrumpió Macro-. ¿A qué se refiere, señor?

El procurador cruzó los dedos y apoyó los pliegues de su barbilla en los nudillos.

–Hace unos días recibí información acerca de que el centurión Cato fue condenado a muerte por el general Plautio, el comandante del ejército en Britania. ¿Es eso cierto? Cato notó una sensación fría en la boca del estómago. Asintió con la cabeza.

–Sí, señor. Pero puedo explicarlo.

–Creo que será lo mejor.

Cato tragó saliva.

–Nuestra cohorte fue condenada a la diezma por no cumplir unas órdenes. Como resultado de ello, el general enemigo escapó con algunos de sus hombres. El centurión Macro y yo logramos capturarlo y el legado de la Segunda Legión revocó la sentencia de muerte.

–Así lo tengo entendido. Resulta que el legado Vespasiano se excedió en su autoridad al anular tu sentencia. Podría añadir que existe cierta preocupación, en más altas esferas, en cuanto al alcance de la complicidad en la muerte de vuestro comandante de la cohorte. De los dos, quiero decir.

Se quedó callado mientras los dos oficiales permanecían allí clavados frente a él, intentando mantener una expresión serena. No se atrevían a mirarse el uno al otro, por lo que fijaron la mirada al frente. El procurador siguió hablando:

–Entiendo que después de la diezma hubo un considerable resentimiento hacia vuestro oficial al mando.

–¿le sorprende, señor? –Macro se encogió de hombros–. La mayoría de los soldados lo culpaban por el castigo de la cohorte.

–¿La mayoría de los soldados? –El procurador lo miró detenidamente–. ¿Y los oficiales?

Macro movió la cabeza en señal de afirmación.

–Entonces comprenderéis que la muerte del centurión Maximio haya provocado unas sospechas considerables. Como es natural, ante unas acusaciones tan graves, el Departamento del Ejército está investigando el asunto en detalle. Le he mandado una carta al general Plautio solicitando un informe completo sobre la cuestión. Todavía espero su respuesta. Tendríamos que conocer todos los hechos muy pronto, el cuyo momento, o bien quedaréis libres de toda sospecha y podré teneros en cuenta para un nuevo destino, o quedaréis detenidos para que el emperador disponga de vosotros a su conveniencia... Mientras tanto, os agradecería que no intentarais abandonar la ciudad.

Al levantar la mirada, se dio cuenta de la desesperación de sus rostros y, por unos instantes, su dura máscara burocrática desapareció y meneó la cabeza con tristeza.

–Lo siento, no puedo hacer ni decir nada más. Sólo accedí a esta entrevista porque pensé que deberíais estar al corriente de la situación. En vista de vuestro historial, me pareció que, al menos, Roma os debía eso.

Macro le dirigió una débil sonrisa.

–Eso y mucho más, diría yo.

–Tal vez. –El procurador se encogió de hombros–. Yo no soy quién para juzgarlo. Ahora creo que será mejor que os marchéis.

Macro y Cato se lo quedaron mirando un instante hasta que el procurador tomó una tablilla encerada en blanco y cogió un estilo. Los había despachado.

Al salir de la oficina, Cato se volvió con lentitud hacia Macro, quien se dio cuenta de que el muchacho seguía atónito por las palabras del procurador. Sus delgados hombros estaban encorvados.

–Vamos, Cato... –Macro lo tomó del brazo y lo condujo hacia la calle.

CAPÍTULO IV

Salieron del palacio y se abrieron paso a la fuerza entre la multitud que invadía el Foro. Las familias se apiñaban en medio de bandas de jóvenes escandalosos y bien aferrados a sus jarras de vino que, con la intención de encontrar unos buenos asientos para las carreras de la jornada, se dirigían al Circo Máximo. A través de aquella marea de humanidad excitada, los dos centuriones dirigieron sus pasos a una taberna que había en una esquina. El habitual trajín matutino de conductores de carretas y mozos nocturnos comenzaba a menguar a medida que los hombres exhaustos, y para entonces ebrios, empezaban el tambaleante regreso a casa para meterse en la cama.

Macro hizo señas al camarero para que se acercara.

–¿Qué va a ser, señores? –preguntó con educación un joven de aspecto ratonil, al tiempo que estudiaba sus uniformes y calculaba la propina que podría esperar de dos centuriones.

–Una jarra del vino más barato que tengas. Dos vasos –respondió Macro de manera cortante–. Lo más rápido que puedas.

–Rápida es la palabra, veloz es la acción –terció el camarero con una sonrisa–. Ese es nuestro lema.

-Estupendo. -Macro lo fulminó con la mirada-. Pero la cosa todavía sería más veloz si te dejaras de lemas. - Bueno.... sí. Supongo que sí. -El camarero se escabulló y dejó que Macro retomara la atención por su amigo. Cato miraba por encima del hormiguero de gente que abarrotaba el Foro hacia las austeras alturas del palacio del monte Palatino. No había dicho ni una sola palabra desde que dejaron la oficina del procurador, y en aquellos momentos estaba sentado y seguía en silencio. Macro le dio unas palmaditas en el brazo.

-Anímate, muchacho. El vino ya está pedido.

Cato volvió la cabeza y clavó sus ojos en Macro.

-No tengo destino en la legión, casi no me queda dinero, y ahora, por lo visto, me van a ejecutar en un futuro próximo. ¿De verdad crees que una copa de vino barato va a ayudarme? Macro se encogió de hombros.

-Bueno, tampoco va a hacerte ningún daño. De hecho, es una manera divertida de hacer que las cosas parezcan mejores.

-Tú debes de saberlo -refunfuñó Cato-. Durante los últimos tres meses has bebido lo suficiente como para dejar sin sentido a todo un ejército.

El camarero regresó con un golpeo, colocó sobre la tosca mesa de madera un par de copas de cerámica de Saraos entre los dos centuriones y las llenó con el contenido de una jarra que luego dejó allí con un chapucero floreo.

-¿Habéis oído la noticia?

Macro y Cato se volvieron hacia él con unas expresiones de enojo que con claridad le invitaban a cerrar la boca y a batirse en apresurada retirada detrás del mostrador. Sin embargo, el camarero no estaba dispuesto a dejar de luchar por su propina con tanta facilidad y se apoyó en un sólido poste de madera que sostenía los tres pisos que había encima de la taberna.

-Porcio ha vuelto a la ciudad.

-¿Porcio? -Macro arqueó una ceja-. ¿Quién demonios es Porcio y por qué tendría que estar remotamente interesado en él?

El camarero sacudió la cabeza, asombrado ante la ignorancia de los dos oficiales del ejército.

-¡Vaya, sólo es el mejor auriga que ha conducido para los azules! Encabeza el programa de esta tarde. Guía a sus caballos como si hubiera nacido con unas riendas en la mano. Mirad -se acercó más-, si tenéis algo de dinero os puedo conseguir unas buenas apuestas.

-Déjalos en paz -gruñó una voz desde la otra mesa, y Macro vislumbró el rostro de un miembro de la guardia que se giraba hacia los dos centuriones-. Porcio es un desgraciado con ínfulas. Sólo cree que es bueno. Si ese hombre tuviera algún talento, estaría corriendo con los verdes. Guárdese el dinero, señor. Apuéstelo por Nepos. Él corre por los verdes.

-¡Nepos! -El camarero escupió al suelo. Observó al guardia con desprecio y con la habitual hostilidad irreflexiva que los apasionados seguidores de los equipos de carreras se reservan los unos para los otros. A continuación regresó al mostrador con paso resuelto, al tiempo que murmuraba unas últimas palabras de despedida a los dos centuriones-. Para apostar por ese cabrón de Nepos, más valdría que tirarais el dinero a la Cloaca Máxima.

-¡Lo he oído! -incredó el miembro de la guardia.

-Carreras -comentó Cato en voz baja-. Si algo destruye el Imperio serán las carreras.

Macro no lo escuchaba. Sus ojos no perdían de vista al guardia. Se inclinó hacia él y lo llamó con unos golpecitos en el hombro.

-Hola, amigo. -Macro sonrió-. Estas carreras..., ¿hay algún buen pronóstico que pudieras estar dispuesto a compartir con un compañero de armas?

-¿Pronóstico? -El hombre echó un vistazo a los demás clientes, pero no parecía que nadie estuviera escuchando-. Sí, tengo un pronóstico para usted. No apueste por ese cabrón de Porcio. -Se dio unos toques en la nariz-. Sé de lo que hablo, y le digo, señor, que Nepos es su hombre. Apueste unos denarios por él y le irá como una seda. Y ahora, si me disculpa, señor, tengo que irme. -Echó hacia atrás el taburete, que rechinó contra la losa, se levantó de modo bastante inseguro, puso rumbo hacia la salida de la taberna y de inmediato se perdió de vista entre el torrente de personas del Foro.

-Dudo que vuelva al palacio de un tirón -comentó Cato entre dientes-. De todos modos, ojalá tuviera yo sus problemas.

Macro se dio la vuelta hacia su amigo, buscando con desesperación siquiera el pequeño consuelo que pudiera ofrecerle a Cato, pero nunca se le habían dado bien esas cosas.

-Ya es mala suerte, muchacho.

-¿Mala suerte? -Cato soltó una amarga carcajada-. ¡Oh, es más que eso! Quiero decir que, después de todo lo que hemos pasado, después de todo lo que hemos hecho por el general Plautio, puedes estar seguro de que ese cabrón patricio se va a encargar de que me liquiden. Puedes apostar sin miedo por ello. Aunque sólo sea para asegurarse de que su brillante reputación como severo disciplinario no se vea mancillada. Y el secretario imperial lo apoyará.

-Tal vez recomiende un indulto -sugirió Macro. -Tal vez no. De todos modos, ¿no se te olvida algo? -¿Ah, sí?

-Tú también corres peligro. ¿Y si el general decide que quiere incriminarte en la muerte del centurión Maximio?

-No creo que lo haga. No hay pruebas que me relacionen con su asesinato, sólo unos cuantos rumores que han difundido un puñado de idiotas que no quieren aceptar que lo mató el enemigo. No estoy preocupado por eso, la verdad. Eres tú quien me preocupa. -Apartó la mirada, avergonzado, y sus ojos se posaron en su bolsa, bien atada a su cinturón-. Pero sobre todo estoy preocupado por el hecho de que estamos sin blanca y de que dentro de pocos días vamos a pasar mucho hambre, a menos que nos paguen algunos atrasos. Si no es así, nos vamos a ver en la puta calle en cuanto haya que pagar el alquiler del próximo mes. Cato, muchacho, en general, las cosas no tienen muy buena pinta.

-No.

-De modo que será mejor que hagamos algo al respecto.

-¿Como qué?

Macro sonrió y se inclinó más sobre la mesa.

-Como aprovecharnos de ese pronóstico y acercarnos al Circo Máximo.

-¿Estás loco? ¿Sólo nos quedan unas monedas y quieres malgastarlas en las carreras?

-Malgastarlas es lo que hacen los idiotas. Nosotros tenemos algo seguro. -No. Lo que tú tienes es un optimismo incorregible. ¿Yo? Yo soy realista. Apostar ese dinero en una carrera sería lo mismo que regalarlo.

Macro dio una palmada en la mesa que hizo saltar las copas.

-¡Oh, vamos, Cato! Total, lo poco que tenemos es prácticamente nada. Si el pronóstico es cierto, tendríamos unas posibilidades razonables y, quién sabe, si la apuesta sale bien, todavía podremos mantenernos a flote un poco más. ¿_Qué podemos perder?

-¿Aparte del juicio?

Macro le lanzó una mirada fulminante.

-Sólo por una vez, confía en el destino y espera a ver qué pasa.

Cato lo pensó un momento. Macro tenía razón, ya lo había perdido casi todo en la vida, e incluso ésta se la habían arrebatado casi con total seguridad. Así pues, ¿por qué preocuparse por unas pocas monedas? La respuesta del general llegaría de Britania antes de que los matones del casero pudieran inmovilizarlo contra la pared para exigirle algún atraso de la renta. Lo menos que podía hacer era vivir un poco mientras pudiera.

-Está bien, vamos. Cuando se hubieron abierto camino a empujones hasta el interior del enorme arco de una de las entradas públicas del Circo Máximo, ya sólo quedaban unos pocos lugares vacíos en la sección reservada para el ejército. La mayor parte de los bancos de piedra habían sido ocupados por miembros de la Guardia Pretoriana, que estaban atareados bebiendo de odres y haciendo apuestas. Otros pequeños grupos de legionarios se distinguían aquí y allá, hombres que estaban de permiso o que, al igual que Macro y Cato, aguardaban un nuevo destino. También se encontraban a unos cuantos ex soldados, jubilados o dados de baja de las legiones, que se aprovechaban de sus derechos como veteranos.

El emperador Claudio, en una hábil decisión, había cambiado la disposición de los asientos de manera que los miembros de la guardia se hallaban distribuidos a ambos lados y detrás del magnífico palco imperial. A los senadores, para su gran disgusto, los habían colocado un poco más allá, y ocupaban sus bancos acompañados de sus esclavos, que los atendían escanciándoles vino caliente en pequeñas copas. A sus espaldas, Cato vio el recinto destinado a las vírgenes vestales, los asientos menos espaciosos reservados para los nobles menores, luego las apiñadas filas de ciudadanos de a pie y, por encima de ellas, en los últimos bancos, los libertos, extranjeros y mujeres sin ataduras, la mayoría de ellas sin duda estaban ejerciendo su oficio. Macro siguió la dirección de su mirada.

-Olvídalas. No puedes permitirte. A menos que Nepos haga lo que tiene que hacer.

Cato echó un vistazo a la enorme extensión de la pista que se abría ante ellos. Varios jueces de campo estaban cruzando hacia la isla central en tanto que, a su alrededor y como últimos preparativos para la primera carrera, montones de esclavos rastillaban la arena para dejar la superficie lisa y nivelada. Los

ayudantes de los sacerdotes empujaban una jaula con ruedas en la que unos cabritos por completo blancos iban hacia el altar del sacrificio, situado en mecho de la isla central, justo enfrente del palco imperial.

Los habituales vendedores ambulantes que ofrecían refrigerios, cojines y bufandas de vivos colores para los simpatizantes de cada equipo estaban desperdigados por toda la arena. Entre ellos rondaban los corredores de apuestas, acompañados por uno o dos matones para asegurarse de que el dinero permaneciera a salvo. Macro tragó saliva, nervioso, se puso en pie y se dirigió al más cercano, un hispánico de tez morena que llevaba agarrado un manojito de tablillas enceradas atadas entre sí. Detrás de él merodeaban dos hombres enormes, de complexión fuerte y con unas cicatrices horribles, como solían ser la mayoría de ex gladiadores. Cada uno de ellos llevaba una caja con dinero, sujeta de una banda colgada del hombro en bandolera, y tenían a mano un grueso palo de madera.

–Deje que lo adivine –se anticipó el corredor de apuestas con una sonrisa, al tiempo que evaluaba a Macro de una ojeada para calcular su apuesta–. Pondrá una pieza de oro a Porcio, como ganador.

–Pues... no. –Macro notó que las mejillas le ardían del bochorno. Echó un vistazo a su alrededor y siguió hablando en voz baja–: Cinco denarios a Nepos, como ganador.

–¿Cinco denarios? –El corredor de apuestas pareció decepcionado. Volvió a examinar al centurión y añadió con sarcasmo–: ¿Seguro que puede permitírselo?

Macro se puso tenso.

–Sí, claro que puedo. Cinco para Nepos, tal como he dicho.

–¿Nepos? ¿Sabe que las apuestas están diez a uno? –Cuento con eso.

–Bueno, el dinero es suyo. Si está seguro...

Macro puso mala cara.

–¿Quieres aceptar la apuesta o no? –Acepto su dinero con mucho gusto. Un momento, por favor..., señor. –El corredor de apuestas abrió sus tablillas y se dispuso a realizar una nueva entrada con el estilo. Empezó a hacer unas diminutas anotaciones presionando contra la cera, murmurando mientras escribía–: Cinco den. Para Nepos ganador... ¿Cuál es vuestro nombre?

–Centurión Macro.

–Macro. Bien, y ahora, si me pagáis... –Macro le entregó las monedas de plata que guardaba en la bolsa y el corredor de apuestas las echó en una de las cajas que llevaban sus matones. Las monedas cayeron a través de la ranura sobre el dinero que ya había dentro, produciendo un amortiguado tintineo. El corredor le hizo un gesto con la cabeza al hombre que llevaba el cofre–. Es el recibo ciento cuarenta y tres.

El ex gladiador alzó un gran aro metálico que llevaba en el costado, buscó entre las pequeñas fichas de madera hasta encontrar el número adecuado, la sacó y se la entregó a Macro. El corredor de apuestas le dirigió una sonrisa.

–Ha sido un placer hacer negocios con usted, aunque dudo que volvamos a vernos. Y ahora, si me disculpa...

Macro se metió el recibo de madera en la bolsa y regresó con Cato a toda prisa.

–¿Cuánto dinero apostaste por Nepos?

–Suficiente –respondió Macro con soltura, y señaló por encima de las cabezas de los espectadores hacia el palco imperial–. Mira, ahí están los esbirros de Claudio. Ya debe de estar en camino.

–¿Cuánto? –insistió Cato.

–Oh, unos cinco denarios más o menos.

–Cinco den... Macro, eso es prácticamente todo lo que tenemos. –En realidad, es todo lo que tenemos. –Macro se encogió de hombros a modo de disculpa–. Es un riesgo, pero he conseguido una apuesta de diez a uno.

–¿En serio? –repuso Cato con acritud–..Y por qué crees que es una buena noticia? Tiene nueve oportunidades entre diez de perder.

–Mira –Macro bajó la voz–, nuestro hombre dijo que era seguro. Podemos ganar cincuenta monedas de plata cuando esto termine.

–Puedo calcularlo solo, gracias. Cincuenta piezas si es que Nepos gana.

–Lo hará, confía en mí. Tengo un instinto especial para estas cosas.

Cato meneó la cabeza y apartó la mirada, dejando que se desviara hacia el palco imperial. Los esclavos de la casa imperial estaban ocupados preparando una mesa de vinos y refrigerios junto al asiento del emperador. Incluso a una distancia de cincuenta pasos, Cato pudo distinguir una bandeja de ave dispuesta de manera ornamentada y glaseada con lo que parecía miel. En cuanto la vio se le hizo la boca agua y el hambre le revolvió el estómago.

Los miembros de la casa imperial empezaron a aparecer por su entrada privada y a ocupar sus asientos. Un puñado de senadores selectos se acomodó sobre unos gruesos cojines dispuestos sobre los taburetes que había a ambos lados de la tarima imperial. Los siguieron algunos de los libertos y ordenanzas del emperador, que se quedaron de pie en la parte de atrás del palco. Al final aparecieron los mechones de cabello blanco y la corona dorada sobre la cabeza de Claudio, y la multitud estalló en un rugido de bienvenida cada vez más fuerte que resonó por todo el Circo Máximo. Más fuerte que el de una batalla, pensó Cato. Mucho más fuerte.

El emperador permaneció un momento de pie, regodeándose con la aclamación popular. Sólo se movió su cabeza, con el característico tic que, por más autocontrol que ejerciera, no podía evitar. Al final, Claudio levantó un brazo con lentitud y se dio la vuelta para saludar a su pueblo, el cual respondió a aquel gesto con un rugido aún mayor. El emperador volvió a bajar el brazo, subió a la tarima y se dejó caer torpemente en su asiento. Cuando Mesalina, la esposa del emperador, apareció a su lado, la aclamación alcanzó un nuevo frenesí.

Macro se inclinó para acercarse a Cato y le gritó al oído:

–Por lo que he oído, apuesto a que entre ellos hay unos cuantos que la conocen casi tan bien como su marido.

Esbozó una sonrisa burlona y Cato miró con preocupación a su alrededor, para cerciorarse de que nadie hubiera oído el comentario. Era el tipo de comentario público que los informantes captaban y transmitían a los agentes de palacio a cambio de una pequeña recompensa. Luego, una noche, un pelotón de pretorianos echaría tu puerta abajo, te sacaría de casa a empujones y nadie volvería a verte ni a saber de ti. Por suerte, las estúpidas palabras de Macro se perdieron en el rugido ensordecedor de la multitud y Cato empezó a relajarse.

Entonces reparó en otro hombre que entraba en el palco imperial: delgado, de cabellos oscuros y vestido con una sencilla toga blanca. Claudio le hizo señas al recién llegado con una sonrisa y le indicó un asiento justo debajo de la tarima. Cato notó que Macro le ponía la mano en la oreja al tiempo que con la otra señalaba hacia el palco. –¿Has visto quién acaba de llegar?

Cato movió la cabeza en señal de afirmación.

–Nuestro amigo, el secretario imperial.

–¿Crees que Narciso sabe que estamos de vuelta en Roma?

–Si no lo sabe, no tardará en saberlo.

–Entonces tenemos problemas. Ese cabrón convenció al general Plautio para que diezmará a nuestra cohorte.

–Ya me acuerdo. No se alegrará de ver que todavía sigo vivo.

Cato sintió que lo invadía el miedo mientras miraba a Narciso por encima de las cabezas de la multitud. No había muchas cosas que se le escaparan al hombre que controlaba a la policía secreta del emperador; el mismo que se deshacía de cualquier amenaza y administraba gran parte del patrocinio de Claudio. Y si sabía que Cato estaba en la ciudad, se aseguraría enseguida de atar cualquier cabo suelto, preferiblemente mediante una discreta estrangulación en alguna oscura y olvidada celda de la prisión Mamertina. No obstante, aún cabía la posibilidad, una remota posibilidad, de que, incluso entonces, Macro y él hubiesen escapado a la mirada, siempre vigilante, de Narciso.

En aquel preciso instante Narciso se dio la vuelta en su asiento, paseó la mirada por la multitud y, antes de que Cato pudiera reaccionar, sus ojos quedaron fijos en la dirección de los dos centuriones. Cato sintió que se le congelaban las entrañas. Fue sólo un instante, tras el que Cato se dejó caer en el banco, situándose fuera de la línea de visión de Narciso.

–¡Mierda! –exclamó Cato entre dientes–. Mierda..., mierda..., mierda.

Macro se sentó con brusquedad junto a él, alarma-do por el repentino cambio en la expresión de su amigo. –¿Qué pasa?

–Nos ha visto. Narciso me ha visto.

–Tonterías. ¿Cómo iba a vernos? No somos más que un par de caras entre miles. Es imposible...

–¡Te digo que me ha visto! –Cato casi podía sentir las manos ásperas de los miembros de la Guardia Pretoriana que Narciso se cercioraría de mandar para que lo arrestaran. Llegarían en cualquier momento.

Macro se puso en pie con lentitud y miró hacia el palco oficial, tras lo cual volvió a agacharse al lado de su amigo.

–Ni siquiera está mirando hacia aquí. Sólo está charlando con el emperador. Nada más. No puede haberte visto. ¡Relájate!

Las ovaciones se apagaron de pronto cuando los sacerdotes se prepararon para el sacrificio que daría comienzo a la jornada de carreras. Dos asistentes arrastraron a uno de los cabritos blancos fuera de la jaula y, agarrando por las patas al animal que forcejeaba, subieron con él las escaleras hasta el altar y lo sujetaron contra la reluciente superficie de mármol. Desde el otro lado de la pista apenas se oía la salmodia del alto sacerdote mientras entonaba la bendición de Júpiter, el mejor y más grande, al emperador Claudio, a su familia, al Senado y al pueblo de Roma y a los aurigas. Entonces levantó una daga curva por encima del cabrito que balaba y se detuvo un momento antes de bajar la hoja, resplandeciente a la luz del sol, y propinar la cuchillada. El distante balido cesó de pronto. El sacerdote se agachó un instante sobre el cuerpo del cabrito que se sacudía y le abrió la barriga con la daga. Luego sacó el hígado, que brillaba en unos tonos de púrpura y rojo, ligeramente humeante en la fría atmósfera. Se inclinó sobre el órgano para examinarlo con detenimiento y llamó a un colega, que también miró el hígado, antes de que los dos discutieran sus interpretaciones. De repente, el sacerdote levantó el hígado en alto, señal de que Júpiter había aceptado el sacrificio y que se podía seguir adelante con las carreras. Un enorme estruendo de tensión aliviada se extendió por el estadio. Macro se dio una palmada en los muslos y sonrió como un niño.

Los piadosos discursos de los padres del Senado fueron lo más breves posible. Se trataba del habitual y florido agradecimiento al patrocinador de las carreras, en este caso el propio Claudio. El emperador golpeteaba, impaciente, el suelo con los pies mientras intentaba llamar la atención de los oradores, y entonces hacía un rápido gesto con la mano para indicar que se apresurasen. La multitud aclamó con cortesía cada uno de los discursos y luego, cuando el último de los oradores bajó del podio de la espina, estiró el cuello con expectación y todos los ojos se clavaron en la hilera de portones del extremo más alejado del Circo Máximo.

Se produjo un momento de callada expectación. A continuación sonó una gran fanfarria de trompetas y las puertas se abrieron hacia adentro para revelar los oscuros túneles que conducían a la zona de salida. Se vislumbró un movimiento en las sombras y los equipos de cuadrigas salieron de los túneles a la arena del Circo Máximo. La muchedumbre se levantó de un salto y gritó, excitada, poco a poco, los gritos se dividieron en cánticos rivales para animar a cada equipo, o para denigrar con vulgares consignas al contrario. Estaba claro que la mayoría de los miembros de la Guardia Pretoriana eran seguidores de los azules y bramaron el nombre de Porcio cuando éste pasó con su tiro de caballos junto al palco imperial y saludó al emperador Claudio.

—Será mejor que ese cabrón pierda —comentó ansioso Macro en voz baja. Entonces miró a su alrededor con nerviosismo y respiró hondo—. ¡Vamos, Porcio!

Cato arqueó una ceja y miró a su amigo. Macro se encogió de hombros.

—Me limito a no predisponerlos en mi contra. No tiene sentido empezar una pelea.

Los equipos de cuadrigas completaron una vuelta a la pista y se alinearon delante del emperador. Los miembros de los equipos se agruparon en torno a ellas para realizar los ajustes finales a los arneses de los caballos y aplicar la última capa de grasa a los ejes de los carros. Los aurigas comprobaron las riendas y se cercioraron de que los afiladísimos cuchillos de seguridad estuvieran bien guardados en sus vainas. Todos los aurigas iban vestidos con una túnica corta sin mangas del color de su equipo y los ligeros parapetos que les rodeaban las piernas también estaban pintados de idéntico color.

Macro centró su atención en Nepos, un hombre enjuto y nervudo de tez morena. Nepos permanecía erguido e inmóvil bajo su túnica verde. Demasiado inmóvil para el gusto de Macro, casi como si estuviera demasiado aterrorizado para moverse. O quizás era que, simplemente, tenía unos nervios de acero. Mejor que fuera así.

En cuanto se completaron los preparativos, los miembros de los equipos se retiraron de la pista y los aurigas tensaron las riendas para contener a sus tiros de caballos. Los animales habían sido criados para correr a toda velocidad y se empujaban unos a otros con nerviosismo, resoplando, con sus poderosos flancos agitados.

Cato se olvidó por un momento de todas sus preocupaciones mientras permanecía sentado en el borde del banco, inclinado hacia delante, mirando los cuatro equipos de cuadrigas, que estaban expectantes y listos para estallar en acción. El emperador hizo un gesto con la cabeza al presidente de carrera, tras el que éste subió al podio frente al palco imperial. Llevaba consigo una pequeña bandera que desplegó con cuidado y alzó despacio hasta que su brazo quedó estirado. Todas las miradas de los miles de personas que había en el circo estaban posadas en él y, aparte de los resoplidos de los caballos, no se oía ni un solo sonido. El presidente aguardó a que los equipos se hallaran tan alineados como fuera posible. Entonces bajó su brazo de golpe y la bandera descendió con un susurrante revoloteo. La multitud rugió al instante. Los aurigas

hicieron restallar las riendas y los caballos levantaron nubes de arena, al tiempo que tiraban de las cuadrigas y empezaba la carrera.

Porcio, fiel a su reputación, consiguió de algún modo que su tiro de caballos sacara un arranque de fuerza adicional y, poco a poco, se puso a la cabeza en el primer tramo. Los azules iban por delante de los demás equipos cuando las cuadrigas viraron con brusquedad en el extremo de la espina, levantando cortinas de arena cuando los cuerpos de los carros patinaban al dar la vuelta, y se perdieron de vista temporalmente. Las ovaciones de los espectadores que rodeaban a Cato se calmaron mientras dirigían su mirada hacia el otro extremo de la espina, aguardando con tensa expectación a que reaparecieran las cuadrigas. Una lluvia de arena se alzó por los aires un instante antes de que el primer carro asomara por la curva y los miembros de la Guardia Pretoriana se levantaron de un salto con regocijo, profiriendo gritos de ánimo a Porcio. Justo detrás de él iba Nepos, y Macro apenas logró contener su grito de alegría al comprobar que Nepos todavía disponía de posibilidades. Sacudiendo las riendas con desesperación, Nepos condujo a su tiro de caballos hacia el exterior mientras avanzaba a toda velocidad por la pista en dirección al palco imperial. Se fue acercando paulatinamente a Porcio y entonces empezó a avanzar poco a poco junto a los azules. Porcio se dio cuenta del peligro y, dando un rápido tirón a las riendas, se movió hacia el exterior para cortar el paso a su rival.

Los seguidores de los verdes estallaron en un aullido de indignación y Macro cerró las manos y tensó los puños, pero mantuvo los labios muy apretados. A su lado, Cato sólo sintió rabia al ver que el hombre en cuyas manos estaba el destino de sus últimas monedas frenaba con desesperación y a continuación daba un brusco viraje hacia la izquierda, acercándose a la isla central. Porcio había calculado mal su maniobra, por lo que sus caballos perdieron el ritmo y su auriga los arreó para que recuperaran la trayectoria. Era demasiado tarde. Nepos, inclinado sobre el antepecho delantero de su carro, hacía restallar las riendas con furia y lanzaba gritos de ánimo a sus caballos. Éstos irrumpieron hacia delante, tomaron el interior de los azules, los adelantaron y se pusieron en cabeza. Cato sintió una oleada de gozo que le recorría las venas e hizo todo lo posible para no exteriorizarla.

–¡Ssssí! –Macro dio un puñetazo al aire y acto seguido echó un vistazo a su alrededor, preocupado. Algunos miembros de la guardia lo estaban mirando, sorprendidos, pero rápidamente volvieron de nuevo su atención a la carrera.

–Ten cuidado –le advirtió Cato entre dientes–. Tengo la sensación de que no estamos entre amigos.

En la pista, Nepos corría en cabeza, rodeó la isla y desapareció de la vista. Al cabo de un instante, los azules viraron tras él y también desaparecieron. Ya había una distancia considerable entre los primeros equipos y los otros dos, los rojos y los amarillos, que, a la par, se disputaban la posición e intentaban acercarse a cabeza de la carrera. Una vez más, las ovaciones a ese hielo del circo decayeron, mientras que la carrera continuaba al otro lado de la espina. Las cabezas se volvieron hacia el otro extremo de la isla central: todo el mundo observaba con atención.

Todo el mundo no.

Cato echó un vistazo al palco imperial y vio que Narciso estaba mirando en su dirección. Sus miradas se entre cruzaron. Cato estaba seguro de ello. El secretario imperial lo estaba observando fijamente, y Cato no podía hacer otra cosa sino fingir que aquello no estaba ocurriendo, como si sólo hiera otra cara más entre la multitud. Entonces Narciso alzó una mano, señaló a Cato con el dedo y a continuación lo saludó con un lento movimiento de la mano antes de volver de nuevo la vista a la pista. Cato sintió un escalofrío de terror que le recorrió la espalda. Lo había visto y reconocido, y ahora ya no habría manera de evitar al secretario imperial. Cato sabía que estaba prácticamente muerto. Narciso le había hecho señáis a uno de los oficiales de la guardia y le hablaba con animación al oído; podrían estar hablando sobre otra persona u otra cosa. Entonces Narciso se volvió, señaló hacia él. El oficial asintió con la cabeza y se dirigió hacia la entrada del palco imperial.

Cato agarró a su amigo por el brazo.

–¡Tenemos que irnos! ¡Ahora!

–¿Estás loco? –Macro se zafó de la mano con una sacudida–. Todo el dinero que nos queda está ahí abajo. No nos vamos a ninguna parte. Al menos hasta que no termine la carrera.

–Pero... –A Cato se le agolpaban las ideas en la cabeza. No había tiempo para explicárselo a Macro. Y Macro no iba a ceder–. ¡Está bien! Yo vuelvo a esa taberna. Ve a buscarme allí después. –Se puso de pie, agarró con rapidez el casco y se apresuró escaleras arriba hacia la salida.

Macro alargó la mano tras él.

–¡Cato! ¡Espera! ¡Oh, muy bien, vete al carajo!

Cato descendió a toda prisa por las empinadas escaleras que conducían a la arcada que rodeaba el circo, debajo de las gradas peraltadas. Desde allí salía otro tramo más ancho de escaleras que llevaba a la calle, y sus botas claveteadas resonaban, escandalosas, en las columnas y el techo curvado de la arcada. Por encima del ruido amortiguado de la multitud, creyó oír más pisadas, más botas claveteadas, y un grito. Corrió escaleras abajo, de tres en tres, arriesgándose a lesionarse en su intento de salir del circo antes de que los hombres de Narciso pudieran detenerlo. Al llegar al pie de las escaleras, salió de entre las sombras del edificio y vio que todavía había mucha gente paseando con tranquilidad por la ancha vía que bordeaba el Circo Máximo. Cato sabía que, si iba corriendo, seguro que destacaría entre el gentío. Tomó aire y avanzó entre los transeúntes, torciendo en diagonal y alejándose de las escaleras hacia un hueco que había entre la hilera de tiendas del otro lado, allí donde una callejuela lateral bajaba hasta el Foro. Oyó el ruido de unas botas a sus espaldas, en los escalones, pero, con una férrea fuerza de voluntad, se obligó a no volverse para mirar, sino que siguió andando con paso seguro hacia la calle lateral. Cuando la gente se cruzaba con él o le empujaban, evitaba mirarlos y seguía adelante, esperando todo el tiempo oír un grito a sus espaldas que significaría su muerte. Al final, llegó a la esquina y se escabulló por el callejón, deteniéndose tan sólo un instante para echar un vistazo al Circo Máximo. Cuatro guardias, situados a unos cuantos pasos más arriba en la calle, escudriñaban la multitud, pero ninguno de ellos miraba en su dirección.

Cato se apresuró callejón abajo –una de las calles más antiguas de la ciudad que descendía serpenteando por la ladera y se estrechaba cada vez más hasta que el ciclo sólo se veía como una línea irregular por encima de la cabeza–, invadido por los aleros de las abarrotadas casas de vecinos que se alzaban a ambos lados. El clamor de la gran multitud del circo se fue apagando poco a poco tras él. La atmósfera del callejón estaba cargada de un repugnante olor a comida podrida y a aguas residuales. Se cruzó con algunas personas mientras caminaba a toda prisa. Unas cuantas mujeres de aspecto hosco lo observaron desde las entradas abiertas y tuvo que abrirse paso con dificultad en medio de un pequeño grupo de jóvenes borrachos que se dirigían ladera arriba hacia el Circo Máximo. En aquel sombrío callejón no había ningún lugar de referencia para que Cato pudiera orientarse, sólo el punto hacia el que conducía la pendiente y una idea vaga de la dirección en la que tenía que avanzar. Entonces, por fin, dobló una esquina y el callejón fue a dar a una calle más ancha y llena de gente. El Foro quedaba a la izquierda; Cato respiró con fuerza, torció hacia allí y siguió andando a un ritmo más calmado, intentando no parecer el desdichado fugitivo en el que se había convertido.

Le resultó bastante fácil encontrar la taberna y se sentó a una mesa del interior, al lado de una pared, para así poder ver a la gente de fuera y reclinarsse, oculto entre las sombras, si necesitaba evitar la mirada inquisidora de alguna persona. El joven camarero se acercó, secándose las manos con un trapo mugriento. Su rostro denotó que lo había reconocido y le sonrió.

–¿Así pues no fuisteis a las carreras?

–Sí, fuimos –respondió Cato a toda prisa, antes de darse cuenta de que el hecho de haber abandonado el circo tan pronto parecería sospechoso a menos que pudiera explicarlo–. Pero me acordé que tenía que reunirme con una persona aquí. Mi amigo vendrá más tarde.

–Ya veo. –El camarero se encogió de hombros–. Vava, es una pena. ¿Qué va a beber?

–¿Beber?

–Esto es una taberna, amigo, no una sala de espera.

–Una copa de vino. Vino caliente.

–¿Sólo una copa?

–De momento no quiero nada más.

–Bien. –El camarero se echó el trapo al hombro y dio la vuelta para dirigirse hacia las grandes jarras de vino que había dispuestas en el mostrador. Regresó y dejó una copa humeante en la mesa de Cato.

–Es un sestercio.

Con una sensación de angustia, Cato se dio cuenta de que era Macro el encargado de llevar todo su dinero, y él estaba en el circo. Levantó la vista hacia el camarero.

–Apúntalo en una cuenta. Te pagaré en cuanto llegue mi amigo.

El camarero negó con la cabeza.

–Nada de cuentas. Normas de la casa. Me ha de pagar ahora.

Cato se aclaró la garganta y miró al joven camarero con dureza. Bajó la voz y, con un gruñido áspero, sentenció: –Te dicho que te pagaré después. Ahora déjame.

El camarero abrió la boca para protestar. Cato se reclinó contra la pared, cruzó los brazos y le hizo un gesto con la cabeza hacia el fondo de la taberna. El camarero le dirigió una fría mirada antes de alejarse y situarse detrás del mostrador para aclarar unas copas y no perder de vista a su difícil cliente.

Cato volvió la vista hacia el gentío del Foro y aguardó. Era de esperar que Macro volviera con él en cuanto terminara la primera carrera y Nepos hubiera ganado. Entonces cobraría sus ganancias y se dirigiría al Foro. Pasó una hora y la copa que Cato tenía delante llevaba un buen rato vacía. No se atrevió a pedir otra por si acaso Macro no aparecía, y empezó a preocuparse por cómo convencería al camarero para que lo dejara marcharse de la taberna.

Entonces, a una corta distancia, la multitud se separó cuando una mujer patricia retrocedió dando un leve grito de asco. Una figura con coraza de centurión pasó junto a ella arrastrando los pies. Tenía la cara maltrecha y ensangrentada y por un momento Cato no reconoció a Macro. Entonces, cuando su camarada se volvió en dirección a la taberna, Cato se puso de pie de un salto.

—¡Macro! ¿Qué demonios te ha ocurrido, Macro?

CAPÍTULO V

—¡Quítate de en medio! —gritó Macro. Echó a un lado a Cato y se abalanzó sobre el camarero con la intención de dar un puñetazo en la cabeza al joven. El camarero llevaba trabajando en las tabernas del Foro el tiempo suficiente como para saber reaccionar ante semejantes ataques. Se agachó por debajo del golpe, se hizo a un lado y, al pasar, le propinó un firme empujón en la espalda al centurión. Con un estrépito de madera astillada, Macro mandó por los aires una mesa y unos taburetes antes de golpearse contra el rígido mostrador del bar con la fuerza suficiente para quedarse sin aire en los pulmones. Se quedó allí tumbado unos instantes, sacudiendo la cabeza, y el camarero salió disparado para rodear el mostrador y coger un pesado garrote. Los demás bebedores que había en la taberna se levantaron con precipitación de sus asientos, salieron a empujones a la calle y, una vez allí, se dieron la vuelta para contemplar el espectáculo.

—¡Llamad a la guardia! —exclamó uno de los clientes. El llamamiento fue secundado por otras voces entre la multitud que, con rapidez, se estaba congregando a las puertas de la taberna.

Lo último que Cato deseaba era atraer la atención de los hombres de la cohorte urbana que patrullaba las calles. Se dirigió con cuidado hacia el mostrador y agarró a Macro por el hombro.

—Alguien ha ido a buscar a la guardia. Tenemos que salir de aquí, Macro.

Macro fulminó a Cato con la mirada.

—En cuanto haya acabado con él.

—Ahora no. —Cato echó un vistazo a su alrededor y vio que el camarero los miraba furioso con el garrote en alto—. ¿Qué te debo por la bebida?

—¿La bebida? —El camarero frunció el ceño—. ¡Vete a la mierda! Llévatelo de aquí.

—De acuerdo. —Cato se acercó a Macro con cautela y lo ayudó a levantarse, agarrándolo con fuerza del brazo—. Vamos. Tenemos que irnos.

Macro captó el dejo apremiante en el tono de voz de Cato y asintió con la cabeza. Entonces los dos centuriones se abrieron paso con cuidado por entre los restos astillados de la mesa y los taburetes y salieron a la calle. La gente retrocedió instintivamente y les abrió paso. No lejos de allí, por encima de las cabezas de los curiosos, cuatro cimbras de crin rojas se acercaban a la taberna.

—Por aquí. —Cato empujó a Macro junto a la hilera de tenderetes que bordeaban el Foro y se adentraron en el bullicio de tenderos y visitantes. Cuando a Cato le pareció que se habían alejado lo suficiente, llevó a Macro hacia un estrecho callejón detrás del Foro y ambos se apoyaron en las sucias paredes envesadas de un antiguo santuario para recuperar el aliento.

—¿De qué diablos iba todo eso? —preguntó Cato con brusquedad.

—¿Eh?

—La pelea en la taberna. ¿Qué demonios crees que estabas haciendo?

—Ese cabrón era uno de los seguidores de Porcio.

—Ya lo sé. ¿Y qué?

—Porcio ganó.

—¿Y ése es motivo para...? ¡Oh, mierda! —Cato agachó la cabeza—. La apuesta. Has perdido todo el dinero.

–¿Qué quiere decir que lo he perdido? –replicó Macro con enojo–. Era nuestro dinero. Nuestra apuesta. Si hubiéramos ganado habrías tenido la parte que te correspondía.

–Pero no ganamos.

–¡Ya lo sé! –Macro se dio un puñetazo en el pecho–. ¡Yo estaba allí cuando ese desgraciado de Nepos estrelló su maldita cuadriga contra la pared, joder! A tan sólo cien pasos de la meta. Los pretorianos se meaban de risa...

–¿Y?

–Bueno –Macro bajó la mirada–, entonces fue cuando golpeé a uno de ellos.

–¿Golpeaste a uno de ellos?

–En realidad fueron dos. Quizás a unos cuantos más. No lo recuerdo bien. Hubo uno que no se levantó.

–Entiendo. –Cato habló con los dientes apretados–. De manera que no sólo perdiste nuestro dinero, sino que además te las arreglaste para echarnos encima a la Guardia Pretoriana. Y ahora, gracias al pequeño escándalo que has armado en la taberna, la cohorte urbana también va por nosotros. –Cato se frotó la frente para aliviar el torrente de pensamientos que atravesaban su mente como una cascada–. Y para colmo, Narciso sabe que estamos en Roma.

Macro levantó la vista.

–¿Ah, sí?

–Me vio. En el Circo Máximo.

–¿Estás seguro?

–¡Pues claro que estoy seguro, maldita sea! Me miró directamente. Hasta me saludó y todo. Antes de que mandara a alguien a buscarme. ¿Por qué crees que me fui tan deprisa?

Macro se encogió de hombros.

–Me lo estuve preguntando. ¿Y ahora qué hacemos?

–Esa es la cuestión. El problema es que no hay respuesta. No podemos escaparnos. Seguro que tienen hombres apostados en las puertas de la ciudad para ver si nos localizan. Y, sin dinero, tampoco podemos tratar de pasar inadvertidos aquí en Roma.

Ambos se quedaron en silencio hasta el momento en que Macro se llevó una mano a la cara e hizo un gesto de dolor cuando ésta entró en contacto con una enorme contusión que tenía en la mejilla.

–¡Ay! ¡Cómo escuece esto!

Cato le dirigió una mirada fulminante.

–Bueno, te lo tienes merecido.

–Gracias por tu comprensión... –Macro miró a su amigo–. Tenemos que alejarnos de las calles.

CAPÍTULO VI

Aquella noche Cato estaba tumbado de cara a la pared, lo bastante cerca como para comprobar, gracias a un rayo de luz de luna que penetraba por el postigo roto, cómo su aliento brillaba en el agrietado enlucido. Estaba más cansado de lo que había estado en meses, y sin embargo, su cabeza no dejaba de volver sobre los acontecimientos del día. La incertidumbre sobre su futuro, que lo había atormentado desde su regreso a Roma, le parecía entonces absolutamente trivial comparada con la desesperación que sentía ante su actual situación. Sólo un milagro podría salvarlo. Torturado por esos pensamientos, permaneció tumbado sin moverse y mirando la pared durante lo que a él le parecieron horas. Macro, como siempre, se había sumido en un sueño profundo en cuanto su cabeza tocó el jergón, y sus ronquidos amenazaban con echar abajo toda la casa de vecinos. Cato estuvo un rato considerando la idea de cruzar la habitación y poner de costado a Macro, pero eso significaría perder el cómodo calor que había conseguido acumular bajo su túnica, su capa del ejército y la manta. Así pues, aguantó el estruendo, se acostumbró a él y al final se dejó llevar por el sueño.

Un terrible estrépito lo despertó de golpe. Acababa de amanecer y la habitación se veía a la perfección bajo la débil luz grisácea. Cato se incorporó y se volvió hacia la entrada justo en el momento en que el viejo pestillo de hierro saltaba del fiador y los maderos curados de la puerta salían volando hacia el interior para estrellarse con fuerza contra la pared, haciendo caer una lluvia de yeso suelto.

–¿Qué demonios...? –Macro levantó la cabeza en el preciso instante en que cuatro soldados muy bien armados irrumpían en la habitación con las espadas desenvainadas.

¡Quedaos donde estáis! –gritó uno de los hombres, que alzó la hoja lo suficiente como para que la amenaza fuera inconfundible. Cato y Macro se quedaron petrificados y el hombre bajó el arma para dirigirse a ellos en un tono más oficial.

–¿Centuriones Macro y Cato?

Cato asintió con la cabeza.

–Narciso quiere verles.

–¡Y una mierda! –exclamó Macro, y extendió velozmente un brazo hacia el lugar donde se encontraba su espada apoyada contra la pared. El pretoriano reaccionó al instante y pisó la muñeca de Macro con su bota. Macro dio un grito ahogado cuando las tachuelas de hierro se le clavaron en la carne pero, antes de que pudiera decir ni una palabra más, notó la punta del acero en la garganta.

–Con franqueza, yo no haría eso, señor –sugirió el pretoriano en tono razonable. Les superamos en número, está en el suelo y caería muerto antes de poder siquiera desenvainar su espada. De manera que no nos dé problemas. –Dejó que sus palabras causaran efecto y, cuando Macro asintió con la cabeza, levantó la bota, pero dejó el extremo de su espada sobre el cuello de Macro. Sin apartar la mirada del centurión, dio una orden–: Frontino, recoge sus armas.

Uno de sus hombres envainó su hoja y se hizo cargo de las espadas y las dagas de los dos oficiales. El jefe del pelotón no retiró su arma ni se apartó de Macro hasta que su hombre no hubo salido de la habitación.

–Vístanse. Y recojan su equipo.

Cato frunció el ceño.

–¿Nuestro equipo?

–Sí, señor. Me temo que no van a volver aquí. Cato sintió que se le helaba la sangre. Se quedó como atontado. De modo que era eso lo que se sentía cuando te conducían a tu ejecución. Una cordial visita de los esbirros del secretario imperial y otros dos nombres se borraban sin más de la historia. Estuvo a punto de reírse en voz alta ante la presuntuosidad de aquella idea. Macro y él ni siquiera eran dignos de una nota a pie de página. Más bien eran dos personajes secundarios con un papel de simples figurantes en algún drama provincial. Estaban condenados al olvido, incluso en el recuerdo de los propios hombres que los llevaban a la muerte. Así eran las cosas, y Cato sintió la ira amarga de aquel cuya vida está destinada a terminar sin ningún sentido casi antes de haberla empezado. Miró al jefe del pelotón.

–¿Adónde nos vais a llevar?

–Ya se lo he dicho, señor. Narciso quiere verles.

Cato se sonrió. Estaba claro que el secretario imperial deseaba tener la oportunidad de despedirse de ellos para que así no les quedara ninguna duda sobre quién había sido el artífice de su muerte. Típico de Narciso. No importaba lo pequeño que fuera el triunfo, él necesitaba presenciarlo en persona. En circunstancias más ajenas, Cato hubiera tenido la curiosidad para reflexionar sobre los defectos de una personalidad tan insegura, pero ante la aparente inminencia de la muerte, en su corazón no quedaba espacio más que para la desesperación y el odio.

–Y ahora levántese, señor, por favor. Tengo una mañana muy ajetreada; me aguardan unas cuantas citas más. Así pues, si no le importa...

Cato se levantó con cautela de su colchón mientras que en su mente se agolpaban planes de lucha y huida.

Se preguntó si los pretorianos acabarían con Macro y con él allí mismo, pero claro, eso suponía que entonces tendrían que llevarse los cadáveres para hacerlos desaparecer, algo que no les haría ninguna gracia. Era mucho más sencillo obligar a sus víctimas a que se trasladaran por su propio pie antes de ocuparse de ellas. Con cuidado de no dar la espalda a los pretorianos, Cato se puso las botas y se ató los cordones antes de guardar su ropa y equipo en la manta. En el otro extremo de la habitación, Macro hacía otro tanto. No dejaron gran cosa: unos pocos restos de comida y alguna que otra vieja pieza de ropa que había que remendar. A Cato le desconcertó el hecho de que los pretorianos estuvieran dispuestos a dejarles empacar sus pertenencias, hasta que se le ocurrió que por las posesiones de los dos centuriones se podría sacar un precio razonable en los barracones de la guardia.

Cato dobló la manta sobre sus pertenencias, la ató por las puntas y enganchó el nudo en el extremo de la horca de marcha. Cuando Macro terminó, se reunió con Cato a corta distancia de los pretorianos que los esperaban.

Bajó la vista hacia las botas, como para comprobar que las tenía bien atadas, y susurró:

–¿Crees que tendríamos que intentar escapar? –No.

El pretoriano sonrió, previendo el comentario aun cuando no lo había oído.

–Por favor, no hagan ninguna estupidez. Mis hombres y yo tenemos larga experiencia escoltando personas. –
Querrás decir prisioneros –gruñó Macro.

El pretoriano se encogió de hombros.

–Personas, prisioneros, a nosotros nos da igual, señor. Nosotros sólo recogemos y entregamos. Son otros los que se ocupan del trabajo sucio. Sólo les estoy advirtiendo que no intenten huir. Sería un asunto desagradable para todos, no sé si me entienden.

Macro lo fulminó con la mirada.

–Lo entendería mucho más de prisa si no lo disfrazaras tanto. En las legiones llamamos a las cosas por su nombre. Allí sí que tenemos que ocuparnos del trabajo sucio de verdad.

–Pero no estamos en las legiones, ¿no es cierto, señor? En Roma las cosas se hacen con más estilo.

–La muerte es la muerte, muchacho. Eso no hay forma de ocultarlo.

–Se sorprendería de saber las cosas que ocultamos. –El pretoriano esbozó una fría mueca, se hizo a un lado y señaló hacia la puerta–. Y ahora, señores, si no les importa...

Con dos guardias delante y dos detrás con las espadas desenvainadas, los centuriones bajaron por los estrechos escalones y salieron al hueco de la escalera al pie de la casa de vecinos. Los miembros de la Guardia Pretoriana habían sido vistos cuando entraron en el edificio y una pequeña multitud de curiosos se había congregado en la puerta. Mientras los prisioneros y su escolta avanzaban con un golpeteo por la calle empedrada, Velina salió de la lavandería. Al ver a Macro y a Cato cargando con sus bultos, abrió los ojos, sorprendida. Apretó el paso y se colocó frente a los pretorianos que iban delante.

–¡Cato! ¿Qué pasa?

–¡Apártese, señora! –advirtió con brusquedad uno de los guardias.

Velina miró por encima del hombro del guardia.

–¿Cato? La chica intentó pasar a la fuerza, pero el guardia la agarró del brazo, la empujó contra la pared de la casa y los pretorianos se llevaron a sus prisioneros.

Entraron en palacio por una de las entradas del servicio que daban a una angosta calle lateral y alejada de las vías más transitadas. Cato recordó haber utilizado aquella estrecha puerta unas cuantas veces cuando era niño, cuando vivía en las dependencias de los sirvientes del palacio. Poca gente por allí podría ver cómo los llevaban adentro, y se dio cuenta de lo mucho que eso facilitaba las cosas para que las personas desaparecieran sin más en aquella ciudad. Tras pasar junto a los guardias apostados a la entrada, los pretorianos los condujeron por un corredor hasta que alcanzaron el hueco de una escalera por la que ascendieron hacia el corazón del palacio imperial.

Cato se volvió hacia el jefe.

–¿Entonces no nos lleváis a las celdas?

El hombre arqueó las cejas.

–Es obvio. –Su expresión severa se ablandó y relajó un momento–. Mire, señor, nos han indicado que les llevemos ante Narciso. En cuanto a ustedes, éstas son las únicas órdenes que tenemos.

–¿Quieres decir que no os mandaron en nuestra búsqueda para ejecutarlos?

–No, señor. Sólo para traerlos ante la presencia de Narciso. Eso es todo. Si él decide que hay que deshacerse de ustedes, la cosa cambia, y entonces sí que tendríamos que llevarlos con los muchachos encargados de ese trabajo. –Ah... –Cato observó a aquel hombre con más detenimiento mientras se preguntaba cómo podía tomarse sus obligaciones con tanta despreocupación. Tal vez los pretorianos se habían acostumbrado a ello, sin más. Cato recordó que, bajo el mandato del emperador Calígula, los miembros de la Guardia Pretoriana habían tenido mucho trabajo con los arrestos y ejecuciones de gente durante los tres años de su sangriento reinado.

Después de subir cuatro tramos de escaleras, salieron a un amplio corredor con un ornamentado mosaico que se extendía por el suelo. Unas ventanas grandes y altas dejaban entrar unos anchos rayos de luz. Cato nunca había visto aquel corredor y, al notar una cálida corriente de aire que le subía por las piernas, se dio cuenta de que el suelo debía de estar caldeado.

Macro frunció los labios.

–Nuestro amigo Narciso sabe como vivir bien.

El grupo marchó por el corredor hacia una puerta imponente, casi tan alta como dos personas. La puerta se hallaba flanqueada por un par de miembros de la Guardia Pretoriana y en una hornacina situada a la izquierda se veía a un administrativo sentado ante una gran mesa de nogal. Iba pulcramente vestido con una túnica de lana suave y levantó la vista al oír el eco de las pisadas. El jefe de pelotón lo saludó con un gesto de la cabeza.

–Centuriones Macro y Cato, tal como solicitó el secretario imperial.

–Está reunido con el emperador. Tendréis que esperar. Allí. –Señaló con el estilo hacia el otro extremo del pasillo, donde unos bancos acolchados flanqueaban otra hornacina. El grupo se dirigió hacia ese lugar y los dos centuriones, agradecidos, dejaron sus bultos en el suelo y tomaron asiento. Dos guardias permanecieron a ambos lados de los prisioneros. En los austeros alrededores del conjunto de oficinas del secretario imperial, Macro recordó que iba mal afeitado y tenía la cara magullada. Miró a Cato y advirtió que su amigo tenía la mirada fija en el suelo de mosaico, abatido, totalmente absorto en su amargura.

La reunión del secretario imperial con el emperador Claudio se alargó más y más. Mientras el sol se alzaba por encima de aquella ciudad que crecía de manera descontrolada, los rayos de luz se fueron deslizando con lentitud por las paredes del corredor y al final bañaron a los prisioneros y a su escolta en un cálido brillo dorado. Macro se reclinó contra la pared, cerró los ojos y, a pesar del aprieto en el que se encontraba, empezó a disfrutar de la relajante sensación del calor y del brumoso brillo anaranjado del sol a través de sus párpados. Tanto fue así que no se percató del débil chirrido de las puertas al abrirse. Los guardias se pusieron rígidos en posición de firmes y el administrativo se levantó de un salto e inclinó la cabeza. Cato se puso en pie al instante pero, antes de poder despertar a Macro, el emperador de Roma y su servidor más leal y de más confianza, Narciso, salieron al pasillo.

–En-en-entonces, ¿de veras crees que es tan importante?

–Sí, César. –Narciso asentía con la cabeza para dar mayor énfasis a su afirmación–. Es una parte fundamental de la obra. Sin ella, la posteridad quedará empobrecida para siempre.

El emperador Claudio lo observó con ojos como platos y sacudió con violencia la cabeza.

–¿En serio? ¿De ver-verdad lo crees así?

–Sí, César. Sin duda alguna.

–En fin, si me lo planteas de este modo, ¿q-q-qué puedo decir? Había pensado que mi poesía de ni-ni-niñez tal vez no fuera lo más adecuado para una autobiografía. –Sonrió, se agitó involuntariamente con un tic nervioso y le apretó el brazo a Narciso–. Pero me has convencido. como siempre, tu buen gu-gu-gusto y tu sensato criterio son un complemento perfecto para mi genio.

–César –Narciso hizo una profunda reverencia–, no merezco vuestros halagos. La divina brillantez de vuestros poderes de percepción y descripción sería inconfundible para cualquier mortal con un mínimo de sensibilidad literaria.

Claudio sonrió, encantado, palmeó con gratitud a Narciso en el brazo y, acto seguido, se quedó inmóvil al ver que Macro cabeceaba en el banco.

–No sé por qué, pero dudo que ese ti-tipo comparta tu punto de vista.

Narciso dirigió una mirada fulminante hacia la hornacina y dio una brusca orden.

–¡Que este idiota se levante!

Dos guardias agarraron a Macro, cada uno por un brazo, y tiraron de él con fuerza para levantarlo. Macro abrió los ojos con cara de sueño.

–¿Qué? ¿Qué? ¡Oh...!

Al ver al emperador se despertó al instante y se irguió como una columna de mármol; Claudio, renqueante, se acercó a él y estudió al centurión.

–¿Es éste uno de los hombres de los que me hablabas, Narciso?

–Sí, César.

–No es precisamente un es-es-espécimen digno de admiración, diría yo. Sin embargo, sí parece el tipo de persona que podríamos sacrificar sin perder mucho el su-sueño por ello.

–Sí, César. Una vez más os adelantáis a mis pensamientos.

Claudio se inclinó hacia Cato y puso cara de sorpresa.

–¿Y este otro, este chico? No me digas que es el oficial que mencionaste. ¡Pero si ni si-siquiera parece lo bastante mayor para afeitarse!

Narciso soltó una risa forzada y, cuando su ordenanza siguió su ejemplo, el emperador se dio la vuelta con el ceño fruncido.

–¡Nadie te ha pedido que participes!

El escribiente se quedó helado, palideció y bajó la mirada enseguida.

–Eso está mejor. –El emperador se dio la vuelta de nuevo para proseguir con su examen de los dos centuriones–. Supongo que sabes lo que ha-ha-haces, Narciso. Ese otro asunto del que hemos hablado necesita manejarse con cuidado. ¿Estás seguro de que es-es-estos hombres serán capaces de hacer el trabajo?

–Si no lo son, entonces no hay nadie que lo sea, César.

–Muy bien... Te veré en la cena.

–César. –Narciso hizo otra reverencia, al igual que los pretorianos, su secretario y los dos centuriones. Mantuvieron la cabeza gacha hasta que Claudio se alejó arrastrando los pies por el pasillo y desapareció por una galería lateral. En cuanto el emperador se perdió de vista, se oyó un suspiro colectivo de tensión liberada. Macro tuvo la sensación de que había escapado por los pelos de una ejecución inmediata y la sangre latía con fuerza en su corazón.

Narciso dirigió una mirada fulminante a los dos centuriones y gritó una orden brusca: –¡Traedlos adentro! Giró sobre sus talones y regresó a su despacho a grandes zancadas, en tanto que Cato y Macro agarraban sus horcas y, flanqueados por los guardias, cruzaron con su escolta la alta puerta de la oficina del secretario imperial.

La estancia era enorme. Arriba, el techo se elevaba hasta la misma altura que el corredor, y el suelo estaba cubierto de pieles de animales, a través de las cuales seguía notándose el calor del hipocausto. A la derecha se extendía una pared compuesta de estantes en forma de nido de abeja, repleta de rollos y libros. A la izquierda, otra pared estaba cubierta por una pintura delicadamente detallada de una gran bahía que se extendía en la distancia, donde se perdía en una tenue bruma. Por encima de la franja costera se alzaba una gran montaña que empequeñecía las ciudades a sus pies, que bordeaban las costas. En la pared de enfrente, cuatro ventanas grandes ofrecían unas vistas espectaculares al Foro y, más allá, a las laderas cada vez más pobladas de la Suburra. Narciso había cruzado la habitación y se hallaba acomodado detrás de una mesa de roble cuyo tamaño era proporcional a la estancia, si bien no a la cantidad de papeleo que tenía encima y que no parecía suponer una gran carga. El secretario imperial notó la admiración en los rostros de los dos centuriones, fascinados al contemplar tanto de aquella ciudad con una sola mirada.

–Impresionante, ¿verdad? –Sonrió–. Es lo primero que comenta la gente que visita este despacho. Lo encuentro inspirador y, al mismo tiempo, alarmante. Aterrador, incluso.

Se dio la vuelta para mirar también él por la ventana, dándoles la espalda a Cato y a Macro, y siguió hablando en el mismo tono reflexivo. –Desde aquí se rige el Imperio. Desde este palacio. El palacio es la mente que dirige los músculos y tendones del Imperio. Allí abajo, en el Foro, está la expresión pública de ese poder. Los magníficos templos construidos en honor de múltiples dioses. Las basílicas donde las fortunas de los hombres se forman, se intercambian y son reguladas por la ley. Personas de todo el mundo acuden al Foro para maravillarse ante las proporciones de nuestros logros. Juntos, el palacio y el Foro constituyen un santuario del poder y el orden. –Hizo una pausa y alzó una mano para señalar la empinada ladera de la Suburra, una sucia concentración de baldosas y yeso, dispuesta como una ola a punto de estrellarse sobre el Foro.

–Por otro lado, ese barrio es un caos de pobreza y depravación que amenaza día y noche con sepultar y destruir el orden que hemos creado. La Suburra es un recordatorio diario de aquello en lo que podríamos convertirnos si el emperador y aquellos que fomentan sus aspiraciones son erradicados. La plebe son los bárbaros dentro de las propias puertas de Roma. Siempre y cuando sean alimentados y estén entretenidos, los tendremos controlados. Pero si dejamos que sean conscientes de su propio poder o, peor aún, dejamos que otra persona se aproveche de sus motivaciones más abyectas... y de sus supersticiones –añadió Narciso con énfasis–, nos cortarán el cuello.

El secretario imperial se volvió hacia los dos centuriones con una expresión de cansancio.

–Así pues, mi tarea, mi propósito en esta vida, es asegurarme de que se mantenga el orden y de que Claudio permanezca en el poder. Eso significa que tengo que identificar y contener todas y cualesquiera posibles amenazas al emperador. Y vuestro trabajo, como soldados que han jurado obedecer su voluntad, es ayudarme del modo que yo establezca. ¿Me he explicado con claridad?

–Sí, señor –respondieron Cato y Macro. Cato no tenía ni la menor idea de a qué se estaba refiriendo el secretario imperial. No obstante, la insinuación de que se precisaba de sus servicios y el hecho de que no se mencionara la palabra ejecución llenó de esperanza su corazón.

Narciso asintió, complacido, con la cabeza ante la pronta obediencia de ambos y se inclinó para apoyar los brazos en la mesa.

–Entonces escuchad con atención. Tengo un trabajo para vosotros. Por supuesto, es peligroso y entraña un enorme riesgo personal. Aun así, claro, no tenéis nada que perder. ¿No es cierto, centurión Cato?

–Señor?

–No me tomes por idiota, jovencito. Tu vida ha quedado confiscada. No tengo más que levantar la voz, llamar a los guardias y hacer que os maten aquí mismo. Sí, a ti e incluso a tu amigo aquí presente. Y nadie

me preguntaría siquiera el motivo. Además, resulta que tengo razones suficientes. Mirad. –Cogió un rollo de pergamino que tenía en la mesa–. Esto llegó ayer. Desde Britania. ¿Sabéis de quién es?

A Cato se le cayó el alma a los pies.

–Del general Plautio?

–Correcto. Y ya puedes imaginarte lo que explica. –Narciso sonrió con crueldad–. La sentencia de muerte se mantiene. Además, el general establece la presencia de suficientes pruebas circunstanciales como para justificar la ejecución del centurión Macro por los cargos de amotinamiento y asesinato. Ya estáis muertos los dos.

Dejó que sus palabras hicieran mella mientras miraba de hito en hito a los centuriones con aquellos oscuros ojos castaños que se hundían bajo sus cejas depiladas. Cato le sostuvo la mirada, enojado y asustado a un tiempo, pues era consciente de que el secretario imperial los estaba empujando a Macro y a él hacia nuevos peligros. Cato tragó saliva con nerviosismo antes de responder.

–A menos que hagamos lo que se nos diga.

–Eso es –reconoció Narciso con la cabeza, satisfecho–. O hacéis lo que os diga o seréis pasto de los carroñeros antes de terminar el día.

Macro preguntó con sorna:

–¿Y qué es lo que quiere que hagamos por usted? ¿Que cometamos un asesinato? ¿Que hagamos desaparecer a alguien? ¿Qué?

–No es tan fácil, ni mucho menos. –Narciso se carcajeó–. Ya dispongo de muchos hombres para estas tareas tan ínfimas y sin importancia. No, para lo que tengo pensado necesito dos oficiales con recursos. Individuos implacables que, además, estén lo bastante desesperados como para buscar el éxito a cualquier precio. En resumen, hombres como vosotros dos. No voy a denostar vuestra inteligencia ofreciéndooos el trabajo. Lo haréis, o moriréis aquí y ahora. Lo único que falta es que os cuente los detalles. ¿Me entendéis?

–¡Oh, sí! Le entendemos a la perfección..., señor.

–Muy bien. –Narciso se reclinó en la silla y ordenó sus pensamientos–. Hace un mes, un barco mercante fue capturado no muy lejos de la costa, frente a Rávena. Son cosas que ocurren de vez en cuando. Alguien cree tener futuro como pirata y empieza a apresar embarcaciones. Podemos permitirnos pasar por alto la pérdida de alguna que otra nave aquí y allá, pero si se vuelven demasiado avariciosos, mandamos a una escuadra tras ellos para que los ahuyente. Sin embargo, en esta ocasión los piratas capturaron una embarcación que resulta que llevaba a uno de mis agentes de mayor confianza. Se hallaba en una misión de la máxima confidencialidad. Lo hicieron prisionero y lo torturaron. Mandaron un aviso advirtiéndoo que querían un rescate por él. Junto con su dedo anular. Supongo que se trata de alguna especie de tradición pirata para demostrar que lo que dicen va muy en serio.

–¿Quiere que lo traigamos de vuelta? –preguntó Cato–. ¿Es eso? ¿Eso es todo?

–No, eso no es todo exactamente. En su equipaje, mi agente llevaba algunos artículos de gran valor para el emperador.

–¿Un tesoro? –Macro frunció el ceño–. ¿Quiere mandarnos a la caza de un tesoro?

–¿Un tesoro? Sí –repuso Narciso tras sopesarlo–. Pero un tesoro que tiene mucho más valor que todo el oro y las joyas de Egipto.

–¿En serio? –terció Macro con desdén–. No sé por qué, pero lo dudo.

–¿De qué clase de tesoro estamos hablando? –Cato interrumpió a su amigo.

–Rollo de pergamino –contestó Narciso con una sonrisa–. Tres. Los piratas quieren tres millones de sestercios para devolvernos los rollos.

–¿Tres millones? ¿Sólo por los rollos? –Macro soltó una carcajada y meneó la cabeza–. No lo dirá en serio, señor.

–No he hablado más en serio en toda mi vida.

A Macro se le ahogó la risa en la garganta al contemplar la expresión decidida en el rostro del secretario imperial.

–Esos rollos... ¿qué tienen de especial?

Narciso se lo quedó mirando fijamente. –No es necesario que lo sepáis. Se os facilitarán más datos si la situación así lo requiere. Por ahora basta con deciros que si consigo tenerlos en mi posesión, se evitará un gran peligro para el emperador. De momento, lo único que debe preocuparos es vuestra misión. Encontraréis los rollos, los recuperaréis y me los traeréis aquí. De ser posible, también quiero que rescatéis a mi agente. No obstante, si eso pusiera en peligro la seguridad de los rollos, el agente debe considerarse prescindible.

–¿Quién más sabe esto? –inquirió Cato.

Narciso lo pensó un momento antes de responder:

–El emperador, mi administrativo y otra persona.

–¿Quién, señor?

Narciso esbozó una sonrisa y meneó la cabeza.

–No os hace falta saberlo. De momento. Mientras tanto he organizado las cosas para que os destinen a la base naval de Rávena. Vamos a mandar una columna de refuerzos de marina para realizar operaciones contra esta nueva amenaza pirata. Podéis uniros a ella. Al prefecto se le ha ordenado que encuentre y destruya la guarida de los piratas. Vuestra tarea consiste en encargarnos de la recuperación de los rollos, y de mi agente, una vez esos bandidos hayan sido derrotados. También debéis cercioraros de que ninguno de los piratas que haya leído o hayan estado en contacto con los rollos sea capturado con vida. Una última cosa. –Narciso se inclinó de nuevo hacia ellos–. Es posible que los piratas se hayan puesto en contacto con otros bandos con vistas a vender los rollos. Si ése es el caso, mis enemigos no se detendrán ante nada para hacerse con ellos. No debéis confiar en nadie. ¿Entendido?

Los dos centuriones movieron la cabeza en señal de afirmación. –¿Cuándo nos marcharnos? –se interesó Macro.

–Ya lo habéis hecho. Los refuerzos salieron de Roma al amanecer. Tendréis que alcanzarlos en cuanto haya terminado esta entrevista.

A Cato le daba vueltas la cabeza.

–¿Y qué hay de todo el papeleo? ¿Y nuestras órdenes? Narciso desechó las preguntas con un gesto de la mano.

–Mi ordenanza lo tiene todo preparado. Él os entregará la documentación necesaria en cuanto salgáis de mi despacho. Y ahora, señores, si no queréis que os salgan unas ampollas innecesarias, sugiero que os pongáis en marcha de inmediato.

–Sólo una cosa más, señor –pidió Macro.

–¿Sí?

–Dinero. Necesitaremos un poco de dinero para cubrir nuestros gastos hasta Rávena, señor.

–Entiendo. Muy bien. Podéis pedirle dinero para gastos menores al ordenanza.

–Gracias, señor.

–No es nada –repuso con ironía Narciso–. Podéis devolverlo si sobrevivís. Y ahora, en marcha.

Narciso se reclinó en su asiento y cruzó los brazos, señal evidente de que la reunión había terminado. Cato y Macro se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la salida. Antes de llegar, las puertas se abrieron por la acción de los pretorianos que las guardaban. El administrativo de Narciso esperaba sentado a su mesa con una tablilla encerada en cada mano. Cuando los centuriones marcharon hacia el pasillo, él les entregó las tablillas. Cato tomó la suya y empezaba a guardarla en su alforja cuando miró hacia el otro lado del pasillo y se quedó de piedra. Macro se fijó en su reacción y se giró para mirar. Sentado en la hornacina de enfrente había un individuo de complexión robusta, tirando a gordo. Llevaba la toga de senador y dibujó una sonrisa al reconocer a los dos centuriones.

–¡Vaya! Si no me equivoco –se burló–, son mis antiguos compañeros de armas, el centurión Macro y su optio favorito. –Hizo una pausa y sus ojos se posaron en la cimera transversal del casco que colgaba de la horca de Cato–. ¿Centurión Cato? No puedo creerlo...

Cato inclinó la cabeza con el reconocimiento formal debido al rango del otro hombre y respondió con inusual frialdad.

–Tribuno Vitelio, me preguntaba si volveríamos a vernos de nuevo.

CAPÍTULO VII

–¿Qué diablos estaba haciendo aquí ese cabrón de Vitelio? –refunfuñó Macro, a la vez que cambiaba su alforja de posición y ajustaba el paso–. Esperaba no volver a verlo nunca más después de ese asunto en Britania. Y tenía que aparecer ahora. Cuando estás jodido siempre puedes contar con que alguien te eche un poco más de mierda encima.

Cato gruñó con aprobación ante el extravagante fatalismo de su amigo. La vida era así. Ya había visto bastante como para saberlo. Macro tenía motivos para estar preocupado. El hecho de que el senador estuviera esperando para ver a Narciso inmediatamente después de ellos implicaba algún tipo de vínculo con

la misión que les habían obligado aceptar. Tal vez fuera una coincidencia, reflexionó Cato. Al fin y al cabo, Narciso debía de estar supervisando muchas operaciones. Aun así, Cato no pudo desprenderse de la sensación de que la presencia de ellos dos y la del traicionero antiguo tribuno de la Segunda Legión estaban relacionadas de algún modo. Ellos habían frustrado un complot organizado por Vitelio para asesinar al emperador Claudio, pero, a posteriori, el astuto tribuno los había dejado sin pruebas que presentar en su contra y los centuriones se habían visto obligados a guardar silencio. Cato estaba seguro de que Vitelio esperaba el momento oportuno para organizar algún fatal accidente que les acaeciera a Macro y a él mismo. La reavivación de aquel peligro se sumó a sus ya existentes miedos y Cato no pudo sacarse a Vitelio de la cabeza mientras Macro y él marchaban con aire abatido por la Vía Flaminia. El día era frío y una brisa helada cortaba la atmósfera, apenas si había unos retazos de nubes en el despejado cielo azul. Tras el primer kilómetro y medio de camino, el ejercicio les había calentado los músculos y Cato ya no temblaba. Habían salido de Roma a mediodía, deteniéndose en la Puerta Sanqualiana para llenar sus cantimploras, y Macro no se había sentido lo bastante seguro como para decir lo que pensaba hasta que no hubieron dejado atrás los muros de la ciudad. A ambos lados de la ancha carretera pavimentada, las tumbas y mausoleos se amontonaban pegados a otros monumentos conmemorativos más modestos, dedicados a las generaciones de muertos que habían sido enterradas al otro lado de las murallas de Roma.

El tráfico en la Vía Flaminia era denso, con un flujo constante de carros y carretas cargados con productos de granja, mercancías y artículos de lujo que se dirigían a los grandes mercados de la capital. Avanzando con lentitud en dirección contraria iban vehículos vacíos. Los dos centuriones pasaron junto a ellos lo más rápido posible para alcanzar a la columna de refuerzo que había abandonado la ciudad hacía horas y que ya debía de estar llegando a Oriculum. La columna llevaría un buen ritmo, puesto que el tráfico despejaría la calzada para dejarla pasar, mientras que los dos centuriones, al ser mucho menos visibles, tenían que avanzar zigzagueando entre los demás usuarios de la vía.

—No los alcanzaremos antes de que caiga la noche —refunfuñó Cato—. Al menos no a este ritmo. —Quizá sí —repuso Macro, que miró por encima del hombro a Cato—. Si podemos mantener el paso. Vamos, muchacho, no te entretengas.

Cato apretó los dientes y alargó su zancada hasta situarse al lado de su amigo.

—¿Alguna vez has tenido tratos con los de la marina?

—¿Con los de la marina? —Macro escupió en el suelo—. Sí, me he encontrado con unos cuantos. En la escuadra del Rhine. Solían ir de permiso a Argentorate, igual que nosotros, los legionarios. Unos cabrones holgazanes todos ellos. Se pasaban el tiempo haraganeando por las cubiertas de sus barcos mientras nosotros nos encargábamos de servir como soldados de verdad.

Cato sonrió.

—Deduzco que los legionarios y los infantes de marina no se tienen mucha simpatía.

—Ninguna —respondió Macro con rotundidad—. Estuvimos como el perro y el gato desde el principio.

—Me sorprendes. Sea como sea, ahora que nos han destinado a la marina, será mejor que perdonemos y olvidemos, ¿eh?

—¿Perdonar y olvidar? —Macro arqueó las cejas—. ¡Y una mierda! Odio a esos bastardos. Todos los legionarios los odian. Verás, un buen infante de marina es algo que no existe. Son unos haraganes, unos vagos, la basura de las calles. Aquellos que tenían un poco de valía han cogido y se han unido a las legiones. Tendremos que lidiar con los restos.

—Entonces, ¿no tienes ganas de hacer un poco de instrucción?

—Cato, muchacho, una cosa es la instrucción, y luego está esa especie de caótico andar a tientas, que es la especialidad del típico infante de marina.

—Así pues, cuando se trata de hacer de soldado, van a la deriva, ¿no?

Macro cerró los ojos un breve instante.

—Cato, ésa es la clase de comentario socarrón que arruina amistades.

—Lo siento. Sólo intentaba levantar los ánimos.

—Vale, pues no lo hagas. ¿De acuerdo? Las cosas ya están bastante difíciles para los dos como para que intentes bromear al respecto.

—Está bien. —Cato levantó la mirada cuando una columna de carros pasó chirriando por el otro lado de la carretera. Cada uno de los carros llevaba a varios hombres muy musculosos y con aspecto de estar en suma forma física. Codeó ligeramente a Macro—. No nos irían mal unos cuantos más como ellos en las legiones.

Macro miró hacia atrás.

-¿Como ellos? Son gladiadores. No, maldita la falta que hacen en el ejército. Creen que saben cuanto hay que saber sobre la lucha. Que todo se reduce a un elaborado juego de piernas y a una diestra espada. El típico bárbaro de las ciénagas los derribaría de un solo golpe mientras ellos estarían intentando todavía ganar puntos por su estilo. Gladiadores... -Macro meneó la cabeza de forma cansina-. Se pasan meses sin ver la luz del sol más allá de su trasero. Si quieres tener alguien a tu lado en quien puedas confiar, elige siempre a un legionario. Y si no puedes encontrar a un legionario, servirá con un auxiliar.

Cato se lo quedó mirando.

-En verdad la tienes tomada con los infantes de marina, ¿no? ¿Por alguna razón en particular? ¿Alguno de ellos se escapó con tu hermana o algo así?

Macro le lanzó una mirada a su amigo. -¡Mi hermana- No. Alguien mucho más cercano. Mi madre.

-¿Tu madre?

Macro asintió con la cabeza.

-Un trirreme apareció en Ostia para realizar unas reparaciones. La tripulación desembarcó durante unos cuantos días. Uno de esos cabrones embaucadores intenta ligarse a mi madre y ella nos deja a todos jodidos y zarpa hacia el maldito crepúsculo con su infante de marina para no volver nunca. Por aquel entonces yo no era más que un niño. Fue hace veinte años.

Cato estaba atónito. En los dos años que habían pasado desde que conoció a Macro, su amigo rara vez había mencionado nada de su pasado. Y ahora aquello, como ya se había ido acostumbrando a las historias de los soldados veteranos, no pudo menos que desconfiar.

-¿Es eso cierto?

-¿Acaso te he mentado alguna vez?

Cato se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

-La verdad es que sí. Y resulta que con frecuencia. Las historias de soldados y demás mandangas. «El bárbaro que se escapó» y ese tipo de cosas.

-¡Ah! -Macro frunció la boca-. Lo que te digo es cierto. Así pues, odio a los infantes de marina -concluyó con sequedad.

Cato sintió que un peso le aferraba el corazón. Si Macro se iba a Rávena con semejantes prejuicios, la vida con los infantes de marina iba a resultar muy difícil. La rivalidad entre cuerpos ya era bastante mala de por sí sin necesidad de que Macro añadiera a la situación su cruzada personal contra todos los miembros de la armada. Cato intentó razonar con su amigo.

-¿No crees que es un poco duro juzgarlos a todos por la conducta de uno solo?

-No.

Cato dio un bufido de frustración.

-Eso no es muy justo, que digamos.

-¿Y qué tiene que ver la justicia con esto? Uno de esos cabrones se escapó con mi madre. Ahora se ha vuelto la tortilla y les voy a dar su merecido. Y no toleraré ninguna de tus tonterías sobre la justicia.

-Los prejuicios nunca solucionaron nada.

-¡Menuda estupidez! cuál de tus estrambóticos filósofos se le ocurrió eso? Los prejuicios lo solucionan todo, y rápido, además. Siempre y cuando tengas las pelotas para llegar hasta el final. ¿Cómo crees si no que nos hicimos con un imperio? ¿Jugando limpio con un puñado de bárbaros de culo peludo? ¿Crees que los convencimos para que arrojaran sus armas y rindieran sus tierras? No. Los consideramos ignorantes e incivilizados. A todos ellos. Y según mi parecer, con razón. A fin de cuentas, eso hizo que fuera mucho más fácil patearles la cabeza. Si empiezas a discutir contigo mismo sobre los pros y los contras de su punto de vista, estás muerto en un abrir y cerrar de ojos. Si actúas según lo que te encuentras, la vida se vuelve más sencilla, y con probabilidad más larga. De modo, Cato, que ahórrame tus opiniones sobre la justicia, ¿eh? Si quiero odiar a los infantes de marina, es cosa mía. Hace que la existencia me resulte más fácil. Si tú quieres tratar de quedar bien con ellos, tú mismo. Pero a mí no me metas.

-Bueno, si insistes...

-Sí, insisto. ¿De acuerdo? Y ahora cambiemos de tema. Cato se dio cuenta de que su amigo no iba a variar su opinión sobre aquel asunto. Al menos no en aquellos momentos. Quizá con el tiempo podría persuadir a Macro para que fuera más razonable; unas cuantas palabras escogidas aquí y allá y tal vez su destino en la marina no fuera una experiencia tan desagradable. Si Narciso estaba en lo cierto, aquella misión ya iba a ser lo bastante peligrosa para Macro y Cato sin necesidad de preocuparse por la lealtad de los hombres que tenían alrededor.

Cato se echó hacia delante, se ajustó el peso de la horca en el hombro y siguió la marcha en silencio. La Vía Flaminia empezaba a inclinarse en su convergencia con una cadena de montañas bajas al norte de la capital. Cuando la carretera se niveló, Cato salió de la calzada, fue a situarse a la sombra de un bosquecillo de altos cipreses y dejó la alforja en el suelo un momento. Macro dio unas cuantas zancadas más, pero se detuvo y, a regañadientes, salió pesadamente de la superficie empedrada para reunirse con su amigo.

–¿No estarás cansado tan pronto?

–Un poco –admitió Cato–. He perdido el hábito de las marchas.

–¿En serio? –le picó Macro con una sonrisita–. Todavía voy a hacer de ti un infante de marina.

–Muy gracioso. –Cato tomó un sorbo de su cantimplora y volvió la vista carretera abajo, hacia Roma, que se extendía por sus siete colinas y se desplegaba por el paisaje circundante. Tras haber pasado varios meses dentro de los ceñidos límites de la ciudad, a Cato se le hacía extraño abarcar de una sola ojeada aquella urbe de un millón de personas. El enorme edificio del complejo del palacio Imperial se distinguía con claridad, incluso desde una distancia de varios kilómetros, pero ahora parecía diminuto, como una construcción hecha con el juego de cubos de un niño. Por un momento Cato se maravilló ante la pequeñez que los logros humanos adquirirían en un contexto más amplio. Todos los grandes políticos de palacio, todos los nimios prejuicios y aspiraciones de las calles abarrotadas de la capital..., todo parecía fútil e insignificante visto en la distancia.

Cato observó a su amigo. Para Macro era distinto. Él sobrevivía en el descarnado mundo de los detalles inmediatos y se concentraba en los retos que tenía por delante. Cato tuvo la sensación de que aquella era una perspectiva envidiable, una perspectiva que lamentaba no poder desarrollar para sí. El pasaba demasiado tiempo pensando abstracciones. En las legiones eso podía costar vidas, reflexionó, y el abismo de dudas sobre sí mismo que lo atormentaba se abrió de nuevo. Ahora que era centurión, tenía más conciencia que nunca de sus defectos y ansiaba ese acceso a las verdades de la vida que suponía disfrutaba Macro.

–Si ya has contemplado lo suficiente el paisaje –irrumpió Macro en sus pensamientos–, ¿te importaría que siguiéramos adelante?

–De acuerdo. –Cato tapó su cantimplora, respiró hondo y volvió a echarse el morral al hombro–. Estoy listo. Vamos.

A medida que iba transcurriendo la tarde, las nubes dispersas se hicieron más densas y emborronaron el cielo hasta que al final ocultaron el mismísimo sol tras una deprimente cortina de bruma grisácea y sucia. Al tiempo que los centuriones se iban alejando cada vez más de Roma y dejaban atrás el inmediato cinturón de granjas y fábricas cuyas mercancías proveían a la ciudad, el tráfico empezó a disminuir. Las laderas de las colinas circundantes estaban más arboladas y había menos granjas y demás edificaciones. A la caída de la tarde empezó a llover; unas gotas gélidas que herían la piel y que con rapidez empaparon a los dos centuriones. Macro y Cato se detuvieron en una pequeña taberna que había al borde de la carretera, pagaron dos copas de vino caliente, sacaron sus capas impermeables y se las echaron sobre los hombros.

Cato echó un vistazo a través de la cortina de gotas que salpicaba el suelo al caer del techo de paja del cobertizo que daba a la carretera.

–Esto no va a pasar pronto. ¿Cuánto queda hasta Oriculum?

Macro lo pensó un momento.

–Tres horas.

–Dentro de tres horas ya habrá oscurecido.

–Con este tiempo, antes y todo.

Cato volvió la vista hacia la posada.

–Podríamos quedarnos aquí a pasar la noche y alcanzar a la columna mañana.

Macro movió la cabeza en señal de negación.

–No voy a pagar por quedarme aquí cuando unos barracones decentes me esperan más adelante. Además, si nos quedamos, por la mañana tendremos que apretar el doble el paso para alcanzar a la columna. No tiene sentido. Termínate la copa y vámonos.

Cato lo miró con enojo, luego cedió. Sería más fácil soportar a un Macro mojado e incómodo durante las próximas horas que aguantar sus rezongos durante el resto de la noche y la mañana siguiente. Con un suspiro de resignación apuró el resto de su copa, saboreando la agradable sensación de bienestar en el estómago, y a continuación se echó la alforja al hombro y salió sin entusiasmo de la posada. La lluvia caía con más fuerza que nunca, como varillas plateadas que ocultaban el paisaje circundante, y silbaba sobre la superficie empedrada del camino. Cato se percató de que estaban solos en la carretera y, tras dirigir una

última ojeada nostálgica al cálido resplandor de la chimenea de la posada, se dio la vuelta y siguió la forma oscura de Macro.

Tras un kilómetro y medio de camino, la atmósfera se volvió por un momento de un blanco cegador y, casi al instante, sus oídos quedaron ensordecidos por un estruendoso retumbo de truenos.

Cato se estremeció y le gritó a Macro:

–¡Tendríamos que buscar refugio!

Sus palabras quedaron ahogadas por una nueva detonación en los cielos; Cato avanzó unos cuantos pasos al trote y agarró a Macro por el hombro.

–¡Busquemos refugio!

–¿Qué? –Macro hizo una mueca–. ¿Refugio? ¿Para qué? No es más que un poco de lluvia, eso es todo.

–¿Un poco de lluvia?

–¡Claro que sí! ¿Qué pasa? ¿Te has ablandado por pasar demasiado tiempo en la ciudad o algo parecido?

–No.

–¡Bueno, pues entonces sigamos! –repuso Macro a voz en cuello en medio del estruendo, tras lo cual giró sobre sus pasos y se alejó a grandes zancadas.

Cato se quedó parado unos instantes y luego, con un encogimiento resignado de hombros, salió tras los pasos de su amigo. Los truenos retumbaban en lo alto y resonaban en las laderas de las colinas circundantes. Por eso no oyeron el golpeteo de los cascos de los caballos ni el chirrido de las ruedas del carruaje hasta que el pequeño grupo montado estuvo casi encima de ellos. Salieron de entre la penumbra a toda velocidad, justo por detrás de los dos centuriones, y Cato apenas tuvo tiempo para darse la vuelta, percibir el peligro y arrojar a un lado con un grito de advertencia dirigido a Macro, a la vez que en el último instante los jinetes ataviados con capa hacían virar con brusquedad a sus monturas. Macro salió de la calzada de un salto y cayó en la cuneta de drenaje a una corta distancia de Cato. Por encima de sus cabezas pasaron fugazmente las formas de dos jinetes, un tiro de caballos que arrastraba un coche ligero cubierto y a continuación dos jinetes más. Haciendo caso omiso de los viajeros a los que habían echado de la carretera, siguieron adelante su traqueteo sin detenerse.

–¡Eh! –Macro se apoyó en un brazo para incorporarse–. ¡Vosotros, cabrones!

Sus palabras se perdieron en la tormenta y, poco después, la penumbra había engullido al carruaje y a su escolta mientras Macro seguía soltándoles una sarta de insultos. Cato se levantó del barro y recuperó su alforja antes de ir a ayudar a Macro. En cuanto los dos estuvieron de nuevo en la carretera, empapados y mugrientos, Macro se calmó un poco.

–¿Estás bien, Cato?

–Perfectamente.

–Si pilló a esos hijos de puta les voy a dar una paliza que no olvidarán con facilidad.

–No los alcanzaremos. Al ritmo que van no.

Macro dirigió una mirada fulminante carretera abajo. –Quizá se refugien en Ocriculum para pasar la noche. Entonces sabrán lo que es bueno.

–Pues sigamos o nunca llegaremos allí.

Recogieron sus bolsas completamente empapadas y prosiguieron su andadura por la carretera, refulgente bajo aquel diluvio.

Cayó la noche; la tormenta se había vuelto tan oscura, que se tragó los últimos rayos de sol casi sin que ellos se dieran cuenta. No llegaron a Ocriculum hasta casi dos horas más tarde. Bajo el tembloroso resplandor de las antorchas cubiertas, aparecieron a las puertas de la ciudad con aspecto de mendigos, empapados y manchados de barro a causa de su caída en la cuneta.

El guardia de la puerta se levantó con lentitud de su resguardado banco en el interior del alto arco y metió los pulgares en la parte superior de su cinturón.

–¡vava, vava! –Esbozó una mueca burlona–. ¿Qué tenemos aquí? Supongo que vosotros dos, vagabundos. podéis pagar la entrada, ¿no?

–¡Que te jodan! –gruñó Macro–. Y déjanos pasar de una maldita vez.

–Vamos a ver. –El guarda frunció el entrecejo y deslizó su mano derecha hacia el costado, cerca del pomo de su espada–. No es necesario ponerse así. Pagáis la cuota y podéis entrar en la ciudad. De lo contrario... – Con un gesto de la cabeza apuntó hacia la carretera.

–Nada de eso, amigo –replicó Macro–. Somos centuriones, en servicio activo. Déjanos pasar. – ¿Centuriones? –El guarda adoptó una expresión dubitativa y Macro se echó la capa hacia atrás para

mostrarle su espada reglamentaria y la inconfundible forma de su horca de marcha. El vigilante miró a Cato quien, empapado como estaba, parecía todavía más joven de lo que era en realidad—. ¿Él también?

—Él también. Ahora déjanos entrar.

—Está bien. —El guarda hizo una señal a un par de hombres que había en el extremo más alejado del arco y luego empujó una de las puertas, lo justo para que pudieran entrar los dos viajeros. Macro le dio las gracias con un cabeceo y pasó de largo junto a él con paso cansino.

El cuartel de marcha se hallaba a corta distancia de la puerta de la ciudad. Un pequeño arco conducía a un patio abierto bordeado de establos a un lado y de hileras de barracones a lo largo de las otras tres paredes. La luz brillaba a través de las grietas de los postigos de las ventanas y se derramaba sobre las losas en forma de haces sesgados. Un puñado de antorchas cubiertas proporcionaba iluminación suficiente para que pudieran ver a donde se dirigían después de que Macro y Cato le explicaron sus pormenores al administrativo de la puerta y recibieron indicaciones para ir a una de las salas de oficiales. Al cruzar el patio, Macro echó un vistazo a los vehículos que había en el estacionamiento de los carruajes: una ordenada línea de carros de suministros y allí, en el extremo más alejado, uno más pequeño y de diseño más refinado. Macro se detuvo con tanta brusquedad que Cato chocó contra su espalda.

—¡Mierda! ¿Por qué haces eso?

—¡Silencio! —exclamó un airado Macro. Levantó la mano y señaló—. ¡Mira!

Cato siguió la dirección de su amigo.

—Vaya...

Allí estaba el carruaje. Sus líneas eran inconfundibles. Era el mismo que unos pocos kilómetros antes los había hecho caer despatarrados en la cuneta de la carretera que llevaba a Roma.

CAPÍTULO VIII

Cato salió corriendo detrás de Macro cuando su amigo entró de manera estrepitosa por la puerta del barracón y se plantó en el comedor de oficiales. Era una habitación grande, iluminada y calentada por braseros de hierro montados en la pared, con un mostrador y varias mesas a las que estaban sentados una veintena de oficiales. Todos se habían vuelto a observar al responsable de esa entrada tan dramática. Un relámpago perfiló la forma baja y fornida de Macro contra el marco de la puerta, en tanto que la decolorada imagen de Cato permanecía en el exterior, detrás de él. El relámpago desapareció y la expresión de Macro quedó iluminada por el brillo sonrosado de los braseros. Sonrió.

—¡Buenas noches, señores! Centurión Lucio Cornelio Macro a vuestro servicio. ¿Alguno de vosotros sabría decirme a qué hijo de perra pertenece el lujoso carruaje que está aparcado ahí fuera?

Por un momento nadie dijo ni una palabra, ni hizo un solo movimiento, hasta que Cato alcanzó a su amigo y se abrió paso a empujones hacia el comedor para guarecerse de la lluvia. El joven centurión plantó su alforja en el suelo, estornudó tan fuerte que se dobló en dos y rompió el hechizo. Macro lo señaló con un gesto de cabeza.

—Este es el centurión Marco Licinio Cato. No puede evitarlo. Y ahora, como iba diciendo...

El camarero le hizo señas a Macro para que se acercara al mostrador.

—Tome asiento y beba algo, señor, y cierre la puerta.

El asqueroso tiempo quedó fuera y los dos recién llegados permanecieron chorreando en el umbral bajo la silenciosa mirada de los demás oficiales. Por el rabillo del ojo, Cato advirtió que un hombre se levantaba de una de las mesas situada contra la pared del otro lado. El individuo se dirigió a toda prisa hacia una puerta lateral y desapareció por un pasillo oscuro. El camarero dispuso dos copas y con cuidado las llenó con el contenido de una jarra grande.

—Aquí tienen. Acérquense y beban, y podremos hablar sin estropearles la noche al resto de mi clientela.

Cuando los dos centuriones se apoyaron en el mostrador, el camarero llamó con un grito a uno de sus esclavos y un niño delgado y con mal aspecto salió disparado del almacén, frotándose los ojos para quitarse el sueño.

—Lleva las alforjas de estos oficiales a una de las habitaciones. Cuando lo hayas hecho, vuelve a por sus capas. Habrá que secarlas. Ahora, ve.

El esclavo asintió mansamente con la cabeza, rodeó el mostrador a toda prisa y fue a buscar los dos morrales que estaban junto a la puerta. Cato observó cómo el chico levantaba su alforja con cara de esfuerzo y salía de la estancia tambaleante bajo el peso.

–Y ahora, señor –le estaba explicando el camarero a Macro–, si quiere beber en mi establecimiento tendrá que comportarse, ¿entendido? De lo contrario, tendré que pedirle que se vaya.

–¿Y qué te hace pensar que voy a irme? –Macro le sonrió con dulzura. Sin apartar la mirada del centurión, el camarero llamó:

–Ursa, ven aquí, rápido.

Una enorme sombra llenó la entrada del almacén y una gran cabeza rubia se agachó para entrar en el bar. Cuando el hombre se puso derecho, sus mechones pajizos parecieron rozar las vigas del techo. De brazos gruesos y fuertes, la túnica le quedaba muy tirante en torno a su pecho descomunal y sobre sus anchos hombros.

–¿Sí, amo?

–Quédate por aquí mientras hablo con estos caballeros.

Ursa asintió con la cabeza y examinó a los dos centuriones que estaban en el mostrador, entornando los ojos con recelo. El camarero se dirigió de nuevo a Macro.

–Si digo que se vaya, se va. ¿Queda claro?

¡Oh, sí, perfectamente! –exclamó Cato con un asentimiento de su cabeza.

Macro le dirigió una mirada indignada antes de centrar de nuevo su atención en el camarero.

–¿bien? ¿Qué me dices del carruaje?

–Pertenece a un oficial superior que va de camino al norte. Si quiere saber algo más, tendrá que hablar con éstos de ahí. –Señaló hacia la mesa de la que Cato había visto marcharse a aquel hombre momentos antes. Los tres clientes que quedaban observaron con detenimiento a los dos centuriones.

–Hable con ellos, por supuesto –prosiguió el camarero–, pero con cortesía, o haré que Ursa lo haga entrar en vereda.

–Muy bien –repuso Macro–. Y gracias por la bebida, amigo. Vamos, Cato. Se abrieron camino poco a poco por la estancia mientras los demás oficiales reanudaban su conversación, primero en un tono de voz bajo que rápidamente fue subiendo de volumen hasta alcanzar el anterior nivel de ebrio buen humor. Macro se acercó a la mesa y saludó con una inclinación a los hombres sentados en el banco más alejado.

–Buenas noches.

Ellos le devolvieron el saludo del mismo modo.

–No sois muy habladores, ¿verdad? ¿Os importa decirme quiénes sois? ¿Para quién trabajáis?

Ellos intercambiaron unas miradas antes de que uno carraspeará.

–No tenemos autorización para hablar de ello, señor.

–Dejad que lo adivine. –Macro ladeó la cabeza mientras evaluaba al grupo–. Demasiado bien vestidos para ser legionarios comunes. Y demasiado temerosos de una pelea para ser otra cosa que miembros de la Guardia Pretoriana. ¿Estoy en lo cierto?

El hombre movió la cabeza en señal de afirmación y se apresuró a hablar.

–Sí, señor. Y ya conoce las normas. Si alzamos un puño contra un superior, incluso contra uno de las legiones, somos hombres muertos.

Macro sonrió.

–¿Y qué me decís si salimos fuera y arreglamos esto sin cuestiones de rango? Sólo nosotros y vosotros tres.

–¿Arreglar el qué, exactamente?

–Esto. –Macro señaló el barro que cubría su túnica–. Un pequeño recuerdo de la cuneta en la que vosotros, malditos locos, nos hicisteis caer en la Vía Flaminia hace un par de horas.

El miembro de la guardia puso unos ojos como platos al recordar el incidente.

–¿Eran ustedes? Creí que eran unos vagabundos. Acepte mis disculpas, señor, por favor. No ha pasado nada.

–Todavía no. Bueno, ¿vas a resolver esto como un hombre?

–¿Resolver el qué, centurión? –demandó una voz desde la puerta que llevaba al pasillo oscuro. Macro y Cato se dieron la vuelta para descubrir cómo una tenue figura salía de entre las sombras. El hombre se detuvo.

–Vaya, vaya. El mundo es pequeño, ya lo creo. ¿No estás de acuerdo, centurión Macro?

–Vitelio... –susurró Macro.

–Así es. –Vitelio soltó una leve risita al tiempo que salía a plena luz del comedor de oficiales. Los miembros de la guardia se pusieron de pie de un salto y el banco rechinó contra el suelo bajo ellos al ser empujado para

apartarlo de la mesa—. Pero preferiría que te dirigieras a mí por mi debido rango. No tengo muy buena opinión sobre la insubordinación. Haréis bien en recordarlo.

—¿Oh, en serio..., señor?

—Sí. En serio. —Vitelio le clavó una fría mirada durante un momento antes de que su calculadora sonrisa asomara a sus labios—. Parece que quieres tener unas palabras conmigo. Algo que tiene que ver con mi carruaje, según tengo entendido.

—¿Vuestro carruaje? —Cato arqueó las cejas, sorprendido.

—Sí, el mío. Buenas noches a ti también, centurión Cato. Me alegra verte por aquí. A los dos. Como en los viejos tiempos. Tenemos que celebrarlo. ¡Camarero!

—¿Sí, señor? —Una jarra de tu mejor vino y tres copas. Copas, ¿eh? —Sí, señor.

Vitelio les hizo un ademán a sus guardaespaldas.

—Levantaos y dejadnos solos. Aseguraos de que no nos molesten a mis amigos y a mí.

Los miembros de la guardia saludaron y se dirigieron, diligentes, a otra mesa cercana, aunque no lo bastante como para poder oír lo que se hablaba entre Vitelio y los dos centuriones.

—Sentaos, señores, por favor. —Vitelio señaló el banco vacío.

Macro meneó la cabeza.

—No, gracias, señor.

—No era una petición, centurión. Y ahora siéntate. Los dos.

Con una pausa lo bastante prolongada como para hacer patente su disgusto y un cierto grado de desafío, Macro y Cato tomaron asiento. Vitelio les sonrió y luego se acomodó en el banco de enfrente. El camarero llegó con las bebidas y sirvió el vino en tres copas bañadas en plata antes de depositar la jarra en la mesa y dejarles a solas con su conversación.

Macro fue el primero en hablar.

—¿Qué está haciendo aquí, señor?

—Voy de camino para asumir mi próximo cargo. —¿Cargo? —Macro arrugó el ceño—. ¿Va a volver al servicio activo? ¿Qué legión va a padecer su traición esta vez, tribuno?

—¿Tribuno? —Vitelio adoptó una afectada expresión de sorpresa—. ¿Qué te hace pensar que voy a volver a asumir ese rango? He progresado hacia posiciones mayores y mejores, ahora que mi patrono es el propio Claudio en persona.

Macro se inclinó hacia delante y bajó la voz:

—Si supiera hasta qué punto ha conspirado contra él...

—Pero no lo sabe. Y nunca va a descubrirlo, caballeros. Confía en mí plenamente, y Narciso también. De manera que no empecéis a pensar en contarles ninguna historia. No os creerían, y os aseguro que las consecuencias serían mucho peores para vosotros que para mí. ¿Nos entendemos, señores?

Macro cabeceó despacio en señal de afirmación.

—A la perfección, señor. Pero decidnos, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Como ya he explicado, voy de camino para asumir mi nuevo cargo.

—¿Y dónde queda ese lugar?

—La verdad, centurión, es que tendremos que esforzarnos un poco más con las formalidades. Sobre todo ahora que estoy a punto de convertirme en el nuevo prefecto al mando de la flota de Rávena...

—¿Usted? —Cato le sostuvo la mirada, boquiabierto—. No puede ser cierto.

—Lo es. Os lo aseguro. De acuerdo, no tengo experiencia en operaciones navales, pero puedo confiar en otros para eso. Mi verdadera misión es mucho más esencial y necesitaré toda la cooperación posible por vuestra parte para llevarla a buen término. Quiero que esto quede claro.

Cato se frotó la frente.

—La persona de la que nos habló Narciso... es usted.

—Sí, soy yo. A partir de ahora vosotros dos estáis a mis órdenes. Como oficiales adscritos a la flota y como agentes mandados por Narciso. Os vigilaré de cerca. Si me dais algún motivo para dudar de vuestra lealtad hacia el emperador y hacia mí, tendré que informar a Narciso. Ya sabemos lo que eso significa, ¿verdad? Una corta entrevista con los interrogadores de palacio y una muerte oscura y desagradable. No se os va a echar en falta, os lo aseguro. Mientras tanto, señores, vuestras vidas están en mis manos. Servidme bien y viviréis. Yo saldré de ésta convertido en una especie de héroe. Vosotros tendréis vuestras vidas. No podéis tenerlo todo, pero yo sí puedo, y un día lo tendré. Y cuando llegue ese día, más os valdrá estar de mi lado.

—No puedo creerlo —farfulló Macro a Cato.

–Pues será mejor que lo creamos –repuso Cato en un esfuerzo por ocultar su preocupación–. Lo dice absolutamente en serio.

Vitelio sonrió.

–Tu amiguito tiene razón, Macro. Ahora que hemos entendido la situación, y los unos a los otros, creo que ha llegado el momento de un pequeño brindis. –Vitelio tomó la jarra y llenó todas las copas hasta el borde. Entonces alzó la suya y les sonrió desde el otro lado de su trémula superficie plateada–. ¡Señores, brindemos por el trabajo conjunto! Parece ser que, por fin, estamos en el mismo bando.

Alzó la copa y la apuró de un solo trago, sin apartar sus ojos de los dos centuriones. Al terminar, bajó la copa y advirtió que los otros dos recipientes permanecían intactos en la mesa ante Macro y Cato. Asomó a sus labios un irónico mohín.

–Como deseéis, centuriones. En esta ocasión permitiré vuestra insolencia. No obstante, tened muy en cuenta lo que os voy a decir. La próxima vez que me mostréis el más mínimo desafío o descortesía, pagaréis por ello.

CAPÍTULO IX

La columna formó en el patio al amanecer. Se había nombrado a un centurión, asistido por un grupo de optios, para conducir a los infantes de marina hacia Rávena. Dichos oficiales irrumpieron en los barracones y empezaron a echar a los hombres de las esteras sobre las que dormían y a gritarles insultos en la cara. Los aterrizados reclutas que había entre los infantes de marina salieron a toda prisa al frío aire del amanecer, muchos de ellos a medio vestir y temblando. Aturdidos por la dureza con la que eran tratados, los soldados formaron a trompicones, algunos de ellos intentando todavía embutirse como podían en la ropa. Mientras preparaban las alforjas para la marcha, Macro les echó un crítico repaso.

–No son lo que se dice un grupo impresionante, ¿verdad?

Cato se encogió de hombros.

–No son ni mejores ni peores que los de la tanda con la que me incorporé a la Segunda Legión.

–Y tú lo sabes bien, por supuesto. –Macro meneó la cabeza–. Créeme, Cato. Llevo años viéndolos ir y venir y éstos son basura.

Cato se volvió hacia él.

–¿Eso lo dices por experiencia o son prejuicios?

–Arribas cosas –respondió Macro, sonriente–. Pero no tardaremos en ver quién tiene razón. Te apuesto algo a que perdemos a una cuarta parte de esos hombres antes de llegar a Rávena.

Cato miró a los sujetos agrupados junto a las carretas. Era cierto que la mayoría de los últimos reclutas tenían aspecto de ser unos pobres ejemplares. Unos cuantos ni siquiera calzaban botas y gran parte de ellos eran delgados, estaban demacrados e iban vestidos con poco más que unos harapos. Tal como había afirmado Macro, eran la escoria de la ciudad: individuos con pocas esperanzas de conseguir un empleo y sin perspectivas de mejora en la vida. Y ahora, en un acto desesperado, se habían presentado como voluntarios para la armada. No los habrían admitido en ninguna legión, eso seguro, reflexionó Cato. Y a una buena parte de ellos los expulsarían de la marina antes de terminar la instrucción. De manera que aquélla era su última oportunidad. Unos hombres en semejantes circunstancias, o se hundían con rapidez o encontraban una última reserva de fuerza y determinación en lo más profundo de su ser. Como Cato había hecho una vez. Se volvió hacia Macro.

–¿Cuánto?

–¿Aceptas la apuesta?

Cato asintió con la cabeza.

–Peor para ti –aceptó Macro con alegría. Ya habían apostado en otras ocasiones y Macro había ganado la mayoría de las veces, pues su experiencia había triunfado sobre los intentos de Cato por racionalizar las probabilidades. Era típico del muchacho persistir, y a Macro le enternecía la confianza que Cato tenía en su propio criterio. Claro que no lo enternecía lo suficiente como para rechazar la oportunidad de conseguir un dinero fácil–. Bueno, pues la paga del primer mes.

Cato se lo quedó mirando fijamente.

Macro esbozó un gesto inquisitivo.

–¿Es demasiado para ti?

–No, no. En absoluto. Es la paga de un mes.

–¡Hecho! –Macro cogió la mano a su amigo y se la estrechó con fuerza antes de que Cato pudiera cambiar de opinión.

Un grito por parte del centurión al mando del convoy hizo que los infantes de marina formaran filas y permanecieran temblorosos y en silencio mientras los optios recorrían la columna a grandes zancadas, alineaban las filas con sus largos bastones de madera y golpeaban a algún que otro desafortunado que no se había movido con la suficiente presteza. Macro y Cato se dirigieron al frente de la columna. Ya se habían presentado al centurión, un veterano flacucho que se llamaba Minucio. Se trataba de un hombre bastante simpático que les contó que hacía bastantes años se había trasladado a la infantería de marina, con un ascenso, después de un período en las tropas auxiliares. Estaba claro que Minucio permanecía fiel al duro entrenamiento de la anterior armada en la que había servido y no demostraba ni un ápice de compasión por los nuevos reclutas a su cargo. En cuanto se hicieron las presentaciones y Macro y Cato le hubieron mostrado sus órdenes, Minucio les ofreció un espacio en el carro que abría el convoy. Había un vehículo por delante de los reclutas y otros tres por detrás, que transportaban raciones y tiendas para el viaje, un pequeño arcón con dinero para gastos y un paquete de cartas.

Cato echó un vistazo a su alrededor.

–¿Dónde está Vitelio?

El centurión Minucio miró a Cato. –Se ha ido. Partió hace una hora con su escolta. Al parecer, el prefecto tiene muchísima prisa por asumir las funciones de su nuevo puesto. Así pues, me temo que nos veremos privados del placer de su aristocrática compañía durante el resto del viaje. Una pena –declaró risueña y abiertamente.

–No lo sabes tú bien –murmuró Macro.

Minucio lo examinó, inquisitivo.

–¿Hay algo que debería saber?

–No –interrumpió Cato–. No es nada.

–¿Nada?

–Ya servimos con Vitelio. En Britania.

–¿Y?

Cato arrugó el ceño.

–¿Y qué?

–¿Cómo es? –Minucio observó a los dos centuriones cuando éstos intercambiaron una mirada recelosa–. Vamos, muchachos. Somos adultos. Vamos a servir juntos durante meses, quizás años. Si tenéis alguna información sobre el prefecto, deberíais compartirla. Al fin y al cabo, ¿quién os va a enseñar cómo funciona todo cuando lleguemos a Rávena, eh?

Cato tosió.

–Digamos que no estamos de acuerdo con Vitelio sobre algunos temas.

–¿No estáis de acuerdo, verdad? –Minucio miró a los otros centuriones con perspicacia–. De modo que es un verdadero cabrón, ¿no?

Cato frunció la boca y se encogió de hombros.

–Podrías expresarlo así –repuso Macro en voz queda–. Pero nosotros no te hemos dicho nada, ¿de acuerdo?

–Ya te entiendo. –Minucio guiñó el ojo con jovialidad–. Hombre prevenido vale por dos. Me guardaré las espaldas cuando nuestro nuevo prefecto esté cerca.

–Sí –añadió Macro, al tiempo que Minucio se alejaba a grandes zancadas para comprobar que el convoy estuviera listo para ponerse en marcha–, eso haremos todos.

La Vía Flaminia se dirigía hacia el norte desde Ocriculum, el paisaje se hacía más montañoso y la columna marchó a través de grandes viñedos que descendían a ambos lados de la carretera por las laderas. El agreste color pardo de los árboles desnudos y las matas invernales ofrecían un aspecto sombrío y deprimente por doquier, y unos frecuentes y gélidos aguaceros azotaban a los desventurados reclutas. No obstante, y para frustración de Macro, durante los primeros días ni uno solo abandonó la línea de marcha.

El cuarto día después de partir de Roma, la columna llegó a las estribaciones de los Apeninos y vadeó unos arroyos torrenciales que iban a parar a la cuenca alta del Tíber. La serpentina carretera ascendía entonces hacia la ciudad de Hispellum. Las villas de los ricos estaban cerradas durante la gélida estación y no volverían a abrirse hasta que el calor del verano empujara a los propietarios hacia la atmósfera más fresca de

las montañas. De ahí que las calles estuviesen tranquilas cuando la columna marchó pesadamente a través de la ciudad en dirección al cuartel situado del otro lado, tras la puerta.

A juzgar por la situación del cuartel y por la actitud hostil de los vecinos con los que se cruzaban, estaba claro que las buenas gentes de Hispellum no querían tener mucha relación con el tráfico militar que pasaba por allí. Y no es que Cato los culpaba por ello. Los soldados del emperador tenían tendencia a considerar que en ciertos aspectos estaban por encima de la ley, una opinión que alentaban los propios emperadores, lo bastante sensatos como para darse cuenta de que los militares eran la máxima garantía de su poder y autoridad. Los ocasionales robos, las peleas de borrachos y los impagos de artículos o servicios se pasaban por alto, principalmente porque cualquier víctima de tales delitos se negaba a complicarse más la vida recurriendo a la ley. La gente de las ciudades que bordeaban las principales rutas militares se limitaba a agachar la cabeza cada vez que aparecía una columna, y a rezar para que ésta pasara sin causar demasiados problemas.

El consejo local se ocupaba del buen mantenimiento del cuartel situado a las afueras de Hispellum y, después de haber pasado las dos noches anteriores en tiendas de piel de cabra, los reclutas y sus oficiales se alegraban ante la perspectiva de una noche de descanso seca y cálida.

Al caer la oscuridad, los oficiales se reunieron en el pequeño comedor donde un esclavo había preparado un fuego y el consejo local había mandado varias jarras de vino, así como varios medios venados curados, para los recién llegados. Sin duda confiaban en que los soldados se emborracharan en el cuartel y así no tuvieran necesidad de poner los pies dentro de los muros de la ciudad. Como no había podido encontrar una habitación en la ciudad, un mercader se sumó a los oficiales. Se sentó apartado de ellos y los observó en silencio mientras los soldados hablaban.

—¿Algún otro abandono hoy? —preguntó Macro, esperanzado.

Minucio movió la cabeza afirmativamente. —Uno. Un veterano. Claudio Afer. Abandonó en la carretera esta mañana. Le advertí que si no nos alcanzaba se quedaría solo. Da la impresión de que a ése ya podemos tacharlo de la lista de nuevas incorporaciones.

—¿Cuántos van hasta ahora? —preguntó Macro.

—Déjame pensar. Aparte de Afer..., ocho. Y perderemos a más cuando crucemos las montañas. Siempre nos pasa. Después de Hispellum no tendremos ningún otro refugio durante tres días y pasaremos dos noches en las alturas. En esta época del año habrá nieve y hielo y los chicos nuevos van a aborrecer hasta el último momento que estemos allí. Para cuando lleguemos a Rávena, habremos aventado a casi todos los alfeñiques. Los que queden tendrían que ser unos infantes de marina bastante buenos. ¡Salud!

Mientras Minucio levantaba la copa y bebía a conciencia, Macro estuvo atareado con algunos cálculos mentales. Ocho hombres excluidos de un total de ciento cincuenta era una cantidad en apariencia decepcionante. Tendrían que perder a otros treinta y tantos para que pudiera ganar la apuesta con tranquilidad. En tanto que Minucio vaciaba su copa y alargaba el brazo para coger la jarra de vino, Macro le preguntó, interesado:

—¿Cuántos esperas perder antes de que dejemos atrás las montañas?

—¿Cuántos? —Hinchó las mejillas—. La cantidad normal es entre una quinta y una cuarta parte de los nuevos reclutas. Supongo que sería una proporción mayor si se tratara de hombres destinados a las legiones. La prueba de estado físico se encarga de ello. Pero, lamentablemente, para los infantes de marina el nivel es un poco más bajo.

—Entre una quinta y una cuarta parte —caviló Macro con una sonrisa, y buscó la mirada de Cato—. Será mejor que te hagas a la idea de pasar un primer mes muy tranquilo en Rávena.

—Todavía no hemos llegado —replicó Cato—. De modo que no te gastes mi dinero antes de que sea tuyo. Minucio los miró con expresión confundida.

—¡Vaya! ¿De qué va todo esto?

—No es nada —respondió rápido y alegre Macro—. Bebe. Hay que dar cuenta de mucho más antes de que termine la noche. —Macro se dirigió de nuevo a Minucio—. ¿Dices que has servido con los auxiliares?

—Así es. Cuatro arios en una unidad de infantería. En Siria.

—¡Siria! —La expresión de Macro se iluminó con repentina excitación y arrastró el taburete para acercarse más a Minucio.

Cato enarcó las cejas con desesperación.

—Ya estamos otra vez. Maldita Siria...

—¡Silencio, chico! —exclamó Macro con brusquedad—. Están hablando los mayores. ¡Vaya... Siria! Háblame de ella. Sobre todo de las mujeres. ¿Son tan libertinas como he oído decir?

Minucio se encogió de hombros.

-Eso no lo sé. Durante la mayor parte de este tiempo estuve destinado en un pequeño fuerte fronterizo de mierda más allá de Heirapolis. Apenas veía a una mujer de un mes para otro. Aunque sí había muchas ovejas.

La expresión de Macro se avinagró.

-¿Quieres decir que...?

Minucio se rascó el mentón.

-Es por eso que a la cohorte se la conocía como «Los Carneros».

-¡Oh! Lo lamento. -¿Lo lamentas? -Minucio pareció confundido-. No hay nada que lamentar. La mayoría eran muy buenas en la cama. Además, no te cobraban ni te decían ninguna estúpida insolencia. Pero que conste que, para empezar, costaba un montón atrapar a una de esas sinvergüenzas. Tendrías más posibilidades de que una virgen vestal te contagiara la gonorrea. Aunque, pensándolo bien... Bueno. la cuestión es que me costó un poco, pero al final le pillé el tranquillo al asunto. ¿Quieres saber cuál es el truco?

La aversión de Macro había dado paso a una compulsión lasciva por conocer los detalles más sórdidos, así que tomó otro sorbo de vino y asintió con un movimiento. Minucio se inclinó hacia delante con complicidad y bajó la voz. Aunque no la bajó lo suficiente como para que algunos de los optios que estaban sentados allí cerca no pudieran oírlo, y Cato se dio cuenta de que se dirigieron unas miradas de connivencia.

-El truco -explicó Minucio- es acercarse sigilosamente, con cuidado y sin hacer ruido, ¿vale? Primero te quitas las botas y te balanceas sobre la parte anterior de los pies. Te acercas en la dirección del viento moviéndote muy despacio. Si vas demasiado deprisa asustarás a esas cabronas y tendrás que empezar de nuevo. Con un poco de práctica puedes acercarte a unos diez pasos de ellas. Ahora viene la parte más ingeniosa. -Hizo una pausa y observó a Macro.

Macro hizo un gesto de aprobación.

-Continúa.

-Te pones en cuclillas, lo más pegado al suelo que puedas. Respiras hondo y emites un sonido como de hierba... -Clavó sus ojos en Macro un momento, luego asintió con seriedad con la cabeza y se echó hacia atrás en el taburete. Al cabo de un momento Macro frunció el ceño.

-¿Como de hierba?

-Sí, de hierba.

Macro miró a Cato para asegurarse de que no se estaba volviendo loco.

-Pero..., me estás tomando el pelo, ¿verdad?

-¿Tomándote el pelo? -Por un momento Minucio le lanzó una mirada de indignación, luego su expresión se vino abajo y estalló en carcajadas. Los optios se sumaron a sus risas y al cabo de un instante las lágrimas corrían por el curtido rostro del veterano centurión-. ¡Pues claro que sí, atontado!

La expresión de Macro se ensombreció peligrosamente y Cato se inclinó hacia él.

-Tranquilo. Tú te lo has buscado.

Por un instante dio la impresión de que Macro no controlaría su ira, pero transigió cuando echó un vistazo a la estancia y comprobó que las expresiones que los demás hombres tenían en el rostro no albergaban mala intención.

-Sí. Es jodicfamente divertido. Eres la monda, Minucio.

-No quería ofenderte, hijo. -Minucio le dio una palmada en el hombro a Macro y le volvió a llenar la copa-. Vamos, brindemos. ¡Por los harenes de Siria! ¡Por los mejores abrevaderos, por así decirlo, y por el mejor destino que cualquier centurión hecho polvo puede desear!

Apuró el vino de un solo trago y, tras una muy breve vacilación, Macro siguió su ejemplo, en tanto que Cato soltaba un suspiro de alivio.

-Pero ahora en serio -prosiguió Minucio-, dudo que vuelva a tener la oportunidad de volver allí. Ahora ya soy demasiado viejo.

-¿Cuántos años tienes?

-Cincuenta y seis. Me alisté cuando tenía veinte, para escapar de la familia de una chica a la que dejé embarazada. Eso fue hace mucho tiempo -caviló-. De todos modos, estoy muy a gusto en la marina. He sentado la cabeza y he encontrado una buena mujer. Es una vida agradable y tranquila -añadió con orgullo, y acto seguido torció el gesto-. Al menos lo era, hasta hace unos meses. Cuando esos piratas empezaron a causar problemas.

Cato se echó hacia delante.

–Háblanos de los piratas.

Minucio se pasó una mano por el cabello canoso que le empezaba a ralear mientras ordenaba sus ideas.

– Todo empezó con unos cuantos barcos que no llegaron a puerto. Ocurrió hace casi un año y, como hay muchas menos embarcaciones durante la temporada de invierno, al principio pensamos que debían de haberse ido a pique. El problema fue que, al llegar la primavera, se perdieron todavía más barcos, los suficientes como para entrar en sospechas. Entonces, una tarde llegó a puerto un barco pequeño. Uno de esos lujosos balandros que utilizan los ricos. Iba navegando junto a la costa de Iliria cuando dos barcos piratas lo asaltaron. Durante unas cuantas horas su situación fue crítica. Los piratas dañaron algunos de los engranajes de la nave y mataron a la mayoría de la tripulación con disparos de proyectil. A pesar de todo, los supervivientes consiguieron sacar un poco de ventaja a los piratas, la suficiente como para ponerse fuera de su alcance, y luego surcaron el mar hacia la costa de Umbría hasta llegar a Rávena. Fue entonces cuando nos contaron lo de los piratas.

Imagino que éstos debieron de saber que se había descubierto su secreto y desde entonces han estado operando con impunidad de un extremo a otro de la costa, sobre todo en alta mar, aunque se han dado asaltos aislados en pequeños puertos de nuestra costa. Se están volviendo muy audaces.

–¿ qué me dices de nuestra armada? -preguntó Cato-. Seguro que ha hecho algo al respecto.

–No es tan fácil, muchacho. Podemos patrullar nuestra costa sin muchos problemas, pero las orillas más alejadas están llenas de islotes y ensenadas y de algunos de esos lugares nunca se ha trazado el mapa. Podrías esconder allí a una flota entera y no ser descubierto durante meses. Y eso es lo que han conseguido. Los piratas deben de haber estado reformando algunas de las embarcaciones apresadas. Lo último que he oído decir es que se hicieron con un par de trirremes. Incluso hemos perdido algunos de nuestros propios barcos.

–¿Han sido capturados?

-No han regresado de la patrulla. Nadie sabe qué les ha ocurrido. De modo que ya veis -concluyó Minucio en tono cansino-, tenemos en qué entretenernos. Pero con el tiempo daremos con ellos. Siempre lo hacemos, sin mucha ayuda por parte de Roma. Hasta ahora.

–¿sí?

-Por fin alguien de arriba se ha dado cuenta del buen trabajo que hemos estado haciendo. Por eso, Roma ha autorizado el reclutamiento de varias centurias nuevas de infantes de marina y el traslado de dos escuadras de la flota de Misereo. Esta última banda de piratas los ha puesto nerviosos de verdad. Si no acabamos pronto con ellos, podrían empezar a asaltar a los convoyes de grano procedentes de Egipto. Si eso ocurre, hasta serían capaces de pedir rescate por Roma. Cato se reclinó en su asiento.

-No tenía ni idea de que la situación fuera tan grave.

–Es grave. -Minucio dibujó una mueca algo beoda-. A los que mandan les ha entrado miedo y no tienen ningún interés en que se sepa. Lo que menos falta le hace al emperador son disturbios por el grano en la capital. Nos han indicado que lo tengamos todo dispuesto para una operación importante en cuanto llegue la primavera. De manera que será una temporada ajetreada para todos los interesados. -Minucio cogió la jarra de vino y puso mala cara al darse cuenta de que estaba vacía-. Un momentito, muchachos. Traeré otra.

Mientras el viejo centurión se tambaleaba con paso inseguro hacia el montón de jarras apoyadas contra la pared del otro extremo, Cato se acercó a Macro.

–Tenemos problemas.

-Ya lo he oído.

-No, lo digo en serio. Olvídate de la ofensiva contra los piratas. Eso es bastante grave, pero, ¿cómo demonios se supone que conseguiremos esos malditos rollos? Ésa es la razón por la que estamos aquí.

Macro se encogió de hombros.

–Supongo que Vitelio ha trazado un plan.

-Puedes contar con ello -remachó Cato.

CAPÍTULO X

Al día siguiente, la columna empezó su ascenso por un terreno más montañoso donde la carretera quedaba encerrada por pilares y trazaba un serpenteante recorrido que atravesaba desfiladeros y trepaba por pendientes escarpadas. Los infantes de marina tuvieron que echar una mano con las carretas cuando la cuesta se volvió demasiado empinada para que las mulas pudieran tirar de ellas por sí solas. Siguió horas de agotador esfuerzo mientras las ruedas rechinaban cuesta arriba y hubo que colocar cuñas de madera bajo ellas

cada vez que se hacía una parada. Al mediodía habían rebasado el límite de las nieves perpetuas y, tanto la nieve fangosa primero, como después el hielo, hicieron que la marcha fuera si cabe más agotadora y arriesgada. Las ramas de los árboles estaban surcadas de finos carámbanos y, a medida que iban ascendiendo, los reclutas tuvieron que despejar el paso en algunos lugares donde la nieve se había amontonado.

La fatiga y el descontento que mostraban los rostros de los hombres iban animando a Macro a cada hora que pasaba. En aquellos momentos estaba seguro de que ganaría la apuesta. Unos cuantos días más de aquella dura marcha y tendría la victoria asegurada. Y estaría bajo techo y seco. Bueno, no del todo seco, pensó ufano, pues en cuanto Cato le pagara, iba a emborracharse cuanto pudiera. Casi sentía lástima por la impetuosidad de su amigo que aceptó la apuesta sin pensar. El muchacho ya aprendería algún día...

Cuando empezaba a anochecer, Minucio ordenó que se detuvieran al llegar a un recodo del camino llano y con una extensión de terreno abierta a un lado. La carretera desaparecía más adelante, al doblar un afloramiento rocoso; parte de la enorme montaña se alzaba al otro lado de la explanada elegida por Minucio para acampar. Las carretas se apartaron con estruendo de la carretera y los infantes de marina se desplomaron sobre la nieve junto a ellas.

—¿Qué coño estáis haciendo, damiselas? —les rugió Minucio—. ¡Volved a levantaros! Montad las tiendas. Si intentáis dormir al descubierto, la mitad habréis muerto congelados por la mañana. ¡Vamos, moveos!

Los hombres se pusieron de pie con gran esfuerzo y se dirigieron a duras penas a las carretas de los pertrechos, donde los optios les dieron las tiendas, las cuerdas tensoras, las estaquillas de madera y los mazos. Empezó a nevar, densos copos blancos que, arremolinados, surgían de la oscuridad y amortiguaban el sonido de los hombres que se alejaban con dificultad, cargados con los pliegues de piel de las tiendas, y que luego intentaban con todas sus agotadas fuerzas clavar las estaquillas en el duro suelo, lo suficiente al menos para mantener las tiendas en pie. Ya hacía rato que se había hecho de noche cuando las tiendas estuvieron montadas formando las típicas hileras, con los hombres amontonados en su interior cubiertos por las mantas y sobre ramas de pino, cortadas de los árboles más próximos, que les proporcionaban un poco de comodidad y los aislaban del suelo helado. En torno a ellos sólo se oía la suave caída de la nieve y el restallido y gualdrapeo del cuero de las tiendas. Sin tiempo para encender una hoguera, las raciones se distribuyeron frías. Los reclutas permanecieron sentados y encorvados bajo sus mantas, masticando galletas duras y tiras de añojo seco.

En la tienda de los centuriones, Minucio terminó de comer y se echó la capa sobre los hombros.

Cato levantó la mirada, sorprendido.

—¿Vas a salir con este tiempo?

—Pues claro que sí, muchacho. Tengo que organizar la guardia nocturna.

—¿La guardia? —Cato meneó la cabeza—. No es muy probable que nos ataque una manada de cabras monteses.

—Cabras no. Forajidos. La gente que vive en estas montañas es bastante anárquica. Incluso se supone que haya unos cuantos poblados habitados por descendientes de los esclavos del ejército de Espartaco.

—¡No te creerás eso!

—Es lo que dice la gente. Personalmente, creo que son tonterías. De todos modos, tengo que organizar una guardia. Es mejor que acostumbre a los hombres a esa idea.

Minucio desató los cierres de la portezuela de la tienda y los demás centuriones entornaron los ojos cuando una helada ráfaga de viento irrumpió en el interior e hinchó las paredes de la tienda, tensando las costuras. Macro se arrastró hasta la entrada y, con esfuerzo, volvió a encajar las clavijas en sus ranuras.

—¿Qué sentido tiene? —protestó Cato entre dientes—. Va a volver enseguida.

—Lo que no tiene sentido es que se nos hielen las pelotas mientras esperamos, ¿no?

Cato se encogió de hombros y arrebujó su delgado cuerpo con la capa. Dudaba que aquella noche pudiera dormir. Estaba demasiado incómodo, por muy cansado que se sintiera. No tardaron en empezar a castañetearle los dientes y Macro le lanzó una mirada de irritación antes de darse la vuelta y acurrucarse sobre un grueso lecho de ramas dentro de su capa impermeable.

Minucio regresó poco después y, tras darle las buenas noches a Cato con un movimiento de la cabeza, se metió en su improvisada cama. Los dos veteranos no tardaron en dormirse y empezar a roncar ruidosamente.

—¡Mierda! —murmuró Cato, amargado por la envidia. Se revolvió intentando encontrar una posición cómoda pero, si se tumbaba de lado, dejaba el otro expuesto al frío gélido que, de alguna manera, atravesaba la entrada de la tienda y se aferraba a él con unos dedos de hielo. Lo soportó durante más de una hora hasta que se rindió, se incorporó y se quedó sentado, abrazándose las rodillas con fuerza contra el pecho y frotándose

los hombros con vigor en un intento de devolver un poco de calor a sus músculos. Fuera, el viento amainaba, y sólo alguna que otra ráfaga arreciaba con un cortante gemido. Eso no sirvió de mucho consuelo a Cato, tembloroso dentro de la tienda.

Intentó pensar en otra cosa, cualquier otra cosa, y volvieron a su mente aquellos misteriosos rollos que tanto significaban para Narciso. Parecían ser más importantes que la propia amenaza pirata. La operación que se estaba montando para combatir a los piratas era en gran medida una fachada, un disfraz que ocultase el verdadero objeto de la atención de Roma. Si ése era el juego de Narciso, entonces los rollos debían de valer las vidas de una gran cantidad de soldados. Pero, ¿qué podía ser tan importante? ¿Listas de traidores? Secretos de estado de Partia? Podría tratarse de cualquier cosa, decidió Cato, frustrado.

El viento amainó por completo durante un momento y las paredes de la tienda colgaron lacias a su alrededor. Entonces Cato oyó un grito... breve, agudo, y algo lejano. Por un instante pareció resonar en la ladera de la montaña, pero volvió a levantarse el viento y el sonido desapareció. Se quitó la manta de la cabeza y aguzó el oído para intentar volver a captar aquel sonido. Y allí estaba: un débil grito atormentado que apenas era audible por encima del quejido del viento y del sordo golpeteo del cuero de la tienda. Alargó el brazo y sacudió a Macro por el hombro. No obtuvo respuesta y volvió a sacudirlo, esa vez con más fuerza, y pellizó la mole de músculos de Macro. El veterano centurión se despertó, recuperando la conciencia con un sobresalto.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Dónde está mi espada? —Su mano se movió de inmediato para empuñar el arma y entonces fijó la mirada en el oscuro contorno de Cato, acucillado a su lado.

— ¡Silencio! —le advirtió en voz baja—. ¡Escucha!

—¿Que escuche? ¿Que escuche el qué?

—¡Chsss! Tú escucha...

Los dos se quedaron quietos, aguzando el oído, pero lo único que oyeron fue el sonido del viento en el exterior. Macro renunció.

—¿Te importaría decirme qué estoy escuchando?

—Oí un grito.

—¿Un grito? Aquí arriba en las montañas: ¿Seguro que no era el viento?

—Segurísimo.

—Entonces tal vez fuera el jolgorio de una bacanal de los montañeses.

—¡Calla! ¡Ahí está! En aquella ocasión Macro sí que oyó el sonido: era inconfundiblemente humano y acarreaba un evidente dejo de tormento y agonía. El grito se interrumpió con brusquedad y Macro notó que se le erizaba el vello en la nuca.

—Mierda. Tienes razón.

—¿Qué deberíamos hacer?

Macro echó la manta hacia atrás y buscó a tientas sus botas.

—Investigarlo, por supuesto. Vamos. Coge tu espada.

—¿Y Minucio?

—Déjale. No quiero parecer un recluta nervioso. Lo comprobaremos y regresaremos a buscar ayuda si la necesitamos. Vamos.

Al salir de la tienda comprobaron que la nieve había dejado de caer y que un espeso manto blanco cubría todas las tiendas y carretas. Un par de centinelas que montaban guardia en cada extremo del campamento daban patadas contra el suelo para evitar que se les entumecieran los pies. El viento había ido amainando hasta convertirse en una brisa variable y, por encima de sus cabezas, unos finos jirones de nubes plateadas cruzaban sobre los puntos brillantes de las constelaciones de estrellas.

—Por aquí —susurró Macro, y avanzó, con pasos suaves que hicieron crujir la nieve, en dirección al centinela más cercano. El hombre se puso tenso al ver acercarse a los oficiales.

—¡Alto! Avanzad e identi...

—¡Cállate! Si todavía no sabes quién somos no lo sabrás nunca. Se supone que vigilas por si se acerca alguien al campamento, cabrón adormilado, no a los que se mueven por él.

—Lo siento, señor.—No importa —intervino Cato.

—Sí, sí que importa, maldita sea —refunfuñó Macro—.

Si no puede montar una guardia decente, es que no le sirve de nada a nadie, ni siquiera a los infantes de marina. Cato hizo caso omiso y concentró su atención en el centinela.

—¿Oíste algo hace un momento?

—¿Oír el qué, señor?

—Una voz humana, un grito.

El centinela puso cara de recelo.

—Podría ser.

—No nos fastidies, hijo. —Macro le dio con el dedo en el pecho—. ¿Oíste algo o no?

—Sí, señor. Pero apenas un momento. Quizá lo imaginé. Aunque vino de allí. —Señaló con un gesto hacia la mole de la montaña que se alzaba por detrás del campamento—. De la cima, o más probablemente del otro lado, diría yo, señor.

—¿Por qué no diste la alarma?

—¿Por algo que podría haber oído o imaginado, señor? —Uno no corre riesgos con las vidas de otras personas, muchacho. ¿Entendido?

—Sí, señor. ¿Quiere que despierte al resto de los hombres?

—No —contestó Macro—. Nosotros investigaremos. Si al próximo cambio de guardia no hemos regresado, entonces puedes dar la voz de alarma. No creo que sea nada por lo que tengas que mearte encima, sólo un lobo o algo así. Ahora vuelve a la guardia.

El recluta saludó y se dio la vuelta de espaldas al campamento.

Macro señaló hacia lo alto de la ladera.

—Creo que es por allí. Vamos.

Cuando el centinela ya no podía oírles, Cato le dio un suave codazo.

—¿Un lobo?

—Podría ser. Ya los he oído aullar así otras veces.

Llegaron al pie de la montara y atravesaron un ventisquero hasta alcanzar los linderos de los árboles, donde un espeso bosque se extendía cuesta arriba. Por entre las pesadas ramas bajas apenas si había penetrado la nieve y la atmósfera estaba cargada del aroma de los pinos. La pendiente era escarpada y tuvieron que trepar valiéndose de manos y pies, zigzagueando entre los troncos, casi sin hacer ruido mientras sus botas pisaban sobre generaciones de pinocha muerta. Al abrigo de la brisa y acalorados por el ejercicio, salieron, sudorosos y jadeantes, al otro lado de la arboleda. La nieve lo dominaba todo, y por encima de ellos se alzaba un escarpado afloramiento tras el que venía la cima de la montaña. Cato miró hacia atrás y diviso el campamento a cierta distancia por debajo de ellos; apenas se reconocían las tiendas y carretas bajo el grueso manto de nieve. Volvió a oírse el grito, esta vez con mucha más claridad, y los dos centuriones se miraron el uno al otro.

—¿Qué te parece? —preguntó Cato.

—Parece que a algún pobre desgraciado le están haciendo pasar un mal rato. —Macro respiró hondo y trepó hacia las rocas. Cato lo siguió, pisando en las hondas huellas que su compañero había dejado tras de sí en la nieve. Las rocas desperdigadas aquí y allá proporcionaban suficientes salientes y asideros, por lo que la ascensión no resultó difícil. Al cabo de unos momentos, Macro tendió la mano a Cato y tiró de él hasta una losa plana desde la que se dominaba el desfiladero por el que el convoy había seguirlo el sinuoso camino aquella misma tarde. A sus pies, la carretera rodeaba la mole de la montaña y ascendía por su otra ladera.

Ambos avistaron el fuego enseguida, un débil brillo amarillo y parpadeante al borde del camino y a no más de unos cien pasos por debajo de ellos. Cuatro caballos estaban atados allí cerca y se dibujaban junto a la fogata las formas de tres hombres sentados en un tronco caído. Un cuarto individuo estaba inclinado sobre el extremo del tronco y un desesperado lamento se alzó ladera arriba. Su sombra retrocedió ante el fuego y dejó a la vista a una quinta persona, desnuda de cintura para arriba y atada al tronco del árbol. Bajo el pálido resplandor de la hoguera, Macro y Cato distinguieron unas marcas negras en su pecho. El origen de las marcas se hizo evidente enseguida, cuando el hombre que había estado de pie por encima del prisionero se acercó al fuego y bajó la punta de la espada para meterla en el centro de la pequeña hoguera.

Cato se volvió hacia su amigo.

—Ya he visto antes a ese hombre. Al que está atado en el árbol. Es ese mercader.

—¿Mercader?

—El del cuartel de Hispellum... ¿Qué crees que está pasando? ¿Quiénes son esos hombres?

—No estoy seguro. Lo más probable es que sean forajidos. Pero no voy a quedarme aquí sentado y dejar que sigan con esto. —Macro inspeccionó el terreno y se quedó pensativo un momento—. Tardaríamos demasiado en volver y despertar a los demás. Cuando los trajéramos aquí arriba, ese pobre desdichado ya estaría muerto. Además, con ese puñado de inútiles infantes de marina en nuestras manos, sería imposible

sorprenderlos. Lo matarían, montarían en sus caballos y se escabullirían mucho antes de que llegáramos al pie de la pendiente.

–Entiendo. –Cato asintió con un lento cabeceo–. Así pues, me estás diciendo que todo depende de nosotros.

–Lo has pillado a la primera, muchacho. –Macro le dio una palmada en el hombro–. Vamos.

Descendieron con cuidado de la losa, siguieron por los peñascos hasta llegar a una densa arboleda que bajaba hasta el camino y, en aquel preciso momento, el prisionero volvió a gritar.

–¡Por favor! ¡Por favor, basta! –El lamento llegó con claridad a lo alto de la cuesta donde estaban los dos centuriones–. Juro que no sé nada... ¡No, por favor!

Un chillido atormentado se abrió camino en la noche y alentó a Macro y a Cato en su avance. Ocultos por las sombras de los árboles, descendieron, medio a gatas, medio a resbalones, por debajo de las ramas cargadas de nieve. No perdieron de vista la hoguera, que centelleaba entre las enmarañadas madejas de delgadas ramas de pino mientras ellos se deslizaban. Al final, Macro se detuvo y extendió un brazo para advertir a Cato de que ya se habían acercado lo suficiente. A través de los árboles, a no más de cincuenta pasos de distancia, los cuatro hombres y su prisionero eran del todo visibles a la parpadeante luz de la fogata.

Macro desenvainó la espada y avanzó un paso.

–¡Espera! –susurró Cato alarmado–. ¡No irás a cargar contra ellos así!

–¿Y qué hacemos si no? –bisbiseó Macro–. Difícilmente podremos rodearlos nosotros dos solos.

–No –masculló Cato–. Tendríamos que haber ido en busca de ayuda.

–Ahora ya es demasiado tarde para eso. –De acuerdo. Vámonos. Pero primero intentemos igualar las posibilidades. Mira allí. –Cato señaló un pliegue poco profundo en el terreno, junto a la carretera, y Macro se dio cuenta de que se trataba de la cuneta de drenaje cubierta de nieve. Pasaba cerca del tronco del árbol caído y los hombres que estaban sentados en él se hallaban de espaldas al camino.

Macro envainó la espada y asintió con la cabeza. –Buena idea.

Se movieron con sigilo por entre los árboles y, al llegar al terreno abierto junto al sendero, ambos se agacharon, avanzaron con un leve crujido sobre la nieve hasta la cuneta, y allí se tumbaron en el suelo, boca abajo. Con Macro en cabeza, se arrastraron en silencio, reprimiendo el impulso de moverse más deprisa cuando un nuevo coro de lamentos hendió el aire. Pasaron junto al linde de los árboles y siguieron hasta llegar a la altura anaranjada del fuego.

–Quédate agachado –cuchicheó Macro por encima del hombro. Desenvainó la espada con cuidado, respiró hondo y levantó la cabeza poco a poco. Por encima del borde de la zanja, distinguió las siluetas de los tres hombres sentados en el tronco del árbol. Estaban en silencio, simples observadores de las acciones del cuarto hombre mientras éste se inclinaba sobre el prisionero, que no era visible desde la cuneta. Macro musitó una maldición. El cuarto hombre se hallaba de cara a ellos. Los vería en cuanto asomaran por la cuneta.

Macro agachó la cabeza y observó la escena con frustración hasta que notó un suave tirón en el pie. Se volvió, Cato abría la mano de manera inquisidora. Macro negó con la cabeza y luego descendió con cuidado hasta que pudo susurrarle a Cato sin riesgo de que los oyeran. –¡Enemos que esperar. Mírame. Cuando dé la señal, nos levantamos, con el menor ruido posible, y nos acercamos a ellos. Ataca cuando yo lo haga, no antes.

–De acuerdo –murmuro Cato.

Tumbados en la nieve, espada en mano, esperaban su oportunidad. A medida que la nieve se derretía bajo su cuerpo, Cato notó que le calaba la túnica y le helaba la piel desnuda por debajo. Empezó a temblar otra vez, a pesar de que el terror y la excitación hacían que su corazón latiera con fuerza. Delante de él, Macro permanecía inmóvil como una piedra; sólo sus ojos seguían el movimiento junto al tronco del árbol. El torturador continuaba con su truculenta tarea y pudieron oír las palabras que dirigía a su víctima.

–¡Vamos, no seas estúpido! Al final nos lo dirás. Pero no te equivoques. Vas a morir. Sin embargo, puedes ponerte las cosas más fáciles. Mucho más fáciles.

–juro que no sé nada –sollozó la víctima con voz ahogada–. No sé qué es lo que estáis buscando. ¡Lo juro!

Se produjo una pausa antes de que el interrogador hablara de nuevo, con una voz baja, desasosegante y amenazadora.

–Creo que ha llegado el momento de freírte las pelotas. Veamos si eso te suelta esa maldita lengua.

Retrocedió, se volvió hacia el fuego, se inclinó hacia delante y pliso la hoja de su espada entre las brasas. Macro tensó los músculos e hizo señas con la mano a Cato. Ambos se levantaron, permanecieron agachados, empuñando las espadas, y avanzaron sin hacer ruido hacia el tronco del árbol. La nieve crujía con cada

pisada y Cato daba sus pasos con todo el cuidado y la lentitud de que era capaz, sin apartar la vista en ningún momento de la espalda del hombre que tenía delante. Sentía la oscura forma de Macro a su izquierda, que avanzaba poco a poco hacia el individuo que se hallaba en el otro extremo del tronco. Entonces percibió un olor a leña, a carne de caballo, y otro olor más intenso y penetrante, un tufo a carne quemada, y contuvo la bilis en su estómago.

El torturador se irguió y alzó su hoja que, al rojo vivo, brillaba pálidamente contra el oscuro fondo de la montaña. Se dio la vuelta y quedó petrificado al ver aquellas dos formas detrás del tronco.

—¿Qué demo...

;A por ellos! —bramó Macro, que se lanzó hacia delante levantando la nieve con los pies al tiempo que arremetía con la punta de la espada contra la espalda del hombre que tenía frente a él. Cato no tuvo tiempo de prepararse, se limitó a extender el brazo y lanzar un ataque contra su adversario cuando éste empezaba a darse la vuelta. Cato blandió hacia arriba el filo de su arma, que penetró de manera directa en el oído del hombre con un húmedo quejido. Con el impacto del golpe, la cabeza se ladeó bruscamente y el hombre se desplomó. El individuo que había en el centro se levantó de un salto y retrocedió, alejándose del tronco. Sacó su espada en un instante y alzó la hoja para responder a cualquier ataque. El torturador se quedó a su lado y parpadeó mirando a izquierda y derecha. Sonrió confiado.

—Sólo son dos. Podemos hacernos con ellos.

Tras haber matado a la mitad de sus adversarios, Macro y Cato se detuvieron a su lado del tronco del árbol. La sorpresa del ataque ya había pasado. Ahora era un duelo por parejas, mano a mano. Sin apartar sus ojos de los otros hombres, Macro exclamó a Cato: —El de la hoja caliente es tuyo. Yo me ocuparé del otro cabrón. Cato asintió, avanzó rodeando el extremo del tronco y se agazapó, listo para atacar. No tuvo oportunidad. El hombre de la espada al rojo vivo cargó contra él con un rugido. La punta de su arma cortó el aire describiendo un brillante arco centelleante y Cato apenas tuvo tiempo de levantar su hoja para detener el golpe. La refulgente punta rebotó en su empuñadura y cayó en la nieve con un chisporroteo silbante. Cato se recuperó con rapidez y arremetió contra el pecho de su adversario, pero el torturador, demasiado rápido para él, se recobró de su ataque y retrocedió con una sacudida, y el filo de Cato se perdió en el aire frío de la noche. Los dos hombres se detuvieron y se escrutaron, como midiéndose mutuamente, mientras a Cato le pareció entrever que Macro acuchillaba al otro, pero no se atrevió a apartar su mirada del enemigo inmediato.

El torturador le hizo señas a Cato con la mano libre.

—Vamos, chico, si crees que eres lo bastante bueno.

Cato adoptó un aire despectivo. No iba a morder el anzuelo con tanta facilidad.

—¡Que te jodan!

El hombre se rió y acto seguido la expresión de su rostro quedó congelada en una intensa y mortífera concentración. Dio un rápido paso adelante y le amagó. Cato sabía que lo estaba poniendo a prueba y se encogió levemente, pero mantuvo firme la espada. Su adversario soltó un gruñido y entonces lanzó un verdadero ataque; una arremolinada serie de tajos y cuchilladas con las que obligó a Cato a retroceder hacia el tronco del árbol mientras repelía con desesperación cada golpe, un agudo sonido del entrechocar de las hojas que iba acompañado de vibrantes oleadas de dolor que le bajaban por el brazo. Notó la corteza en la parte posterior del muslo y supo que no podía retroceder más. El atacante se le acercó con renovado frenesí. Con un grito gutural de furia y triunfo, empujó la espada de Cato contra la parte superior del tronco del árbol e hizo ademán de alzar su hoja hacia un lado para cortarle la cara al centurión. Sin embargo, el acero se había alojado en la madera y a su contrincante se le estremeció el brazo cuando la hoja se negó a moverse. Frunció el ceño. Sin pensárselo, Cato arremetió contra él con su puño izquierdo y le golpeó en el puente de la nariz, aplastándole el hueso y dejándolo aturdido. Cato vio entonces que su espada estaba atrapada debajo de la de su enemigo y soltó el arma antes de pegarle un nuevo puñetazo en la cara con la mano derecha, para continuar con un aluvión de golpes que obligaron al hombre a retroceder dando tumbos, paso a paso, hasta que se desplomó sobre la nieve.

Entonces sí que levantó la mirada para buscar a su amigo, pero Macro no necesitaba ayuda. Ya había derribado a su hombre y el centurión se hallaba con un pie apoyado en el pecho de su enemigo mientras arrancaba la hoja de entre sus costillas.

Macro volvió la vista.

—¿Estás bien, muchacho?

—Ni un rasguño. —Cato se giró y fue a recuperar su espada. Una mano se extendió de golpe, lo agarró del tobillo y él cayó desparramado al suelo. Se volvió de lado enseguida y arremetió con el pie. El hombre al que

había acuchillado en el oído lanzó un gruñido a Cato con los dientes apretados y una mirada fulminante, con una extraña expresión perdida. No obstante, lo agarraba con la firmeza de un torno y sus dedos se cerraban dolorosamente en torno a la carne del tobillo de Cato. El muchacho propinó un puntapié con su bota libre y le clavó los tachones de hierro en los nudillos. Aun así, el hombre siguió sujetándolo mientras la sangre manaba de su carne lacerada. Cato notó que, más allá, el torturador se había vuelto a poner de pie con dificultad. Éste miró a Cato, luego a Macro, se dio la vuelta y echó a correr hacia los caballos.

–¡Detenlo! –gritó Cato.

Macro reaccionó enseguida y salió disparado, levantando por los aires a su paso un rocío de nieve polvorienta. Cato rodó hacia el tronco del árbol, agarró la empuñadura de su espada y, dando un tirón convulsivo, liberó la hoja. Se incorporó, apretó los clientes y propinó una cuchillada en el antebrazo del hombre herido, que se clavó con profundidad en su carne y le destrozó los huesos. La presión del tobillo de Cato se aflojó y, de un tirón, liberó la bota de aquellos dedos laxos. El hombre hizo una mueca, puso los ojos en blanco con lentitud y se desplomó boca abajo en la nieve en tanto que la sangre y la materia gris manaban del lazo izquierdo de su cráneo destrozado.

Un agudo relincho llamó la atención de Cato que, al tornarse hacia los árboles, vio al torturador inclinado a lomos de un caballo al que hacía virar con brusquedad y al que espoleaba para cruzar la zanja y pasar a la carretera. Macro corría tras él apresuradamente, pero era demasiado tarde y se detuvo cuando advirtió que el hombre llegaba a la cuneta; lo único que pudo hacer fue darse un cimbronazo en el muslo, contrariado, mientras el caballo salía al galope carretera arriba y se adentraba en la noche.

Cato prestó su atención al prisionero y se arrodilló a su lado. Era un hombre de mediana edad, alto y fornido, con el cabello corto y oscuro. Vestía unos pantalones de montar y unas botas de cuero blando. La piel de su pecho desnudo estaba chamuscada en varias zonas y tenía una quemadura en la mejilla. Esbozó una mueca forzada cuando Cato apareció ante él.

–Mis salvadores, espero.

Cato extendió las manos junto a su costado, palpó las correas que lo ataban al tronco del árbol, encontró el nudo y lo deshizo. Cuando las ligaduras se desataron, el hombre cayó hacia delante y se frotó las muñecas.

–Oh, mierda..., me duele horrores.

El hombre temblaba, Cato fue a por la capa del cadáver más cercano y lo envolvió con ella.

–¿Puedes andar?

Macro se acercó a través de la crujiente nieve para reunirse con ellos.

–¿Estás bien, amigo?

Levantó la mirada con una sonrisa dolorida.

–bueno, sí, podría decirse que estoy bien, gracias. –¿Puedo preguntaros quiénes sois? Me da la impresión de que os conozco de algo.

–Centuriones Macro y Cato, miembros de una columna de infantes de marina que se dirige a Rávena. ¿Y tú?

El hombre hizo un gesto de dolor y guardó silencio un momento antes de responder:

–Marco Enobarbo, mercader.

Macro lo saludó con la cabeza y luego señaló los cuerpos de los tres hombres que había matado.

–¿Y quién diablos son estos tipos?

Enobarbo levantó la vista.

–¿Os importa si nos resguardamos en algún sitio antes de que os cuente mi historia? Estoy un poco mareado.

–Lo siento. –Macro se agachó y le ofreció la mano.

El mercader la agarró y, con gran esfuerzo, se alzó del suelo, pero con una mueca adolorida, se desmayó.

–Ayúdame aquí, Cato –pidió Macro mientras deslizaba un brazo por la espalda del mercader.

Cato lo sujetó por el otro extremo, se dirigieron los tres hacia la carretera y empezaron a andar con lentitud hacia el campamento de los infantes de marina.

CAPÍTULO XI

El centurión Minucio los estaba esperando en el camino, junto al campamento. Cruzó los brazos cuando los centuriones se aproximaron despacio, uno a cada lado de Enobarbo.

–¿Y éste es...?

–Marco Enobarbo –refunfuñó Macro–. Ya lo habíamos visto antes. Estaba en Hispellum la noche que dormimos allí.

–Y supongo que salisteis a dar un paseo en mitad de la noche y os lo encontrasteis, ¿no? –comentó Minucio con poco disimulado recelo–. Puestos así, ¿quiénes sois exactamente vosotros dos?

–Unos centuriones de camino a su nuevo destino, como te dijimos.

–Como me dijisteis.

–Has visto nuestra documentación –añadió Cato–. Lleva el sello del Departamento del Ejército Imperial, ¿no es cierto?

–Un niño medio competente podría haberla falsificado.

–Tal vez, pero, ¿quién querría hacerlo? –insistió Cato–. y ahora, por favor, ¿podemos llevar a este hombre a nuestra tienda y ocuparnos de sus heridas?

Minucio arqueó las cejas.

–¿Heridas? ¿Qué clase de heridas? –Cuando lo encontramos, unos hombres se divertían comprobando cuán dolorosos podían hacer que fueran los últimos momentos de Enobarbo.

–¿Por qué?

Macro se encogió de hombros.

–Llévemole adentro y averigüémoslo.

Los centuriones tumbaron a Enobarbo en el lecho de Macro. Al cabo de un momento apareció Minucio, que regresaba de las carretas con una pesada caja de ungüentos y vendas. Depositó la caja junto al mercader mientras Cato lo despojaba con cuidado de la capa y dejaba las heridas al descubierto.

–Mierda. –Minucio torció el gesto–. ¿Qué demonios le estaban haciendo?

–Intentaban aflojarle la lengua –respondió Cato–. Oímos que le hacían algunas preguntas.

–¿Qué preguntas?

–No estoy seguro. Iban buscando algo y él respondía que no lo tenía.

–Vaya, eso es de mucha ayuda.

Macro señaló al mercader con un gesto de cabeza.

–Se está despertando. Preguntémoselo a él.

Enobarbo parpadeó, abrió los ojos y miró con preocupación los rostros que se alzaban sobre él antes de reconocer a Macro y a Cato, entonces se aplacó su miedo. Se pasó la lengua por los labios y esbozó una sonrisa forzada.

–Mis salvadores. Por un momento creí que erais... ¿Qué les ha pasado?

–Uno de ellos escapó –contestó Macro–. Los demás están muertos. ¿Te importa decirnos quiénes eran esos tipos? –Dentro de un momento –interrumpió Minucio–. Primero deja que vea estas quemaduras.

Levantó la tapa de su caja de medicamentos. En su interior había un completo surtido de tarros de ungüentos y vendas. Minucio rebuscó entre el contenido y sacó un pequeño recipiente con un tapón de corcho. Dentro contenía una pomada aceitosa que aplicó con cuidado en el pecho del mercader y en la quemadura que tenía en la cara.

–Grasa de oca –explicó–. Protegerá las quemaduras. Ahora, levantadlo mientras lo vendo.

El mercader apretó los dientes y Minucio le envolvió el torso con un blanco vendaje de lino que ató por debajo del brazo. Enobarbo se dejó caer de nuevo en el lecho, agradecido, mientras Minucio cerraba la caja de medicamentos y la dejaba a un lado.

–Bueno –insistió Macro–, explícanos lo ocurrido. Enobarbo cerró los ojos un momento antes de empezar.

–Ya os he dicho que soy mercader. Me dedico a la compra y venta de obras de arte. Compro artículos que se envían por barco desde Grecia a Rávena y me encargo de transportarlos a mis clientes de Roma. Hace una semana llegué desde la capital. Llevaba una buena suma de dinero encima cuando salí de Roma. Iba a buen ritmo. Entonces se formó una ventisca que cayó sobre la Vía Flaminia. Cuando despejó, vi a esos hombres a cierta distancia por delante, en la carretera. Debían de estar esperando a que apareciera algún viajero. Hice dar la vuelta a mi caballo y regresé a toda prisa por donde había venido. En cuanto montaron, vinieron detrás de mí. La caja de dinero todavía estaba llena de oro y me pesaba mucho. Me di cuenta de que si no avanzaba más deprisa me alcanzarían, de modo que me detuve y escondí el oro antes de continuar.

–¿Que lo escondiste? –interrumpió Macro–. ¿Dónde? Enobarbo lo miró.

–¿Por qué tendría que decírtelo?

–¿Por todos los demonios, hombre! Nosotros te rescatamos. Somos centuriones al servicio del emperador, no otros forajidos de montaña.

Enobarbo lo consideró un momento.

–Está bien. Hay un pequeño santuario junto a la carretera. Metí la caja en una madriguera cercana. Será mejor que siga allí cuando vuelva a por él o ya sabré a quién echarle la culpa. Tengo contactos, ¿sabéis? Contactos poderosos.

Macro meneó la cabeza con tristeza.

–Todos nosotros los tenemos, amigo. El truco está en evitar que te jodan continuamente. Bueno, prosigue con tu historia.

–Ya puedes adivinar el resto –continuó Enobarbo–. Seguí cabalgando, pero ellos disponían de monturas mejores y me alcanzaron cuando anocheecía. Iban a matarme sin más, pero al comprobar que ya no llevaba la caja de dinero, supieron que la había escondido en algún sitio. Al principio sólo me golpearon un poco y, cuando me negué a hablar, el cabecilla amenazó con asesinarme allí mismo. Sin embargo, yo sabía que en cuanto les dijera dónde encontrar el dinero estaría muerto, de modo que me quedé callado como una tumba. Se acomodaron, me desnudaron, me ataron a ese tronco y encendieron una buena fogata. No tenía ni idea de lo que me esperaba hasta que vi que empezaba a calentar su espada. En fin, el resto ya lo sabéis. Aparecisteis justo a tiempo. Con franqueza, me hubiera cagado encima en cuanto me hubiese acercado esa hoja a las pelotas.

Cato hizo una mueca de dolor.

–¿Y quién no?

–Entonces vosotros dos irrumpisteis en la escena. Cargasteis contra los cuatro. –Enobarbo sonrió–. Para eso sí que hacen falta pelotas.

–Utilízalas mientras todavía las tengas –terció Macro. Se volvió hacia Minucio–. Los sorprendimos. Eliminamos a dos antes de que pudieran reaccionar. Luego yo me encargué de uno y el otro le dio esquinazo a Cato.

–¡Un momento, un momento! –saltó Cato, furioso–. Otro cabrón me agarró por el tobillo. Tú fuiste tras él. Fue a ti a quien dio esquinazo, maldita sea.

Macro levantó las manos con intención apaciguadora.

–Es una manera de hablar, chico, nada más. Sea como sea, escapó y se dirigió carretera abajo.

Cato señaló al mercader con el dedo.

–Dijiste que comercias con antigüedades.

–Sí. ¿Y?

–¿Qué clase de antigüedades?

–Lo normal. Estatuas, cerámica, mobiliario, libros. Cualquier cosa que alcance un precio elevado entre los coleccionistas de Roma. Te horrorizarías si supieras lo que están dispuestos a pagar por ciertos objetos. Yo encantado, por supuesto.

–¿Y qué me dices de los rollos de pergamino? Enobarbo frunció el ceño.

–¿Rollo de pergamino? ¿Qué clase de rollo? –No lo sé. Pero dime, según tu experiencia, ¿qué es lo que hace que un rollo sea valioso?

–Depende. Algunas personas pagarán una fortuna por un libro de recetas original. Otras coleccionan historias. O cuentos, dichos, predicciones. Esa clase de cosas. Claro que, como inversión, el mejor material es el erótico, en especial el que proviene del Lejano Oriente. Podría enseñarle un par de cosas a cualquier prostituta de la Suburra.

–Sin duda –comentó risueño Cato–. ¿Y ya está? ¿No hay nada más que haga que un rollo adquiera valor? Enobarbo lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

–Lo lamento. Ahora mismo no se me ocurre nada más... ¡Ay! –Se le crispó el rostro y se llevó la mano al pecho.

–¡No lo hagas! –saltó Minucio, y le apartó la mano de un golpe–. Es mejor que no te toques. Deberías intentar descansar un poco.

–Sí. Descansar –aprobó el mercader–. Bueno, creo que ya he contestado a bastantes preguntas por esta noche, si no os importa, señores.

Macro asintió y Cato se recostó e hinchó las mejillas. Enobarbo cerró los ojos y, con una expresión tensa grabada en el semblante, trató de respirar acompasadamente. Poco a poco, el movimiento ascendente y descendente de su pecho se fue haciendo menos dificultoso y su cara se relajó en un sueño profundo.

–¿Tú qué opinas? –consultó Cato.

–¿Sobre qué?

–Sobre su historia. ¿Resulta creíble?

Macro meneó la cabeza.

-¿Por qué no? Cato, ves conspiraciones en todas partes. ¿Por qué este hombre no debería ser quien dice que es? Su historia es lo bastante simple como para creerla.

-Demasiado simple –caviló Minucio.

Macro se volvió para mirarlo, exasperado.

-¿Tú también?

-¿Por qué no? –protestó el viejo centurión-. Y a propósito, en cuanto a ti y al muchacho aquí presente, ni siquiera las tengo todas conmigo todavía. ¿Qué tonterías eran ésas de los rollos?

-Ya he tenido suficiente –refunfuñó Macro-. Necesito dormir un poco.

-¡Mala suerte! –Minucio, divertido, señaló al mercader con un gesto.

-¡Oh, estupendo! –Macro apretó los dientes-. ¡Lo que me faltaba! –Se puso de pie y se dirigió hacia los faldones de la tienda.

-¿Y ahora adónde vas?

-A mear-, sí no te importa. Luego tal vez vaya y me corte otro maldito lecho de ramas.

CAPÍTULO XII

Tras haberse detenido un rato durante el camino para recuperar un pequeño cofre de madera junto a un santuario, la columna llegó a Urbino al cabo de dos días. Enobarbo decidió continuar el viaje con ellos porque les explicó que tenía unos amigos en Rávena que lo alojarían hasta que se recuperara de sus heridas. Habían perdido a otros dos hombres en las montañas que, sencillamente, desaparecieron durante una noche en un insensato intento por regresar con sus familias en Roma. Minucio dudaba que salieran con vida de las montañas y Macro estaba a un paso de ganar la apuesta.

Cuando los infantes de marina llegaron al puerto de Arinimum, en las posadas del borde de la carretera no se hablaba más que de las terribles historias que relataban las últimas hazañas de la flota pirata, la misma que aterrorizaba los mares frente a la costa. Aunque los bárbaros no estaban precisamente a las puertas de la ciudad, era innegable que la histeria se palpaba en el ambiente y se estaba apoderando de las gentes de Umbría. En el propio Arinimum, la guarnición local se había trasladado a la ciudadela, junto con la mayor parte de los habitantes más adinerados. Pocos barcos fondeaban en el puerto y no se avistaban velas en el horizonte azul del mar.

Diez días después de que hubieran recogido a Enobarbo, la columna marchaba a través de la puerta de la ciudad de Rávena, con un hombre más del número total que Macro necesitaba para ganar su apuesta. La noche antes de que llegaran a su destino, el veterano centurión había necesitado toda su fuerza de voluntad para no deshacerse con discreción de uno de los reclutas y, a regañadientes, admitió que Cato había ganado la apuesta cuando el último de los infantes de marina marchó hacia el interior de la ciudad.

-¿Quieres que empiece a llevar la cuenta? –Cato sonrió burlón.

-Sólo si quieres que yo te haga saltar los dientes de un puñetazo. Tendrás tu dinero en cuanto nos paguen.

-Me muero por gastarme tu paga del primer mes. Trescientos denarios cunden mucho.

-¿Trescientos? –Minucio se rió de la conversación-. Tendréis suerte si os los dan. Me imagino que estáis en la nómina de la marina, ¿verdad?

-Sí –respondió Macro-. ¿por qué?

-No supongo ni por un momento que los oficiales que os destinaron aquí fueran tan amables como para mncionaros lo que se paga en este cuerpo, ¿no?

-No. –A Macro se le estaba cayendo el alma a los pies, como si fuera una roca-. ¿Qué pasa?

-Cobramos lo mismo que los auxiliares.

Macro se lo quedó mirando, horrorizado, durante un momento y luego sonrió, nervioso.

-Me estás tomando el pelo otra vez, ¿verdad? Ya vale, Minucio.

-Hablo en serio.

-¡Y una mierda!

-No, de verdad. Lo digo en serio.

Macro meneó la cabeza y se dio una palmada furiosa en el muslo.

-¡Mierdal... ¡Ese cabrón estirado de Narciso nos ha vuelto a joder! Juro que un día le arrancaré la cabeza de una patada, aunque sea lo último que haga en mi vida.

-Lo cual es más que probable –comentó con un gruñido Cato-. Y cierra el pico con lo de Narciso, a menos que pretendas que toda la ciudad sepa lo que estamos haciendo.

—¡No me lo puedo creer, maldita sea! —continuó lamentándose Macro—. Firma nuestra maldita sentencia de muerte y encima le sale barato.

Macro siguió rezongando mientras la columna se abría camino por la vía principal de Rávena en dirección a los muelles. Al igual que en la mayoría de las ciudades provinciales, las calles eran estrechas y pocos edificios tenían más de dos pisos de altura. Antes incluso de llegar a los muelles, Cato atisbó una densa profusión de mástiles y jarcias que atestaba el puerto. En el propio embarcadero principal, montones de marineros sentados por ahí desconsolados contemplaban los apelotonados barcos amarrados sobre el suave oleaje. Cuando los reclutas pasaron marchando, los marineros se pusieron de pie y los miraron fijamente con manifiesta hostilidad.

—No lo entiendo —se sorprendió Cato—. Creía que la mayoría de las embarcaciones habían intentado alejarse todo lo posible de los piratas. En Arinimum apenas había atracado un puñado de barcos. —Hizo un gesto con la mano indicando el puerto—. Nunca había visto tantos. ¿No tienen miedo de los piratas?

—Pues claro que sí, muchacho —admitió Minucio divertido ante su ingenuidad—. Y es precisamente por eso por lo que están aquí. ¿Qué mejor lugar que justo al lado de una base naval? Ahí delante tienen la garantía de su seguridad.

Cato siguió la dirección del brazo que Minucio había alzado y se fijó en lo que estaba señalando. En el extremo del muelle se alzaba un gran portalón fortificado que daba al astillero naval. Cabeceando al ancla en las aguas abiertas del puerto de la arreada, se balanceaba una flota de buques de guerra de líneas elegantes. Contó más de treinta. La mayoría de ellos eran pequeñas embarcaciones patrulleras, pero un poco más lejos se asomaba una escuadra de trirremes de mayor tamaño, la formidable columna vertebral de la flota romana. Cada uno de los trirremes contaba con tres hileras de remos a babor y estribor y con torres fortificadas a popa y a proa, sobre las que había montadas unas catapultas. Un gran espolón revestido de bronce se extendía desde la proa de cada uno de los barcos.

Más allá de los trirremes se divisaba una embarcación aún mayor. Cato se puso de pie en la cama de la carreta y la señaló.

—¿Qué es eso?

—Es la Horus, nuestro buque insignia. Es un quinquerreme, un cinco, como decimos nosotros. Tiene una larga historia a sus espaldas. Era el buque insignia de Marco Antonio. Fue capturado en Accio y Augusto la incluyó en la armada imperial. Fue construida para durar y, en efecto, es más dura que la piedra. No hay embarcación en el mundo que la iguale.

Cato se quedó admirando a la nave un momento más y luego se sentó de nuevo mientras el convoy avanzaba a lo largo del muelle hacia las puertas de la base naval. Los marineros y estibadores alineados a lo largo del trayecto se acercaron a ambos lados de la columna y los observaron en resentido silencio.

Una voz gritó:

—¿Cuándo vais a hacer algo con esos piratas?

Al instante, otras voces se sumaron a la queja y los infantes de marina y sus oficiales no tardaron en verse rodeados por gritos de enojo y puños que se agitaban. Los reclutas miraron nerviosos a su alrededor.

—¡Vista al frente! —rugió Minucio—. La vista al frente, he dicho. No hagáis caso de estos cabrones.

Un terrón de mugre surcó el aire y le dio en el hombro al centurión, que apretó la mandíbula y clavó la mirada al frente. Por desgracia, aquello sentó de ejemplo y de pronto todo se llenó de barro, excrementos y todo tipo de residuos malolientes que cayeron sobre los desventurados infantes de marina y sus oficiales. Los hombres que iban a la cabeza de la columna se tambalearon mientras intentaban protegerse del bombardeo y Minucio se puso en pie e hizo bocina con las manos.

—¡Continuad marchando ahí al frente! ¡No os paréis, maldita sea!

Los optios arremetieron contra sus soldados a golpe de bastón y el ritmo se aceleró. Minucio abrió la boca para dar más gritos de ánimo y, mientras Macro lo miraba, un zurullo voló por los aires y alcanzó al veterano en toda la boca. Al darse cuenta, los vecinos del lugar más próximos estallaron en espontáneas y sonoras carcajadas.

Minucio se agachó, escupiendo y limpiándose los labios con la manga.

—Si encuentro al cabrón responsable de esto, haré que coma mierda durante el resto de su condenada vida.

Macro, que se esforzaba en vano por mantener una expresión seria, codeó con disimulo a Cato.

—Creía que esta clase de cosas sólo me pasaban a mí. —Y te pasan. Mira. —Cato señaló su túnica y, al bajar la vista, Macro reparó en una desagradable mancha parduzca en la lana.

El oficial de guardia de la puerta había asistido al lío que se estaba armando a lo largo del embarcadero y cuando la columna de reclutas se aproximó, un pelotón de infantes de marina salió en tropel por la entrada

de la base naval y acometió contra la multitud para abrir camino a Minucio y sus hombres. La descarga se intensificó, pues la gente de la ciudad sacaba el máximo provecho de su última oportunidad para enfrentarse a los hombres que consideraba responsables de la pérdida de sus medios de vida. Macro y Cato se taparon la cabeza y se agacharon tras los costados de la carreta.

–¡Vaya bienvenida de mierda! –gruñó Macro–. Este trabajo mejora por momentos. Me pregunto qué será lo próximo que nos espera.

Cato no respondió. Estaba mirando con atención al mar y, por primera vez, se dio cuenta del miedo que llegaba a suscitarle dicho elemento. No es que fuera sólo un mal nadador, sino que además se había mareado muchísimo en las pocas ocasiones que había viajado en barco. Y ahora lo habían destinado a pasar el futuro inmediato en el mar, o peor aún, dentro de él. Se mareaba al pensarlo.

Cuando las carretas de la cola del convoy hubieron entrado en la base naval, los infantes de marina se replegaron en su interior y con rapidez cerraron y atrancaron las puertas. El oficial de guardia, otro centurión, se acercó al carro de Minucio con aire resuelto y una sonrisa de oreja a oreja.

–Una buena bienvenida a casa, ¿eh? –Estupenda –farfulló Minucio, al tiempo que cogía su cantimplora y se enjuagaba la boca. Escupió el contenido a un lado–. ¿Qué demonios ha pasado desde que me fui a Roma, Vanón? Toda Umbría se ha vuelto loca con esta tontería de los piratas.

La sonrisa del oficial de guardia se desvaneció.

–¿No te has enterado entonces?

–¿Enterarme de qué?

–Hace unos días desembarcaron cerca de una colonia de veteranos en Lissus. Saquearon el lugar y mataron a su población por completo. Pasaron a cuchillo a mujeres y niños y empalaron a todos los hombres. Quemaron la colonia hasta los cimientos.

Minucio se lo quedó mirando atónito.

–¿Lissus? Conozco a algunas personas allí...

–Conocías. Ya no.

–Mierda... –Minucio se dejó caer en el pescante. El oficial de guardia alargó la mano y le dio un suave apretón en el brazo antes de volverse hacia los otros centuriones.

–¿Vosotros sois Macro y Cato?

Ellos asintieron con la cabeza.

–Tenéis que venir conmigo. El prefecto dio la orden de mandar a buscaros en cuanto llegais.

–Sólo un momento –pidió Cato. Bajó de la carreta y se dirigió trotando al vehículo en el que iba Enobarbo.

El mercader se estaba incorporando y se frotaba un poco de barro de la capa. Levantó la mirada hacia Cato.

–Bonita ciudad, Rávena.

Cato le tendió la mano.

–El prefecto ha mandado a buscarnos. Me despido de ti por el momento. Cuando encuentres un lugar donde alojarte, háznoslo saber.

–Lo haré. –Enobarbo le estrechó la mano–. Y las bebidas correrán de mi cuenta.

Cato señaló con un ademán su caja de dinero.

–Puedes permitirte.

El mercader le correspondió con una extraña sonrisa y asintió con la cabeza.

–Os debo la vida a ti y a Macro. No lo olvidaré.

–¡Te tomo la palabra! –Le guiñó un ojo y regresó a toda prisa con Macro y Varrón, que movía su sarmiento de vid con impaciencia.

El oficial de guardia se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas hacia el pórtico de un enorme edificio con vistas a la base naval.

–¡Estupendo! –refunfuñó Macro–. Te las has arreglado para cabrearlos también a este lado de la puerta.

–Puede ser, pero luego nos esperan unas copas. –Cato agitó el pulgar hacia atrás en dirección a la carreta del mercader–. Y corren por cuenta de nuestro amigo.

–¡Eso es otra cosa! –La sonrisa satisfecha de Macro no se borró durante todo el camino a través de la plaza de armas.

El despacho del prefecto era impresionante: una estancia alargada que daba al nivel superior del pórtico, el cual proporcionaba acceso a todos los despachos situados a lo largo del segundo piso del edificio del cuartel general de la flota. La vista desde el despacho del prefecto abarcaba la amplia extensión del puerto naval, el cuartel de los infantes de marina y, más allá, la aglomeración de cobertizos de almacenamiento y talleres de

la dársena. A un lado del puerto, en un varadero de madera, unos hombres trabajaban duro en un trirreme allí encallado, calafateando los fondos con la brea negra que sacaban de unas cubas humeantes, una prueba más de los preparativos para la campaña contra los piratas.

En el interior del despacho del prefecto, el suelo estaba cubierto con un atractivo mosaico que representaba a Neptuno ensartando en su tridente a algún demonio de las profundidades, en tanto que con la otra mano dirigía una tormenta para provocar el naufragio de una flota púnica. Vitelio disponía de una mesa pequeña pero cara junto a la ventana, en un extremo de la habitación, mientras que el otro estaba cubierto con un enorme mapa del escenario de operaciones de la flota, pintado en la pared con minucioso detalle.

Macro y Cato se aproximaron a la mesa del prefecto y se pusieron firmes. Él estaba firmando una pila de documentos y levantó la vista para mirarlos antes de volver a centrar su atención en su trabajo y completarlo sin prisas. Al final, dejó el estilo en su soporte y se dirigió a los dos centuriones.

–Bueno. –El prefecto Vitelio dibujó una falsa sonrisa, al tiempo que se reclinaba en su silla–. Tengo entendido que habéis tenido un viaje agradable por nuestra idílica campiña, ¿no?

–Sí, señor –respondió Gato cansinamente.

–Estupendo, porque las vacaciones han terminado. Tenemos mucho trabajo que hacer durante los próximos meses. Las cosas han cambiado desde que Narciso nos informó en Roma. La situación es mucho más grave.

–Ya lo hemos notado, señor.

–¿En serio? –Vitelio parecía divertido–. Dudo que os hayan puesto al tanto de todo, centurión Cato. El secretario imperial sólo ha proporcionado dicha información a sus agentes más dignos de confianza.

–¿Como tú, quieres decir? –Macro se mofó con amargura.

El prefecto se detuvo un momento, esforzándose para no perder los estribos y, por un segundo, Cato temió que su amigo se hubiera pasado de la raya, y de largo. La expresión de Vitelio se relajó.

–Prescinde de esa actitud tan poco colaboradora, por favor.

Durante otra pausa, ambos se miraron fijamente con mutua aversión.

Al final, Macro asintió con la cabeza.

–Muy bien.

–Eso está mejor. Y de ahora en adelante, me mostrarás el respeto que requiere mi rango. Me llamarás «prefecto», o «señor». ¿Entendido?

–Sí, señor.

–Bien. Venid aquí. –Vitelio se puso en pie y se dirigió hacia el mapa. Cogió una larga vara de un estante que había al lado y dio unos golpes sobre la costa de Iliria–. Los piratas deben de tener su base de operaciones en algún lugar a lo largo de esta costa. De momento, sólo hemos reunido una información muy limitada acerca de ellos, pero tenemos un nombre. El jefe se llama Telémaco. Es un griego. Me imagino que está tratando de obtener apoyo por parte de los habitantes del lugar. Es un hombre astuto y no resultará fácil derrotarlo.

Cato tosió.

–Tampoco va a resultar fácil recuperar los rollos, señor. Vitelio se dio la vuelta e intentó interpretar la expresión de Cato.

–¿Qué sabes de los rollos?

–Lo suficiente para saber lo valiosos que son para el emperador, señor.

–¿Ah, sí? –Vitelio le dirigió una mirada escrutadora–. Creo que quieres engañarme, joven Cato. Andas a la caza de información. Buen intento. De todos modos, parece que nuestro jefe pirata es todo un jugador. Mandó un mensaje para informarnos de que ahora hay otros bandos interesados en los rollos, y que están dispuestos a igualar cualquier precio que pague Narciso.

–Quiénes son esas otras personas, señor?

–Telémaco no lo dijo.

–Está intentando hacer subir el precio.

–Quizá, pero no podemos arriesgarnos a que esté mintiendo. Narciso quiere esos rollos, sea cual sea el precio. Tanto en dinero como en hombres.

–Pero, ¿quién más querría esos malditos rollos, señor? –preguntó Macro.

–Eso en realidad no importa. Quienquiera que sea, no podemos permitir que los consiga.

–Mire, señor. Nos ayudaría mucho tener alguna idea de a quién nos enfrentamos.

–Sin duda –reconoció jocoso Vitelio–. Pero preguntaos una cosa; si estos rollos son de una importancia tan vital para el emperador, ¿quién más estaría interesado en ellos?

–¿Aparte de usted, señor?

–Ya hemos discutido esto, Macro. No pongas más a prueba mi paciencia.

–Los Libertadores –sugirió Cato en voz baja. La organización secreta de republicanos consagrados al derrocamiento del emperador Claudio parecían ser los sospechosos más evidentes.

Vitelio se ladeó y se encogió de hombros.

–¿Quién más?

–Estupendo. –Macro meneó la cabeza con aire cansado–. ¡Lo que nos faltaba! Si ellos están metidos en el asunto, vamos a andar saltando sobre nuestra propia sombra.

–Exacto. –Vitelio se pasó una mano por su aceitado cabello y se la limpió en un costado de la túnica–. Así pues, podéis comprender que debemos actuar con cautela, y ante varios frentes. En primer lugar, debemos alargar las negociaciones todo lo posible. Eso nos dará tiempo para intentar identificar a esos otros grupos que van detrás de los rollos. Entonces podremos atraparlos. Mientras tanto, seguiremos con los preparativos para una campaña anfibia a lo largo de la costa de Iliria. Debemos encontrar y destruir la base pirata y hundir o capturar sus barcos. Y lo que es más importante, tenemos que encontrar esos rollos. Es posible, incluso probable, que los Libertadores ya tengan simpatizantes o agentes aquí, entre la flota. El combate que entablemos con los piratas será un asunto sucio y confuso. Con seguridad, será en ese momento cuando los Libertadores intenten hacerse con los rollos. A eso debemos estar atentos, para asegurarnos de que los recuperamos primero.

Macro suspiró.

–No es pedir demasiado.

–Eso, además de las tareas que tendréis que llevar a cabo a modo de tapadera. Cato y tú habéis sido asignados al servicio regular. Quiero que cumpláis con vuestras obligaciones tan concienzudamente como si estuvierais de nuevo en esas legiones que tanto admiráis. Si queremos lograr ventaja sobre los piratas para cuando llegue el momento de la lucha, los infantes de marina deben ser tan buenos como esté en vuestras manos lograr. Es más, cuando los hombres y los barcos estén listos para tomar la ofensiva, os voy a poner a cada uno al mando de una embarcación.

–¿Al mando de una embarcación? –Macro meneó la cabeza–. Señor, no sé ni lo más básico acerca de esos malditos barcos.

–En tal caso, será mejor que lo aprendas. Yo no me preocuparía demasiado. Los trierarcas de los trirremes se ocuparán del funcionamiento diario de las embarcaciones. Vosotros sólo tendréis que decirles en qué dirección queréis ir y actuar como una especie de mascarón de proa en la batalla. –Vitelio añadió con malicia–: Eso significa ser fuerte y duro, permanecer al frente del barco y gritar. No debería suponer un reto demasiado grande para ti, Macro. En cualquier caso, conoceréis a vuestros oficiales de marina y a los trierarcas de los trirremes en la reunión de esta noche. Ahora puedes retirarte, centurión Macro. Fuera hallarás un ordenanza que te acompañará a tus dependencias.

–Sí, señor. –Macro cruzó una mirada con Cato y a continuación se dio la vuelta, salió resuelto del despacho y cerró la puerta tras de sí.

Vitelio contempló el mapa un momento y luego se volvió hacia Cato.

–Sentémonos. –Sí, señor.

Atravesaron la estancia hacia la mesa del prefecto, Cato retiró una silla e hizo una leve mueca cuando las patas

de hierro rasparon los baldosines del mosaico. No tenía ni idea de por qué Vitelio lo había retenido allí y estaba asustado, porque sabía de lo que era capaz aquel aristócrata maquinador. Vitelio interpretaba bien las expresiones de las personas y evaluó al joven centurión con una mirada fría.

–No me importa que me odies tanto, centurión. Puedo comprender tus motivos. Aun así, debes aceptar que no estoy a tu mismo nivel. Si levantas un simple dedo contra mí, haré que te aplasten como a una cucaracha. Sería una pena ordenar que te mataran, puesto que tienes mucho que ofrecer al servicio de Roma. No obstante, antes que nada debo mirar por mis propios intereses, y debo estar seguro de que puedo confiar en ti y de que no representas ninguna amenaza para mí.

Cato asintió en silencio.

–Muy bien, entonces te propongo una tregua entre nosotros mientras dure este asunto. Por el bien de ambos. Ya tenemos bastantes peligros a los que enfrentarnos ahí afuera para incrementarlos sin necesidad. ¿Lo entiendes?

–Sí, señor.

–Estupendo. Serás libre de odiarme de nuevo en cuanto hayamos encontrado esos rollos.

Cato respondió, altivo:

–Siempre lo odiaré y lo despreciaré, señor; pero puedo soportarlo sin que ello afecte a mis obligaciones, al menos durante un tiempo.

Vitelio se lo quedó mirando con curiosidad e hizo un gesto de entendimiento.

–Entonces tendremos que conformarnos con eso... Bueno, hay otro asunto del que ocuparnos. Te necesito para una misión que podría ser bastante peligrosa.

–¡Qué oportuno, señor!

–Útil, más que oportuno. El mensaje de Telémaco terminaba exigiendo un pago por anticipado si deseábamos seguir incluidos en las negociaciones por estos rollos. «Una prueba de nuestro compromiso», como él dice. Así pues, te reunirás con él, le asegurarás que, por supuesto, seguiremos interesados y le entregarás el oro que ha pedido.

–¿Por qué yo?

–Porque es importante que uno de nosotros pueda identificar a Telémaco. Cuando llegue el momento de poner en su sitio a ese cabrón, quiero estar seguro de que tenemos al hombre correcto en nuestras manos. Acaso él sea el único que sepa dónde se guardan los rollos.

–¿Y por qué mandarme a mí solo? Sería conveniente que el centurión Macro estuviera también allí, ¿no? Vitelio lo examinó, divertido.

–Tu amigo Macro tiene muchas cualidades admirables, pero la diplomacia no es una de ellas. No me atrevo a mandarlo contigo. Este trabajo requiere unas habilidades más sutiles. Y tú eres lo bastante joven como para hacer que ese pirata tenga la sensación de que está tratando con alguien carente de experiencia y malicia. Eso debería tranquilizarlo.

–¿Dónde tendrá lugar el encuentro, señor?

–En el mar, como la última vez. Quiere asegurarse de que no es una trampa. Te llevará una de las embarcaciones de reconocimiento. Una nave más grande lo ahuyentaría.

–También una más pequeña podría ponernos en peligro. Quizá, pero es un riesgo que esto dispuesto a dejar que corras.

–Gracias, señor.

–Tienes que reunirte con él a diez millas del cabo de Morteponturn poco después del alba, una distancia que le confirme que estás solo y la posibilidad de escapar en caso contrario.

–Es un hombre cauto, señor.

–A la fuerza. Ya conoces el dicho: hay piratas viejos y piratas audaces, pero no hay viejos piratas audaces.

Cato cabeceó, pensativo, y miró a Vitelio a los ojos.

–¿Sahe, señor? Este tal Telémaco da la impresión de ser la clase de persona de la que usted podría aprender.

–Gracias por el consejo, centurión, pero creo que me las arreglaré perfectamente solo. Y ahora, estoy seguro de que al menos hay una pregunta más que te gustaría hacer.

–¿Cuándo será el encuentro?

–Dentro de dos días. Sales esta misma noche.

CAPITULO XIII

El birreme se puso al paio antes de las primeras luces del amanecer. La embarcación se bamboleaba en medio de un fuerte oleaje que se alzaba bajo la popa, la levantaba y luego la dejaba caer de nuevo con un horrible descenso en picado. Cato se apoyó en el pasamanos trasero con la cabeza echada hacia delante y vomitó en el oscuro y oleaginoso abismo que se abría ante sus ojos. Ya lo había pasado bastante mal mientras había tenido el horizonte a la vista como punto de referencia para recuperar el sentido del equilibrio, pero en cuanto la oscuridad había envuelto a la pequeña embarcación, el caótico y nauseabundo movimiento bajo sus pies había multiplicado por diez sus padecimientos. Se había pasado la noche en la borda, con la cabeza dándole vueltas y con accesos de arcadas que, a intervalos regulares, le daban la sensación de que destrozaban la boca de su estómago y se lo arrancaban por la garganta.

Cato se alegraba de que a Macro le hubieran ordenado permanecer en Rávena. Su constitución de hierro se tomaba las travesías marítimas con la misma confianza y comodidad despreocupadas que cualquier otro medio de transporte. Sin duda, la fría brisa marina a Macro le hubiera parecido «tonificante» o cualquier otro irritante comentario de los suyos.

Cuando su amigo se había enterado de lo de la reunión, Cato había sido acusado categóricamente de guardar secretos. En aquellos momentos, en el Cundo, Cato se había sentido halagado de haber sido elegido para aquella misión; ahora hubiera pagado lo que fuera para cambiarse por Macro.

–¿Os encontraréis mejor?

Cato se apartó del pasamanos y vio a Décimo, el trierarca del birrerre, que aparecía de la oscuridad. Cato negó con la cabeza.

–Creía que erais uno de los nuevos centuriones destinados a la marina.

–Así es.

–Bueno, no me gustaría parecer grosero ni nada por el estilo, pero no os estáis adaptando lo que se dice bien al oficio.

–Odio el mar.

–Supongo que sois un marinero de agua dulce.

–Sí... –Una nueva oleada de náusea se apoderó de su cuerpo y Cato se arrojó otra vez sobre el pasamanos, se provocó arcadas hasta que le pasó el ataque y se limpió los hilos de baba de los labios antes de dirigirse de nuevo hacia Décimo–: Me trasladaron de las legiones.

–¿Os trasladaron? Entiendo... –Décimo asintió con un movimiento de cabeza y, con mucho tacto, evitó preguntar el motivo de lo que, en realidad, era una degradación–. Yo no podría con todas esas marchas y esas tonterías de ingeniería civil. Prefiero mil veces la sencilla vida del mar.

Cato lo examinó como a un extraño, pensando que antes preferiría construir un acueducto él solo, que pasar un segundo más en aquel maldito barco.

Décimo se apoyó en el pasamanos al lado de Cato, contra el viento, y olió el aire. –Fresco y salado. Vamos a tener un buen día. Con el mar un poco picado, pero no es probable que haya tormenta.

–Picado... –Cato tragó saliva y apretó la mandíbula–. ¿Dónde estamos?

–A unas cuantas millas del cabo. Di la orden de fachear para que no nos acercáramos demasiado en la oscuridad.

–¿Por qué no?

–¿Por qué no? –Décimo se rió–. ¿Nunca habéis visto el cabo?

–Nunca he visto demasiadas cosas. Entre ellas tu maldito cabo Morteponum.

–¿Por qué creéis que le pusieron ese nombre? «El Puente de la Muerte»... se puede decir que lo delata, ¿no os parece?

Cato miró hacia atrás.

–Así pues, ¿es peligroso?

–Han naufragado más barcos en ese cabo que en cualquier otro lugar a lo largo de toda esta costa.

–¿Y eso?

–Cuando salga el sol y estemos más cerca, creo que entenderéis por qué lo evité. Y ahora, sí me disculpáis, voy a ocuparme de mi tripulación. Tiene que haber comido y ocupado sus puestos antes del alba.

–¿Esperamos problemas?

–¿Lo decís en serio? –Décimo meneó la cabeza, asombrado–. ¿Nunca habéis tratado con piratas?

–No.

–Son tan dignos de confianza como un tiburón en una fábrica de salchichas. Y el doble de peligrosos. Cato enarcó las cejas. –Original. Pero no es del todo coherente.

–¿Cómo decís? –Décimo frunció el ceño.

–La analogía no funciona. El tiburón no es una criatura terrestre.

Décimo se encogió de hombros.

–Está claro que no conocéis a mi banquero.

Cuando las primeras luces del alba se extendieron por el horizonte oriental, Cato sólo pudo distinguir la pálida sombra de una costa montañosa.

Décimo señaló una zona más oscura.

–Ése es el cabo. Nos acercaremos más.

Se volvió de cara a proa e hizo bocina con las manos. –¡Izad la vela! ¡Ponedle un rizo!

Varios marineros treparon por las jarcias, se descolgaron hasta el penol y avanzaron poco a poco, apretando los dedos de sus pies descalzos al arrastarlos por la verga. Cuando todo el mundo estuvo en su puesto, el oficial de cubierta gritó una orden y los marineros deshicieron los nudos y empezaron a desplegar la vela. Su hinchida extensión se desplegó poco a poco y se puso tirante mientras que, en cubierta, otros marineros halaban las escotas de la vela mayor y las sujetaban a las fuertes cornamusas de madera que había en los pasamanos de los costados de la nave. En el instante en que la vela rectangular se hubo soltado hasta las primeras líneas de rizos, los marineros de la verga la ataron y regresaron a cubierta. El movimiento del

birreme empezó a asentarse citando se aparejó la embarcación y Cato percibió el roce y el silbido del mar que se deslizaba por la línea de flotación. —¡Timonel! —voceó Décimo—. Pon rumbo a tres dedos de distancia de la amura de babor.

—Tres dedos de la amura de babor. A la orden, mi capitán.

Detrás de Cato, el marinero, un hombre de complexión fuerte, afirmó las piernas en una barandilla del suelo y tiró del enorme remo de gobierno que se hallaba suspendido sobre un costado del birreme, a corta distancia de la popa. Poco a poco la embarcación empezó a responder y viró a barlovento, en dirección a la distante costa. El birreme avanzó viento en popa y dejó una arremolinada estela blanca en el mar a su paso.

No había duda de que Décimo se hallaba en su elemento y se volvió hacia Cato con un brillo de deleite en los ojos.

—¿Os encontráis mejor ahora?

—Mucho mejor.

—Con este viento de popa no tardaremos en llegar al punto de reunión. Claro que la cosa se complicará si tenemos que volver a poner rumbo a Rávena. Quizá tendremos que arriar la vela y poner a trabajar a los remeros.

Hizo un gesto en dirección a la cubierta y Cato dirigió la mirada hacia el enjaretado de la cubierta principal. Las tenues formas de los hombres sentados en las bancadas apenas eran visibles bajo la pálida luz.

—Serán lo suficientemente rápidos para poner el barco fuera de peligro en caso de que se trate de una trampa?

—Deberían serlo. Esta clase de embarcación está diseñada para correr. La verdadera cuestión es cuánto tiempo podrán mantener el ritmo. Por norma general, mantengo a mis hombres bien alimentados y descansados, para contar con una reserva adicional de fuerza en los remos en caso de que la necesitemos. Esperemos que no haga falta, ¿eh?

—¡Buque a la vista! ¡A babor! —gritó el vigía desde el calcés, y extendió el brazo para señalar a una corta distancia de la costa.

Cato volvió la cabeza de modo automático y entornó los ojos hacia el horizonte, pero no vio nada a lo largo de su línea continua.

Décimo preguntó con un grito al vigía:

—¿Puedes distinguir algo?

La información llegó tras una breve pausa.

—Una vela negra. Ahora puedo ver el casco. Es un barco grande.

—¿Es él? —inquirió Cato.

—Lo más probable. Pocos barcos navegan en alta mar en invierno. Y menos con piratas merodeando por ahí.

—¡Ah de cubierta!

Cato y Décimo inclinaron la cabeza hacia el tope del mástil. El vigía señalaba hacia el sur.

—Otro barco.

Cato notó un frío cosquilleo en la nuca.

—Es una trampa.

—Calmaos —lo tranquilizó Décimo con una sonrisa—. Tenemos mucho tiempo para volver a poner rumbo mar adentro.

—¡Otro barco! ¡Y otro más! —gritó el vigía, señalando con el brazo por encima de la popa del birreme.

Cato hizo un gesto de resignación y esbozó una sonrisa forzada, al tiempo que se volvía hacia Décimo.

—¿Qué decías?

El triararca no le hizo caso y se puso de puntillas para mirar por encima del oleaje que su embarcación dejaba atrás. Allí, apenas visibles en el horizonte, había dos velas triangulares.

—Un magnífico ejemplo del arte de navegar —gruñó Décimo—. Deben de habernos estado observando desde el este, mucho antes de que nos pusiéramos al paio anoche.

—¿Cómo lo sabes?

—Habrán permanecido escondidos en la penumbra mientras nosotros nos perfilábamos contra el crepúsculo.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —El triararca se encogió de hombros—. Nos tienen cogidos por las pelotas. Esperemos que no estén planeando ninguna traición. No tiene sentido intentar escapar. Tendremos que ponernos al paio y esperar que se acerquen a nosotros.

* * *

El birreme avanzó con la marejada. Se había largado un pequeño trinquete para afirmar la proa y proporcionar un movimiento de avance suficiente para que agarrara el remo de gobierno. En torno a Cato, la cubierta se había despejado para la acción, y la dotación de infantes de marina del birreme se hallaba en sus puestos. La catapulta montada en el castillo estaba cargada y los servidores hacían girar los brazos tensores con un continuo traqueteo del cranequín. Se habían dispuesto asimismo las redes de abordaje y un puñado de hombres armados con arcos se alineaban a lo largo del pasamanos de popa. Cato se había puesto la coraza y se hallaba junto a Décimo, con una mano apoyada en el pomo de su espada. Contemplaba los cuatro barcos que se acercaban al birreme a una velocidad constante. Tres de ellos no eran mucho más grandes que el birreme y utilizaban una vela latina de diseño oriental. Tenían un aspecto elegante y se abrían camino con facilidad, cortando las grandes olas de un azul grisáceo que barrían la superficie del mar. Décimo meneó su rostro con desesperación cuando la cuarta embarcación se acercó tanto a ellos que se podían distinguir sus detalles. Incluso el ojo inexperto de Cato estaba familiarizado con esa silueta.

—Ése es un barco romano, ¿verdad?

—Lo era. Es uno de los trirremes que se perdieron.

Las naves más pequeñas se pusieron al parir a poca distancia del birreme y esperaron a que el cuarto barco se acercara. El trirreme, al igual que los demás barcos piratas, llevaba una vela oscura; al dar la última bordada, aparecieron unas diminutas figuras en la verga que aferraron con rapidez la vela. Al cabo de un momento, asomaron los remos que, tras una breve pausa para sincronizarse bien, se hundieron en el agua y agitaron el mar, tras lo que el trirreme maniobró derecha hacia la embarcación romana.

Décimo observó a Cato.

—Creo que ha llegado el momento de la verdad.

—Sí. —Cato tenía la mirada fija en el barco de guerra que se aproximaba y se preguntó si la verdadera razón por la que Vitelio lo había elegido a él para aquella tarea no sería su esperanza de que el joven centurión no regresara.

Cuando el trirreme estuvo a apenas cien pasos de distancia, empezó a virar contra el viento, los remos dejaron de moverse y se introdujeron con habilidad de nuevo en el casco. Casi de inmediato, un pequeño esquife bajó por la borda, cabeceando, cruzó el espacio entre los dos barcos, pero lo más alejado de la catapulta de proa del birreme. Se detuvo a escasos metros del bao de la embarcación romana.

Un joven alto y delgado, de cabellos oscuros y rizados que le sobresalían por debajo de un gorro frigio, estaba sentado en la bancada de popa del esquife. Se llevó una mano a la boca y en un griego fluido lanzó un grito hacia el birreme:

—¿El negociador se encuentra a bordo?

Cato se acercó a la borda y levantó una mano. —Aquí estoy.

—¿Has traído el dinero?

—Sí.

—Vendrás con nosotros. —El hombre dio unas instrucciones a sus remeros, el esquife avanzó a toda prisa por el agua hacia el birreme y uno de los piratas se aferró a la escala de abordaje.

Cato se volvió hacia el infante de marina más próximo: —Baja al camarote. Debajo de mi litera hay un cofre. Tráelo aquí.

El soldado saludó y se dirigió a toda prisa a la brazola de la escotilla que llevaba al pequeño camarote de popa. Cato se agarró al pasamano, pasó por encima y, al otro lado, sus botas buscaron el apoyo de los peldaños de la escala de abordaje.

—¡Romano!

Cato se detuvo y comprobó que el hombre del esquife le hacía un gesto admonitorio con el dedo.

—¡La espada no!

Aferrado a la barandilla con una mano, Cato desenvainó su espada y la arrojó a la cubierta del birreme. Décimo lo miró con preocupación.

—¿Es prudente?

—¿Quién sabe? —le respondió Cato en tono sombrío. Entonces se dio cuenta de que, con toda probabilidad, el trierarca estaba más nervioso que él. Se obligó a dirigir una sonrisa cómplice a Décimo.

—Me la devuelves cuando esto termine.

Volvió la cabeza, calculando la oscilación del esquife debajo de él, y se dejó caer a plomo. La pequeña embarcación se balanceó de un lado a otro, y por un momento Cato tuvo la certeza de que el bote iba a volcar y a arrojarlos a todos al mar. Con la coraza puesta, seguro que se hundía como una piedra. El joven que estaba en la popa agarró al centurión del hombro y lo sujetó.

–¡Siéntate, idiota! ¿Dónde está el oro?

–Ahora viene.

Al cabo de un momento, el infante de marina se asomó en la banda del birreme y la caja descendió dentro de una red. El pirata se puso de pie, con el equilibrio instintivo de un hombre que ha pasado muchos años en el mar. Estiró los brazos hacia el cofre y lo hizo bajar hasta el fondo del esquiife. Lo sacó de la malla, lo colocó debajo de la bancada de remo del centro de la embarcación y les hizo un gesto con la cabeza a sus remeros. El esquiife dio la vuelta y se dirigió hacia el trirreme, mientras Cato permanecía en cuclillas y la helada agua de mar se agitaba contra sus botas y pantalones. El movimiento del birreme ya le había parecido bastante inestable, pero ahora daba la impresión de que el mar estaba casi al mismo nivel que su cara y el bote cabeceaba de un modo para él aterrador. Al llegar al trirreme, agarró el cabo que le echaron como si fuera una cuerda de salvamento y subió por el costado, como pudo y de un modo sumamente indecoroso, hasta la amplia cubierta. Cuando Cato se puso de pie e irguió la espalda, la relativa firmeza de la cubierta bajo sus pies contribuyó en cierto modo a calmar sus nervios. Al cabo de un instante izaron el arcón y lo colocaron a sus pies. El joven del esquiife subió gateando y se quedó al lado de Cato.

–¡Bienvenido! –exclamó una voz desde popa y, al volverse, Cato vio a un hombre que se acercaba a él a grandes zancadas. Era alto, tenía el pecho ancho y las inconfundibles facciones de un griego. Un pendiente de oro brillaba a ambos lados de su cara, la cual tenía una cicatriz tan horrible que Cato no pudo evitar fijarse, absorto en ella. El pirata sonrió, se plantó delante del centurión y le tendió la mano. Cato no se esperaba nada parecido a una cálida bienvenida y aquello lo cogió desprevenido. Tragó saliva y resolvió hacer el papel de un verdadero romano. Dirigió una fría mirada a la mano extendida y negó con la cabeza.

–Lamento decir que tengo órdenes de no confraternizar con piratas.

El griego lo miró sorprendido por un instante y luego se echó a reír a carcajadas.

–¡Nunca he conocido a una gente más obstinada! ¿Es que a los romanos no os enseñan modales?

–Por descontado. Es sólo que no tenemos tratos con delincuentes. Supongo que eres Telémaco.

–Sí. –El griego hizo una reverencia–. Y éste es Ajax, mi teniente de navío.

El joven que estaba junto a Cato lo saludó con una inclinación mientras Telémaco seguía hablando:

–Tenemos que darnos prisa con esto, romano. Tengo asuntos que atender.

–¿Asuntos? Así es como llamas a la piratería y el pillaje? –Puedes llamarlo como quieras, centurión... No he entendido tu nombre.

–No lo he mencionado. Telémaco se encogió de hombros.

–Como quieras. ¿Es ésta tu fianza? –Le dio un golpecito a la caja con la punta de la bota.

–Así es.

–Bien. Entonces tengo un mensaje para tus superiores. Diles que la mercancía todavía está en mi poder, pero que otros grupos también han demostrado su interés... con oro. Dentro de unos días pagarán su fianza.

–¿Quiénes son? –preguntó Cato.

–Sabes bien que no puedo decírtelo. Quieren permanecer en el anonimato, y con vida.

–Los Libertadores –espetó Cato con desdén–. ¿Quiénes podrían ser si no?

–Dímelo tú. No es que en el mundo falte gente con todo tipo de motivos para odiar a Roma y a todo lo que ésta representa.

–Cómo sé que no me estás mintiendo para hacer subir el precio?

–No lo sabes. –Telémaco esbozó una mueca burlona–. Pero, ¿acaso tus superiores pueden permitirse el lujo de ponerme en evidencia? Dada la naturaleza de la mercancía, lo dudo. En definitiva, les dirás que la competencia me ha ofrecido veinte millones de sestercios. Tus patronos tienen dos meses para mejorar esta oferta.

Cato hizo todo lo posible para disimular su asombro ante una cifra tan astronómica. Una fortuna, suficiente para pagar el rescate no ya de un rey, sino de todo un reino. Examinó con atención a Telémaco.

–¿Cuando dices la mercancía te refieres a los rollos, uno?

El jefe pirata cruzó la mirada con su teniente de navío y se rió. –Así es.

–Pero no hay ningún pergamino que valga una suma semejante.

Telémaco le dio con el dedo en el pecho al centurión.

–Estos rollos sí, créeme.

–¿Por qué?

Telémaco observó a Cato con expresión divertida.

–No tienes ni idea de lo que son, ¿verdad?

Cato pensó en intentar engañar al jefe pirata, pero se dio cuenta de que lo calarían enseguida.

–No.

–¿Pero te gustaría saberlo?

Cato le sostuvo la mirada por un momento pero no pudo negar más su curiosidad.

Antes de que el romano pudiera responder, Telémaco asintió con la cabeza.

–Me lo suponía. Si te dijera lo que son..., si te contara algún detalle de su contenido, estarías en peligro de muerte, romano. Confórmate con tu ignorancia. Si quieres sobrevivir. –Observó con detenimiento a Cato para cerciorarse de que el joven oficial comprendía el peligro y luego siguió hablando–: Y ahora, antes de que te vayas, tengo otro mensaje que me gustaría que transmitieras. –Chasqueó los dedos y un nubio se acercó al trote con una pequeña caja de mimbre que le entregó al jefe pirata. Telémaco levantó la tapa y la inclinó hacia Cato. Dentro había una mata de pelo negro pegada a un cuero cabelludo–. Permíteme que te presente al antiguo gobernador de la antigua colonia de Lissus. Cayo Manlio, creo que se llamaba. Llévate esto a Rávena como pequeño recuerdo de nuestro encuentro. Diles a tus superiores que a partir de ahora empezaré a asaltar más colonias a menos que se me pague un tributo de diez millones de sestercios al año en oro. –Telémaco lo miró con desconfianza–. ¿Podrás acordarte de todo

–Sí.

El pirata todavía parecía dudar un poco.

–Cuántos años tienes, chico?

–Diecinueve.

–¿Por qué te mandaron a ti?

–Soy prescindible.

–Ya lo creo –repuso Telémaco, al tiempo que se rascaba la barbilla. El ruido áspero hizo que Cato apartara la vista hacia un movimiento borroso tras el cual el centurión se encontró con una daga curva en la garganta. Cato se quedó petrificado y Telémaco se inclinó para acercarse, entornando sus ojos oscuros hasta que no fueron más que dos rendijas. Habló en voz muy baja–. Me acordaré de ti, joven cachorro arrogante. Podría cortarte el cuello ahora mismo y mandar tu cabeza de vuelta como pareja de esta otra. –Le lanzó una mirada impúdica y a Cato se le inundó el olfato con un cálido olor de salsa de pescado. La daga se apartó y descendió–. Resulta que quiero cerrar las negociaciones en un plazo razonable y no estoy dispuesto a esperar a que los romanos me enviéis a un enviado que demuestre tener ciertos modales. Si volvemos a vernos, juro que te destriparé con mi propia espada. Y ahora llévate esto. –Le arrojó la caja a Cato–. Y sal de mi barco. Si cuando haya terminado esta reunión, hacéis algún intento por seguirnos, os atacaremos, hundiremos vuestro barco y mataremos a los supervivientes. Vete.

Cato descendió a toda prisa por la banda del trirreme, volvió a meterse en el esquife y le arrojaron la caja con

la tapa sujeta. Cato la metió de inmediato bajo el banco de remos e intentó no pensar en su contenido.

Ajax lo observó con una expresión jocosa.

–Tienes agallas, romano. No hay mucha gente que le hable a Telémaco de esta manera y viva para contarlo.

–¿En serio? –Cato lo escudriñó un instante antes de continuar hablando–. No puedes haberlo servido el tiempo suficiente como para conocerlo.

Ajax esbozó una extraña sonrisa.

–Te equivocas. Lo conozco de toda la vida. No es el bravucón que tú crees. Si vuelve a verte te matará. –No si yo lo mato primero.

El pirata estalló en carcajadas.

–La arrogancia romana. Nunca he visto nada igual.

Cuando Décimo ayudó a Cato a subir a cubierta, el centurión le dio la caja al mismo infante de marina al que había mandado a buscar el arcón.

–Pon esto en el camarote, pero no lo abras a menos que quieras que te azoten. ¿Entendido?

–Sí, señor.

Cato cruzó la cubierta hacia el otro lado y vomitó.

–¿Qué ha pasado allí? –preguntó un ansioso Décimo.

–No preguntes. Tú lleva el barco de vuelta a Rávena. Sácame de aquí cuanto antes.

CAPÍTULO XIV

El prefecto Vitelio levantó la vista del informe de Cato.

–¿Nos ha dado dos meses?

–Sí, señor.

Vitelio cerró los ojos y pensó en voz alta.

–Eso nos proporciona tiempo suficiente para mandar un mensaje a Roma, para que Narciso tome una decisión sobre su oferta y nos mande una respuesta que transmitirle a Telémaco.

–Perdone, señor, pero ¿cree que el secretario imperial superará la oferta de la competencia?

–Oh, sí. Tiene que hacerlo. Si los rollos caen en manos equivocadas, podrían complicarle mucho la vida a Roma... –Vitelio vio que Cato meneaba la cabeza–. No me crees.

–¿Cómo puedo creerle, señor? No tengo ni idea de lo que contienen esos rollos. Todo parece demasiado rocambolesco.

–No tienes que preocuparte por ello. Tú eres un soldado y sólo debes obedecer las órdenes. Nada más. Tus superiores pueden encargarse de los detalles más delicados.

Vitelio volvió la mirada de nuevo a las tablillas enceradas.

–Ahora pasemos a este otro asunto. El tributo que exige por no atacar nuestras colonias. Éste es su primer gran error. –¿Señor?

–Telémaco se está volviendo demasiado codicioso. Los rollos son una cosa, pero esta demanda de tributo es otra por completo distinta. No hay ninguna posibilidad de que lo paguemos. El emperador nunca lo consentirá.

–¿Por qué no, señor? Ya pagamos a algunas tribus de Germania para mantener la paz. –Cato intentaba encontrar la lógica de aquella situación. Roma pagaría más de veinte millones de sestercios por unos rollos pero rehusaba deshacerse de la mitad de esa cantidad para salvar las vidas de miles de sus gentes y docenas de sus colonias.

–Eso es distinto. Los germanos hacen de barrera entre el Imperio y otros bárbaros de disposición todavía más violenta y desagradable. Los piratas son otra cosa..., no son más que una banda de ladrones y asesinos.

–Se diría que han llegado a convertirse en algo más que una banda, señor.

–Cierto. Sin embargo, lo que sí puedo decirte es que Claudio no va a rebajarse permitiendo que esos piratas dirijan un tinglado de protección. Ordenará que los encuentren y los destruyan y no se nos dará descanso hasta que eso no se haya llevado a cabo.

–Incluso a riesgo de perder los rollos, señor?

–Quizá podamos combinar las dos tareas. –El prefecto se levantó de la silla y cruzó el despacho en dirección al mapa. Cato lo siguió. Vitelio se quedó mirando un momento la costa de Iliria antes de hablar–. Centurión, adónde situarías tu base de operaciones si fueras Telémaco?

Cato se concentró en el mapa detallado mientras lo pensaba y luego ofreció una respuesta.

–Basándome en lo que me ha dejado leer de los informes de los servicios de inteligencia, tendría que ser en algún lugar alejado de las rutas comerciales, tanto por tierra como por mar. No puede permitirse estar cerca de cualquier punto en el que una embarcación mercante de paso decidiera varar para pasar la noche. Así pues, eso descarta la costa de Liburnia y allí, más al sur, en Macedonia, existen demasiadas colonias y puertos. Al mismo tiempo, tiene que estar lo bastante cerca de las rutas comerciales como para poder explotarlas. Algunos de sus barcos llevan remeros. Si aprovisiona sus barcos como nosotros, eso le proporciona un radio operativo de cinco o seis días de navegación a lo sumo. Eso lo sitúa en algún lugar entre Fianona y, digamos, Dirraquio. Lo más probable es que se hallen en una de esas ensenadas, o en uno de los islotes que hay frente a la costa. Podrían ser cientos. –Cato apartó la vista del mapa–. Basándome en la información que conozco, es mi mejor suposición, señor.

El prefecto Vitelio asintió con la cabeza.

–Estoy de acuerdo. Por lo tanto, allí es donde empezaremos a buscarlos. Dejaremos una guarnición aquí y yo me llevaré la flota hasta Iliria y estableceré una base cerca de... –recorrió el mapa con sus ojos– Birnisium. Parece un lugar suficientemente al abrigo y al que podemos transportar suministros del grupo de colonias cercanas. Birnisium, entonces. –Se volvió hacia Cato–. Mañana al mediodía informaré a todos los oficiales. Puedes irte, centurión. Al salir dile a mi ordenanza que venga.

Cato saludó y salió del despacho con paso resuelto, dejando al prefecto con sus reflexiones acerca de aquellos planes.

* * *

Cato regresó a las dependencias de los oficiales, se puso una túnica limpia y se dirigió a la casa de baños. Al entrar en el caldario vio a Macro sentado en uno de los bancos de mármol. Su amigo levantó la mirada y sonrió con verdadero alivio.

–¡Cato! Me alegro de verte. ¿Cómo fue?

Macro escuchó con atención mientras Cato le relataba el encuentro con los piratas. Cuando Cato terminó, Macro se frotó un poco la cara con una esponja y se volvió hacia él.

–¿Qué aspecto tenía ese tal Telémaco?

Cato lo describió, cerrando los ojos un momento mientras recordaba cualquier detalle posible del encuentro.

–Da la impresión de ser un hombre bastante competente. Fuerte y rápido con la espada. Y sus barcos parecían responder bien. No soy un experto en el arte de la navegación, por supuesto, pero así lo consideró Décimo. Y es implacable. –Cato se estremeció al evocar el recuerdo de Vitelio cuando, tras el regreso del birreme a Rávena poco después del mediodía, ordenó a un infante de marina que vaciara la caja en el muelle. Se zafó de esa imagen mientras continuaba su conversación con Macro–. La verdad es que sus hombres parecen tenerle miedo y respeto.

–Por lo visto, es un hueso duro de roer –caviló Macro–. Van a ofrecer bastante resistencia.

–Tal vez. –Cato se encogió de hombros–. Pero, como siempre he dicho, los hombres luchan más duramente por las cosas en las que creen que por las que temen.

Macro sonrió, mojó la esponja en una tina llena de agua y se la tiró a la cara a Cato, empapando a su amigo.

–¡Por favor, Cato! ¿Ahora crees ser un experto en las motivaciones humanas?

Cato se secó el agua y el sudor de la frente.

–Creo que tengo cierta idea del asunto. –Muy bien –admitió Macro–, tienes cierta idea. Pero yo te digo que esos piratas son como nosotros. La mejor motivación para los combatientes es una severa disciplina. La inspiración y las ideas son para los artistas y los filósofos mariquitas como...

–¿Como yo?

Macro se encogió de hombros.

–Lo has dicho tú. Ahora no te enfurruñes conmigo. –¿Que no me enfurruñe?

Macro se rió.

–Venga, vamos.

–¿Adónde?

–A beber algo. Hemos quedado con Enobarbo y Minucio en el puerto.

–¿Hemos? –La presunción de su amigo molestó un poco a Cato–. Estoy cansado. Vine aquí para relajarme, no para verme metido en una de tus inacabables juergas nocturnas.

–No va a ser así. Esta noche vamos a ser respetables. Minucio nos va a llevar a conocer a su mujer. Es propietaria de una taberna –añadió risueño Macro–. La chica con la que sueña todo soldado.

–¿Macro?

–¿Sí?

–Vete a la mierda, ¿vale?

Macro le dio una palmada en el hombro y exclamó con alegría:

–Éste es mi chico. Vamos, estamos desaprovechando un tiempo precioso. Ya podríamos estar bebiendo. En lugar de ponerse sus características túnicas militares de color rojo, los centuriones tomaron prestadas unas sencillas túnicas y capas de los pertrechos. Tal como estaba el sentimiento popular en Rávena, ninguno de los dos tenía ganas de llamar la atención. Se escabulleron por una puerta lateral y siguieron las indicaciones de Minucio a través de las calles estrechas, en dirección a una decadente zona del puerto llena de tabernas, burdeles y casas de vecinos baratas. Las calles estaban atiborradas de ruidosos y borrachos marineros e infantes de marina de la base naval, pero los habitantes del lugar, agrupados en torno a las fuentes públicas, mostraban un aspecto severo y hostil. Unos cuantos guardias patrullaban la zona, vigilando con cautela el panorama.

–Da la impresión de que va a estallar una riña en cualquier momento –comentó Cato entre dientes–. Tendríamos que habernos quedado en el cuartel.

–¡Oh, vamos! –Macro le propinó un ligero codazo–. ¿No estarás asustado por unos cuantos adolescentes hoscos?

–Sí, lo estoy –confesó Cato sin ningún reparo–. Al menos de éstos. Parece que matarían por empezar una pelea.

–¡Ooh! –Macro fingió que temblaba–. Entonces será mejor que encontremos refugio con rapidez... Ya hemos llegado. La calle del Cangrejo.

Se metieron por una ancha vía en la que hasta el último metro estaba destinado a tabernas. El barullo ebrio de los clientes asaltó los oídos de Cato. Macro le gritó algo y señaló un letrero pintado con colores vivos que había al otro lado de la calle, en lo alto de una pared mugrienta.

—»El Delfín Danzante... no aguamos nuestro vino...» —murmuró Cato para sus adentros—. Bonito nombre. Los dos centuriones se abrieron paso a empujones por la calle y a través del arco que conducía al interior de la taberna. Dentro, la atmósfera estaba cargada de incienso barato y débilmente iluminada por lámparas, lo justo para que la clientela viera el camino hasta el mostrador o hacia la salida de la parte trasera, donde estaba la letrina. Detrás de la barra trabajaban dos hombres fornidos y de aspecto duro junto con una mujer alta y canosa que estaba de espaldas a la entrada mientras lidiaba con un cliente borracho que intentaba magrearla. Cato observó cómo uno de los camareros se inclinaba hacia delante y tumbaba al borracho con un rápido gancho.

El centro de la taberna estaba repleto de bancos y mesas de caballete en las que grupos numerosos de alborotadores bebían o intentaban ligar con las fulanas locales y negociar una suma por la transacción. A un lado de la taberna, unas cuantas alcobas con cortinas podían correrse para lograr cierto grado de intimidad.

—¡Cato!

Los dos centuriones se volvieron hacia la voz y vieron que Minucio les hacía señas para que se dirigieran a la alcoba situada en la esquina más alejada y más cercana al mostrador. Frente a él estaba sentado Enobarbo, quien saludó con una sonrisa a Macro y a Cato cuando, para llegar hasta su lado, éstos se abrieron camino con dificultad a través de los borrachos. Se sentaron en los bancos que había a ambos lados de la maltrecha mesa, Minucio llenó de inmediato dos vasos de cuero y los empujó hacia Macro y Cato, derramando un poco de vino por los bordes.

—Creí que no ibais a venir.

—No nos lo hubiéramos perdido por nada del mundo —repuso Macro—. Por lo visto, nos lleváis cierta ventaja.

¡Salud! —Alzó su copa y tomó un trago.

Cato estaba sentado al lado de Enobarbo y se volvió hacia él.

—¿Cómo van tus heridas?

—No van mal. Todavía me duelen un poco. La piel del pecho parece haberse encogido como para un hombre de la mitad de mi estatura.

Cato asintió con la cabeza.

—Lo sé. Yo he sufrido algunas quemaduras. Te pondrás bien. Dale tiempo.

—Es lo que dice el matasanos. Salud.

Entrechocaron los vasos y bebieron un sorbo. Cato se fijó, con aprobación, que Enobarbo era un alma gemela, que se limitaba a sorber su vino en vez de engullirlo como si se acabara el mundo, como era el caso al otro lado de la mesa. Enobarbo bajó la copa.

—Minucio me ha contado que ya has salido con la armada.

Cato le dirigió una mirada.

—Así es. En una patrulla.

Enobarbo sonrió.

—¿Y qué? ¿Qué tal te has adaptado a la vida sobre las olas marinas?

—Fatal. Estuve mareado como un perro durante casi todo el viaje.

—¿Adónde os llevaron?

—Sólo de patrulla —respondió Cato con cautela—. Hasta la costa de Iliria y de vuelta.

—En serio. —Enobarbo pareció sorprendido—. No hubiese creído que fuera seguro aventurarse a ese lado del mar con todos esos piratas que navegan por ahí. Supongo que no verías a ninguno, ¿no?

Cato negó con la cabeza.

—No. Uno o dos barcos, nada más. La verdad es que fue bastante aburrido. ¿Y tú qué tal? ¿Has encontrado más obras de arte para tus clientes?

—No. Ahora mismo el mercado está muerto. Me quedaré aquí un poco más de tiempo, hasta que me haya recuperado del todo. Puede que dentro de unos días lo intente en uno de los puertos que hay más arriba en la costa, a ver si tienen algo que valga la pena comprar, y luego regresaré a Roma.

—Bueno, espero que tengas más suerte en tu próximo viaje.

—Sí —repuso Enobarbo en voz baja—. La necesitaré.

—¡Vamos, muchachos! —Macro se inclinó sobre la mesa—. Bebed. ¡Invita la casa! ¡Brindemos por la mujer de Minucio, bendita sea!

Los vasos golpearon unos con otros con un ruido sordo, con lo cual se derramó aún más vino, y se apuraron con el brindis. Cato estaba sorprendido de que el vino fuera de una calidad decente y lamentó que Macro no se tomara el tiempo necesario para saborearlo de verdad. Por desgracia, los otros dos centuriones ya habían terminado la primera jarra de vino y Macro se levantó del banco.

–La próxima la pago yo.

–¡No hace falta! –exclamó un achispado Minucio. Con una mano empujó a Macro para que volviera a sentarse en tanto que metía la otra debajo de la mesa y sacaba otra jarra.

Macro puso los ojos como platos.

–¿Cuántas más tienes ahí debajo? –Las suficientes para que nos duren un buen rato todavía. ¡Bebamos!

–¿Dónde está esa mujer tuya? –Macro miró a su alrededor, pero una multitud de clientes le impedían ver el mostrador–. Quiero darle un abrazo.

–Se reunirá con nosotros dentro de un rato. Cuando esto esté más tranquilo.

–Ah, entonces vale. –Macro se volvió hacia los demás–. ¡Eh! ¿Habéis oído la noticia?

–¿Qué noticia? –preguntó Enobarbo.

–El prefecto va a darle duro a los piratas. Va a llevar a toda la flota e infantes de marina hasta Iliria para dar caza a esos cabrones.

Cato se inclinó hacia el otro lado de la mesa y le puso una mano en el brazo a su amigo.

–¡Macro!

–¿Qué?

–Eso no es de dominio público.

Macro lo miró con los ojos empañados.

–¿De quién?

–Se supone que es un secreto.

–¿En secreto? ¿Un secreto para quién? En cuanto empecemos a cargar los barcos lo sabrá todo el mundo igualmente.

–No es ésa la cuestión. El prefecto no quiere que llegue ni una palabra a oídos de los piratas mientras sea evitable.

–Tú me lo contaste.

–Confíe en ti.

–Macro se revolvió en el asiento con aire de culpabilidad.

–Bueno, sí. Mira, lo siento, muchacho. De todos modos, no va a salir de nosotros cuatro. ¿De acuerdo, chicos? –Claro –manifestó Minucio con alegría–. Hagamos un juramento y sellémoslo con un brindis.

–No –terció Cato con firmeza–. Simplemente, no lo vuelvas a mencionar. Y esto va también por ti. Y por ti, Enobarbo.

Enobarbo asintió con un movimiento de la cabeza.

–Mis labios están sellados. No te preocupes.

–¿Que no me preocupe? Es más fácil decirlo que hacerlo, con estos dos borrachines largando por ahí.

De repente, a Minucio se le iluminó la cara y al levantarse, dio un golpe a la mesa con la cadera que estuvo a punto de mandar por los aires la jarra de vino que acababa de sacar. Enobarbo extendió la mano con rapidez y sujetó la jarra antes de que se vertiera ni una gota.

–¡Buenos reflejos! –Macro le guiñó un ojo.

–¡Aquí está, muchachos! –anunció Minucio–. Mi mujer. Mi chica. El amor de mi vida.

Cato se volvió y recorrió a la multitud con la mirada. De pronto, el gentío se separó cuando una alta, delgada y elegante mujer mayor dirigió una mirada fulminante a los hombres que la rodeaban. Por el dibujo de su estola, se dio cuenta de que se trataba de la misma mujer que habían visto antes en el mostrador. Se acercó a la mesa y le devolvió la sonrisa a Minucio.

El veterano centurión, rojo de orgullo, se volvió hacia sus compañeros.

–Muchachos, dejad que os presente a Porcia, la propietaria de este magnífico establecimiento que pronto será mi ruborizada esposa.

–No le hagáis caso –dijo Porcia con una sonrisa–. Lleva veinte años diciendo que hará de mí una mujer honorable. Minucio se rió y, señalando a sus amigos, hizo las presentaciones.

–Porcia, éstos son los hombres de los que te he hablado. Compartimos esa pequeña aventura en las montañas. Este es Enobarbo, este joven de aquí es Cato y este incorregible es el centurión Macro.

Enobarbo y Cato la saludaron con la cabeza, pero Macro se quedó inmóvil, con la tez lívida.

Porcia pareció preocupada.

–¿Te encuentras bien?

Macro tragó saliva con nerviosismo antes de poder responder:

–Hola, mamá.

CAPÍTULO XV

Finalmente, se rompió el tenso silencio cuando Porcia dio un pequeño grito de asombro y se llevó una mano a la boca. Sus ojos parpadearon y luego se desplomó como un tendedero roto.

–¡Porcia! -Minucio trepó por encima de Macro y sostuvo la cabeza de la mujer en sus manos-. ¡Porcia, amor mío! ¡Háblame!

Mientras él intentaba reanimar a la mujer, la mirada de Cato fue pasando de ella a Macro, y viceversa, con absoluta perplejidad. Macro se limitaba a observar fijamente a Porcia como si aquella anciana fuera la visión más asombrosa del mundo. Cuando la enormidad de lo que había sucedido se asentó en su mente, Cato empezó a comprender la paralizada reacción de Macro.

–¿Qué está pasando? -preguntó Enobarbo, que tiraba de la manga a Cato-. ¿Qué la ha llamado?

–Mamá. La ha llamado mamá.

–¿Es su madre? -Enobarbo parecía divertido-. ¿Y qué está haciendo aquí? Creía que vosotros dos habíais venido de Roma.

–No lo sé. -Cato meneó la cabeza-. Macro contó que ella lo había abandonado cuando era un niño. Se fugó con un infante de marina..., oh. -Cato volvió sus ojos a Minucio, que entonces estaba de cuclillas en el suelo acariciando el cabello canoso de la mujer-. ¡Oh, no! Macro... Macro seguía mirando a Porcia con una expresión estupefacta. Cato lo agarró del brazo y lo sacudió con fuerza. –¡Macro! ¡Vamos! Tenemos que irnos.

Macro desvió su mirada y la ladeó vagamente hacia Cato.

–¿Irnos? ¿Irnos adónde?

–Confía en mí, tenemos que irnos. Ahora mismo. –Pero es que es mi madre...

–Ya lo sé. Volveremos a visitarla cuando estés sobrio.

–No la he visto en veinte años. –Las lágrimas asomaron por las comisuras de sus ojos empañados-. Desde que era su pequeñín.

–Sí, sí. –Cato le dio unas suaves palmaditas en el brazo-. Es maravilloso, ¿verdad? Pero no queremos que te vea en este estado de embriaguez, ¿no? Vamos fuera y primero te despejas un poco. Venga.

Cato se levantó de su asiento, se colocó entre Macro, su madre, y el amante de ésta, e intentó levantar a su amigo del banco en el que estaba sentado.

–Enobarbo, ven, échanos una mano.

El mercader miró a Macro con recelo.

–¿Por qué? ¿Qué está pasando aquí?

–Tú échame una mano. Tenemos que sacarlo de aquí.

–Es mi madre –farfulló Macro mientras las lágrimas le corrían por las mejillas-. Es mi madre y me abandonó. Nos dejó por un infante de marina. –De pronto, Macro se quedó petrificado y clavó la mirada en Minucio con los ojos muy abiertos-. ¡El!

–¡Oh, no! –A Cato se le cayó el alma a los pies-. ¡Rápido! ¡Vámonos!

Agarró del brazo a Macro, tiró de él con todas sus fuerzas y levantó al centurión del banco, pero, para entonces,

la absoluta comprensión de la situación había invadido la embriagada mente de Macro, quien volvió bruscamente la cabeza hacia Minucio.

–¡Tú!... ¡Fuiste tú, cabrón! –gruñó, y arrancó de su garganta un salvaje grito de odio-. ¡Fuiste tú! ¡Tú te la llevaste de nuestro lado!

Minucio levantó la mirada, sobresaltado por aquel bramido de ira. Alzó las manos para protegerse y la cabeza de Porcia golpeó contra el suelo. La mujer abrió los ojos con un parpadeo, clavó la vista en Macro y chilló.

Antes de que Cato pudiera reaccionar, Macro rugió algo incomprensible y arremetió contra Minucio, lo agarró de los hombros y lo arrojó de espaldas, a través de la multitud de infantes de marina. Varios hombres salieron despedidos a ambos lados, las mesas se volcaron, las jarras de vino se estrellaron contra el suelo con estrépito y se rompieron, derramando su rojo contenido como si fuera sangre. Hubo gritos de indignación y chillidos de pánico por parte de las prostitutas cuando Macro continuó abriéndose camino entre ellas como un toro enfurecido que llevara a un pequeño acróbata prendido en sus cuernos.

Cato se volvió hacia Enobarbo y se encogió de hombros.

–Ya estamos otra vez...

El mercader frunció el ceño.

–¿Hace estas cosas a menudo?

–La verdad es que no. Pero se podría decir que ésta es una ocasión especial. Una reunión familiar.

En el extremo más alejado de la taberna, Macro tenía a Minucio inmovilizado contra un poste de madera y no paraba de darle cabezazos. Los clientes se amontonaron en el arco de entrada y en la calle, la mayoría de ellos ansiosos por evitar cualquier enfrentamiento que pudiera atraer a los guardias, otros con la esperanza de salir de allí, en medio de la confusión, sin tener que pagar la cuenta.

Porcia se había recuperado de la impresión y cruzó la habitación a toda velocidad, agarrando una sartén de hierro por el camino.

–¡Suéltalo! –chilló–. ¡Suéltalo, pequeño monstruo!

Macro hizo caso omiso de la intervención de la mujer y siguió aporreando al amante de su madre con una determinación encomiable.

–¡Muy bien, pequeño cabrón!

Porcia echó la sartén hacia atrás, apuntó y la estrelló contra la parte posterior de la cabeza de Macro. Se oyó un ruido apagado, parecido al de un gong, y a Macro se le doblaron las rodillas, con lo que dejó ver a Minucio, que estaba aturcido y tenía la cara ensangrentada. Al cabo de un instante, él también cayó al suelo, desplomado. Porcia soltó la sartén y empezó a llorar con un sonido estridente, parecido al de un loro atrapado sin querer en una picadora de carne, mientras sus hombros se sacudían arriba y abajo.

–¡Cuidado! ¡Vienen los guardias! –advirtió a gritos una voz aterrorizada desde la calle.

–Vamos –conminó Cato a Enobarbo–. Tenemos que sacarlos de aquí. Antes de que los guardias los muelan a patadas, y a nosotros también.

–Pero no golpearían a un centurión, ¿no?

–¿Cómo lo sabrían? No llevamos el uniforme.

Se abrieron paso con dificultad por encima del mobiliario destrozado de la taberna, en tanto que la gente cruzaba el arco en estampida. Cato volvió con suavidad a Porcia hacia él.

–Tenemos que sacarlos. ¿Hay algún lugar en la parte trasera de la taberna?

La madre de Macro se lo quedó mirando un instante antes de que se le despejara la cabeza.

–Sí. ¡Por ahí! –Señaló una pequeña puerta situada detrás del mostrador. Enobarbo y Cato cargaron el peso muerto de Macro, lo arrastraron hacia la puerta y lo metieron por ella antes de regresar a buscar a Minucio. Porcia le cogió la mano y le acarició el pelo mientras lo llevaban a un lugar seguro. A las puertas del Delfín Danzante se estaba iniciando una pelea abierta que se fue extendiendo por el arco de entrada cuando los borrachos infantes de marina intentaron atacar a los guardias armados con garrotes.

Porcia levantó la vista, alarmada, y soltó un grito.

–¡Cuidado con las molduras! ¡Me costaron un dineral! Uno de los guardias asintió con la cabeza:

–Lo siento, señora. –Y siguió aporreando al infante de marina que estaba tumbado a sus pies.

Tras arrastrar a los dos centuriones hasta un lugar seguro, Cato cerró la puerta y echó el pestillo para evitar que nadie les siguiera. Miró a su alrededor y comprobó que estaban en un almacén grande en cuyas paredes se alineaban unas jarras de vino casi tan altas como una persona. Sobre una mesa pequeña empotrada en la pared, descansaba un libro de contabilidad abierto. Un portón cerrado daba a la calle y las sombras de la gente que pasaba corriendo, ciega de pánico, se entreveían fugazmente a través de las grietas y huecos de las maderas. Casi oculta entre las grandes jarras había una pequeña entrada. Porcia les hizo señas para que se dirigieran a ella.

–Por aquí.

Cato apretó los dientes al alzar a Macro, estiró un brazo en torno a la espalda de su amigo y lo llevó hacia la puerta, medio a rastras. Enobarbo lo siguió con Minucio, que pesaba menos y que, poco a poco, estaba recuperando el sentido. La puerta conducía a un pasadizo largo y estrecho, iluminado en su extremo más alejado por una única lámpara de aceite. Porcia utilizó a tientas una llave con la que abrió otra puerta y los guió hacia un gran espacio, también poco iluminado, que había al otro lado. Cato depositó a Macro con cuidado en el suelo embaldosado y se irguió. Se hallaban en un pulcro atrio de dimensiones modestas. En el centro brillaba un pequeño estanque, bajo una abertura que revelaba la distante luz de las estrellas. Las lámparas de aceite parpadeaban junto a un reducido santuario dedicado a los dioses lares, situado en una esquina. Desde una puerta que había en la parte trasera del atrio llegaba un suave rumor de agua corriente.

–Bonito lugar el que tienes aquí –comentó Cato, mientras recuperaba el aliento.

–Así es como me gustaría conservarlo –repuso Porcia con resentimiento–. Podrías decírselo a tu amigo cuando vuelva en sí. Cuando despierte, sácalo de aquí lo antes posible.

–¿Mi amigo? –Cato enarcó las cejas–. Si no me equivoco, es también tu hijo.

Porcia le sostuvo la mirada.

–Eso parece... Está bien, tráelo a mi comedor, por aquí. Lo meteremos en cintura e intentaremos inculcarle en su dura cabezota un poco de sentido común.

El comedor estaba decorado con el mismo buen gusto que el atrio y tenía los tres divanes habituales dispuestos en torno a una mesa comunitaria. Subieron a Macro a uno

de ellos, en tanto que Porcia ayudaba a Minucio a llegar al dormitorio de la pareja.

Enobarbo curioseó a su alrededor con admiración.

–No tenía ni idea de que uno pudiera ganarse tan bien la vida llevando una taberna, sobre todo una en la que no aguan el vino.

Cato no le hizo caso; estaba acercando una lámpara a la parte posterior de la cabeza de Macro. La sangre apelmazaba el cabello, pero el cráneo parecía haber aguantado bien el impacto de la sartén. Macro gimió y agitó los hombros con violencia mientras murmuraba algo sin sentido.

Porcia regresó al cabo de un momento con un cuenco de agua y unos trapos viejos.

–Sal de en medio, joven. –Se sentó en el diván al lado de Macro–. Sí tienes que quedarte aquí merodeando, entonces sostén esta lámpara allí donde sirva de algo. Aquí, junto a su cabeza.

–Lo siento.

Cato la observó mientras limpiaba con suavidad la sangre con la esponja, dejando al descubierto un corte en el cuero cabelludo. Tan pronto como se limpiaba la sangre, salía más. Porcia enjuagó el trapo y lo sostuvo contra la herida.

Puso la mano libre en la mejilla de Macro y la acarició con dulzura.

–Nunca pensé que volvería a hacer esto. No te imaginas la de veces que he tenido que curar los cortes y arañazos de este chico.

Cato se quedó intrigado.

–¿De modo que era un muchacho torpe?

–¿Torpe? No. De niño era un auténtico matón. Siempre se metía en peleas y nunca tenía el sentido común de hacerlo con gente de su mismo tamaño. Un poco parecido a su padre. Ese par me desesperaban.

Cato tosió, nervioso.

–Esto..., ¿es por eso que los abandonó?

Porcia se volvió hacia él con una expresión fría. –¿Y quién eres tú exactamente, joven?

–Quinto Licinio Cato, señora. Soy amigo de su hijo. He servido dos años en la Segunda Legión con él.

–¿Un legionario?

–No, soy centurión, como su hijo.

–¿Macro es centurión? ¿Esta calamidad es centurión? –Y de los buenos, señora.

Ella lo señaló con su elegante dedo.

–Mi nombre es Porcia. Preferiría que no me llamas señora. No soy tu abuela y no voy a permitir que me trates como si lo fuera, joven.

–De acuerdo. –Cato asintió con la cabeza–. Pero, de la misma manera, preferiría que me llamara Cato y no joven.

Por un momento ella le dirigió una mirada fulminante antes de que la adustez de sus rasgos se transformara en un gesto divertido.

–Bien dicho.

Porcia se concentró de nuevo en su hijo, le pasó los dedos por el cabello y entonces se detuvo. Se inclinó para acercarse más a él.

–¿Qué demonios...? ¿Eso es una cicatriz? ¡Vaya, es enorme! Es un milagro que el chico siga vivo.

–Sí, lo es –respondió Cato en voz baja–. Yo estaba allí cuando ocurrió. Un celta casi le arranca la parte superior de la cabeza. Se pasó meses en la enfermería de la legión. Compartimos la misma habitación. –¿Has estado en batalla? No pareces lo bastante mayor para eso.

–He estado en batalla, sí. Y he sobrevivido, en gran parte gracias a Macro.

Porcia sonrió.

–Le tienes mucho cariño.

Cato pensó en ello un instante.

–Sí. Sí, se lo tengo. Desde que mi padre murió, él es lo más parecido a una familia que he tenido.

Enobarbo carraspeó.

–Esto...

–¿Qué pasa? –Porcia adoptó otra vez su máscara enérgica y seria–. ¿Qué quieres?

–La letrina.

–Al fondo del pasillo, la última puerta a la izquierda. Y asegúrate de limpiarla después de usarla. Ya sé cómo sois los hombres.

Cuando el mercader los dejó solos, Cato quiso retomar la conversación sobre Macro, pero aquella breve demostración de amor maternal se había agotado. Porcia se puso de pie y recogió el cuenco con el agua manchada de sangre. Se acercó a una planta que había en una maceta de un rincón, echó el agua en la tierra y colocó el recipiente vacío junto al diván en el que estaba Macro.

–Sigue apretando el trapo en la herida. Es probable que cuando vuelva en sí tenga ganas de vomitar. Asegúrate de que lo haga en el cuenco.

–¿Adónde vas?

–A ver si mi futuro marido ha sobrevivido a la agresión de tu amigo. Luego voy a mirar lo que ha quedado de mi taberna. ¿Te parece bien? –concluyó Porcia de manera cortante. Cato asintió con la cabeza y ella desapareció en dirección al atrio.

Cato bajó la mirada, vio que la sangre fluía con más lentitud y apretó suavemente la herida. Macro gimió y se

puso de lado.

–¡Ohhhh, mierda...! ¿Qué diablos fue lo que me golpeó? Parece que se me ha derrumbado toda una maldita casa en la cabeza.

–¡Chsss! No te muevas.

Macro abrió los ojos con un parpadeo y arrugó la frente mientras intentaba identificar lo que le rodeaba. –
¿Dónde estoy?

–Bueno, puede que no te guste la idea, pero al parecer estás en casa.

–¿Qué? –Macro se volvió con rapidez. Con demasiada rapidez. Puso los ojos en blanco y, con una convulsiva sacudida, vomitó, echándolo absolutamente todo fuera del cuenco que Cato se había apresurado a coger del suelo.

CAPÍTULO XVI

–Quedé como un idiota, ¿verdad? –refunfuñó Macro. Se incorporó en la cama e hizo una mueca de desagrado cuando la luz que entraba por la ventana del cuartel de oficiales le dio en la cara–. ¡Cato! Empuja ese postigo. Esa luz me está matando.

Cato entornó el postigo y bajó el pestillo para que la brisa matutina que venía del mar no lo abriera. Regresó al lado de la cama de Macro y se agachó para examinar el corte en la parte posterior de la cabeza de su amigo. Al coagularse, la sangre había adquirido una fea consistencia gomosa de color negro y púrpura.

–Aquí te hará falta algún tipo de vendaje.

–¿Por qué? No voy a ir con un turbante por ahí como si fuera un maldito parto. –Macro se toqueteó la cabeza y soltó un alarido cuando sus dedos ásperos presionaron la herida.

Cato chasqueó la lengua.

–Por eso. Ahora no te lo toques mientras voy por unas vendas.

Cato dejó a su amigo en su habitación y salió al pasillo que recorría el centro de las dependencias de los oficiales. El edificio del hospital se hallaba al otro lado de la plaza de armas, a una distancia considerable. Recordó la caja de medicamentos de Minucio y se detuvo frente a su puerta para escuchar. Dentro no se oía nada y Cato supuso que el centurión debía de seguir en casa de Porcia.

Cato suspiró. Iba a haber mala sangre entre Minucio y Macro en relación con este asunto. Una complicación mas que añadir al resto de detalles y peligros que tendrían que afrontar en los próximos meses. Cato abrió la puerta con cautela y miró en su interior; no había nadie, por lo que entró y recorrió la estancia con la mirada para ver si encontraba la caja de medicamentos. La habitación estaba muy ordenada y vio la caja enseguida, metida debajo de la cama, en un extremo. Cato la agarró por el asa, afirmó los pies y tiró de ella. Era mucho más pesada de lo que había previsto, por lo que la agarró con más fuerza y apretó los dientes mientras la caja chirriaba por encima de las tablas del suelo.

Cato se inclinó sobre la caja, abrió el cierre y levantó la tapa. Hizo caso omiso de los tarros con pomadas y ungüentos de la parte superior y buscó entre los vendajes, seleccionando un largo rollo de tela de lino. Cerró la tapa, empujó de nuevo la caja bajo la cama y volvió con Macro.

–No te muevas; puede que te duela.

–¡Qué novedad!

Con todo el cuidado que pudo, Cato empezó a envolverle poco a poco la cabeza a Macro con la venda y, en cuanto hubo pasado varias veces por encima de la herida y quedó convencido de que estaría bien protegida, ató el vendaje a un lado de la cabeza y remitió las puntas para que no se vieran.

–Ya está. Ahora no te lo toquetees.

–Sí, mamá –se burló Macro, y de inmediato lamentó haberlo dicho, cuando los recuerdos de la noche anterior se agolparon en su memoria. Intentó dejarlos a un lado y miró a Cato–. ¿Cómo regresé hasta aquí?

–Te trajimos.

–¿Trajimos? –preguntó Macro con recelo.

–Porcia me dejó a un par de sus esclavos.

–¡Oh, no...! –se lamentó Macro–. ¿Alguien nos vio volver?

–Unas cuantas personas –se apresuró a responder Cato–. Es probable que no digan nada.

–¿Eso crees? –le preguntó Macro con frialdad–. ¿Dónde está ese cabrón de Minucio?

–Imagino que sigue con tu madre.

Macro hizo una mueca al oír esa palabra y volvió a dejarse caer en la cama.

–¡Qué maldito desastre...!

Cato asintió con la cabeza mientras se dirigía a la ventana y miraba a través del postigo medio abierto. El cuartel de oficiales daba al puerto naval, en cuyo extremo se veía el malecón fortificado y, más allá, el mar, que centelleaba bajo el sol de última hora de la mañana. El cielo estaba despejado de nubes y las gaviotas revoloteaban en lo alto, llenando la atmósfera con sus chillidos agudos. Los preparativos para la campaña contra los piratas ya estaban en marcha. A lo largo del muelle se habían amarrado varios trirremes y los marineros estaban atareados montando una especie de pasarela en el castillo de cada embarcación. Cato se volvió de espaldas a dicho panorama y se apoyó en la pared.

–¿Qué vas a hacer al respecto?

–¿Aparte de estrangular a ese viejo bastardo calentón y a la zorra de mi madre? No lo sé. Ahora mismo no estoy seguro de qué hacer. Estoy demasiado... confuso.

–¿Sabes? Habría pensado que te alegrarías un poco al verla después de todos estos años. –¿Y qué sabrás tú?

–gruñó Macro–. Tú nunca conociste a tu madre.

–No –repuso Cato en voz baja, y en la atmósfera reinó un silencio incómodo.

–Lo siento –murmuró Macro al fin–. No quería decir eso.

–Olvidalo.

–Es que me dejó sin decir ni una palabra. La última vez que la vi fue en el puerto de Ostia. Yo había ido a pescar frente a la entrada del puerto, estaba viendo pasar un buque de guerra y allí estaba ella, en cubierta, abrazada a un maldito infante de marina. La llamé, pero supongo que no me oyó, o sencillamente no me hizo caso. Al principio pensé que tenía que ser otra persona, pero cuando volví a casa, ella no estaba. A veces, cuando mis padres se habían peleado, mi madre se iba a pasar uno o dos días a casa de su hermana, pero tampoco había aparecido por allí y, al cabo de unos días más, le dije a mi padre lo que había visto. Se puso furioso, me dio una paliza y luego fue y se emborrachó. Regresó llorando y volvió a pegarme. Así fueron las cosas durante años, hasta que me harté y me largué de casa para unirme a las Águilas... De manera que nunca la perdoné.

–Lo siento. –Cato se sentía impotente. No había palabras de consuelo adecuadas que pudiera ofrecer a su amigo. Al mismo tiempo, era consciente de que había otra versión de la historia, la que Porcia había insinuado la noche anterior, pero aquél no era el momento de mencionárselo a Macro.

–¿Lo sientes? –Macro levantó la mirada–. ¿Por qué vas a sentirlo, amigo? No es culpa tuya. No tiene nada que ver contigo.

–Ya lo sé. Pero eres mi amigo. No me gusta verte así.

–¿Así? –Macro se quedó callado un momento y luego se incorporó. Se puso de pie–. No sirve de nada darle vueltas al asunto. Voy a vestirme. Al mediodía tenemos esa reunión con el prefecto.

–¿Sabes? Deberías intentar hablar con tu madre sobre todo esto. No de inmediato, tal vez...

–Por encima de mi cadáver, o preferiblemente del suyo y del de ese carcamal de Minucio.

Cato reconoció de sobra el estado de ánimo de su amigo y supo que no serviría de nada seguir discutiendo el tema, al menos por ahora.

–Bien, de acuerdo, pero prométeme que te mantendrás alejado de Minucio.

–Cato, no soy un niño pequeño, así que haz el favor de no hablarme como si lo fuera, joder. Siempre y cuando vayamos de uniforme, trabajaré con ese cabrón sin mediar palabra. Pero cuando estemos fuera de servicio, la cosa cambia. Mejor que se aparte de mi camino si quiere vivir para jubilarse.

* * *

Al apagarse la última nota que anunciaba el mediodía, los oficiales de la flota de Rávena se reunieron en el despacho del prefecto. Sus administrativos habían colocado todo el mobiliario a los lados llenado el espacio con bancos del comedor de oficiales, disponiéndolos frente al mapa dibujado en la pared más alejada. Se hallaban presentes todos los centuriones y optios de la armada, así como los trierarcas de todas las embarcaciones de la flota. Cato, sentado al lado de Macro en las primeras filas del auditorio, echó un vistazo a su alrededor con disimulo, buscando a Minucio, pero no había ni rastro de él. En cuanto todos los oficiales hubieron entrado en la habitación y tomado asiento, la atmósfera se llenó de un excitado barullo de conversación. Los rumores ya se habían extendido por la base, avivados por la actividad en el muelle, y todos los oficiales estaban ansiosos por saber lo que el prefecto había planeado.

El administrativo jefe de Vitelio, Póstumo, entró a toda prisa por la puerta y gritó:

–¡Oficial al mando presente!

Los bancos chirriaron cuando los oficiales se levantaron todos a una y se pusieron en posición de firmes. El prefecto accedió al despacho, cruzó a grandes zancadas el pasillo dejado en medio de las hileras de bancos y se colocó a un lado del mapa. Durante un momento repasó a sus oficiales antes de hablar.

–Podéis sentaros, señores.

Cuando todo el mundo se hubo acomodado, Vitelio miró fijamente a Macro.

–Tienes aspecto de haber entrado ya en combate, centurión.

Una cascada de risas recorrió el grupo de oficiales allí congregados.

–Dime, ¿qué te ha pasado, Macro?

–Pues, yo..., resbalé y me caí por unas escaleras, señor.

–¿En serio? –Vitelio tenía un brillo malicioso en los ojos–. ¿Fue antes o después de que tu madre te diera una tunda?

Más risas, más fuertes entonces, y Macro perdió el color de la cara.

–Tranquilo –le susurró Cato–. No le des la satisfacción. Los goznes de la puerta del despacho chirriaron y Minucio entró con sigilo por el hueco, cerró la puerta tras él y se sentó apresurado en el banco más próximo. Tenía la nariz rota y el rostro negro, púrpura y amarillo debido a las contusiones.

–¡Vaya! El futuro padrastro, supongo. Ahora que toda la familia está reunida, vayamos al grano.

Las risas se apagaron y los oficiales miraron con atención al prefecto. Vitelio entrelazó las manos a la espalda y empezó.

–Como ya sabéis, durante los últimos meses las costas de Apulia, Umbría, Lihurnia e Iliria han sido devastadas por una nueva amenaza pirata. Hace unos días arrasaron la colonia de Lissus. Esta mañana he tenido noticias del saqueo de una segunda colonia. Es un suceso de lo más alarmante, señores. Ya es bastante grave que se hayan estado aprovechando de nuestras rutas comerciales sin ser castigados, pero la devastación de nuestras colonias es un hecho que exige respuesta y un castigo de la máxima severidad. Su jefe, Telémaco, nos ha comunicado una demanda de tributo por la que se abstendría de destruir más colonias. Mi respuesta es rotunda: Roma no negocia con piratas. Mis órdenes eran eliminar la amenaza pirata y hoy damos los primeros pasos hacia la consecución de este fin. Seis birremes permanecerán aquí para la defensa de Rávena. El resto de la flota y los refuerzos de la armada saldrán del puerto dentro de cinco días para navegar hasta la costa de Iliria. –Vitelio cogió una vara y señaló el mapa–. Desembarcaremos cerca de Birnisium y estableceremos un campamento fortificado. Desde allí registraremos la costa, milla a milla, hasta que localicemos la guarida de los piratas. La tomaremos, destruiremos sus barcos y mataremos o capturaremos a su tripulación. Todos los prisioneros se venderán como esclavos. Excepto los jefes, que serán ejecutados.

Macro se inclinó ligeramente hacia Cato.

–Y no hay duda de que nuestro amigo se emparará con la aclamación popular.

Por suerte, Vitelio no oyó el comentario y se apartó del mapa.

–¿Alguna pregunta? –Señor. –Una mano se alzó en la parte posterior de la estancia.

–¿Sí, Décimo?

–¿Las modificaciones que se están haciendo en esos trirremes del muelle...?

–Sí, ¿qué pasa?

–Uno de los hombres me dijo que estaban instalando un cuervo. –Cato recordó el artefacto que con anterioridad había visto colocar en los trirremes. «Cuervo» era el término que utilizaban en la marina para referirse a una rampa de abordaje giratoria utilizada en algunos barcos.

–Así es. Entablaremos combate con los piratas barco contra barco. He oído que sus embarcaciones son muy maniobrables. Nos hace falta un método para inmovilizarlas de manera que nuestros infantes de marina puedan resolver ese tema. Así pues, he decidido instalar el dispositivo en todos nuestros barcos. Me muero por ver la cara de los piratas cuando esas rampas de asalto caigan y los inmovilicen. Será como ensartar un cerdo.

–Pero no irá a colocarlas también en los birremes, ¿no, señor?

–En todos los barcos, como ya he dicho.

Los trierarcas cruzaron unas miradas de preocupación y ciertos comentarios hechos en voz baja llenaron la sala. Vitelio dio un golpe con el extremo de la vara en el mosaico del suelo para pedir silencio.

–¿Hay algún problema con mi decisión, Décimo?

–Pues, según parece, resulta que sí, señor.

Vitelio se irritó ante el tono condescendiente de su subordinado.

–Explícate, por favor.

–Con la carga que transportan, los birremes no son lo bastante grandes para un cuervo, señor. Aparte de la abrazadera de cubierta está la rampa propiamente dicha, las protecciones laterales y todos los palos y aparejos necesarios para levantarla y dejarla caer hacia las embarcaciones enemigas. Eso hará que el peso de los birremes esté mal repartido. Si hay una tormenta o incluso si la mar está picada, serán de una peligrosa inestabilidad.

–Ya he pensado en ello –replicó Vitelio con acritud–. Los barcos llevarán suministros y equipo adicionales. Dicho lastre, como creo que lo llamáis vosotros los de la marina, debería contrarrestar el peso de un cuervo. Décimo consideró la idea por un momento y a continuación movió la cabeza en señal de negación.

–¿Cuál es el problema? –La irritación de Vitelio ahora resultó evidente a todo el mundo.

–Señor, disculpadme, pero la cantidad del lastre necesario sobrecargaría las embarcaciones. Ya tienen muy poca obra muerta tal como están.

–¿Obra muerta?

–El espacio entre la línea de flotación y la cubierta, señor.

–¡Ah! Estoy seguro de que, esto..., la obra muerta será la adecuada para nuestra travesía. Y en cuanto hayamos cruzado el mar y descargado nuestros suministros y equipo, ya no te preocupará tal necesidad. En cuanto a ser inestables, bueno, podemos experimentar con el lastre requerido cuando llegue el momento. ¿Alguna otra pregunta?... Bien. Entonces, señores, podéis recoger vuestras órdenes de manos de mi administrativo jefe al salir del cuartel. Tendréis que ocuparos de vuestros hombres y cercioraros de que están bien preparados y equipados para una prolongada campaña. Nos esperan unos días de mucho trabajo y un duro combate. No obstante, si esos piratas han tenido la mitad del éxito que se nos ha hecho creer, nos aguarda botín en abundancia para todos. Con esa feliz idea os deseo un buen día. Los oficiales se pusieron firmes mientras Vitelio se dirigía hacia la puerta con paso resuelto y sólo descansaron cuando hubo salido de la habitación. Cuando los centuriones, optios trierarcas fueron hacia la puerta arrastrando los pies, Cato observó con alivio que Minucio se abrió paso a empujones entre la multitud y abandonaba el despacho del prefecto lo más rápido que podía. Macro se lo quedó mirando fijamente, frunciendo el ceño con odio.

Cato le dio una palmada en el hombro y le dirigió una sonrisa exagerada.

–Ya lo has oído. Botín para todos. Si todo sale según lo planeado, nos va a llover el dinero. Se habrán terminado las miserables habitaciones alquiladas en el culo de Roma.

–¿Si todo sale según lo planeado? –Macro meneó la cabeza con tristeza–. ¿Cuándo salen las cosas según lo planeado? Además, ¿no se te olvida algo?

–¿Los rollos?

Macro asintió con un gesto. –Por lo que a nosotros respecta, todo depende de los rollos, muchacho. Por eso estamos aquí. Lo de darle una buena paliza a los piratas y apoderarnos de una parte de su botín no es más que una cuestión secundaria.

–Ya lo sé. –Cato abandonó su expresión alegre–. Sólo intentaba animarte.

–Bueno, gracias por el intento. Tenemos trabajo que hacer. Vamos.

CAPÍTULO XVII

Durante los días siguientes la base naval fue un caos de actividad. La mayor parte de los barcos de la flota estaban fuera de circulación, a la espera de que pasara el invierno, y algunas de las embarcaciones mayores desde hacía varios años no salían del puerto. Estas naves tuvieron que vararse para limpiarles las algas y la broma malolientes que se habían aferrado al casco por debajo de la línea de flotación. Se aplicó una nueva capa de brea en los restregados maderos y el acre hedor se pegó a la garganta de los hombres de toda la base. También hubo que revisar la jarcia fija y reemplazar todos los cabos que estuvieran desgastados o deshilachados. Las pesadas velas se trasladaron a los talleres y se examinaron con detenimiento en busca de cualquier signo de debilidad antes de remendarlas y llevarlas de vuelta a sus embarcaciones.

Los pertrechos no se cargaron a bordo hasta que no se consideró que las naves estaban listas para la acción: corazas de recambio, montones de astas de jabalina y pesados arcones llenos de puntas de hierro de repuesto, flechas, proyectiles de honda de plomo, botas, más botas y, por último, las provisiones que iban a alimentar a los hombres durante el viaje por el estrecho tramo de mar y que les servirían de sustento durante los primeros días en la lejana costa.

Mientras las tripulaciones preparaban sus barcos para el combate, los infantes de marina practicaban la lucha barco contra barco y se familiarizaban con los avíos para manejar un cuervo. Una serie de poleas montadas en los palos levantaban y bajaban la rampa y permitía a los infantes girarla hacia una embarcación enemiga que se acercara por cualquier lado de la proa.

Cato y Macro fueron asimismo iniciados en los rudimentos del combate naval. Para evitar más desavenencias entre Macro y Minucio, al viejo centurión lo mandaron al norte, a Hispantum, a comprar cordaje de repuesto para la flota, y dejaron a Macro y a Cato a las órdenes de otro oficial.

—Por lo que he podido entender —opinó Macro al término del primer día de instrucción—, es lo mismo que combatir en tierra, salvo por el hecho de que la armada te lleva y te trae del combate. Es mejor que todas esas marchas que tenemos que hacer con las legiones.

Cato se encogió de hombros.

—Mientras me traigan de vuelta del combate como tú dices, me daré por satisfecho.

Al final de cada jornada de entrenamiento, los infantes de marina regresaban al cuartel para limpiar e inspeccionar su equipo, dejar constancia de sus testamentos y, a los que tenían familia en el puerto, se les permitía pasar la noche en Rávena.

Para mantener todo el secreto posible en cuanto a sus operaciones, Vitelio había cerrado el puerto y se prohibió la entrada y la salida de cualquier embarcación, incluidos los barcos pesqueros. El prefecto tenía que lidiar todos los días con enojados representantes del Consejo municipal y de los gremios de comerciantes. Pero Vitelio permaneció impasible y los ilustres personajes de la ciudad no pudieron hacer otra cosa más que echar chispas ante la pérdida de la actividad comercial y financiera, ya bastante reducida por las expoliaciones de Telémaco y de su flota pirata.

El quinto día los barcos estaban por completo aprovisionados y listos para zarpar. Cargadas con todas las provisiones y equipo adicionales, las naves se hundían en exceso y no respondían bien siquiera en las calmadas aguas del puerto naval. El mar estaba encrespado al otro lado del malecón, y unas enormes olas grises batían contra el rompeolas en forma de atronadoras nubes de espuma. Un viento cortante arrebatava las gotas al caer y rociaba con ellas las cubiertas de las embarcaciones más próximas, empapando a los hombres que seguían en cubierta. El traqueteo de las drizas al golpear contra los mástiles inundaba la atmósfera y, por debajo de él, se oía el gemido del viento al pasar por entre las jarcias. Habían sido necesarias todas

las habilidades persuasivas de los trierarcas para convencer al prefecto de que no diera la orden de hacerse a la mar.

Cargados como iban, la mayoría de los barcos se hubieran hundido antes incluso de avistar tierra. Al final, Vitelio mandó que la tripulación se retirara y que los infantes de marina se dirigieran de nuevo al cuartel. Los soldados menos experimentados jugaban a dados o bebían e intercambiaban chistes e historias para intentar no pensar en la operación retrasada. Los más veteranos aprovecharon la oportunidad para dormir un poco, conscientes de lo espantosa

y dura que podía ser una travesía con aquel mar agitado.

El viento sopló con fuerza todo el día y el mar aún se embraveció más, en tanto que unas nubes oscuras se avecinaban por el horizonte. La tormenta se extendió hacia la

costa y azotó Rávena con una ensordecedora lluvia de granizo que repiqueteaba en las tejas y rebotaba en las calles

empedradas antes de amontonarse en pequeños ventisqueros allí donde el viento la asentaba. Incluso en el relativo abrigo del puerto, el viento y las olas envolvían a los barcos amarrados en los muelles o anclados en el fondo. Al caer la noche, los preocupados trierarcas pusieron a sus tripulaciones a achicar el agua que sus embarcaciones habían acumulado del cielo y del mar. Se apostaron vigilantes en los cables de las anclas para asegurarse de que éstos no tiraran, y las tripulaciones más nerviosas o previsoras echaron anclas de repuesto y rezaron para que sus dioses los ayudaran a sobrevivir a aquella terrible noche.

Cuando, por fin, el pálido brillo del amanecer intentaba afianzarse con debilidad en el horizonte, la furia de la tormenta empezó a amainar. El cielo permaneció encapotado, sin lluvia ni granizo. El viento se moderó hasta convenirse en una silenciosa brisa y las olas se redujeron a una oleaginosa y suave marejada. Los oficiales de la base naval salieron del refugio de su cuartel para evaluar los daños. Los destrozados restos de las tejas caídas se veían desparramados en torno a los edificios, pero los peores estragos, como siempre, habían afectado a los barcos. Dentro del malecón, los maderos de las embarcaciones que habían sido arrastradas hacia la orilla y que habían chocado contra las rocas se hallaban esparcidos por todo el rompeolas. Aquí y allá yacían las formas retorcidas de los hombres, como juguetes desechados por un mar niño. Un puñado de barcos anclados se había ido a pique y, por encima de la superficie del mar, sólo eran visibles los extremos de sus mástiles con las velas aferradas en las vergas.

Cato y Macro recorrieron con la mirada el puerto naval y contaron las embarcaciones que habían sobrevivido a la noche.

–¿Cuánto hemos perdido? –preguntó Cato. –Calculo que dos trirremes y cuatro birremes –contestó Macro–. Parece ser que esos marineros estaban en lo cierto en cuanto a los dispositivos de abordaje. No es que Vitelio vaya a admitirlo, claro, pero quizá la próxima vez los escuche.

Cato se volvió hacia él y enarcó las cejas con escepticismo.

–Bueno –admitió Macro–. Tal vez no lo haga. Éste no es el mejor comienzo para esa campaña suya. ¿Crees que seguirá adelante con ella?

–Tiene que hacerlo. Está en la misma misión que nosotros. Narciso no tolerará ninguna excusa.

En efecto, en cuanto las nubes empezaron a dispersarse, el toque de reunión sonó por toda la base. Los infantes de marina salieron a trompicones del cuartel y formaron por dotaciones, listos para la orden de embarcar. Vitelio consultó con sus oficiales de altura superiores y los hombres de los barcos que se habían perdido se distribuyeron entre las embarcaciones supervivientes. Cuando sonó la última nota, los hombres marcharon con lentitud y embarcaron a bordo de los buques de guerra amarrados a lo largo del muelle. En cuanto una embarcación recogía a sus infantes de marina, se ponía en marcha y aguardaba en el puerto mientras su espacio era ocupado por la siguiente. El barco de Macro, un birreme con el nombre Trident pintado en la proa, atracó y bajó su pasarela.

–Te veo en el otro lado. –Le tendió la mano a Cato como si fuera un último adiós, y Cato dijo burlón:

–Es un tramo de mar muy estrecho, Macro, no es la laguna Estigia.

–¿En serio? –Macro miró a lo lejos, más allá del puerto hacia el horizonte–. Desde donde estoy no veo la diferencia.

–¡Oh, vamos! Volveremos a estar en tierra firme mañana antes de terminar el día.

–Creía que eras tú el que le tenía miedo al agua. Cato esbozó una sonrisa forzada.

–Y tengo miedo.

–Yo también... –Macro le estrechó la mano–. Juro que, si salimos de ésta con vida, no volveré a trabajar con barcos nunca más.

–Esperemos tener la oportunidad.

Macro asintió con un movimiento de la cabeza y, acto seguido, se dio la vuelta con rapidez, marchó hacia el Trident y cruzó la rampa de embarque con cautela, detrás del último de sus hombres. En cuanto sus botas pisaron la cubierta con un golpe sordo, la rampa se subió a bordo, las amarras se soltaron de los sólidos postes de madera del muelle y los marineros empujaron con unas largas astas de madera para sacar el barco a aguas abiertas. Macro miró a Cato desde la borda del barco, lo saludó una vez con la mano y luego ocupó su puesto detrás del capitán en la elevada toldilla.

El birreme de Cato era una de las embarcaciones que se habían hundido y a su centuria la habían transferido al Spartan, un trirreme. Minucio iba al mando de la unidad que había embarcado antes de su llegada. El veterano todavía exhibía los moretones de su encuentro con Macro y no se alegró de ver a Cato.

–Vamos sobrecargados. Lleva a tus hombres a la parte delantera. Yo pondré a los míos a popa. Eso debería contribuir al asiento del barco.

Cato lo escrutó un segundo antes de transmitir la orden a su optio. Mientras los marinos avanzaban arrastrando sus pies hacia el mástil y se sentaban junto a sus alforjas, se volvió de nuevo hacia Minucio.

–¿Puedo hablar contigo un momento?

Minucio se encogió de hombros y Cato se acercó más a él para que no los oyeran.

–No me importa el asunto que os traéis entre manos Macro y tú. No es de mi incumbencia.

–Tú manténlo alejado de mí. La próxima vez no tendrá tanta suerte.

–¿Suerte? –Cato sonrió con sorna–. Tú sí que deberías considerarte afortunado. A Macro no se le conoce por tratar a la gente con guantes de seda.

–Eso dice su madre. Al parecer, siempre ha sido un pequeño matón.

–En ese caso, diría que ha encontrado la vocación adecuada. ¿No te parece? Es bueno en lo que hace, te lo aseguro. De modo que mantente bien alejado de él. Yo haré todo lo posible para convencerlo. Ya tenemos bastantes problemas entre manos con estos piratas para que encima se sumen contiendas familiares.

–No somos familia –replicó Minucio con las mandíbulas apretadas.

–Poco más o menos. –Cato le guiñó un ojo–. Así pues, veré lo que puedo hacer.

Minucio lo fulminó un momento con la mirada y luego su expresión se ablandó.

–De acuerdo. Por el bien de su madre.

–Pues entonces ya está. Hay otra cuestión.

–¿Ah, sí?

Cato irguió la espalda para examinar bien al oficial de la marina.

–Soy un centurión de la legión. Aquí tengo más rango. Minucio se echó a reír.

–¡No me digas que ahora vas a esgrimir tu autoridad!

Cato asintió con la cabeza.

–¡Por todos los dioses, si apenas eres un hombre! Yo ya estaba metido en esto antes de que tú nacieras. –A Minucio le brillaban los ojos de enojo–. ¿Con quién demonios crees que estás hablando?

El rostro de Cato se mantuvo inexpresivo.

–Respetas el rango, no al hombre que lo ostenta, Minucio. Y a partir de ahora me llamarás “señor”. Delante de los hombres.

–¿Señor? –Minucio soltó una carcajada–. ¡No voy a hacer tal cosa!

–Entonces no me dejas elección. Te acusaré de insubordinación. ¿A menos que prefieras que sea por amotinamiento?

–No te atreverías...

Cato respiró hondo y llamó por encima del hombro.

–¡Optio Félix!

El subordinado de Cato se levantó a toda prisa de cubierta y se dirigió hacia los dos centuriones. Una expresión de incredulidad cruzó por el rostro de Minucio y apuntó con el dedo a Cato.

–De acuerdo. Tú ganas, señor.

El optio se puso en posición de firmes junto a Cato, aguardando órdenes. Cato no dijo nada durante un rato para que Minucio sufriera un poco. Entonces se dirigió al optio.

–Diles a los hombres que no se muevan por cubierta. Aquí el centurión Minucio me avisa de que vamos sobrecargados. No tiene sentido hacer que el barco sea más inestable de lo que ya es. Encárgate de ello.

–Sí, señor. –El optio Félix saludó y se abrió camino hacia la proa de la embarcación. Cato clavó su mirada en los ojos de Minucio. –Sé que tienes mucha más experiencia que yo y acudiré a ti para recibir todos los consejos que necesite. Sin embargo, mientras esté en este barco, soy el oficial superior. ¿Entendido?

–Sí..., señor.

–Bien.

–¿Puedo irme ya, señor?

–Sí.

Minucio saludó, se dio la vuelta y se dirigió con rigidez hacia algunos de sus hombres que estaban apoyados en el pasamano de la banda.

–¿Qué pasa? ¿Es que nunca habéis visto el maldito mar? ¡Meteos dentro, tontos del culo!

Cato lo observó un momento, rebosante de alivio. Había temido que el veterano advirtiera su temor y le pidiera que demostrara lo que decía, que lo desafiara a ejercer su autoridad. A pesar de su indignación, al final, Minucio supo que Cato tenía razón. El rango de la legión tenía precedencia sobre el rango auxiliar y Minucio no podía hacer nada al respecto. Ahora, gracias a la afirmación de superioridad de Cato, se abría un abismo entre ellos, y eso a él le iba de maravilla. Prefería que el resentimiento de aquel hombre se concentrara en la diferencia de autoridad antes de que lo hiciera en cualquier simple animadversión personal debida a la amistad de Cato con Macro. Claro que era probable que Minucio fuera hostil con él en ambos sentidos. Cato podía vivir con ello. Siempre y cuando su relación se mantuviera en el ámbito estrictamente profesional. Movi6 la cabeza satisfecho con la situación, se volvió y se dirigió a proa para reunirse con sus hombres. El prefecto fue el último en sumarse a la flota y subió a grandes zancadas por la rampa dorada que conducía a la amplia cubierta de su buque insignia, el quinquerreme Ilorus. Vitelio ascendió por la estrecha pasarela hasta la toldilla y respondió al saludo del trierarca del buque insignia.

—Da la señal a la flota para que salga del puerto.

—Sí, señor.

—Tienen que alinearse con el buque insignia en cuanto estemos en mar abierto.

—Sí, señor.

—Me voy abajo. Asegúrate de que no me molesten. Adelante.

Sin esperar a que el hombre respondiera, Vitelio se metió por la baja escotilla y entró en el camarote que ocupaba la anchura de la popa del quinquerreme. Hizo caso omiso de las cajas de rollos que aguardaban su atención en la mesa construida en torno al codaste y se desplomó en el estrecho catre que había a un lado del camarote. Al igual que la mayoría de sus hombres, no había dormido mucho la noche anterior pero, a diferencia de ellos, tenía el lujo de estar al mando y podía permitirse ese gusto. Por la cubierta sonaba el golpeteo de los pies de la tripulación de la Horus que alejaba la embarcación del muelle, sacaba los remos y empezaba a poner en marcha el quinquerreme.

Luciendo un largo gallardete color púrpura que se alzaba, perezoso, con el suave viento, el buque insignia avanzó lentamente por la base naval y salió a mar abierto a través del hueco de los malecones que se traslapaban y que protegían el puerto. Cuando el gran espolón de bronce cortó el suave oleaje, los remeros apretaron los dientes y se sometieron a la tarea, empujando el gran barco de guerra hacia el océano que se extendía en la lejanía. Detrás de la Horus, el resto de la flota se hizo a la mar bajo la mirada de la pequeña guarnición que se quedaba en tierra y de una multitud de habitantes de la ciudad que se habían reunido en los muelles de Rávena. La mayoría de ellos eran los familiares y las novias de los hombres de la flota, y agitaban las manos para despedirse mientras los buques de guerra se hacían a la ruar, tomaban posiciones detrás de la alta popa del buque insignia y se dirigían sin prisa hacia el distante horizonte.

CAPÍTULO XVIII

Durante unas cuantas horas pareció que la tormenta simplemente recuperaba el aliento antes de azotar de nuevo el mar. Una calma poco natural flotaba sobre el suave oleaje, una quietud y tensión extrañas en la atmósfera. El cielo seguía siendo de un gris sombrío y lo único que indicaba la presencia de un oculto sol era una leve zona de neblina más clara. Los marineros del barco de Cato tenían suficiente experiencia del mar invernal para saber lo rápido que todo eso podía cambiar y observaban el estado del tiempo con considerable aprensión. Los infantes de marina se contagiaron de este estado de ánimo, por lo que la habitual conversación a bordo de la Spartan era más bien poca mientras ésta seguía la estela del buque insignia, con los remos alzándose y hundiéndose de nuevo en el agua a un ritmo incesante.

Cato procuró calmar su creciente sensación de terror caminando con aparente aplomo por cubierta, con las manos a la espalda. Intentó distraerse pero, cada vez que pasaba junto al mástil y se dirigía a popa, la presencia de Minucio se instalaba en la periferia de su visión, de modo que Cato cedió al final a su curiosidad y temor y se unió al trierarca en la toldilla.

—¿Cuánto tiempo crees que nos llevará la travesía? Tito Albino frunció los labios un momento antes de responder.

—Eso depende, señor. Sin viento tendremos que depender de los remos. Los hombres todavía pueden seguir turnándose durante un tiempo. Si podemos mantener este ritmo, deberíamos llegar a la costa de Iliria mañana a media tarde, más o menos. Suponiendo que el tiempo no cambie.

Al volver la vista hacia los otros buques de guerra, a Cato se le ocurrió una idea repentina.

–¿Qué pasa cuando anochece? ¿No hay riesgo de que los barcos choquen o se pierdan?

Albino sonrió y señaló la popa del trirreme con un movimiento de cabeza.

–En cuanto anochece todas las embarcaciones izan un farol. Eso nos mantendrá en formación hasta el amanecer. Al menos, ésa es la teoría.

–¿Teoría? –Cato se volvió con un gesto brusco hacia él–. ¿Qué quieres decir? No puede ser la primera vez que navegas de noche, ¿verdad?

–Claro que no, señor. –Albino pareció ofendido–. Eso forma parte de la instrucción básica. Es sólo que, al final de cada día, la mayoría de embarcaciones tienden a pegarse a la costa y buscar un fondeadero seguro. He navegado fuera con la Spartan durante la noche, pero nunca como parte de una flota.

–¿Nunca? –Cato no se lo creía.

–Nunca. –Albino sonrió ante la sorpresa del centurión–. Será una experiencia interesante.

Cato miró al trierarca como si el hombre estuviera completamente loco. A medida que iba transcurriendo el día, una leve brisa del norte agitó la superficie del mar y la Harus dio la señal al resto de los barcos de guerra para que levantaran los remos y largaran velas. El suave roce susurrante del mar al pasar por los costados parecía silencioso y tranquilizador tras el monótono crujido y chapoteo de los remos, y Cato permaneció a un lado mientras Albino ordenaba a su tripulación que arrizara las velas a su gusto. Luego miró al buque insignia que se hallaba a varios centenares de pies por delante.

–¡Primer oficial!

–¿Señor?

–Asegúrate de mantener la posición.

Al tratarse de una embarcación más ligera, la Spartan tenía tendencia a navegar con más rapidez que el pesado quinquerreme, por lo que, con frecuencia, el oficial de cubierta tenía que ordenar a los hombres de las escotas que lascaran para vaciar la vela rectangular y evitar así que el barco se acercara demasiado a la Harus y a las demás embarcaciones que la precedían.

Cuando la penumbra envolvió a la flota y el cielo y el mar se fundieron en una única masa sombría, un miembro de la tripulación subió un farol a cubierta, uno de esos pesados, con cristal. La lámpara de aceite del interior ya estaba encendida y la pálida llama se reflejaba con intensidad en el espejo de estaño y sumamente bruñido de la parte posterior del farol. El marinero alzó la lámpara y deslizó el asa por encima del gancho que sobresalía del codaste. El farol se balanceó con levedad con el suave movimiento de la embarcación y, ante la mirada de Cato, aparecieron otras luces titilantes en los barcos que iban por delante de la Spartan. Le recordó a las procesiones con antorchas que realizaban los seguidores de Mitras y que había visto de vez en cuando en el campamento de la Segunda Legión.

–¡Ah de cubierta! ¡Barco a la vista!

Cato levantó la mirada hacia el calcés, donde había una figura sentada a horcajadas en la verga con un brazo aferrado al ¿mástil. El otro brazo señalaba hacia un lado de la flota. Todas las miradas de cubierta siguieron de inmediato la dirección indicada y Cato entornó los ojos en medio de las sombras, pero no distinguió nada.

–¿Qué ves? –le gritó Albino al vigía.

–Una vela latina, señor. La acaban de izar. A no más de dos millas de distancia.

–Dos millas... –Albino se sobresaltó, alarmado–. ¿Puedes distinguirla?

La última luz del día se estaba apagando con rapidez y hubo una pausa antes de que el vigía gritara su respuesta:

–Ha ceñido el viento y ha cambiado de amuras. Debe de habernos descubierto, señor... Ya no la avisto.

–Mierda –masculló Albino.

–¿Crees que se trataba de un barco pirata? –preguntó Cato.

–Es lo más probable, señor. Si nos vio, es muy factible que viera a algunos de los demás buques de guerra y que se haya dado cuenta de que formamos la flota. Si fuera un barco mercante no habría motivo para virar y marcharse a toda prisa. Apostaría un buen dinero a que se trataba de una nave pirata.

Cato echó un vistazo en la dirección que había señalado el vigía.

–Supongo que no creen tener muchas posibilidades contra una fuerza de nuestro tamaño.

Albino se rió.

–Ni siquiera el típico pirata gallito sería tan tonto como para intentarlo.

Cato se sonrojó, enojado consigo mismo por parecer un recluta novato. Se fijó a su alrededor y vio que Minucio meneaba la cabeza. Estaba claro que el veterano había oído el comentario y Cato todavía le mereció peor opinión.

–No se preocupe, centurión –siguió comentando Albino–. De momento estáis a salvo. Siempre y cuando el enemigo no sepa que tenemos a un marinero de agua dulce como Vitelio como director del espectáculo. Cato sabía muy bien que la falta de fe en los oficiales inexpertos se hacía extensiva a él tanto como al prefecto y apretó los labios para evitar la tentación de cualquier respuesta malhumorada.

–¿Qué hará entonces ese barco?

–Informará a Telémaco. Para cuando ese cabrón reciba el mensaje, nosotros ya habremos desembarcado y estaremos listos para darle caza.

–¿Y si el barco nos andaba buscando?

–No. –Albino rehusó con la cabeza–. Tuvo que ser un encuentro fortuito. No saben que venimos.

–¿Y si lo supieran? –Las ideas se agolpaban en la cabeza de Cato mientras consideraba de forma detenida las implicaciones–. ¿Y si se ha hecho a la mar para interceptarnos?

–Se está asustando por nada, señor –manifestó Albino con un dejo de irritación–. No lo saben, se lo aseguro. ¿Cómo podrían saberlo con toda las prevenciones que el prefecto ha adoptado para esta operación? Y aunque lo supieran, usted ya ha visto nuestros barcos. Y, llegados a este punto, ha visto incluso algunos de los buques pirata. Sabe que no pueden atacarnos. –Albino echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que ninguno de sus hombres podía oír sus siguientes palabras–: Y ahora, déjese de tanto alarmismo, señor. A mis hombres no les hace ningún bien comprobar que los oficiales pierden la cabeza al primer atisbo de una vela desconocida. Y tampoco es bueno para usted.

–De acuerdo –asintió Cato–. No volverá a ocurrir.

–Será para bien, señor. Y ahora, si no le importa, va a ser una noche muy larga. Tengo que ocuparme de mi barco.

–Sí. Sí, por supuesto.

Albino saludó y se alejó hacia la proa, mojándose los pies descalzos por la cubierta. Cato lo vio desaparecer en medio de la oscura concentración de figuras que se aglomeraban frente al mástil, tras lo cual cerró el puño con fuerza y se golpeó el muslo. No era la primera vez que lo habían hecho sentirse como un aficionado ignorante. Sí, no importaba con cuánta frecuencia resolviera no demostrar su falta de experiencia y de pericia, siempre lo sorprendían y se quedaba luego con una sensación de incompetencia. Una incompetencia que se sentía obligado a erradicar, costara lo que costara.

La noche transcurría con lentitud. Para Cato, la experiencia resultaba por completo enervante. Los ruidos del mar se oían de un modo alarmantemente cercano, omnipresentes, como si en cualquier momento el océano fuera a alzarse y a engullir el barco. A Cato lo atormentaban unas imágenes angustiosas de sí mismo luchando por mantenerse a flote, solo y abandonado en la revuelta inmensidad del océano oscuro hasta que se quedaba sin fuerzas y se deslizaba bajo la superficie, hacia una muerte asfixiante, negra como la tinta.

Resultaba imposible dormir mientras semejantes temores consumían su mente y estudió las quietas formas de los infantes de marina de su centuria con franca admiración y envidia. Estuvo paseando por cubierta durante un rato, contemplando las centelleantes luces de popa de la flota circundante. De vez en cuando, por la superficie del agua, llegaban a sus oídos unas voces monótonas, indistintas y, a veces, inhumanas, por lo que escudriñaba con atención en la oscuridad y se preguntaba si, al fin y al cabo, no habría una pizca de verdad en todos aquellos mitos sobre monstruos marinos.

–Una noche tranquila, señor.

Cato dio un respingo y, al darse la vuelta a una corta distancia, apreció una figura oscura en la banda del barco. Reconoció la voz casi de inmediato y saludó con un movimiento de la cabeza.

–Sí, optio. Bastante tranquila, supongo.

Notó el regocijo del optio Félix incluso antes de que el otro continuara hablando.

–Ya se acostumbrará, señor. Dese unos cuantos meses y el mar le parecerá un segundo hogar.

–Con sinceridad: lo dudo –repuso Cato antes de poder evitarlo. Hacía apenas unos días que había conocido a su optio y no era prudente hacerle ningún tipo de confidencia, y mucho menos admitir miedo o debilidad alguna. Carraspeó y dejó de apoyarse en los codos, de manera que su espalda quedó erguida y sus manos se aferraron al pasamanos de madera. Se expresó ahora en tono despreocupado–. Es una experiencia bastante interesante, pero imagino que pronto se vuelve aburrida.

–¿Aburrida? –El optio estaba sorprendido–. El mar no tiene nada de aburrido. Es una criatura extraña, señor. Nunca está del todo quieto. Y es más veleidoso que una zorra borracha. Justo cuando crees que lo conoces y empiezas a confiarte, te golpea con toda la fuerza de su furia... No es aburrido, señor. Es terrorífico, y haría bien en respetarlo.

Cato miró con atención los velados rasgos de su optio y lo maldijo en silencio por aumentar sus temores.

–Es una perspectiva, cómo te diría..., interesante, Félix. La tendré en mente. Gracias.

–Será mejor que duerma un poco, señor. Nunca se sabe lo que acarreará la mañana.

–Dormir. Sí, dentro de un momento. Y tú también, optio.

Félix saludó y se retiró hacia la densa concentración de formas oscuras despatarradas por la cubierta de la Spartan. Cato lo observó mientras se alejaba y luego se giró para contemplar la noche, más nervioso que nunca.

Al final, la tensión de los sentidos pudo con Cato, que encontró un trozo de cubierta libre cerca de la amura. Apoyó la espalda contra la base del inclinado palo de trinquete, cerró los ojos y fingió que dormía. Si sus hombres podían conciliar el sueño en semejantes condiciones, tenían que pensar que él también lo hacía. Poco a poco, las ligeras subidas y bajadas de la cubierta, el crujido de las jarcias y el suave siseo del agua que se arremolinaba por los costados, lo arrullaron hasta que se durmió.

–¡Señor! –Una mano le sacudió el hombro–. ¡Señor! ¡Despierte!

Cato parpadeó, abrió los ojos y se encontró mirando hacia un suelo de madera que no le resultaba familiar. Permaneció un momento abrumado por la confusión hasta que el recuerdo volvió a su memoria y se incorporó, si bien con un gesto de dolor al notar el entumecimiento del brazo sobre el que había tenido apoyada la cabeza durante su sueño. Torció el cuerpo y levantó la vista hacia Félix.

–¿Qué pasa?

–El vigía informa de que hay barcos al norte, señor.

Se alzó de cubierta y se puso de pie con rigidez. La mayor parte de sus hombres ya estaban levantados y miraban en silencio hacia el mar. Cato se abrió camino entre ellos a empujones y se dirigió hacia la toldilla, donde Albino lo recibió con un lacónico saludo al que Cato respondió de igual manera.

–Mi optio dice que habéis avistado algo.

–Varias naves. Cada vez van apareciendo más. Allí. –Levantó el brazo hacia el horizonte–. De la costa de Iliria.

–¿Piratas?

–Casi seguro. No hay otras flotas operando en estas aguas. –Se apartó de Cato y bramó hacia el calcés–: ¿Cuántos ves ahora?

Al cabo de una corta pausa el vigía respondió:

–Quince. Todavía están más abajo del horizonte, pero algunos parecen grandes. Birremes o algo mayor. Cato carraspeó.

–Parece ser que sabían que veníamos. Tal como yo me temía.

–Deben de haberlo sabido desde el principio –repuso Albino con el ceño arrugado, y añadió–: Al parecer tenía razón, señor.

–Gracias.

De pronto, Albino estiró el cuello hacia delante. –¡Mire allí! Cato contempló, atento, el horizonte y, cuando la Spartan se alzó con una ola, distinguió varias formas oscuras y diminutas en el mismísimo borde del océano.

–¿Cuánto tardarán en alcanzarnos?

Albino frunció la boca.

–Tres, o tal vez cuatro horas. Pero no llegaremos a ese punto. El prefecto tendrá que virar hacia el sur hasta que alcancemos la costa.

–¿Y por qué vamos a retirarnos? Podemos combatir con ellos, ¿no?

–Cargados de esta forma no, y tampoco mientras esos piratas tengan la ventaja del viento a sus espaldas. En cuanto hayamos desembarcado las provisiones y el equipo, podremos enfrentarnos a ellos con bastante rapidez. Verá entonces cómo esos cabrones viran en redondo y salen corriendo. –Albino sonrió.

–¡Capitán! –gritó el oficial de cubierta–. ¡El buque insignia nos hace señales!

Albino volvió la vista al frente y entornó los ojos mirando a la Horus. En el mástil se izaba un largo gallardete rojo que la brisa agitaba hacia arriba y hacia el exterior, haciéndolo ondear. Albino meneó la cabeza con preocupación.

–¿Qué pasa? –preguntó Cato–. ¿Qué significa eso?

–Significa que el prefecto es un maldito idiota –contestó Albino en voz baja.

–¿Qué?

Albino movió una mano hacia el gallardete rojo. –Es la señal para que la flota ataque.

–¿Para que ataque? Creí que habías dicho que ahora no podíamos.

–No...Cato estaba confuso.

–¿Y entonces qué está haciendo? Debe de haber algún error.

Sin embargo, mientras hablaba, la tripulación de la Horus soltó las escotas de su vela mayor. Las diminutas figuras de los marineros repartidos por la verga aferraron con rapidez la vela y al cabo de un momento las bandas del buque insignia aparecieron repletas de remos.

Mientras el capitán daba una serie de órdenes a voz en cuello a su propia tripulación, Cato no pudo hacer otra cosa que descubrir, horrorizado, cómo el codaste del buque insignia se alejaba de él. Poco a poco, la Horus fue adquiriendo velocidad, sus remos agitaban la superficie grisácea del mar y el quinquerreme avanzó a toda prisa, directo hacia la flota pirata.

CAPÍTULO XIX

–¡A vuestros puestos de combate! –rugió Albino por la cubierta–. ¡Aferrad velas! ¡Sacad los remos!

Aquél era el momento para el que los marineros e infantes de marina se habían entrenado durante varios años y, al son del tambor del barco, los hombres de cubierta se lanzaron a un activo frenesí. Los marineros treparon por las jarcias y se repartieron a lo largo de la verga para aferrar la vela. Cato corrió para unirse a su centuria; el pesado y sordo golpeteo de sus botas fue acompañado por el repiqueteo y los chirridos de los remos que se deslizaban bajo la cubierta principal. A su alrededor no había más que infantes de marina que, apresurados, se colocaban la coraza y agarraban luego los correajes de la espada y la daga para atárselos antes de coger sus cascos y escudos. Cuando llegó hasta su equipo, Cato se encontró con que Félix ya estaba allí y le tendía la cota de malla.

Cato le dio las gracias con un gesto.

–En cuanto los hombres estén equipados, haz que se distribuyan las jabalinas. Y trae algunas cajas más de los pertrechos.

–Sí, señor.

Mientras Cato intentaba abrocharse las correas de cuero de su casco, dirigió la mirada hacia la cubierta de popa. Albino estaba apoyado en el pasamanos, observando a la Horus por encima de la banda. En cuanto se hubo aferrado la vela de la Spartan, el trirreme empezó a aminorar la marcha. Entonces, bajo cubierta, el fuerte golpe del martillo del cómitre de la galera empezó a marcarles el ritmo a los remeros. Las palas se hundieron en el mar produciendo un retumbante eco de chapoteos y, con un audible gruñido de esfuerzo colectivo, la Spartan avanzó dando una sacudida. La tripulación tardó unos momentos en encontrar su ritmo y luego la cubierta se estabilizó mientras el barco de guerra seguía adelante. En el instante en que se situaron justo detrás del buque insignia, Albino gritó una orden al timonel, quien arrojó su peso contra la caña de los enormes remos de gobierno que colgaban por encima de la popa de la Spartan. Cuando las anchas palas de los gobernalles se clavaron en el mar, Cato notó que la cubierta se movía bajo sus botas y de forma instintiva se agarró al pasamanos del costado. Félix, a su lado, vio el gesto y sonrió.

–Será mejor que se acostumbre a esta sensación, señor. Habrá muchos virajes cuando nos acerquemos a los piratas.

–Esperemos que no decidan oponer resistencia. Félix repasó a su centurión con cautela.

–¿Y eso por qué, señor?

–Vamos sobrecargados. Ellos nos aventajan en velocidad, aunque no en efectivos. Espero que los cuenten y se batan en retirada.

El optio Félix miró al frente, más allá de la proa, hacia el distante grupo de naves que se dibujaba en el horizonte. Cuando el trirreme se levantó con una ola, los oscuros cascos de los barcos piratas se vieron con claridad contra el brillante azul del mar.

–No parece que vayan a retirarse. –No. –Cato apretó los labios. La flota enemiga se iba acercando a ellos paulatinamente, sin dar muestras de alterar el rumbo–. Dile a Minucio que prepare el cuervo.

Félix saludó y fue a proa. Al cabo de un momento, Minucio gritaba órdenes a sus hombres para que dejaran sus escudos y jabalinas y lo siguieran al lugar donde el dispositivo de abordaje se hallaba amarrado a cubierta, delante del mástil. Cuando se pusieron a trabajar, Cato paseó sus ojos por toda la longitud del barco y se fijó en el tiempo que tardaba la Spartan en dar un cuarto de vuelta detrás del buque insignia.

A su parecer, el trirreme era una embarcación pesada y difícil de manejar, una percepción que quedaba confirmada por los virajes mucho más rápidos de los birremes, que se abrían en abanico a ambos lados de la Horus y ocupaban su posición en los flancos. «Igual que en tierra», reflexionó Cato. La pesada mole del quinquerreme y los trirremes en el centro, como las legiones, y las embarcaciones más ligeras en los flancos, como la caballería, a la espera de aprovechar su velocidad en el espacio abierto que tenían ante sí. Poco a poco, mientras las dos flotas avanzaban con lentitud por el mar la una hacia la otra, las naves romanas ocuparon sus puestos con respecto al buque insignia y la formación se igualó, pasando de la forma de y a una línea ancha, con una pequeña reserva de dos trirremes y cuatro birremes, más rezagados, para tapar cualquier hueco que se abriera en la flota romana.

Cato levantó una mano para protegerse los ojos de la luz y observó con detenimiento, buscando el barco de Macro. Entonces vio el dibujo del tridente en la amura de un birreme situado en el flanco izquierdo. Cato entornó los ojos y atisbó una cimera roja en uno de los cascos que se amontonaban en la proa. Sonrió, preguntándose qué le parecería a Macro su nuevo papel de caballería. Sin duda, su amigo se moría por atacar a los piratas y le ordenaría a su trierarca que embistiera contra el primer enemigo disponible. Mientras Cato imaginaba la escena, el lejano perfil de un cuervo se alzó por encima de Macro y sus hombres y quedó suspendido en posición oblicua, listo para caer y atravesar una embarcación enemiga.

A bordo de la Spartan, Minucio y sus hombres llevaron el dispositivo de abordaje hacia delante, hacia la proa. Al tiempo que el buque de guerra se elevaba y descendía con el oleaje, ellos se esforzaban por alinear el grueso pivote de madera con el encaje de hierro que se había fijado en el castillo. Al final, y tras muchas maldiciones, se hizo descender el cuervo hasta la posición adecuada y los cabos se introdujeron por las poleas que levantarían y harían girar la rampa de abordaje. Cuando los hombres estuvieron preparados, alzaron la rampa lo suficiente para poder sujetar el pincho de hierro bajo su parte frontal, y ataron bien los cabos a las cornamusas para que el dispositivo no se moviera hasta que fuera necesario. Cato se dio cuenta de que el peso del cuervo y de los soldados había hecho escorar la proa; ahora el trirreme parecía responder mucho peor a los remos que lo conducían a través del oleaje.

La flota romana avanzaba directa contra el viento y las proas golpeaban las olas que venían en dirección contraria, mandando por los aires nubes de espuma que caían en los rostros de los hombres del castillo. Cato, parpadeando para evitar aquellos salados diluvios, miraba con atención la proximidad del enemigo. Los piratas, que todavía iban a vela, se acercaban, veloces, a las embarcaciones romanas, y en menos de una hora fueron claramente visibles, a una distancia de apenas una milla. La mayor parte de los barcos pirata entraban en la misma categoría que los birremes y en el centro de su línea de ataque estaba aquel trirreme que Cato había visto unos cuantos días antes, con su gallardete oscuro ondeando con la fuerte brisa como la lengua de una serpiente. A pesar de lo que le había dicho Albino en cuanto a los peligros de combatir con los barcos sobrecargados, Cato seguía teniendo la sensación de que la lucha que se preparaba parecía desigual.

–Joder... –maldijo el optio Félix entre clientes–. ¿Qué está haciendo ese cabronazo?

Cato volvió la vista de nuevo hacia el trirreme. La vela mayor se agitaba muchísimo y entonces, al cabo de un momento, unas figuras diminutas en la verga recogieron raudas la vela, al tiempo que los remos salían por los costados de la embarcación. A ambos lados, los birremes y las más ligeras liburnas siguieron avanzando derechos hacia la flota romana. No obstante, en tanto que los remos del trirreme se hundían en el mar con un chapoteo, algo extraño se percibía en su movimiento, y Cato frunció el ceño un instante antes de caer en la cuenta de lo que ocurría.

–Está remando hacia atrás.

Félix lo estudió con atención un instante y movió la cabeza en señal de afirmación.

–¡Sí, ya lo creo! ¿a qué está jugando? Cree que ese desgraciado trata de escapar, señor?

–No lo sé. –Cato sintió en lo más profundo de sus entrañas una repentina y gélida punzada de preocupación. Algo iba mal, estaba seguro de ello. Aunque sabía poco de táctica naval (sólo lo que le habían enseñado a toda prisa desde su llegada a Rávena), estaba convencido de que se trataba de alguna artimaña. Sin embargo, a su alrededor, sus hombres y los marineros lanzaban vítores triunfales al ver la retirada del barco pirata, como si la batalla ya estuviera ganada.

–¡Callaos! –bramó Cato–. ¡Silencio ahí! ¡El próximo que abra la boca tendrá una sanción!

Los gritos se apagaron y Cato volvió a centrar su atención en la flota enemiga, que en aquellos momentos ya se hallaba tan cerca como para poder distinguir los rasgos de los hombres que corrían por las cubiertas de las embarcaciones más próximas. El trirreme de Telémaco seguía retirándose por delante de la Horus y los excitados gritos de los hombres que iban a bordo del buque insignia romano llegaban con claridad por encima de las olas hasta los barcos que iban detrás de ella. Algunos de los hombres próximos a Cato lo

miraron con resentimiento, pero fueron lo bastante listos como para mantener la boca firmemente cerrada. Arriba, en lo alto, en la popa del quinquerre, una figura con capa roja blandía una espada que brillaba con luz parpadeante, como una antorcha encendida, bajo el sol de la mañana; era Vitelio, que exhortaba a sus hombres a seguir adelante. Más allá de la Horus, un destello de color llamó la atención de Cato, que distinguió cómo un gallardete de un vivo tono amarillo ondeaba en lo alto del mástil del barco pirata. Los demás barcos de la flota enemiga enseguida empezaron a virar a ambos lados, las velas cambiaron de orientación y se hincharon con el viento que soplabá de popa. Se habían dividido en dos, y en aquellos momentos cada una de las mitades de la flota pirata navegaba sin desviar su rumbo hacia las embarcaciones más ligeras de los flancos de la flota romana.

Vitelio, como si permaneciera ajeno al peligro que corrían sus birremes, seguía adelante surcando las olas, en su entusiasta persecución del cabecilla de los piratas. Desde el castillo de la Spartan, Cato sólo pudo comprobar, con creciente desesperación, cómo la flota enemiga pasaba con rapidez frente a las proas de los barcos de guerra romanos más grandes. Entendió a la perfección la manera de pensar del prefecto. Sólo que pudieran capturar, o matar, a Telémaco, la flota pirata podría quedar desarticulada en aquella primera batalla. Sin duda, la Horus se estaba aproximando despacio al barco del comandante enemigo. Demasiado despacio. Y mientras tanto, estaba alejando sus naves centrales del combate que se libraría en los flancos de la flota romana. Cato se dio cuenta, con desesperación, de que la estrategia estaba muy bien pensada. Telémaco se ofrecía como cebo, a sabiendas de que el prefecto romano estaría empeñado en ganarse una triunfante victoria que favoreciera su carrera. El truco estaba en hacer que pareciera que los romanos tenían muchas posibilidades de alcanzar a su barco, aun cuando todavía les quedaba tiempo suficiente para virar y escapar.

—Allá van —murmuró Félix, y Cato se volvió para mirar hacia el barco de Macro. Por la ondulada agua del mar, a una media milla de distancia, las velas de los barcos piratas se mezclaron con los mástiles desnudos de los birremes. Mientras Cato observaba la escena, una de las embarcaciones enemigas se lanzó contra la banda de un barco romano y desvió sus remos con una explosión de astillas y astas de madera. El barco pirata se movía con tal rapidez que los infantes de marina no tuvieron oportunidad de hacer uso de su cuervo, y apenas habían empezado a darle la vuelta cuando el barco enemigo partió los últimos remos y pasó de largo hasta quedar fuera de su alcance. Todavía se estaban manejando los remos del otro lado, por lo que el birreme empezó a girar, escorando el barco en la dirección de la rampa de abordaje. Los infantes de marina de la Spartan observaron, horrorizados, cómo el birreme se ladeaba y el mar se precipitaba sobre el pasamanos a la vez que hombres y equipo caían a las aguas arremolinadas. Al cabo de un momento se oyó un crujido sordo cuando el mástil se rompió y el barco volcó por completo, una joroba reluciente por encima de la superficie, rodeada de hombres que chapoteaban, frenéticos, mientras intentaban encontrar algunos restos para mantener-se a flote.

—¡Oh, mierda! —exclamó meneando la cabeza un infante de marina que se hallaba cerca de Cato—. ¿Ha visto eso? Pobres desgraciados...

Cato dirigía su mirada hacia los demás barcos, buscando el de Macro. La Trident había pasado a través de la flota pirata sin sufrir daños y ya estaba haciendo todo lo posible para virar y buscar un enemigo al que enfrentarse. Otro birreme había sido embestido más allá y la sacudida del impacto había roto el perol a su atacante. Sin embargo, los piratas habían sacado sus remos en un instante y, mientras retrocedían, furiosos, de su víctima, comprobaron que el mar entraba con fuerza en el casco destrozado de la nave romana y al cabo de un momento la embarcación sobrecargada también volcó. Cato lanzó una ojeada a la Horus, que seguía su pesado avance hacia el trirreme de Telémaco que se retiraba.

—:Qué diablos le pasa al prefecto? —Félix dio un puñetazo en el pasamanos de la banda—. ¿Es que no ve lo que está pasando, maldita sea?

—Lo sabe perfectamente —contestó Cato en voz baja—. Pero piensa que es un sacrificio justificado. —¿Sacrificio? Va a ser una jodida carnicería. ¡Mire! Ahí va otro.

Cato observó en silencio mientras los barcos piratas seguían abriéndose camino por entre las embarcaciones de los dos flancos romanos. Sólo un puñado de birremes habían conseguido contraatacar. Uno de ellos había inmovilizado a una nave pirata con su cuervo y los infantes de marina ya descendían en tropel por la rampa y caían sobre los piratas, abatiéndolos con una ferocidad desesperada. A una corta distancia de allí, otro birreme había conseguido embestir a un desprevenido barco pirata que, con las cubiertas ya inundadas, empezaba a hundirse en el mar. Todos los demás barcos romanos ya estaban entablado combate o haciendo todo lo posible para enfrentarse a los piratas.

Cato decidió que el optio Félix tenía razón. A menos que alguien actuara, aquello iba a ser una carnicería. Echó un último vistazo al buque insignia, que seguía su persecución de Telémaco, se dio la vuelta, se abrió camino a empujones entre sus hombres y corrió hacia popa en busca de Albino. Minucio miró pasar a Cato y en los ojos del hombre mayor advirtió desprecio.

–¡Haznos dar la vuelta! –le gritó Cato.

El trierarca se quedó parado sin comprender, como si no hubiera oído la orden. Cato subió las escaleras hacia la toldilla y extendió el brazo en dirección al flanco donde Macro y los demás estaban batallando por sus vidas.

–He dicho que nos hagais dar la vuelta.

–No. –Albino señaló hacia delante con un movimiento de cabeza–. El buque insignia no nos ha hecho ninguna señal.

–Olvídate del buque insignia. Mira allí. Nuestros compañeros nos necesitan. Ahora mismo.

–No tenemos órdenes. –¡A la mierda las órdenes! Están haciendo pedazos nuestros barcos. Si no actuamos ahora, ahora mismo, los perderemos todos.

–Pero...

–Dale la vuelta al barco. ¡Es una orden!

Durante unos tensos instantes, los dos oficiales se miraron fijamente el uno al otro, y un número cada vez mayor de infantes de marina y marineros al darse cuenta de la crisis, se volvieron para observarlos. Al final, Albino asintió con la cabeza.

–De acuerdo, centurión. Pero querré por escrito que fuiste tú quien diste la orden.

Cato miró con desdén al hombre.

–Lo tendrás por escrito si sobrevivimos. Y ahora, hazlo. Albino se volvió hacia el timonel.

–¡A babor! ¡Todo!

–¡A la orden, mi capitán! –El timonel tiró de la caña del remo, tensando hasta el último tendón de sus musculosos brazos, y el agua se arremolinó bajo la popa del trirreme. A Cato le resultó difícil contener la impaciencia mientras la proa se alejaba con lentitud de la Horus y se iba alineando con la batalla naval que tenía lugar a más de una milla de distancia. Al mirar hacía los demás trirremes, comprobó que los rostros se volvían hacia ellos e incluso pudo notar la sorpresa en las caras de los que se hallaban en la embarcación más próxima. Cato desenvainó su espada y la clavó en el aire, señalando hacia delante por encima de la proa de la Spartan. Se llevó la mano libre a la boca y bramó por encima del agua.

–¡Seguidnos! ¡Por lo que más queráis, seguidnos!

Al principio no hubo respuesta, luego el trierarca dio unas órdenes a sus hombres a voz en cuello y Cato se animó al ver que la proa del trirreme empezaba a virar tras la Spartan. Otros dos barcos de los grandes alteraron su rumbo, encaminándose hacia el otro flanco, pero el resto siguieron su derrota tras la estela del buque insignia.

–Es mejor que nada –masculló Cato con ironía, y acto seguido se volvió hacia Albino–. Dirígete directamente al centro de ese grupo. Elige cualquier blanco que parezca prometedor.

–¿Adónde vais?

–Tenemos que aligerar el barco.

Albino movió la cabeza en señal de asentimiento. –De acuerdo. ¡Pero hágalo rápido!

Cato bajó corriendo a la cubierta y buscó al centurión Minucio.

–Lleva a tus hombres a la bodega. Quiero que suban a cubierta todo lo que se pueda transportar y que lo tiren por la borda.

–¿Tirarlo? –Minucio arqueó las cejas–. Pero lo vamos a necesitar después.

–Sí no lo tiramos, no habrá ningún después. Minucio meneó la cabeza.

–No tienes autoridad para hacer esto.

Cato clavó en él una mirada desafiante, con los ojos muy abiertos.

–Sí, la tengo. Y ahora lleva a cabo las órdenes o haré que te lleven abajo y le transferiré el mando a tu optio. Lo digo en serio.

Minucio saludó y, de inmediato, empezó a dar las órdenes necesarias en tanto que Cato se dirigía hacia sus hombres en busca de Félix.

–¡Optio!

–¡Sí, señor! –Toma una sección. Ve abajo y trae las reservas de proyectiles de honda.

–Sí, señor. ¿Cuántas quiere?

–Todas. En marcha.

El optio llevaba de servicio el tiempo suficiente para saber que no tenía que cuestionar las órdenes, por inesperadas que éstas fueran. Se dirigió a los soldados más próximos.

—Dejad los escudos y las jabalinas y seguidme.

Félix retiró la tapa de la escotilla de proa y se metió bajo cubierta, rápidamente seguido por los demás. Al cabo de poco, ya estaban pasando unas pequeñas bolsas llenas de proyectiles de plomo a los hombres de cubierta. Félix asomó la cabeza por la escotilla.

—¿Las hondas también, señor?

—¿Cómo dices?... Sí, ¿por qué no? También podríamos darles un buen uso mientras aligeramos la carga.

Mientras los marineros empezaban a amontonar los sacos en el centro de la cubierta, Cato comprobó que en la popa Minucio y sus hombres ya estaban empujando por la borda sacos de grano y placas metálicas de recambio para las corazas. Una rápida ojeada al trirreme que les seguía a corta distancia reveló que ellos también se habían percatado de la necesidad de aligerar su embarcación. Cato movió la cabeza, satisfecho, y se abrió camino a empujones hacia el grueso poste de madera de la fachada de proa de la Spartan. Por debajo de él, la masa de bronce del espolón del trirreme se alzaba y se sumergía de nuevo en el mar rumbo al centro de la batalla naval que se estaba librando a apenas un tercio de milla por delante.

Cato avizoró las embarcaciones que seguían el combate en medio de los restos, los despojos y los cuerpos esparcidos por la superficie del mar. La Trident, que había pasado intacta a través del enemigo, había dado la vuelta para dirigirse hacia la lucha, y había embestido la popa de un barco pirata que ya había hincado su espolón en el costado de un birrerne. Las tripulaciones de los tres barcos se hallaban enzarzadas en combate en la cubierta de la nave pirata y, por lo que Cato pudo distinguir, los romanos se estaban imponiendo.

El sonido de unos gritos desesperados llegó a oídos de Cato, quien se dio cuenta de que, justo delante de la Spartan, flotaban hombres en el agua, tanto romanos como piratas. Estaba a punto de lanzar un grito de advertencia a Albino antes de darse cuenta de que no había nada que pudiera hacer por ellos. El trirreme era demasiado pesado y difícil de manejar para seguir un rumbo que evitara a esos hombres. Mientras el barco de guerra se acercaba, raudo, al filo de la batalla, Cato vio fugazmente las expresiones desesperadas de los individuos que la embarcación encontraba a su paso y sus frenéticas brazadas para alejarse del camino del trirreme. Los que estaban demasiado malheridos para nadar con suficiente rapidez, o que se limitaron a aferrarse a algún resto, no pudieron hacer otra cosa más que observar con desesperación el espolón de bronce que se les venía encima. Unos cuantos hombres agarrados a un pedazo de mástil destrozado desaparecieron cuando la proa chocó contra ellos con un golpe sordo, y luego se oyeron más gritos cuando los supervivientes de la embestida fueron arrastrados por los costados del buque de guerra y aplastados por las palas de los remos que agitaban el mar.

Cato intentó hacer caso omiso de aquellos gritos y miró hacia otro lado. Fijó de nuevo la vista hacia la Trident y se quedó de piedra. A una corta distancia del barco de Macro, en el otro extremo, Cato distinguió la fachada de proa de una embarcación pirata que avanzaba disparada con toda la fuerza de sus remos. Cuando la tripulación de la nave romana se dio cuenta del peligro, sus gritos de alarma se oyeron con claridad por el agua. Los infantes de marina seguían luchando a bordo del barco enemigo, al que habían conseguido inmovilizar con su cuervo, pero entonces vacilaron y volvieron la vista hacia la cubierta de su propia embarcación. Con un rugido triunfante, los piratas contra los que estaban luchando cayeron de nuevo sobre ellos.

—¡Allí! —gritó Cato por encima del hombro mientras señalaba hacia el barco de Macro y agitaba el brazo—. ¡Dirígete hacia allí!

Albino transmitió la orden al timonel y la Spartan, un poco más ágil desde que se había desprendido de algo de peso, viró con brusquedad en esa dirección, hacia los tres barcos que estaban trabados unos con otros y hacia el cuarto, que se acercaba veloz para acabar con la Trident y su tripulación.

—¡Preparad las hondas! —les gritó Cato a sus hombres y señaló el objetivo—. ¡Apuntad a ese cabrón del extremo más alejado! ¡Vosotros, dejadles espacio a los honderos!

Sólo unos doscientos pasos separaban la Spartan de los barcos trabados cuando la nave pirata chocó contra la banda de la embarcación de Macro. La atmósfera se llenó con el estrépito de la madera astillada y los chirridos, la Trident retrocedió a causa del impacto y el golpe desgarró sus jarcias. El mástil se quebró y, momentos después, se derrumbó sobre la cubierta. La colisión hizo caer a todos los hombres de los tres barcos que se habían quedado trabados y hubo un instante de silencio antes de que se recuperaran, volvieran a ponerse de pie con urgencia y continuaran luchando. Los piratas a bordo del barco que había embestido la Trident lanzaron sus garfios hacia la cubierta romana y empezaron a tirar de ellos para acercar las embarcaciones. Un grupo de abordaje se agrupaba en el castillo, blandiendo sus armas mientras esperaban

con impaciencia el momento de saltar a bordo del birreme para aniquilar a su tripulación de infantes de marina.

Cato se dio la vuelta y llenó sus pulmones. Miró por entre el enjaretado de la cubierta del trirreme hacia los oscuros rostros de los remeros de abajo.

–¡Vamos! ¡Más rápido, cabrones inútiles! ¡Más rápido!

El cómitre aumentó el ritmo y, con los remeros tensando hasta el último tendón de sus músculos, la Spartan se abalanzó y se aproximó a la maraña de embarcaciones que tenía delante. De repente, Cato se dio cuenta de que la proa se separaba de las naves e, invadido por la furia, se volvió hacia Albino y empezó a alzar el puño. Entonces se percató de que la intención del trierarca era rodear la popa de la Trident y atacar al barco pirata por el costado.

En aquellos momentos, los piratas se encontraban al alcance de las hondas y Cato bramó una orden a sus hombres:

–¡Honderos! ¡Disparad! ¡Dadles su merecido, muchachos!

La atmósfera se llenó de un zumbido de hondas tras el cual los proyectiles de plomo salieron volando por encima del mar, describiendo un arco bajo antes de caer sobre los piratas concentrados en el castillo. Los hombres de la Spartan oyeron con nitidez el coro de secos chasquidos, golpes sordos y gritos de dolor y respondieron con una irregular ovación de cruel satisfacción antes de que más proyectiles volaran hacia el otro lado y alcanzaran aún a más hombres. Algunos de ellos no pudieron evitar la caída en el hueco que se estrechaba entre los cascos de los dos buques de guerra, donde quedaron aplastados momentos después. Sin embargo, Cato no tuvo tiempo de observar nada más. El trirreme ya estaba girando en torno a la popa de la Trident y allí, ante sus ojos, se hallaba el costado indefenso del barco pirata. Algunos miembros de su tripulación levantaron la vista, impotentes, al gran barco de guerra que se dirigía hacia ellos a toda velocidad. Otros, con más aplomo, se alejaron corriendo de la banda y buscaron refugio, al tiempo que más proyectiles de honda traqueteaban por la cubierta. En tanto que el hueco entre los dos barcos se cerraba con rapidez, Cato se encontró con que entonces podía mirar al enemigo desde arriba y apretó los dientes mientras aguardaba la colisión.

El optio Félix se dio la vuelta en el último momento y vio a su centurión asomado a la proa del trirreme. Avanzó de un salto, agarró a Cato del brazo tiró de él hacia atrás con todas sus fuerzas. Al tiempo que ambos caían en el castillo, las gastadas tablas se alzaron con un enorme y estrepitoso chirrido y mandaron a los dos hombres rodando por toda la cubierta. El impacto lanzó a Cato hacia delante y el casco se le agrietó contra la traca de la proa. Un dolor agudo le hizo soltar un grito ahogado y luego volvió la vista hacia sus soldados. La mayoría de ellos se estaban levantando, agarraban sus armas y se dirigían hacia la rampa de abordaje, pero había varias bajas: soldados arrojados hacia delante a los que el golpe había dejado sin sentido, otros con miembros rotos, además de un constante coro de gemidos y gritos de dolor proveniente de debajo de la cubierta, donde los remeros habían salido despedidos de sus bancos.

Félix ya estaba de pie y empujó un escudo hacia Cato. –Tome, señor. Ahora, levántese.

Mientras Cato sacudía la cabeza para intentar despejarla del dolor que la enturbiaba, el optio empujaba a los hombres hacia el cuervo. El trirreme había golpeado contra el barco pirata de manera sesgada y a popa del mástil, y Minucio ya tenía a sus hombres lanzando garfios por encima del hueco entre las dos embarcaciones para intentar acercarlas. Cato se irguió, levantó su escudo, se acercó con cautela a proa y miró hacia abajo. El espolón había aplastado el casco de madera del enemigo y había penetrado unos dos metros en su interior. El agua borbotaba y gorgoteaba al penetrar por la brecha. Percibió algo borroso a su izquierda, se agachó y, en ese preciso instante, una jabalina ligera rebotó en el borde de su escudo con un chasquido seco. Los hombres que se hallaban en el castillo del barco pirata también se habían recuperado del impacto y en aquellos momentos un grupo de ellos se volvió contra su atacante, en tanto que el resto subían a toda prisa a bordo de la Trident. Cato se dio cuenta de que el trierarca de los piratas debía de ser una persona muy serena; se había dado cuenta de que tenía que ganarse el primer combate antes de poderse permitir el lujo de atacar a la tripulación del trirreme. Al echar un vistazo a los soldados que se dejaban caer en la cubierta de la Trident, Cato localizó a Macro y a una veintena de sus hombres que luchaban por sus vidas en un apretado círculo en torno al mástil.

–¡Moved esa rampa de abordaje! –gritó Cato por encima del hombro.

Los hombres de Minucio tiraban de las cuerdas de los garfios y el trirreme se fue acercando al barco pirata. Los infantes de marina encargados de la polea del cuervo tiraron a su vez de los cabos y el pivote crujió y chirrió mientras la rampa se desplegaba sobre la banda de la Spartan, por encima de la superficie del agua, y entonces su sombra cayó sobre la cubierta de la nave pirata.

–¡Soltadla! –gritó Félix.

En cuanto los hombres desasieron la polea, la pesada punta de hierro que había debajo de la rampa descendió y perforó la tablazón con un estrépito de madera astillada. Los infantes de marina subieron a la rampa en tropel dando gritos de entusiasmo y la cruzaron a todo correr para enfrentarse al enemigo. Unas cuantas jabalinas y flechas volaron hacia ellos, pero se clavaron en las vallas de madera protectoras a ambos lados de la plataforma y no hirieron a nadie. Félix estaba en el extremo más próximo de la rampa, empujando a los hombres por ella.

–¡Vamos! ¡Vamos, cabrones perezosos! ¡O no os quedará ninguno al que ensartar! ¡Vamos!

Cato desenvainó la espada y se metió entre el apretujado torrente de soldados que cruzaban al barco pirata. Al llegar al otro extremo de la rampa había que dar un corto salto para descender a la cubierta, tras lo cual levantó su escudo y empuñó la espada mientras miraba a su alrededor. Varios de sus hombres habían corrido hacia la proa, cortando y ensartando a todos los piratas que se les ponían por delante. Cato se dirigió hacia la popa. Allí había un pequeño grupo de soldados fornidos y muy bien armados.

–¡Eh, vosotros! –ordenó Cato a los infantes de marina que habían cruzado la rampa de abordaje detrás de él–. ¡Seguidme! Avanzaron con paso rápido y seguro hacia la popa, aminorando el ritmo para abrirse camino con cuidado por encima de la maraña de jarcias caídas. El enjaretado estaba abierto y, al mirar hacia abajo, Cato comprobó que los remos habían quedado abandonados cuando la tripulación pirata se había armado y arrojado contra los romanos que iban a bordo de la Trident. Lo que se distinguía allí ahora era el brillo y los reflejos del agua que atravesaba torrencial la sentina mientras el mar penetraba por la brecha del casco. Un grupo de hombres cerró filas delante de ellos y levantaron sus rodela hacia los romanos. No había tiempo para tácticas ni formaciones, por lo que Cato se llenó los pulmones de aire y bramó: «¡A por ellos!»; acto seguido, bajó la cabeza, se inclinó hacia su escudo y se lanzó contra los piratas.

A ambos lados de él, sus hombres cargaron contra el objetivo; los gritos y resoplidos, los chirridos y el entrecocar de las hojas de las espadas inundaron la atmósfera. El escudo de Cato retrocedió hacia su pecho, golpeándolo, cuando uno de los piratas lo embistió con un salvaje grito de ira. La luz centelleó en la cara de una hoja que se alzó por encima de Cato, que vio que aquel hombre echaba hacia atrás una pesada falcata con la intención de dejarla caer sobre su casco y atravesarlo. Levantó la espada de golpe, paró la embestida con un discordante sonido metálico y, antes de que el hombre pudiera recuperarse, estrelló el pomo de su espada contra el rostro crispado del pirata. Su cabeza salió despedida hacia atrás con una sacudida, lanzó un gruñido y el aire quedó salpicado de unas gotas de sangre que manaron de un corte profundo abierto en su frente. De inmediato, Cato volvió a echar de nuevo el brazo hacia atrás, golpeó con su espada la cara del enemigo y el filo le atravesó el tabique nasal y los ojos. El pirata, gritando, retrocedió tambaleándose contra el pasamanos de la banda. Cato alzó su escudo, lo empujó por la borda y se volvió hacia el siguiente pirata.

Un hombre bajo y fornido, de cabello rubio cuyas puntas asomaban por debajo de su casquete de cuero, permanecía acuclillado, evaluando al centurión con ojos entornados. Entonces levantó la punta de su espada y se acercó un paso. Cato se puso tenso, preparado para cuando se lanzara al ataque. En lugar de eso, el pirata se detuvo de pronto, frunció el ceño y bajó la vista a su pecho, donde la punta ensangrentada de una espada le había atravesado el jubón de cuero. Se le doblaron las piernas y cayó de bruces. Tras él un infante de marina sonreía con satisfacción mientras extraía de un tirón la espada de la espalda del pirata. Cato abrió la boca para darle las gracias, pero un brillante torbellino hendió el cielo y el cuello del infante de marina, mandando su cabeza por los aires a varios pasos de distancia, donde cayó en cubierta con un golpe sordo. El pirata, cuya espada todavía estaba describiendo su amplio arco, saltó frente a Cato con un gruñido triunfante. Cato empujó el borde de su escudo y la hoja golpeó contra el brocal, lanzando chispas al aire y arrojando a Cato contra el codaste. Al tiempo que el hombre recuperaba su espada y retrocedía un paso, Cato miró a su alrededor y descubrió, horrorizado, que era el último romano que quedaba en pie en aquel extremo de la embarcación enemiga. Todos los soldados que lo habían seguido yacían desplomados y ensangrentados en cubierta, entre varios cadáveres de sus enemigos. Los dos piratas supervivientes tenían al centurión para ellos solos. El hombre que hacía girar su larga espada por encima de la cabeza era gordo y de piel oscura. A unos cuantos pasos de él había otro pirata, moreno y delgado. Llevaba una armadura de escamas, una rodela y una espada ligera y curva de cuya hoja chorreaba la sangre, que goteaba sobre las tablas de cubierta blanqueadas por el sol. La mirada de Cato iba pasando, parpadeante, de uno a otro, y se agachó para recibir el primer ataque. El hombre delgado gritó una orden y su larga espada hendió el aire en dirección a la cabeza de Cato. El se dejó caer de rodillas, se encorvó, y el filo de la espada se clavó profundamente en el codaste, tan profundamente que allí quedó atascada y el pirata resopló con ferocidad al intentar arrancarla. Antes de que Cato pudiera aprovechar la situación, el pirata más joven avanzó de un salto y blandió su espada ligera,

a lo que siguió una ráfaga de estocadas propinadas con rapidez que Cato paró con desesperación. Cuando su orondo compinche estuvo fuera del alcance del romano y en posesión de otra espada, el joven pirata retrocedió, jadeante.

Cato sabía que se encontraba en una situación desesperada y de repente se le ocurrió que su única forma de escapar era de un salto por la borda. Sin embargo, se dio cuenta de que, con la coraza que llevaba, se hundiría e iría a parar directo a las profundidades del mar. Así pues, agarró su espada con fuerza, colocó el escudo al frente y esperó al próximo ataque.

—¡Señor! —La voz de Félix le llegó por encima del ruido de lucha de fondo proveniente de los otros barcos—. ¡Agáchese, señor!

Tanto Cato como los dos adversarios que tenía delante oyeron el zumbido a la vez, pero sólo el romano se percató del peligro a tiempo para actuar y se arrojó sobre la cubierta, el cuerpo protegido con el escudo. Los proyectiles de honda pasaron volando por lo alto, se incrustaron en la madera y algunos de ellos alcanzaron los cuerpos de los dos piratas con unos golpes sordos. Ambos cayeron sobre la cubierta hechos un ovillo y se quedaron allí, gimiendo.

—¡Alto! —les gritó Félix a sus hombres.

Cato aguardó un instante para asegurarse de que no se aproximaban más proyectiles y entonces se levantó. Miró a los dos últimos piratas. El hombre grandote ya estaba muerto, con el cráneo aplastado por un golpe directo. Su joven compañero había sido alcanzado en la espalda, el proyectil le había destrozado el omóplato y algunas costillas y respiraba con dificultad, con un hilo de sangre que resbalaba por la comisura de los labios. Dirigió una mirada fulminante a Cato mientras sus manos buscaban a tientas por la cubierta la empuñadura de una espada. Cato alejó el arma de una patada y se inclinó sobre él.

—¿Eres su jefe? —preguntó en griego.

El pirata herido no dijo nada, pero continuó mirándolo con unos ojos llenos de odio y luego escupió un esputo de saliva ensangrentada en la cara de Cato. El centurión se lo limpió.

—Como quieras.

Cato alzó la espada para propinar un golpe y el comandante pirata apretó los ojos y se encogió. Cato sonrió y se alejó, dirigiéndose de nuevo a la rampa de abordaje por la que estaban cruzando los últimos infantes de marina de Minucio. Con casi dos centurias de soldados amontonados en cubierta, no había mucho espacio para moverse, y Cato tuvo que abrirse camino entre ellos con dificultad hasta encontrar a Minucio y al optio Félix. —Tenemos que actuar con rapidez. Este barco se está hundiendo y dudo que los otros dos permanezcan a flote mucho más tiempo. ¡Vamos!

Cato avanzó a empujones hasta la proa, donde un puñado de infantes de marina tenían una refriega con los piratas que estaban en la cubierta de la Trident sin que ninguno de los dos bandos estuviera dispuesto a ser el primero en saltar el estrecho espacio que había entre ellos.

—¡Dejad sitio para la primera fila! —gritó Cato al tiempo que apartaba a los soldados a empujones—. ¡Retroceded!

En cuanto hubo suficiente espacio para que los infantes que se hallaban en el pasamanos pudieran manejar sus armas de manera efectiva, Cato agarró la jabalina de uno de sus soldados y la arrojó contra los piratas.

—¡Utilizad las jabalinas! ¡Despejad esa cubierta!

Los infantes de marina que todavía tenían jabalinas apuntaron, arrojaron sus arreas a boca de jarro y ensartaron con ellas a los piratas que no tuvieron el tino de replegarse. En cuanto la cubierta quedó libre de enemigos, Cato trepó al pasamanos de la banda, mantuvo el equilibrio y saltó por encima del hueco para aterrizar torpemente en la cubierta de la Trident. Se enderezó y levantó el escudo y la espada mientras gritaba a los demás:

—¡Vamos!

No los esperó, sino que se abalanzó contra los hombres que luchaban en torno al mástil. Algunos de los piratas se dieron cuenta del nuevo peligro y ya se habían dado la vuelta para enfrentarse a la oleada de infantes de marina romanos. Más allá, por encima del tumulto, se oía la voz de Macro dirigiendo gritos de ánimo a sus hombres e insultos al enemigo. Cato sonrió. Apretó los dientes al tiempo que su escudo golpeaba con el del pirata más próximo y el impacto le sacudió el brazo hasta el hombro. Echó hacia atrás el peso del escudo y lanzó el brazo de la espada hacia delante, desviando una parada desesperada y hundiendo la punta en el vientre de un hombre. Liberó la hoja de un tirón, echó el escudo otra vez hacia delante, con el que apartó al pirata derribado de un golpe, y fue por el siguiente enemigo, un gigante que blandía un hacha y que profirió un agudo grito de guerra mientras avanzaba tambaleante hacia el centurión. El hacha golpeó contra el escudo con un ruido sordo e hizo que Cato perdiera el equilibrio el tiempo suficiente para que el

gigante se repusiera y volviera a echar el asta hacia atrás, esta vez apuntando a las piernas del centurión. Cato se vio obligado a retroceder de un salto hacia sus propios hombres y, con un rugido de regocijo, aquel individuo enorme levantó la segur para propinar un hachazo por encima de la cabeza. Cato no podía retirarse a ninguna parte. Se agachó de forma instintiva, inclinó la cabeza y se abalanzó por debajo del golpe, con lo que el travesaño metálico de su casco impactó contra el rostro del pirata y lo dejó sin sentido.

Los infantes de marina avanzaron en tropel, propinando puñetazos y estocadas al enemigo y, por un instante, la ferocidad de su ataque doblegó a los piratas, que retrocedieron, se dieron la vuelta y echaron a correr con la tonta esperanza de encontrar un lugar en el que refugiarse de los furiosos romanos. Sólo algunos grupos de enemigos seguían luchando, espalda con espalda, o inmovilizados contra el pasamanos de la banda. Y allí murieron, abatidos sin clemencia. Unos cuantos soltaron las armas y suplicaron misericordia, pero los infantes de marina no estaban de humor para hacer prisioneros y cayeron sobre los cuerpos de sus compinches que al menos habían sido abatidos en la lucha. Cato se alejó de la refriega para recuperar el aliento y evaluar la situación. Sólo un grupo de enemigos continuaba el combate en torno al mástil, atrapado entre los hombres de Cato y los supervivientes de la centuria de Macro. Cuando mataron al último de los piratas, Cato se abrió camino entre sus infantes de marina, ansioso de encontrar a Macro para asegurarse de que su amigo seguía con vida.

La escena en torno al mástil lo dejó horrorizado. Los cuerpos retorcidos, tanto de romanos como de piratas, se amontonaban en la cubierta, empapada de sangre que corría a raudales hacia los imbornales en forma de chorros de un rojo amoratado. No quedaban en pie más que una docena de infantes de marina heridos y sin resuello, que formaban un estrecho círculo en torno a la base del mástil. Macro se hallaba entre ellos, manchado de sangre y mirando a su alrededor con los ojos desorbitados. Entonces su mirada se posó en Cato y lentamente esbozó una sonrisa.

—¿Qué demonios te entretuvo tanto?

El alivio nervioso era contagioso y Cato se rió.

—Bueno, si éste es todo el agradecimiento que vamos a obtener, la próxima vez no me molestaré.

—Pobre de ti.

Cato limpió la hoja de su espada en la capa de uno de los piratas caídos y la envainó, luego alargó la mano y agarró a su amigo del brazo.

—De todas formas, me alegro de verte. Ahora tenemos que irnos.

Macro frunció el ceño.

—¿Irnos?

—Salir de este barco.

—Pero si acabarnos de recuperar a este cabrón. —Se está hundiendo. Los tres se hunden. Vamos. —Sin esperar la respuesta de Macro, Cato se volvió hacia el resto de infantes de marina y se llenó de aire los pulmones—. ¡Volved a la Spartan, muchachos! ¡Lo más rápido que podáis!

A unos cuantos pasos de distancia, Cato observó a uno de los soldados que desvalijaba el cadáver de un pirata suntuosamente vestido, se acercó hasta allí a grandes zancadas y apartó al hombre de un puntapié.

—No hay tiempo para esto. ¡Optios! ¡Encargaos de que vuestros hombres se den prisa!

Los infantes de marina se retiraron hacia el lugar donde el espolón del barco pirata estaba hundido en el costado de la Trident. salvaron el hueco a duras penas, ayudando a los compañeros heridos de la mejor manera posible, pero sólo unos cuantos podían cruzar a la vez. Cato echó un vistazo a su alrededor con frustración y se dio un puñetazo en el muslo. Macro meneó la cabeza y miró a su amigo con una sonrisa irónica.

—¿Y ahora qué es lo que te preocupa?

Un profundo crujido llenó el aire, Cato notó que la cubierta temblaba bajo sus botas y le hacía dar un traspié. Recuperó el equilibrio y con un gesto señaló hacia el barco que la Trident había embestido con éxito.

—¡Allí! ¡Eso es lo que me temía!

Las cubiertas de la embarcación ya estaban inundadas y al cabo de un momento el mar envolvió los pasamanos de las bandas cuando el barco empezó a hundirse, arrastrando con él la proa de la Trident. Los maderos del birreme romano protestaron ante la enorme presión ejercida sobre la estructura de la embarcación y los infantes de marina, que intuyeron que se acercaba el fin, se dirigieron apresurados hacia la cubierta del otro barco pirata. No obstante, en el preciso momento en que pasaban en tropel por el estrecho hueco, se oyó un fuerte crujido en la parte delantera y, justo detrás de la traca de proa de la indent, la cubierta se partió en pedazos como si un gigante, desde las profundidades del mar, la hubiera roto de un puñetazo. El agua brotó enseguida por encima de la proa destrozada, la cubierta dio una sacudida, se inclinó

en un ángulo cerrado y los infantes de marina que todavía estaban a bordo intentaron agarrarse como pudieron. Cato soltó el escudo y se arrojó contra el pasamanos del costado, aferrándose a él con todas sus fuerzas. En cubierta, todavía quedaban soldados heridos y sus gemidos de agonía se convirtieron entonces en gritos de terror ante el espantoso destino que volcaba la inclinada cubierta hacia ellos.

El mismo terror gélido invadió a Cato por un momento. Entonces vio a Macro, aferrado como él al pasamanos a unos cuantos pasos de distancia. Su amigo le guiñó el ojo.

–Creo que ha llegado el momento de desembarcar.

Junto a los dos centuriones sólo quedaban un puñado de infantes de marina, quienes saltaron por encima del hueco hacia los brazos extendidos de sus compañeros, que tiraban de ellos para ponerlos a salvo. Mientras Cato y Macro esperaban a que el último de sus hombres abandonara la Trident, se oyó un repentino grito de alarma proveniente de la cubierta del barco pirata. Cato volvió la cabeza y observó con espanto que la embarcación se hundía con rapidez, arrastrada por el peso combinado de los dos primeros barcos. El castillo descendió con una sacudida y quedó casi al mismo nivel de la superficie del mar. Cato notó que el agua le envolvía los muslos cuando una ola barrió la cubierta del birreme.

–¡Oh, mierda! –se lamentó entre dientes–. No vamos a conseguirlo.

CAPÍTULO XX

–¡No te quedes ahí parado, joder! –gritó Macro– ¡Salta!

Cato observó cómo su amigo se encaramaba al pasamanos, se afirmaba bien y se ponía de pie, aunque tambaleándose de modo inseguro. Entonces Macro se lanzó por encima del hueco y su cuerpo golpeó contra la proa del barco pirata. Sus manos se aferraron al pasamanos y de inmediato un par de infantes de marina lo agarraron de los brazos y tiraron de él hacia el castillo. El mar había alcanzado la cintura de Cato, que sabía que la Trident se hundiría en unos momentos.

–¡Señor! –lo llamó una voz a sus espaldas.

Cato miró por encima del hombro: un poco más abajo de la cubierta había un joven infante de marina agarrado con una mano al pasamanos. Su otro brazo colgaba, inútil, por unos cuantos tendones en carne viva, pues tenía el hombro destrozado por una herida profunda. Miró fijamente a Cato y el ruego de su expresión era inconfundible. Sin embargo, ya era demasiado tarde para hacer nada. Ante los ojos del centurión, el mar barrió la Trident y el joven infante de marina desapareció en medio de un remolino carmesí. A Cato lo acometió un fuerte deseo de vivir. Trepó como pudo a la barandilla del barco y saltó desesperado hacia la embarcación pirata, sólo unos pasos por encima de la superficie del mar. El golpe lo dejó sin respiración. Sus dedos trataron de agarrarse como pudieron al costado del barco antes de que una mano le aferrara la muñeca y un fuerte brazo lo izase por la banda, lo pasara por encima de la barandilla y lo dejase en cubierta.

Macro respiraba agitado al bajar la mirada hacia Cato.

–La próxima vez no pierdas el tiempo. Cuando yo diga que saltes, tú salta.

–Creí que tenía que preguntar, ¿cómo de alto? Macro se lo quedó mirando.

–Hay un momento y un lugar para los comentarios agudos, muchacho, y éste no es uno de ellos. Vamos. –Agarró a Cato del brazo y lo levantó.

Por encima de la borda, Cato vio desaparecer el contorno deformado de la Trident bajo la superficie del mar. Por un momento hubo unos intensos crujidos y chirridos mientras el birreme permanecía aferrado al espolón del barco pirata y la cubierta tembló bajo los pies del centurión. Entonces, con un estrépito discordante, el costado de la Trident cedió. La cubierta del buque pirata se alzó de golpe por debajo de los romanos, arrojó a unos cuantos de bruces, al tiempo que la Trident se fue a pique en las oscuras profundidades del océano. Un puñado de soldados luchaba por mantenerse a flote entre los restos, pidiendo socorro a gritos. Macro soltó a su amigo y los dos centuriones siguieron a los infantes de marina hasta el extremo de la rampa de abordaje, donde los soldados avanzaban a empujones, angustiados, para alcanzar la seguridad de la cubierta de la Spartan. Aunque libre ya de la carga de la Trident, la embarcación pirata se hundía con rapidez por el agua que entraba con fuerza a través de la brecha abierta en su costado y su movimiento en el mar era pesado y lento. El agua brillaba a una corta distancia de los enjaretados de la cubierta principal.

El barco dio una repentina sacudida cuando el mar invadió su popa. Las olas cayeron sobre el bao de la izquierda con un borboteo silbante, haciendo que la cubierta se inclinara todavía más. Macro se agarró a la base del palo del trinquete con la mano que tenía libre.

–Va a volcar –se dio cuenta Cato–. ¡Deprisa! Por la borda.

Macro se lo quedó mirando.

–Por la...

–Es nuestra única posibilidad. –Cato afirmó un pie contra la base del mástil y se desabrochó a toda prisa el cinturón. Resoplando por el esfuerzo, se quitó la coraza de escamas por encima de la cabeza y la arrojó a la cubierta, donde se deslizó por la pendiente y cayó al agua–. ¡Tú también!

Mientras Macro se deshacía de sus armas y armadura, Cato se aferró al palo de trinquete. Todos los demás infantes de marina habían regresado a la cubierta de la Spartan y tiraban con desesperación del aparejo para levantar el cuervo de la cubierta del barco pirata y volverlo a empujar a bordo del trirreme.

–¡Ya está! –Macro tiró al suelo su cota de malla–. Yo iré primero. Luego tú me sigues y saltamos directamente por la borda antes de que esta cosa se nos venga encima.

Los tablones de la embarcación empezaron a chasquear y a crujir de manera alarmante, en tanto que la inclinación de la cubierta se incrementaba. Macro se deslizó hasta el agua por el pasamanos del costado. Aterrizó con un chapoteo y de inmediato se dio la vuelta para esperar a Cato, con los brazos levantados para amortiguar la caída de su amigo. Cato movió la cabeza en señal de asentimiento, tragó saliva, nervioso, y se dejó ir. Cayó veloz por la inclinada cubierta y chocó contra Macro. Ambos avanzaron por el agua hacia el pasamanos de la banda, respiraron profundamente y saltaron en medio del oleaje. El mar se cerró por encima de la cabeza de Cato y los oídos se le llenaron enseguida del amortiguado rugido de sus resoplidos, mientras intentaba por todos los medios salir a la superficie. Percibió de manera vaga una forma tenue y cercana, una mano lo agarró por el brazo y tiró de él hacia arriba, hacia la luz brillante.

Macro y Cato rompieron la superficie del mar y, jadeantes, recuperaron el aliento. A una corta distancia por delante de ellos se hallaba la curada banda de la Spartan, que desde el nivel del agua parecía estar tan alta como un edificio. El sonido del agua que corría a sus espaldas era ensordecedor y, al notar que una sombra caía sobre él, Cato echó un vistazo hacia atrás y levantó la mirada hacia el oscuro y reluciente casco de la embarcación pirata mientras ésta empezaba a volcar.

–¡Nada! –farfulló–. ¡Hay que nadar para salir de aquí!

Los dos centuriones emprendieron el camino hacia el trirreme, pataleando torpemente con sus pies hundidos en botas. El rugido del agua que caía en cascada resonaba en sus oídos y, por un momento, Cato notó que una corriente lo arrastraba hacia atrás, antes de librarse de ella a patadas, haciendo todo lo posible por no separarse de Macro. Entonces, con una estruendosa lluvia de agua, la embarcación pirata volcó justo detrás de ellos, provocando una ola que, antes de su reflujó, los levantó y los llevó varios pasos en dirección al trirreme. Cato echó un vistazo a sus espaldas y vio que el reluciente casco se alzaba por encima del mar, oscuro y encostrado de broma como una roca. Macro escupió un buche de agua salada se apartó los empapados mechones de pelo de la frente con una sacudida.

–¡Mierda! Ha ido de poco.

–De muy poco –repuso Cato entre dientes, sin dejar de mover los pies para mantener la cabeza lo más alejada posible de la superficie y escupiendo un trago de agua salada–. ¡Eccs! Esta cosa es sólo para peces.

Levantó un brazo y lo agitó hacia los rostros alineados en la barandilla del costado del trirreme.

–¡Una cuerda! ¡Lanzad una cuerda aquí, ahora!

Macro y Cato consiguieron mantenerse a flote moviendo con furia brazos y piernas contra la carga de sus pesadas túnicas de lana. Un cabo bajó serpenteando por la banda del trirreme y cayó al mar con un chasquido, a corta distancia. Macro estiró un brazo hacia la cuerda, sus dedos rozaron el áspero cáñamo y se cerraron con fuerza en torno a ella.

¡Tirad con suavidad! –gritó hacia el trirreme; la cuerda se tensó y empezó a arrastrarlos. Ya se había tendido una red de abordaje sobre el costado, dos marineros habían descendido por ella y ambos tenían un brazo extendido hacia los dos oficiales que se agitaban en medio del oleaje.

–¿A qué estáis esperando, joder? –gritó Macro–. ¡Venid aquí y echadnos una mano!

Los marineros dudaron un instante, luego se soltaron de la red y se zambulleron para acercarse a Macro y Cato mientras éstos se dirigían con gran esfuerzo hacia la red de abordaje.

Al cabo de unos momentos, los dos centuriones se dejaban caer sobre cubierta, respirando con dificultad mientras el agua se encharcaba en torno a ellos. Albino, de pie a un lado, meneaba la cabeza fingiendo desaprobación. Cato se apartó el cabello desgreñado de la frente y miró a su alrededor, hacia los barcos desperdigados en torno a la Spartan, algunos de los cuales seguían enzarzados en batalla. Poco más de la mitad de los birremes seguían todavía a flote, o parecían seguir en manos romanas. Uno de los barcos piratas, alcanzado por proyectiles incendiarios, ardía de un extremo a otro y un humo negro se alzaba por encima de su costado formando una densa nube arremolinada. Otro de los barcos pirata se estaba hundiendo

entre las olas, a punto de irse a pique. Todas las demás embarcaciones enemigas se retiraban a toda prisa y se abrían camino entre los restos maltrechos y los supervivientes de la flota romana para dirigirse a mar abierto. El motivo de su huida estaba muy claro: el prefecto, con el resto de los pesados buques de guerra, se estaba abatiendo sobre el centro de la batalla. El trirreme de Teléenaco iba detrás de él, a distancia prudencial de uno de sus lados, bordeando los principales efectivos de la flota romana mientras se dirigía a la pequeña fuerza de barcos piratas que había causado estragos entre los sobrecargados birremes romanos.

Cato se frotó la frente.

–Gracias a los dioses que se ha terminado.

–No se ha terminado –repuso Albino en voz baja–. Ni mucho menos. Sólo se están reagrupando. Luego se quedarán rondando a la flota, esperando la oportunidad de lanzar un ataque rápido, como los lobos de la montaña en torno a las ovejas. Si no tomamos tierra antes de que oscurezca, se acercarán a cubierto de la noche y eliminarán a los barcos más débiles delante de nuestras narices.

El vigía gritó:

–¡Una señal del buque insignia, señor! Albino levantó la cabeza hacia el hombre, entornando los ojos ante la brillantez del cielo.

–¿Y bien?

–Todos los barcos han de formar junto a la Horas.

Las embarcaciones de guerra mayores se bamboleaban por encima de las olas y los barcos más pequeños remaron hacia la protección del quinquerreme. El trierarca de la Horus, de pie en el castillo, se llevó una bocina a los labios, empezó a gritar una retahíla de órdenes que se fueron transmitiendo de un barco a otro y, cuando todas las embarcaciones hubieron izado el gallardete conforme habían recibido las instrucciones, la Horus dio la señal para su ejecución. Con el buque insignia en cabeza, los demás trirremes formaron un rombo poco extendido en el mar. Apretujadas en el centro del rombo estaban las embarcaciones más pequeñas, que en su mayoría mostraban los signos de la batalla a la que acababan de sobrevivir: jarcias dañadas, velas rasgadas y unos chorros de un rojo amoratado que vaciaban los imbornales de algunas de ellas.

En cuanto la flota hubo formado, empezó su lento avance por el mar, rumbo a la costa de Iliria, que seguía sin divisarse en el horizonte. Las maniobras de batalla habían dejado exhaustos a los remeros, por lo que los barcos izaron las velas en tanto que los trierarcsas rezaban para que la brisa del norte se mantuviera.

A los piratas no les faltó tiempo para perseguir a su humillado enemigo y sus oscuras velas triangulares rondaron los flancos de la flota romana a la espera de una oportunidad para atacar, tal como había previsto Albino. De vez en cuando, uno de sus barcos alteraba el rumbo de repente y se dirigía hacia una abertura entre los trirremes, intentando penetrar en la barrera defensiva. Aquella vez tenían ventaja los romanos, cuya vigilancia quedaba recompensada cada vez que los trirremes se movían para cerrar cualquier hueco del que los piratas habían esperado aprovecharse.

A medida que iba transcurriendo el día, el cielo se fue despejando hasta adquirir un sereno e inmaculado tono azul y la brisa se fue calmando poco a poco mientras las dos flotas proseguían su avance por el mar. Los piratas consiguieron penetrar en las defensas enemigas en dos ocasiones. En la primera, dos de sus ágiles barcos lograron rodear a los pesados trirremes y atacar los dos costados de un birreme muy dañado que iba rezagado a un cuarto de milla por detrás de los demás. La embarcación fue abordada, la tripulación pasada a cuchillo, sus bodegas registradas con rapidez en busca de cualquier botín transportable y, finalmente, incendiada. Las naves piratas se alejaron veloces para ponerse fuera del alcance del trirreme, que había virado para intentar salvar a su dañada compañera. Peor todavía, al acudir en ayuda de la nave rezagada, el trirreme abrió un hueco por el que se introdujo otro grupo de barcos piratas que embistieron a otra embarcación romana antes de verse también obligados a retirarse. El daño ya estaba hecho: los romanos no pudieron hacer otra cosa más que recibir a las tripulaciones y a tantos suministros como fuera seguro cargar y dejar que lo demás se hundiera con el barco.

Desde la cubierta de la Spartan, Cato y Macro observaron con el resto de la tripulación el prolongado drama que tenía lugar en el suave oleaje. A pesar de las terribles pérdidas sufridas a manos de los piratas, Cato se sorprendió admirando la forma en que Telémaco había ejecutado su trampa. Su información había sido perfecta y había permitido que sus secuaces atrapasen a Vitelio y a su flota cuando eran más vulnerables, por lo que Cato estaba casi seguro de que había habido una traición de por medio. ¿Qué otra cosa podía explicar un manejo tan seguro de sus barcos cuando en condiciones normales la marina imperial hubiera aventajado por completo, así como superado en número, a los piratas? Mucho antes de acercarse a la flota romana, ellos ya sabían que, por lo que respectaba a su capacidad de maniobrar, eran superiores. Incluso en aquellos

momentos buscaban cualquier oportunidad para aprovechar su capacidad ofensiva, no contentos con esperar a que cayera la noche y los trirremes fueran ciegos a las oscuras formas que pasarían raudas entre los barcos romanos. Cuando Cato evaluó las consecuencias de aquel desastroso encuentro, su admiración por Telémaco se desvaneció al instante. Debían de haber perdido a cientos de hombres, así como gran parte de los suministros y el equipo que el prefecto Vitelio necesitaba para poner en marcha su campaña una vez hubieran desembarcado en la costa de Iliria. Era posible que las pérdidas fueran ya tan graves que la operación tuviera que suspenderse.

En cuanto aquella idea cruzó por su mente, Cato la desestimó. Conocía suficientemente bien a Vitelio para darse cuenta de que el prefecto no toleraría semejante revés a su reputación. Otros oficiales superiores habían sido exiliados o incluso ejecutados por fallos menores. Vitelio no tenía alternativa. Debía seguir adelante con su campaña incluso cuando como ahora llevara las de perder. El prefecto conduciría a sus hombres a la victoria, o a la derrota y a la muerte. Ésos eran los únicos destinos posibles que en aquellos momentos se abrían ante todos ellos, y mientras Cato observaba en silencio el fuego que consumía al alejado birreme, lo embargó un mal presentimiento, intenso y abrumador.

Su humor sombrío se intensificó a medida que transcurría la tarde y cuando al fin el vigía dio el grito de que había tierra a la vista, Cato supo que aquel avistamiento libre de percances simplemente señalaba el inicio de una fase todavía más peligrosa de la campaña de Vitelio.

CAPITULO XXI

Vitelio hincó el dedo en el aire.

–¿Qué significó esa bromita tuya, centurión Cato?

–¿Señor? –Cato se hallaba de pie en la tienda de mando, ante la mesa del prefecto. Los demás oficiales superiores estaban sentados en taburetes en torno a él y observaban el enfrentamiento con recelo.

–No te hagas el tonto conmigo, chico. En la batalla, cuando te llevaste de la formación a la mitad de mis trirremes.

–Señor, tuvimos que movernos para salvar a nuestros barcos más ligeros. El enemigo los estaba haciendo pedazos.

–Tal vez, pero eso nos costó la oportunidad de atrapar a Telémaco y terminar esta operación de un solo golpe.

–Ni siquiera podemos estar seguros de que se hallara a bordo de ese trirreme, señor. Al fin y al cabo, sólo lo estaba utilizando como cebo para atraer a nuestros mejores barcos y alejarlos del resto de la flota.

–Eso no son más que especulaciones, centurión. ¿Se te ha ocurrido pensar que el ataque contra el birreme podría haber sido una estratagema para hacer que los barcos dejaran de proteger mi buque insignia? Podrías haber estado arriesgando mi vida.

Cato se encogió de hombros.

–La guerra es arriesgada para todos nosotros, señor. De todos modos, la Noria y las embarcaciones que se quedaron con usted habrían rechazado cualquier ataque. A mi juicio, las más amenazadas fueron nuestros birremes.

Vitelio le lanzó una mirada fulminante.

–¿A tu juicio? Esto no es un círculo de debate, centurión Cato. Es la armada imperial. Tú obedeces órdenes de los oficiales superiores... no creas tus propias órdenes.

–Con perdón, señor, estaba utilizando mi capacidad de iniciativa. Y usted no dio ninguna contraorden. Si esos trirremes no hubieran ido a ayudar a los otros barcos, seguro que nuestras pérdidas hubieran sido mucho mayores –y Cato hizo una pausa para hacer gran hincapié en sus últimas palabras– de lo que ya son.

Vitelio apretó los labios hasta que no fueron más que una línea fina en su cara y, al echar un vistazo por la tienda, vio que Macro y la mayor parte de los demás oficiales movían la cabeza en señal de asentimiento a las palabras de Cato.

El enfrentamiento fue interrumpido cuando el guardia apostado en la entrada de la tienda dio el alto a alguien. Las portezuelas se abrieron con un susurro y un administrativo con la cabeza agachada entró con un montón de tablillas bajo el brazo. Se irguió, se acercó al prefecto con paso resuelto y saludó.

–La lista de bajas, señor. –El administrativo le entregó una tablilla a Vitelio en tanto que el prefecto despachaba a Cato con un gesto de la mano. Mientras Vitelio recorría con la mirada las notas de la tablilla, Cato y los demás oficiales permanecieron sentados en silencio. Estaban agotados. Ni siquiera después de que los barcos supervivientes hubieran llegado a la bahía a última hora de la tarde, había habido tiempo para el

descanso. La costa describía una curva de aproximadamente un kilómetro y medio en ambas direcciones antes de que la playa diera paso a un cúmulo de rocas que se alzaban formando cabos. Al otro lado de la playa, a lo largo de unos ochocientos metros, el terreno estaba cubierto de maleza y árboles raquíticos y luego se elevaba de manera abrupta para formar una cadena de montañas arboladas que se extendía por ambos extremos de la costa hasta donde alcanzaba la vista. No muy lejos de allí se encontraban los restos de un poblado abandonado hacía mucho tiempo y del que ya no quedaba más que unos montones de piedras.

Los trirremes anclaron a una corta distancia de la costa, en tanto que los barcos más pequeños habían varado en la playa, y de inmediato empezaron a descargar las provisiones y el equipo que portaban. Al grueso de los infantes de marina, a las órdenes del centurión Macro, se le había asignado la agotadora tarea de construir un campamento fortificado en torno a la cabeza de playa. A diferencia de los soldados que servían en las legiones, los infantes de marina habían recibido una limitada capacitación en la preparación de fortificaciones, y Macro los dirigió con creciente exasperación y mal genio. Trabajaron hasta mucho después de la puesta de sol y, por fin, completaron una improvisada zanja defensiva y un terraplén bajo la parpadeante luz de las antorchas. Más allá de los sudorosos infantes de marina, un piquete formaba una delgada barrera en medio de la oscuridad, escudriñando las sombras con preocupación, atentos a cualquier señal de que los piratas tuvieran la tentación de reanudar su carnicería en tierra.

En cuanto los trirremes fondearon longitudinalmente para formar una línea paralela a la costa, Vitelio había dado la orden a la artillería de que montara sus piezas en las cubiertas y las apuntara hacia el mar. Ahora, cualquier barco pirata que intentara atacar a la flota romana tendría que hacer frente a los disparos de montones de catapultas y sufrirían graves pérdidas antes de poder aproximarse a los trirremes. Así pues, Telémaco frenó el avance de sus barcos y vigiló a la escuadrilla romana hasta el anochecer. Cuando los últimos rayos del sol poniente brillaban en el horizonte, la pirata se alejó de la ribera y se encaminó sin prisas por el litoral de la costa, dejando a su maltrecho enemigo que calculara el coste de la acción de la jornada.

El prefecto Vitelio bajó la tablilla y se quedó mirando la mesa fijamente. La petrificada expresión de los toscos rasgos del aristócrata revelaba su desesperación. Cato casi sintió lástima por él, antes de recordar que el prefecto era el único responsable del desastroso encuentro naval. Los barcos más ligeros de la flota nunca tendrían que haber ido tan cargados de hombres y equipo, y la mayoría de ellos yacían a estas horas en el fondo del mar. Si hubiera utilizado un convoy de transporte para trasladar los suministros y el equipo necesarios para llevar a cabo la campaña contra los piratas, podrían haber vencido con facilidad al enemigo. Hubieran tardado más en hacer la travesía con los transportes, por supuesto, pero, tal y como habían resultado los planes, eso hubiera supuesto un precio irrisorio.

Mientras cavilaba de forma inútil sobre cómo podrían haber sido las cosas, Cato se dio cuenta de que no se podía culpar por entero a Vitelio. La perfecta oportunidad del ataque pirata era más que una coincidencia. Incluso en el supuesto de que la flota hubiera sido divisada por un barco pirata nada más abandonar Rávena, la información no hubiese podido llegar a Telémaco con el tiempo suficiente para que éste pudiera reunir una flota que interceptara a los romanos cuando eran más vulnerables. A Telémaco debían de haberlo advertido de antemano.

Vitelio suspiró y se levantó.

—No son buenas noticias, como estoy seguro de que ya sabéis. Perdimos ocho birremes y dos más están gravemente dañados, al igual que uno de los trirremes. Tiene una brecha abierta y tendrá que ser reparado en un astillero. También perdimos la mayoría de nuestra artillería y herramientas de asedio. Gran parte de la comida estaba almacenada a bordo de los trirremes, de modo que no nos moriremos de hambre. —Sonrió sin entusiasmo, pero ninguno de sus oficiales le correspondió, por lo que su gesto se borró mientras seguía con su informe, dejando las noticias más dolorosas para el final—. Se perdieron casi ochocientos hombres junto con los barcos, otros sesenta resultaron muertos a bordo de las embarcaciones que sobrevivieron y otros ochenta y tres fueron heridos...

Cato volvió la mirada hacia los demás oficiales y observó sus expresiones, en su mayoría hostiles. El sacrificio humano había sido terrible, en efecto, y muchos de esos hombres habían perdido a compañeros a los que conocían desde hacía años. No obstante, el coste para Vitelio era aún mayor, se recordó Cato. Aquella era una derrota amarga y contundente, y no se podía ocultar en el informe que debía redactar para Roma. El tiempo que se tardaría en mandar el informe, que lo leyeran, consideraran una respuesta y enviaran un mensajero al prefecto, le proporcionaría a Vitelio hasta un mes para intentar salvar la situación.

—Es un maldito desastre —murmuró una voz entre los oficiales. —¿Quién ha dicho eso?

Nadie se movió. Nadie respondió. Por un momento reinó el silencio, hasta que Minucio se puso de pie.

–He sido yo, señor. Sólo decía lo que todos los hombres aquí presentes están pensando. Los piratas nos han dado una buena paliza y corre la voz de que hemos sido traicionados.

–¿Traicionados? –Vitelio enarcó una ceja, interesado y astuto ante ese dato. Si los hombres buscaban a un traidor, debía sacar partido de ello.

–Alguien nos vendió, señor. Les dijo dónde y cómo nos encontraría.

Se alzó un débil coro de muestras de enojo y Minucio se envalentonó mientras seguía hablando.

–Tendríamos que encontrar a ese hijo de puta. Hacérselo pagar, de manera lenta y sutil, ¿no?

Los oficiales asintieron con la cabeza y algunos de ellos propusieron espeluznantes sugerencias para el destino de aquel traidor en cuanto fuera descubierto. Vitelio se acercó más al fuego para que todos pudieran verlo con claridad a la luz de su resplandor. Alzó las manos para calmarlos.

–¡Está bien! Tenéis mi palabra. Cuando encontremos a ese hombre, será vuestro para que os ocupéis de él como os plazca, con una condición.

La mayoría de oficiales lo miraron con recelo; entonces Minucio carraspeó.

–¿Y cuál es, señor?

–Tenéis que darme vuestra palabra de que su muerte será lo más dolorosa posible.

Los oficiales se rieron, aliviados, y Minucio asintió con solemnidad mientras el barullo se iba apagando. Entonces se hizo un silencio incómodo mientras esperaban a que Vitelio siguiera hablándoles.

Macro tosió.

–¿Y ahora qué hacemos, señor?

–Seguiremos adelante con el plan –contestó Vitelio con firmeza–. Todavía tenemos barcos suficientes para enfrentarnos a los piratas.

–No soy de la misma opinión, señor. –Las cabezas se volvieron hacia un trierarca situado al fondo de la tienda. El trierarca, Albino, se levantó para que todos pudieran verlo y oírlo con claridad–. Necesitamos más barcos. Más birremes.

–¿Y eso por qué? –replicó Vitelio con frialdad–. Por lo que he visto hoy, esos barcos no sirven para nada.

Albino meneó la cabeza.

–Eso no es justo, señor. Los hombres de esos barcos han librado batalla lo mejor que han podido. No es culpa suya si sus barcos no podían competir con los piratas. Si no hubiéramos cambiado el rumbo para ir en su ayuda, dudo que ninguna de los birremes hubiera sobrevivido.

Cato inhaló aire con brusquedad e inquietud y miró a los oficiales de su alrededor. La crítica de Albino hacia su comandante difícilmente podía ser más abierta y los centuriones y trierarcs miraron a Vitelio esperando su reacción.

Por un momento se limitó a fulminar a Albino con la mirada, pero al fin asintió moviendo la cabeza con lentitud y repuso:

–Tu observación es acertada pero, tal y como están las cosas, es puramente teórica, Albino. Sigo queriendo saber por qué necesitamos más birremes. Nuestra fuerza principal, los trirremes, está más o menos intacta. Cuando los arrojemos contra los piratas, creo que todo terminará bastante deprisa. –Así sería, señor. Siempre y cuando los piratas estén dispuestos a esperar sentados a que los trirremes vayan a por ellos...

–¿Y...? –La impaciencia en la voz del prefecto le resultó evidente a todos–. ¿Qué estás sugiriendo?

–Usted ha servido en las legiones, señor.

–¿Y qué?

–Entonces conoce muy bien la táctica. Las fuerzas más ligeras tienen la misión de encontrar e inmovilizar al enemigo para que así la fuerza principal pueda acercarse y destruirlo. Al menos así es como funciona en la mar. Supongo que se hace lo mismo en el ejército.

–¡Pues claro que sí, maldita sea! –saltó Macro–. No somos unos idiotas redomados, ¿qué te piensas? ¡Al menos los muchachos de la legión saben levantar un jodido campamento como es debido! –Macro agitó un brazo hacia el oscuro contorno del terraplén que se extendía en torno a ellos–. No este maldito caos...

–Gracias, centurión –lo interrumpió Vitelio–. Es suficiente.

Macro seguía con la boca abierta, dispuesto a exponer el resto de su diatriba, pero la cerró de golpe y asintió con la cabeza.

–Muy bien –prosiguió Vitelio–. De manera que necesitamos birremes.

–No exactamente, señor. Necesitamos más birremes. Al menos tenemos que igualarlos en número. Conté una docena de esas cabronas naves piratas, y todas bien manejadas. Contaban con una buena tripulación y con buenos trierarcs que las dirigieran. Con franqueza, son mejores que nosotros, señor. Es por eso que

necesitamos más barcos. Nos hace falta contar con algún tipo de ventaja si queremos tener alguna posibilidad la próxima vez que se llegue a un combate –concluyó Albino con firmeza.

–Bueno, pues no hay más birremes –replicó con dureza Vitelio–. No puedo hacerlas aparecer por arte de magia, ¿verdad?

–Están las seis que dejó en Rávena –apuntó Albino con rotundidad.

Cato se puso de pie, se aclaró la garganta y añadió: –También hay otros mil infantes de marina de los que nos podríamos servir, señor.

–¡No! –Vitelio se dio una palmada en el muslo–. No voy a dejar Rávena sin defensas. Si algo pasara, Roma pediría mi cabeza.

–Puede que Roma lo haga igualmente, señor –comentó Cato con suavidad–, en cuanto se enteren de lo que ha ocurrido hoy. Si vamos a continuar las operaciones contra los piratas, necesitaremos todos los barcos y todos los hombres que podamos emplear.

Vitelio dio un paso hacia él.

–¿Y si atacan Rávena?

–Tenemos órdenes, señor. –Cato puso énfasis en la primera palabra–. La operación debe tener prioridad. –¿Y Rávena? –replicó el prefecto en voz baja.

–Rávena tendrá que correr el riesgo, señor.

–Entiendo. ¿Es éste tu consejo? ¿Estás dispuesto a ponerlo por escrito?

Cato apretó los dientes para evitar que se le escapara alguna palabra mordaz de desprecio hacia su superior. Tragó saliva y respondió:

–Es mi consejo, señor. Dadas nuestras órdenes. Pero la decisión es suya. Lo conlleva el rango. Ya veo. – Vitelio bajó la mirada y quedó pensativo en silencio. Los demás oficiales también permanecieron callados mientras esperaban su decisión.

El prefecto sabía que se encontraba en una situación difícil. Había perdido una cuarta parte de sus fuerzas, así como una buena cantidad de su equipo. Lo que había empezado como una abrumadora demostración de fuerza dirigida a aplastar la creciente amenaza pirata, se había convertido en casi un desastre que amenazaba con desestabilizar la región entera. El hecho de suspender la operación se consideraría una derrota inequívoca, y el emperador no era conocido por su tolerancia a los comandantes derrotados. Vitelio temía que su carrera, quizás incluso su vida, estuviera en peligro. Frunció el ceño. Su carrera era lo único que daba sentido a su vida. Sin esperanzas de poder y riqueza, más le valía estar muerto. Así pues, no había ninguna posibilidad de suspender la operación. Sobre eso no había duda. La campaña debía continuar.

La cuestión era si tendría suficientes hombres y material para asegurar el éxito. Lo habían derrotado, pero si encontraban y destruían a los piratas y recuperaban los rollos, el revés inicial podría pasarse por alto con discreción. De hecho, si Vitelio pudiera echarle la culpa de la derrota a algún traidor, tal vez evitara del todo la censura. Siempre y cuando saliera victorioso en última instancia, claro. No obstante, ¿disponía de fuerzas suficientes para hacerlo? No estaba seguro. Era evidente que Albino no lo creía así, y las expresiones de los rostros de los demás trierarcas mientras escuchaban a su compañero indicaban que a ellos también les parecía que se necesitaban más birremes. Los oficiales debían de conocer bien su oficio, reflexionó Vitelio. Con el resto de la flota y de los infantes de marina que había dejado en Rávena, más o menos podría sustituir a los hombres y barcos que se habían perdido aquel día. Sin embargo, eso dejaría el puerto y la base naval prácticamente indefensos. Tendría que asegurarse de presionar a los piratas de manera que no pudieran preparar un asalto contra Rávena. Si ocurría lo inimaginable y lograban penetrar y saquear el puerto, el emperador Claudio no se mostraría clemente con él.

Entonces recordó lo que Cato había dicho, su firme recordatorio de que tal vez estuvieran en juego asuntos de mayor importancia: los rollos que Narciso había ordenado recuperar a cualquier precio.

A cualquier precio...

¡Maldito fuera por no poner dichas órdenes por escrito! Si lo hubiera hecho, al menos Vitelio podría haber afirmado que los terribles riesgos que corrió con el despliegue de todos sus hombres y naves contra los piratas eran riesgos exigidos por los términos de su mandato. Sin embargo, Narciso había sido demasiado listo como para caer en una imprudencia así, como siempre. En caso de que Vitelio intentara formular semejante acusación, no tendría ninguna prueba que presentar a su favor, igual que no tendría ninguna excusa aceptable por no haber sido capaz de recuperar los rollos.

Mientras el prefecto consideraba con detenimiento sus alternativas, una línea de actuación muy clara se reveló como la estrategia más efectiva que podía seguir y se decidió por ella con una creciente sensación de desesperanza, renuente a asumir la responsabilidad final dando las órdenes necesarias. Levantó la mirada

hacia sus oficiales y se le cavó el alma a los pies al ver que lo observaban, esperando que hablara, que expusiera su plan de acción. En cuanto empezara a hablar ya no habría vuelta atrás. Se aclaró la garganta y los oficiales lo escucharon con atención.

—Debemos seguir adelante con la operación. Si no podemos presentar batalla a los piratas ahora, ¿quién sabe lo poderosos que pueden llegar a ser! Serían capaces de estrangular nuestro comercio si quisieran. Es nuestra obligación impedir que eso ocurra, señores. Acepto el argumento del trierarca Albino de que necesitamos las fuerzas suficientes para enfrentarnos al enemigo en condiciones aceptables. Con ese fin enviaré a un oficial de vuelta a Rávena para que traiga nuestras escuadras y equipo de reserva...

Sus ojos se posaron en Cato, que calentaba su cuerpo delgado cerca del fuego. Tal vez fuera acertado mantenerlo cuanto más distanciado mejor de aquella operación, consideró el prefecto. Vitelio necesitaba acaparar todo el mérito posible de la recuperación de los rollos. Además, acaso se presentasen otras oportunidades de las que aprovecharse en esta situación, y no quería tener a otro agente de Narciso vigilante por encima de su hombro. También estaba el centurión Macro, claro, pero Vitelio no consideraba una amenaza a ese veterano oficial, ni mucho menos. Macro era demasiado cándido para su propio bien. Quizá lo mejor fuera que permanecieran separados. Así pues, decidió, Cato sería el que regresaría a Rávena.

—¡Centurión Cato!

Cato irguió la espalda.

—¡Sí, señor!

—Al alba, Albino y tú llevaréis a la Spartan de vuelta a Rávena. Su dotación de infantes de marina se quedara aquí para que haya más espacio a bordo en el viaje de regreso. Traeréis al resto de la flota con los soldados y los pertrechos de repuesto. Haré que mi administrativo redacte una autorización para que actuéis en mi nombre.

—Sí, señor.

—¡Señores! Esto es todo. El centurión Macro hará la primera guardia. El resto os podéis acostar hasta que os toque el turno. ¡Podéis retiraros!

Mientras los oficiales se levantaban con rigidez en torno al fuego y salían lentos y cansados hacia las hogueras de sus unidades, Cato se quedó rezagado. Hizo un gesto con la cabeza a Macro, que se unió a su amigo a regañadientes, y los dos abordaron al prefecto.

—¿Qué queréis? —les preguntó Vitelio con brusquedad—. Sed breves. Estoy cansado.

Macro asintió con la cabeza.

—Me imagino que todos los hombres de la flota lo están, señor.

Vitelio hizo caso omiso y se centró únicamente en Cato.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué me manda a por los refuerzos? Seguro que sería de más utilidad aquí, ¿no, señor? Dadas las órdenes dispuestas por Narciso.

—Debo escribir un despacho para el secretario imperial —explicó Vitelio cansino—. Tengo que informar sobre lo ocurrido. Narciso querrá saber cuál es la situación y necesito estar seguro de que el despacho llega a Rávena y que se manda a Roma.

—¿Por qué yo?

—En ti puedo confiar. Esos otros —Vitelio hizo un gesto despectivo hacia los oficiales que se dispersaban en la noche— podrían no ser tan leales al emperador. He de asegurarme de que el mensaje llegue a Narciso. Por eso que tienes que ir tú. En cuanto a Macro aquí presente, bueno, necesito que cada uno de mis mejores oficiales estén listos para hacer frente a cualquier artimaña que ese desgraciado de Telémaco sea capaz de maquinarse.

Cato dirigió una mirada fría y penetrante al prefecto y luego saludó.

—¿Puedo irme va, señor?

—Por supuesto. —Vitelio no le correspondió, sino que señaló con la cabeza hacia la hilera de tiendas de la centuria de Cato—. De momento no se te necesita. Duerme un poco. Tendré el informe listo para ti antes del amanecer, cuando la Spartan largue las velas. —Se dirigió a Macro—. Será mejor que te reúnas con tus hombres para hacer la guardia.

Los dos centuriones se abrieron paso por el campamento, Cato miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie les oyera.

—Cuando me vaya, ten cuidado.

Macro frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

–No estoy seguro. No me fío de él.

–¡Vaya novedad! Nadie en su sano juicio se fiaría de ese cabrón. ¿Qué crees que está tramando?

Cato meneó la cabeza.

–No lo sé. Nos está separando por algún motivo. De lo único que podemos estar seguros es de que no tiene nada que ver con ese maldito mensaje. De modo que ten cuidado, ¿me oyes?

Macro asintió con la cabeza.

–¡Pareces mi madre!

Cato lo miró.

–Mientras esté en Rávena, ¿quieres que pase a ver a tu madre de tu parte? En cuanto acabó de decirlo, deseó haber mantenido su estúpida boca cerrada. Los recuerdos de su calamitoso encuentro en el Delfín Danzante se agolparon en su memoria.

–No. Déjalo –respondió Macro en voz baja–. No vuelvas a mencionarla.

Anduvieron en silencio durante un trecho y entonces Cato cambió de tema.

–Será mejor que encontremos pronto al traidor. Antes de que tenga otra oportunidad de vendernos. Macro asintió.

–Pero podría ser cualquiera.

–Podría ser –coincidió Cato–. Pero de alguna manera tendrá que ponerse en contacto con los piratas. Eso reduce las posibilidades.

Macro sonrió. Casi podía oír pensar a Cato.

–¿Tienes a alguien en mente?

–No estoy seguro. Todavía no. Sin embargo, sí tengo una idea de por dónde empezar a buscar.

CAPÍTULO XXII

–Tus órdenes. –El prefecto Vitelio le entregó un pergamino sellado a Cato mientras pisaban la arena de la costa. Un bote esperaba para llevar a Cato hasta la Spartan, anclada mar adentro. Tocado por las primeras luces del nuevo día que se filtraban por encima de los picos de las montañas, el trirreme apenas era más que un perfil–. Te autorizo a actuar en mi nombre. No dudes en tomar cuanto necesitamos. Si cualquiera de los habitantes del lugar intenta ponerte obstáculos, debes actuar con firmeza. Las circunstancias extremas exigen acciones extremas, ¿entendido?

–Sí, señor.

–Bien. –Vitelio bajó la voz al entregarle un pequeño paquete sellado a Cato–. Éste es el informe. Asegúrate de que se mande a Roma en cuanto desembarques.

Cato cogió el paquete y lo guardó en el morral.

–Muy bien. Creo que esto es todo. –Vitelio hizo un gesto de aprobación para sus adentros–. Te veré dentro de unos días, con los refuerzos. Tienes que volver a reunirte con nosotros en la primera oportunidad que se presente. Te haré responsable de cualquier retraso injustificado.

Cato le devolvió la mirada con frío desprecio.

–Entiendo, señor.

–Más vale que así sea, centurión. Sería una pena tener que poner fin a nuestra antigua antipatía. Aunque estoy seguro de que no tardaría en encontrar nuevos enemigos. Cato esbozó una pequeña mueca sardónica. –No lo dudo, señor.

Vitelio lo miró unos segundos antes de dar la vuelta y se alejó a grandes zancadas. En cuanto el prefecto hubo desaparecido entre las tiendas, Macro se acercó a Cato. Le tendió la mano y los dos oficiales se agarraron por el antebrazo.

–De veras te deseo que tengas buen viaje –dijo Macro con una sonrisa irónica–. A tenor de nuestra reciente experiencia de la vida en el mar, necesitarás toda la suerte del mundo.

–¡A mí me lo vas a decir! –Cato le devolvió la sonrisa–. Macro, si salimos de ésta con vida, tienes mi permiso para molerme a patadas sólo a la que me veas mirar un barco con expresión de cariño.

–Puedes contar con ello.

Cato se alegró. En un mundo condicionado por los caprichos de las Parcas, resultaba tranquilizador saber que podía contar con la formalidad de Macro. Dio unas palmaditas en el hombro a su amigo y se dirigió al bote que lo aguardaba. Subió por el espejo de popa y los marineros empujaron la barca por el suave oleaje que se balanceaba y siseaba por encima de los guijarros. La embarcación surcó las olas espumosas y los marineros subieron a bordo, tomaron los remos y condujeron al centurión hacia el imponente casco de la

Spartan. Cato volvió la cabeza para dirigir una última mirada a su amigo y vio como Macro alzaba la mano, se daba la vuelta y se alejaba de nuevo con paso resuelto por en medio de las tiendas apiñadas entre la playa y la oscura línea del terraplén. El sol se alzaba por encima de las montañas cuando el trirreme salió de la bahía y dirigió su elegante proa hacia las aguas abiertas del otro lado. El cielo estaba encapotado y el mar, encrespado, era de un color gris como el acero. En la costa soplaba una fuerte brisa y la tripulación había atirantado las escotas de la vela mayor para que formara un ángulo con la cubierta y de este modo aprovechar al máximo el viento favorable. De pie en la cubierta de popa, Cato se fijó en que cierto nerviosismo se apoderaba de los marineros, que volvían su mirada hacia el horizonte como si esperaran que una borda de barcos piratas fuera a caer sobre ellos en cuanto se alejaran de la seguridad del resto de la flota romana y se abrieran camino mar adentro. El centurión se giró y se dirigió con pasos tranquilos y cortos hacia Albino. El trierarca parecía igual de preocupado que sus hombres y Cato intentó adoptar la misma calma intrépida que con tanta frecuencia había visto en Macro.

—¿Crees que todavía están ahí?

Albino dijo que sí con la cabeza.

—Seguro que sí. Habrán dejado a unos cuantos embarcados, para que nos vigilen.

—¿Hay algún peligro?

Albino lo miró.

—En el mar siempre hay peligro. Por ellos, por los dioses y por los elementos.

Cato insinuó una sonrisa.

—Me refería al enemigo.

—Ya lo sé. Pero con esta mar gruesa tendríamos que navegar más deprisa que ellos. —Albino levantó la vista hacia las nubes grises que había en lo alto—. Yo me preocuparía más por el tiempo. Da la impresión de que nos espera un poco de viento. —¿Un poco de viento? —Cato enarcó una ceja—. Me suena a alguna clase de eufemismo náutico donde los haya. Ahora le tocó el turno de sonreír a Albino.

—Muy bien, de acuerdo. Se avecina una tormenta. Vientos fuertes, mar gruesa. Condenadamente horrible en todos los sentidos.

—Creo que prefería lo de «un poco de viento», después de todo. —Cato quiso echar un vistazo hacia la costa de Iliria, pero vio que la entrada a la bahía ya había desaparecido en el horizonte y que ya sólo quedaba a la vista la serrada línea de montañas.

—¡Buque a la vista!

Por toda la cubierta las cabezas se inclinaron hacia el calcés, observaron la dirección del brazo del vigía y se volvieron hacia donde señalaba.

—Dos..., no, tres barcos.

Albino hizo bocina con las manos y gritó.

—¿Qué rumbo llevan?

Tras una leve pausa, el vigía respondió con un cansino fatalismo que resultó evidente a todos los que se encontraban en cubierta.

—¡Se acercan para interceptarnos, señor! Ahora los distingo con más claridad. Y no hay ninguna duda, vuelven a ser piratas.

—Muy bien. ¡Avisa en cuanto hagan algún cambio de rumbo!

El trierarca Albino dejó caer las manos a los lados y las apretó con fuerza antes de llevárselas a la espalda, donde no delatarían su estado de ánimo a nadie aparte de a Cato y al timonel.

—Son tres —caviló Cato—. ¿Suficientes para enfrentarse a nosotros? —Más que suficientes, bien manejados. Están a barlovento de nosotros e intentarán acercarse en diagonal. —¿No podemos dejarlos atrás?

Albino frunció la boca mientras calculaba las velocidades relativas de su embarcación y de los piratas.

—No, a menos que el tiempo empeore. De lo contrario, nos alcanzarán antes de mediodía. Tienen ventaja en cuanto a velocidad y a superioridad numérica, pero les es imprescindible abordarnos y es demasiado peligroso intentar embestir a nadie en estas condiciones. Además, la Spartan es un barco fuerte. Tiene unos costados firmes, hechos de madera bien curada. —El trierarca asintió con la cabeza para sus adentros, con orgullo—. No van a abrirnos una brecha.

En su voz había cierto grado de seguridad que iba más allá de la simple bravuconada, algo que tranquilizó un poco a Cato. Cruzó hacia el otro extremo de la cubierta y, con el resto de la tripulación, permaneció atento al primer atisbo de las velas de los piratas en el horizonte.

Las vio cuando todavía no había pasado ni una hora, tres diminutos triángulos oscuros que aparecían y desaparecían cuando el trirreme se alzaba en la cresta de cada ola, perdiéndose luego de vista cuando el buque de guerra se sumía en su seno.

Albino vigilaba con preocupación el avance del enemigo y en cuanto éste se hubo aproximado lo suficiente como para que sus velas estuvieran siempre a la vista, gritó a su tripulación:

–¡Dotación a la arboladura! ¡Soltad los dos últimos rizos!

Algunos miembros de la tripulación lo miraron con recelo antes de lanzarse a las jarcias y trepar por ellas hacia el punto más alto, allí donde la verga mayor estaba suspendida por encima de la cubierta. Raudos, avanzaron paso a paso por la longitud de la verga y se inclinaron para soltar los rizos. La vela, que ya estaba tirante como un tambor, arrancó el pesado cuero de sus manos con un tenso chasquido y entonces, cuando la vela soltada se agitó al viento, la tripulación ciñó las escotas y las ató en las cornamusas de cubierta. Con aquella presión adicional, el trirreme escoró más a barlovento y Cato se agarró al pasamanos mientras bajaba la mirada hacia el mar espumoso que pasaba a toda velocidad a unos cuantos pasos más abajo por la banda del barco, casi sumergiendo las portas de los remos. El aumento de velocidad se hizo patente de inmediato y, tras observar las velas de los piratas durante unos momentos, Cato tuvo la seguridad de que la Spartan los adelantaba con lentitud. Avanzó por la escorada cubierta hacia el capitán y como las gotas saladas le azotaban el rostro cada vez que la proa rompía una ola, parpadeó para evitar que le entraran en los ojos.

–¿No es un poco arriesgado?

Albino dio unas palmaditas en el pasamanos de la banda.

–Puede aguantarlo. A menos que el viento arrecie. Si eso ocurre tendremos que tomar de nuevo esos rizos si no queremos perder el mástil.

–¡Ah! –Cato miró al frente y comprobó que todos los cabos estaban tirantes y vibraban con la presión de la vela mayor, que tenía hasta su último retazo expuesto al viento del norte. Entonces volvió la vista hacia los barcos piratas y golpeó el pasamanos con un grito de triunfo.

–¡Los estamos adelantando!

Albino asintió con la cabeza.

–Sí. Pero donde las dan las toman. ¡Mirad! Señaló a las naves piratas y Cato distinguió unas figuras diminutas que trepaban a la arboladura para soltar los rizos de sus velas. Poco después, el enemigo volvía a acortar las distancias poco a poco.

Cato se volvió hacia Albino.

–¿Y ahora qué?

–Tendremos que intentar escapan Navegar de bolina y esperar que nuestro barco tenga menos abatimiento. Se dirigió al timonel:

–Llévalo con el viento.

–¡A la orden, mi capitán!

En tanto que la proa del trirreme empezaba a virar alejándose de los piratas, Albino voceó unas órdenes a su tripulación y las escotas de la vela mayor se soltaron hasta que el viento sopló directo desde la popa del barco. Luego, con gran esfuerzo, tensaron las escotas y las sujetaron en sus cornamusas. Al navegar con el viento, éste pasaba por encima de la cubierta con moderación y Cato sintió que lo invadía una sensación de pura euforia mientras el trirreme descendía a toda velocidad con una ola y se elevaba con la siguiente. Por primera vez pudo entender y sentir un poco de la atracción que el mar tenía para hombres como Albino y su tripulación. Entonces miró a popa y vio que los barcos piratas habían alterado el rumbo y que en aquellos momentos se hallaban justo detrás de la Spartan, apenas a una milla de distancia. La mano de Cato se posó de forma inconsciente en el pomo de su espada.

–¿Cuánto falta para que nos alcancen?

Albino entornó los ojos y examinó a sus perseguidores un momento.

–Cuatro horas, si tenemos suerte. Antes de anochecer, en cualquier caso. La persecución continuaba por la extensión de un mar grisáceo y coronado de blanco, el viento fue aumentando de modo progresivo su intensidad y las jarcias del trirreme zumbaban de lo lindo bajo aquella presión. Albino se dirigió a la parte delantera, apoyó la mano en las escotas de la vela mayor y levantó la mirada con preocupación hacia las tirantes costuras de la vela. Sin embargo, cuando regresó a la toldilla y echó un vistazo a los piratas, le quedó claro que éstos seguían acercándose, y que no había posibilidad de tomar ningún rizo más. Por detrás de los piratas, una capa plomiza se cernía sobre el horizonte, y por encima de ella el cielo era de un desagradable gris oscuro.

–¿Qué es eso? –señaló Cato–. ¿Una tormenta?

–Más bien una borrasca. Lluvia y viento, nada más. Aun así... –De pronto la expresión del trierarca se tensó en firme concentración. Calculó la distancia entre la Spartan y los piratas antes de clavar la mirada más allá de los tres barcos y escudriñar la negrura que se avecinaba a toda prisa. Tras ello se dio la vuelta y le sonrió a Cato—. Podría ser que tuviéramos suerte. En cuanto esa borrasca nos rodee alteraré el rumbo. Acaso perdamos a nuestros amigos, o al menos ganemos la distancia suficiente hasta que caiga la noche e intentemos darles esquinazo.

El velo de lluvia avanzaba por el mar hacia los piratas y de pronto los engulló y los ocultó a la vista de la tripulación del trirreme, que permaneció junto a las escotas de la vela mayor y las brazas, preparada para moverse con rapidez en cuanto el capitán diera la orden. Momentos antes de que aquella neblina gris se les echara encima, Cato notó que el viento refrescaba y cambiaba de dirección con furia, cosa que hizo que la vela mayor gualdrapeara con estruendo unos instantes, antes de que la dirección del viento fuera constante, y se quejase con un suave gemido lamentoso al pasar entre las jarcias. La lluvia empezó a golpear casi sin previo aviso, y unas centelleantes saetas líquidas cayeron estruendosas sobre la cubierta, formando una reluciente alfombra de agua que envolvía los pies de la tripulación. Cato se encorvó bajo su capa y sostuvo la capucha sobre su cabeza con la mano libre, en tanto que con la otra se aferraba al pasamanos de la banda.

–¡Soltad escotas! –bramó Albino desde allí cerca, forzando la voz para que se oyera por encima del repentino bramido de la borrasca—. ¡Timonel! ¡Haz virar el barco!

El trirreme viró con una sacudida y puso rumbo una vez más hacia la costa italiana. La vela mayor se sacudía y atronaba como si fuera un pájaro enorme.

–¡Dotación, a la arboladura! ¡Tomad un rizo!

Cato observó con preocupación a los marineros que trepaban por las jarcias y avanzaban poco a poco por la verga. Por debajo de ellos la cubierta se balanceaba de un lado a otro y amenazaba con arrojarlos a las rugientes agrias del mar. Cuando todos los hombres estuvieron en posición a lo largo de la verga, el trierarca gritó una orden y ellos empezaron a cobrar la vela hasta que el primer rizo estuvo al alcance. Tiraron de las sujeciones e iniciaron su atadura en torno a la verga antes de regresar hacia el mástil y bajar por las jarcias, con la respiración agitada por el esfuerzo y la excitación del momento.

–¡Bien hecho, muchachos! ¡Ahora cazad escotas y alejémonos de esos cabrones todo lo posible!

Con el viento en la aleta de popa, el trirreme cabeceó y se bamboleó en un ángulo escalofriante mientras se abría camino en medio de la borrasca. A Cato se le empezó a hacer un nudo en el estómago. Fue tambaleándose hacia el pasamanos del costado.

–¡En ese lado no! –advirtió Albino, que extendió un brazo hacia el otro lado del barco—. ¡Con el viento!

Cato se dio media vuelta, se tapó la boca con la mano y, medio corriendo, medio deslizándose, se dirigió al costado de la mano izquierda del barco y vomitó por encima de la barandilla. Daba la impresión de que no iba a terminar nunca, y allí permaneció una eternidad, encorvado sobre el pasamanos de la banda, agarrado con todas sus fuerzas a la áspera superficie de madera, sacudido por unos accesos de náuseas que desgarraban su cuerpo hasta la mismísima boca del estómago. La lluvia caía como un azote sin cesar, empapándole la capa y la túnica que llevaba debajo y que, al final, acabó fría y pegajosa contra su temblorosa piel.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que, en torno a él, la atmósfera parecía más luminosa y el retumbo torrencial de la lluvia sobre sus hombros empezaba a amainar. Cato levantó la cabeza y echó un vistazo a su alrededor en el preciso momento en que el velo gris de la borrasca empezaba a pasar de largo y luego desaparecía, tan bruscamente como había caído sobre ellos. El silbido de la lluvia se calmó y ya no pudo oírse, en tanto que la borrasca se alejaba con prontitud hacia el sur. Tras la feroz intensidad de la lluvia y el viento huracanado, se respiraba una tranquilidad anormal mientras el trirreme surcaba el mar agitado. Unos rayos de luz del sol atravesaron las nubes e incidieron sobre el segmento de mar que cruzaba la Spartan, el agua que goteaba de las jarcias brillaba como si fueran diamantes. Cato se limpió las habas agrías de las comisuras de los labios y se volvió hacia Albino. –¿Lo hicimos? ¿Los perdimos?

Albino se encogió de hombros.

–Todavía no sabría decírselo. Aguardad un poco. Ambos se dirigieron al codaste y otearon con atención mientras la borrasca se retiraba. No había señales de los barcos piratas y, al cabo de un rato, el trierarca exhaló un profundo suspiro y movió la cabeza con satisfacción. Miró a Cato con una sonrisa nerviosa.

–Parece que hemos...

–¡Ah de cubierta! ¡Buque enemigo a la vista!

En el preciso instante en que el trierarca y el centurión miraron hacia popa, tres velas relucientes surgieron de entre la neblina gris en la parte posterior de la borrasca, a menos de una milla de distancia. A Cato se le calmaron las náuseas cuando lo invadió una oleada de desesperación.

–¡Mierda! –Albino golpeó el codaste con el puño apretado–. Esos hijos de puta se nos han anticipado. Quienquiera que esté al mando de esa gente es un cabrón muy listo, no hay duda.

–Lo mejor será que nos preparemos para recibirlos –sugirió Cato, que todavía se sentía demasiado mareado como para asumir el mando directo del barco–. Mejor será que des tú las órdenes necesarias. Yo estaré mejor dentro de un momento.

Albino asintió con la cabeza, se volvió y se dirigió a su tripulación, dando órdenes a gritos para que los hombres se armaran y se prepararan para rechazar el abordaje. Cato continuó observando al enemigo mientras éste se acercaba a la Spartan con las velas a todo ceñir y todas las costuras tirantes. Daba la impresión de que las embarcaciones piratas se acercaban más rápido que nunca, y Cato se dio cuenta de que ellos no habían tomado ningún rizo. Por un instante maldijo la timidez de Albino y se preguntó por qué el trierarca no había ordenado de inmediato a sus hombres que treparan de nuevo para soltar el rizo de la ancha vela mayor de la Spartan.

Albino se reunió con él y comprobó con preocupación que el enemigo se iba abriendo camino hacia su presa. Los castillos de proa de los barcos más pequeños ya estaban abarrotados de hombres cuyas armas y armaduras relucían bajo la luz del sol, extendida por el mar a medida que las nubes se dispersaban. Los piratas navegaban en formación cerrada y su plan de ataque sólo se hizo evidente cuando estuvieron al alcance extremo de las catapultas. Dos de las embarcaciones empezaron a disminuir la velocidad contra el viento para aproximarse a la batida derecha del trirreme mientras que una tercera caía un poco a barlovento para atacar por la izquierda. Los defensores tendrían que dividir sus fuerzas para hacer frente a ambos ataques.

–¡Todos los marineros! ¡Alerta! –bramó Albino a la tripulación congregada en cubierta. Apresurados, cogieron sus armas y se hicieron con los escudos y cascos de los pañoles situados tras el castillo. Los jefes de sección formaron a sus hombres a ambos costados del trirreme y Cato se dio cuenta de que eran demasiado pocos para rechazar al enemigo. Si hubieran estado tan bien entrenados y armados como los infantes de marina, acaso hubieran tenido alguna posibilidad, pero antes que nada eran marineros, y después guerreros, y no muy buenos. Su única ventaja en la batalla que se avecinaba sería su desesperación por sobrevivir.

Cato se apartó del pasamanos, llevó los dedos al cierre abotonado al cuello y dio un tirón para despojarse de la capa empapada, que cayó en cubierta con un ruido sordo. Luego gritó una orden al marinero más próximo para que le trajera su casco y su escudo del camarote del trirreme. Se volvió hacia Albino.

–Si me ocurre algo y la Spartan sale adelante, asegúrate de que estos despachos lleguen a Roma –dijo una palmada en el morral húmedo que llevaba colgado en el costado–. Si da la impresión de que el barco está perdido, me encargaré de ellos. En cualquier caso, no deben caer en manos enemigas.

–Entiendo. Asegurémonos de que no se dé ese caso. Cato sonrió.

–Puedes estar seguro de que me llevaré por delante a tantos como pueda.

–Todos lo haremos. –Albino hizo un gesto con la cabeza hacia sus hombres–. Saben que no habrá clemencia. –Bien.

No había más que decir. El trierarca y el centurión permanecieron el uno junto al otro en tanto las naves piratas se acercaban y los gritos y burlas de los hombres en las proas de sus barcos se oían con claridad por encima de las olas. El marinero regresó con el casco y el escudo de Cato. Sin perder de vista al enemigo que se aproximaba, Cato se ató las correas del casco con calma y tomó el escudo, cambiando la forma de cogerlo hasta que encontró la posición más cómoda.

–Muy bien, asegurémonos de que no olviden con facilidad a los hombres de la Spartan.

En el preciso instante en que estas palabras se apagaron en sus labios, se oyó un distante chasquido. Cato miró hacia el barco que iba delante justo en el momento en que su mástil temblaba un instante y, a continuación, caía a barlovento, describiendo un grácil arco al tiempo que las velas y las jarcias se abalanzaban a un lado, como si una gigantesca mano invisible las hubiera arrancado de súbito. El enmarañado revoltijo de madera, cabos y lona cayó al mar, con lo que provocó que la proa virara y se cruzara en el camino del buque que surcaba las olas por detrás del que iba en cabeza. Demasiado tarde para alterar el rumbo, la segunda embarcación embistió a la primera a toda velocidad, con una violenta sacudida que arrojó sobre cubierta a los hombres de los dos barcos.

Albino se rió a carcajadas y le dio una palmada en la espalda a Cato.

–Alguna vez ha visto algo parecido? ¡Cabrones estúpidos! ¡Anda! ¡Mire allí!

El mástil del segundo barco se tambaleó un momento y luego se deslizó hacia atrás y también cayó con gran estruendo esta vez sobre los hombres desperdigados sobre su cubierta, provocando un nuevo coro de gritos y chillidos.

La expresión en el rostro de Albino rebotaba de júbilo ante la desgracia de su enemigo.

–Así aprenderán.

Cato se estaba recuperando de aquel asombroso giro de la fortuna.

–¿Qué ha ocurrido?

–Lo que ocurre siempre que largas demasiada vela con un viento demasiado fuerte. ¡Han partido el mástil!

El tercer barco mantuvo el rumbo durante unos minutos antes de que su triararca se diera cuenta de que no podía enfrentarse solo al trirreme. Navegó de bolina e hizo virar el barco para ir en auxilio de sus compañeros. Albino se frotó las manos con una alegría desenfadada.

–¡Creo que ha llegado el momento de ir a por ellos! –No. Albino se volvió hacia Cato con una expresión de desconcierto.

–Perdone. ¿Qué ha dicho?

–Déjalos.

–¿Que los deje? Pero si están a nuestra merced. Sólo tenemos que virar y darles caza. El último buque saldrá corriendo en cuanto vea que cambiamos de amuras. –En sus ojos había una expresión de súplica que Cato comprendía a la perfección. Tras el tormento del día anterior, la oportunidad de vengarse de forma aplastante sería, en efecto, muy dulce. Albino se inclinó para acercarse a él y bajó la voz–. No habrá peligro, centurión. Lo juro..., apuesto mi vida.

–No. No podemos arriesgarnos. Nuestras órdenes son regresar a Rávena y traer refuerzos. No voy a correr riesgos innecesarios. Nuestros compañeros cuentan con nosotros. –Cato se dio cuenta de que el triararca no estaba convencido y lo probó con otro argumento–. Mira, supongamos que damos la vuelta y que, de algún modo, algunos hombres consiguen subir a bordo de la Spartan. Ellos son más numerosos que nosotros. Si perdemos, ¿qué pasará con Vitelio y los demás?

Albino pasó la vista de Cato a los barcos piratas, que ya estaban quedando atrás, y por sus rasgos cruzó una expresión de amarga frustración. Por un instante, Cato estuvo convencido de que tendría que hacer valer su rango. Se puso tenso y respiró hondo pero, antes de que pudiera hablar, Albino se volvió de espaldas a los piratas y gritó a su tripulación:

–¡Retirada! ¡Retirada!

Los gritos de júbilo y excitación de la cubierta principal se apagaron y, enseguida, unas pocas muestras de descontento se extendieron entre los marineros mientras éstos se daban la vuelta para mirar a su capitán.

–¡Retirada! Devolved las armas a los pañoles y regresad a vuestras posiciones de navegación. ¡Ahora! ¡Oficiales de sección! ¡Que vuestros hombres hagan lo que digo!

Con un coro de gritos y un trato brusco, los oficiales subalternos dispersaron a los hombres y la guardia que no estaba de servicio se despachó bajo cubierta, dejando que sus compañeros permanecieran arriba, listos para responder a cualquier nueva orden.

Albino se dirigió a Cato.

–Hecho. ¿Está contento?

Cato se contuvo de responder y se lo quedó mirando en silencio hasta que el otro hombre apartó la mirada y la dirigió por encima de la popa al mar, hacia los barcos piratas que subían y bajaban mansamente con el oleaje.

–Albino –musitó Cato–, hemos recibido órdenes. Nuestro deber es cumplirlas con toda la rapidez que podamos.

–¡Eso ya lo sé, maldita sea! Pero sólo quería ver sufrir a esa escoria.

–Ya verás. Ahora no, pero sí muy pronto. Saborea esa idea.

Albino asintió con un leve movimiento de la cabeza, se dio la vuelta y recorrió a grandes zancadas y en silencio toda la longitud de su barco, fulminando con la mirada a todo aquel que osara cruzarse en su camino. Cato suspiró aliviado, dando gracias de que al final Albino hubiera entrado en razón. Sin embargo, la próxima vez no habría manera de contenerlo, y entonces sería mejor que los dioses tuvieran un poco de clemencia con los piratas, pues Albino, deseoso de hacerles pagar lo que habían hecho a sus compañeros, no tendría ninguna. Una súbita ráfaga de viento hizo que Cato temblara de modo incontrolable cuando el aire atravesó su ropa empapada y le heló la carne hasta los huesos. Al momento se le ocurrió una idea terrible, echó la mano a la espalda y dio la vuelta al morral para ponérselo delante. El agua del mar lo había

oscurecido y sus dedos helados forcejearon con las correas hasta que al fin pudo abrir la solapa y mirar en su interior. El rollo con sus órdenes seguía metido en su funda de cuero y estaría bastante seco. No así el paquete que contenía el informe de Vitelio que estaba empapado. Cuando Cato iba a sacarlo del morral, el sello se desprendió y el envoltorio se abrió un poco. Dentro pudo ver la primera de las tablillas enceradas de las que constaba el informe.

Se quedó inmóvil preso de la primera tentación de hacer lo que no debía que cruzó por su mente. Algo sencillo. Podía esperar hasta que llegaran a Rávena y mientras los birremes restantes se cargaban de hombres y pertrechos, aprovechar la oportunidad para leer el informe del prefecto y luego volverlo a sellar antes de mandárselo a Narciso a Roma. Sería muy fácil y de ese modo sabría qué tramaba Vitelio. Quizás en el texto dijese algo sobre los rollos, algo que explicara por qué valían la vida de tantos hombres. Por un momento una voz interior le recordó a Cato que la acción de leer el informe supondría un abuso de confianza. Si se llegaba a descubrir que había curioseado un despacho imperial oficial, las consecuencias serían peligrosas. Entonces recordó que, al fin y al cabo, estaba tratando con Vitelio.

—¡Qué carajo! —murmuró para sus adentros, y decidido a leer el informe en cuanto llegaran a Rávena volvió a atar la solapa.

CAPÍTULO XXIII

Los habitantes de Rávena estaban enojados. Una multitud se había congregado a las puertas de la base naval y unos hombres enfadados proferían una sarta de insultos a los centinelas apostados en la torre por encima de la entrada. Se habían cerrado las puertas propiamente dichas y se había colocado una tranca en sus soportes. Cato decidió que no tenía sentido correr ningún riesgo con aquella muchedumbre. Quizá no le gustara la situación pero, dadas las órdenes que tenía, él no podía hacer nada al respecto. Dentro de la base, los centuriones de la armada y los trierarcas de los birremes restantes obligaban a trabajar a sus hombres a un ritmo febril para que terminasen de cargar la comida y el equipo.

A pesar de los ruegos del Consejo municipal, Cato había resuelto regresar a Iliria tan pronto como fuera posible. De hecho, le habían mandado a una delegación para exigirle explicaciones por haber despojado a la ciudad de sus defensores. El portavoz, un hombre de debilitada figura, rebosaba la habitual arrogancia altiva de los funcionarios de provincia. Cato había escuchado a Rufio Polo mientras éste expresaba la indignación del consejo, luego se había disculpado con educación y le había comunicado a Rufo Polo que estaba obligado a cumplir las órdenes que le habían dado.

Cuando corrió la voz por el puerto, todos los haraganes iracundos que rondaban por las tabernas bajaron tambaleantes hasta el malecón para gritar insultos subidos de tono a los soldados que se hallaban al otro lado de la puerta cerrada. A ellos se sumaron niños, ansiosos por saber a santo de qué venía todo aquel alboroto. Ya el mismo día en que la Spartan había entrado en el puerto, antes de caer la noche, la ancha calle que iba del muelle a los almacenes se llenó de enojados habitantes de la ciudad.

—¿Quiere que mande una centuria a dispersarlos? —preguntó el centurión Metelo, de pie al lado de Cato, mientras ambos miraban a la multitud por encima de las almenas.

Cato consideró la oferta un momento y a continuación negó con la cabeza.

—No es necesario. Se dispersarán pronto, en cuanto se den cuenta de que están perdiendo el tiempo. No tiene sentido provocar más resentimiento del que ya existe.

—Está bien, señor. —Metelo intentó disimular su decepción—. De todos modos, un día de estos tendremos que darles una lección. No podemos permitir que esta chusma crea que puede salirse con la suya. Desde que esos piratas entraron en escena, no han dejado de ponernos verdes.

—La lección tendrá que dársela otra persona —repuso Cato cansinamente—. Pero no ahora. Nosotros no. Estamos demasiado ocupados.

Metelo se encogió de hombros.

—Si usted lo dice, señor.

—Sí, yo lo digo. —Cato se volvió hacia su subordinado—. Y asegúrate de que ninguno de tus hombres hace nada que provoque a esa gente. Nuestros soldados están aquí para vigilar la puerta, nada más. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Estaré en mis dependencias. Si se produce algún cambio en la situación, avísame enseguida. —Sí, señor. —intercambiaron un saludo, Cato se dio la vuelta y descendió por la estrecha escalera hacia la calle, por detrás de la puerta. Al cruzar la plaza de armas, echó un vistazo al puerto naval. A lo largo del muelle había cuatro birremes amarrados proa con popa y dos más fondeados a cierta distancia, esperando su turno para ser

cargados. Entre los barcos y los almacenes circulaba un continuo flujo de hombres, exhortados por los fuertes gritos de sus oficiales. A aquel ritmo los barcos estarían cargados antes del anochecer, listos para partir con las primeras luces del alba. El viento del norte había quedado reducido a una brisa constante y si se mantenía, Cato y los refuerzos llegarían con Vitelio cinco días después de que la Spartan hubiera zarpado de Iliria.

No obstante, Cato tenía que ocuparse primero de unas cuantas cosas. Pensó de nuevo en el informe del prefecto, extendido sobre una mesa en una habitación cerrada con llave del edificio del cuartel. Tras dar sus órdenes a los oficiales a cargo de la guarnición, Cato se había retirado al estudio de Vitelio y allí había abierto el paquete sin sellar, cuidándose mucho de conservar tanto el envoltorio de lino como el sello desprendido. El agua no había dañado el mensaje de las tablillas y Cato las dispuso en orden antes de intentar leer el informe que, por desgracia, parecía no tener sentido alguno. Había palabras, sí, pero éstas estaban compuestas por una disposición de letras sin significado. Así pues, se trataba de un código, algo comprensible puesto que el mensaje podría haber caído en manos enemigas antes de llegar a Rávena.

En cuanto Cato se dio cuenta de que estaba mirando un mensaje cifrado, recordó que los agentes del palacio imperial preferían utilizar el código Augusto: la transposición de las letras del alfabeto de acuerdo con una clave acordada. Un método sencillo, pero lo bastante efectivo para disuadir a todos aquellos que carecieran de la información necesaria para descifrar la clave. Cato se había pasado gran parte de la mañana experimentando con transposiciones de valores únicos, sin suerte. Por lo tanto, el código tenía que estar formado por valores alternos, a media tarde ya había descubierto dichos valores: cuatro, dos y cinco. Con una copia del alfabeto escrita a toda prisa, Cato había descifrado todo menos la última tablilla.

El informe del prefecto empezaba con una sagaz previsión de la protesta del jefe del consejo a Roma. Vitelio explicaba que se había visto obligado a dejar el puerto sin guarnición para garantizar una rápida y aplastante derrota de los piratas. Proporcionaba una breve descripción de la batalla naval, afirmando haber ahuyentado a los piratas con pérdidas sustanciales en ambos bandos. Cato sonrió con amargura mientras leía aquella parte del escrito. Vitelio continuaba dando una idea general de sus fuerzas actuales y sus intenciones. Hasta ese punto había llegado Cato antes de que Metelo lo reclamara en la puerta principal para que viera a la multitud cada vez más numerosa que se congregaba fuera. Aparte de la descarada tergiversación del primer desastroso encuentro con los piratas, y de un programa bastante optimista de futuras operaciones, de momento el informe no contenía ni por asomo nada siniestro. Tampoco proporcionaba ningún detalle sobre los rollos por los que ya se había derramado tanta sangre, algo que a Cato resultaba exasperante.

En aquellos momentos el joven centurión estaba ansioso por regresar y terminar de descifrar aquel informe antes de que tuviera que arriesgarse a ir hasta el puerto para ocuparse de otro asunto más urgente. Entró en el edificio del cuartel y subió a toda prisa por las escaleras hasta el conjunto de oficinas del prefecto. Sólo había unos cuantos administrativos en sus mesas, en plena redacción de los inventarios de los pertrechos que se estaban cargando en los birremes. Cato pasó entre ellos a grandes zancadas, mientras buscaba a tientas la llave en su bolsa. Metió la llave en la cerradura, la giró, abrió la puerta y entró. Miró al escribiente más próximo.

—Que nadie me moleste a menos que haya una emergencia.

—Sí, señor.

Cato cerró la puerta y tomó asiento en la silla delicadamente tallada del prefecto. Todavía quedaba un poco de vino con agua en la copa que se había servido antes y tomó un rápido sorbo antes de coger su estilo y empezar su trabajo en la última tablilla. Cada una de las letras del informe se correspondía con otra letra posterior del alfabeto y, después de descifrarlo, Cato hizo una copia del mensaje en una tablilla en blanco que había cogido del anuario donde el prefecto guardaba su material de escritura. La esencia del mensaje estaba quedando muy clara y Cato tuvo una escalofriante sensación de miedo que de manera gradual dio paso a un deseo de venganza. Cuando llegó al final, dejó el estilo y leyó su copia. Como conclusión, nuestras fuerzas han logrado, de momento, cierto éxito que, en gran medida, se debe a la diligencia con la que he llevado a cabo la planificación, preparación y ejecución de la operación. Por consiguiente, es con gran pesar que tengo que informar de que las acciones del centurión Cato durante el combate naval antes mencionado comprometieron una más pronta resolución de la amenaza pirata y posible recuperación de los rollos délficos.

En un momento crítico de la batalla, cuando el buque insignia enemigo se hallaba en plena retirada y era perseguido por la Horcus y la escuadra de trirremes, el centurión Cato ordenó a su barco que interrumpiera la persecución y se dirigiera hacia las embarcaciones enemigas más ligeras que combatían con nuestras fuerzas de birremes. Una explicación benévola de su acción podría ser que el centurión hubiera acudido en

ayuda de algunos de nuestros barcos que en aquellos momentos tenían leves dificultades. Sin embargo, también es posible que el deseo de mérito personal del centurión Cato anulara su acatamiento de las órdenes. Asimismo, cabe la posibilidad de que, de manera deliberada, optara por enfrentarse a un enemigo de fuerza menos imponente que la del buque insignia rival.

En cualquier caso, su barco abandonó la formación y unos cuantos trirremes más siguieron su ejemplo. Ello me dejó con fuerzas insuficientes para enfrentarme al comandante pirata y me vi obligado a abandonar la persecución.

Como consecuencia de la imprudencia del centurión Cato, la operación será considerablemente más larga de lo que había previsto. Por lo tanto, solicito permiso para hacer que el centurión deje de estar a mis órdenes y regrese a Roma para afrontar medidas disciplinarias. Dada la naturaleza confidencial de la misión que se me ha asignado, no puedo proceder con ninguna seguridad de éxito mientras cargue con

el lastre de un hombre que no posee ni la experiencia ni el coraje que este trabajo exige. Me duele informarte en estos términos, Narciso, puesto que sé que tienes en cierta consideración las habilidades del individuo en cuestión. No obstante, como son muchas las cosas que están en juego, estoy seguro de que comprenderás mis graves preocupaciones y darás tu consentimiento, con toda la prontitud posible, para que, de un modo u otro, se me despoje de esta carga.

VITELIO

Cato dejó la tablilla en la mesa y respiró hondo. El informe era prácticamente una sentencia de muerte y por un momento sintió como si un miedo gélido le royese las entrañas mientras su pensamiento se aceleraba para comprender todas las consecuencias de los comentarios finales de Vitelio. Su primera reacción fue un odio amargo hacia el prefecto. La conclusión del informe iba más allá de la injusticia. Era pura falsedad interesada, pensada para que la culpa de la fracasada batalla naval recayera sobre Cato. El prefecto tenía intención de matarlo. Eso era evidente. Si surgía una oportunidad adecuada, puede que ni siquiera esperara a tener el permiso del secretario imperial.

Cato se sirvió otra copa de vino y esta vez no lo aguó. Antes de poder hacer ningún plan para enfrentarse con aquel nuevo peligro, tenía que comprender por qué el prefecto deseaba su muerte. Era de suponer que tenía alguna relación con los rollos. Los rollos délficos. ¡No era posible que tuvieran la culpa aquellos famosos rollos délficos!

Fueran los que fueran los motivos, el secretario imperial pensaba que esos rollos eran tan vitales como para arriesgar por ellos un gran contingente de soldados y barcos. Y ahora parecía que Vitelio los consideraba, además, lo bastante importantes como para querer y quitar de en medio a Cato, y así poder recuperarlos él solo.

Cato era consciente de que debía encontrar alguna manera de eludir el peligro al que se enfrentaba. Podía escribir su propio informe y mandarlo a Roma junto con el de Vitelio. Podía explicar la verdad que se ocultaba detrás del desastroso resultado de la batalla naval. También podía expresar sus dudas sobre hasta qué punto era permisible confiar en que el prefecto fuera capaz de recuperar los rollos para Narciso. Sin embargo, al mismo tiempo que estos pensamientos se agolpaban en su mente, Cato se daba cuenta de que no serviría de nada tratar de explicar la verdad. Vitelio era un favorito del emperador Claudio desde que se había llevado el mérito de salvarlo de la hoja de un asesino durante la visita imperial al ejército en Britania. También era uno de los agentes en quien Narciso más confiaba. La palabra de un modesto centurión no tendría mucho peso contra la de un aristócrata. De hecho, en el mejor de los casos era más que probable que las acusaciones de Cato se interpretaran como maliciosas, y como siniestras y sospechosas en el peor. De ese modo, Vitelio tergiversaría las acusaciones contra él y Cato desaparecería con discreción de la escena. Otro cadáver anónimo sacado del Tíbet, arrojado en una fosa común y cubierto de limo.

Cato apuró la copa de vino y se quedó mirando fijamente el informe del prefecto. Mientras lo hacía, poco a poco se fue dibujando una sonrisa en su rostro. Muy bien, si no se atrevía a acompañar las mentiras de Vitelio con su propia versión de los hechos, entonces alteraría el informe del prefecto de manera que Vitelio se condenara por sí mismo. Se inclinó sobre la mesa, alargó la mano para coger unas cuantas tablillas no escritas y empezó a redactar el nuevo informe.

Un poco más tarde, cuando en el puerto empezaba a anochecer, se reclinó en su asiento y admiró su trabajo. Que Vitelio saliera de aquello como pudiera, pensó. Cato unió las tablillas enceradas atándolas por los agujeros de los marcos de madera y las envolvió cuidadosamente con el trozo de lino. Luego borró el informe de las tablillas originales mediante firmes movimientos con el extremo opuesto del estilo. Finalmente, calentó un poco de cera nueva y la dejó gotear sobre el paquete antes de presionar sobre ella con

el sello original del prefecto de la flota y dejar que se grabara. Examinó los resultados con detenimiento y sonrió con satisfacción al levantarse de la mesa.

Antes de salir del despacho, por un momento estuvo tentado de dejar en la mesa su versión descifrada del informe para que el prefecto lo descubriera a su regreso. La idea de que Vitelio supiera que había sido vencido por el hombre al que había intentado destruir lo colmaba de orgullo. Cato sopesó su ocurrencia y luego la desestimó con cierto pesar. Cogió el punzón, calentó el extremo más ancho sobre la llama de una lámpara de aceite y borró su trabajo, destruyendo así cualquier rastro del mensaje descifrado. Vitelio no tardaría en enterarse de que su intriga había quedado frustrada. Que sufriera la incertidumbre sobre cómo algo así se había conseguido.

Cato abrió la puerta y salió al amplio despacho que había al otro lado.

–¡Tú! –Le hizo una señal a uno de los escribientes que todavía estaba sentado a su mesa–. ¡ven aquí!

–Sí, señor. –Lleva este despacho al puesto de correo. Tiene que enviarse a Roma de inmediato.

–Sí, señor.

–Será mejor que el jinete salga por la puerta de la costa. No tiene sentido hacer que se arriesgue a pasar por entre la multitud. Encárgate de ello.

El administrativo saludó y salió a toda prisa de la oficina con el despacho agarrado con ambas manos. Cato tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener el estremecimiento nervioso que se intensificaba en su interior. La expectativa de que Vitelio comprendiera que le habían tendido una trampa era sumamente grata. Ahora sólo los dioses podían salvar su carrera y su reputación.

CAPÍTULO XXIV

prueba

Cato seguía de buen humor cuando, tras caer la noche, salió de la base naval por una pequeña entrada lateral. Hacía frío y el suave viento que soplabá por las calles traía consigo una fina llovizna. El joven centurión se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y encorvó los hombros bajo los pliegues de lana. De la multitud que escasas horas antes protestaba al otro lado de la puerta principal, apenas quedaban un centenar de habitantes de la ciudad, borrachos y enojados, pero no tenía sentido arriesgar la vida intentando pasar entre ellos de camino a los barrios pobres de Rávena. Cato se había despojado de su uniforme y vestido con una túnica sencilla, una capa marinera y unas sandalias baratas; el típico atuendo que llevaban los marineros que abarrotaban las calles del puerto. Bordoó el malecón y se dirigió hacia el tortuoso laberinto de calles y pasajes estrechos de la zona más decadente del área portuaria.

La calle en la que se encontraba el Delfín Danzante estaba mucho más tranquila que la última vez que Cato había estado allí. Los marineros y los soldados de la armada habían constituido la principal fuente de clientes para la miriada de bares y burdeles de la zona. Ahora, las prostitutas desocupadas se hallaban sentadas en sus huecos acortinados con expresiones hoscas que se iluminaban y se transformaban en forzados semblantes seductores cuando veían acercarse a Cato, quien bajaba por un lado de la calle. El joven evitó cruzar la mirada con ellas, o responder a sus explícitos ruegos sexuales, y pasó de largo a grandes zancadas, con la cabeza gacha.

En el Delfín Danzante sólo había un puñado de clientes cuando Cato entró. Se dejó la capucha puesta un momento mientras echaba un vistazo por allí. El único rostro que reconoció fue el del camarero, apoyado en el mostrador mientras esperaba servir a algún cliente. Miró a Cato esperanzado y el centurión se abrió camino por entre la caprichosa disposición de mesas y bancos hacia el mostrador. El camarero le dirigió una débil y poco convincente sonrisa de bienvenida.

–Buenas noches. ¿Qué te pongo?

–Vino mulso.

–Bien. –El camarero hundió un cucharón en una jarra humeante y llenó una copa de bronce que deslizó por encima de la barra hacia Cato–. Son tres ases.

Cato sacó las pequeñas monedas de su bolsa y las tiró encima del mostrador. A pesar del precio, la bebida sólo tenía buen paladar y, al sorber el primer trago cálido, Cato notó el poso en la boca.

El camarero volvió a meter el cucharón en la jarra.

–¿Alguna otra cosa?

–Sí. –Cato tomó otro sorbo–. Porcia. Necesito hablar con ella. Dile que estoy aquí.

–¿Y tú eres...?

–El centurión Cato. Ella ya me conoce.

El camarero retrocedió del mostrador y examinó a Cato. Sin duda decidió que el cliente era de poca importancia y meneó la cabeza.

–No puedes verla. No está.

–Muy bien, majete. ¿Y dónde está entonces? A Cato le resultó bastante elocuente la expresión de ligera preocupación que cruzó por el rostro del camarero cuando trató de inventarse una excusa.

–Bueno, pues..., está..., ha ido a ver al mayorista de vinos.

–Entiendo. Y supongo que este mayorista sólo abre por las noches, ¿verdad?

–Sí, esto..., no. Lo ha hecho como favor especial.

–¿En serio? –Cato sonrió con un rictus y se inclinó para acercarse más a él–. Mira, amigo, ella está en el local. No sirve de nada que lo niegues. Ve y dile que ha venido Cato, el amigo de Macro, y que necesita hablar con ella urgentemente. Vamos, ve. Antes de que tenga que obligarte.

Cato notó que se le aceleraba el pulso mientras miraba con dureza al camarero, intentando hacer el papel de un hombre que no aceptaría un no como respuesta. El camarero le sostuvo la mirada al tiempo que sus manos sobaban con gestos lentos un trapo sucio. Al final frunció los labios y soltó un resoplido de desprecio.

–Ya te he dicho que no está. Y ahora, creo que será

mejor que te termines la copa y te vayas antes de que te eche yo.

Cato se abrió la capa para dejar al descubierto el pomo de su espada y desenvainó la hoja con toda tranquilidad. –Creo que será mejor que vayas a buscarla.

Los ojos del camarero se clavaron en la punta de la espada y movió con rapidez la cabeza en señal de aprobación.

–Ahora me acuerdo. Está haciendo las cuentas. Le diré que estás aquí.

El centurión asintió. –Gracias.

Cato mantuvo la espada alzada y el camarero retrocedió con cuidado a lo largo de la pared que había tras el mostrador hasta que estuvo fuera de su alcance, entonces se metió apresurado por la pequeña entrada que daba al pasillo. En cuanto el hombre desapareció, Cato enfundó el arma y echó un vistazo a los demás clientes que había en la taberna. Unos cuantos rostros se habían vuelto hacia él por curiosidad, pero la mayoría seguían hablando en voz baja con sus amigos, o simplemente tenían la mirada perdida, sumidos en un sopor etílico. Cato se volvió de nuevo hacia su vino mulso y alzó la copa. Entonces se acordó del poso arenoso y la volvió a dejar en el mostrador, haciendo una mueca.

–¿Qué le pasa a ese vino?

Por un momento Cato se sobresaltó al oír la voz, y se giró con brusquedad antes de intentar recuperar la compostura. Porcia estaba de pie en el marco de la puerta, entre las sombras, y la oyó reír.

–Mi empleado me dijo que teníamos a un matón en el bar. No mencionó a ningún niño.

–No soy un niño –replicó Cato con enfado–. Soy un centurión.

–Eres un joven muy susceptible, ¿verdad? –La mujer salió hacia la pálida luz del bar y Cato vio la sonrisa divertiría que ni siquiera intentaba disimular. Notó que se ruborizaba mientras Porcia se acercaba y se quedaba de pie al otro lado del mostrador–. Creía que estabas en Iliria, dándoles duro a esos piratas. –La amarga ironía de sus últimas palabras se quedó flotando en el aire como una acusación.

–Estaba. Pero el prefecto necesitaba que alguien vol-viera a por refuerzos. –Eso he oído. Me imagino que las cosas no les van bien a los nuestros. Ahora parece que nos vais a dejar expuestos a un ataque.

Cato no dijo nada, sino que bajó la mirada para intentar ocultar la culpabilidad que sentía.

–¿Qué puedo hacer por ti, centurión? ¿Es sobre ese idiota de mi hijo?

Cato dijo que sí con la cabeza.

–Eso. Y otra cosa.

La mujer arqueó sus cejas depiladas.

–No parece presagiar nada bueno... ¿Alguna noticia sobre mi hombre?

–¿Minucio? Está a salvo. –Cato recordó el endeble terraplén que se había levantado en torno a los restos de la flota–. Al menos lo estaba cuando lo dejé.

–A salvo –repitió Porcia en voz baja, y a continuación se pasó la mano por el cabello y se lo sujetó atrás en una sencilla cola de caballo–. Bien. Mañana haré una ofrenda por ellos.

–¿Por ellos? –Cato sonrió.

–Sí, ¿por qué no? Incluso a ese idiota amigo tuyo le vendrá bien un poco de ayuda de los dioses.
Se hizo un silencio incómodo antes de que Cato reuniera el valor suficiente para decir lo que quería.
–¿Sabes? Creo que lo indicado sería una pequeña reconciliación.

–Entonces mejor será que se lo digas a él –replicó Porcia con frialdad–. La última vez que vi a mi hijo pareció con-formarse con darle una paliza tremenda a mi futuro marido y destrozarse mis medios de vida.

Cato lanzó una mirada a la lúgubre taberna y Porcia notó enseguida su desprecio.

–Puede que a ti no te parezca gran cosa, pero duran-te años ha sido mi modo de ganarme el pan. Minucio y yo hemos invertido en este negocio hasta el último sestercio que hemos podido ahorrar. Sí no fuera porque hace poco hemos heredado algo de dinero, nunca le habría per-donado a Macro los destrozos que causó la otra noche. Además, resulta que voy a vender el negocio. En cuanto Minucio regrese nos marcharemos de Rávena.

–Os marcharéis?

–No tengo intención de terminar mis días sirviendo detrás de un mostrador, Cato. Minucio y yo queremos comprar una pequeña finca y retirarnos tranquilamente.

Cato enarcó las cejas asombrado.

–Este sitio debe de dar unos beneficios considerables. Porcia soltó un resoplido.

–¡Ojalá! No. El dinero es de Minucio. Su tío murió hace unos cuantos meses. Al parecer, el hombre fue lo bastante sensato como para no tener hijos –añadió con sentimiento–. Se lo dejó todo a su único sobrino. –Le sonrió con amargura–. Una herencia que ridiculiza un poco todos los años que he dedicado a este lugar, ano te parece?

Cato se encogió de hombros.

–Más vale tarde que nunca. Y lo mismo puede aplicarse a hacer las paces con Macro.

–¿No se te olvida algo? Los abandoné, a él y a su padre. Los dejé y me escapé con otro hombre. ¿Puedes imaginarte cuánto daño haría eso a un niño de su edad? Aunque tenía mis motivos, nunca pude perdonármelo. Con frecuencia me he imaginado cómo debió de haberlo pasado, me he atormentado con ello. Y siempre he estado segura de que, por mal que eso me hiciera sentir, para él fue mucho peor, si bien no lo fuera para ese haragán borracho que era mi marido. Puedes tener la certeza de que Macro nunca me perdonará.

–Puede que sí lo haga –repuso Cato–, si le cías la oportunidad.

Porcia frunció el ceño y le dio unas palmaditas en la mano a Cato.

–Mira, pareces un buen chico, Cato. Pero la verdad es que esto no te concierne.

–Macro es mi amigo. Sí que me concierne.

–En tal caso, haz lo que quieras... –Se quedaron miran-do el uno al otro en silencio durante un momento antes de que la mirada de Porcia vacilara–. Está bien, puedes decir-le que hablaré con él cuando termine todo este asunto de los piratas. Le doy una última oportunidad para que crezca. Si no consigue comportarse como un adulto, me desentenderé por completo de él. Al fin y al cabo, tengo un futuro con Minucio. No me hace ninguna falta desenterrar el pasado.

–Muy bien. –Cato asintió satisfecho con la cabeza–. Se lo diré.

–Y ahora, si eso es todo... No, espera. Has menciona-do que había otra cosa.

–Sí.

–S bien?

–¿Recuerdas la noche que vinimos?

Porcia lo fulminó con la mirada.

–¿A ti qué te parece?

Cato bajó el rostro para ocultar su vergüenza.

–Había un hombre con nosotros. Un mercader. Enobarbo.

–Lo recuerdo. Un hombre muy bien parecido. –ALo has visto de nuevo?

–No lo vi durante varios días después de la pelea. Luego volvió a aparecer. Ha estado aquí unas dos o tres veces. Siempre iba derecho a convidar a cualquier soldado de la flota. –Porcia sonrió al recordarlo–. Muy ostentoso con su dinero. La última vez pagó una ronda para todo el mundo,

–¿En serio? –Cato arqueó una ceja–. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Enobarbo? Tengo que hablar con él.

Porcia movió la cabeza en señal de negación.

–Lo siento. No tengo ni idea... Pero podrías preguntarle a ese tipo. –Hizo un gesto hacia un hombre que estaba desplomado sobre una mesa situada junto a la puerta, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados.

–¿A él?

–Es uno de los capataces de los almacenes. Contrata a mozos para todos los armadores y mercaderes del puerto. Si alguien sabe dónde está tu hombre es Laeco, ése de ahí.

CAPÍTULO XXV

–¿Laeco? –Cato se quedó de pie junto a aquel hombre y arrugó la nariz al notar la fetidez a vino y sudor. En el banco, junto a Laeco, había una capa hecha un lío y el capataz llevaba puesta una túnica de cuero suave sin mangas, manchada y desgastada por los años de duro trabajo en el puerto. Laeco no se movió, por lo que Cato se inclinó y lo sacudió por el hombro, una masa de músculo y tatuajes–. Laeco...

El capataz refunfuñó en voz baja y sus ojos parpadea-ron un momento antes de que sus labios se hincharan y soltaran un lento eructo. Cato hizo una mueca cuando le llegaron los rancios vapores de vino y ajo.

–Estupendo.

Cato lo agarró del hombro con fuerza y lo sacudió con firmeza.

–¡Laeco! ¡Despierta, hombre!

–Lárrgate. –Laeco agitó una mano para indicarle a Cato que se fuera–. Déjame en paz, cabrón. ¿No ves que estoy dormido, joder?

–No, no lo estás. –Cato volvió a sacudirlo con energía–. Tengo que hablar contigo. ¡Siéntate bien! –Volvió la mirada hacia el mostrador–. ¡Trae una jarra de agua!

Mientras esperaba a que regresara el camarero, Cato soltó a Laeco y el capataz volvió a sumirse en su sopor, mascullando cosas ininteligibles en tanto que el centurión amigaba de nuevo la nariz. El camarero salió del cuarto trasero y se dirigió hacia donde estaba Cato con una jarra y dos copas. Las dejó en la mesa junto a Laeco.

–ALa echo, señor?

–Sí, toda.

El camarero miró las copas y frunció el ceño.

–¡En las copas no, idiota! ¡Échase encima a él! Vacía-la toda.

El camarero sonrió con complicidad.

–¡Ah! Ya lo entiendo.

Agarró la jarra con cuidado, apuntó y la levantó, dejando caer un torrente sobre la cabeza del capataz. En cuanto la jarra quedó vacía, el camarero retrocedió a toda prisa para situarse fuera de su alcance. Laeco se incorporó con una sacudida, farfullando de confusión y enojo.

–¿Qué coño...? –Echó un vistazo a su alrededor y sus ojos se clavaron en Cato–. ¡Ove! ¿Qué estás...?

–¡Silencio! –exclamó Cato con brusquedad–. Siéntate tranquilo y contesta a mis preguntas.

–¿Que me siente tranquilo? –se mofó–. ¡No, mejor voy a arrancarte la cabeza, pequeño charlatán!

Laeco se giró con una sacudida, barrió la tabla de la mesa con su enorme brazo y mandó las copas volando por la estancia, que fueron a estrellarse contra la pared. Sin embargo, Cato había retrocedido antes de que él pudiera levantarse del banco y, con un cansino suspiro de resignación, volvió a desenvainar la espada.

–¡Vamos, tranquilo! Siéntate.

Laeco se detuvo un momento y entornó los ojos para asimilar la visión de la espada primero, y luego del joven que estaba de pie detrás de la hoja. Mientras el agua le chorreaba por los mechones de su desordenado cabello pegado a la cabeza, Laeco se despejó con rapidez y lo suficiente para darse cuenta de que se hallaba en desventaja. Se dejó caer en el banco y se inclinó, alejándose de Cato, apoyando la espalda contra el agrietado enlucido de la pared.

–Muy bien. –Cato asintió con la cabeza–. Y ahora que me brindas tu atención, necesito hacerte unas preguntas. ¿Te dice algo el nombre de Enobarbo?

–¿Enobarbo? –El capataz alzó un puño y se frotó la barbilla mientras consideraba la pregunta–. Nunca he oído hablar de él.

–Inténtalo otra vez –gruñó Cato–. Un tipo mayor. Un poco delgado. Comercia con arte y escultura.

–Puede que lo conozca –sugirió Laeco perezosa-mente–. ¿Qué saco yo con esto?

–Que no te retengan para interrogarte en la base naval, por ejemplo. –Cato le dirigió una leve sonrisa–. Sería mejor para ti que respondieras a mis preguntas aquí, antes que permitir que mis hombres te saquen las respuestas a golpes. Y ahora, dime, ¿conoces a ese hombre?

–Está bien. Déjame pensar... ¿Este tal Enobarbo llegó al puerto hace unos días?

–Parece que es el hombre al que estoy buscando. ¿Has hecho algún trabajo para él?

–No.

–¿Sabes de alguien que lo haya hecho?

–No.

–Laeco, tendrás que hacerlo mejor si no quieres pasar unas cuantas y dolorosas horas a solas con mis soldados. ¿Me explico con claridad? –Cato lo miró a los ojos y Laeco bajó la mirada.

–Con mucha claridad, señor. Sí, lo conozco. Forma parte de mi trabajo conocerlo, a él y a cualquier otro mercader o comerciante que pasa por el puerto. En cuanto me enteré de que había un hombre nuevo en Rávena, fui a verle.

De pronto, a Cato se le ocurrió una cosa. Cuando el mercader había llegado al puerto, formaba parte de un convoy militar y no había pagado la cuota ni había registrado su nombre y su negocio.

–¿Cómo supiste de él?

–Muy fácil. Enobarbo ha entrado y salido de la ciudad en varias ocasiones desde la primera vez que llegó. Tengo a un chico que espera junto a la puerta de la ciudad. Hace preguntas sobre cualquier visitante que pueda ser de interés para mí. Detalles habituales: nombre, ocupación y alojamiento.

–Entiendo.

–La cuestión es que Enobarbo parecía un posible buen cliente, de modo que fui a visitarlo a la dirección en la que mi chico me informó que se alojaba.

–¿Qué sabes del negocio de Enobarbo?

Laeco se encogió de hombros y se frotó los ojos empafiados.

–No estoy muy seguro de qué trata. Él dice que comercia con estatuas, urnas, vasijas, muebles. Artículos de buena calidad. O al menos eso dice.

–¿Has visto su mercancía alguna vez?

–Algunas piezas. Alquiló un espacio en el almacén de mi pruno para almacenar el material. Compras realizadas en ciudades de la zona. Nada espectacular, ya me entiende. –Laeco le sonrió–. Esto es el culo de Italia. Está demasiado lejos y es demasiado aburrido para los gustos de los típicos millonarios de Roma. Las antigüedades son otra cosa. Sus agentes hace años que vienen por aquí recorriendo el lugar en busca de viejos cachivaches. Prácticamente han vaciado la zona y se han trasladado a Grecia y a Asia buscando objetos que embarcar de vuelta para sus clientes.

Cato se rascó el mentón.

–Entonces, ¿por qué sigue aquí Enobarbo?

Laeco lo miró con expresión sorprendida.

–Por la misma razón que permanece en la ciudad cualquier otro mercader. Por los piratas. Resulta que está esperando a que llegue un barco, cargado con estatuas provenientes de Grecia.

–¿Ese barco tiene nombre?

Laeco dijo que sí con la cabeza.

–El Príapus. Un viejo cascarón muy resistente. Lento pero sólido.

–¿Lo conoces?

–Sí. El capitán es otro primo mío. Se esperaba su llegada hace un mes.

–¿Crees que los piratas pueden haberlo apresado?

–Quizá. Pero Casio es un tipo bastante fiable. Conociéndolo, seguro que se ha refugiado en algún puerto, y está bebiendo hasta perder el sentido mientras mejora el tiempo y esperando que ustedes muevan el culo y metan en cintura a esos piratas.

La expresión de Cato se endureció ante aquella burla. Entonces hizo un gesto con la cabeza hacia la jarra vacía que estaba en el otro extremo de la mesa.

–Ya veo. Tú y tu familia os emborracháis mientras mis hombres mueren. Así son las cosas, ¿verdad?

Laeco lo miró y se fijó, con recelo, en la fría expresión de los ojos de Cato.

–No es mi intención ofenderlo, señor, pero para eso les pagan. Eso era cierto, reflexionó Cato, y el hombre estaba en su derecho al insinuar que la flota estaba fallando en aquella tarea. Alejó ese pensamiento encogiéndose de hombros y volvió a concentrarse en el interrogatorio. Así pues, Enobarbo tenía alguna prueba de que era quien afirmaba ser. Aun así, podría tratarse de una tapadera útil para un hombre que estuviera en la zona con otros propósitos. Cato levantó la vista hacia el capataz.

–Que tú sepas, ¿Enobarbo ha visitado Rávena con anterioridad?

–Podría ser. –Laeco se pasó una mano por su corto cabello–. No sabría decirle. Hav mucha gente que pasa por aquí.

–¿Sabes dónde se aloja?

Laeco asintió.

–Se ha buscado un buen sitio. Está de invitado en casa de Rufio Polo, uno de los miembros del consejo.

–Ya lo conozco. –Cato sonrió con frialdad–. Nos hemos visto hace unas horas. Parece ser que tu amigo Enobarbo tiene unos contactos locales muy útiles. ¿Dónde vive Rufio Polo?

Laeco hizo un vago gesto con la mano.

–Junto a la casa de bombas.

–Bien. Puedes llevarme hasta allí. Levántate. Laeco volvió la mirada hacia Cato y movió la cabeza en señal de negación.

–No hasta que no me haya terminado la bebida. Cato hizo un gesto con la cabeza hacia la jarra de vino vacía.

–Ya te la has terminado. Vamos. ¡Levántate!

Laeco no se movió. Le sostuvo la mirada a Cato duran-te un momento y dijo con desdén: –De acuerdo. ¿Qué me da a cambio?

–Otra jarra, y la satisfacción de saber que has proporcionado un leal servicio al emperador –contestó Cato con una sonrisa, y señaló hacia la puerta con el pulgar–. Vamos.

* * *

Cuando llegaron a la casa del jefe del consejo era casi media-noche. La ciudad estaba más tranquila y sólo se habían cruzado con un par de personas que se apresuraban por el oscuro laberinto de las calles de Rávena. Al llegar a la zona más próspera de la ciudad, concentrada en la casa de bombas y sus alrededores, donde la presión del agua era lo bastante alta para hacer funcionar las fuentes, los estrechos callejones se habían abierto a vías más anchas. Los dos hombres se toparon casi de inmediato con una patrulla de la guardia, pero en cuanto Cato reveló su identidad y su rango, la guardia los dejó pasar. La ronda siguió su camino por el centro de la calle mientras sus tachuelas resonaban en las altas paredes y advertían con sobrada anticipación a cualquier delincuente que se cruzara en su camino para que escapara.

La casa de Rufio Polo exhibía el habitual exterior sobrio de una acomodada vivienda urbana. Unas paredes lisas y enlucidas se extendían a ambos lados de una puerta de madera muy tachonada. Por encima de los muros llegaba el débil sonido de unas voces y las suaves notas de una flauta, apenas audibles entre la charla amortiguada y los gorjeos de las risas.

–Ya hemos llegado –masculló Laeco–. Ahora cierne el dinero. El precio de una jarra de vino, prometió. –Hizo un

cálculo rápido, dobló el resultado y extendió la mano-. Con seis sertercios bastará.

Cato le apartó la mano.

–Hasta que no hayamos terminado con nuestro asunto, no.

Se acercó a la puerta con paso resuelto y dio dos gol-pes con la aldaba de hierro. Casi de inmediato se abrió la mirilla con un traqueteo y un par de ojos los escudriñaron desde el interior.

–¿Qué queréis a estas horas de la noche? –Antes de que Cato pudiera responder, el hombre echó un vistazo a su ropa y prosiguió a renglón seguido–: Será mejor que os esfuméis antes de que llame a la guardia.

–Será mejor que no lo hagas –replicó Cato–. Sólo con-seguirías avergonzar a tu amo. Dile a Rufio Polo que el comandante interino de la base naval quiere verle.

El portero volvió a examinar a Cato, más inquisitivo esa vez.

–¿Comandante interino? Tambor interino, más bien. ¡Largaos!

Cato pegó un puñetazo junto a la mirilla y el portero dio un salto.

–Soy el centurión Cayo Licinio Cato, oficial superior presente en la flota de Rávena. ¡Exijo ver a Rufio Polo en nombre del emperador! ¡Inmediatamente!

El portero le sostuvo la mirada un momento, antes de refunfunñar:

–Espera ahí. –Cerró la mirilla y dejó a Cato y a Laeco con la puerta en las narices. Cato se sintió avergonzado por el desaire a su autoridad y al principio evitó volverse y cruzar la mirada con el capataz por miedo a que el hombre no ocultara su regocijo ante la exteriorización de orgullo desmedido de Cato. En lugar de eso, volvió la cabeza hacia el otro lado y levantó la mirada hacia el cielo. La mayor par-te de las nubes se habían dispersado y las profundidades de los cielos, oscuras como boca de lobo, estaban salpicadas por los destellos de unas estrellas diminutas.

–Mañana tendría que hacer buen tiempo –comentó Cato en tono despreocupado-. Un día calmado para la travesía.

–Tal vez. –Laeco escupió en la alcantarilla–. O tal vez no. En esta estación el tiempo puede cambiar en cualquier momento.

–¿De verdad? –Cato observó a su acompañante–. Es un consuelo pensarlo la noche antes de un viaje. El capataz empezó a rascarse el trasero de forma distraída.

–No volvería al mar, ni siquiera por una buena cantidad de dinero. Bueno, quizá si fuera una cantidad muy buena... El mar es un cabrón caprichoso.

Cato enarcó las cejas.

–¡Buena descripción! Por lo que veo, alguna vez tuviste algo que ver con el mar. ¿Algún tipo de comercio? Un marinero, quizá.

–Un marinero, sí señor. –Laeco miró las estrellas y se estremeció.

–¿Por qué lo dejaste?

–Me gusta demasiado la vida. Es decir, me gusta demasiado beber como para renunciar a la vida. El mar no es lugar para un hombre. No es natural. Déjeselo a los peces, y a los demonios que habitan bajo la superficie. Cato se lo quedó mirando con atención y, por primera vez en aquella noche, vio un miedo profundamente arraigado en el rostro de aquel hombre. Laeco tosió para aclararse la garganta e intentó parecer calmado.

–Demonios, sí. Y piratas. Esa gente ha sido lo peor. Destruyen los barcos, matan a la tripulación o se la llevan para convertirla en esclavos, y luego desaparecen. Y todas las veces que la armada ha intentado localizarlos ha fallado. Como si ellos supieran dónde y cuándo iba a aparecer la flota. Debe de haber alguna especie de magia de por medio.

–O sólo una buena información –sugirió Cato.

El pestillo de la puerta se descorrió con un fuerte traqueteo y ésta se abrió hacia adentro sin hacer ruido, sobre unas bisagras bien engrasadas. El vestíbulo de entrada estaba a oscuras, pero unas luces brillantes ardían en el extremo de un pasillo largo y de techo alto que daba a un patio ajardinado. El portero les indicó que entraran y cerró la puerta tras ellos.

–Por aquí, señor. El amo lo recibirá en su mesa. Cato se detuvo.

–¿En su mesa? No es necesario. Puede ser discreto si quiere. No es mi intención fastidiarle el entretenimiento.

–Eso ya lo ha hecho, señor. –El portero inclinó la cabeza–. Y ahora, si es tan amable.

–Está bien. Tú espera aquí, Laeco. ¡Portero! El portero se dio la vuelta de nuevo, haciendo un gran esfuerzo por borrar de su rostro una expresión airada.

–ASÍ, señor? –respondió con irritación.

–Tráele una jarra de vino a este hombre.

El portero enarcó las cejas, sorprendido ante la temeridad de semejante orden, y luego sonrió de modo en exceso obsequioso.

–Veré qué refrigerio se puede pedir para su hombre, en cuanto me haya ocupado de usted, señor. –Gracias.

El portero se dio la vuelta, pero se detuvo un instante para volver la vista atrás por si acaso hubiera alguna otra petición, y luego condujo a Cato por el pasillo. Anduvieron a grandes pasos junto a paredes de las que colgaban lujosos tapices que amortiguaban el sonido de sus pisadas. Unos fantásticos bustos, que Cato supuso miembros de la familia, miraban desde unas hornacinas poco profundas situadas a intervalos regulares.

Salieron del pasillo a un amplio jardín con peristilo, repleto de estatuas y de setos y arbustos podados, escenario que titilaba con languidez bajo el resplandor de cientos de lámparas colgadas de los enrejados y extendidas por todo el jardín. Estaban a principios de primavera y una gran cantidad de braseros brillaban entre los asistentes a la fiesta y sumaban su humo a los finos y grasos remolinos que emanaban de las diminutas llamas de las lámparas. Un gran comedor ciaba al jardín y muchas más mesas se prolongaban desde la zona de asiento. Invitados suntuosamente vestidos se hallaban acomodados en los bancos. La comida había terminado y los esclavos de la casa que, en su esfuerzo por permanecer invisibles, no osaban hablar ni cruzar la mirada con los comensales, recogían los últimos platos y bandejas. Muchos de los asistentes habían abandonado sus mesas y paseaban por el jardín, conversando con el estilo escandaloso y descuidado de aquellos que han bebido demasiado y han bajado la guardia sin pensar. A un lado de las mesas, una pequeña banda de músicos recogían sus instrumentos cuando Cato pasó junto a ellos.

Echó un vistazo a los invitados, buscando a Enobarbo, pero al mercader no se le veía por ninguna parte. – ¡Centurión! Cato dirigió la mirada hacia la cabecera de la mesa y' vio a Rufio Polo que se incorporaba en su asiento y levantaba un brazo para llamar su atención.

–¡Aquí! Ven a sentarte conmigo.

Abriéndose camino con dificultad entre un grupo de adolescentes excitados, Cato se dirigió hacia el anfitrión de la fiesta y lo saludó con una inclinación. Polo dio unas palmaditas en el asiento libre a su izquierda y al mismo tiempo hizo señas a uno de sus esclavos.

Cato tornó asiento en el borde del triclinio.

–Tienes una casa magnífica, Rufio Polo.

Polo sonrió con modestia.

–Bueno, estoy seguro de que no es nada comparada con las casas de Roma.

–¿Nada? –Cato meneó la cabeza–. La comparación sería de lo más favorable, te lo aseguro.

–Eres muy amable –repuso Polo cortésmente–. Me temo que te has perdido el banquete, pero haré que mi criado vaya a ver si queda algo que puedas tomar.

Cato agitó una mano.

–Agradezco tu gentileza. Pero no, gracias. Ya he comido.

–¿Estás seguro? Bien, de acuerdo. –Polo chasqueó los dedos y extendió un largo dedo huesudo hacia el esclavo, despachándolo con un gesto. El esclavo agachó la cabeza de inmediato, retrocedió dos pasos y se dio la vuelta para alejarse a toda prisa.

–¿Qué celebras? –preguntó Cato.

–¿Celebrar? –Polo se rió con amargura–. En fin, centurión, en cierto modo supongo que estamos celebrando, si es que se puede utilizar esta palabra, vuestra decisión de dejarnos a merced de los piratas. Un último banquete para agotar mis mejores provisiones antes de que mi familia y yo dejemos Rávena para ir a refugiarnos a nuestra finca del interior. Muy al interior.

–¿No te parece un poco alarmista? –reconvino Cato en voz baja.

–¿Eso crees? –replicó con aire burlón Polo–. ¿Sabes cuántas reuniones como ésta tienen lugar esta noche? Me sorprendería que mañana a esta hora quedaran aquí más de un tercio de los habitantes de esta zona del puerto. ¿Quién puede culparlos? No quedará ni un solo infante de marina para interponerse entre ellos y los piratas, cuando vengan.

–Si vienen.

–Cuando vengan –repitió Polo con firmeza–. ¿Cómo iban a resistirse?

–Además, no estaréis solos. Voy a dejar a una centuria de infantes de marina en la base naval.

–Para proteger la base –replicó Polo con astucia–. No a nosotros. De hecho, supongo que los dejas más bien para proteger la base che nosotros...

Cato hizo caso omiso de la pulla y continuó hablando con calma.

–No obstante, se quedarán, y si tenemos suerte, puede que hagan creer a Telémaco y a sus piratas que Rávena está adecuadamente defendida.

–Dudo que tarde mucho en darse cuenta de que es una farsa.

–¿En serio? –Cato observó a Rufio Polo con detenimiento–. rY qué te hace pensar eso? ¿Por qué tendría que sospechar Telémaco algo así?

–Vamos, centurión. Soy viejo, no idiota. Alguien ha estado pasando información a los piratas sobre casi todos los movimientos que ha hecho la flota. No es ningún secreto... –Bajó la vista al suelo y meneó la cabeza antes de volver a mirar a Cato con una sonrisa forzada–. Bueno, estoy faltando a mi obligación como anfitrión. ¿Cómo puedo ayudarte?

Cato le sostuvo la mirada a Polo durante unos instantes, preguntándose cuánto sabía en realidad aquel hombre sobre la fuente de información de los piratas. Polo no osaría dejar caer insinuaciones claras a un centurión con cientos de infantes de marina a sus órdenes. Sin embargo, en aquel instante Cato estaba solo y, para el caso, era como si los infantes de marina se hallaran en otra provincia. De repente se sintió vulnerable, incluso allí, entre montones de invitados, y al echar una rápida ojeada a su alrededor vio que un puñado de comensales de Polo los observaban de cerca.

Polo sonrió ante la incomodidad del centurión.

–Como ya he dicho, ¿hay algo que pueda hacer por ti antes de que te marches de mi casa?

–¿Quién ha dicho que voy a irme ya?

–Confía en mí. Te irás, dentro de poco.

–De acuerdo. Dime una cosa. Estoy buscando a una persona. Un amigo. Me dijeron que se alojaba aquí, como invitado tuyo.

–Bueno –Rufio Polo extendió los brazos–, como puedes comprobar, tengo un montón de invitados, aunque, en realidad, algunos de estos bellacos tienen sus propias casas. ¿Cómo se llama tu amigo?

–Enobarbo.

Al oír el nombre, los ojos de Polo revelaron un asomo de sorpresa, luego serenó sus rasgos y ladeó ligeramente la cabeza. Durante un segundo miró al centurión de hito en hito y a continuación bajó la voz y se inclinó hacia delante para hablar con Cato.

–¿Un amigo, dices? Si te preguntara qué es lo que bus-ca el ciego, ¿qué me responderías?

Cato frunció el ceño. No sabía en absoluto nada sobre la familia del mercader y lo extraño de la pregunta lo des-concertó. Movi6 la cabeza en señal de negaci6n.

–No tengo ni idea. ¿Ciego? ¿A qué te refieres?

–No es nada. –Los ojos de Polo se desviaron hacia un lado e hizo un gesto hacia el corredor que conducía a la entrada–. Enobarbo estuvo aquí. Se marchó por la tarde. Mucho antes de que tú llegaras.

–¿Ad6nde fue?

–No lo sé.

–Entiendo. –Cato realizó una pausa antes de continuar–. ¿Puedo pedirte que me expliques cómo acabó de invitado en tu casa?

–Muy sencillo. Tenemos amigos comunes en Roma. Le dijeron que me buscara cuando llegara a Rávena.

–¿Qué amigos?

–Amigos, simplemente. –Polo sonrió–. Dime, centurión, sospechas de Enobarbo en relación con algún delito? –¿Acaso he dicho eso?

–No. Pero me parece extraño que estés realizando pesquisas a estas horas de la noche. ¿Por qué quieres encontrar a Enobarbo? ¿Sospechas que ha cometido algún crimen? Alguna traici6n?

Cato no respondió enseguida.

–S6lo quiero eliminarlo de mi lista de sospechosos. Polo se estremeci6.

–¿Tienes una lista?

–No puedo revelar informaci6n oficial. –Entiendo... –Polo se reclin6 en su asiento sin apartar la mirada de Cato. Fingi6 un bostezo–. Bueno, me temo que debes marcharte, en serio. Has agotado por completo mi hospitalidad. Mis criados te acompañarán a la salida.

–No es necesario. –Cato se levantó y retrocedió unos cuantos pasos–. Conozco el camino. Te deseo una buena noche, Rufio Polo. Hasta que volvamos a vernos.

–No nos veremos. –Polo mene6 la cabeza, hizo un gesto con la mano hacia un par de esclavos de aspecto fornido que merodeaban al fondo del comedor y señal6 con discreci6n al centurión. Cato se dio la vuelta y camin6 con rapidez hacia el pasillo. Mir6 tras de sí y comprob6 que los esclavos hacían todo lo posible por alcanzar su ritmo mientras se abrían paso a empujones entre los invitados que abarrotaban el comedor. En cuanto los dej6 atrás, Cato corri6 por el pasillo sin hacer caso de las expresiones sorprendidas de los invitados, que se volvieron extrañados al oír el sonido de su carrera sobre el suelo de mosaico.

–¡Laeco! –gritó–. ¡Levántate! Nos vamos.

Enfrente de él, la vaga mole del capataz surgi6 de entre las sombras con una pequeña jarra de vino en la mano.

–,Qué pasa, señor?

–¡Abre la puerta!

Cato se arroj6 hacia delante y, cuando Laeco se dio cuenta de la urgencia, el centurión ya había chocado contra la puerta, a su lado, mientras sus dedos buscaban a tientas el grueso pestillo de hierro que la cerraba. A sus espaldas se oía el ruido de unos pies enfundados en sandalias que bajaban por el pasillo. Con un chirriante y áspero ruido, des-corrieron el pestillo y tiraron de la puerta hacia adentro.

–¡amos! –gritó Cato al tiempo que empujaba a Laeco hacia la calle–. ¡Corre! Descendieron con prisas por los empinados escalones hacia el amplio empedrado de piedra de tufa y emprendieron el camino de vuelta hacia el centro de Rávena. Apenas habían recorrido una corta distancia calle abajo, cuando los hombres de Polo salieron de la casa y unas hojas de daga brillaron con el pálido resplandor de la luz que venía del interior.

Uno de ellos señal6.

–¡Allí!

–¿Qué demonios ocurre? –gruñ6 Laeco mientras corría junto a Cato. El centurión no dijo nada, sino que apret6 los dientes y se dirigi6 como una flecha hacia la abertura de un estrecho callej6n, rezando con rapidez para que no resultara ser uno sin salida. El callej6n era negro como el corazón de un parto; la basura depositada en pilas abandonadas desde hacía mucho tiempo amenaz6 con hacer-los tropezar cuando Cato y Laeco pasaron por allí con precipitaci6n y a trompicones, intentando con desesperaci6n aumentar distancias con sus perseguidores. Tomaron una bocacalle a la derecha y siguieron corriendo, luego vol-vieron a doblar,

esa vez a la izquierda, y se metieron en otro callejón aún más estrecho y que apestaba a excrementos y a vegetación putrefacta. A una corta distancia callejón abajo, Cato pudo distinguir el acceso a un pequeño patio y entró por él, arrastrando consigo al capataz, y se agacharon los dos tras una pequeña carreta.

Allí en cuclillas, mientras los pulmones se esforzaban por acompañar la respiración y el martilleo de las palpitaciones les ensordecía los oídos, Cato desenvainó la espada y miró por la abertura hacia el patio y la negrura del callejón del otro lado. Todo estaba tranquilo y no había señales de los hombres de Polo. Laeco tiró de la túnica a Cato.

—¿Le importaría decirme qué diantre está pasando aquí?

—¡Ojalá lo supiera! —susurró Cato—. ¡Cállate!

Esperaron, pero las calles estaban silenciosas. En una ocasión se oyó una voz que llamaba a alguien, a cierta distancia, tras lo cual vino una amortiguada respuesta y luego, nada. Cato aguardó hasta que hubo recuperado el aliento y su corazón volvió a latir con normalidad. Aunque su cuerpo estaba inmóvil, las ideas se agolpaban en su cabeza mientras se esforzaba en el análisis de los acontecimientos de la noche. Sus sospechas previas sobre Enobarbo parecían tener más peso ahora. Pero, ¿qué relación tenía el mercader con Rufo Polo? Estaba claro que este último temía que Cato sospechara de él por algún motivo y quería silenciar al centurión. Acaso esos dos les estaban vendiendo información a los piratas? Cato frunció el ceño. No parecía tener mucho sentido. No obstante, si Polo no tenía tratos con los piratas, y su amigo Enobarbo tampoco, entonces, ¿para quién trabajaban?

CAPÍTULO XXVI

Cato dejó a Laeco a una corta distancia de la posada y antes de marcharse le entregó un puñado de monedas de bronce.

—Cómprate un poco más de vino y vete a casa. —Cato sonrió—. Te lo mereces.

—¿Merecerlo? Mejor diga que lo necesito, después de todo este rato escabulléndonos por ahí. Además, puede que tenga que beber bastante para olvidarme de este hedor. —Tiró un poco de su túnica y la olfateó con vacilación—. La parienta no me va a dejar entrar en casa en este estado.

Cato le dio unas palmaditas en la espalda y se puso en camino hacia la base naval, sin apartarse del costado de las calles y atento a cualquier señal de que lo estuvieran siguiendo. Mientras cruzaba Rávena con cansancio, Cato intentó concentrarse en las contracorrientes confabuladoras en las que parecía haberse visto envuelto. Estaba claro que sus sospechas sobre la relación de Enobarbo con los piratas tenían alguna base y cierto sentido. Cobrar a cambio de pasar información a los piratas tenía que ser una lucrativa actividad suplementaria para cualquier mercader. Pero, ¿qué relación tenía Enobarbo con Rufio Polo? No era un simple invitado en su casa, eso seguro. ¿Por qué si no iba a mandar a unos hombres detrás de Cato? ¿Tenían intención de advertirle que se fuera o de ocuparse de él de forma permanente? A Cato no le resultó difícil imaginárselo: unas rápidas puñaladas en una sucia calle lateral y fin de sus

investigaciones. Eso implicaba que Polo actuaba en connivencia con Enobarbo. Pero no tenía sentido. ¿Qué podía ganar Polo colaborando a que los piratas saquearan el comercio que daba de comer a Rávena y que era su propia fuente de riqueza? Además, no cabía duda de que Polo estaba decidido a abandonar el puerto frente a los posibles ataques piratas. Si ayudaba a Telémaco, perdía más que ganaba. Así pues, si Enobarbo y Polo no trabajaban para Telémaco, ¿para quién trabajaban entonces? ¿Para los Libertadores?

Cato se detuvo en una esquina y se frotó los ojos. Durante los últimos días sólo había podido dormir unas pocas horas y la cabeza le dolía de manera terrible. Peor aún, la fatiga le enturbiaba la mente y era difícil mantener la concentración en aquella confusa situación. Cuando volvió a abrir los ojos y miró hacia el mar, se dio cuenta de que una primera y débil franja de luz del amanecer bordeaba el amontonamiento de tejas de los edificios circundantes. En lo alto, un cielo despejado brindaba la perspectiva de un buen tiempo para la navegación. En la base naval, la pequeña flotilla de birremes se estaría preparando para zarpar en menos de una hora y Cato se apartó de la pared y apuró el paso.

Cuando llegó a la base naval, el sol ya se había alzado por encima del horizonte. Su deslumbrante luz dorada atravesaba las ventanas de la oficina del prefecto y proyectaba sus contornos en la pared de enfrente. Con los ojos entornados, Cato miró hacia el puerto naval. Todos los birremes estaban ancladas y sus cubiertas revestidas de las formas ovilladas de los hombres que dormían. Sólo la Spar tan permanecía amarrada junto al muelle, embarcadero abajo, a la espera de que Cato subiera a bordo y tomara el mando. Sin embargo, primero tenía que ocuparse de otro asunto.

Cato pasó un momento por sus dependencias, se cambió de ropa, se puso el uniforme y luego se encaminó al cuartel. Al entrar en la sección de administración, señaló al escribiente más próximo.

–Póstumo, ven aquí. Trae una tablilla.

–Sí, señor. ¿Si me permite, señor?

–¿Qué pasa?

–Algunos de los oficiales llevan toda la noche preguntando por usted.

–¿Qué les has dicho?

–Nada, señor. Lo que usted me indicó. Que estaba en sus dependencias y que no se le podía molestar bajo ningún concepto.

–Bien. Es todo lo que necesitan saber. Bueno, empecemos.

En cuanto el administrativo hubo colocado un taburete junto a la mesa del prefecto, Cato dictó sus instrucciones.

–Uno: emite una orden de arresto y detención para el mercader conocido como Enoharbo. Acaso se le podría encontrar en el domicilio de Rufio Polo. Haz que vigilen esa casa por si acaso. En cuanto Enoharbo esté detenido, tiene que permanecer aislado en espera de que el prefecto y la flota regresen de Iliria. No debe recibir ninguna visita, ni se le debe permitir la comunicación exterior con nadie.

»Dos: hay que mantener a Rufio Polo bajo vigilancia. Quiero saber quién visita su casa, dónde va y con quién habla. Mantén la información al día y lista para que yo la lea a mi regreso.

Cato levantó la vista y vio la expresión sorprendida del rostro del administrativo.

–¿Algún problema?

El escribiente frunció la boca.

–Bueno, señor. ¿Rufio Polo? Es el hombre más rico y poderoso de Rávena. Y tiene influencia en Roma. Si descubres que lo estamos espiando...

–Pues asegúrate de que no se entere. Utiliza los mejores hombres. Incluso en una ciudad de este tamaño, debe haber una buena red de informantes.

–Sr, señor.

Cato escudriñó la expresión del escribiente en busca de algún indicio de malicia. Quizá las conspiraciones que parecían darse en aquel puerto se extendían hasta la propia base naval. Entonces Cato se enojó consigo mismo. Estaba empezando a ver enemigos en cada esquina. Claro que a lo mejor, tal vez debiera. Sería lo más prudente, pero tenía que abandonar la base en menos de una hora y asegurar-se de que se tomaban los pasos necesarios para atrapar a los traidores mientras la flota iba a ocuparse de los piratas. Tenía que confiar en la lealtad de los sirvientes del emperador. No había nadie más en quien hacerlo.

Se inclinó hacia el administrativo y señaló la tablilla que el hombre tenía apoyada en el regazo.

–En este puerto hay una o más personas que nos están vendiendo a los piratas y les informan de todos nuestros movimientos. Eso ya nos ha costado la pérdida de unos cuantos barcos y la muerte de cientos de hombres. Quiero que se les encuentre y que reciban su merecido. Si descubro que han sido prevenidos, me aseguraré de que los responsables paguen con sus vidas. ¿Entendido? Esto ha de mantenerse en secreto. Díselo únicamente a los hombres que necesites emplear y diles sólo lo que necesiten saber de forma imprescindible. Vov a dejar esto en tus manos, Póstumo. Asegúrate de no fallarme.

–Sí, señor. Alguna otra cosa?

–No...

Póstumo asintió.

–Muy bien, señor. Puedo preguntar con qué autoridad puedo actuar si sus órdenes provocan algún conflicto con el oficial que va a dejar al mando de la ciudad?

–Espera. –Cato cogió una tablilla encerada en blanco y escribió una nota apresurada para respaldar las instrucciones del administrativo. Al terminar, buscó la caja que contenía el sello del prefecto en el borde de la mesa. La atrajo hacia sí, abrió la tapa de teca y sacó el sello del comandante de la flota de Rávena. Apretó el sello con fuerza contra la cera, comprobó que la marca se viera bien y deslizó la tablilla por la mesa hacia Póstumo—. Aquí tienes. Hasta que Vitelio regrese, tú tienes la última palabra sobre este asunto. Sólo tienes que utilizarla si el centurión te da alguna orden que pueda comprometer tus investigaciones.

–Comprendo, señor.

Cato saludó y el escribiente se dio la vuelta y salió del despacho. El centurión se quedó mirando la mesa durante unos instantes, debatiéndose entre dos deberes. Ante todo quería encontrar a los que habían vendido a sus compatriotas a los piratas. En su opinión, no había nada más despreciable que las personas dispuestas a

anteponer la codicia personal al bien mayor del Imperio y de sus gentes. Su abyecta traición les costaría la vida. No obstante, en aquellos momentos no podía hacer nada más al respecto. A cien-tos de millas de distancia, en Iliria, sus compañeros estaban esperando unos refuerzos imprescindibles para inclinar la balanza en contra de Telémaco y sus piratas. Cabía la posibilidad de que en aquel preciso momento hubieran sido atacados de nuevo, quizás incluso derrotados y eliminados. Cato apretó los puños ante aquella idea. Era una estupidez. Peor aún, era un acceso de pánico pueril. Los piratas habían tenido ventaja en el primer encuentro gracias a la traición. La próxima vez los buques de guerra roma-nos no llevarían la carga de las provisiones y el equipo, serían más numerosos... No era probable que los piratas sobrevivieran a un combate frontal. Ni siquiera Vitelio podría echarlo a perder.

Cato trató de recordar todo cuanto pudo del encuentro con Telémaco. El hombre era frío y sereno, realista, implacable. No se dejaría engañar para entrar en una batalla en la que no creyera salir vencedor. Era mucho más probable que adoptara una estrategia de desgaste: lanzarse contra incursiones romanas aisladas y embarcaciones de patrulla, agotar a los romanos hasta que éstos tuvieran que abandonar la campaña, o incluso hasta que la armada imperial se viera reducida a unas condiciones de debilidad tales que los piratas se arriesgaran a lanzar un último y devastador ataque. Entre la sedienta ambición de Vitelio y la astucia y codicia de Telémaco, las cosas pintaban crudas para los hombres de la flota de Rávena.

Cato lanzó al aire un puñetazo de frustración al levantarse de la silla. Salió de su oficina con paso apresurado y abandonó el edificio del cuartel. Al otro lado de la plaza de armas, junto al muelle, la Spartan. estaba lista para zar-par. El guardia de los infantes de marina que había al frente de la pasarela se puso tenso en posición de firmes y dio un golpe en el suelo con su lanza cuando el centurión se acercó. En cuanto sus botas descendieron con una fuerte pisa-da hasta cubierta, Cato le gritó al trierarca:

–¡Leva anclas de inmediato!

Cato se dirigió a popa y permaneció junto al timonel mientras los marineros retiraban la pasarela y soltaban amarras. Varios hombres levantaron una sólida pértiga, empujaron con ella para alejar la proa del muelle y continua-ron por toda la longitud de la embarcación, separándola hasta que hubo espacio suficiente para que la tripulación pudiera asomar los largos remos por las bandas. Los remos batieron sin parar al ritmo lento que marcaba el cómitre de galera, removiendo la superficie del agua, y la Spartan empezó a deslizarse hacia delante, saliendo del puerto naval para reunirse con el resto de la flotilla. Al comprobarlo, los trierarcas de los birremes gritaron las órdenes de levar anclas y aparejar para ocupar sus posiciones detrás de la Spartan.

La flotilla alcanzó al puerto principal y unos cuan-tos madrugadores se detuvieron a mirarla desde el muelle y desde las cubiertas de los barcos mercantes, apiñados en la seguridad de las defensas del puerto. Desde la popa del trirreme Cato contempló la expansión de los almacenes y, más allá, los tejados de tejas rojas de la ciudad. La distancia ya hacía que los edificios parecieran de juguete.

Con el sol alejado ya del horizonte, la Spartan viró mar adentro, directa hacia la esfera deslumbrante. Su proa se alzó con el aumento del oleaje del mar y Cato notó una débil brisa en el rostro. En cuanto los buques de guerra dejaron atrás la costa, el trierarca dio la orden de subir los remos e izar la vela mayor.

Los ojos de Cato se cenaron un momento, se abrieron con un parpadeo, se cerraron de nuevo y él se rindió al cálido y reconfortante deseo de descanso. Notó una repentina sensación de vértigo y abrió los ojos justo a tiempo de evitar caer en cubierta.

–¿Se encuentra bien, señor?

Cato se volvió hacia el timonel.

–Sí, estoy bien, gracias. Sólo estoy cansado. Creo que me sentare un rato.

Se sentó en cubierta y apoyó la espalda en el costa-do de la embarcación. «Una hora de sueño. Nada más. Sólo una llora», se dijo Cato con firmeza. Al cabo de unos momentos agachó la cabeza hasta que ésta reposó contra los pliegues de su capa. Respiraba con profundidad y de manera regular, del todo ajeno al movimiento ascendente y descendente de la cubierta y al ajeteo de la tripulación que preparaba a la Spartan para la travesía del día.

El timonel bajó la mirada hacia Cato, sonrió, y meneó la cabeza antes de concentrarse en mantener el rumbo de su nave hacia la distante Iliria.

CAPÍTULO XXVII

–Los han mantenido ocupados. –Albino hizo un gesto con la cabeza hacía la costa y, al seguir su mirada, Cato observó que las defensas de la cabeza de playa se habían amplia-do y mejorado mucho durante los pocos días que había durado su ausencia. A poca distancia de la orilla se alzaba un gran fuerte con unos elevados terraplenes rodeados por una triple zanja defensiva. Dos empalizadas se extendían hacia el mar

para proteger a la flota, cuyas embarcaciones se habían varado en su mayoría, aunque unas cuantas permanecían ancladas. Se había erigido una atalaya en el cabo más cercano y, cuando la examinó, Cato notó que en la torre de vigilancia ondeaba una bandera de señales a la que respondió un destello de color en el fuerte. Enseguida hubo un revuelo de actividad a bordo de los barcos anclados a cierta distancia de la costa. Cato entornó los ojos para captar los detalles y reparó en que el sol centelleaba en las armas y corazas bruñidas de unas figuras diminutas que formaban en los castillos y toldillas de las naves. Al cabo de unos momentos se sacaron los remos y los trirremes empezaron a alejarse de la costa hacia la Spartan con la columna de los más pequeños birremes en estrecha formación tras ésta.

Albino se volvió hacia Cato y sonrió.

—Parece que no van a correr riesgos con nosotros. Cato asintió con un gesto. —Eso es bueno. La flota ya ha tenido bastantes sorpresas. Creo que por fin el prefecto está aprendiendo. Albino miró al centurión.

—Así pues, ¿ha servido con él antes?

—En Germania y luego en Britania. Era el residente de rango senatorial entre los tribunos.

—Entiendo. ¿qué tal lo hizo?

Cato se detuvo un momento a considerar la pregunta. Recordó la época en la que había luchado junto al tribuno Vitelio, aquella defensa de una pequeña aldea germana contra una borda de guerreros bárbaros que había conseguido atraer a una cohorte de la Segunda Legión hacia una emboscada ingeniosamente preparada. En las desesperadas horas subsiguientes, Vitelio había demostrado su coraje. El problema era que, desde entonces, había resultado ser un traidor venal que no mostraba ni un ápice de compasión por ningún hombre o mujer que osara interponerse en su camino hacia el poder. El joven aristócrata ya había dejado tras de sí una estela de cadáveres desparramados. Era un hombre peligroso para la mayoría, y del todo letal para aquellos que le representaran una amenaza. Por el bien de Albino, Cato no se atrevió a contarle toda la verdad. Carraspeó y desvió la mirada hacia la costa al responder:

—Lo hizo bastante bien. Tiene las pelotas necesarias para este trabajo. Pero mejor que no te cruces en su camino.

Cato notó que Albino aguardaba expectante, esperando que le dijera más cosas, pero el centurión permaneció en silencio y al final Albino se dio la vuelta y murmuró en voz baja:

—Está bien, centurión. Ya entiendo. No se preocupe por uní. Me mantendré alejado. —Procura que así sea.

Un grito llegó proveniente del calcés.

—¡El fuerte nos hace señales, señor!

Los dos oficiales dirigieron la mirada hacia el pequeño fuerte situado en el cabo y vieron que un gallardete de color verde ondeaba al viento hacia un lado mientras ascendía por el mástil.

—Nos dan el alto —explicó Albino. A continuación se llevó una mano a la boca y gritó una orden hacia el palo mayor—: ¡Haced la señal de reconocimiento e izad nuestra bandera!

Un par de marineros sacaron un lío de tela roja de un pañol lateral y se dirigieron a toda prisa al flechaste para sujetar los cazonetes del extremo de las banderas a una escota. Luego se izó con rapidez el gallardete hasta el mastelero, donde la brisa de la tarde lo hizo gualdrpear con un ruido sordo. Tras una breve pausa, la grímpola que ondeaba por encima del fortín descendió y desapareció. Los barcos de la bahía avanzaron poco a poco con los remos, viraron y volvieron a dirigirse a su fondeadero. Casi de inmediato, otro gallardete se elevó por encima del fuerte. Al lado de Cato, Albino se puso tenso y se volvió para escudriñar el horizonte.

—¿Qué pasa? —preguntó Cato con preocupación.

—Los del fuerte han avistado un barco.

—¿Un barco? —Cato levantó una mano para hacer visera contra el sol y miró hacia el norte siguiendo la costa. Lo vio casi enseguida: un diminuto triángulo oscuro, apenas visible contra la lejana costa. Levantó la otra mano y señaló—. ¡Allí! ¿Lo ves?

Albino siguió la dirección que le indicaba y entornó los ojos para intentar distinguir los detalles. —No..., yo no... Espere un momento. Sí, ya lo veo. Creo que se trata de una galera. —Hizo una pausa para mirar a Cato con las cejas enarcadas por la admiración—. ¡Caray, tiene buena vista! Yo no la hubiera apreciado. Me estoy haciendo viejo. —Miró de nuevo hacia la distante embarcación—. Debe de ser un pirata que vigila la flota. Bueno, ahora sabrán que hemos compensado las pérdidas. Me parece que Telémaco no va a arriesgarse a otra batalla naval.

Cato movió la cabeza en señal de afirmación.

—Si es la mitad de astuto de lo que parece, no lo hará. A partir de ahora va a ser una contienda entre la fuerza y la astucia.

Albino se rascó el mentón.

–La cuestión es, ¿la fuerza de quién y la astucia de quién?

El cielo se había vuelto de un apagado azul pálido mientras la escuadra de refuerzos remaba lenta y pesada en dirección a la playa. En cubierta, los marineros se atareaban sacando de la bodega un cable resistente y una gruesa estaca de madera para amarrar bien el trirreme en la costa. Los infantes de marina, y el resto de marineros que no tenían otra ocupación, se apiñaron delante de la toldilla para ayudar a levantar la proa del trirreme cuando se aproximara a la costa. Desde atrás llegó el sonido del ancla al caer al agua cuando la soltaron por encima de la popa. El cable hizo un ruido áspero al pasar por el escobén el barco avanzó poco a poco hacia los guijarros en los que unas olas diminutas y espumosas batían contra la suave pendiente antes de retroceder hacia la siguiente ola. Más arriba en la playa, una figura vigilaba la delicada aproximación de los barcos. La capa roja y el peto reluciente revelaban que se trataba del prefecto, que contemplaba a los recién llega-dos. Cato miró al prefecto con una expresión de amargura al recordar el contenido del informe de Vitelio, pero sus labios esbozaron una sonrisa al pensar en el mensaje con el que lo había sustituido. En aquellos momentos ya esta-ría de camino a Roma. Un leve estremecimiento recorrió los maderos bajo los pies de Cato cuando la popa tocó tierra. La embarcación se elevó por un instante, para asentarse luego con una sacudida más firme que hizo que los que estaban en cubierta se tambalearan hacia delante cuando el trirreme se detuvo.

–¡Dejad de remar! –bramó Albino–. ¡Levantad los remos y bajad las pasarelas!

A ambos lados, el resto de la pequeña escuadra se acercó a la playa y varó en los guijarros. A través de las aberturas con bisagras que se abrían a un lado de la proa de cada embarcación, se sacaron trabajosamente las robustas rampas y se dejaron caer en la costa. En cuanto el camino estuvo despejado, Cato descendió resuelto por la pasarela y, con el crujido de los guijarros bajo sus pisadas, se dirigió hacia el prefecto que aguardaba entre las matas de hierba que crecían tras la línea de pleamar. Después de pasar-se casi dos días en el mar, el suelo parecía caer y hundirse bajo sus pies e intentó andar del modo más seguro que pudo. Delante de él, el prefecto Vitelio dio un paso al frente y Cato se formó.

–¡Centurión Cato! Por fin has llegado. ¡Empezaba a preguntarme qué te había ocurrido!

Aunque el prefecto hablaba con jovialidad, la reprimenda implícita era inconfundible y Cato apretó las mandíbulas con enojo antes de poder responder de una manera que sonara cordial. –Hemos venido en cuanto nos ha sido posible, señor. Pregúntele a mi trierarca.

–¡No es necesario! –Vitelio le dio una palmada en el hombro–. Nos alegramos de verte. Me vendrán bien los sol-dados. –Bajó la voz–. La verdad es que los necesito desesperadamente. Tal y como van las cosas por aquí, no estoy seguro de si estamos dando caza a los piratas o si son ellos los que nos dan caza a nosotros.

–Las cosas no pueden ir tan mal, señor.

Vitelio se rió con amargura.

–Crees que no, ¿eh? Bueno, ahora mismo me hacen falta todos los ánimos que se me puedan dar... –El prefecto hizo una pausa y miró al mar–. ¡Malditos piratas de mierda! ¡Como que Júpiter es mi juez que les haré pagar por atreverse a desafiar a Roma!

–Sí, señor.

–Ven. Tenemos que hablar a solas. En mi tienda.

El prefecto se encaminó hacia la puerta del campamento fortificado seguido de Cato. Dentro del campamento las hileras de tiendas se extendían a ambos lados de la vía principal. La mayoría de ellas estaban hechas con la habitual piel de cabra, pero unas cuantas eran de lino y de un cuero muy desgastado y manchado, y Cato se percató de que habían cortado el material de velas viejas para compensar las originales que se habían perdido durante el combate. Varios soldados estaban sentados frente a sus tiendas y se levantaron de un salto para saludar cuando los dos oficiales pasaron junto a ellos. Cato vio las expresiones tensas y exhaustas de sus rostros y se preguntó qué demonios había ocurrido durante su ausencia.

Al llegar a las tiendas de mando de la flota, levanta-das sobre un pequeño montículo en el centro del campamento, una ligera brisa alzó los faldones y Cato saboreó su frescor. Entonces le llegó el olor: el fuerte olor acre de grasa quemada, que flotaba por el campamento incluso con la débil brisa que soplaba de tierra. Al entrar en la mayor de las tiendas, Vitelio echó un vistazo a su alrededor y advirtió la expresión de desconcierto de Cato.

–Son las piras funerarias. Incineramos a los muertos hace unos días.

Cato miró al prefecto y, para su sorpresa, creyó descubrir que Vitelio parecía conmovido por el destino de sus hombres. ¿O era simplemente por la inconveniencia que sus muertes le habían causado?

El prefecto esbozó una trágica mueca.

–Fue espantoso. Y habrá más. Perdimos a otros ocho hombres por la noche. Uno de ellos no dejó de gritar hasta el final. Entre eso y los asaltos no hemos tenido mucho descanso.

–¿Asaltos, señor?

–¡Oh, sí! –Vitelio mostró una cansada sonrisa–. Nuestros amigos han mantenido la presión. Hace tres días desembarcaron unos cuantos hombres en la parte alta de la costa. Se han dedicado a eliminar a nuestros centinelas y patrullas de aprovisionamiento con disparos de honda. Cada vez que mando a un destacamento tras ellos, se retiran y corren hacia las colinas. De hecho, ahora mismo tu amigo Macro está fuera, buscándolos. Ni siquiera tuve que pedirle que se presentara voluntario.

–Me lo imagino, señor.

–También han hecho intentos con unas cuantas expediciones furtivas de apoderarse de alguna de los trirremes mandando unos cuantos botes pequeños por la noche. –Vitelio hizo un vago gesto hacia el cielo al tiempo que se dejaba caer sobre un diván, uno de los lujos que se había traído de Rávena–. Estos últimos días hemos tenido suerte con la luna y los hemos divisado a tiempo para ahuyentarlos. Pero las próximas noches van a ser más oscuras. Y entonces... –Meneó la cabeza.

Cato sintió que el peso muerto del agotamiento y la desesperación se asentaba sobre sus hombros. Así pues, el prefecto no había hecho nada para presentar combate a los piratas. Se había limitado a quedarse dentro de la fortificación y le había dejado tomar la iniciativa a Telémaco.

–¿Y qué me dice de su plan, señor?

–¿Plan?

–Patrullar la costa. Encontrar su base.

–Eso está controlado. Mandé a seis trirremes costa arriba el día después del desembarco. No encontraron nada. Aquí la costa es una concentración de islotes y ensenadas. Podrías esconder a la flota de Misereo en estas aguas durante años sin que nadie descubriera ni un solo barco. Es inútil.

Cato guardó silencio y observó al prefecto con detenimiento. Estaba claro que Vitelio ya no sabía qué hacer. Con la derrota en el mar y ahora la operación paralizada en tierra, al ambicioso aristócrata la situación debía de parecerle sin duda deprimente. Detrás de estas desgracias seguía presente la cuestión de la recuperación de los rollos. Cato era muy consciente de que tanto su futuro como el de Vitelio dependían de que encontraran los rollos y se aseguraran de entregárselos a Narciso sin ningún percance. Y si bien el prefecto podía sufrir una caída en desgracia de no encontrarlos, las consecuencias para Cato, y para Macro, serían mucho más funestas. Por lo tanto, era necesario lograr persuadir o provocar al prefecto para que saliera al ataque. Además, razonaba Cato consigo mismo, no eran ellos los únicos que arriesgaban mucho. Los hombres que estaban a las órdenes de Vitelio necesitaban una victoria. No podía permitirse que el enemigo los fuera mermando. Si ocurría lo peor y la flota de Rávena era derrotada, los piratas podrían saquear todo el Adriático y se tardarían meses en reunir otra flota con la fuerza suficiente como para derrotarlos. Se perderían otras miles de vidas, montones de puertos y poblados serían saqueados y pocos barcos mercantes se atreverían a salir del puerto. El comercio, el alma de la economía romana, quedaría interrumpido; estrangulado con la misma eficacia que lo sería Cato a manos de uno de los ejecutores de la Guardia Pretoriana. Cato se estremeció ante aquella desagradable idea. Pues muy bien, su destino estaba directamente ligado al de Roma. Por este motivo debía convencer a Vitelio para que actuara con rapidez. Por el bien de todos.

Tosió para aclararse la garganta.

Vitelio levantó la vista, enarcando una ceja.

–¿Sí?

–Señor, son los rollos. Tenemos que encontrarlos.

–Dime algo que no sepa, centurión.

–Bueno, no los podremos encontrar si nos quedamos aquí esperando, señor. Tenemos..., tiene que hacer algo. Debemos impedir que esos piratas nos contengan en este campamento mientras aguardan el momento oportuno de atacarnos. Ahora mismo debemos superarlos en número. Tenemos más soldados, más barcos...

–De momento –interrumpió Vitelio con amargura–. Pero esta noche será oscura, y todas las noches hasta la próxima luna llena. Puedes estar convencido de que regresarán para intentar de nuevo apoderarse de nuestros barcos. Un trajín de actividad bullía en la mente de Cato. Las ideas acudieron con rapidez a su conciencia y las posibilidades y las consecuencias de las posibilidades afluyeron en un torrente de pensamientos. Apenas tardó en tener el trazado general de un plan; un plan modesto, sin duda, pero que les arrebatara la iniciativa a los piratas y supondría el primer paso para que los hombres de la flota de Rávena

volvieron a tomar la ofensiva. Cato miró al prefecto y los ojos le brillaban con una excitación que le resultaba imposible contener.

–Pues muy bien, señor –Cato sonrió con astucia–, que vengan. Es más, asegurémonos de que lo hagan. Ofrecámosles un cebo que no puedan rechazar.

CAPÍTULO XXVIII

–No fue buena idea –gruñó Macro mientras miraba hacia la oscuridad con los ojos entornados. Por encima de la borda del barco, a cierta distancia se oían las olas romper con suavidad contra los guijarros. En torno a los dos centuriones se extendía la oscura masa de los brazos de la pequeña bahía que habían elegido para la emboscada. Lejos de tierra, el cielo y el mar se unían, desdibujados en una imponente penumbra.

–Apenas veo un carajo –siguió rezongando Macro. –De eso se trata –repuso Cato con tono paciente–. Nos favorecerá. Confía en mí.

Sentados en cubierta, Cato casi no podía distinguir ni la mirada de cansancio en el rostro de su amigo. A su alrededor, los infantes de marina permanecían sentados contra los costados del birreme en absoluto silencio y las armas a mano. Se habían montado unos toldos de lino alrededor de la cubierta para darle al barco el perfil de una embarcación mercante. Tras seis días de navegación a lo largo de la costa, por fin el disfraz había atraído a algunos piratas demasiado impacientes. Desde la distancia, y en mayor grado ahora en la oscuridad, el birreme pasaría por ser algo mucho más inocente, y tentador, mientras se bamboleaba tranquilo con el suave oleaje.

Las únicas señales de vida estaban en la playa: un puñado de hogueras al abrigo de las cuales se acurrucaban los marineros del birreme. Los dos soldados que montaban guardia eran vagas presencias en los márgenes de luz que proyectaba el fuego, la misma luz que haría visible el perfil del birreme desde el mar. Cato contaba con ello. En algún lugar, mar adentro, los tres barcos que habían seguido de cerca al birreme durante la tarde estaban al acecho. Habían sido muy cautos, rondando a distancia por el horizonte, sin duda recelosos de una presa de aspecto tan fácil. El birreme había hecho bastante bien su papel, primero fingió montar guardia de manera descuidada para luego simular que se alejaba de la amenaza en el último momento, virando pesadamente de bordo y huyendo de los piratas al atardecer.

Los piratas también jugaban su propio juego y se habían retirado como si abandonasen la persecución y navegaran de nuevo en dirección a la costa. Poco antes de que se perdieran de vista, Cato dio la orden para que el birreme pusiera rumbo a tierra y se dirigiera hacia la bahía que había reconocido el día antes, decidiendo enseguida que sería escenario adecuado para su trampa. Cerca de la costa, al pie de cada uno de los cabos poco elevados, una batería de catapultas escondidas estaba preparada para barrer la superficie de mar que se abría entre ellos y los piratas cuando llegara el momento de dar principio a la emboscada. Otras dos birremes permanecían anclados y ocultos entre las sombras de un pequeño acantilado, listos para soltar amarre y remar hacia la acción. Si los piratas mordían el anzuelo, tendrían pocas posibilidades de escapar.

Mientras Cato reflexionaba sobre los detalles de su plan, de pronto lo acometió una terrible incertidumbre. ¿Y si los piratas habían abandonado la caza, como parecía que habían hecho, y en aquellos precisos momentos estaban acostados y durmiendo tranquilos a muchas millas de distancia costa arriba? Llegada la mañana, los marineros e infantes de marina, que habrían pasado una noche incómoda, en estado de alerta, con los nervios en tensión durante la larga espera a que apareciera el enemigo, estarían resentidos y enojados, maldecirían al joven centurión y lo tomarían por un idiota. Sumado a su reciente derrota y a los asaltos piratas de noches anteriores, aquello sólo conseguiría mermar aún más su moral. Cato no dudaba que, en caso de que la emboscada fracasara, el prefecto no estaría dispuesto a intentar nada más y Telémaco obtendría al fin su victoria sobre la armada romana. Con esta derrota, se sentaría un peligroso precedente para cualesquiera otros piratas que acecharan por los límites del Mediterráneo. El emperador no se mostraría clemente con los que considerara responsables de semejante estado de cosas...

A su lado, Macro se movió con precaución y atisbó por encima de la borda, mirando al mar. Dio un resoplido de irritación y se dejó caer de nuevo junto a Cato.

–No van a venir, te lo digo yo –le cuchicheó–. Ya debemos de llevar más de seis horas aquí esperando. Estamos perdiendo el tiempo.

–Paciencia –respondió Cato en un susurro–. Vendrán.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–¿Son piratas, ano?

–Unos piratas jodidamente listos –repuso Macro con amargura–. Nos han llevado ventaja desde el mismo momento en que empezó esta maldita campaña. ¿Qué te hace suponer que van a picar?

–Piénsalo. Llevan meses sin dejar escapar ni una presa. El resultado es que cada vez más barcos mercantes han tenido miedo a salir del puerto. Es el propio éxito de los piratas lo que los ha estado privando de sus víctimas durante cerca del último mes. Apuesto a que somos la primera nave mercante que han visto en semanas. No podrán resistir la tentación. Apostaría mi vida a que es así.

Macro soltó un gruñido.

–Estás apostando tu vida. Y la mía también.

Cato se encogió de hombros.

–Entonces será mejor que reces para que tenga razón. –¿Y si no vienen?

Cato no le respondió, sino que se quedó por completo quieto y con la cabeza ligeramente ladeada.

Macro le dio un suave codazo.

–Y bien.

–Calla... –Cato se puso tenso y escudriñó el mar, sin mover el cuerpo.

–¿Qué pasa?

–No estoy seguro... Allí, mira. –Cato señaló hacia la negra masa del cabo más próximo y Macro siguió la dirección de su dedo, aguzando la vista para poder distinguir cualquier detalle.

–No veo nada.

–¿No?

Macro meneó la cabeza en señal de negación.

Yo tampoco –admitió Cato con una contenida risita.

–No hace maldita la gracia. Sólo espero que lo encuentres tan divertido cuando el emperador nos haya arrojado a... –Macro miró hacia el mar y codeó con suavidad a Cato–. Parece ser que tenías razón después de todo.

Cato volvió raudo la cabeza y divisó la embarcación enemiga enseguida, como si hubiera aparecido sin más en la oscuridad. Los piratas habían abatido el mástil para pasar más desapercibidos y unos finos remos enfundados empujaban el barco con lentitud y cautela hacia la bahía, a no más de media milla de distancia.

–¡Haz correr la voz! –Macro golpeó con la bota al infante de marina que tenía más cerca–. Enemigo a la vista. Preparaos, pero que nadie se mueva hasta que se dé la señal. Ve.

El infante de marina se alejó arrastrando los pies en la oscuridad para transmitir la noticia y los dos centuriones se volvieron a mirar la embarcación pirata que se aproximaba. Cato agarró a Macro del brazo.

–Allí..., a un lado. Los otros dos. Parece que nos los quitaremos de encima a todos.

–Primero tenemos que atraparlos.

–Sí...

Mientras ellos observaban, los barcos enemigos avanzaron con sigilo por la bahía, haciéndose más definidos sus contornos con cada golpe de remo que los acercaba. No tardaron en poder oír el débil chapoteo y movimiento de los remos piratas y en distinguir el blanco del agua a lo largo de las amuras. Por encima de la proa de cada una de las embarcaciones, una apretada concentración de formas oscuras abarrotaba el castillo, expectantes y silenciosas mientras se aproximaban a su presa. Macro desenvainó poco a poco la espada y apretó su puño peludo en torno a la empuñadura del arma. Miró a Cato.

–Todavía no –susurró Cato. Dirigió la mirada más allá de Macro, hacia el lugar donde el infante de marina más próximo agarraba un garfio de abordaje del que caía un trozo de cuerda que descansaba enrollada sobre la cubierta. Llamó la atención de aquel soldado y le hizo un gesto imperioso hacia abajo con la mano. El infante de marina agachó la cabeza a toda prisa. El enemigo se acercaba y a Cato se le agolpaban las ideas con la perspectiva de la lucha inminente. El corazón le palpataba de excitación y tenía la boca del todo seca. Dentro de un momento empezaría el combate y el caos se apoderaría de la cubierta que lo rodeaba. Debajo de la superestructura de lino, tres centurias de infantes de marina aguardaban agachadas sin moverse y Cato percibía su tensión, su determinación de matar, y su miedo. Eran casi doscientos cincuenta hombres, todos ellos con una banda blanca atada a la cabeza para se que los identificara. Pero, ¿cuán-tos piratas había a bordo de esos barcos que se deslizaban hacia ellos? Cato supuso que un centenar en cada uno. La batalla sería muy reñida antes de que los otros dos birremes pudieran unirse a la lucha; pero cuando lo hicieran, el destino de los piratas quedaría sin duda decidido.

Por encima del suave chapaleo del agua a lo largo de los cascotes, Cato distinguió entonces las primeras órdenes quedas, y la excitación de la voz era inconfundible. Cato sonrió. Los piratas debían de pensar que su aproximación no se había detectado y que estaban a punto de lanzarse sobre el barco mercante sin que se

diera la voz de alarma siquiera. Con una sorda sacudida, la proa del buque que iba en cabeza rechinó contra la banda del birreme y rozó a lo largo del bao. Los otros barcos se deslizaron hacia la popa y por delante de la proa, listos para sumar sus tripulaciones al grupo de abordaje.

Cato se llenó de un golpe los pulmones de aire y se puso de pie de un salto.

—¡AHORA!

Con un rugido gutural, los infantes de marina se alzaron de entre las sombras y echaron abajo los toldos de lino que ocultaban su barco de guerra. Los que estaban equipados con garfios de abordaje los hicieron revolear y los lanzaron. Los garfios surcaron la oscuridad y cayeron pesadamente sobre las cubiertas de las embarcaciones enemigas. Al tensar las cuerdas, las puntas se alojaron en la madera de los barcos piratas, que fueron arrastrados hacia el birreme. En la popa se oyó un chasquido y surgió una llama cuando un infante de marina acercó una lámpara a la almenara empapada de aceite y preparada con anterioridad. El tembloroso resplandor iluminó a los infantes de marina que cruzaron la cubierta en tropel, así como a los impresionados y sorprendidos rostros de los piratas a bordo de una nave que ya estaba bien sujeta a la popa del birreme. Al cabo de unos momentos brotaron más llamas en la distancia, conforme se había reconocido la señal, y la trampa se completó.

Por un instante, los piratas se quedaron en silencio, pero de inmediato sus jefes lanzaron unas órdenes a gritos y, con una gran exclamación, treparon a los pasamanos de sus embarcaciones y se arrojaron contra los romanos.

—¡A POR ELLOS! —rugió Macro desde allí cerca, y los infantes de marina avanzaron apiñados para enfrentarse al enemigo. Durante unos segundos los dos bandos estuvieron separados y definidos, pero luego se formó una caótica mezcla cuando la cubierta del birreme quedó tapada por una concentración de cuerpos que arremetían unos contra otros con espadas, dagas, garrotes y hachas. A la pálida luz de la baliza, sólo se podía distinguir a un bando del otro gracias a las cintas que los infantes de marina llevaban en la cabeza. Una delgada hilera de soldados se disolvió en torno a Cato cuando los piratas saltaron entre ellos y se lanzaron al ataque. —¡Cuidado! —advirtió una voz en el oído de Cato cuando unas cinco o seis formas oscuras volaron por el aire y cayeron con estrépito sobre ellos. Cato alzó su pequeño escudo redondo y lo empujó contra el enemigo más próximo. El pirata chocó contra el centurión, ambos rodaron sobre cubierta y el golpe dejó sin aire en los pulmones a Cato, quien lanzó un explosivo y ahogado grito de dolor. Se sintió asfixiado y, con el hedor del cálido aliento de aquel hombre en la cara, soltó la rodela, llevó sus manos por encima del hombro del pirata para intentar agarrarle del cuello y rodeó la tráquea con los dedos. El hombre se irguió, asfixiado dolorosamente, e intentó zafarse de las manos de Cato. Un gruñido agónico acompañó al gesto de Cato cuando el centurión clavó la punta de la espada en el costado de aquel hombre, justo debajo del tórax. El pirata se liberó de un tirón, se apartó de Cato y cavó, mientras un cálido chorro de sangre resbaló por el brazo del centurión. Se levantó de un salto y se quedó agachado en cubierta, mirando como loco a su alrededor en tanto que la encarnizada lucha proseguía por todas partes. Por encima del entrecocar de las armas, los gemidos y gritos de los hombres enzarzados en la contienda, Cato oyó que Macro se dirigía a sus soldados a voz en cuello.

—¡A por ellos! ¡Matadlos a todos! ¡Matadlos!

Cato agarró la rodela del suelo de la cubierta, se abrió camino a empujones hacia la refriega y se metió entre dos infantes de marina que rechazaban a cuchilladas al hormiguero de piratas que habían abordado la cubierta del barco romano. Justo enfrente de Cato, un hombre grandote aterrizó sobre las tablas con un golpe sordo. Llevaba una coraza de lino y blandía una pesada hoja curva que hizo revolear por encima de su cabeza en cuanto vio al oficial romano ante sí. —¡No, ni hablar! —exclamó Cato, que alzó el escudo para parar el golpe y arremetió con la espada. La hoja golpeó al hombre en el pecho y lo hizo retroceder un paso, tambaleante, pero la punta sólo rajó la superficie de la coraza e hizo un corte poco profundo en el músculo de debajo antes de chocar en hueso. Aun así, el tajo robó mucha fuerza al golpe que descendía silbante hacia Cato y la espada rebotó en el escudo con un ruido sordo y chocó en cubierta. Un dolor punzante subió por el brazo izquierdo de Cato, a quien se le entumecieron los dedos que, laxos, soltaron el asa del escudo, que resbaló al suelo. Cato volvió a agarrar su arma, cambió el ángulo, clavó la punta en la carne blanda de debajo de la barbilla del pirata y la empujó hacia la cabeza del hombre. El pirata cayó hacia atrás y el romano recuperó la hoja de un tirón con un crujido húmedo.

Se enderezó y echó un vistazo a su alrededor, pero era imposible saber cómo iba la batalla. La arremolinada concentración de piratas e infantes de marina era demasiado confusa para que Cato pudiera distinguir cuál de los dos bandos se estaba imponiendo. Por encima de las cabezas de sus soldados, distinguió el reluciente parpadeo de la baliza de uno de los birremes que remaba hacia la contienda. Luego se fijó en otro enemigo

que avanzaba raudo, blandiendo un hacha y abriéndose paso hacia él, con los dientes apretados en una mueca salvaje de odio y rabia iluminada por el pálido resplandor de las llamas de la toldilla.

Una repentina oleada de hombres empezó a cercar a Cato, presionaron sobre su carne y, para su horror, se encontró con que el brazo de la espada se le había quedado inmovilizado en el costado. El pirata lanzó un gruñido de júbilo y realizó un movimiento con su hacha, que surcó el aire nocturno en dirección al cuello de Cato. El centurión arremetió a golpes con sus botas y se agachó hacia la cubierta. El hacha pasó silbando por encima de él y atravesó con un crujido la espina dorsal del hombre que estaba a su lado, catapultando su cabeza por encima de la borda del birreme. A cuatro patas, Cato sintió la cálida lluvia de sangre que le salpicó los hombros. Cuando los cuerpos oscuros lo empujaron de costado, un nuevo terror hizo presa en él: que pudieran aplastarlo contra la cubierta hasta matarlo. Se protegió la cabeza lo mejor que pudo con el brazo izquierdo dormido, mantuvo su espada cerca de él, preparado para hincarla de nuevo, e intentó incorporarse. No obstante, una nueva oleada lo derribó y de inmediato un pie calzado con bota le pisó el pecho.

–¡Quita! –gritó Cato–. ¡Quita de encima!

Un rostro miró hacia abajo sorprendido y la bota se retiró enseguida.

–Lo siento, señor.

Antes de que Cato pudiera responder, la punta ancha de una lanza se hundió en el cuello de aquel hombre y lo mandó hacia atrás, perdiéndose de vista. Cato sabía que si no salía de la cubierta no tardaría en acabar muerto. Respiró hondo y se impulsó hacia arriba, arremetiendo con la espada y el puño contra todo el que se encontraba en su camino, sin tener en cuenta si era pirata o infante de marina. Estaba otra vez de pie, con los pies separados y afirmados y la espada lista. El agolpamiento de la refriega lo había pasado de largo y en aquellos momentos el centro de la batalla se desplazaba hacia la popa, detrás del mástil. Se hizo a un lado cuando un puñado de infantes de marina pasaron veloces por su lado y se arrojaron contra la concentración de combatientes. Jadeante, Cato se tomó un instante para mirar hacia atrás y comprobó que uno de los birremes ya sólo tardaría unos minutos en llegar. Sus infantes de marina se hallaban apiñados por encima de la proa, listos para sumarse a la batalla y decidir el resultado. Cato se volvió y divisó al otro birreme un poco más lejos, sus remos surcando el mar con fuerza mientras se apresuraba hacia la contienda.

Sin embargo, uno de los trierarca piratas ya se había dado cuenta del terrible peligro al que se enfrentaban él y sus hombres. Tras la popa de su birreme, Cato observó que uno de los barcos pirata se alejaba dando bandazos, aunque acto seguido se enganchaba con una de las cuerdas de los garfios. Un grito lejano mandó corriendo a uno de los bandidos hacia el pasamanos de la banda para cortar la cuerda con un aluvión de hachazos.

–Mierda... –masculló Cato. El barco escaparía a menos que alguien alertara de las intenciones de su triearca. Sólo el birreme más alejado podría interceptarlo a tiempo, pero la refriega que tenía lugar en cubierta se interponía entre Cato y la popa, desde donde podría llamar su atención y gritar su advertencia. Enfundó la espada, se dirigió a toda prisa a la banda del birreme y pasó las piernas por encima del pasamanos, buscando un lugar en la tablazón donde apoyar las puntas de las botas. Empezó a dirigirse hacia la popa, con el cabrilleo oscuro del mar a una corta distancia por debajo de él. Al otro lado del pasamanos continuaban los chirridos de las armas, las maldiciones y los gritos de la batalla y Cato mantuvo la cabeza gacha mientras avanzaba con torpeza y arrastrando los pies por el costado del birreme. El pasamanos empezó a curvarse hacia los remos de gobierno y el abanico del codaste. Cato apretó los dientes, tensó los brazos y subió, pero en cuanto su cabeza asomó por encima del pasamanos, un pirata de sonrisa desdentada se inclinó hacia él y echó la daga hacia atrás dispuesto a rebanarle el pescuezo a Cato. En el preciso instante en que Cato se estaba preparando para arrojarse de espaldas al mar, un brazo robusto rodeó el cuello del pirata, levantándolo del suelo de un tirón. El hombre lanzó un resoplido y todo su cuerpo se convulsionó antes de caer a un lado, y Macro tiró de su hoja por detrás del hombro del cadáver.

Macro enarcó juguetón las cejas al ver a su amigo. –Centurión Cato, ¿ya te marchas tan pronto?

–¡Cierra el pico y échame una mano!

En cuanto Cato estuvo a bordo notó que la batalla en la cubierta del birreme iba a favor de los romanos. Los piratas habían sido conducidos a la fuerza hacia el centro del barco y peleaban espalda contra espalda en torno al mástil, alentados por un hombre vestido de manera vistosa y cuyos pesados anillos de oro relucían a la luz de la baliza. Cato asintió con satisfacción y entonces señaló hacia la embarcación pirata que se alejaba en la oscuridad.

–¡Ese cabrón está intentando darnos esquinazo!

–Eso no se puede tolerar –repuso Macro con una sonrisa burlona mientras Cato se volvía en dirección al birreme que todavía no había conseguido unirse a la batalla. Se llevó una mano a la boca y gritó por encima del agua–: ¡Alterad el rumbo! ¡No dejéis que se escapen! –Extendió el brazo hacia el barco pirata que huía–. ¡Id tras ellos!

El birreme se detuvo un momento y acto seguido su proa efectuó un lento viraje y, con la fuerza de los remos, se deslizó junto a los barcos inmovilizados por los garfios, que no tocó por poco margen, y fue tras el buque pirata superviviente. Las dos embarcaciones se dirigieron hacia la entrada de la bahía, donde unas antorchas relumbrantes señalaban ya las posiciones de las baterías hasta entonces ocultas. Por encima del agua llegó el traqueteo de los cranequines cuando los servidores de la artillería cobraron los brazos tensores y se prepararon para disparar contra la nave que se acercaba. Cato y Macro apenas podían distinguirla, pues se mezclaba con el mar oscuro en tanto que los piratas se encaminaban con desesperación hacia mar abierto, perseguidos cada vez más cerca por el buque de guerra romano. Momentos después, una brillante lengua de fuego se alzó desde el cabo más próximo describiendo un arco en dirección al centro de la bahía y perfilando el casco de la embarcación antes de que la flecha llameante cayera al mar y se apagara de inmediato.

–Muy pronto los tendrán a su alcance –comentó Macro en el preciso instante en que tres saetas más se arqueaban en el cielo nocturno. Poco después les llegaron a través de la bahía los fuertes crujidos que los brazos tensores emitían al soltarse. La batería del otro lado empezó a unirse a la descarga y dio en el blanco en su primer intento: una lluvia de chispas saltó por los aires cuando la saeta en llamas se alojó en la cubierta del barco pirata. Una lejana ovación resonó en el acantilado que se alzaba desde la costa y la descarga continuó.

Macro codeó preocupado a Cato.

–Se me acaba de ocurrir algo muy malo.

–A mí también –repuso Cato entre clientes, con amargura–. Tendría que haberme dado cuenta del peligro.

Los dos centuriones guardaron silencio mientras la ardiente descarga formaba un arco sobre su brillante reflejo en el mar. Poco después el birreme romano recibió el primer impacto. Mientras ellos miraban, el barco fue alcanzado dos veces más.

–¡Mierda! –Cato golpeó el pasamanos con el puño–. ¡Tendría que haberlo previsto!

Un pequeño incendio se extendía por el barco pirata y en tanto las lejanas figuras de sus marineros hacían todo lo posible por extinguir las llamas. el trierarca del birreme hizo virar alarmado su embarcación y puso rumbo hacia la bahía a toda velocidad, al tiempo que los excitados servidores de las catapultas concentraban sus disparos en el barco que iba en cabeza. Antes de que el birreme pudiera ponerse fuera de su alcance, un último disparo prendió en la vela recogida, que empezó a arder. Mientras tanto se había iniciado otro incendio en el barco pirata y cuando las llamas se propagaron, los remeros huyeron de sus bancos y empezaron a lanzarse al agua por la borda, abandonando así el buque que quedó envuelto en llamas e iluminó la entrada de la bahía con un brillante pero terrible resplandor rojo y anaranjado. Más cerca de la costa, la tripulación del birreme luchaba por extinguir su propio incendio con una cadena de marineros que pasaban cubos con agua a sus compañeros sentados a horcajadas en la verga que, desesperados, intentaban sofocar las llamas.

Cato volvió a golpear el pasamanos, consumido por la frustración y el reproche hacia sí mismo, hasta que Macro le dio una palmada amable en el hombro.

–No podemos hacer nada al respecto. Además, esta noche lo hemos hecho bastante bien. Ahora ha llegado el momento de terminar aquí arriba. –Macro hizo un gesto con la cabeza hacia el grupo de enemigos que continuaban rodeados en torno al mástil. Una nueva oleada de infantes de marina procedente del otro birreme acudió en tropel por encima de la amura, dio caza y mató a los pocos piratas que todavía quedaban con vida en la proa.

Los dos centuriones se abrieron camino con cuidado por encima de la maraña de cuerpos que vacían a sus pies y descendieron por las escaleras hacia la cubierta principal. Macro envainó su espada y apartó con brusquedad a un puñado de infantes de marina que estaban en el borde de la refriega.

–¡Atrás! –bramó–. ¡Atrás! ¡Dejadles un poco de espacio!

Los oficiales subalternos transmitieron la orden a los infantes de marina, que poco a poco se apartaron de los piratas, retrocediendo con cautela por la cubierta, resbaladiza por la sangre derramada. Había que mirar con cuidado dónde se pisaba para evitar tropezar con los cuerpos desparramados a sus pies. Se abrió un espacio en torno al grupo de hombres ensangrentados que se apiñaba en la cubierta principal. Lanzaban miradas desafiantes a los infantes de marina y mantenían las armas alzadas y listas para atacar. Al finalizar la lucha, un silencio extraño reinó en el ambiente y los hombres de los dos bandos esperaron con expectación. Cato y

Macro se abrieron paso a empujones por entre sus tropas hasta que llegaron a unos pocos pasos de distancia de los piratas supervivientes. Cato buscó al jefe que había visto antes y lo señaló.

–¡Diles a tus hombres que se rindan!

El pirata le devolvió la mirada con desdén y actitud desafiante. Algo en él le resultaba familiar a Cato, quien, ceñudo, intentó ubicarlo. Antes de que pudiera relacionarlo, el hombre blandió su espada curva.

–¡No hay rendición, romano! –gritó en griego–. ¡No moriremos como perros en vuestras cruces! Cato alzó la mano para intentar calmar al pirata y le respondió en el mismo idioma:

–Te doy mi palabra de que no seréis ejecutados. Seréis esclavos, pero al menos se os perdonará la vida.

–¡Nunca! –chilló el jefe pirata. Pero, al mismo tiempo que espetaba su desafío al centurión, se oyó un amortiguado repiqueteo cuando uno de sus hombres arrojó la espada e inclinó la cabeza. Sus compañeros pasearon la mirada de él a su jefe y otra arma más cayó en cubierta con un ruido sordo. Al cabo de un instante, el jefe pirata era el único que seguía sosteniendo su espada e iba mirando de un lado a otro con frustración.

Cato extendió la mano.

–Ríndete, hombre. Has perdido la batalla. No tiene sentido que pierdas la vida.

El joven apretó las mandíbulas y por unos momentos Cato tuvo la seguridad de que estaba decidido a morir luchando. Sin embargo, su determinación se derrumbó y la espada cayó de sus dedos temblorosos mientras miraba con odio a los romanos. Y entonces Cato recordó con plena exactitud dónde lo había visto antes. En la cubierta del trirreme de Telémaco. Entonces recordó lo cercano que había estado aquel hombre al jefe de los piratas.

–Ajax –masculló Cato.

CAPÍTULO XXIX

–Pero les di mi palabra... –protestó Cato, que volvió la vista hacia Macro en busca de apoyo. El centurión de más edad se encogió ligeramente de hombros.

–Les diste tu palabra –repitió Vitelio con una débil sonrisa mientras dirigía la mirada más allá de Cato, hacia los prisioneros que permanecían en la playa, encadenados unos a otros y formando un pequeño círculo–. ¿Qué te hace pensar que deberíamos honrar cualquier promesa hecha a esa escoria pirata asesina?

–Fue la condición para su rendición. Acordé los términos con su capitán, Ajax.

–Pues peor para él. Separad al jefe de los demás. Si es uno de los hombres importantes de Telémaco, como al parecer tú crees, puede que podamos sacarle información útil. Trae a ese tal Ajax a la tienda de mando y nos pondremos al trabajo con él. Pero el resto serán crucificados. A nuestros hombres les hará bien contemplarlos ahí clavados. –Se volvió y señaló hacia el cabo–. Ahí arriba. Donde el enemigo pueda verlos también y nuestros hombres puedan disfrutar de la panorámica.

–Señor, debo protestar.

–Estupendo. Ya has expresado tu protesta. Ahora, ten la amabilidad de permitirme organizar su ejecución.

Cato abrió la boca, la cerró, y volvió a abrirla mientras meneaba la cabeza.

–Esto no está bien...

El prefecto Vitelio asintió.

–Estoy de acuerdo. No está bien, es la guerra. Y esta discusión ha terminado. Ahora encárgate de que tus barcos sean varados y que a los hombres se les dé una ración extra de vino. Se la merecen. Y asegúrate de que entiendan que lo he ordenado yo. Quiero vuestros informes al final del día. Podéis redactarlos después de interrogar al prisionero. –Hizo un gesto brusco con la mano–. Podéis retiraros.

Cato y Macro saludaron, se dieron la vuelta con rigidez y bajaron por sobre los guijarros, que crujieron bajo sus pies, hasta la costa.

–Gracias por tu apoyo –se quejó Cato entre dientes. Macro se encogió de hombros.

–Lo lamento, pero en este asunto estoy de acuerdo con el prefecto. Son piratas. Tendrían que haber sabido que no podían esperar clemencia por nuestra parte. –Macro lo miró con el ceño fruncido–. No te hagas el blando conmigo, Cato. Esos cabrones de ahí abajo se tenían merecido su final desde el mismo momento en que decidieron atacarnos. Además, si la situación fuera al contrario, si nosotros fuéramos sus prisioneros, ¿crees de verdad que se mostrarían clementes con nosotros?

Cato no quiso fijarse en su amigo y, bajó la vista hacia sus botas.

–No. Pero eso es lo que da autoridad moral a nuestro bando. Es lo que hace que luchar por Roma valga la pena.

–¿Autoridad moral? –Macro se detuvo y se quedó mirando con atención a Cato un instante antes de lanzar una carcajada–. ¡Es que se te ocurre cada cosa!

Cato miró hacia atrás, frunciendo el ceño por encima del hombro. –Empecemos de una vez, ¿quieres? Al fin y al cabo sólo estamos cumpliendo órdenes.

–¡Claro! –Macro le dio una efusiva palmada en la espalda a su amigo–. A veces es un auténtico placer llevar a cabo las órdenes, te lo aseguro...

Cato lo fulminó con la mirada y Macro volvió a carcajearse.

–Sólo bromeaba. Vamos.

Una multitud de infantes de marina del campamento fortificado se había congregado en la costa para examinar a los piratas y los abucheaban a voz en grito, al tiempo que algunos de ellos lanzaban guijarros por lo alto a los prisioneros. Cuando los dos centuriones se acercaban, Cato vio que Áyax se echaba hacia atrás cuando una piedra le hizo un corte profundo en la frente.

–¡Eh! –rugió Macro, sobresaltando a los infantes de marina más próximos–. ¡Parad! ¡A ése lo necesitamos en buenas condiciones!

Los soldados se apartaron y Macro y Cato se acercaron a los prisioneros. Además de las heridas que habían recibido hacía dos noches, algunos mostraban los cortes de las piedras que les habían arrojado. En condiciones normales los infantes de marina hubieran sido un poco más cuidadosos con los cautivos, que podían alcanzar un precio decente en una subasta de esclavos, pero, puesto que aquellos hombres eran piratas, existían pocas posibilidades de que les dejaran con vida y, por lo tanto, podían ser maltratados con libertad por sus captores.

Macro le hizo señas al optio que estaba al mando de la guardia.

–El prefecto está organizando una pequeña demostración para esta gente. Llévalos al taller del maestro carpintero. Excepto a él. –Macro señaló al jefe de los piratas–. El se viene con nosotros. Sepáralo del resto.

–Sí, señor. –El optio saludó.

A empujones, hicieron formar una fila desigual a los prisioneros mientras que a su joven jefe lo apartaron a un lado, bajo la estricta vigilancia de un infante de marina que mantuvo una mano firme sobre su hombro en tanto que la otra descansaba sobre el puño de su espada. Áyax observó en un silencio hosco cómo conducían a sus hombres hacia el campamento, con las cadenas tintineantes y los guijarros crujientes bajo sus pies desnudos.

Entretanto, los dos centuriones bajaron a grandes zancadas hasta las birremes varadas en el bajío, donde Cato dio órdenes para que repararan el birreme dañado por el fuego y Macro organizó la descarga de los heridos y transmitió la noticia del prefecto referente a la ración extra de vino. La última orden provocó una alegre ovación y los hombres se pusieron a trabajar con entusiasmo para finalizar sus obligaciones y limpiar su equipo cuanto antes, pensando todo el tiempo en la perspectiva de emborracharse con el vino, barato pero potente, que proporcionaba la marina.

Cato los observó un momento con un creciente sentimiento de desprecio. Aquella noche se harían bastantes brindis de agradecimiento por Vitelio y su reparto extra de vino. El mismo Vitelio que apenas unos días antes los había conducido a una desastrosa batalla naval que había costado la vida a cientos de sus compañeros. ¿Tan poca memoria tenían? Pero claro, la exitosa emboscada a los piratas había hecho que recuperaran la confianza en gran medida y a Cato ya le resultó evidente esta subida de moral cuando las tripulaciones de los tres birremes, sus dos presas y los prisioneros se habían dirigido costa abajo para reunirse con el resto de la flota. Ahora Vitelio intentaba comprar de nuevo su afecto y Cato no tenía ninguna duda de que lo conseguiría en el instante en que aquellos hombres se sumieran en el cálido y embriagador abrazo del regalo del prefecto.

Cato se volvió hacia el prisionero y lo observó con detenimiento una vez más. Estaba seguro. Era el mismo hombre que había visto a bordo del buque insignia pirata, al lado de Telémaco... El jefe pirata se refirió a él como teniente. En tanto que Cato se esforzaba por recordar aquel momento con todos los detalles posibles, una sensación inconsciente le decía que tenía que haber algo más. Áyax no era un mero subordinado. Era uno de los miembros de más alto rango de la tripulación del jefe pirata. Y ahora había caído en manos romanas. No era de extrañar que Vitelio estuviera tan satisfecho con el resultado. Al fin tenían cierta ventaja sobre su esquivo enemigo.

Áyax volvió la cabeza, estudiando los barcos y los hombres que lo rodeaban con perspicaz inteligencia, y cuando su mirada se cruzó con la de Cato la bajó al suelo, la cabeza gacha, y dejó que sus hombros se

hundieran, dando un aspecto de desánimo muy convincente. Cato sonrió. Él era un buena pieza e iba a estar a la altura de sus captores mientras pudiera.

En cuanto Macro se convenció de que todo estaba en orden, se acercó a Cato con aire despreocupado.

-¿Estás listo? Pues llevemos a esta hermosura a la tienda de mando para charlar. -Macro se dirigió hacia el prisionero a grandes pasos, alzó su vara de vid y golpeó con ella la parte baja de la espalda de Ajax-. ¡Venga, vamos a ocuparnos de ti! El prisionero se tambaleó hacia delante con un tintineo de las cadenas y volvió la cabeza de golpe para escupir a Macro, que de inmediato le propinó una fuerte bofetada con el dorso de la mano.

-¡Vamos, vamos! ¡Demuestra un poco de buena educación!

Macro señaló playa arriba con su vara de vid, indicando la entrada al campamento, y los tres se pusieron en marcha.

Vitelio los esperaba en su tienda. De pie a un lado de la carpa había dos hombres de aspecto duro a los que Cato identificó sin duda como los interrogadores. Al igual que la mayoría de los especialistas del ejército romano, aquellos hombres estarían perfectamente versados en su arte y, por su aspecto, Cato imaginaba que habrían sitio muchas las oportunidades de poner en práctica dicho entrenamiento.

Cuando los dos centuriones y su prisionero entraron en la tienda, Vitelio hizo un gesto con la cabeza hacia una sólida silla de madera de respaldo alto situada en medio de una zona que habían despejado de cualquier otro mobiliario. Incluso las alfombras que normalmente cubrían el suelo se habían enrollado con cuidado y colocado en un extremo para evitar que se mancharan. Macro condujo al prisionero hasta la silla.

-Espera aquí.

Los dos interrogadores se acercaron al instante hasta el prisionero, lo levantaron, le arrancaron la ropa la arrojaron al suelo, quedando desnudo ante de ellos. Uno de los interrogadores le dio un firme empujón para sentarlo en la silla, sacó a continuación unas tiras de cuero y, entre los dos, ataron las muñecas y los tobillos de Ajax a los brazos y patas del asiento. -Muy bien. -Vitelio rodeó con lentitud al pirata y se detuvo justo delante de él-. Creo que a éste lo desollaremos vivo.

Ajax levantó la vista con expresión aterrorizada y Vitelio sonrió burlón.

-¡Vaya! Entendemos el latín. Eso tendría que facilitar un poco las cosas. -El prefecto dejó de sonreír y fijó su atención en el prisionero-. Escúchame. Hay algunas preguntas para las que quiero respuesta. Quiero saber dónde tiene la base vuestra flota. Quiero saber cuántos barcos tenéis, cómo están defendidos y con cuántos hombres contáis. Por último, quiero saber dónde están los rollos. Si lo que me dice el centurión Cato sobre ti es correcto, eres uno de los hombres importantes de Telémaco y, por lo tanto, sabes muy bien de qué hablo. Estas son las preguntas. Tú tienes las respuestas. Si me las dices ahora, te ahorraremos un montón de dolor y sufrimiento. Si intentas ocultar algo, estos hombres -señaló a los interrogadores con un gesto de la cabeza- empezarán a ocuparse de ti. Saben cómo infligir sufrimientos que ni siquiera puedes imaginar. Lo único que necesitas saber es que hablarás. De un modo u otro, pero hablarás.

Áyax adoptó un aire despectivo.

-Tú no lo haces mal hablando, romano.

Vitelio sonrió burlón y cruel.

-¡Ah! Tanto coraje frente a la adversidad. Casi estoy impresionado. Empecemos, ¿te parece? Estoy ansioso por ver cómo te las arreglas.

El prefecto se hizo a un lado.

-Señores, es todo vuestro.

No hubo preámbulos. Ningún intento por asustar al pirata disponiendo ante él los instrumentos del oficio para dejar que su imaginación se pusiera a trabajar. El más fórnido se limitó a acercarse a la silla y a propinarle un puñetazo en la cara a Áyax que le destrozó la nariz con un crujido sordo. La cabeza del joven se fue hacia atrás y golpeó contra la silla. Hubo un momento de atónito silencio antes de que gritara de dolor, entonces Ajax se dio cuenta de lo que había hecho, cerró la boca y lanzó una mirada desafiante a su torturador mientras la sangre brotaba de sus labios y le goteaba en el pecho. El siguiente golpe le llegó de lado, en la mejilla, con un suave ruido apagado.

Cato y Macro permanecieron de pie a un lado, observando en silencio mientras el interrogador seguía con su trabajo, propinando una continua serie de golpes en la cabeza y las costillas. Aunque Cato se sintió asqueado por aquella muestra de violencia, se dijo que era necesaria. Áyax poseía la información que los salvaría a Macro y a él, que redimiría a Vitelio y pondría fin a la amenaza en las rutas marítimas por parte de los piratas. ¿Qué era el sufrimiento de aquel joven comparado con todos los demás factores? Aun así, Cato sintió que lo invadía una oleada de indignación y no quiso participar de aquello. Sin embargo, no podía

marcharse. Todo el mundo sabría que no había tenido estómago para aguantarlo y si corría la voz por el campamento sería el hazmerreír de la flota. Debía fingir una fría despreocupación frente a la tortura que se estaba llevando ante sus ojos. Claro que era más fácil decirlo que hacerlo, y cuando una espesa gota de sangre le salpicó la mejilla, Cato sintió que la bilis acudía a su garganta y tragó saliva, nervioso.

Al cabo de un rato Vitelio intervino y, con un gesto de la mano, le indicó al interrogador que se apartara. En la tienda hacía calor y la piel de aquel hombre relucía de sudor cuando retrocedió, apartándose del pirata hundido en la silla.

–Ya está bien para empezar, gracias, Trebio. –Vitelio sonrió al interrogador–. No queremos hacerle demasiado daño por ahora.

El interrogador quedó sorprendido.

–Sé lo que me hago, señor. Todavía estará en condiciones de hablar durante un buen rato.

Vitelio levantó las manos.

–Perdóname. No era mi intención ofenderte. Pero antes de continuar..., ¿hay algo que quieras decirme, joven Áyax?

El pirata jadeaba y al principio pareció que no había oído al prefecto. Luego su cabeza se ladeó. Abrió los ojos y escupió un poco de sangre.

–Te haré pagar por esto, romano..., te haré sufrir..., y, si me matas, mi... –Ayax levantó la vista con preocupación durante un instante antes de que su rostro se crispara una vez más en una máscara de odio amargo–. El te hará pagar por esto.

Macro miró a Cato y habló en voz baja.

–¿Él?

Cato se encogió de hombros.

–Telémaco, quizá.

Vitelio se acercó más al prisionero, se inclinó hacia delante y le susurró en tono suave:

–¿Quién me hará pagar? ¿Tu amigo, el jefe pirata? ¿De verdad lo crees?

–Vas a morir, romano.

Vitelio soltó una risa corta y dura.

–Todos vamos a morir, amigo. Sólo que algunos mueren antes que otros. El momento en que eso ocurre es lo único que importa en la vida. Bueno, ya sabes las preguntas. Quiero las respuestas.

–¡Que te jodan! –Ayax levantó la cabeza con una sacudida y le escupió en la cara al prefecto.

Vitelio retrocedió de manera instintiva y luego se limpió la baba ensangrentada de la mejilla con el dorso de la mano. Una mueca fría y cruel asomó a su rostro.

–No, que te jodan a ti, escoria pirata. –E hizo un gesto con la cabeza al interrogador–. Vuelve al trabajo, Trebio. Haz que esta vez le duela de verdad.

–Sí, señor. –El interrogador se dirigió a su ayudante–. Pásame las tenazas.

Ayax aguantó durante el resto de la tarde y hasta Macro se vio inducido a admirar el coraje del joven. Sin duda había gritado cuando el torturador le cortó el dedo meñique y luego le arrancó varios pedazos de carne, pero ni una sola vez suplicó para que el suplicio terminara, ni respondió a ninguna de las preguntas que le hacía Vitelio. Cato se fue sintiendo cada vez más mareado a medida que se alargaba la tortura, primero una hora y, luego, otra. Justo cuando tuvo la sensación de que debía objetar algo e intentar poner fin a aquella mutilación gratuita, el pirata cedió por fin y, entre sollozos de terror y sufrimiento, soltó un nombre.

–Vectis Terra..., –susurró.

–¿Qué es eso? –Vitelio se agachó para acercarse a él, agudizando el oído para entender las palabras–. ¡Habla más alto!

–Vectis Terra..., mi padre está en Vectis Terra.

Hubo una calma repentina en la tienda mientras los romanos intercambiaban una mirada de sorpresa. Cato meneó la cabeza, enojado consigo mismo por el hecho de que se le hubiera escapado la relación entre Telémaco y Áyax, que ahora resultaba evidente. ¡Pues claro que sus rasgos eran similares! ¿Y por qué un hombre tan joven ocuparía un cargo tan elevado entre los piratas a menos que tuviera una relación de parentesco con su jefe?

Vitelio fue el primero en hablar.

–¡Vaya, esto sí que es interesante! De modo que eres su hijo.

Ayax no respondió, pero inclinó la cabeza y evitó cruzar la mirada con la de sus captores.

–¡Bueno! –Vitelio no pudo contener su regocijo ante el descubrimiento–. Estoy seguro de que ahora nos serás de mucha más utilidad, Ajax. Me pregunto..., me pregunto hasta dónde llegaría tu padre para que regresaras sano y salvo.

Ajax escupió sangre en el suelo.

–¡Antes preferiría morir!

–Claro que sí. Pero, ¿preferiría él que murieras? Ésa es la cuestión. –Vitelio se dirigió a un extremo de la tienda, desenrolló un mapa y deslizó el dedo por las oscuras líneas que señalaban la costa hasta que encontró el lugar–. Vectis Terra, dices... ¡Hura! No lo creo. Está demasiado lejos de las rutas comerciales. Vuestros barcos tendrían que navegar durante días antes de llegar a sus territorios de caza. –Se dio la vuelta y se rió–. Buen intento, joven Ajax. Sabía que mentirías la primera vez. Ahora dimos la verdad, si eres tan amable.

El prisionero bajó la cabeza, desesperado, cuando el prefecto caminó hacia él.

–Vamos, Áyax. Al final haremos que nos digas la verdad, cueste lo que cueste. La única pregunta que debes hacerte es cuánto dolor quieres soportar antes de contar

nos esta verdad. Si cooperas con nosotros, te doy mi palabra de que vivirás. Si te empeñas en este estúpido e inútil intento de resistencia, entonces habrá tormento sobre más tormento, hasta que nos digas lo que queremos saber. Y el siguiente paso será la muerte.

Vitelio extendió la mano y le levantó la barbilla al pirata.

–Así pues, ya ves, joven, lo único sensato que puedes hacer es decirnos lo que necesitamos saber. Ahora o más tarde, no importa. Pero nos lo dirás... ¡Trebio!

–¡Sí, señor!

–Estás listo?

–Sí, señor.

–Pues vuelve al trabajo.

Ajax miró horrorizado al torturador. Apretó los ojos con fuerza un momento y susurró:

–Petrapylae...

Vitelio sonrió y le dio unas palmaditas en la cabeza. –Buen chico.

El prefecto se situó otra vez frente al mapa y paseó la mirada por él con detenimiento. Al cabo de unos momentos se enderezó y regresó junto al prisionero con una expresión enojada.

–No hay ningún sitio con ese nombre. Ahora dime la verdad o...

Cato se interpuso entre ellos.

–Señor, la carta de navegación es una de las nuestras. Vitelio le dirigió una mirada fulminante.

–¿Y?

–Su lengua materna es el griego. Petrapylae... El Paso de las Rocas, o algo parecido. ¿Puedo ver el mapa, señor? Vitelio hizo un gesto con la mano.

–Por supuesto.

Cato extendió el mapa y recorrió la costa desde la posición en la que se hallaba el campamento. Entonces dio unos golpecitos con el dedo sobre el pergamino.

–Aquí. Esto se le parece. El Paso de Piedra.

–¡Déjame ver! –Vitelio se acercó presuroso, miró el punto que Cato señalaba y asintió mientras sus labios dibujaban una sonrisa de triunfo–. Debe de ser aquí.

–Tiene sentido, señor. Está relativamente lejos de las rutas comerciales. Allí hay una colonia griega abandonada montañas por todas partes. La entrada parece lo bastante estrecha como para poder defenderla bien. –Se encogió de hombros–. Claro que hay un montón de lugares idénticos en este tramo de costa.

Vitelio miró por encima de su hombro.

–,Y si está mintiendo?

–Pues lo mantenemos con vida hasta que hayamos reconocido la zona. Si está intentando engañarnos, siempre podemos volver a interrogarlo.

–Ciertamente. Pero hay una cosa más. –Vitelio volvió junto a Ajax–. Los rollos. ¿Están guardados allí? –Hubo una pausa y a continuación Ajax movió la cabeza en señal de afirmación. Vitelio examinó con recelo al prisionero un momento antes de volver la vista hacia Cato y Macro–. ¿Vosotros lo creéis?

Macro se encogió de hombros.

–Da la impresión de que es el lugar más evidente para guardarlos, señor. Nos está costando mucho localizar sus barcos, y Telémaco querrá tener los rollos en algún sitio donde pueda vigilarlos y protegerlos. Si es que son tan valiosos como la gente piensa.

–¿Valiosos? –censuró Vitelio con desdén–. Son más que eso, centurión. En realidad son inestimables. Antes de que ninguno de los dos centuriones pudiera intentar esclarecer nada más, el faldón de la tienda se alzó y uno de los guardaespaldas del prefecto metió la cabeza en su interior. Sus cejas se arquearon ligeramente cuando vio al maltratado prisionero.

–¿Qué pasa? –preguntó Vitelio con brusquedad.

–Perdone, señor, pero una embarcación se acerca desde el mar.

–¿Una embarcación? ¿Qué clase de embarcación?

–Parece una especie de balandro, señor. Es pequeña pero rápida.

–¿Y dices que viene hacia aquí?

–Sí, señor. Directa hacia nosotros.

Vitelio miró un momento a Ajax antes de tomar una decisión.

–Podrá esperar. Cato, Macro, comunicad la noticia al oficial de servicio superior. Tiene que poner a dos centurias en estado de alerta. Y avisar a las baterías de artillería. Quiero que estén listas para disparar, si es necesario, en cuanto la embarcación esté a su alcance. Me reuniré con vosotros enseguida.

Ellos saludaron y agacharon la cabeza para salir de la tienda. Vitelio se volvió hacia el interrogado.

–Bueno, sólo unas preguntas más para terminar...

Desde el exterior de la tienda de mando, a Macro y Cato se les abría una amplia vista sobre la cuesta que conducía al terraplén y a la playa del otro lado. El sol era dorado y brillante y, al mirar hacia el mar, tuvieron que protegerse los ojos y entornarlos. A lo lejos, pudieron divisar la embarcación, poco más que una silueta borrosa, con la vela latina extendida a un lado mientras avanzaba con el viento a favor. Bajaron hasta la playa a grandes pasos y transmitieron la orden del prefecto antes de volver de nuevo su atención hacia el barco que se aproximaba.

–¿Quién demonios es ése? –preguntó Macro. Cato se encogió de hombros.

–Ni idea.

–Sea quien sea parece tener mucha prisa por llegar hasta aquí. ¿Correo imperial o algo así? –se preguntó Macro en voz alta.

Mientras observaban el mar, Cato sintió que la sangre se le helaba en las venas al recordar el despacho que había mandado a Roma. Se oyeron crujir los guijarros, y de pronto Cato notó que los ojos del prefecto se posaban sobre él, pero se obligó a permanecer quieto y a resistir la tentación de volverse hacia Vitelio. En lugar de eso se concentró en el balandro recién llegado hasta que le llamó la atención un lejano movimiento en el promontorio, por encima de la bahía. Una hilera de cruces se alzaban oscuras contra el cielo del oeste. De cada una de ellas colgaba una diminuta figura. Mientras él miraba, la última cruz se levantó y colocó en su lugar, con un hombre retorciéndose en sus brazos de madera.

Reprimió un estremecimiento de miedo. Si Vitelio descubría que Cato había abierto su despacho, había muchas posibilidades de que se encontrara compartiendo aquel sino de los piratas clavados en las cruces y colgados por encima de la bahía.

CAPÍTULO XXX

La pequeña embarcación mantuvo su rumbo y entró en la bahía cuando el sol se ocultaba por el horizonte. Desde la costa, Cato distinguió un grupo de figuras en cubierta. Los oblicuos rayos de luz iluminaban unas capas rojas y se reflejaba en las armaduras bruñidas.

A su lado, Macro dejó escapar un gruñido.

–Parece que son mandamases. Me pregunto qué están haciendo aquí.

Ambos se volvieron hacia el prefecto Vitelio que, de pie a una corta distancia de ellos, examinaba el barco que se aproximaba con los ojos entornados y una expresión preocupada. Macro se inclinó para acercarse más a su amigo.

–¿Crees que tiene algo que ver con ese informe que mandó a Roma?

Cato intentó parecer sincero y tranquilo al responder: –Lo cierto es que no tengo ni idea. Tendremos que esperar a ver qué pasa.

Macro lo miró con curiosidad un segundo. A continuación se volvió para asegurarse de que nadie lo oía y habló en voz baja:

–Cato, ¿tú sabes algo sobre esto?

–¿Sobre qué?

–Ne te hagas el listo conmigo, muchacho. Te conozco. Por un momento, Cato estuvo tentado por la necesidad que sentía de compartir su preocupación. Pero no iba a poner a Macro en más peligro del que ya corría. Al menos le debía eso.

–Lo siento. No hay nada que contar.

Macro observó a su joven amigo con atención y no se quedó convencido.

–Nada que estés dispuesto a contarme, quieres decir. Bueno, pues entonces sé un maldito idiota obstinado y guárdatelo para ti. Siempre lo haces... –El veterano le dio unas suaves palmadas en el brazo–. Pero ten cuidado, ¿eh?

Macro se aproximó más a la costa y se quedó mirando la embarcación, que ya había arriado su vela. De cada uno de los baos salieron dos largos remos y la tripulación bogó la distancia que quedaba hacia la costa. En el último momento, los remos se alzaron y la tripulación les dio la vuelta para conducir la proa hacia la playa. Una pequeña ola llevó al balandro hasta los guijarros, donde encalló con un crujido al rozarlos. Los hombres que se hallaban en la parte trasera de la embarcación avanzaron por la cubierta y pasaron por encima de la amura para bajar a tierra firme. Eran seis, la mayoría jóvenes oficiales de Estado Mayor, sin duda aristócratas que realizaban su primer aprendizaje militar. A una corta distancia por detrás de ellos caminaba un hombre de más edad, vestido con una túnica sencilla y una gruesa capa militar. Cato y Macro lo reconocieron al instante y se miraron el uno al otro, sorprendidos.

–¿Vespasiano? –Macro meneó la cabeza–. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

Cato no tenía ni idea. Estaba tan sorprendido como su amigo de ver de nuevo a su antiguo comandante. La última vez había sido meses atrás, cuando habían acompañado al legado en su regreso de Britania. Cato y Macro se volvieron para observar a Vitelio. Hacía dos años el prefecto había servido como tribuno a las órdenes de Vespasiano y entre ellos había surgido una intensa y amarga rivalidad.

Vitelio respiró hondo e hizo una señal con la mano a los oficiales que lo rodeaban.

–¡Seguidme!

El grupo de la flota bajó por la playa a grandes zancadas hacia los recién llegados mientras que Vespasiano y sus tribunos se detenían y esperaban a unos cuantos pasos por encima de la línea de pleamar.

–¡Señor! –exclamó Vitelio, que se obligó a sonreír afectuoso–. ¿Qué os trae por aquí?

Vespasiano pareció mostrarse de igual modo cordial cuando extendió la mano y los dos oficiales se estrecharon los brazos.

–Me manda el secretario imperial. Te presentaré a mis oficiales de Estado Mayor más tarde, pero primero tenemos que hablar. Narciso quiere saber cómo marcha la operación.

Vitelio frunció el ceño.

–Pero si le mandé un informe. Debe de haberlo recibido hace varios días. A menos que... –Se volvió para fijarse en Cato.

–El informe ha llegado sin ningún percance –le tranquilizó Vespasiano–. Narciso te lo agradece, pero en vista de la, cómo te diría..., complejidad de la situación, quiso enviar a alguien que evaluase de primera mano el progreso que estás haciendo. Puesto que hemos servido juntos en el pasado, Narciso me adjudicó la tarea. –Vespasiano sonrió con afectación–. De manera que aquí estoy, a mi pesar.

–Entiendo.

–Al llegar reparé en que al menos has tenido algún éxito. –Vespasiano se volvió y señaló el promontorio. –¿Eso? Mis hombres les tendieron una trampa a los piratas. Tomarnos tres de sus barcos y unos cuantos prisioneros, incluido un hombre cercano a su jefe, Telémaco. Lo estaba interrogando cuando me avisaron de vuestra llegada. A los demás los he ejecutado para que sirva de advertencia a los piratas y para animar a nuestros hombres.

–¿De advertencia a los piratas? –caviló Vespasiano–. Entonces deben de estar muy cerca.

–Nos mantienen vigilados –admitió Vitelio con recelo.

–¿En serio? Bueno, no perdamos el tiempo –prosiguió Vespasiano en un tono más despreocupado–. Ha sido un viaje largo e incómodo. A mis tribunos y a mí no nos vendría mal algún refrigerio.

–Por supuesto. –Vitelio se volvió y se dirigió a uno de sus oficiales de Estado Mayor–. Ve corriendo a mis dependencias. Quiero que se prepare una tienda. Comida y vino para todos los oficiales superiores y para nuestros invitados, lo más pronto posible. Ve.

Mientras el hombre se alejaba corriendo, Vespasiano paseó la mirada por las fortificaciones que bordeaban la playa y por la flota anclada en la bahía o varada en los guijarros.

–Has hecho un buen trabajo con las fortificaciones. Parece una base excelente desde la que dirigir las operaciones.

Vitelio, gentil, inclinó la cabeza.

–¿Te importa si mis oficiales de Estado Mayor y yo curioseamos por aquí antes de aprovecharnos de tu hospitalidad? Eso les dará a tus hombres la oportunidad de organizar las cosas sin prisas. –Vespasiano sonrió.

–Por supuesto, con mucho gusto les...

Vespasiano levantó una mano para interrumpir al prefecto.

–No, no, por favor. Ya te he importunado bastante. –Vespasiano echó un vistazo a los oficiales de Vitelio y señaló a Cato–. ¡Centurión Cato! Me alegro de verte de nuevo. ¿Serías tan amable de hacernos de guía?

–Será un honor para mí, señor.

–Gracias. Prefecto Vitelio, nos reuniremos contigo dentro de un rato.

–Con mucho gusto, señor.

Sin decir ni una palabra más, Vespasiano empezó a alejarse por la playa, con Cato a su lado, en tanto que sus oficiales de Estado Mayor lo seguían a una corta distancia. Vitelio los observó con malicia un momento, sonriendo al imaginar el duro castigo que dentro de poco le sería infligido al centurión Cato. El informe mandado a Roma había sido absolutamente inequívoco al señalar la negligencia en el cumplimiento del deber por parte de Cato. Seguro que Vespasiano traía una orden para la ejecución del joven oficial. No obstante, en tanto que la eliminación de Cato era una perspectiva satisfactoria, el hecho de que Narciso hubiera mandado a Vespasiano para evaluar sus progresos era muy preocupante. Estaba claro que la cuidada descripción que había redactado de las primeras etapas de la campaña no había conseguido engañar al secretario imperial. Si quería ocultarle a Narciso la verdadera magnitud del desastre, tendría que tratar a Vespasiano con mucho cuidado. Vitelio se dio la vuelta y le hizo señas a Macro.

–¿Señor?

–Vuelve con el prisionero. Límpialo y llévalo a algún lugar seguro, donde esté a salvo y donde Vespasiano no pueda oírlo.

–Sí, señor.

Vitelio se quedó observando en silencio durante unos momentos más las espaldas de Vespasiano y su grupo mientras se alejaban; luego se dio la vuelta y se dirigió con paso resuelto hacia el campamento.

En cuanto terminó su inspección de las defensas costeras, Vespasiano despachó a sus oficiales de Estado Mayor y ordenó a Cato que lo llevara hacia el otro lado de los terraplenes. Cuando estuvieron a una distancia segura de la empalizada, Vespasiano se volvió hacia el centurión y le habló sin rodeos.

–Bien, ha llegado el momento de prescindir de las cortesías. El secretario imperial puso el grito en el cielo cuando leyó el informe del prefecto. Una flota imperial casi derrotada por una panda de piratas. Cientos de vidas perdidas y un valioso equipo arrojado al fondo del mar. Y cuando pasé por Rávena el lugar estaba al borde de la anarquía. Tuve que mandar a un oficial a Arminium en busca de una cohorte de auxiliares para que mantuvieran la situación controlada. Mejor será que Vitelio se asegure de poner sus asuntos en orden y de redactar su testamento.

–¿Es grave, señor?

–Puede que el prefecto sobreviva si podemos derrotar con rapidez a esos piratas y encontrar esos rollos. Al menos su informe tenía la virtud de ser sincero y no intentar ocultar el lío que ha montado. Quizás eso lo salvara.

Cato hizo una mueca. La buena suerte de Vitelio parecía no tener fin. Ya podías arrojarlo de la roca Tarpeya que aterrizaría de pie.

–Centurión, necesito saber con exactitud cuál es la situación aquí –siguió refiriendo Vespasiano–. Se supone que el prefecto Vitelio está en misión punitiva, llevando la ofensiva al mismísimo umbral de la guarida de los piratas. En cambio, tengo la sensación de haber llegado a una maldita ciudad asediada. ¿Cómo demonios se ha llegado a este punto? Habla claro. Me imagino que no tengo que preocuparme de que encubras a este oficial superior en particular, dada tu pasada experiencia con Vitelio.

Cato devolvió la sonrisa cómplice a su superior y con rapidez puso sus pensamientos en orden mientras caminaban despacio a lo largo del perímetro de las defensas.

–En total hemos perdido una cuarta parte de nuestras fuerzas, incluyendo los heridos. Muchos de los barcos están dañados y el hecho de que Vitelio se haya mantenido a la defensiva no ha contribuido a mantener alta la moral de los soldados. –Cato hizo una pausa y señaló hacia la línea de árboles de una colina situada a no más de kilómetro y medio de distancia–. Y lo que es peor, el enemigo tiene tropas ahí afuera que hostigan a nuestras patrullas de aprovisionamiento y que de vez en cuando atacan a los centinelas durante la noche. Los piratas poseen barcos más rápidos y mejores tripulaciones, y han escapado de todos los intentos por darles

caza. –Cato hizo un gesto hacia las distantes cruces en el cabo–. Ése es el único éxito que hemos tenido desde el inicio de la campaña, señor.

–¿Qué ocurrió?

–Preparamos una trampa en una cala un poco más arriba de la costa. Ellos picaron, y pagaron por ello. Vespasiano lo miró con astucia.

–¿De quién fue la idea? ¿Tuya?

–Yo estaba allí –repuso Cato–. Fue bastante sencillo. –Quizá. Pero tú lo hiciste, mientras que el prefecto se quedaba en el campamento tocándose las narices. Ésa es la cuestión.

–Bueno, alguien tenía que hacer algo, señor.

–No seas estúpido –le recriminó Vespasiano con severidad–. No te disculpes, Cato. Por lo que veo, eres casi el único que ha hecho algo útil aquí. ¿Hay alguna otra cosa que deba saber?

–Bueno, señor, es posible que hayamos descubierto el lugar desde el que operan los piratas.

Vespasiano se detuvo y se lo quedó mirando fijamente. –¿Y me lo dices ahora?

–Uno de los prisioneros que apresamos la otra noche era el hijo de Telémaco, el jefe de los piratas. Esta tarde el prefecto hizo que un interrogador se encargara de él. Nos ha dado un emplazamiento.

–¿Crees que está diciendo la verdad?

Cato se encogió de hombros.

–No lo sé, señor. Tiene agallas. Puede que nos esté mintiendo para ganar tiempo para su padre y sus hombres. Por otro lado, el interrogador cumplió muy bien con su cometido para lograr que se viniera abajo.

Vespasiano observó al centurión con detenimiento.

–¿Mencionó algo sobre los rollos?

Cato notó que se le aceleraba el pulso y en aquel mismo instante decidió probar suerte. Se esforzó para mantener su voz calmada.

–¿Rollo, señor? ¿Los rollos délficos?

Vespasiano guardó silencio un momento antes de responder:

–¿Entonces lo sabes? Me dijeron que sólo el prefecto había sido informado.

Cato pensó de prisa.

–El secretario imperial nos habló de ellos cuando nos dio instrucciones para esta misión, señor.

–¿Nos? ¿Quieres decir que el centurión Macro también lo sabe?

–Sí, señor. –No había tenido tiempo de pensar en otra explicación y Cato rezó para que no hubiera puesto a su amigo en ningún peligro.

–Ya veo... Será mejor que tengas cuidado, que lo tengáis los dos. Tener conocimiento acerca de los rollos es peligroso.

–Pero, señor, no se puede decir precisamente que nadie los conozca, ni que no se sepa lo que contienen. Los sacerdotes del templo de Júpiter llevan cientos de años consultándolos.

–Sí, los primeros tres libros. Aunque supongo que

estarían mucho más contentos si pudieran conseguir los

otros tres y disponer de toda la visión del asunto. –Vespasiano se volvió a mirar al mar, hacia Italia y Roma.

Al hablar,

parecía nostálgico–. Me imagino que hay bastante gente

que daría cualquier cosa por poseer los rollos perdidos...

A Cato se le agolpaban las ideas en la cabeza al considerar las implicaciones de lo que Vespasiano acababa

de explicarle. ¿Los otros tres rollos délficos? Era imposible.

Habían sido destruidos, quemados por el Oráculo. O se

suponía que así había sido. Pero si existían, serían un arma

potente para cualquier hombre ambicioso de Roma con

miras a explotar las supersticiones del populacho. Cualquier hombre como Vitelio, o... Un escalofrío le

recorrió

la espalda mientras examinaba a Vespasiano. En aquel instante el senador se volvió de nuevo hacia el centurión y por

un segundo Cato creyó advertir un atisbo de lástima en el rostro de Vespasiano. Entonces la expresión del senador se endureció.

–En fin, Narciso debía de tener sus razones para decírtelo. En cualquier caso, tú comprenderás la importancia que tienen. Y por qué no puede permitirse que caigan en otras manos, y en las de los enemigos del emperador menos que en ningunas.

Cato asintió con la cabeza.

–Muy bien. –Vespasiano dirigió sus ojos hacia las montañas cercanas, hacia las sombras de los árboles de la linde del bosque que se extendía por sus pendientes. A continuación se dio la vuelta y miró hacia el campamento, fijando la mirada en un centinela que atisbaba con nerviosismo por encima de la empalizada mientras patrullaba a lo largo del terraplén. Vespasiano meneó la cabeza con desaprobación—. Ya he visto suficiente. Ha llegado el momento de actuar.

Vitelio miró al senador, impresionado.

–No puede hablar en serio.

–Sí –repuso Vespasiano con firmeza—. Por la autoridad que me ha conferido el emperador Claudio y el Senado y el pueblo de Roma, te relevo de tu mando y asumo tu rango y autoridad como prefecto de la flota de Rávena.

Se hizo un silencio anonadador en la tienda donde los oficiales allí reunidos observaban la confrontación. Por un momento, Vitelio no respondió, como si estuviera en trance. Entonces negó con la cabeza e irguió la espalda.

–No. No tiene autoridad para hacerlo. –Sí, la tengo. –Vespasiano se volvió hacia uno de sus tribunos y chasqueó los dedos—. Decio, la autorización, por favor.

El tribuno metió la mano debajo de su peto y extrajo una hoja de papiro doblada. Se la entregó a Vespasiano quien, tras abrir con cuidado el documento, se lo ofreció a su vez a Vitelio.

–Léelo.

Vitelio se quedó mirando el documento unos instantes, como si fuera venenoso. Luego alargó la mano y lo cogió. La autoridad de Vespasiano estaba confirmada por el mismísimo emperador Claudio y escrita con un estilo desacostumbradamente escueto. Sin embargo, el documento era lo bastante claro en cuanto al poder absoluto conferido al nuevo comandante de la flota de Rávena. Vitelio dobló el documento y se lo devolvió.

–Felicidades, señor –dijo en un tono cargado de resentimiento—. La flota está bajo su mando...

¿Puedo preguntar qué será de mi persona?

Vespasiano había previsto la pregunta y tenía la respuesta preparada. Según los términos de su autoridad, Vespasiano podía hacer que arrestaran a Vitelio y lo condenaran por incompetencia. Incluso podía hacer que lo ejecutaran si así lo deseaba. No obstante, en ambos casos, a su regreso a Roma se encontraría con preguntas de difícil respuesta. Aunque el favorito del emperador había convertido la campaña en un desastre, Claudio todavía le tenía cariño. Cariño suficiente para vengarse del hombre responsable de destruir a su protegido. Por otro lado, si Vitelio vivía, seguro que con su labia recuperaría el favor imperial y en un futuro supondría un peligro para Vespasiano. Vespasiano no tenía muchas alternativas. Vitelio tenía que permanecer con la flota durante el resto de la campaña, pero donde Vespasiano pudiera vigilarlo. Además, con un poco de suerte y una acertada asignación de servicios, podría ser que a Vitelio lo mataran, y entonces el problema de Vespasiano quedaría resuelto.

Antes de responder se quedó mirando fijamente a Vitelio durante largo rato, como si estuviera considerando el destino de aquel hombre.

–Te quedas aquí. Dadas las pérdidas sufridas como resultado de tus decisiones, necesito a cualquiera que pueda sostener una espada. De momento te mantendré en mi Estado Mayor, pero te incorporarás a la línea en cuanto empiece la batalla.

Vitelio inclinó la cabeza.

Vespasiano recorrió con sus ojos la tienda mirando a los demás oficiales, muchos de los cuales seguían atónitos por el extraordinario acontecimiento que había tenido lugar ante sus ojos.

–De momento, ningún otro hombre será considerado responsable por el fracaso de la flota. Todos permaneceréis en vuestros puestos actuales. No obstante, tened presente que en Roma están considerablemente contrariados con vuestra actuación. Tenéis una oportunidad, señores, de poner las cosas en su lugar; de recuperar vuestro honor y el honor de la flota. Os aconsejo que penséis en ello. A partir de mañana tomaremos la ofensiva contra los piratas.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo de oficiales. Entonces Vespasiano hizo un gesto con la cabeza hacia Macro y Cato.

–Entre vosotros hay algunos que ya han servido antes a mis órdenes. Saben que dirijo a los hombres con dureza. Pero también saben que soy justo. Servidme, tal como ellos me han servido, y ganaremos. Mataremos o capturaremos hasta al último pirata y destruiremos sus barcos y su base. Y cuando todo haya

terminado, un buen botín aguarda para todos aquellos que sobrevivamos. Pero si me falláis, de un modo u otro, no podéis esperar clemencia. ¿Estamos de acuerdo, señores?

Los oficiales asintieron con la cabeza y algunos murmuraron una afirmación.

–Muy bien. La fiesta ha terminado. Regresad a vuestras unidades y preparaos para ponerlos en marcha. Mañana levantaremos el campamento y pondremos rumbo al norte de la costa. Ahora mismo no habrá preguntas, señores. Podéis retiraros... Centuriones Macro y Cato, quedaos donde estáis. Tengo un pequeño encargo para vosotros.

Mientras los demás oficiales salían en fila por los faldones de la tienda, Macro se inclinó hacia su amigo y le susurró:

–¿Tienes alguna idea de qué se trata?

–No.

–Estupendo. Sencillamente estupendo. –Macro meneó la cabeza–. Te apuesto lo que quieras a que nos vuelve a tocar la parte más jodida.

CAPÍTULO XXXI

Dos noches después, el balandro que Vespasiano había requisado dejó a los dos centuriones a diez millas al sur de la zona de la costa conocida como el Paso de Piedra. Cato y Macro iban vestidos con urnas túnicas de color gris y llevaban sus espadas y raciones para tres días. Las instrucciones del nuevo prefecto de la flota de Rávena eran muy claras. Tenían que hacer un reconocimiento de la zona e intentar localizar la base de los piratas. Si es que, en efecto, estaba allí. A Ajax se le habían prometido nuevos tormentos en el caso de que hubiera mentido. Cato y Macro no tenían que intentar ninguna heroicidad y, sobre todo, debían asegurarse de no ser vistos por el enemigo. El balandro los esperaba en una bahía aislada a unas cuantas millas del Paso de Piedra.

Mientras los dos centuriones exploraban la zona, la fuerza principal a las órdenes de Vespasiano avanzaría con lentitud tras ellos, siguiendo la costa hacia el norte. Los buques de guerra se habían preparado para una inminente batalla. Todo el equipo que Vespasiano había decidido que no era esencial para la operación se dejó en la cabeza de playa. Cinco de los birremes, dañados en el primer combate contra Telémaco, se quemaron en la costa para evitar que fueran de alguna utilidad para los piratas. Asimismo, se mandó a un birreme de regreso a Rávena con los soldados heridos de mayor gravedad y que no resultarían útiles para el resto de la campaña. La flota avistó alguna que otra nave a lo lejos, en el horizonte, pero el enemigo se contentó sencillamente con mantenerlos bajo vigilancia y no se arriesgó a presentar batalla. Vespasiano era consciente de la posibilidad de que los piratas pudieran tener espías dentro de su ejército, así como en Rávena, y se aseguró de que se doblara la guardia en los muros del campamento cada noche. A los centinelas se les ordenó montar guardia tanto en el interior como en el exterior del campamento por si alguien intentaba comunicarse con los piratas. De momento no había mucho de qué informar que los piratas no pudieran ver por sí mismos, pero cuando llegara el momento decisivo de la campaña, Vespasiano necesitaría moverse con rapidez y sorprender al enemigo. Y éste no debía recibir ninguna advertencia de antemano.

Vespasiano sabía que corría el riesgo de que la base pirata no se encontrara donde Áyax afirmaba, pero la localización parecía lógica. En dirección a Risinium la costa se hallaba muy poblada y ofrecía pocos lugares para ocultar una flota pirata. En la otra dirección, la costa se convertía en un laberinto de islas y bahías profundas, flanqueadas por montañas imponentes. Era allí donde a buen seguro estarían escondidos Telémaco y sus piratas. Lo suficientemente alejados de las rutas comerciales para permanecer invisibles a los barcos que pasaran, pero lo bastante cerca como para aventurarse a salir y continuar con aquellos asaltos que habían causado tanta vergüenza a Roma durante los últimos meses. Si la información de Ajax era exacta, la campaña tendría que resolverse en cuestión de días. Si la información era falsa, entonces Vespasiano se encargaría de que la próxima tanda de preguntas y torturas produjera el resultado adecuado, sin importar el tiempo y el sufrimiento que hicieran falta para ello.

Después de pasar una noche al raso y un día trepando por unos estrechos y tortuosos caminos de cabras, atentos a cualquier signo de existencia de un asentamiento, Macro y Cato encontraron una pequeña cueva en lo alto de una montaña en la que se refugiaron para pasar la segunda noche. La entrada era estrecha y, desde lejos, una lengua de roca que se alzaba cerca de ella la ocultaba a la vista. De hecho, les habría pasado del todo inadvertida si el camino que seguían no hubiera transcurrido precisamente junto a la entrada. En su

interior, la cueva describía una curva pronunciada hacia una cavidad que era lo bastante amplia para que los dos hombres pudieran hacer una pequeña fogata y tumbarse junto a ella. Dejaron las alforjas en el suelo y se dejaron caer para recuperar el aliento. Al final, Macro meneó la cabeza con cansancio.

–¿Por qué nosotros? ¿Por qué nos eligió a nosotros? A estas alturas ya le tendría que tocar a otros.

–Ya oíste lo que apuntó –repuso Cato–. Somos los mejores para este trabajo.

–¿Y tú te lo creíste? –dijo Macro con desdén–. Recuérdame que te venda una carreta de segunda mano cuando regresemos a Roma.

–Podría ser que el legado lo dijera en serio –replicó Cato con frialdad–. Ha contado con nosotros en el pasado y no le hemos defraudado.

–Espera un momento. –Macro se incorporó–. Hasta donde yo recuerde, o bien te has presentado voluntario por los dos o bien nos ha ordenado que fuéramos. Así pues, o somos unos completos idiotas o cree que somos prescindibles. En cualquier caso, no es ésa la dirección que quiero que tome mi carrera..., o lo que quede de ella.

Cato le dirigió una sonrisa lánguida.

–Vamos, hombre, ¿me estás diciendo que no disfrutas con esta misión?

–¿Cómo dices? Dos días sin dormir, más de treinta kilómetros subiendo por la montaña, tengo frío y hambre y quizá nos encontremos a pocos kilómetros de la guarida de cientos de piratas sedientos de sangre. ¿Cómo no voy a disfrutarlo?

–¡Ese es mi Macro!

–¡Oh, vete a la mierda!... Tú disfruta poniéndote cómodo en este húmedo y diminuto agujero. ¿Yo? Yo voy a hacer una maldita hoguera.

Mientras Macro recogía un poco de leña de los matorrales que crecían en la ladera de la montaña y preparaba una fogata, Cato tomó de su alforja el mapa de piel de cabra, una pluma y un pequeño tintero y los dispuso en el suelo de la cueva. Con la débil luz que penetraba por la abertura, empezó a añadir detalles al básico bosquejo de la zona que el escribiente había copiado en la piel de cabra de uno de los mapas de los miembros del Estado Mayor. Dibujando con cuidado, Cato marcó la sierra que habían recorrido aquel día, así como los caminos que habían seguido, y entonces empezó a examinar la sección fundamental del mapa que completarían al día siguiente. Después de trepar a la cumbre de la montaña que tenían por encima, Macro y él examinarían la entrada a la bahía y luego descenderían por la otra ladera para reunirse con la flota. Detrás de él, en el fondo de la cueva, Macro estaba golpeando un pedernal sobre su caja de yesca. Las chispas cayeron, centelleantes, sobre el lino carbonizado del interior. Al cabo de unos cuantos intentos, algunas chispas prendieron en el tejido, que empezó a resplandecer. Macro sopló con suavidad sobre él y luego pasó la llama diminuta a las astillas y siguió soplando hasta que se encendieron; el sonido de los chasquidos inundó la cueva mientras Macro avivaba la pequeña hoguera.

–¡Ya está! –Se inclinó hacia atrás con una sonrisa–. No tardaremos en estar calentitos aquí dentro.

–Buen trabajo. –Cato se obligó a devolverle la sonrisa. Se sentía culpable por la amistad genuina que Macro compartía con él. Al implicar a Macro en el supuesto conocimiento de los rollos delfícos, había puesto a su amigo en peligro. Por el bien de Macro, y por el bien de su amistad, tenía que contarle la verdad, se lo debía al veterano centurión. Macro debía ser consciente del contenido de los rollos y de su importancia.

–Macro...

El otro levantó la mirada del fuego.

–¿Mmm?

–Tengo que decirte algo. Sobre esos rollos que busca Narciso.

–¡Ah! –Macro captó el tono incómodo de la voz de su amigo–. ¿Qué les pasa?

–No estoy muy seguro de por dónde debo empezar. Yo...

–¡Desembucha, hombre! Ya te preocuparás después por los detalles y sutilezas.

–De acuerdo...

Macro meneó la cabeza. –¡Por lo que más quieras, Cato, suéltalo ya, joder! ¿Cualquiera diría que me estás pidiendo la mano en matrimonio!

Cato se rió.

–Bueno, en verdad lo estaba pensando. Verte aquí inclinado sobre el fuego me ha hecho darme cuenta de que serías una buena esposa.

Macro le hizo un gesto admonitorio con el dedo.

–Ten cuidado, muchacho. Nunca llesves una broma demasiado lejos.

–Está bien, lo siento...

Macro se lo quedó mirando un instante y suspiró.

–¿Y los rollos?

–¡Ah, sí, claro! –Cato adoptó una posición más cómoda y se abrazó las rodillas, de cara al fuego.

–Averigüé qué son. ¿Has oído hablar de los tres rollos délficos?

Macro puso los ojos en blanco y respondió con forzada paciencia:

–Sí, creo que he oído hablar de ellos.

–¿Y la historia que tienen detrás?

La expresión de Macro entonces fue dubitativa.

–La sibila se los dio al rey Tarquino, ¿verdad? Hace mucho tiempo.

Cato asintió con la cabeza.

–Hace unos quinientos años. Pero la sibila no se los dio, se los vendió. A cambio de una fortuna. Sólo le vendió tres libros.

–¿Y había más?

–Oh, sí. Seis en total. Seis libros que se supone profetizaban todo el futuro de Roma y de su gente. Toda una joya. De modo que vino a Roma y se los ofreció a Tarquino por un precio que lo hubiera arruinado. Por descontado, él los rechazó. Así pues, ella se fue, quemó uno de los libros, regresó al día siguiente con cinco y exigió el mismo precio. Él volvió a rechazar la oferta, por lo que ella quemó otro libro y volvió un tercer día exigiendo el mismo precio. Él se negó una última vez y la sibila destruyó un tercer libro. Cuando se presentó de nuevo ante él, el rey estaba desesperado y pagó lo que le pedía. Y eso es lo que tenemos en el templo de Júpiter hoy por hoy. Nuestros sacerdotes van a consultarlos siempre que se da una crisis de algún tipo e intentan dilucidar lo que ocurrirá. No es fácil cuando sólo tienes delante la mitad de la información.

–Entiendo. –Macro tenía la mirada fija en el ondulado resplandor de su hoguera–. ¿Y qué tienen que ver estos rollos que buscarnos con los rollos délficos?

Cato se inclinó un poco hacia delante.

–¿No lo entiendes? Los rollos délficos son éstos.

–¿Cómo? ¿Quieres decir que los que están en el templo de Júpiter son falsos?

–No, no. Escucha. Piensa en ello. La sibila sabía que esos rollos eran inestimables. Entonces, ¿por qué demonios iba a destruirlos?

–Por lo que tú dijiste. Para tener más influencia en las negociaciones con el rey Tarquino.

–Que la tuvo –reconoció Cato–. Pero, ¿no habría sido más inteligente haber puesto los rollos en algún lugar seguro y decir que los había quemado? Más adelante llega un nuevo rey, con una nueva fortuna y la sibila, o su sucesora, revela la existencia de los rollos que quedan. Por aquel entonces, la gente de Roma habría descubierto que los primeros tres libros son casi inútiles por sí solos. Estarían dispuestos a pagar casi cualquier cosa para poseer los otros tres libros para completar la profecía.

–¿por qué no intentó vender los libros más adelante?

–No lo sé. Tal vez tuvo la sensación de que no era el momento adecuado. Quizás esperaba que Roma fuera lo bastante rica para poder permitirse pagar el precio que ella quería. Quizás era muy buena guardando secretos y murió antes de poder hablarle de los libros a su sucesora y decirle dónde estaban escondidos. No lo sé. Sólo son conjeturas. Se cuentan historias de hombres que afirmaron haberlos visto. Yo he llegado a oír decir que cayeron en manos de Marco Antonio justo antes de la batalla de Accio. Podría haber vencido a Augusto, pero, por alguna razón, Antonio perdió el valor en el último momento y abandonó a su flota a su destrucción. La leyenda cuenta que leyó los rollos délficos el día antes de la batalla y que ellos predijeron su derrota.

Macro escuchaba muy atento.

–¿Crees que es cierto?

Cato se rió.

–¡Quién sabe! Su flota perdió porque se largó. Si huyó por culpa de alguna profecía es que es aún más estúpido de lo que creen los historiadores. Nuestro destino no está escrito en las estrellas. Lo hacemos nosotros a nuestra voluntad. Lo demás no son más que cuentos.

–Podría ser cierto –opinó Macro–. En los cielos y en la tierra hay más cosas de las que se pueden encontrar en uno de esos libros que lees, Cato.

–Tal vez –Cato se encogió de hombros–. O quizás Antonio era igual de malo comandando una flota que seleccionando a una amante.

Macro se encogió de hombros también y se quedó mirando el fuego, con un aire hosco. Cato tuvo miedo de haber ido demasiado lejos socavando las supersticiones que Macro, en su interior, tenía en mucho. Decidió cambiar de enfoque y se aclaró la garganta.

-En cualquier caso, está bastante claro lo que ha ocurrido desde entonces.

-¿Ah, sí?

-Alguien descubrió los rollos y los reconoció por lo que eran. Llegaron a un acuerdo con el emperador..., o con Narciso, lo más probable, quien mandó a un agente con el oro para pagar los rollos. El agente, tal como estaba previsto, emprendió el camino de regreso a la capital llevando los rollos que completarían las profecías de Delfos. Por fin, los gobernantes de Roma sabrían lo que le deparaba el futuro al Imperio y podrían hacer sus planes en consecuencia. Suponiendo que haya algún fundamento en esas profecías.

-¿Y si se equivocan? -preguntó Macro.

Cato se encogió de hombros.

-No importa. Lo único que tiene que hacer Narciso es dejar caer que tiene los rollos y la mayoría de sus enemigos no se atreverán a actuar contra él por miedo a que ya conozca sus intenciones. Es una herramienta política de gran utilidad. Casi un tesoro a título propio... Sin embargo, los rollos nunca volvieron a Roma. A una corta distancia de Rávena, el barco en el que viajaba el agente de Narciso fue atacado y capturado por Telémaco y sus piratas. Cuando Telémaco cayó en la cuenta de lo que tenía en sus manos, supo que podía pedir un cuantioso rescate por los rollos. O mejor todavía, si se hacía conocer la existencia de los rollos a otras personas, podría vendérselos al mejor postor. El emperador y Narciso no son los únicos que van detrás de los rollos. Habrá otros. Como nuestros amigos, los Libertadores. De modo que Telémaco los enfrenta entre sí para subir el precio, sólo que se volvió demasiado codicioso y Narciso decidió que debía recuperar los rollos a cualquier precio. Así que nos mandó aquí, y a la flota de Rávena, con órdenes de no detenerse ante nada hasta poner fin a la amenaza pirata.

-Y los rollos se recuperan -asintió Macro-. ¿De manera que todo esto es por los rollos?

-No exactamente. En algún momento tendrán que ocuparse de Telémaco y de sus hombres. No obstante, una campaña en contra de la amenaza pirata sería una tapadera bastante buena para la verdadera operación de rescate de los rollos. La única dificultad es que el secretario imperial tendría que mantener en secreto este aspecto, por miedo a alertar a sus rivales no tan sólo de la existencia de los rollos, sino también de su paradero.

-Entiendo. Pero si es un secreto tan grande, ¿cómo es que nosotros lo sabemos?

Cato se ruborizó.

-Leí el informe de Vitelio. El que mandó a Roma. Macro puso cara de estar horrorizado.

-¿Qué dices que hiciste?

-Bueno, hubo una tormenta. El sello se mojó y se rompió. No confiaba en él, de manera que leí el informe... A Macro se le pusieron los ojos como platos. Aquello era una violación del protocolo sumamente grave. Un legionario podía ser ejecutado en el acto por ofensas menores que ésa. Tragó saliva, nervioso.

-Vamos, continúa. ¿Qué decía?

-Conociendo a nuestro amigo Vitelio, no te sorprenderá que mintiera con todo el descaro sobre la batalla naval y la situación de mierda en que nos dejó. Trató de echarme la culpa por las pérdidas sufridas.

-¿A ti?

-¿Por qué no? Tenía que hacérselo pagar a otro. Y si se me quitaba de en medio, sólo tú y él conoceríais la existencia de los rollos. Si algo te ocurría, sería capaz de inventar cualquier excusa y quedarse los rollos para él.

-¿Y por qué iba a hacer eso?

-Para poder venderlos. O, mejor todavía, utilizarlos para promover sus propios intereses. Ya sabes lo ambicioso que es.

-Lo sé muy bien -repuso Macro con sentimiento-. ¡Qué cabrón!

-De todos modos -Cato sonrió-, cambié algunas cosas del informe antes de mandarlo a Roma.

Macro estaba atónito y se sintió asqueado por lo que Cato acababa de decirle.

-¿Lo cambiaste?

-Tuve que hacerlo. -Cato se encogió de hombros-. Si no lo hacía era hombre muerto. De manera que lo cambié para explicar la verdad.

Macro levantó la mirada con brusquedad.

-Por eso enviaron a Vespasiano.

Cato asintió con la cabeza.

-Joder, Cato. Te arriesgaste mucho, en serio. Si esto se llega a saber algún día, te romperán hasta el último hueso del cuerpo.

-Al menos... -Cato miró a su amigo, avergonzado-. Mira, lo siento muchísimo. Lamento haberte involucrado.

-¿A qué te refieres?

-En cierto modo engañé a Vespasiano para que me hablara de los rollos. Leí la referencia a los rollos délficos en el informe de Vitelio y me inventé que conocía toda la historia cuando informaba a Vespasiano sobre la situación aquí. El se lo creyó y, antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo, le solté que tú también lo sabías.

Macro frunció el ceño y meneó la cabeza.

-Sí? ¿Y qué?

-Hasta que todo esto termine, cualquiera que conozca la existencia de los rollos correrá un gran peligro. Hay demasiadas cosas en juego para arriesgarse a que queden cabos sueltos.

-Entiendo. -Macro asintió-. Gracias, amigo. Muchas gracias. Aunque me caes muy bien, Cato, y pienso que te has convertido en un soldado magnífico, hay veces en que lamento de verdad haberte conocido. Serví durante quince años antes de que tú aparecieras. Me había metido en algún lío, por supuesto, pero en los dos últimos años tú casi me has matado tantas veces que ya no me molesto ni en contarlas. Y ahora esto...

-Lo siento.

-Deja de disculparte. Ahora ya es demasiado tarde para hacer nada. -Macro estrujó su morral para convertirlo en un apretado bulto y se tumbó junto al fuego, de espaldas a Cato. Permaneció unos minutos en silencio antes de murmurar-: Prométeme una cosa.

-¿Sí?

-Si salimos de este lío, no más aventuras.

-Bueno, haré cuanto pueda.

-¡ja!

Por la mañana se despertaron con la primera luz del día que se reflejaba en las paredes de la cueva. Macro estiró sus miembros entumecidos y tosió cuando el aire frío pasó por sus pulmones. Cato permaneció en silencio, todavía un poco avergonzado por su confesión de la noche anterior. Volvieron a guardar las provisiones en las alforjas, se pusieron las botas y salieron de la cueva. El cielo era plomizo y un viento fresco soplaba por la ladera de la montaña, húmedo con la amenaza de lluvia.

-¿Por dónde vamos? -preguntó Macro.

-Directos hacia arriba. Desde el pico de la montaña deberíamos tener una vista de su fondeadero y de su base.

-Si la información es cierta -dijo Macro con tono pesimista-. Porque lo más probable es que no lo sea.

-Muy pronto lo sabremos. -Cato se echó la alforja a la espalda y empezó a caminar por el sendero que ascendía serpenteando por la ladera cubierta de rocas. Al cabo de un momento, musitando una ordinaria maldición, Macro empezó a andar tras él.

A medida que iban subiendo, una niebla se cernió sobre ellos. Luego pareció que estuvieran en la base de las mismísimas nubes y una helada llovizna golpeteó a su alrededor. Poco a poco, el terreno empezó a nivelarse y las matas de hierba azotadas por el viento luchaban para agarrarse entre las rocas y la grava.

-¡Bueno! -se consoló Macro-. Pero estoy seguro de que al menos las vistas valdrán la pena.

-¿Vistas? -Cato echó un vistazo a su alrededor-. No cuentes con ello.

Macro meneó la cabeza.

-Pensaba que eras ya un maestro de la ironía. Cato sonrió.

-Lo siento.

-Ya estás otra vez... Encontraron refugio del viento y la lluvia bajo un saliente rocoso y se sentaron, arrebujados en sus capas militares, mascando un poco de la ternera seca que llevaban en las alforjas. Pasaron las horas y el cielo, que seguía siendo gris, no presagiaba nada bueno. Después, a media tarde, según los cálculos de Cato, las nubes se volvieron menos densas y un débil resplandor de luz del sol surgió sobre la cima de la montaña. Cesó la lluvia y empezaron a aparecer claros entre las nubes. Por debajo de ellos, la ladera se fue haciendo visible poco a poco, de modo que hasta llegaron a distinguir un atisbo de mar a lo lejos, allí donde el pie de la montaña penetraba en la bahía. Al final, la fuerte brisa se llevó la última capa de nubes y los dos centuriones tuvieron una excelente vista de la otra mitad del Paso de Piedra, la montaña que había en el otro extremo de la abertura a la bahía. Desde ahí, la cadena montañosa penetraba mucho más hacia el interior, describía una curva y al final ascendía hacia la cima en la que Cato y Macro estaban

sentados. Bajo ellos, las aguas de la bahía brillaban, serenas, y más allá, en el mar, unas diminutas crestas blancas bailaban en la cima de las olas.

–Está bien, lo admito –reconoció Macro–. La vista merece la pena.

–Sí –repuso Cato–. Sobre todo cuando consideras ese aspecto.

Alzó la mano y señaló hacia la montaña que tenían enfrente. En su base, un pequeño espolón de roca describía una curva hacia la bahía. En su extremo, dominando la bahía, había una pequeña aldea fortificada, en tanto que en las calmadas aguas de abajo se hallaban las diminutas astillas que eran las galeras, ancladas en dos ordenadas filas.

CAPÍTULO XXXII

–¡Ya está! –Macro entrechocó los puños–. ¡Tienen que ser esos malditos piratas!

Cato miró hacia la bahía con los ojos entornados. Dos de los barcos eran, sin duda alguna, trirremes, y los aparejos de liburna de la mayoría de los demás eran los de los barcos que habían atacado a la flota de Rávena, iguales a los dos que habían capturado hacía varias noches en la emboscada. El joven centurión asintió.

–Son ellos, ya lo creo. –Llevó la mano atrás para coger su morral, tiró de él para darle la vuelta y deshizo las correas. Macro bajó la mirada hacia él, sorprendido.

–No creo que sea el mejor momento para tomarse un tentempié. Cuanto antes regresemos e informemos de esto a Vespasiano, mejor.

Cato meneó la cabeza mientras sacaba el mapa y su juego de estilos.

–Primero tengo que trazarlo en el mapa.

–De acuerdo –admitió Macro–. Pero hazlo deprisa.

Cato realizó un esbozo bastante aproximado de la bahía, con su paso elevado y sus fortificaciones, y de la distribución de los barcos, tras lo cual guardó sus utensilios.

–Ahora sí. Vámonos.

La cumbre de la montaña se encontraba a una corta distancia por encima de ellos y ambos se inclinaron hacia delante y ascendieron por el sendero, mucho más animados de lo que lo habían estado desde hacía bastante tiempo. Si todo iba bien, la flota de Rávena se dirigiría a la bahía y aplastaría a los piratas en apenas unos días. Después podrían regresar a Roma triunfales y Narciso retiraría las acusaciones contra ellos y, ¡quién sabe!, quizás incluso los recompensara, por si fuera poco. La vida empezaba a sonreírles de nuevo y Macro estuvo tentado de ponerse a cantar. Empezó a tararear una canción de marcha que se había hecho popular entre las legiones de Britania, poco después de que Cato y él se hubieran visto obligados a abandonar la isla. Macro tomó aire y empezó a cantar: Ah, cuando me uní a las Águilas es como si fuera ayer.

Besé a una chica en Clusium antes de partir... Cato lo agarró del brazo y masculló alarmado: –¡Calla!

Macro se zafó de un tirón y se volvió hacia su compañero con enojo.

–¿Qué demonios crees que haces?

–¡Chsss! –Cato le lanzó una mirada de desesperación–. ¡Escucha!

Se agacharon en el sendero, Macro ladeó la cabeza y aguzó el oído. Casi de inmediato, oyó el débil sonido de una conversación a poca distancia de allí, proveniente de la cima de la montaña. Los dos centuriones levantaron la vista y recorrieron el sendero, que desaparecía por detrás de una roca a no más de unos quince pasos de distancia. Alguien llamó en un idioma desconocido, y luego otra vez, como si esperara respuesta. Oyeron el sonido de unas botas que resbalaban sobre las piedras sueltas y luego la voz volvió a llamar, esa vez desde más cerca.

–¡Mierda! –susurró Macro–. Debe de haberme oído.

–Todavía no ha dado la alarma –pensó Cato con rapidez, al tiempo que echaba un vistazo a la ladera circundante. No había muchos lugares donde ponerse a cubierto. En cualquier caso, el hombre los había oído y, a juzgar por su tono de voz, no esperaba encontrar a ningún enemigo merodeando por el camino. Cato señaló en dirección a la roca.

–¡Allí arriba! ¡Deprisa!

Subieron por el sendero con toda la velocidad y el sigilo de los que fueron capaces y cuando casi habían llegado a la erosionada masa de piedra, un hombre se acercó a grandes zancadas y se paró en seco a no más de cinco pasos. Tenía la tez oscura e iba envuelto en una gruesa capa sobre la que se había abrochado el talabarte con la espada, una pesada falcata. El pirata se los quedó mirando, boquiabierto, pero su boca no

emitió un solo sonido. Por un instante los tres se quedaron inmóviles. Cato fue el primero en reaccionar, arrojó la alforja al suelo y agarró la espada al tiempo que se lanzaba contra el pirata. Con un grito ahogado de terror, la mano del hombre había descendido a su arma, pero sus dedos apenas pudieron más que toquetear a tientas el puño. Cato se echó encima de él, con la mano izquierda le arañó el cuello mientras la punta de su espada atravesaba la capa del pirata y se hundía en su vientre con toda la fuerza que Cato pudo descargar en ella. El pirata se dobló encima de la hoja con un gemido explosivo, se tambaleó, se desplomó de espaldas sobre el sendero pedregoso y Cato cayó pesadamente sobre él. El impacto dejó sin el aire que le quedaba en los pulmones al sorprendido bandido; el único sonido que salió de sus labios fue una sonora bocanada al intentar respirar. Aunque sabía que estaba condenado a morir, el pirata lanzó las manos al rostro de su atacante e intentó arañar los ojos a Cato, unas uñas gruesas y agrietadas surcaron la carne de sus mejillas romanas.

Cato, lo bastante cerca como para oler el hedor a cebollas y vino del aliento del pirata, hizo caso omiso de la fetidez y arremetió con más fuerza con el brazo de la espada, apuntando hacia el tórax, a la búsqueda del corazón del hombre para poner fin a su forcejeo con rapidez. De repente, el pirata sacudió los brazos y las piernas y levantó las rodillas con fuerza en un último y desesperado espasmo que golpeó a Cato en la entrepierna. Entonces, todo su cuerpo se tensó por un instante antes de empezar a aflojarse poco a poco hasta quedar laxo.

Mientras un veloz Macro se acercaba, Cato soltó la espada y cayó rodando de lado, agarrándose los testículos con una mano mientras una oleada de náuseas recorría su cuerpo desde sus entrañas.

–¡Oh..., mierda! –logró jadear antes de echar la cabeza a un lado y tener una arcada–: ¡Uaarrgggh!

Macro comprobó que el pirata estuviera muerto y a continuación se volvió hacia su amigo y sonrió burlón.

–¡Mala suerte!

Antes de que pudiera reírse de Cato, que se retorció en el suelo con las manos aferradas a la entrepierna, los dos oyeron una voz que llamaba. Entonces habló otro hombre.

–¡Hay más! –avisó Macro a Cato entre dientes–. ¡Quédate aquí!

Macro se desabrochó la capa y la dejó caer al suelo mientras desenvainaba la espada y se acercaba con sigilo a la roca. Mantuvo el equilibrio con cuidado, se agachó y atisbó por la roca. El sendero serpenteaba a través de una meseta llena de piedras por todas partes y conducía a un pequeño refugio que, situado en lo alto de un acantilado, daba a la bahía por un lado y a la salida al mar por el otro. El puesto de observación de los piratas estaba construido en piedra e impermeabilizado con tierra bien apretada entre los huecos de las losas. Un pequeño remolino de humo se alzaba del tejado de turba y un hombre de pie en la entrada se rascaba el cuello y los hombros con toda tranquilidad. Volvió la cabeza, dirigió la mirada hacia el sendero y llamó con impaciencia. Sin respuesta, cogió una lanza y empezó a caminar en la dirección de Macro.

Macro retrocedió poco a poco hacia el otro lado de la roca.

–Por aquí viene otro. Y al menos queda uno más en el refugio. No hagas ruido. Yo me encargaré de él.

–¿Que no haga ruido? –Cato jadeó y apretó los dientes cuando otro espasmo de náusea le barrió las entrañas.

Macro se agachó, con la espada a un lado, dispuesto a lanzarse de un salto al ataque en cuanto el nuevo pirata doblara la roca. El corazón le latía aceleradamente en el pecho e intentó acompasar su respiración mientras las pisadas crujían en el camino a una corta distancia. El ruido de pasos cesó, el hombre llamó de nuevo y aquella vez sus palabras tenían un dejo de inconfundible preocupación. Siguió su avance, con más cautela entonces. Macro bajó la mirada y se dio cuenta de que en cualquier momento el pirata vería el cadáver de su compañero. Reaccionó de manera instintiva. Respiró hondo, salió de detrás de la roca y, a unos diez pasos de él, vio al pirata con la lanza en ristre.

–¡Mierda! –masculló Macro, deteniéndose sólo un instante antes de lanzarse hacia delante. El pirata, que seguía momentáneamente aturdido, reaccionó en el último instante, agarró con firmeza la lanza con ambas manos y arremetió contra el romano. Macro extendió el brazo de la espada, apartó la cabeza de la lanza de un golpe y cargó contra el hombre, apuntando al cuello. Sin embargo, la manga se le enganchó en el extremo de la lanza, que tiró de él hacia atrás. Macro cayó de espaldas y el golpe lo dejó sin respiración.

Con una sonrisa triunfante, el pirata arrancó la lanza de la manga de Macro, dio un paso hacia el romano y pinchó su pecho con el arma. Macro notó que la dura punta de hierro le cortaba la carne y se estremeció. El hombre le gritaba, señalando con la cabeza la espada en la mano extendida de Macro. El centurión lo comprendió al instante y dejó caer la hoja entre sus dedos.

–¡Está bien! ¡Está bien, me rindo!

Sin perder de vista a su prisionero, el pirata volvió ligeramente la cabeza atrás y abrió la boca para dar la alarma al refugio. Antes de que pudiera decir nada, surgió una borrosa mancha oscura y se oyó un ruido

sordo cuando una piedra del tamaño de un puño pegó de refilón al pirata en un lado de la frente. El hombre retrocedió con un gruñido y soltó una de sus manos del asta de la lanza. Macro se apartó rodando y agarró su espada. Se dio la vuelta con prisas y asestó al pirata una cuchillada en la parte trasera de sus rodillas, cortando tendones y destrozando huesos. El hombre se desplomó pesadamente. Se golpeó la cabeza contra una roca y quedó inerte, mientras la sangre le manaba de un profundo corte en el cuero cabelludo. Macro levantó la mirada y distinguió a Cato apoyado en la roca.

–Buen disparo, muchacho.

Cato repuso con un gesto de la mano y volvió a dejarse caer haciendo una mueca. Macro miró al pirata y echó a correr hacia el refugio, que se encontraba a unos cincuenta pasos de distancia. Las piedras crujían con escándalo bajo sus botas claveteadas, pero entonces ya se había perdido el elemento sorpresa y sólo contaba la velocidad. Antes de llegar al refugio, un brazo retiró la portezuela de cuero y una cabeza envuelta en un turbante asomó por la entrada. Un rostro de piel oscura y ojos amarillos se volvió hacia Macro y sólo tuvo tiempo de expresar sobresalto y miedo antes de que el centurión se lanzara contra el hombre con un fuerte rugido. Cayeron dentro del refugio, encima de una pequeña olla que humeaba sobre un hogar. El hombre dio un chillido cuando se escaldó la espalda con el contenido hirviente de la olla y se la quemó con el fuego. La densa atmósfera del refugio quedó inundada con un olor a gachas y una acre fetidez a pelo quemado. La espada se había alojado en la cadera de aquel hombre, por lo que Macro la soltó e inmovilizó al pirata contra el suelo, agarrándolo por el cuello con una mano mientras que con la otra intentaba sujetarle las muñecas. El hombre continuó gritando incluso cuando Macro le apretó el cuello con más fuerza y le aplastó la tráquea. El pirata se sacudió y retorció unos momentos y, tras lo que pareció una eternidad, le fallaron las fuerzas y quedó inconsciente. Macro mantuvo la presión un poco más, para asegurarse de que estaba muerto, y luego rodó de lado, jadeante.

Una sombra tapó la entrada del refugio cuando Cato se inclinó contra la tosca madera del marco de la puerta. Bajó la mirada hacia el rostro asfijado del cadáver y arrugó la cara con desagrado. –No era necesario cocinarlo... –Cato observó a su amigo–. ¿Estás bien?

–Muy bien. Perfectamente. –Macro se levantó, se agachó junto al cuerpo, agarró el puño de su espada con las dos manos y liberó el arma de un tirón. La limpió en la raída túnica del pirata y la devolvió a su funda antes de pasar por el lado de Cato para salir al aire fresco y alejarse del olor a carne chamuscada y pelo quemado.

–¿Y tú? –Macro hizo un gesto con la cabeza hacia la entrepierna de Cato.

–Sobreviviré, pero no estoy seguro de que lo haga ningún supuesto heredero.

Macro se mofó.

–¡Y yo que siempre voy por ahí diciendo que tienes unas pelotas de hierro!

–Gracias por tu preocupación. –Cato se sentó, echó un vistazo en torno al pequeño puesto de observación y quedó meditabundo un momento–. Tenemos un problema.

–¿Ah, sí? –Macro hizo un gesto en dirección al pirata muerto dentro del refugio–. Ya no. Creo que nos los hemos cargado a todos.

–Justo. ¿Qué pasa si los piratas descubren que hemos matado a estos hombres? Piénsalo. Sabrán que hemos estado aquí y que eso significa que hemos descubierto el emplazamiento de su base.

Macro enseguida cayó en la cuenta de las consecuencias de la nueva situación y asintió con la cabeza.

–Se escaparán. Tendremos que volver a empezar desde cero. Y encima con un cabreadísimo prefecto Vespasiano. Sin embargo, seguro que, si regresamos con la flota a tiempo, todavía podremos atraparlos en la bahía antes de que descubran que hemos tomado su puesto de vigilancia. Cato negó con la cabeza.

–Van a descubrirlo mucho antes que eso,

–Por qué?

–Acuérdate del primer hombre. Me dio la impresión de que estaba esperando a alguien cuando te oyó cantar. Tiene sentido. Aquí arriba no hay comida. Los vigías necesitarán que alguien les mande provisiones. Y si estaba esperando a alguien, puedes estar seguro de que no tardará mucho en llegar, verá los cuerpos y dará la alarma de inmediato. Con toda probabilidad, desde aquí mismo, lo cual significa que Telémaco dispondrá de mucho tiempo para escapar antes de que podamos siquiera regresar con Vespasiano.

–Mierda –dijo Macro entre dientes–. ¿Y entonces qué hacemos? Esperar a que aparezcan los suministros y encargarnos de ellos también?

–No. No podemos retrasar la vuelta con la nota. –¡Estupendo! –Macro se dio una palmada en el muslo con frustración–. ¿Pues qué hacemos?

–Sólo podemos hacer una cosa –respondió Cato– Tú vuelves con la flota y se lo explicas todo. Llévate mi mapa, allí se verá más claro. Yo me quedaré aquí y esperaré a que aparezcan los suministros.

–Es una locura –protestó Macro–. No tienes ni idea de cuántos hombres subirán.

–No pueden ser más de uno o dos –calculó Cato–. No les hacen falta más para conducir a las mulas caradas por el sendero.

–¿Y si traen a más hombres para relevar a estos de aquí? –Macro meneó la cabeza–. No tendrías ninguna posibilidad. No quiero ofenderte ni nada por el estilo, Cato, pero no eres lo que se dice un campeón gladiador. –No me ofendes –replicó Cato de mala gana–. Será mejor que confiemos en que no cambien sus vigías con demasiada frecuencia.

Macro lo examinó un momento sin decir nada, mientras buscaba más argumentos que pudiera utilizar para disuadir a su amigo, pero Cato tenía razón. Sencillamente no podían arriesgarse a que el enemigo supiera que su guarida secreta había sido descubierta. ¡Si no se hubieran topado con ese puesto de observación! ¡Si no hubiera empezado a cantar!, se reprochó Macro con amargura. Quizás hubieran visto la atalaya a tiempo para bordearla y a continuar su camino de regreso con la flota sin que el enemigo se diera cuenta de nada. Miró a Cato.

–Me quedaré yo. Tú volverás a la flota. Tuvimos que matarlos por mi culpa.

–No. –Cato meneó la cabeza–. Tuvimos que silenciarlos. De lo contrario hubieran alertado a los piratas cuando se aproximase nuestra flota. Tuvimos suerte al descubrirlos. No te culpes.

Macro se encogió de hombros, incapaz todavía de librarse del todo del peso de la culpabilidad.

–Vete tú –insistió Cato–. Hay que decirle a Vespasiano que los piratas están aquí. El mensaje ha de llegar cuanto antes y tú eres el más indicado. Yo haré mi parte.

–Entiendo. ¿Y cómo regresarás a la flota después de ocuparte de los hombres que traigan los suministros?

–Me quedaré aquí hasta que llegue. Si los sorprendemos bajaré, y tú puedes decirles que manden un bote a buscarme. Si aquí arriba los que lleguen son muchos más que yo, intentaré escapar. No sin antes haber incendiado este lugar. Esa será la señal para los nuestros de que los piratas han descubierto que los hemos encontrado. No voy a correr riesgos innecesarios, Macro. –Cato intentó tranquilizar a su amigo–. Prefiero ser un centurión vivo que un héroe muerto.

Macro se rió.

–Es lo más sensato que has dicho nunca, Cato. De acuerdo, iré yo.

–Estaría bien que te fueras ahora mismo.

–¿Cómo dices? ¿Sin descansar? ¿Y justo después de una lucha?

–Vete, Macro. –Cato cogió el mapa del interior de su túnica y se lo entregó a su amigo–. Toma.

Macro se inclinó para cogerlo.

–Te veré después, Cato.

–Recuerda, no te detengas por nada. Ten cuidado. No cantes más.

–¿Qué hay de malo en que cante? –comentó Macro con forzada jovialidad, se dio la vuelta y se alejó marchando por lo alto de la meseta. Cato lo observó hasta que el sendero descendió por la otra ladera y su amigo desapareció de la vista. Estaba solo, excepto por los espíritus de los tres hombres cuyos cuerpos vacían junto a él en la cima de la montaña. Una brisa húmeda y fría soplaba con voz lastimera en torno al silencioso y tranquilo puesto de observación.

CAPÍTULO XXXIII

Cato aguardó a que el dolor de la entropierna se le calmara lo suficiente como para poder moverse con facilidad. Ahora que Macro se había marchado, las primeras dudas sobre la sensatez de aquella manera de proceder en la que había insistido acudían a su mente. Si por el sendero subían tres hombres estaría en desventaja. Si fuesen una pareja, podía contar con eliminar a uno de los piratas por el efecto sorpresa. Eso dejaría un mano a mano que debería poder manejar. Pero, ¿él contra dos hombres? Ya había estado en bastantes combates para saber que dos hombres cualquiera que no bajasen la guardia podían derrotar a un hombre solo. Siempre que se tomaran su tiempo y dividieran su atención. Cato tomó una decisión. Si se veía frente a más de dos hombres, prendería fuego a la atalaya y huiría.

La idea del fuego lo devolvió al presente. El pirata que se estaba asando lentamente encima del fuego empezaba a desprender un terrible olor. Cato tomó una bocanada de aire fresco y se metió en el refugio. El interior estaba lleno de humo y el hedor a pelo quemado y carne chamuscada era nauseabundo. El centurión apretó los clientes y se inclinó para agarrar al pirata por los tobillos, tiró del hombre para sacarlo de la fogata

y lo arrastró hacia el exterior. Para sorprender al enemigo debía deshacerse de los cuerpos de los vigías. La zanja de la letrina se hallaba a unos cincuenta pasos del refugio, Cato arrastró el cuerpo hasta ella y, arrugando la nariz por el asco que le provocó la peste a excrementos, mandó rodando el cuerpo al interior de la zanja. Cuando volvió a por el hombre al que había golpeado con la piedra, Cato se dio cuenta de que el pirata, aunque a duras penas, todavía estaba vivo.

Por un momento consideró la idea de rematarlo. El hombre estaba muerto: no podía esperar clemencia por parte de Vespasiano si la flota se imponía y la herida de su cabeza parecía lo suficientemente grave como para acabar matándolo más pronto o más tarde. Pese a ello, Cato no encontró en su interior la determinación para acabar con el sufrimiento del pirata. Si se hubiera tratado de un combate, no hubiera tenido ningún reparo en matar a ese hombre, y en hacerlo con rapidez y eficiencia, sin sentimiento. No obstante, la idea de acabar con la vida de un hombre indefenso lo llenaba de inquietud. Era irracional tener unos escrúpulos tan aviesos, razonó consigo mismo mientras levantaba al hombre por debajo de los hombros y empezaba a arrastrarlo hacia la zanja de la letrina. El pirata emitió un débil gemido mientras Cato tiraba de él por encima de la rocosa meseta y lo arrojaba encima de su compañero.

Cato se dio la vuelta con rapidez y se dirigió a por el primer hombre, el que había matado en el sendero. Al mover el cuerpo, comprobó que el suelo estaba empapado de sangre y que había más salpicaduras al lado de la roca. En cuanto el cadáver se unió a los demás, Cato cortó unas tiras de una capa que había a la puerta del refugio y encontró un odre de agua, y con todo ello volvió al sendero junto a la roca. Trabajó deprisa, rociando las manchas con agua y frotando con los guñapos para limpiarlas, pues esperaba la llegada del enemigo en cualquier momento. Al final se convenció de que era suficiente para ocultar las pruebas de la lucha. El sendero ya estaba absorbiendo el agua y su rastro no tardaría en desaparecer. En cualquier caso, se dijo Cato, los piratas no esperaban encontrarse con ningún problema allí en lo alto del aislado peñasco. Las montañas que rodeaban la bahía no habían resultado un camino fácil para Cato y Macro, que viajaban lo más ligeros posible. No había muchas posibilidades de que una fuerza de soldados bien armados pudiera escalar las empinadas cuestas sin ser detectados. La amenaza contra la que estarían precavidos vendría del mar.

Después de ocuparse de los cuerpos limpiar la sangre, Cato se arriesgó a examinar el puesto de observación con más detenimiento. No lejos del refugio, la meseta se estrechaba y descendía en un escarpado precipicio desde cuyo borde se dominaba la costa por ambos lados. Los piratas habían construido un rudimentario puesto de señales con un mástil junto al que había un pequeño arcón. Cato levantó la tapa encontró montones de tela de colores vivos. Todos absolutamente inútiles, claro está, si no tenías ni idea de lo que significaba cada bandera. Junto al mástil había un artefacto de aspecto peculiar montado en un pequeño poste. Dos placas de metal extremadamente bruñidas estaban sujetas por los bordes y Cato supuso que se trataría de algún tipo de heliógrafo.

Regresó al refugio, cogió las lanzas de los vigías y volvió a la roca para vigilar el sendero, que se alejaba en declive durante casi ochocientos metros antes de desaparecer por encima de un pequeño espolón que sobresalía de la ladera de la montaña. Dejó las lanzas en el suelo, al lado de la roca, y se colocó en una posición desde la que dominara el camino. Los vería venir con tiempo de sobras. Se dispuso a esperar, inclinado contra la roca mientras el sol se alzaba en el cielo y empezaba a bañar el mundo con su cálido resplandor. La ligera brisa arrastraba las nubes que lo tapaban, dispersándolas costa abajo y revelando por primera vez la inmensa distancia que podía observarse desde la cima de la montaña.

Cato se deleitó durante un rato en la sensación de olímpica indiferencia que sentía mientras contemplaba la bahía situaría al pie de la montaña alzada frente sí. Unas figuras diminutas pululaban en torno a tres barcos arrastrados hasta la playa. Volcados de lado, les habían colocado cuñas de modo que toda una extensión de su parte inferior quedaba claramente expuesta. El humo se alzaba en volutas desde las hogueras que centelleaban más arriba, y Cato imaginó que los piratas debían de estar aplicando una nueva capa de brea en el fondo de aquellos barcos. Paseó con lentitud su mirada por la estrecha franja de tierra que unía la playa con la ciudadela que había en el extremo. Era la única manera viable de acercarse a la ciudadela puesto que ésta tenía sus otros tres lados protegidos por unos escarpados acantilados rocosos. El extremo que daba al istmo estaba defendido por un muro de piedra de aspecto sólido que contaba con una torre de entrada, torre desde la que salía un puente de madera que salvaba un foso. Detrás del muro, un revoltijo de casas encaladas ascendía hacia el punto más alto del espolón rocoso, donde se enclavaba otra pequeña torre por encima del mar, que centelleaba al pie del acantilado. Los piratas debían de haber capturado la ciudadela, o tal vez ésta había quedado abandonada hacía mucho tiempo. En cualquier caso, Telémaco había elegido un excelente emplazamiento para su base de operaciones, en todos los aspectos salvo que no existía ninguna ruta alternativa para huir de la bahía en caso de que un enemigo bloqueara la entrada. Gato se dio cuenta de que

ahí radicaba la necesidad de tener un puesto de vigilancia con semejante dominio frente a cualquier aproximación a la base. Los piratas tenían que estar advertidos con mucha antelación si querían escapar de la bahía sin dejar rastro.

Al contemplar el mar, Cato divisó a varias millas de distancia el diminuto triángulo de una vela; algún buque mercante que, sin duda, vigilaba de cerca la aparición de los piratas, sin tener ni idea de que estaban pasando justo por al lado de su guarida oculta. De pronto se dio cuenta de que si Macro y él no hubieran intervenido, los vigías ya habrían señalado la presencia del buque mercante y decidido así su destino. Se alegró al pensar que a aquella presa Telémaco y sus piratas nunca la iban a capturar.

A medida que el sol iba alcanzando su cénit empezó a hacer tanto calor que Cato se quitó la capa y la dejó junto a la roca donde vigilaba. Poco antes de mediodía, oyó una voz que llamaba. Desenvainó la espada y se puso tenso, pero enseguida se dio cuenta de que el sonido no provenía de la cuesta, sino que llegaba de la otra dirección, desde el refugio de los vigías. Cato se volvió y recorrió la meseta con la mirada. Casi de inmediato distinguió una figura oscura que se alzaba del suelo y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Se oyó otro grito, una quejumbrosa mezcla de dolor y petición de ayuda. Cato comprendió que se trataba del herido, que intentaba incorporarse en la letrina.

–¡Mierda! –gruñó Cato. Tenía que haberlo matado cuando tuvo ocasión. Ahora tendría que hacerlo antes de que el hombre se recuperara lo suficiente como para convertirse en un peligro, o para que gritara y advirtiera a sus compañeros. A pesar de ello, se quedó mirando con horrorizada fascinación cómo el hombre intentaba salir trepando de la zanja, se soltaba y resbalaba de nuevo hacia abajo, desapareciendo con un grito de dolor y frustración. Al cabo de unos segundos, su cabeza asomó por el borde e intentó de nuevo salir de la zanja.

Un lejano rebuzno llegó a oídos de Cato, que arrancó la mirada de la letrina y la fijó en la cuesta. Al principio no vio nada. Luego apareció un hombre en el sendero, allí donde cruzaba el espolón. Guiaba una mula con dos grandes cestos colgados a cada lado. Tras él apareció otra mula y, a continuación, tres hombres armados con lanzas. Cato notó un escalofrío de miedo que se abría camino hacia su estómago mientras observaba el lento ascenso de los hombres por el sendero. Eran demasiados. Se colocó detrás de la roca y, a punto ya de salir corriendo hacia el refugio para incendiarlo, se detuvo y examinó la base de la roca con más detenimiento, preso de una repentina inspiración. Puso las palmas de las manos contra la áspera superficie de la roca, afirmó los pies y empezó a empujar. De entrada no ocurrió nada, pero pronto notó que la roca se movía un poco y que unos pequeños guijarros junto a la base se desprendían y rodaban hacia el sendero.

El hombre de la letrina profirió otro grito, más fuerte esta vez. Si Cato no lo hacía callar, los hombres del camino lo oírían mucho antes de llegar a la meseta. Cato echó una última mirada cuesta abajo para calcular el paso que llevaban y a continuación se dio la vuelta y corrió en dirección al refugio. Fue trotando hasta la letrina y cuando estuvo a unos cuantos pasos del borde de la zanja aminó el ritmo y siguió andando. El sol había calentado aquella mezcla de inmundicia, orina y sangre, cuyo hedor hizo que a Cato se le cerrara el estómago. El herido seguía gritando cuando Cato se inclinó con cautela por encima de la zanja.

–¡Silencio! –le elijo con brusquedad en griego.

El hombre alzó hacia el unos ojos muy abiertos de mirada aterrorizada. Entonces abrió la boca y chilló.

–¡Cállate! –le ordenó Cato entre dientes. Señaló al hombre con un dedo que acto seguido se llevó a los labios-. ¡Chsss! ¡Sé un pirata bueno y mantén cerrada tu maldita boca!

El hombre siguió chillando y Cato se pasó el dedo por el cuello.

–¡Cállate, o si no...! ¿Comprendes?

Cato volvió la vista hacia la roca, desesperado. Aquel maldito pirata iba a obligarle a matarlo si continuaba armando aquel barullo. Entonces se dio cuenta. Se trataba de él o de aquel hombre. Tan sencillo como eso. Cato desenvainó la espada y permaneció de pie un segundo junto a la letrina.

–Lo siento, pero no has querido escucharme.

En el último instante, el hombre levantó las dos manos, apretadas en un movimiento de súplica. Cerró los ojos y apartó su rostro de Cato mientras la hoja reluciente le rajaba el cuello. Cato se enderezó y la sangre empezó a salir a borbotones. El hombre se estremeció y barbotó durante unos instantes. El centurión esperó hasta que estuvo seguro de que en esta ocasión sí estaba totalmente muerto y ya no suponía ningún peligro, y entonces se fue. Regresó corriendo al refugio, envainó la espada, agarró con fuerza una de las jambas de la puerta y tiró hacia sí. La jamba se movió un poco, Cato empujó hacia el otro lado y luego volvió a tirar. Tensó los músculos para arrancarla hasta que por fin se desprendió del suelo, y él cayó hacia atrás cuando el techo del refugio se derrumbó. Cogió el sólido poste y se dirigió veloz a la roca, con el corazón latiéndole con fuerza por el esfuerzo.

Al llegar a la roca miró cuesta abajo y se sorprendió al ver que el enemigo se hallaba ya a poco más de cincuenta pasos del lugar donde había matado al primero de los vigías. Cato se agachó, metió la jamba de la puerta bajo la base de la roca, hincándola todo lo que pudo, después arrastró una gran piedra y la colocó debajo del pos-te para que hiciera de fulcro. A continuación se situó con sigilo a un lado de la roca y se asomó con cuidado por el borde hasta que pudo ver el sendero. El raspante golpeteo de las mulas ya llegaba con total claridad a sus oídos y entonces oyó las voces de los piratas, sin aliento, pero que sonaban con el tono de broma y despreocupada animación de los hombres que no piensan en un peligro inminente.

Ascendían con paso seguro hacia la meseta y Cato se preguntó por última vez si no estaría cometiendo una idiotez, si no tendría que salir corriendo justo en aquel instante. Al fin y al cabo, los piratas acababan de realizar una larga y agotadora ascensión desde el pie de la montaña y estarían demasiado cansados para perseguirlo durante mucho tiempo. Si Cato se movía ahora y los rodeaba a paso ligero y sin hacer ruido, todavía dispondría de unos minutos para avanzar por el borde de la meseta sin que lo vieran y seguir el rastro de Macro por la lejana pendiente. No obstante, se obligó a dominar sus miedos. Era normal que, en aquel preciso momento y antes de un combate, su acelerada mente cayera víctima de las dudas. Debía recordar lo mucho que había en juego y cuanto dependía de él durante los próximos minutos. Si fallaba, aquellos hombres darían la alarma que permitiría escapar a los piratas y buscar otra base desde la que atacar a las embarcaciones mercantes. Se perderían muchas más vidas. Y lo peor de todo, Narciso redoblaría sus esfuerzos para encontrar los valiosos rollos y apoderarse de ellos, sin importar cuántos marineros e infantes de marina costara. Cato no debía eludir la lucha. Es más, no debía fallar.

El guía de las mulas apareció ante su vista; Cato se echó hacia atrás y agarró el extremo de la jamba con ambas manos. Apoyó el peso de su cuerpo en el extremo del poste y esperó a que las mulas pasaran junto a la roca.

Cuando el guía llegó a la meseta, distinguió a Cato por el borde de la piedra y se quedó boquiabierto de la sorpresa. Un gruñido explosivo pasó por entre los dientes apretados de Cato al arrojar todo su peso contra el extremo de la jamba. La roca se balanceó un instante, convirtiendo las piedras en grava bajo su peso, y a continuación rodó hacia delante, cogió impulso y cayó sobre el camino. Un fuerte grito quedó cortado de repente cuando la gran masa de piedra aplastó a un pirata con un intenso y crujiente golpe. El sendero lleno de surcos evitó que la roca siguiera rodando cuesta abajo y se estrelló contra el suelo, mandando por los aires una pequeña lluvia de polvo y guijarros.

Cato agarró una de las lanzas y se volvió hacia el guía de las mulas. El hombre iba desarmado y levantó las manos de golpe, gritándole a Cato en latín:

–¡No! ¡No me mates! ¡No me mates!

Cato se detuvo y se fijó en las gruesas callosidades blancas que rodeaban las muñecas de aquel hombre. Luego señaló hacia abajo y gritó:

–¡Túmbate en el suelo y no te muevas si quieres vivir!

El hombre soltó la correa de la mula y se arrojó al suelo en el sendero. La mula no prestó atención a su dueño y, resoplando, miraba la roca con unos ojos aterrorizados. La roca le había roto el lomo a la segunda mula, que se hallaba a una corta distancia por detrás. El animal herido estaba de lado y sus patas delanteras se agitaban sobre la superficie liberada mientras que las traseras permanecían aplastadas e inertes. Por detrás de la segunda mula, la mitad inferior de uno de los piratas sobresalía por debajo de la roca, en tanto que su cabeza y la parte superior del torso estaban hechas papilla. Junto a él se hallaba sentado uno de sus compañeros, que se miraba asustado la pierna rota, con la afilada esquirra de hueso atravesando la carne desgarrada y ensangrentada de la espinilla.

El tercer pirata estaba ileso, pero momentáneamente petrificado de horror mientras observaba a sus compañeros. Sin embargo, reparó en Cato en el instante en que el romano salía a trompicones por detrás de la roca, con la lanza aferrada con fuerza y llevándola hacia atrás, lista para ser arrojada. El pirata dudó no más de un segundo antes de darse la vuelta y echar a correr apresurado sendero abajo, al tiempo que intentaba mantener el equilibrio.

–¡Cabrón! –lo maldijo Cato, y saltó por encima del pirata herido para dar caza a su compañero que huía. El centurión sabía que no debía dejar escapar al pirata a ningún precio y se lanzó cuesta abajo. El pirata no le llevaba demasiada ventaja, pero Cato se dio cuenta de que, cargado con la lanza, no lo alcanzaría nunca. Patinó hasta detenerse y, jadeante, echó la lanza hacia atrás, apuntó mirando a lo largo del asta y la arrojó con todas sus fuerzas. La lanza describió una corta trayectoria directa a la espalda de aquel hombre y, en el preciso instante en que el fugitivo volvía la cabeza para mirar a su perseguidor, la punta de hierro lo alcanzó

junto al omóplato izquierdo, perforando carne y hueso antes de atravesarle el corazón y salirle por el pecho. El impacto lo arrojó hacia delante y de lado y rodó camino abajo hasta que quedó como un bulto inerte en la ladera de la montaña.

Cato se agachó hacia el frente, apoyando las manos en las rodillas mientras recobraba el aliento. Luego se acercó al cuerpo con grandes zancadas para asegurarse de que el hombre estuviera muerto. Unos ojos vidriosos cara a un cielo que ya no veían y ni un solo movimiento que indicara la más mínima señal de vida tranquilizaron al centurión. Cuando Cato se dio la vuelta para subir de nuevo la cuesta oyó el grito penetrante del pirata herido que intentaba defenderse del guía de las mulas. Este último había cogido una pesada piedra y, ante la mirada sorprendida de Cato, golpeó con ella al pirata en la cabeza. El hombre soltó un quejido y se desplomó en el sendero. Inclinado sobre él, el acemilero le siguió pegando con la piedra, una y otra vez, hasta que ésta quedó teñida de rojo y chorreando sangre y sesos.

Cato desenvainó la espada y se acercó con cautela al acemilero, hablándole en voz baja.

—Creo que ya lo has matado.

Con un cabeceo señaló hacia la machacada maraña de cabello y cráneo que el acemilero tenía a sus pies y el hombre bajó la mirada antes de volverla a dirigir a Cato con unos ojos llenos de horror y miedo.

—¡No te acerques!

Cato se detuvo y al cabo de un instante envainó la espada.

—Ya está. ¿Lo ves? No tengo intención de hacerte daño. —Levantó las manos—. Lo ves?

El acemilero se lo quedó mirando, con su delgado pecho agitado; luego bajó los brazos, arrojó la piedra ensangrentada a un lado y se dejó caer junto al hombre que había matado. Sin embargo, no dejaba de mirar a Cato con recelo.

—¿Quién eres?

—Centurión Cato. Estoy con la flota de Rávena. Hemos venido a ocuparnos de los piratas.

El acemilero observó a Cato en silencio, y poco después empezaron a palpitarle los hombros y unos enormes sollozos entrecortados sacudieron su pecho huesudo al tiempo que se dejaba caer hacia el suelo con la cabeza entre las manos. Cato se acercó poco a poco, extendió la mano con vacilación y le dio un suave apretón en el hombro al acemilero.

—Ya ha terminado todo. Ahora ya te has librado de ellos.

El hombre asintió, o tal vez estuviera temblando. Cato no lo supo con certeza e intentó encontrar algunas palabras más que le sirvieran de consuelo.

—Eres libre. Ya no eres su esclavo.

—¡Esclavo! —El acemilero se sacó la mano de Cato del hombro con una sacudida y se volvió con una expresión de ira y resentimiento en su rostro—. ¡Esclavo! No soy un esclavo. ¡Soy romano..., romano!

Cato retrocedió.

—Lo siento. No lo sabía... ¿Cómo te llamas?

—¿Cómo me llamo? —El hombre irguió la espalda y miró a Cato con todo el altivo desdén del que pudo hacer acopio en su lamentable estado—. Me llamo Cayo Celio Segundo.

CAPÍTULO XXXIV

Ya había caído la noche cuando el balandro alcanzó la flota y echó amarras junto al buque insignia de Vespasiano. La flota estaba anclada en una bahía situada al sur de la costa, a una corta distancia de la imponente masa montañosa en la que los piratas habían emplazado su puesto de observación. La escuadra romana permanecía cerca de la costa en completa oscuridad, puesto que Vespasiano había prohibido que se encendiera ninguna fogata o lámpara. Las tropas que estaban en la playa habían levantado un campamento de marcha para pasar la noche y los soldados se hallaban acurrucados en sus tiendas, comiéndose las raciones frías. Macro esperó a que la tripulación sujetara el balandro al trirreme con los bicheros; luego trepó a cubierta por los travesaños de la escala del costado del quinquerre e, ipso facto, un tribuno subalterno lo acompañó al camarote de popa.

El nuevo prefecto estaba sentado a una pequeña mesa, junto a la tenue luz de una única lámpara de aceite que se podía permitir en su camarote, comiendo de un cuenco de gachas de cebada. Levantó la vista cuando alguien llamó a la puerta y tragó apresurado antes de responder:

—¡Adelante!

El tribuno abrió la puerta y asomó la cabeza por el bajo dintel.

—El centurión Macro ha vuelto, señor.

–Hazlo pasar.

El tribuno se apartó a un lado e hizo pasar al centurión ante la presencia de Vespasiano. Macro se puso en posición de firmes.

–Descansa. ¿Dónde está el centurión Cato?

–Mantiene al enemigo bajo vigilancia, señor. Vespasiano se inclinó por encima de la mesa y los ojos le brillaron de ansiosa expectación.

–Así pues los habéis encontrado, ¿no?

–Sí, señor. Su flota y su base. A menos de diez millas de aquí. Se lo mostraré en el mapa, señor.

Vespasiano retiró el cuenco y la copa de la mesa mientras Macro se esforzaba por sacar el mapa de Cato de debajo de la capa y la túnica. Lo puso sobre la mesa, lo desplegó con cuidado y los dos hombres se agacharon sobre él para ver mejor bajo aquella débil luz. Macro señaló la cima de la montaña a la que Cato y él habían subido por la mañana.

–El enemigo tiene un puesto de observación aquí arriba, señor. Nos lo topamos esta mañana por casualidad y tuvimos que matar a los hombres allí apostados.

Vespasiano miró de reojo al centurión.

–¿Cuántos eran?

–Sólo tres, señor.

–Sólo tres. –Vespasiano sonrió-. Haces que parezca muy fácil.

–Estábamos en situación de ventaja, señor. Las cosas son mucho más fáciles cuando cuentas con el factor sorpresa.

–Cierto. Continúa.

–Sí, señor. –Macro movió el dedo por el mapa hasta la bahía situada al pie de la montaña que había frente al puesto de vigilancia-. Están aquí, señor. Contamos veintitrés barcos: dos trirremes, ocho birremes, nueve liburnas y cuatro embarcaciones más pequeñas.

Vespasiano apretó los labios.

–Han reunido toda una flota. Ese tal Telémaco debe de ser algo así como un líder inspirador.

Macro asintió con la cabeza.

–Lo hemos descubierto a fuerza de palos, señor. –Sí... ¿Qué más visteis?

–Tienen una ciudadela fortificada en esta punta de roca de aquí, señor. Unos escarpados acantilados en los tres lados y, de cara a tierra, un muro bastante sólido y un foso.

–Nada de lo que no podamos ocuparnos –decidió Vespasiano-. La prioridad es tomar y destruir sus barcos. Después, ya podremos encargarnos de la ciudadela en su momento.

Macro miró al prefecto.

–Me imagino que es allí donde Telémaco guardará los rollos, señor. Ahí debemos tener cuidado. No podemos arriesgarnos a que haya un incendio.

–En eso tienes razón. –Vespasiano movió la cabeza en señal de asentimiento-. La artillería no utilizará proyectiles incendiarios en ningún momento y daré órdenes estrictas a los infantes de marina para que no prendan fuego a nada cuando penetremos en las defensas.

–¿Puede fiarse de ellos, señor? Al fin y al cabo son infantes de marina, no legionarios. No tienen la misma disciplina.

–Entonces depende de nosotros, los legionarios, dar ejemplo, ¿no te parece, centurión?

–Sí, señor.

Macro hizo un gesto de satisfacción. Vespasiano era un buen tipo. En boca de casi cualquier otro miembro de la clase senatorial, ese tipo de comentario se hubiera considerado un ejemplo de fácil retórica para ganarse a la soldadesca. Sin embargo, por algún extraño motivo, Macro tenía la sensación de que aquel hombre lo decía en serio. Vespasiano estaba en sintonía con sus soldados, sí señor. Había experimentado la vida y las pruebas de sus hombres todo cuanto le permitía su rango superior. Por ese motivo había luchado tanto por él la Segunda Legión Augusta durante la campaña en Britania y se había ido forjando durante el proceso una reputación debida sólo a sus propias hazañas. Macro se dio cuenta de que aquella era también la fuente de su personal sentido de lealtad hacia Vespasiano. Era un hombre al que había que seguir.

Vespasiano miraba el mapa con actitud pensativa y, cuando se acarició la ancha frente, Macro fue consciente de que el comandante estaba exhausto. Más que cualquier otro hombre de la flota. Una de las muchas cargas del alto rango, supuso él. Mientras Vespasiano examinaba el mapa, Macro reparó que algo en él le recordaba a Cato, cuya interminable actividad mental parecía compartir el prefecto de la flota de Rávena. Por un

momento Macro envidió a ambos la capacidad de un pensamiento tan elaborado. Era un talento que tenías o no tenías, y Macro aceptaba sin problemas que él no estaba bien dotado en ese sentido. Para él, servir como soldado era una experiencia mucho más directa e inmediata, y le gustaba que así fuera, incluso a sabiendas de que ello significaba que con probabilidad no ascendería mucho más en el escalafón militar. Macro tenía la impresión de que la alternativa, aquella eterna deliberación de Cato y de los que eran como él, era más bien una maldición que una bendición.

Vespasiano dio unos golpecitos en el mapa. –Bueno, ya los tenemos, siempre que cerremos con rapidez la trampa. Sólo hay un problema: la aproximación a la bahía. Gracias a ti y al centurión Cato, podemos acercarnos sin que lo sospechen, pero en cuanto la flota aparezca por la ladera de esta montaña nos verán seguro. Dispondrán de al menos una hora bien buena para izar velas y preparar sus defensas. Tenemos que encontrar una manera de aproximarnos más antes de que sean conscientes del peligro.

Macro se aclaró la garganta.

–¿Un ataque nocturno, señor?

–No. –Vespasiano meneó la cabeza–. Es imposible. Sería muy difícil coordinar en aguas abiertas. Perderíamos barcos contra las rocas. La flota llegaría a ellos de manera poco sistemática y organizarían la defensa mucho antes de que pudiéramos aproximarnos en número suficiente como para contar con verdaderas posibilidades de obtener una victoria. Tiene que ser a la luz del día. Por tierra, tal vez. Si desembarcamos a una fuerza en tierra, al otro lado de la montaña, podría trepar hasta allí durante la noche y atacar en el momento en que apareciera la flota. –Vespasiano levantó la vista, excitado–. Eso podría servir.

–Disculpe, señor, pero no funcionará.

–¿Ah, no? –Vespasiano frunció el ceño–. ¿Por qué no?

–Son estas montañas, señor, Cato y yo apenas pudimos con ellas. Estos infantes de marina son buenos muchachos, pero no se les dan muy bien las marchas y el tipo de terreno los mataría, señor. Aunque llegaran a cruzar la montaña, tardarían bastante y estarían demasiado cansados como para combatir cuando alcanzaran al enemigo. –Cruzó la mirada con su superior y notó que Vespasiano parecía irritado con su evaluación del terreno–. Lo lamento, señor. Así es como yo lo veo. –Bien, de acuerdo –admitió Vespasiano a regañadientes–. Entonces tenemos que pensar en otra cosa..., algo que nos permita acercarnos antes de que ellos se den cuenta de que están siendo atacados..., una especie de caballo de Troya.

Macro hinchó los carrillos y Vespasiano se rió ante aquel gesto.

–¿Tienes algún problema con la mitología griega, centurión?

–No, siempre y cuando permanezca en los libros, señor.

–Por lo que veo no te gustan los libros, ¿no?

–No, señor. Ya escucho demasiadas historias en boca de la tropa.

–Pues quizá debieras leer un poco más, centurión. No hay nada mejor para abrir la mente e inspirar la imaginación.

Macro se encogió de hombros.

–Si usted lo dice, señor. Pero no creo que haya tiempo suficiente para construir un caballo de madera. Además, está el problema del transporte. Sería muy complicado subir a bordo de un barco algo lo bastante grande para esconder un ejército decente. Incluso en uno de este tamaño.

Vespasiano observó divertido mientras Macro explicaba sus dudas. Cuando el centurión terminó, Vespasiano no pudo evitar reírse.

–¿Qué he dicho, señor? –Macro pareció ofenderse–. Simplemente no creo que funcionara, señor. Por muy buena idea que pueda parecer –se apresuró a añadir–. Además, es el típico truco mezquino y artero que sólo utilizarían los griegos. –Algunas veces, incluso los griegos hicieron lo correcto, centurión... Pero, no. Tienes toda la razón. No funcionaría. Tendremos que intentar otra cosa.

Macro asintió alegre con la cabeza, contento de que su comandante hubiera entrado en razón. Ése era el aspecto desafortunado de la inteligencia creativa de hombres como Vespasiano y Cato, reflexionó Macro. De vez en cuando sus imaginaciones corrían más que su razonamiento y había que frenarlos con una palabra paternal, restrictiva, proveniente de cabezas más mundanas.

Vespasiano echó un último vistazo al mapa y sacudió la cabeza antes de volver a mirar a Macro, en esta ocasión con un brillo pícaro en los ojos.

–Muy bien. Un caballo de Troya no. Entonces una ballena de Troya.

Macro dibujó una mueca. ¿En qué diablos estaba pensando ahora Vespasiano?

–Esas dos embarcaciones piratas que el centurión Cato y tú capturasteis hace unas cuantas noches...

Qué pasa con ellas, señor?

–Creo que ha llegado el momento de emplearlas en algo útil.

CAPÍTULO XXXV

Cayo Celio Segundo se despertó poco después de la puesta de sol y miró a su alrededor con nerviosismo antes de que el recuerdo del rescate por parte del centurión romano acudiera a él como un tropel de imágenes y emociones. Encima de él tenía lo que quedaba en pie del techo del refugio. Alargó la mano, cogió una capa que le habían dejado junto al jergón y cubrió con ella sus delgados hombros. Segundo se levantó con un gruñido y, con la cabeza gacha, se dirigió a la entrada del refugio. Se detuvo un instante antes de apartar con cuidado el faldón de cuero y asomarse. A una corta distancia de allí, la hoguera proyectaba un débil resplandor en el rostro del centurión Cato. Habían hablado con brevedad después de la emboscada, cuando el muchacho lo había llevado por la meseta hasta el refugio. Segundo estaba agotado tras el largo ascenso por las montañas y emocionalmente abrumado por la repentina liberación de su cautiverio. La ira que había ardido en su corazón durante aquellos meses de indignidad y sufrimiento había estallado en un momento de furia, cuando había aplastado la cabeza al pirata, después se había quedado atontado y exhausto, por lo que Cato había intentado que estuviera cómodo y lo había dejado descansar.

El joven oficial levantó entonces la mirada, al notar que estaba siendo observado, y sonrió a Segundo. –¿Te sientes mejor?

–Mucho mejor. –Segundo salió del refugio y se irguió. Un débil aroma de carne estofada inundó su olfato y de inmediato se acordó de lo hambriento que estaba; de lo hambriento que había estado durante su cautividad. Segundo caminó con rapidez hacia la fogata y tomó asiento enfrente de su salvador. Entre ambos, colgada de un pequeño trípode, borbotaba una maltrecha olla de hierro, llena casi hasta el borde de un espeso líquido. Huele bien, ¿qué es?

–Cebada y mula –contestó Cato–. Pensé que estaría bien aprovechar la que quedó atrapada bajo la roca. La otra se desbocó.

Se produjo un momento de silencio durante el que Segundo echó un vistazo al cielo nocturno y comprobó que estaba del todo despejado. A lo lejos, en el horizonte, una ancha franja de un mar anaranjado se apagaba muy deprisa para pasar a un azul oscuro y luego, cuando llegaba al horizonte opuesto, a un negro impenetrable. Algunas de las estrellas más brillantes ya habían salido, desperdigadas por los cielos como lejanas motas plateadas. Arriba, en la cima de la montaña, el aire era frío y Segundo se envolvió mejor con la capa y se acercó más al borde de la hoguera. Miró al frente, al centurión.

–Todavía no te he dado las gracias, joven.

Al oír la referencia a su edad, a Cato se le crispó el rostro un momento antes de responder con una inclinación de la cabeza.

–De nada.

Hubo otra pausa, tras la cual Segundo preguntó:

–Y dime, ¿qué estabas haciendo aquí arriba? Es un lugar extraño para encontrar a un centurión, solo. Cato notó el recelo en el tono de voz del otro hombre y sonrió para sus adentros. El se sentiría igual ante un rescate tan fortuito a manos de otro romano.

–Estamos en una misión de reconocimiento. ¿Estamos?

–Mi amigo y yo. Otro centurión que sirve con la flota de Rávena. Obtuvimos información según la cual los piratas se encontraban en algún lugar de esta zona. Nos mandaron para que lo comprobáramos. Ahora mismo Macro tendría que estar informando. Después, el prefecto se pondrá en camino hasta aquí con todos sus efectivos y destruirá a los piratas.

–Pareces muy seguro de la victoria.

Cato sonrió.

–Sólo estoy muy seguro del prefecto Vespasiano. A él no le gusta perder el tiempo cuando hay un enemigo a la espera de que le den una buena paliza.

–¿Por qué te quedaste aquí?

–Tuve que hacerlo –respondió con sencillez Cato–. En cuanto nos topamos con el puesto de vigilancia, era necesario dejarlo fuera de funcionamiento y asegurarnos de que no pudieran avisar a Telémaco sobre la aproximación de nuestra flota. En cuanto lleguen nuestros barcos, bajaremos de la montaña y nos uniremos a ellos.

–Entiendo.

Cato lo miró.

–Y ahora, si no le importa, hay unas cuantas cosas que me gustaría preguntarle.

–Estaré encantado –repuso Segundo, e hizo un gesto hacia la olla humeante–. Mientras comemos.

–¡Claro! Lo siento. –Cato cogió su plato de campaña y se inclinó sobre la fogata para servir un poco de estofado. Se lo pasó a Segundo y se sentó mientras el otro hombre se llevaba el plato a los labios.

–¡Tenga cuidado! –le advirtió Cato–. Quema mucho. Deje que se enfríe un momento. Puede usar esto. –Le lanzó su cuchara.

–Gracias. –Segundo sostuvo el plato con los pliegues de su capa–. Pregunta.

–En primer lugar, sois el agente de Narciso, ¿verdad? Segundo levantó la mirada de repente.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Narciso nos informó de lo que os había ocurrido. Para empezar, ése es el motivo por el que a Macro y a mí nos asignaron esta misión. Nos mandaron con el prefecto Vitelio a aplastar a los piratas y a rescatarlos.

–Creía que habías dicho que el prefecto era Vespasiano.

–Ahora sí. Vitelio la cagó por completo en las primeras etapas de la campaña y Narciso lo sustituyó en cuanto tuvo noticia de ello. –Se aclaró la voz–. Además de derrotar a los piratas, también nos encargaron la recuperación de los rollos.

Segundo se puso tenso un instante, luego se llevó una cucharada de estofado a los labios y sopló para enfriarlo. Cuando dejó de soplar no levantó la mirada.

–¿Rollos? ¿A qué rollos te refieres?

–A los que llevaba de vuelta a Roma.

–Llevaba unos cuantos mensajes a Roma cuando me capturaron.

–Tal vez. –Cato se encogió de hombros–. Pero creo que recordaréis los rollos de los que os hablo. Los rollos délficos.

Segundo se lo quedó mirando fijamente. –¿Conoces su existencia? ¿Quién más lo sabe?

–Macro, Vitelio y ahora Vespasiano, claro. Oficialmente, ésta es la lista de las personas que están enteradas.

–Cato dijo la mentira con bastante seguridad–. Nos han dicho que recuperemos los rollos a cualquier precio. Y a usted, por supuesto.

Segundo no pudo evitar una insidiosa sonrisa.

–Pero, según Narciso, los rollos son la prioridad. Mi rescate era un objetivo adicional. ¿Tengo razón? –Ya conocéis a Narciso.

–Bastante bien... Por lo visto, has invertido tus prioridades, centurión Cato. Me has liberado, pero los rollos siguen estando ahí abajo con Telémaco. Tengo entendido que quiere cobrar un rescate por ellos.

–¡Ojalá fuera así de sencillo! Más que de un rescate, lo ha convertido en una subasta.

Segundo sorbió con cuidado el caldo de la cuchara con un gesto de satisfacción antes de dirigir de nuevo sus pensamientos al tema principal de la situación política.

–Me imagino que si hay alguien más que quiere apoderarse de los rollos, los Libertadores tendrían que encabezar la lista.

–Es lo que yo pienso –asintió Cato–. Pero, afrontémoslo; cualquiera con el dinero suficiente y las conexiones adecuadas demostraría algo más que un interés pasajero por la posesión de los rollos. No ocurre cada día que el futuro del Imperio se exponga ante tus ojos.

–Por eso Narciso está obligado a recuperarlos.

–En esta situación no es precisamente una fuerza neutral.

–No. Pero es de fiar, y como él sólo sirve al emperador, no hay mucho riesgo de que utilice lo que sabe para favorecer sus propios fines. En cualquier otro aspecto confiaría en él tanto como podría ensartar un ladrillo en un asador. Es un auténtico cabrón, pero al menos es un cabrón de los nuestros. –Segundo realizó una pausa para sorber otra cucharada de estofado–. Pero nos estamos adelantando a los acontecimientos. Los rollos siguen estando en posesión de Telémaco.

–¿Sabéis dónde los guarda?

Segundo asintió con la cabeza.

–Creo que sí. Cuando me capturaron me encerró en una celda de la ciudadela. Los primeros días me torturaron para intentar sacarme hasta el último retazo de información que les fue posible sobre esos malditos rollos. Primero me golpearon, luego me arrastraron hasta sus dependencias privadas y allí me interrogó. El y ese hijo suyo. Ese joven Ajax tiene una veta de crueldad de una milla de ancho.

Cato sonrió complacido.

–Puede que os guste saber que ha estado en el lado del que recibe. Lo capturamos junto con dos de sus barcos el otro día.

–Bravo por vosotros, centurión. Ese pequeño cabrón se lo merece, y más después de todo lo que me hizo... Bueno, la cuestión es que fue allí donde los vi..., los rollos. En su mesa. Telémaco los mostró unas cuantas veces mientras me estaban torturando. Los rollos se guardan en un pequeño cofre. –Segundo hizo una pausa para fijar la imagen en su mente–. Es negro, decorado con oro y camafeos de ónice. La última vez que me interrogaron fue hace un mes. También fue la última vez que vi los rollos. Supongo que Telémaco los sigue guardando a buen recaudo en sus dependencias. Otra cosa deberías saber. Creo que Telémaco dispone de un espía en la flota. Una vez me dijo que perdiera toda esperanza de ser rescatado. Se jactó de saber cada uno de los detalles acerca de la flota de Rávena. Más que suficientes, aseveró, para asegurar su derrota.

–Nos dieron una paliza –confirmó Cato–. Perdimos varios barcos y cientos de hombres. Tenéis razón en lo del espía. Los piratas sabían del lugar exacto dónde interceptar a la flota, y lo vulnerables que serían nuestras embarcaciones más ligeras bajo la carga de los suministros y el equipo. Si algún día descubrimos quién es el espía, creo que no habrá poder en la tierra que evite que los soldados lo hagan pedazos.

–Dijeron que habían vencido a la flota de Rávena. Entonces no les creí. –Segundo meneó la cabeza con tristeza ante la increíble posibilidad de una inversión de fuerzas. Al igual que todos los romanos, lo habían educado para creer en la invencibilidad romana. Claro que en opinión de Cato, que se encontraba en la línea de combate de la política imperial, la defensa satisfactoria de todas las fronteras del Imperio a manos de las legiones y flotas desperdigadas por todas partes sería casi un milagro. Segundo siguió hablando en voz baja–. Parece que, después de todo, Telémaco es tan bueno como cree que es.

Cato sacudió la cabeza.

–Ha tenido su racha de suerte. Se le ha acabado el tiempo, o se le acabará muy pronto. Ya lo verá. Y ahora decidme, ¿qué ocurrió cuando terminaron el interrogatorio?

Segundo señaló su debilitado cuerpo con un gesto de la mano que tenía desocupada.

–Me mandaron a los establos para cuidar de las mulas. Desde entonces no he hecho más que limpiar las caballerizas cada jornada y venir de excursión a este lugar cada tres días. Remar en un bote grande por la bahía y luego emprender el jodido ascenso por esta montaña. –Cuánto tiempo pasará hasta que os echen de menos a vos y a los demás?

–Esperan que regresemos hoy, al anochecer.

–Excelente –exclamó Cato–. Me sorprende que no os tuvieran a buen recaudo en un lugar seguro. Podríais haberos escapado.

–Siempre me vigilaban.

–Claro. Debéis de haber visto bastantes cosas de esta base como para proporcionar cierta información útil cuando pagaran vuestro rescate.

Segundo observó a Cato.

–¿Qué te hace pensar que iban a soltarme? Además, uno de los guardias me dijo que iban a abandonar la bahía dentro de poco y buscar otra guarida, cerca de un nuevo territorio de caza.

–¿Telémaco nombró alguna vez a los Libertadores?

–Habló de que había otros bandos interesados en los rollos.

–¿Mencionó alguna vez el nombre de su agente?

–No. Pero creo que lo vi en una ocasión. –Segundo arrugó la frente al recordar los detalles–. Yo estaba cargando el bote de aprovisionamiento cuando llegó un barco del que desembarcó un romano. Lo llevaron bajo vigilancia. Fue directo a la ciudadela. No supe cómo se llamaba.

–¿Y qué aspecto tenía?

–De unos treinta y cinco años, o cuarenta quizá. De complexión normal... No tenía nada excepcional. Salvo la cicatriz.

–¿Una cicatriz? ¿cómo era?

–Tenía una marca lívida en la mejilla, como una quemadura... Lo siento, no me acuerdo de nada más.

–Es suficiente. Si os mostrara a ese hombre otra vez, ¿lo reconoceríais?

–Con esa cicatriz creo que sí.

–Si no me equivoco, se llama Enobarbo. ¿Eso te dice algo?

–No. Lo lamento. –Segundo bajó la cabeza y olió el guiso del plato de campaña–. No sabes lo bueno que está esto.

–Pues aquí hay mucho más, sírvase usted mismo. Pero no os excedáis. A Narciso no le haría ninguna gracia que os salvara de la tortura y la esclavitud para mataros de amabilidad.

Segundo se rió, pero tragó aire en el momento equivocado y empezó a atragantarse con el estofado, que le goteó por la nariz cuando un acceso de tos convulsionó todo su cuerpo. Cato se levantó de un salto,

alarmado, corrió a su lado y dio un fuerte golpe en la espalda huesuda de Segundo. Levantó la mano para repetir el golpe pero Segundo agachó la cabeza y se apartó.

–¡Basta! ¡Estoy bien! Estoy bien. No es necesario que hagas eso. –Tosió unas cuantas veces, luego miró a Cato y se rió de nuevo-. Lo siento, pero es que hacía meses que no me reía. No me había atrevido. –Sonrió–. Has hecho que me sienta mucho mejor. Casi humano otra vez. Gracias, centurión Cato.

Por un instante la sensación de alivio fue casi imposible de soportar y las lágrimas brillaron en los ojos de Segundo. Se las limpió raudamente con el puño, dejó el plato de campaña en el suelo y se puso de pie.

–Me voy a dormir.

–Buena idea. –Cato sonrió–. Creo que mañana será un día muy largo. Cato se levantó al amanecer, tras pasar con brusquedad de un sueño profundo a la plena conciencia. Llevaba bastante tiempo siendo soldado y podía hacer esa transición con facilidad y de inmediato. Apartó la manta de los piratas que había cogido del refugio y al cabo de un instante ya estaba en pie, estirando los brazos y los hombros. En el refugio se oían ronquidos y Cato decidió dejar dormir un poco más al agente imperial. El pobre hombre necesitaba tiempo para descansar y recuperarse de su larga y terrible experiencia a manos de los piratas.

Cato se dirigió hacia el puesto de señales situado al borde del precipicio, se sentó y se apoyó contra el mástil. El horizonte estaba despejado y no había signos de ningún barco en la costa. Antes de que los piratas se establecieran en esta zona, se habrían divisado montones de barcos en la lejanía. Cato se volvió a examinar la bahía de la costa que tenía enfrente. Una fina nube de humo se arremolinaba sobre la ciudadela pirata y unos cuantos puntitos se movían por la playa junto a los barcos. Una escena muy tranquila, de momento. Todo cambiaría con la llegada de Vespasiano.

Cato contempló el paisaje durante un rato. La vista era impresionante y, con rapidez, se abandonó a una peculiar serenidad. A lo lejos, por debajo de él, los hombres se preparaban para una nueva jornada de trabajo en los barcos piratas varados. Por ahí, en algún otro lugar, los soldados de la flota de Rávena podrían estar preparándose también para luchar una dura batalla con los desprevenidos piratas. No obstante, desde allí arriba, esos detalles se revelaban del todo insignificantes e intrascendentes frente a aquellas montañas que se extendían a ambos lados y un océano que se dilataba hasta el horizonte, sin que lo limitara señal alguna de tierra distante. ¡Qué pacífico parecía el mundo!

Un detalle en la periferia de su visión le devolvió la plena conciencia de su situación. Abajo, a lo lejos, en el brillo azul del mar, cinco embarcaciones avanzaban lentas por el mar a una media milla de la costa rocosa al pie de la montaña. Cato se dio cuenta de que debían de llevar algún tiempo a la vista, y se enojó consigo mismo por no haberlas divisado antes. Distinguió las líneas gemelas que señalaban el chapoteo de su avance y comprobó que eran cinco galeras. Las observó con atención mientras viraban hacia la larga ensenada y ponían rumbo directo hacia la montaña del otro lado y la base pirata que había más allá. Mientras se acercaban, Cato aguzó más la vista y vio que las dos embarcaciones que iban en la cabeza y en la cola del convoy eran liburnas. Entre ellas, tres birremes. Cato frunció el ceño. ¿Qué podía significar aquello? ¿Dónde estaba la flota de Rávena?

En aquel preciso momento, cuando la liburna que iba al frente salió de entre las sombras a la extensión de océano iluminado por el sol, surgió un deslumbrante destello en su castillo de proa. Cuando Cato se volvió a mirar directamente a la embarcación, el destello se repitió. Luego otro. Hubo una breve pausa antes de producirse tres destellos más. Cato se dio cuenta de que era una señal. Los piratas mandaban señales luminosas al puesto de vigilancia. Cato fue presa del pánico cuando cayó en la cuenta de que esperarían una respuesta, o que la señal se transmitiera. Se puso de pie, intentando pensar. Se dio la vuelta y fue corriendo hacia el refugio, gritando a voz en cuello. –¡Segundo! ¡Segundo! ¡Salid de ahí, hombre! ¡Daos prisa!

Al cabo de un momento se apartó la cortina de cuero y Segundo salió del refugio con paso inseguro y frotándose los ojos. En cuanto vio la tensa expresión del rostro del centurión que corría hacia él, se enderezó.

–¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo?

¡Unas naves piratas se acercan a la bahía! –Cato señaló hacia el borde del acantilado-. Nos hacen señales. Tenéis que ayudarme. ¡Venid, de prisa!

Le hizo un gesto para que lo siguiera y regresó hacia el puesto de señales. Cuando Segundo lo alcanzó, respirando roncamente, Cato comprobó que el barco todavía estaba haciendo la señal. Se volvió al agente imperial.

–¡Vamos, lleváis suficiente tiempo con ellos para conocer su procedimiento! ¿Qué significa la señal?

Segundo frunció el ceño.

–¡Daos prisa, hombre! Debe de haber algún tipo de señal de reconocimiento. Un código que utilizaran para decir que eran amigos y que todo iba bien... ¡Decídmelo! Tenemos que hacer creer a los piratas de la bahía

que están a salvo durante el mayor tiempo posible. En cualquier momento alguien va a divisar esos barcos. A menos que transmitamos la señal adecuada, van a saber que algo anda mal aquí arriba y darán la alarma. Vamos, decidme. ¿Qué debería hacer?

–Estoy pensando. –Segundo cerró los ojos y rememoró el tiempo que pasó en la base pirata–. ¡Sí! Sí, lo recuerdo. ¡La bandera negra! ¡Iza la bandera negra!

Cato lo miró.

–¿La negra? ¿Estáis seguro? ¿No hay que usar el heliógrafo? –No, eso era para comunicarse con la ciudadela. Utilizaban banderas para transmitirles señales a los barcos que se acercaban. Hacían ondear el gallardete negro cuando sus embarcaciones regresaban de un asalto.

Cato agarró el lío de tela oscura del arcón y fijó los cazonetes a las presillas de bramante que había en la driza del mástil. En cuanto el gallardete estuvo bien sujeto, lo izó por el mástil y aseguró la driza en torno a la cornamusa. En lo alto, la suave brisa matutina meció los más de tres metros de tela contra el cielo azul.

Cato se volvió hacia Segundo.

–Espero que no se equivoque.

Segundo tragó saliva, nervioso.

–Pronto lo sabremos. De un modo u otro.

CAPÍTULO XXXVI

–¿Qué es eso? –Macro señaló hacia lo alto de la montaña. Junto a él, en el castillo de la liburna, uno de los marineros se protegió los ojos del sol y los entornó un instante antes de responder.

–Creo que es una bandera, señor.

–¿De qué color? –preguntó Macro con brusquedad–. ¡Deprisa, hombre!

–No..., no lo distingo del todo, señor. Parece oscura. Podría ser azul..., o negra.

Macro se dio la vuelta e hizo bocina con la mano.

–¡Traed aquí al prisionero!

Mientras se pasaba la orden para que trajeran a Ajax a cubierta, Décimo se acercó y se reunió con Macro. Ninguno de los hombres que estaban en cubierta llevaba el uniforme ni el equipo de la armada imperial. Se habían equipado, en cambio, con la ropa y las armas que habían cogido de las dos liburnas capturadas. Décimo lucía un magnífico turbante de seda y una túnica de un vivo color amarillo. Macro, fiel a su naturaleza, había optado por una adusta capa de color pardo y unos bombachos de cuero, y cuando Décimo subió al pequeño castillo meneó la cabeza al ver el extravagante disfraz del trierarca de la nave. Ambos miraron con atención la diminuta sombra que se agitaba contra la luz del sol que se alzaba por detrás de la montaña. –Así pues, vio nuestra señal –comentó Décimo.

–Alguien la vio –repuso Macro en voz baja–. Es imposible saber si el que está ahí arriba es Cato u otra persona.

–¿Qué cree usted, señor?

Macro se rascó su hirsuto mentón.

–No estoy seguro. Si se trata de Cato, ¿cómo podía saber la respuesta correcta? Puede que al final haya tenido que escapar. Eso significa que el puesto de señales vuelve a estar en sus manos.

Se produjo un revuelo a sus espaldas y, al darse la vuelta, los dos oficiales vieron que, por la escotilla, hacían salir a Ajax a la cubierta, a empujones y sin ningún miramiento. Dos infantes de marina tiraron de él para ponerlo en pie y lo arrastraron hacia delante. Por debajo de la brazola de la escotilla Macro distinguió el brillo de la armadura de los infantes de marina, apiñados bajo cubierta para que no los vieran. Cuando la cubierta de la liburna se alzó sobre la cresta de una ola para descender luego por el otro lado, Macro se dio cuenta de lo incómodos que debían de estar los soldados. No podía hacer nada al respecto. Si querían que el plan del prefecto tuviera éxito, debían permanecer ocultos hasta el último momento.

Los infantes de marina empujaron a Ajax para conducirlo frente a los dos oficiales y le inmovilizaron los brazos a la espalda. El les dirigió una mirada desafiante, Macro meneó la cabeza y suspiró.

–Buen intento, muchachito, pero conmigo no funcionará. Vi cómo te destrozaban. De modo que deja de hacer teatro conmigo.

–¡Que te jodan, romano! –Ajax intentó escupir a Macro en la cara, pero tenía la boca tan seca del miedo que lo único que logró fue lanzar un fuerte soplo. –¡Bonitos modales! –comentó Décimo, al tiempo que alzaba el puño–. ¿Cree que tendríamos que enseñarle algunos nuevos?

Los ojos del joven dirigieron una mirada de preocupación al trierarca y Macro dejó que sufriera unos momentos de angustia antes de negar con la cabeza.

–No. Déjalo. Podemos dejar el sufrimiento para un poco más tarde. Ahora mismo lo necesitamos en buenas condiciones.

–¡Qué pena! –lamentó Décimo entre dientes, al tiempo que se volvía hacia la ensenada que tenían delante y que se extendía hacia las montañas. Había memorizado la posición de la bahía a partir del mapa de Cato y pasó la vista por la base de la montaña más alejada, en busca de la ciudadela.

–Relájate –aconsejó Macro–. Todavía estaremos un rato sin poder verla.

Se volvió hacia el prisionero y señaló el puesto de observación.

–¿Ves eso? Esa bandera. Hicimos la señal que nos dijiste y nos han respondido con eso. ¿Qué significa?

Ajax miró hacia arriba, con atención. Tragó saliva, nervioso, volvió la mirada hacia Macro y esbozó una mueca de triunfo.

–Es demasiado tarde, romano. Es el gallardete negro. Es una advertencia. Saben que venís. Mi padre se habrá ido mucho antes de que lleguéis a la bahía.

Macro no respondió. Inexpresivo, se quedó mirando con detenimiento al joven pirata intentando decidir si le estaba diciendo la verdad. Era consciente de que, a su lado, Décimo se movía, incómodo.

–Tiene razón. Es negro. O prácticamente... ¿Macro?

–Calla. –Es negro. Nos han descubierto.

–Eso dice él...

–Daré la orden de virar.

Fue en ese momento cuando Macro detectó la fugaz expresión de triunfo y alivio que cruzó por el rostro del prisionero y supo que Ajax les estaba mintiendo.

–Mantén el rumbo, Décimo.

–Pero ya ha oído lo que ha dicho.

–Mantén el rumbo. Es una orden. Está mintiendo. La

señal debe de significar que los hemos engañado. Décimo abrió la boca para protestar, pero los años de dura disciplina dieron fruto y, en vez de hacerlo, saludó. –Mantener el rumbo, sí, señor...

Macro se dirigió a los dos infantes de marina.

–Llevad a la bodega al prisionero. Procurad no hacerle daño al bajarlo, ¿de acuerdo?

–Lo lamento, señor. No pudimos evitarlo. Es un poco juguetón, ¿sabe, señor?

Macro fingió examinar al prisionero con expresión exagerada.

–Bueno, está atado y se le ve muy desmejorado. Diría que no constituye un serio rival, ni siquiera para un par de infantes de marina.

Los dos soldados se sonrojaron y acto seguido se llevaron prestos, pero con cuidado, al hombre que tenían bajo custodia.

Décimo hizo un gesto con la cabeza hacia el puesto de señales.

–¿Eso significa que no es Cato el que está ahí arriba? Macro se encogió de hombros.

–No creo que pueda serlo, a menos que haya logrado capturar a uno de los piratas y le haya obligado a revelar el sistema de señales. Creo que eso es esperar demasiado de él. –Macro sonrió un poco forzado–.

Incluso Cato tiene que evitar un combate de vez en cuando. Sólo espero que escapara sin ningún percance.

–Parece ser un muchacho de muchos recursos –asintió Décimo.

–A veces no basta con eso. A veces necesitas una generosa ración de suerte, y Cato ha consumido más suerte de la que cualquiera tiene derecho a esperar... Pronto lo sabremos.

Macro desvió su atención hacia la montaña del otro lado de la ensenada, a no más de seis o siete millas de distancia. Los cinco barcos a su mando llegarían a la bahía mucho antes de mediodía. Poco después, la flota de Rávena aparecería por la costa, más al sur, a plena vista del puesto de observación, y se dirigiría hacia la bahía a toda velocidad. En ese punto, él y el pequeño grupo que tenía a sus órdenes debían atacar con una velocidad y un efecto devastadores y mantener ocupados a los piratas hasta que Vespasiano pudiera llegar con el resto de la flota. Si el prefecto se retrasaba, o los piratas se recuperaban con suficiente rapidez como para organizar una enconada resistencia, las cosas podían irle muy mal a Macro y a su pequeño ejército de infantes de marina y marineros.

El sol ascendía en el cielo despejado de la mañana, la brisa arreciaba y Décimo pidió permiso para izar las velas.

–El viento es favorable. Podemos alcanzar la bahía siguiendo este rumbo, sin tener que cambiar de bordada.

Macro observó a los remeros que se esforzaban en sus bancos.

–Si mantenemos los hombres a los remos e izamos las velas llegaríamos mucho más deprisa. –Demasiado deprisa –le advirtió Décimo–. No podemos arriesgarnos a alejarnos demasiado de la flota, señor.

–Cuanto más pronto lleguemos a la bahía, mayor será la posibilidad de sorprenderlos. Lo sabes tan bien como yo, Décimo.

–Es cierto, señor. Pero si agotamos a los hombres en los remos, luego no lucharán tan bien. Tal como están las cosas, el combate ya nos resultará bastante difícil sin cansar a los hombres de antemano. Lo siento, sé las ganas que tiene de caer sobre ellos, señor, pero así son las cosas.

Macro asintió de mala gana.

–Está bien. Haz la señal a los barcos para que larguen velas y suban los remos. Reza para que no nos vean venir a tiempo de tomar precauciones contra nuestra pequeña artimaña. Si lo hacen, estamos prácticamente muertos.

Macro, de pie en la proa de la liburna, se quedó mirando el cabo al que se aproximaban y empujó mentalmente su embarcación por encima de las olas que había entre medio. Incluso con su limitada imaginación, el veterano centurión podía representarse con facilidad algún pirata pescando o nadando a cierta distancia del cabo, lejos de las aguas inmundas del fondeadero. Al levantar la vista, el pirata vería los cinco barcos dirigiéndose al cabo y de inmediato informaría a Telémaco de lo que había visto. Con toda una flota buscándoles, los piratas actuarían con cautela. Formarían, se armarían y las tripulaciones de sus barcos prepararían sus embarcaciones para la acción. En cuanto se dieran cuenta de la estratagema, los romanos serían masacrados y su sangre mancharía de rojo las aguas de la bahía.

Macro intentó disipar estas horribles imágenes que rondaban por su mente. La táctica de Vespasiano tenía muchísimas posibilidades de éxito. Los piratas habían mandado esas mismas liburnas a capturar barcos hacía varios días. Esperaban su regreso, y estarían encantados ante la aparente evidencia de su éxito. O mejor aún, si Macro no se equivocaba en su juicio sobre la bandera negra, los piratas estarían convencidos de que se había dado la señal de reconocimiento correcta y de que todo andaba bien. De ser así, los romanos lo tenían todo a favor, pero pese a ello Macro seguía teniendo la necesidad de implorar también la ayuda de los dioses. Rogó en silencio a Marte y a la Fortuna, y les prometió a ambos una lanza votiva si salía con vida del inminente combate y la flota de Rávena triunfaba.

A no más de una milla del cabo, vio dos figuras que observaban las embarcaciones que se acercaban desde lo alto del acantilado que se alzaba en ese punto. Cuando los barcos se aproximaron, Macro esperaba que se dieran la vuelta y echaran a correr, pero permanecieron allí de pie, examinando a los cinco barcos. Las embarcaciones estaban a menos de media milla cuando uno de los observadores levantó el brazo y los saludó. Macro tragó saliva, nervioso, y devolvió el saludo, receloso de que fuese alguna especie de contraseña. Sin embargo, seguía sin haber ningún indicio de alarma y los barcos empezaron a rodear el cabo. Macro sabía que, por detrás de ellos, a lo lejos, se estaba dando la señal para que el resto de la flota levantara anclas y se apresurara hacia la bahía con toda la velocidad que el viento y los remos pudieran brindar a los buques de guerra de Vespasiano.

Por detrás del extremo del acantilado, una débil nube de humo flotaba en el aire, y entonces, al rodear la cara del precipicio, empezó a hacerse visible el promontorio rocoso sobre el que se emplazaba la ciudadela pirata. Macro notó que en torno a él la tensión atrapaba a la tripulación de cubierta como la espita de un asador y se volvió hacia ellos con un gruñido enojado.

–Tranquilos, maldita sea. Por lo que ellos saben, somos todos buenos amigos. De modo que sonreíd y saludadlos con la mano a más no poder. Entendido?

Los marineros e infantes de marina disfrazados movieron la cabeza en señal de afirmación, inquietos, y siguieron con sus obligaciones, o se alinearon en la borda y miraron hacia la bahía que se abría ante ellos. A primera vista, parecía que aquella gran ensenada se hallaba repleta de barcos enemigos. Macro los contó y comprobó que había la misma cantidad que Cato había marcado en el mapa hacía dos días. Apenas había oleaje en la superficie del mar y los reflejos de las galeras piratas brillaban de modo irregular bajo sus oscuros cascos, a tan sólo unos cientos de pasos de distancia entonces. Unos rostros curiosos aparecieron en las bandas de las embarcaciones más cercanas y la mayoría agitaron las manos a modo de celebración al ver los birremes capturados navegando entre las dos liburnas. Detrás de las embarcaciones enemigas, la ciudadela se alzaba imponente por encima de la bahía y Macro distinguió los armazones de varias catapultas montadas a lo largo del muro y en un puñado de plataformas que daban al fondeadero. No obstante, no se distinguía el revelador hilo de humo aceitoso que indicaba la preparación de proyectiles incendiarios. De momento todo iba bien, se consoló Macro. Se volvió hacia la popa, cruzó la mirada con la de Décimo y asintió con la cabeza.

–¡Arriad velas! –gritó Décimo en griego–. ¡Bajad los remos! Una a una, las otras cuatro embarcaciones siguieron su ejemplo y viraron con lentitud hacia el fondeadero de los barcos piratas. En tanto que los marineros aferraban las velas sin prisa, el ritmo de los remos se mantuvo muy lento para disipar las sospechas de los piratas y hacer que pareciera que los recién llegados sólo estaban realizando sus últimas maniobras de aproximación. Para fomentar el engaño, Décimo dio la orden para que la tripulación de cubierta preparara el cable del ancla a medida que la liburna se deslizaba por la bahía. A través de la compuerta abierta, Macro vio en la penumbra de la cubierta unos rostros preocupados que miraban hacia la luz del sol, listos para salir y enzarzarse en combate. «Todavía no», se advirtió Macro. Debía dar la orden en el último momento y acercarse lo más que pudiera a los barcos enemigos antes de dejar caer su disfraz. Décimo tenía órdenes de atacar primero al trirreme y le susurró bajito al timonel que se acercara al buque insignia, pero sin abalanzarse sobre él, con disimulo. Por encima de la borda, las palas de los remos se alzaban, avanzaban y descendían con un movimiento regular en las calmadas aguas de la bahía, removiendo los residuos y desperdicios que flotaban en la superficie.

–¡Ayax!

El grito sobresaltó a Macro que, al levantar la vista, vio un rostro sonriente en la toldilla del trirreme. El hombre volvió a llamarlo, en un idioma ininteligible que, por lo que Macro sabía, podría haber sido griego. Se obligó a sonreír y abrió los brazos en un expansivo gesto de saludo amistoso aun cuando el corazón le latía con fuerza contra el pecho. El hombre repitió lo que había dicho hacía un momento y Macro se rió con ganas, cosa que hizo que el

pirata frunciera el ceño, confuso. Pasó la mirada de Macro a los demás hombres de cubierta, que la evitaron, y acto seguido se enderezó y clavó la vista en la cubierta de la liburna, en la escotilla que llevaba a la bodega. Macro se volvió de espaldas al trirreme, hizo bocina con las manos y cogió aire:

–¡AHORA! Antes de que el sonido de la voz de Macro llegara a resonar en la pared del acantilado, ya se estaban dando órdenes a gritos en las cubiertas de los cinco barcos. Mientras

los infantes de marina salían de las bodegas, la tripulación cogió los garfios y los remeros pusieron rumbo hacia sus

presas. Macro señaló uno de los trirremes, Décimo asintió con la cabeza y transmitió la orden al timonel. En ambos

costados los remos avanzaban, hundían, se empujaban hacia

atrás y otra vez hacia delante, y las galeras fueron adquiriendo velocidad por la franja de agua que las separaba de

los barcos piratas y que se estrechaba con rapidez. En un

primer momento no hubo reacción por parte de los piratas, puesto que quedaron mirando con atónita sorpresa, y

luego con horror, a los barcos que se dirigían directo hacia

ellos. A los infantes de marina se les había ordenado guardar silencio mientras las embarcaciones se acercaban a sus

objetivos y una inquietante calma se cernió sobre la bahía.

Luego, tras lo que pareció una prolongada pausa, los

piratas empezaron a responder al ataque. Sus oficiales vocearon órdenes y los hombres se apresuraron por las cubiertas para ir en busca de sus armas. En la playa, allí donde tres embarcaciones todavía se estaban calafateando, el enemigo reaccionó con más lentitud y observó en silencio cómo

los barcos romanos se lanzaban al ataque. Desde la ciudadela se dio la alarma con un largo y monótono toque de

cuerno, y fue entonces cuando los piratas se dieron cuenta en realidad de lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, ya era demasiado tarde para las embarcaciones más próximas a la pequeña escuadra de Macro.

El timonel empujó con fuerza en el último segundo sus gobernales gigantes y los remos de babor se detuvieron en seco en el agua, haciendo que la liburna virara y golpeará contra la banda del trirreme con una sorda sacudida que hizo temblar hasta el último madero del barco más pequeño.

–¡Intimid los garfios! –gritó Décimo desde la popa, y tres puntiagudos garfios de hierro se alzaron en el aire y alcanzaron la cubierta del trirreme. Los marineros tensaron las cuerdas con velocidad y las sujetaron en las cornamusas antes de agarrar sus armas más ligeras y trepar por ellas hacia la embarcación enemiga. Los infantes de marina, con armas más pesadas, levantaron a toda prisa las escalas de abordaje y subieron tras sus compañeros. Macro se abrió camino a empujones por entre la apretujada tropa hacia la escala más

próxima y escaló por ella. Se aferró al pasamanos de la banda del trirreme y se balanceó para bajar a la cubierta. Aterrizó a plomo, afirmó las piernas y agarró la espada de debajo de su capa.

El combate por el trirreme ya estaba decidido. Tal como Vespasiano había previsto, a bordo del mismo sólo se hallaba guardándole una tripulación reducida. El resto debía de estar en tierra, alojada en la ciudadela o repartida por los refugios que se extendían por la ladera detrás de la playa. Tres cuerpos yacían despatarrados en cubierta. Un cuarto hombre se había desplomado contra el mástil y esputaba chorros de sangre. Dos piratas más intentaban rendirse al otro lado del palo, pero los infantes de marina los mataron sin piedad y se abalanzaron por la pasarela que conducía bajo cubierta. Todos los miembros del grupo de asalto habían recibido órdenes muy claras: no se iban a hacer prisioneros. No podían permitirse el lujo de prescindir de ningún hombre para vigilarlos, y el tiempo empleado en ocuparse de los prisioneros acabaría con el impulso del ataque.

Algunos de los piratas que habían logrado escapar a la primera oleada de romanos corrían hacia el otro extremo y se zambullían en el mar. Nadaban hacia la costa lo más rápido posible mientras los hombres de Macro les lanzaban cualquier cosa que tuvieran a mano: cabinas de maniobra, jarras y ollas, e incluso las propias armas de los piratas, abandonadas en su aterrorizado intento por escapar de sus atacantes.

Macro dejó que sus hombres se ocuparan de ello y corrió a popa, hacia la cubierta de gobierno, salvando de un salto la pequeña escalera. Corrió hacia el pasamanos y miró al agua para ver cómo le iba a su pequeña escuadra. El birreme más cercano casi se había apoderado de su presa y, más allá, en las cubiertas de las demás embarcaciones, la lucha ya había comenzado. Dio un golpe con el puño, satisfecho del éxito del inicio del ataque. No obstante, debía mantener el impulso inicial. Al asomarse por la borda vio a Décimo y agitó la espada para llamar la atención del triararca.

—¡Prepárate para movernos! ¡Que la tripulación vuelva a bordo! ¡Yo me ocuparé de los infantes de marina! Décimo saludó y enseguida empezó a transmitir órdenes a gritos a sus hombres. Macro corrió de vuelta a la cubierta principal.

—¡Las primeras dos secciones, conmigo! Los demás regresad al barco. Debido a la frenética excitación que ardía en sus venas, pasaron unos segundos antes de que los primeros soldados respondieran a la orden de Macro y se dirigieran hacia las escalas de abordaje. En cuanto los primeros abordadores regresaron a cubierta desde la bodega, Macro agarró a su optio del brazo.

—Llévate a algunos hombres. Bajad abajo de nuevo y encended unos cuantos fuegos. Quiero que hagáis unas buenas fogatas. Luego volved a nuestro barco.

—Sí, señor.

—No podemos esperaros. —Macro hizo un gesto con la cabeza hacia un pequeño bote amarrado en cubierta—. Tendréis que utilizar eso. ¡Vamos!

Se dio la vuelta, saltó por encima de la borda y trepó de nuevo a la liburna. La cubierta estaba llena de infantes de marina excitados y sonrientes, colorados por la emoción de su fácil victoria. Macro se acercó a Décimo mientras se recuperaban los garfios y se bajaban las escalas de abordaje.

Décimo le sonrió.

—Uno menos, ya sólo quedan veinte o así.

—¡Eso no es nada! —Se rió Macro. Se dio la vuelta y señaló un birreme, situado en la banda de la costa de la embarcación que acababan de tomar—. Ese es el siguiente. Ponte borda con borda lo más rápido que puedas.

Los remeros alejaron la liburna del costado del trirreme antes de volver a poner la embarcación en marcha. Mientras dejaban atrás el gran buque de guerra, Macro contempló satisfecho que de su cubierta se alzaba una débil nube de humo que se espesó, convirtiéndose en un arremolinado velo de un tiznado color gris cuando las llamas empezaron a extenderse. Por delante de ellos, la tripulación pirata del birreme llevaba a cabo todas las maniobras posibles para rechazar a los romanos. Mientras había tenido lugar el breve asalto al trirreme, aquellos piratas sí habían contado con tiempo para armarse y ocupar posiciones a lo largo de las bandas de su barco. Varios de ellos iban armados con arcos y con rapidez se habían provisto de jabalinas que habían apoyado a toda prisa contra la borda, listas para ser utilizadas. Igual que antes, sólo una pequeña parte de la tripulación se hallaba a bordo, pero Macro contó a casi una veintena, suficientes para presentar una aguerrida defensa.

El centurión se aclaró la voz para dirigirse a los infantes de marina.

—Éste va a ser un combate como es debido, muchachos. Sin embargo, nuestra táctica es la misma que antes: atacad rápido, con dureza y no hagáis prisioneros.

La mayoría de los soldados lanzó una ovación, pero los más veteranos de entre ellos ya estaban evaluando el reto que les esperaba y sopesando las posibilidades de éxito a medida que la liburna se dirigía rauda hacia el

barco enemigo. Cuando estuvieron a menos de cincuenta pasos, Macro oyó que en la cubierta del barco pirata se gritaba una orden y varias jabalinas salieron despedidas por encima del mar.

Macro tuvo el tiempo justo para gritar una advertencia.

–¡Levantad los escudos!

Las pesadas puntas de hierro de las armas cayeron entonces en cubierta con un ruido sordo o se clavaron en los escudos con un fuerte chasquido. Se oyó el grito de dolor de un soldado caído, inmovilizado contra el pasamanos por el asta de una jabalina que le había atravesado el abdomen.

–¡Sacadle eso y llevadlo abajo! ¡Los demás, mantened vuestros malditos escudos en alto! ¡Décimo! ¡Que algunos de tus hombres les devuelvan el golpe!

La distancia entre los dos barcos disminuía y apenas hubo tiempo para intercambiar unas cuantas descargas más. Entonces, Décimo dio la orden de frenar y, cuando los remeros frenaron el veloz avance de la liburna, los barcos chocaron proa con proa en una fuerte sacudida que derribó a casi todos los hombres, convertidos en una maraña de miembros y equipo de guerra, en tanto que las maldiciones y los gritos de dolor e ira surcaban el aire.

Macro se puso de pie de un salto, gritando: –¡Lanzad esos garfios! ¡Vamos! ¡Vamos!

Una vez más, los garfios de hierro cayeron sobre el barco enemigo con un golpe sordo y se tensaron. El primer infante de marina empezó a trepar hacia la borda del birreme, pero antes de llegar a cubierta, un pirata se alzó por detrás del pasamanos empuñando una gran hacha con las dos manos. La pesada hoja cortó el aire y hendió el casco y el cráneo del infante de marina hasta los hombros. El cuerpo se convulsionó y cayó en la estrecha ranura de agua que había entre las dos embarcaciones. Cuando los demás marineros vacilaron tras él, Macro agarró una jabalina, apuntó y se la arrojó al hombre del hacha. La pesada punta le dio de lleno en el pecho y lo hizo retroceder con un tambaleo hasta que se perdió de vista.

–¿A qué esperáis? –les bramó Macro a los infantes de marina–. ¿Queréis que lo haga todo por vosotros?

Con un gruñido de rabia, Macro agarró la cuerda, subió por ella y saltó a la cubierta del birreme, listo para hacer pedazos al primer pirata que viera. Era el primer romano a bordo de la embarcación y cuatro de los piratas se volvieron hacia él de inmediato, con las espadas alzadas. Por detrás de las hojas, sus miradas eran despiadadas. A los pies de Macro yacía el hacha manchada de sangre del hombre que había matado. El centurión la tomó con ambas manos y la hizo revolear por encima de su cabeza.

–Vamos, venga –les provocó con desdén–. ¿Quién se cree lo bastante duro?

La cuerda se sacudió tras él cuando trepó el siguiente romano. Uno de los piratas les gritó algo a sus compañeros y se lanzó contra Macro. El hacha descendió y atravesó el brazo al hombre, justo por debajo de la muñeca, y la espada, con la mano todavía aferrada a ella, cayó en la cubierta con un golpe apagado. Macro apartó de un puntapié al pirata que gritaba y cargó contra sus compañeros. El primero de ellos llevaba un escudo pequeño que esgrimió desesperado para desviar el golpe de Macro, pero el impacto lo arrojó a un lado y lo hizo retroceder vertiginoso por la cubierta, aturdido. Macro balanceaba el hacha, preparándose para asestar el próximo golpe, cuando uno de los piratas se dio la vuelta y corrió para buscarse un enemigo más seguro, en tanto que el último de ellos calculó a la perfección la trayectoria del ataque y arremetió contra el pecho de Macro con una espada delgada y curva que atravesó la capa y la túnica y cortó la carne de debajo. Macro sintió el mismo dolor que si alguien lo hubiera azotado en el costado con un hierro al rojo vivo.

–¡Joder! –maldijo con los dientes apretados, y retrocedió contra el costado del barco. El pirata sonrió y avanzó de un salto, con la espada inclinada y apuntando al cuello del centurión, pero antes de que la hoja pudiera clavarse, un golpe de jabalina la echó a un lado y el primer infante de marina que había subido por la cuerda detrás de Macro

propinó un puñetazo al pirata que lo tumbó. El soldado dio la vuelta a la jabalina, clavó la punta en el corazón del pirata, volvió a arrancarla de un tirón y buscó con la mirada a su próximo enemigo.

Al tiempo que los infantes de marina seguían subiendo a bordo e iban desplegándose, Macro se examinó la herida y vio que la sangre calaba la destrozada tela de su túnica. Volvió a maldecir y soltó el hacha, se quitó la capa y fue palpando con cuidado por la rasgada tela de su vestidura. Tenía abiertos casi unos treinta centímetros de pecho e hizo un gesto de dolor cuando sus dedos levantaron un trozo de piel.

–Esto no tiene buena pinta –masculló, y se pasó la túnica por la cabeza. La herida era bastante limpia, pero sangraba mucho. Macro desenvainó la espada, cortó una ancha tira de la túnica destrozada y se ató un toco vendaje en torno al pecho, lo bastante tirante para contener la hemorragia pero no tanto como para dificultarle la respiración. A bordo del barco se iban amontonando más infantes de marina que empezaron a abrirse camino a la fuerza hacia la popa. No obstante, Macro se dio cuenta de que los piratas estaban

organizando una fuerte defensa, permaneciendo unidos y luchando con denuedo para salvar su barco. Incluso cuando los infantes de marina empezaron a ser más numerosos y les obligaron a retroceder hacia la popa, ellos se replegaron poco a poco pero forzando a sus enemigos a luchar por cada centímetro de cubierta. Habían muerto tres infantes de marina y, en el preciso instante en que Macro contemplaba la escena, dos más fueron abatidos en cubierta, uno con los ligamentos de la corva cercenados y otro que cayó pesadamente con una daga de hoja ancha clavada en el ojo. –¡Vamos, muchachos! –gritó Macro a sus hombres–. ¡A por ellos!

No pasó mucho tiempo antes de que la ventaja numérica decidiera la cuestión. Los infantes de marina bajaron los escudos y, todos en masa, empujaron a los piratas hacia atrás, matándolos en el mismo instante en que tropezaban y caían o se ponían al alcance de una espada corta. Charcos de sangre manchaban la cubierta y la hacían resbaladiza para las botas de los soldados. Los piratas fueron cayendo uno a uno hasta que tan sólo quedó un puñado de ellos para defender la toldilla. Mientras mantenían su desesperada resistencia, Macro llamó a un pelotón de infantes de marina y los mandó bajo cubierta para que encendieran unos fuegos. Casi enseguida se oyó un fuerte clamor proveniente de la bodega y, con el brazo apretado con fuerza contra el costado, Macro se asomó por la pasarela.

–¿Qué está pasando ahí abajo?

Uno de los infantes de marina retrocedió a toda prisa y entornó los ojos bajo la luz del sol.

–Hay unos cuantos prisioneros, señor. Encerrados en la sentina.

–¡Pues sácalos de ahí, hombre! ¡Rompe los cerrojos y sácalos de ahí!

–Sí, señor. –El soldado volvió a adentrarse en las sombras a todo correr y el ruido de las espadas que arremetían contra la madera para cortarla llegó hasta la cubierta principal. Cuando mataron al último pirata en el castillo, Macro oyó un alboroto proveniente de la escotilla principal. Un puñado de hombres de una suciedad terrible y harapientos subían a duras penas a cubierta, protegiéndose con dolor los ojos del brillo del sol y mirando a todas partes para evaluar la batalla que rugía a su alrededor. Macro señaló hacia la banda.

–¡Fuera del barco! –gritó–. Subid a bordo de la liburna. ¡Este maldito buque vamos a incendiario! ;Vamos, de prisa!

Al oír el chisporroteo de las llamas y ver el humo que subía en volutas desde abajo, marineros, infantes de marina y prisioneros abandonaron el birreme a toda prisa y se dirigieron a la seguridad del otro barco. Mientras Macro aguardaba su turno en la cuerda, volvió la vista hacia la bahía una vez más. Cuatro barcos estaban ardiendo. El trirreme que él había abordado poco antes estaba envuelto en llamas e, incluso a esa distancia, el calor del fuego llegaba por encima del mar-. Macro notó el escozor de su herida. En otros lugares los infantes de marina luchaban por hacerse con el control de cuatro embarcaciones más. En los límites de la batalla, uno de los barcos piratas estaba intentando levar anclas y su pequeña tripulación se esforzaba por hacer avanzar la nave con sólo un puñado de remeros.

En la costa, la playa era un hormiguero de hombres que arrastraban pequeños botes hasta la orilla. Algunos ya se habían echado al agua y se dirigían a los barcos más próximos que todavía estaban en manos de los piratas. En la ciudadela, los sirvientes de la artillería estaban apuntando sus catapultas a toda prisa y trayendo munición. Una débil nube de humo se alzó de las hogueras que calentaban el aceite para los proyectiles incendiarios. Macro fue consciente de que, en cualquier momento, Intentarían alcanzarlos con unas cuantas bolas de fuego. Que lo intentaran si querían, pensó con satisfacción. Con la mezcolanza de embarcaciones que se daba en toda la superficie de la bahía, tenían las mismas probabilidades de alcanzar a uno de sus barcos que a uno romano. Al cabo de un momento, no obstante, se oyó un chasquido sordo desde el otro lado del agua. Macro levantó la vista y vio que un arco llameante se alzaba por los aires desde la dirección en la que estaba la ciudadela. Se fue acercando, en apariencia bien dirigido, contra el centurión, antes de alcanzar la cúspide de su trayectoria y de que el fragor de las llamas pudiera oírse con claridad por encima de todos los demás sonidos de la batalla. En el último momento, por suerte, bajó en picado y cayó al mar a menos de seis metros del costado del birreme, en medio de un fuerte ruido de agua y un breve silbido de vapor.

–¡Por todos los diablos! –exclamó entre dientes uno de los infantes de marina–. Si ése no es más que su primer intento, estamos muertos.

–Han tenido suerte –le aseguró Macro con una calma forzada–. El próximo lo fallarán por una milla.

El infante de marina no quedó muy convencido.

–Bueno, no voy a quedarme aquí para averiguarlo, señor.

Macro se rió.

–Yo tampoco. Salgamos prontito de este barco.

En cuanto todo el mundo estuvo de nuevo a bordo de la liburna, Décimo dio la orden de separar el barco y Macro señaló la más próxima de las embarcaciones romanas, enzarzada en combate con la tripulación de otro birreme.

–Allí. Llévanos hasta el otro lado y acabaremos con ellos.

–Sí, señor. –Décimo echó una mirada al rudimentario vendaje que rodeaba el pecho del centurión–. ¿Se encuentra bien?

–¿Acaso te parece que estoy bien? –saltó Macro–. ¡Envíame a un camillero y cumple con tus órdenes! En tanto que el trierarca regresaba a su posición junto al timonel, Macro se dejó caer contra el costado del barco. Se sentía un poco mareado y por un instante unas sombras parecidas a telarañas nublaron la periferia de su visión. Cerró el puño y dio un golpe en cubierta. ¡Que lo asparan si iba a dejar que una herida le impidiera conducir a sus hombres en esta batalla! Ahora no. Todavía no. No antes de que llegara Vespasiano y completara la victoria sobre aquella escoria pirata.

Durante el avance de la galera hacia los dos birremes, el físico le quitó el burdo vendaje a Macro, le limpió la herida y aplicó un nuevo vendaje de lirio. Mientras el hombre trabajaba, Macro vio que, en la ciudadela, los sirvientes de la artillería intentaban unos cuantos disparos más pero, ahora que la liburna se había puesto fuera de su alcance, ya no tenían a ningún otro barco romano a tiro. No obstante, si bien las catapultas cesaron su breve descarga, los botes de la costa empezaron a moverse entre los barcos. Alguien con la cabeza muy despierta había ordenado que evitaran a cualquier barco en el que se estuviera luchando. En cambio, se dirigieron hacia las embarcaciones ilesas que todavía estaban ancladas y subieron a bordo para preparar aquellos barcos para la batalla. En cuanto levaran anclas y sus cubiertas estuvieran abarrotadas de piratas arreados y sedientos de venganza, los cinco barcos de Macro se verían superados en número en una proporción de dos a uno. Tenía que hacer algo para mejorar las probabilidades.

Macro se dio la vuelta hacia el optio de infantería de marina más próximo y le hizo señas.

–Quiero que se traigan unos cuantos arcos para tus hombres. Encended un fuego y utilizad flechas ardiendo contra cualquier barco pirata que se ponga a tiro. El optio saludó, bajó el escudo y salió corriendo para cumplir la orden de Macro. El centurión ya estaba dando órdenes a otro grupo de infantes de marina para que lanzaran descargas de jabalinas contra los pequeños botes llenos de piratas que intentaban llegar a los barcos en los que todavía no se había entablado combate. Ninguna de las dos acciones causaría muchos daños. Las flechas incendiarias se apagarían sin dificultad y las jabalinas podrían provocar apenas unas cuantas bajas, pero al menos distraerían al enemigo y darían a Macro y a sus hombres un poco más de tiempo.

La liburna se deslizó junto al birreme y, de nuevo, los infantes de marina se apresuraron a entrar en acción con un grito enardecedor que hizo que los piratas retrocedieran durante el precioso instante que procedía al combate. Sin embargo, Macro observó que ya eran de forma perceptible menos numerosos y que los soldados que todavía podían luchar tenían aspecto de estar agotados por sus esfuerzos. En tanto que los piratas, superados en número, eran barridos de la cubierta del birreme, Macro pidió que le trajeran su armadura y el físico lo ayudó a ponerse la coraza de escamas y a sujetar el correa por encima. Macro se colocó el casquete en la cabeza, se puso el casco y se lo ató, con lo que enseguida se sintió más satisfecho bajo el familiar peso de su equipo.

–No fuerce mucho esa herida, señor –le aconsejó el físico–. Tendrá que descansar o empezará a sangrar otra vez.

–Entonces me tomaré unos días de baja, ¿no? –Macro miró al hombre con irritación antes de darse la vuelta hacia la cuerda de abordaje más próxima y trepar con rigidez hasta la cubierta enemiga. Se hizo patente de inmediato que la lucha por aquel barco había sido más dura y sangrienta.

Los cuerpos estaban desparramados por la cubierta y Macro observó con preocupación que muchos de ellos eran infantes de marina. Al menos el barco estaba en manos romanas. Macro buscó al comandante de la otra embarcación romana y vio cómo el centurión Minucio limpiaba la hoja de su arma en la túnica de un pirata muerto. A Minucio lo habían elegido para la misión porque era un veterano, duro y fiable. Macro se había alegrado de que viniera, a pesar de sus diferencias personales.

–¡Minucio! Ven aquí.

El centurión se dirigió hacia Macro a toda prisa y con un gesto señaló la carnicería que poblaba la cubierta.

–Parece que al final estos muchachos han tenido agallas para un combate como es debido.

Macro asintió con la cabeza. La sorpresa inicial de su ataque ya había pasado y los piratas se estaban recuperando con rapidez. Ahora que tenían una idea clara sobre la magnitud de la fuerza de asalto de Macro, no tardarían en pasar al ataque. Uno de los barcos piratas que había pasado inadvertido a los atacantes había soltado el cable del ancla y ya estaba virando por estribor para hacer girar la proa y situarse frente al confuso tumulto de buques de guerra del otro extremo del fondeadero. No tardarían en unírsele otros barcos más cuyas cubiertas en ese momento estaban plagadas de hombres.

Minucio siguió la dirección de la mirada de Macro y luego se volvió hacia el cabo. El mar estaba despejado y en calma y no había señales del resto de la flota.

—No te hagas ilusiones —le avisó Macro en voz baja—. No llegarán hasta dentro de una hora más, por lo menos.

—Ya lo sé. —Minucio le dirigió una apagada sonrisa—. La cuestión es, ¿seguiremos aquí nosotros dentro de una hora?

CAPÍTULO XXXVIII

—¿Cómo les va a los nuestros? —preguntó Segundo, jadeando.

Habían iniciado el descenso por la montaña en cuanto los cinco barcos lanzaron su ataque sobre la flota pirata. La sorpresa ante el giro de los acontecimientos duró sólo un breve instante antes de que Cato se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. En aquellos momentos, el centurión y el agente imperial bajaban apresurados por el empinado sendero con toda la rapidez de la que eran capaces. La grava y las piedras sueltas hacían que el camino resultara difícil y peligroso y, además, tenían que avanzar a un ritmo que hacía que Cato se consumiera de impaciencia y preocupación mientras ayudaba al hombre de más edad. A cada kilómetro y medio tenían que pararse para un breve descanso. En todas esas ocasiones, Cato miró hacia la bahía para observar la batalla que se desarrollaba en la distancia. Hasta ellos no llegaba ningún sonido, sólo diminutas figuras que se afanaban de un lado a otro a bordo de los barcos, como hormigas correteando sobre los juguetes de unos niños.

—Cato, ¿qué tal vamos? —volvió a preguntar Segundo.

Cato estaba apoyado contra una roca protegiéndose los ojos del sol con ambas manos mientras miraba hacia la bahía.

—Es difícil distinguirlo desde aquí. Hay varios barcos en llamas. Uno parece haber cortado el cable y va a la deriva hacia los acantilados. Algunos barcos están borda con borda, y veo hombres combatiendo, pero no sé quién lleva ventaja. Ni siquiera sé quiénes son los nuestros.

Segundo meneó la cabeza.

—¿A qué demonios está jugando tu prefecto, mandando cinco barcos contra los piratas? Es una misión suicida.

—Yo no lo creo —le replicó Cato—. No es el estilo de Vespasiano. Esto tiene que ser algún tipo de maniobra preliminar.

—¿Maniobra preliminar? —Segundo examinó a Cato con las cejas enarcadas y luego soltó una amarga carcajada—. Yo no creo que esos hombres vayan a durar lo suficiente para la maniobra ganadora de tu prefecto. Suponiendo que la haya previsto.

Cato se encogió de hombros.

—Confiad en él. Todavía no nos ha defraudado. En marcha.

—Siempre existe una primera vez —refunfuñó Segundo mientras se ponía de pie como buenamente podía. Retomaron el camino de descenso.

Cato calculó con rapidez que, a ese ritmo, no llegarían a la costa hasta la puesta de sol. En cuanto cayera la noche tendrían que detenerse, puesto que no se atrevía a correr el riesgo de proseguir por aquella senda traicionera en la oscuridad. La batalla podría haberse decidido para entonces. Si la flota romana salía malparada, no tendría sentido continuar en esa dirección y la única ruta para ponerse a salvo sería volver a subir por la montaña.

—¿Cato? ¿Qué pasará cuando lleguemos al pie de la montaña?

—Suponiendo que nuestra flota se imponga, tomaremos vuestro bote y remaremos para reunirnos con ellos. -

¿Y si pierden?

—No perderán. Y ahora reservad el aliento y seguid andando.

Prosiguieron el camino en silencio, salvo por los resoplidos de Segundo y los débiles chillidos de las gaviotas por debajo de ellos. Pasaron junto a unos árboles raquíticos a una corta distancia por delante del sendero que conducía hacia las sombras de un espeso pinar. Cato se detuvo.

–¿Conoce bien este camino?

–Demasiado bien –respondió Segundo con una mueca–. Durante estos dos últimos meses he subido y bajado por él más veces de las que quiero recordar.

–¿Hasta dónde llegan los árboles?

–Todo el camino hasta la costa.

–¿Ininterrumpidamente? ¿No hay ningún lugar desde el que podamos vigilar lo que ocurre al otro lado de la bahía?

Segundo lo pensó un momento y luego dijo que no con la cabeza.

–Mierda... –Cato se mordió el labio. Lo último que quería era realizar todo el camino de bajada hasta el pie de la montaña en completo desconocimiento de cómo se iba desarrollando la batalla. No obstante, no había más remedio. Así estaban las cosas, y tendrían que empezar a descender entre los árboles con la esperanza de que los piratas estuvieran siendo derrotados. Sin embargo, cuando Cato escudriñó la costa opuesta vio que el combate se había contraído a la curva de la bahía y que tanto las galeras como los botes pequeños convergían todos en una densa concentración de embarcaciones enzarzadas en la batalla. Eso sólo podía significar una cosa. Los romanos estaban perdiendo, y perdían de manera estrepitosa. A menos que ocurriera algo pronto, los piratas los aplastarían sin lugar a dudas.

–¿Qué es eso? –preguntó Segundo, y alzó el dedo para señalar hacia el mar–. ¿Un buque de guerra?

Cato miró hacia el punto donde la masa de la montaña caía abruptamente al mar de abajo. Empezaba a distinguirse la elegante proa de un trirreme que se acercaba remando. Casi enseguida empezaron a aparecer otras embarcaciones a ambos lados. Todas llevaban las velas izadas para ayudar a los remeros y, mientras Cato y Segundo observaban, la flota de Rávena apareció ante su vista y se dirigió hacia la guarida pirata con toda la velocidad que lograron alcanzar.

Cato se volvió hacia el agente imperial con una sonrisa.

–Ahí lo tenéis. Os dije que Vespasiano tenía algo planeado.

–Cierto. –Segundo sonrió, contrito–. Pero creo que ha calculado muy justo, si quieres que te diga la verdad.

Cato se volvió de nuevo y se dio cuenta de que Segundo tenía razón. La flota tardaría casi una hora en rodear el cabo y entrar en la bahía. A juzgar por cómo parecían ir las cosas, los supervivientes de los primeros cinco barcos no podrían resistir tanto tiempo.

* * *

Desde la torre del castillo de su buque insignia, Vespasiano tenía una buena panorámica de la extensión de mar que dividía las dos montañas. Una densa cortina de humo subía hacia el cielo por encima del lejano cabo. A sus espaldas, el tambor del cómitre de galera marcaba un ritmo constante y cada vigoroso golpe de los remos provocaba una mínima sacudida en la cubierta por debajo de sus pies. La brisa que hinchó la vela había venido por el través de estribor y no podía haber sitio más oportuna para su propósito, puesto que hizo avanzar la flota. Sin embargo, el prefecto estaba más preocupado de lo que lo había estado en toda su vida. Unas cuantas millas más adelante sus hombres estaban luchando y muriendo, y él debía relevarlos lo antes posible. Y no sólo eran las vidas de sus hombres lo que le preocupaba. Si el plan fallaba, los piratas escaparían y gozarían de libertad para seguir capturando embarcaciones en el Adriático, Telémaco seguiría estando en posesión de los rollos por los que exigir un rescate y Vespasiano caería en desgracia.

–Por lo visto el centurión Macro está causando sus habituales estragos –se rió Vitelio, que se había reunido con su comandante en la torre–. Esperemos que su plan funcione, señor.

–Funciona –repuso Vespasiano con firmeza.

–Eso es bueno –asintió Vitelio–. Porque, si por cualquier motivo, no va tal como hemos..., o mejor dicho, como ha esperado, no soportaría pensar en las consecuencias..., señor.

Vespasiano cerró la boca con fuerza, contuvo la ira e intentó no morder el anzuelo. Vitelio, no obstante, estaba disfrutando el momento y decidió hurgar en la herida todo lo posible.

–Claro que es un plan arriesgado –caviló–. Pero supongo que en la guerra los riesgos son inevitables. Me pregunto si, en Roma, la gente apreciará la necesidad de arriesgarse así. Sólo espero que comprendan su razonamiento tan bien como yo, señor. Vespasiano alzó una mano.

–Creo que ya es suficiente, tribuno. Has dejado tu opinión perfectamente clara.

Yo creo que no –replicó Vitelio en voz lo bastante baja para que sólo lo oyera Vespasiano–. No sé cómo lo hizo, pero haré que lamente haberme quitado el mando. Algún día. Ya lo verá. De modo que perdóneme si no espero que su plan vaya bien.

Vespasiano lo miró con una indignación y un desprecio manifiestos.

–¡Por todos los dioses!... ¿De verdad te gustaría que esto saliera mal?

–Pues claro que me gustaría.

–¿Y esos hombres de ahí? ¿Es que acaso sus vidas no significan nada para ti?

Vitelio se encogió de hombros.

–¿Qué pueden significar para mí un millar de romanos? ¿Qué importancia tienen? No son más que la broza de la historia. Sólo aquellos que hacen historia serán recordados para siempre, mi querido Vespasiano. ¿Qué le parece que es usted? ¿Broza, o un hombre con un destino? –Miró inquisitivamente al prefecto y de repente lo señaló con el dedo–. ¡Eso es! Lo sabía. De manera que ahórreme las palabras moralizadoras sobre las vidas de esos hombres, por favor. Se trata de usted y de su lugar en la historia. Tenga la cortesía de valorar sus motivos por lo que son..., señor.

Antes de que Vespasiano pudiera responder, Vitelio se alejó un paso. Irguió la espalda, saludó y, antes de darse la vuelta para bajar de la torre, le dirigió una sonrisa astuta al prefecto. Vespasiano lo miró mientras él regresaba a paso tranquilo por cubierta y el corazón del prefecto bullió de odio hacia aquel hombre. Algún día se ajustarían las cuentas entre ellos y solo uno viviría para ver otro arnarlecer. No obstante, cuando Vespasiano tornó esa determinación y se volvió de nuevo hacia el humo que se alzaba por encima del cabo, sintió que lo embargaba una horrible duda. Vitelio estaba en lo cierto sobre lo de su ambición. Y como muestra de gratitud por haberle hecho tomar conciencia de ello, Vespasiano decidió nombrar al tribuno jefe del primer grupo de asalto que desembarcara.

–¡Haced girar la catapulta para apuntar a ése! –gritó Macro al pelotón de infantes de marina que había en la torre. El centurión extendió el brazo para señalar el birrenie que los rodeaba por la banda. La embarcación ya empezaba a virar hacia ellos. Por fortuna, estaba claro que Telemaco había ordenado a sus hombres que abordaran y apresaran los barcos que estaban en manos romanas antes que embestirlos o hundirlos. No obstante, reflexionó Macro un momento, eso suponía una pequeña indulgencia por la que no le estaba en particular agradecido, dada la abrumadora ventaja numérica con la que contaba el enemigo que se acercaba a las mermadas tropas comandadas por el centurión.

Tan sólo le quedaban tres de sus barcos, trabados con los garfios en torno al segundo trirreme pirata, al tiempo que rechazaban a los atacantes que se les venían encima por todos lados. Poco antes, una de las liburnas había sido abordada por tres embarcaciones a la vez y los marineros e infantes de marina habían sido arrollados y asesinados con rapidez. El otro barco se había incendiado de forma accidental al volcar el brasero que su tripulación había estado usando para encender las flechas incendiarias cuando la nave chocó contra su siguiente víctima. Las llamas se habían extendido y envuelto a ambas embarcaciones, y los marineros e infantes de marina se habían visto obligados a saltar al mar y nadar hacia las otras naves romanas. Lamentablemente, muchas embarcaciones pequeñas en el agua ocupadas por los piratas remaron de inmediato hacia esa zona y dieron caza sin piedad a los romanos que chapoteaban en el agua. Uno a uno los aporrearon hasta la muerte o los mataron con lanzas.

Los sirvientes de la catapulta hicieron girar el arma para alinearla con la proa del barco pirata que se aproximaba, luego el optio rectificó apenas la elevación, saltó hacia un lado y tiró del disparador. Los brazos tensores se abalanzaron al instante hacia delante con un fuerte chasquido y la saeta con punta de hierro de sesenta centímetros salió despedida, describiendo un arco poco elevado. Durante una breve pausa, Macro y los servidores siguieron con la mirada la trayectoria del proyectil, que desapareció entre los hombres que abarrotaban la proa del barco pirata con un alboroto de extremidades y armaduras destrozadas. Los servidores alzaron los puños y gritaron entusiasmados.

–¡Bien hecho! –les felicitó Macro con una sonrisa radiante–. ¡Pero ahora no os quedéis ahí parados, maldita sea! Ya tenéis el alcance. ¡Dadles una buena!

Los servidores se lanzaron a manejar la polea, el cranequín traqueteó a un ritmo constante y Macro se dirigió a popa para ver cómo iba el combate en el otro extremo del trirreme. La cubierta estaba manchada de pegajosas salpicaduras de sangre medio coagulada y los físicos atendían a los romanos heridos, guarecidos y tendidos en el escaso refugio que discurría a ambos lados de la embarcación. Macro se preguntó si serviría de algo tratarlos. Si los piratas prevalecían, los romanos heridos serían masacrados sin un ápice de clemencia. En cuyo caso, los diez hombres que aproximadamente los atendían, serían de más utilidad en la defensa de las embarcaciones que habían sobrevivido a la furia pirata. Entonces, cuando Macro pasó junto a

un hombre que se agarraba el estómago con las manos para intentar retener los intestinos, el centurión se ablandó. La mayoría de aquellos soldados se estaban muriendo. Lo menos que se les debía era la oportunidad de tener un poco de consuelo antes de que pasaran al reino de las sombras. Rodeó el montón de cadáveres apilados en torno al mástil y subió a la toldilla.

Allí estaba el centurión Minucio con un grupo de hombres armados con arcos que habían tomado del arsenal de los piratas. Estaban concentrando sus esfuerzos en tres pequeños botes que se habían aproximado a la popa del birreme adyacente. Macro echó un rápido vistazo por la borda y vio que dos de los botes estaban repletos de cadáveres cubiertos por astas emplumadas. La mayoría de los hombres del tercer bote habían caído y quedaban unos cuantos que, agachados muy juntos, se refugiaban detrás de unos pequeños escudos redondos.

—Muy bien. —Macro movió la cabeza en señal de asentimiento y al darse la vuelta observó a un grupo de piratas en torno al extremo de una rampa de abordaje que habían hecho descender desde su barco al propio birreme. En el otro lado de la rampa los infantes de marina luchaban con desesperación para evitar que los piratas que iban en cabeza tocaran cubierta. Sólo hicieron falta unos pocos hombres para crear espacio suficiente y que el resto pasaran a engrosar un rápido torrente de cuerpos que irrumpirían entre los defensores. Macro señaló la amenaza—. ¡Minucio! Mira a ver si puedes hacer que éstos de ahí se dispersen.

—Sí, señor. ¡Hacia allí, muchachos! Ese grupo que hay junto a la rampa. ¡Dadles su merecido!

Las cuerdas de los arcos silbaron, una continua lluvia de flechas empezó a caer sobre las cabezas de las abarrotadas filas de piratas y, tal como Macro había esperado, se olvidaron de inmediato del abordaje del barco enemigo y se preocuparon en cambio por su propia protección, agachándose para ponerse a cubierto detrás del pasamanos o debajo de sus escudos.

«Otra amenaza conjurada», pensó Macro. Sin embargo, apenas estaba ganando una fracción del tiempo que necesitaría antes de que llegara la flota. Se preguntó qué le había conducido a presentarse voluntario para ese ataque. Vespasiano había pedido un voluntario para dirigir el asalto y él había sido el primero en levantarse. Holgaba decir que sería una empresa arriesgada, pero Macro no tenía ni idea de que podría ser suicida. Esos pensamientos rara vez se le pasaban por la cabeza. El iba allí donde estaba la lucha y hacía todo lo que podía por el logro de la victoria. De momento había sobrevivido. «Pero lo bueno dura poco», pensó, y tal vez hubiera llegado su hora.

No había duda de que la situación no era muy halagüeña. Los romanos estaban encajonados en la curva de la bahía, sin esperanzas de poder abrirse camino a la fuerza entre la docena de galeras piratas que los rodeaban. Aun así, a Macro todavía le quedaban la mitad de sus hombres, alineados en los costados de los cuatro barcos trabados con los garfios, y de momento estaban aguantando bien. tenían la ventaja de que estaban a la defensiva y no tenían que correr el riesgo de intentar el abordaje de ningún barco enemigo. Aquella fase de la operación había terminado del todo.

Macro miró hacia la bahía con cierta satisfacción. El otro trirreme se estaba hundiendo poco a poco en el mar; sólo era visible la obra muerta y las llamas seguían saliendo a lengüetazos de los restos carbonizados de la vela aferrada que colgaba del mástil. Por toda la bahía se veían otros seis barcos ardiendo. Los piratas habían conseguido abordar otras dos embarcaciones a las que los romanos habían prendido fuego y extinguir las llamas, pero las jarcias ya habían quedado dañadas y necesitarían varios días para repararlas. La mitad de la flota pirata había quedado destruida o inutilizada y los barcos y hombres supervivientes habían agotado sus fuerzas en un intento por aplastar al ejército de Macro. Cuando llegara Vespasiano, los arrollarían con facilidad. El plan del prefecto había salido bastante bien, incluso teniendo en cuenta el sacrificio de Macro y de su fuerza de avanzada.

Macro ya había dado órdenes para que, si parecía que el enemigo iba a apresarse cualquiera de sus barcos, la tripulación lo incendiara antes de replegarse a la siguiente nave amiga. Claro que, pensó con una sonrisa forzada, cuando las defensas del último barco se rompieran y se prendiera fuego, sería cuestión de saltar por la borda y sálvese quien pueda. Si daba la impresión de que eso iba a ocurrir, se aseguraría de que los físicos pusieran a los heridos fuera del alcance de los piratas, y de las llamas.

—¡Señor! ¡Centurión Macro, señor!

Macro oyó la llamada a través de los gritos enllorecidos de los hombres que luchaban, del entrecocar y raspar de las armas y de los chillidos de los heridos, y se volvió hacia quien lo requería. En el otro extremo del trirreme observó que el optio que estaba a cargo de la catapulta agitaba un brazo para llamar su atención.

—¿Qué pasa? —le respondió Macro, también a gritos. Pero tenía la garganta seca y las palabras salieron como un graznido. Escupió, se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo, haciendo bocina con las manos—. ¿Qué?

–¡Allí, señor! ¡Mire allí! –El optio señalaba el cabo. Desde la toldilla, Macro no veía nada más que mar abierto. Sin embargo, los piratas que se acercaban para combatir ya estaban también dándose la vuelta en sus cubiertas para mirar a mar abierto y, tras un momento de silencio, Macro oyó unos gritos de ira y desesperación que le llegaron por encima del agua. Frunció el ceño, volvió a escudriñar el mar y el desconcierto se convirtió en esperanza y júbilo cuando cayó en la cuenta de lo que debían de haber visto. En aquel preciso momento, la proa de un buque de guerra pasó veloz junto al cabo. Una larga cubierta surgió por detrás de él, con los remos revolviendo el mar a lo largo. Luego apareció el mástil con una vela roja completamente extendida que sobresalía, oblicua e inflada. Allí, pintada en el centro de la vela, se agitaba la desvaída silueta de un águila.

CAPITULO XXXIX

Cuando el panorama de la bahía se desplegó ante el trirreme, el corazón de Vespasiano se llenó de satisfacción. Macro y sus hombres habían hecho un trabajo magnífico. La mayor parte de la flota pirata estaba dañada o destruida. El resto se hallaba agolpada en torno a una pequeña maraña de barcos donde el combate continuaba y el prefecto se dio cuenta de que, al menos, algunos de los hombres que había mandado en avanzada habían sobrevivido. Respiró hondo y sonrió cuando el peso de la culpabilidad que sentía por sacrificar a Macro y a sus hombres desapareció. Los piratas ya empezaban a retirarse de los barcos de Macro y a dar la vuelta para enfrentarse a la nueva amenaza. Sin embargo, su voluntad de resistencia se fue desmoronando a medida que más y más embarcaciones romanas asomaban por el cabo. No había tiempo para organizar una defensa contra la flota de Rávena y los piratas observaron con creciente horror cómo las galeras imperiales se les echaban encima. La mayoría de tripulaciones piratas, al ver la fuerza abrumadora del enemigo, se dirigió hacia la costa y huyó. Unos cuantos comandantes piratas se recuperaron con suficiente rapidez como para tratar de salir corriendo y ordenaron a sus cansadas tripulaciones que se pusieran a los remos en un desesperado intento por abandonar la bahía antes de que la trampa se cerrara. Vespasiano se los señaló a uno de sus tribunos subalternos.

–Hazle señales a la segunda escuadra de birremes para que vaya tras ellos. No quiero que escape ni un solo barco. –Sí, señor.

En tanto que seis de los birremes se separaban del grupo para interceptar a los piratas fugitivos, el resto de la flota viró para situarse de cara a la costa y continuó avanzando con la fuerza de los remos mientras se aferraban las velas. Hasta ellos llegaron los vítores irregulares de los supervivientes de la fuerza de Macro y algunos de los hombres de Vespasiano respondieron a su saludo. No obstante, la mayoría de ellos tenían la vista clavada en la playa que se aproximaba y se armaban de valor para el inminente asalto. Los piratas que se habían quedado en la costa estaban frescos y listos para la acción. Sus jefes formaban con prisa a sus hombres para atacar a los romanos en cuanto éstos desembarcaran.

El bajío entre los dos bandos estaba lleno de figuras que huían, y pocos fueron los que tuvieron el temple de reagruparse con sus compañeros más desafiantes. La gran mayoría corría por entre los huecos de las filas y desaparecía por la extensión de cabañas situada encima de la playa para dirigirse al abrigo de los árboles que cubrían la ladera del otro lado. Otros se abrían camino por el paso elevado, en busca de la seguridad de la ciudadela, echando miradas preocupadas de reojo a los romanos mientras se encaminaban al puente levadizo que cruzaba el foso y conducía a la bien fortificada puerta. Arriba, en los muros, algunos de sus compañeros los animaban a seguir con gestos, pero la mayoría permanecían quietos y observaban el drama de la bahía, plenamente conscientes de la magnitud del desastre que estaba teniendo lugar ante sus ojos.

Las catapultas de la flota de Rávena chasqueaban en torno al buque insignia al soltar sus proyectiles contra cualquier barco enemigo que mostrara el menor signo de resistencia. Vespasiano había asignado a las embarcaciones más ligeras la tarea de tomar el control de los barcos que seguían en el fondeadero. Mientras tanto, el resto de la flota se dirigió a toda velocidad hacia la costa.

–¡Infantes de marina, a popa! –La orden provenía de la popa del buque insignia y al momento se repitió por las cubiertas de las demás naves romanas. Se habían entrenado muchas veces para un desembarco como aquél y ocuparon el espacio que había justo enfrente de la toldilla con rapidez, cambiando el centro de equilibrio de cada embarcación para que así la proa estuviera levantada y lista para varar. Los marineros e infantes de marina separaron las piernas, afirmándolas para absorber el impacto. La bahía descendía de manera uniforme, por lo que el buque insignia apenas si tembló cuando la quilla tocó la arena y el impulso lo llevó un poco más allá, antes de detenerse con una sacudida.

–¡Infantes de marina, a proa! ¡Bajad las pasarelas!

Vespasiano miró hacia abajo desde la torre y vio marchar a sus soldados a paso ligero. Vio a Vitelio entre ellos y lo saludó con un leve movimiento de la mano.

—¡Buena suerte, tribuno! Cuento contigo para dirigir el asalto.

Vitelio le devolvió una mirada fulminante, saludó con rigidez y se abrió camino a empujones hacia el lugar donde los marineros hacían descender las pasarelas sobre las suaves olas, a ambos lados de la proa. En cuanto la tripulación soltó la polea, los extremos de las pasarelas cayeron con estrépito en el agua.

—¡Daos prisa! ¡Adelante! —bramó el centurión que estaba al mando de los infantes de marina del trirreme, y los primeros soldados subieron a las rampas de madera y se abalanzaron por la pronunciada pendiente hacia el agua que les llegaba hasta la cintura, sujetando los escudos en alto para evitar que se empararan y no pudieran manejarlos. El resto los siguieron en un continuo torrente de hombres que se metían en el mar y avanzaban para salir, chorreando, a la arena. Vitelio se preparó cuando le llegó el turno, corrió por la pasarela y estuvo a punto de perder el equilibrio hasta que chocó con el infante de marina que iba por delante de él. El hombre se cayó de bruces al agua y Vitelio lo rocfdeó con rapidez y se dirigió hacia la playa, dejando al soldado que se levantara por sí solo, empaado y enojado.

Más embarcaciones vararon a ambos lados del buque insignia, vertiendo a sus infantes de marina, y los centuriones formaron con diligencia en filas a sus hombres a medida que llegaban a la plana. A una corta distancia de ellos los piratas proferían sus gritos de guerra con creciente intensidad y hacían ruido golpeando los escudos con sus armas. Algunos individuos incluso se adelantaban hacia los romanos, gritando insultos y haciéndoles gestos desafiantes. Desde las distantes almenas de la ciudadela llegó el bramido de un poderoso cuerno. El toque hendió el aire con una nota profunda y resonante que atravesó la bahía y retumbó con claridad en las laderas de la montaña que la resguardaba. De las filas piratas se alzó una gran aclamación, los hombres se precipitaron hacia delante de manera irregular, apretando de manera progresiva el paso, y se abalanzaron en dirección a la arena, contra la línea romana. Los arqueros y las catapultas de los barcos romanos sólo estuvieron a tiempo de lanzar una única descarga. Luego, los infantes de marina arrojaron sus jabalinas, empuñaron las espadas y presentaron sus escudos al enemigo. Los proyectiles alcanzaron a montones de piratas que cayeron, levantando finas lloviznas arenosas. Sus compañeros viraron con agilidad para evitarlos o saltaron sobre ellos, dirigiéndoles apenas una mirada mientras cargaban contra la formación romana.

La arena suelta privó al ataque de gran parte de su impulso y los dos bandos se enzarzaron en una sucesión de duelos individuales y pequeñas escaramuzas a lo largo de la costa. Vespasiano observó el combate con una punzada inicial de duda e incertidumbre, como la que siempre sentía cuando sus hombres emprendían la ofensiva y era imposible saber quién llevaba ventaja. No obstante, pronto quedó claro que los infantes de marina eran mejores y más numerosos que los piratas, que con lentitud se vieron obligados a retroceder playa arriba y cruzar la zona de guijarros que se extendía más allá, dejando a su paso una estela ensangrentada de muertos y heridos. Cuando la línea de batalla llegó a las cabañas, los piratas situados más cerca de la retaguardia empezaron a darse la vuelta y salir corriendo, algunos de ellos incluso abandonaban sus escudos y armas en la huida. Sus jefes intentaban cortarles el paso y retornarlos a la línea de combate a cimbronazos y, cuando eso no daba resultado, mataban a algunos de sus hombres a modo de advertencia para los demás. No obstante, en el momento en que el enemigo fue empujado de manera definitiva por entre las cabañas, cualquier cohesión que quedara en sus filas se quebró y, en desbandada general, subieron en tropel en busca de refugio por las laderas boscosas. Los infantes de marina rompieron filas y fueron tras ellos, dando caza a los piratas más lentos y matándolos sin piedad. Cuando se cansaron de la persecución y se hartaron de matar, los infantes de marina empezaron a hacer prisioneros y los pequeños grupos de piratas fueron escoltados de vuelta a la playa y puestos bajo vigilancia.

Sólo un puñado de enemigos, en el flanco más cercano a la ciudadela, consiguió formar y retirarse a un lugar seguro por el paso elevado, perseguidos durante todo el camino por las tropas romanas. Un birreme de la segunda escuadra intentó acercarse al paso elevado para dirigir su catapulta contra el enemigo que retrocedía poco a poco hacia la ciudadela, pero de inmediato cayó bajo las descargas de la artillería emplazada a lo largo del muro defensivo. Cuando el primer proyectil incendiario alcanzó la proa con una brillante explosión de chispas y llamas, el trierarca se apresuró a hacer retroceder el barco fuera de su alcance. Vespasiano observaba atento la escena. Las flechas y proyectiles de honda lanzados desde la muralla empezaron a alcanzar a los infantes de marina, pero era tal el acaloramiento y su excitación que continuaron persiguiendo a los piratas hasta el mismísimo foso; sólo allí se dieron cuenta del peligro y empezaron a retroceder, con los escudos levantados mientras se replegaban por el paso elevado. El último de los piratas cruzó el puente

levadizo hasta la ciudadela, las puertas se cerraron y, al cabo de un momento, el propio puente empezó a levantarse hasta quedar casi vertical frente a la puerta.

La batalla, pues, había terminado, decidió Vespasiano. Después de reducir a los piratas que seguían desperdigarlos por la bahía, sólo quedaba el asedio de la ciudadela. Ielémaco y lo que quedara de sus hombres estaban encerrados tras esos muros en la roca. Habían perdido todos sus barcos, por lo que no podían escapar de ningún modo, y no contaban con ningún aliado que fuese a intentar liberarlos. Su derrota era tan certera como que la noche sigue al día. Sólo quedaba un asunto pendiente: el propósito secreto por el cual se había derramado toda esa sangre: la recuperación de los rollos. Vespasiano llegó a la conclusión que iba a ser un asunto peliagudo. Si todavía estaban en posesión de Telémaco, lo más seguro es que pretendiera utilizarlos para hacer alguna clase de trato. Algo que Vespasiano no podía permitir sin más. La flota de Rávena no toleraría ningún acuerdo que sacara a los piratas del atolladero. El riesgo de amotinamiento –casi la peor suerte que se podía considerar para un comandante– sería una amenaza muy real.

Los sonidos de la lucha se habían apagado y fueron seguidos de los lastimosos gritos de los heridos y de algún que otro entrecrocarse de armas proveniente de un duelo aislado en el que los últimos piratas con ánimos para combatir vendían sus vidas con actitud desafiante.

Vespasiano bajó de la torre al castillo de la Horus sintiéndose satisfecho, pero exhausto debido a la tensión de aquellos días desde que había asumido el mando de la flota. Pronto terminaría y, si todo salía bien, regresaría a Roma triunfante y obsequiaría a Narciso con los rollos.

Cuando ya no quedó ni un solo pirata en la bahía, la flota romana empezó a descargar su equipo y suministros. A algunos prisioneros los pusieron de inmediato a trabajar cavando una zanja y levantando un terraplén en un extremo del paso elevado que sirviera para contener a sus antiguos compañeros de la ciudadela. Otros construían una empalizada en torno a la cabeza de playa romana.

Vespasiano, convencido de que el desembarco estaba llevando a cabo de una manera ordenada, tomó un pequeño bote por la bahía hacia el lugar donde los barcos de Macro se mecían en medio de una maraña de jarcias caídas y rodeados de restos y cadáveres flotantes. Hilos de sangre bajaban por los inbornales en los costados de todas las galeras. Había astas de Hacha y pesadas saetas diseminadas por los cascos, clavadas en la madera. Cuando la lancha del prefecto se acercaba, abriéndose camino con cuidado por entre los restos de la batalla, los agotados supervivientes aparecieron por las bandas de los barcos y alguien lanzó un irregular vítor por el comandante. El bote se acercó al costado de uno de los birremes, Vespasiano trepó por los travesaños de madera de la escala de la banda y subió a cubierta. Lo que lo sobrecogió de inmediato fue la prueba de la desesperación con la que aquellos hombres habían combatido mientras esperaban el refuerzo del resto de la flota. Los cuerpos yacían amontonados en torno al mástil y las cubiertas estaban manchadas de sangre seca y llenas de armas y equipo abandonados. En lo alto, la verga mayor colgaba formando un ángulo casi vertical y los obenques cortados de estribor se balanceaban con pereza.

–¿Dónde está el centurión Macro? –le preguntó con ansiedad al infante de marina más cercano.

El soldado hizo un gesto hacia el otro lado de cubierta, donde el trirreme se alzaba por encima de las demás embarcaciones.

–Allí, señor.

Vespasiano cruzó al otro lado y subió por la escala de abordaje a la embarcación mayor. Esta también mostraba las huellas de la reciente lucha y, al constituir la última línea de defensa de Macro, era allí adonde habían llevado a todos los heridos. Tumbados o sentados en largas filas a ambos lados de cubierta, varios infantes de marina se hallaban atareados montando toldos que los protegieran del sol. Algunos de los heridos saludaron al prefecto al pasar. Cuando descendía por los escalones de la toldilla, Macro se dirigió hacia él con una amplia sonrisa en los labios. El centurión llevaba un grueso vendaje alrededor del pecho y una costra de color rojo parduzco se dibujaba por donde la sangre había empapado la tela.

–Me alegro de verte, centurión.

–Y yo a usted, señor –saludó Macro–. Aunque nos ha tenido un poco preocupados.

–¿Preocupados? –Vespasiano echó un vistazo al maltrecho casco y las jarcias hechas jirones de la embarcación. Podía imaginar sin esfuerzo la desesperación de los hombres que habían resistido allí mientras la flota se dirigía a toda velocidad hacia la bahía. Se volvió de nuevo hacia Macro y le riñó con jovialidad-. ¡No me dirás que dudabas de mí, centurión! Esperaba que después de los años que hemos servido juntos tuvieras un poco más de fe en mi persona.

–No, si estaba seguro de que vendría, señor. Lo que pasa es que no estaba convencido de si yo seguiría por aquí cuando usted llegara.

–Bueno, pues sigues estando aquí y espero que hayas estado vigilando al joven Ajax.

Macro hizo un gesto con la cabeza hacia la escotilla principal.

–Está abajo, señor. Hice que lo trasladaran ahí después de apresar este trirreme, puesto que era el lugar más seguro. El centurión Minucio lo está vigilando.

–Muy bien. –Vespasiano señaló con su mano el vendaje que Macro llevaba en el pecho–. Confío en que no sea demasiado grave. –Las he tenido peores, señor.

–No lo dudo. Me temo que no vas a tener mucho tiempo para recuperarte de tu herida. Todavía nos queda un problema por resolver, y me hacen falta tus servicios.

–Estoy en condiciones, señor. –Macro se puso tenso–. No lo defraudaré.

Vespasiano se rió y levantó la voz al decir:

–Si el Imperio tuviera sólo tres legiones con oficiales como tú y soldados como estos infantes de marina de ahí, nada se interpondría en nuestro camino.

Era muy fácil decirlo, y quedaban bastante vulgar con esa retórica, pero Vespasiano conocía lo suficiente las mentes militares como para saber que los elogios provenientes de arriba eran inestimables, y que gozaban de una aceptación tal que llevarían a esos hombres hasta el final de la campaña. También era fácil decirlo porque era verdad. reflexionó. Pero el tiempo para los elogios se había terminado de momento. Quedaba trabajo por hacer, y su expresión se endureció con su habitual barniz profesional.

–Si estas naves están en buenas condiciones las quiero varadas. Los heridos pueden quedarse a bordo. Ordena que pasen lista y se la haces llegar a mi Estado Mayor lo antes posible. Luego, tus hombres y tú podéis procuraros unas raciones y descansar hasta mañana. ¿Está claro?

–Sí, señor.

–Bien. Una última cosa. Necesito a nuestro prisionero. Haz que me lo traigan en cuanto los barcos estén varados. Te veré en la reunión de la tarde. –Vespasiano se dio la vuelta para marcharse.

–¿Señor?

Vespasiano se detuvo y miró hacia atrás.

–¿Qué ocurre?

–Cato, señor. Deberíamos mandar a alguien a buscarlo.

Vespasiano asintió.

–En cuanto esté listo el campamento. Lo primero que haré mañana será enviar a un pelotón a la montaña para que lo busquen.

–Gracias, señor.

A media tarde, la flota de Rávena había terminado de descargar el equipo y los suministros. Los infantes de marina y sus prisioneros estaban finalizando la construcción de las defensas del campamento, que se extendía desde la cabeza de playa e incluía las fortificaciones de contención frente al paso elevado. Se habían trasladado los componentes de cuatro grandes onagros, situados de modo que alcanzaran los muros de la ciudadela, y los ingenieros ya estaban montando las armas. A partir de la descarga de las piezas de artillería que los piratas habían realizado aquel mismo día, los ingenieros se hicieron una buena idea del alcance de las armas enemigas y trabajaban a una distancia segura fuera de su radio. Ya se habían mandado algunas partidas de aprovisionamiento para que buscaran piedras adecuadas como munición y el montón de éstas iba creciendo a un ritmo constante sobre el terreno allanado para los onagros.

Vespasiano estaba tan impaciente que, en cuanto estuvo dispuesta la primera arma de asedio, ordenó que la empujaran hacia delante y que empezaran a bombardear la torre de entrada. El ingeniero jefe seleccionó cinco piedras de proporciones casi iguales y dio la orden de que se preparara el onagro. Con seis hombres empujando la sólida palanca, el mecanismo de torsión traqueteó a un ritmo regular hasta que el brazo se apoyó en el cesto de la munición. Dos soldados empujaron una de las rocas dentro de la cuchara y retrocedieron. El ingeniero jefe apuntó por última vez, alzó el brazo para señalar que iba a ser él quien lanzara el primer disparo y, en cuanto sus hombres se hubieron alejado, bajó el brazo. Se empujó el disparador y, con un chirrido de las cuerdas tensoras, el brazo se propulsó hacia delante contra la barra que hacía de tope, arrojando la piedra hacia la ciudadela. Vespasiano y sus oficiales de Estado Mayor siguieron la trayectoria de la piedra hasta que cayó al otro lado del muro y se perdió de vista. El apagado sonido de su impacto llegó a sus oídos al tiempo que una nube de polvo se alzaba por encima de la torre de entrada.

–¡Dos menos! –gritó el ingeniero jefe, mientras los servidores empezaban a empujar hacia abajo el brazo disparador. Contaron dos vueltas menos del cranequín y cargaron otra piedra. Cuando el segundo proyectil describió un arco en dirección al muro, fue notablemente más difícil seguirlo con la mirada en la creciente penumbra. La piedra hizo impacto a unos cuantos metros por debajo de las almenas de la torre de entrada y

una pequeña lluvia de mampostería cayó en el foso, algo que provocó un grito de entusiasmo por parte de los servidores del onagro.

–¡Buen disparo! –felicitó Vespasiano al ingeniero jefe–. Gasta las últimas tres piedras. Luego haz que monten las demás armas. Quiero esa muralla derribada mañana por la mañana.

El jefe de ingenieros frunció los labios.

–No va a ser fácil, señor. Vamos a estar disparando a ciegas. Lo más probable es que la mayoría de los proyectiles caigan lejos del objetivo. Será desperdiciar munición, señor.

Vespasiano sonrió pacientemente.

–No te pregunté si iba a ser fácil, sólo te pedí que se hiciera. Ocupate de ello, por favor.

El ingeniero jefe saludó y se dirigió a sus hombres.

–¡Vamos! Ya habéis oído al prefecto. Vamos a montar el resto.

Vespasiano se volvió hacia uno de sus oficiales de Estado Mayor.

–Que el centurión Minucio suba al prisionero. Quiero dos secciones de infantes de marina para una escolta, enseguida.

El tribuno saludó, se alejó a paso ligero y Vespasiano se quedó contemplando la ciudadela en tanto que otras tres piedras golpeaban los muros de la torre de entrada. Mientras miraba, el prefecto reflexionaba sobre su próximo movimiento. Vespasiano imaginaba que lo que estaba a punto de hacer era inútil. No obstante, tenía que intentarlo, para ahorrar tiempo y vidas. Si Telémaco tenía una debilidad, podría ser que fuera el amor de padre y el orgullo por su hijo.

Poco después, un pequeño grupo avanzó por el paso elevado. Un tribuno iba en cabeza con un trompeta, quien emitía un toque de dos notas con su instrumento para alertar a los defensores de que se aproximaban. Unos rostros curiosos se alinearon en las almenas y Vespasiano ordenó al grupo que se detuvieran, justo donde las hondas no pudieran alcanzarles. Hizo bocina con las ruanos y gritó:

–¿Está Telémaco ahí?... ¿Telémaco?

Por un momento se preguntó si el jefe de los piratas no habría muerto en el combate. Si así era, entonces su intento por poner fin al asedio estaba condenado a fracasar en ese mismo instante. Pero, en el preciso momento en que surgían las dudas, Vespasiano vio aparecer una figura alta por encima de la torre de entrada.

–Soy Telémaco –gritó la figura en griego–. ¿Qué quieres, romano? No es demasiado tarde para que te rindas. ¿Quizá me muestre clemente!

Las risas de los defensores llegaron a oídos de Vespasiano, que no pudo evitar sonreír ante el valiente intento del pirata por animar a sus hombres. En otras circunstancias, al Imperio no le habría venido nada mal un hombre de su habilidad y capacidad de liderazgo. Sin embargo, Telémaco había elegido la piratería frente al servicio al Imperio y, como consecuencia de ello, debía morir. Vespasiano se volvió para dirigirse al centurión Minucio.

–Trae a Áyax aquí delante. Asegúrate de que lo vean bien.

Minucio empujó a su prisionero para situarlo delante del prefecto y el grupo de escolta. Se quedó detrás de Áyax y le inmovilizó bien los brazos mientras susurraba al oído del pirata.

–Ni se te ocurra intentar escapar. Te destriparía antes de que dieras diez pasos.

Vespasiano avanzó un paso y se quedó al lado de Áyax. –Telémaco. ¡Tenemos a tu hijo! Te ofrezco su vida a cambio de tu rendición y la de tus hombres.

Se hizo el silencio en la ciudadela antes de que Telémaco gritara su respuesta:

–¿si nos rendimos, romano, entonces qué? ¿La crucifixión? Preferimos combatiros y morir aquí, en nuestras casas, que morir en vuestras cruces.

–De un modo u otro morirás, Telémaco. Pero tus hombres vivirán. Como esclavos, pero vivirán, y tu hijo también,

si te rindes antes de que mis hombres empiecen el asalto al amanecer. Si me desafías, Áyax será crucificado aquí mismo donde estas ahora y luego tomaremos tu ciudadela y no habrá clemencia. ¿Qué me respondes?

Áyax se retorció desesperado bajo la sujeción de Minucio y gritó:

–¡Padre! ¡No...!

Minucio le propinó un brutal puñetazo en los riñones, sin dilación.

–¡Cierra la boca...!

–¡Romano! –gritó Telémaco–. Si vuelves a tocarlo juro que...

–¡No vas a hacer nada! –le replicó Vespasiano con un bramido–. Sólo lo que yo te exija. ¡Y exijo tu rendición!

Hubo una breve pausa antes de la respuesta.

–¡No!

Era lo que Vespasiano había temido, y se sintió apesadumbrado por la carga de todas las muertes que sin duda resultarían del desafío del jefe pirata. Levantó la mirada hacia el muro.

–Está bien. Regresaré al amanecer con tu hijo. Te pediré por última vez que te rindas. Te doy mi palabra de que tus hombres, y Áyax, se salvarán. –Apuntó a Telémaco con el dedo–. ¡Hasta mañana al amanecer!

Vespasiano se dio la vuelta y le hizo señas a Minucio para que se llevara al prisionero con él.

–Llévalo de vuelta al trirreme y vigílalo bien.

–Sí, señor. –Minucio empujó al prisionero por delante de él.

Ayax volvió la cabeza por encima del hombro para echar una última mirada desesperada a su padre mientras el grupo marchaba con rapidez de vuelta a las líneas romanas. En cuanto estuvieron a salvo tras la línea de piquetes de la armada, Vespasiano se dirigió a su tienda de mando a grandes zancadas, seguido por sus tribunos. La mayoría de sus oficiales ya se habían congregado allí para la reunión y estarían exhaustos después de aquella jornada de combate. No sería justo hacerlos esperar más de lo que fuera absolutamente necesario, dado que tendrían que prepararse para el asalto a la ciudadela a la mañana siguiente. Sólo se excusaba la presencia de los oficiales heridos de demasiada gravedad.

Eso incluía a Vitelio.

Tal como Vespasiano había esperado, al tribuno lo habían herido en lo más reñido de la batalla. Por desgracia, el pirata había echado a perder su oportunidad y sólo alcanzó el casco del tribuno antes de que la hoja rebotara y le abriera su hombro. El tribuno había descrito el incidente con todo detalle cuando se encontró con Vespasiano en la playa, poco después de que el prefecto desembarcara. Tenía el hombro envuelto en vendajes manchados de sangre y apenas podía mantenerse de pie. Mientras Vespasiano se acercaba a su tienda meneó la cabeza, lamentando con amargura que Vitelio siguiera con vida.

Vespasiano pasó bajo la portezuela y los centuriones y triararcas se pusieron de pie con cansancio mientras él pasaba entre ellos hacia su mesa de campaña y tomaba asiento.

–Gracias, señores. –Les hizo un gesto con la mano para que se sentaran y levantó la mirada con una cálida sonrisa–. Antes que nada, les agradezco a todos la magnífica actuación de hoy. Haré lo que pueda para asegurarme de que nuestros superiores en Roma reconozcan vuestro valor y profesionalidad. En especial de los que habéis servido a las órdenes del centurión Macro esta mañana. Ha sido un trabajo extraordinario. –Inclinó la cabeza hacia Macro, que se revolvió con timidez en su banco.

–Pero nuestro trabajo todavía no ha terminado –siguió explicando Vespasiano–. Telémaco y algunos de sus hombres siguen con vida. Estoy decidido a resolver esta situación antes de mañana al terminar el día.

Los oficiales se agitaron, incómodos, y algunos se miraron unos a otros con leves movimientos de cabeza. Vespasiano ya había previsto semejante reacción, y la comprendía por completo. Tenían a los piratas atrapados, no iban a ir a ninguna parte y, según el curso normal de los acontecimientos, ahora sería el momento de sentarse a esperar y matarlos de hambre hasta que se rindieran. Cualquier asalto a la ciudadela, incluso si tenía éxito, supondría un derroche innecesario de vidas. Sin embargo, reflexionó Vespasiano, aquellos oficiales no tenían conocimiento de que las órdenes del secretario imperial consistían en recuperar los rollos lo antes posible y a cualquier precio.

Se aclaró la voz y levantó la vista, cruzando la mirada con ellos.

–Al alba les ofreceré condiciones. Tenemos una última baza útil: el hijo de Telémaco. No obstante, me imagino que incluso en el caso de que Telémaco estuviera dispuesto a sacrificarlo todo para salvar a Ayax, sus subordinados no, y dejarán muy claro que la rendición no es una alternativa. Así pues, me temo que un asalto a la ciudadela parece el resultado más probable. No podemos permitirnos el lujo de un asedio prolongado. Cada día que pase sin hacer nada le da a Telémaco una oportunidad de maquinarse algún modo de huida. No hay que permitir que se nos escape de entre las manos. Si lo hace, todos los compañeros que hemos perdido durante el último mes habrán muerto en vano.

Hizo una pausa un momento y se oyó el golpe sordo de un onagro que provenía del paso elevado. Vespasiano hizo un gesto con la cabeza en aquella dirección.

–El bombardeo continuará hasta el amanecer. Espero que para entonces habremos abierto una brecha en las defensas. Muchos de los escombros caerán al foso, pero aun así necesitaremos trasladar fajas y escalas hasta allí. No pretendo decir que será fácil y llevadero, pero hay que hacerlo. La mejor manera de salvar vidas es arremeter con fuerza y entrar deprisa. –Sonrió–. En caso de que cualquiera de vosotros escuche con desprecio mi utilización de la primera persona del plural, os aseguro que voy a entrar con la primera oleada.

Dirigiré un grupo para encontrar a Telémaco y prenderlo vivo. De modo que tengo tantas ganas de atacar como vosotros, señores.

Una cascada de risas rompió la solemnidad del ambiente y Vespasiano aprovechó la oportunidad para poner fin a la reunión en aquel punto. Se levantó de la silla.

–Recibiréis las órdenes más tarde.

Estaba a punto de despacharlos cuando la portezuela de la parte trasera de la tienda se retiró. Vespasiano miró hacia allí con una expresión de sorpresa que se transformó en una cariñosa sonrisa de bienvenida cuando dos hombres salieron de la oscuridad.

–Le ruego que me disculpe, señor –anunció el centurión Cato–. ¿Me he perdido algo?

CAPITULO XL

Los servidores de la artillería continuaron bombardeando la ciudadela durante toda la noche. Se habían encendido antorchas en torno a la posición de los onagros y los soldados trabajaban sin descanso echando hacia atrás los brazos lanzadores, cargando las rocas y apartándose cuando los proyectiles se soltaban con un zumbido y un chasquido y las rocas volaban por los aires, invisibles en la noche, para estrellarse con estrépito contra la ciudadela de los piratas. En los muros no ardía ninguna luz que ayudara a los servidores romanos a apuntar y la única prueba del éxito de sus esfuerzos era algún que otro sonido distante del golpe sordo del impacto o el débil estruendo de mampostería al caer. Una barrera de infantes de marina montaba guardia a unos cien pasos de allí, por si los defensores intentaban una salida para destruir las armas de asedio.

El campamento de la flota de Rávena se había situado a una corta distancia por detrás de los onagros. Las pequeñas fogatas que habían encendido para calentar la comida parpadeaban en la oscuridad y los cansados marineros e infantes de marina estaban sentados a su alrededor con el habitual talante de tranquilo alivio y buen humor de los hombres que han sobrevivido a la batalla. Detrás de ellos, a lo largo de la curva que describía la bahía, estaban los oscuros cascos de los buques de guerra. En el mar flotaban embarcaciones más pequeñas, atentas a cualquier pirata que creyera que podría intentar salir de la ciudadela y ponerse a salvo nadando.

Tres figuras se acercaron a los barcos varados por la extensión de arena. Se dirigían con resolución hacia el trirreme en cuya bodega tenían prisionero a Ajax. Dos infantes de marina montaban guardia en el extremo de la pasarela que subía a cubierta y, cuando las figuras surgieron de la oscuridad y se acercaron a ellos con paso seguro, uno de los soldados se adelantó y les dio el alto.

Abajo, en la bodega, bajo el pálido resplandor de una lámpara de aceite, el centurión Minucio ni siquiera se molestó en levantar la vista al oír el alto. Estaba descansando en una cama improvisada con tela de repuesto para velas que había extendido sobre unos rollos de cuerda. Era bastante cómoda, pero no lo suficiente como para que pudiera dormir. Algo que se adecuaba a su propósito. Le habían ordenado que vigilara al prisionero, sentado a varios pasos de distancia en el enjaretado de la sentina. Ajax estaba bien encadenado a una argolla de hierro sujeta a una de las gruesas cuerdas del costillaje del trirreme. No estaba dormido y permanecía sentado, rumiando, sujetándose la mano de la que le habían cortado el meñique durante el interrogatorio. Minucio lo vigilaba de cerca. No habría ninguna huida, ni ningún intento de suicidio.

Unas botas recorrieron lentas y pesadas la cubierta

el golpe de las suelas claveteadas resonó por la bodega del trirreme cuando, arriba, alguien marchó hacia la escotilla principal. Unas sombras se recortaron contra el cielo nocturno; a continuación, unas botas aparecieron en los travesaños de la pasarela y un hombre con el uniforme de un soldado raso de la infantería de marina bajó a la bodega. Entonces Minucio vio a Vitelio, acompañado por dos de sus guardaespaldas. El centurión se levantó de un salto de su improvisado diván y se puso en posición de firmes. A Ajax, que se había dejado caer para apoyarse en el costado del barco, le brillaron los ojos con manifiesta hostilidad.

Vitelio hizo un gesto con la mano, la del brazo que no llevaba vendado.

–Descansa, centurión. He venido a buscar al prisionero.

–¿Al prisionero, señor? –Minucio puso cara de sorpresa–. Pero, tengo órdenes de que permanezca aquí hasta el amanecer. Ordenes de Vespasiano en persona.

–Sí, bueno, el prefecto lo quiere ahora. Para interrogarlo.

–¿En mitad de la noche, señor? –Minucio entornó los ojos con desconfianza–. No lo creo.

Retrocedió hacia Ajax y agarró la empuñadura de su espada.

Vitelio se lo quedó mirando y le habló en un tono de voz bajo y concienzudo.

–Me entregarás al prisionero, es una orden, centurión.

–No, señor. Él sólo saldrá de aquí si lo dice el prefecto.

Los dos hombres se observaron fijamente y luego Minucio lanzó una mirada a los guardaespaldas del tribuno, que se iban acercando a él poco a poco por los lados. La espada salió de su vaina con un ruido áspero y el centurión levantó la punta hacia el tribuno. Vitelio sonrió.

–Esto es innecesario, centurión. Está bien, me has pillado. Me hace falta el prisionero. Me lo podría llevar por la fuerza, claro, pero podrías herirme, o herir a alguno de mis hombres durante el proceso. No puedo permitírmelo. Ya voy bastante corto de personal. De manera que quiero hacerte una oferta.

–¿Una oferta? ¿Qué clase de oferta?

–Hacerte rico, muy rico. Sé que te vendría bien dinero. He comprobado tu historial. El año que viene te corresponde licenciarte.

–Sí. ¿Y?

–Eres ciudadano romano, por lo que recibirás la acostumbrada gratificación. Imagino que has ahorrado lo suficiente para retirarte con comodidad. Vivirás bastante bien, pero sin lujos. Supongo que un hombre como tú adquirirá una granja o una posarúa. ¿Por qué no aspirar a una vida mejor, Minucio? Después de veinticinco años de servicio te lo mereces.

El centurión se lo quedó mirando. Vitelio casi podía oír con cuanta atención estudiaba su propuesta y tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír. A fin de cuentas, los hombres eran muy simples. Si se les brindaba el incentivo adecuado era posible conseguir de ellos cualquier cosa. Para algunos era la oportunidad de tener amor, o incluso simplemente sexo. Para otros, las riquezas, y Minucio era lo bastante mayor como para saber que el dinero tenía un valor más duradero.

Minucio observó con interés la expresión del tribuno.

–¿Y qué he de hacer para ganar esta fortuna?

–Traer al prisionero con nosotros.

–¿Y adónde vamos, señor?

–A dar una vuelta en bote. Aquí Ajax nos va a enseñar una manera de entrar en la ciudadela.

–¿En la ciudadela? –Minucio dio un resoplido-. Debería habérmelo imaginado. ¡Aléjese! Vitelio fue a levantar las manos para aplacar al centurión, pero el vendaje del hombro le limitó el gesto. Frunció el ceño.

–¡Espera un momento!

Se alejó un paso de Minucio, se llevó la mano libre en el pecho y deshizo el nudo de los vendajes manchados de sangre, a continuación se los quitó con rapidez y se los metió dentro de la túnica. Al cabo de un momento se había quitado también el vendaje de la cabeza y Minucio meneó la suya al comprobar la ausencia de heridas debajo de los vendajes.

–¡Vaya, vaya!

–Necesitaba una coartada –explicó Vitelio-. Por lo que a todo el mundo concierne, me estoy recuperando de las heridas en mi tienda. Allí es donde todos piensan que estoy ahora. –Le tendió una mano a Minucio-. Éste es el trato. Vienes con nosotros. Entramos en la ciudadela y allí Ajax nos conducirá a las dependencias de su padre. Tiene algo que yo quiero. Está guardado bajo llave en una pequeña caja. Ajax fue tan amable de decirnos que su padre guarda su fortuna privada cerca de él. Yo me quedo con la caja y su contenido y tú y mis guardaespaldas podéis quedaros con cualquier tesoro con el que podáis cargar. Obtendremos lo que querernos y regresaremos aquí antes de que nadie nos eche de menos.

–¿Y el prisionero?

–En cuanto nos apoderemos de lo que buscamos, lo llevaremos hasta el bote y allí lo liberaremos.

–¿Y cómo explicará su huida?

–Forzó la cerradura con un clavo y te saltó encima cuando estabas de espaldas. Luego se escabulló por la borda y fue nadando por la bahía hasta la ciudadela. A ti te encontrarán vivo pero aturdido. Mi acompañante aquí presente hará que el ataque parezca convincente.

Minucio miró con recelo al robusto guardaespaldas que estaba detrás de Vitelio.

–Estoy seguro de que lo hará... ¿Y qué pasa si lo echan de menos a usted?

–He dejado una carta explicando que he ido a espiar sus defensas. –Vitelio sonrió-. Para redimir mi honor, ya sabes. Si todo sale según lo planeado, destruiré la carta cuando regrese a mi tienda. Ya nos hemos ocupado de los centinelas. Los hemos atado y amordazado y los hemos metido en el pañol del cable del ancla. Claro que, si tenemos éxito, habrá que deshacerse de ellos. Le echaremos la culpa a Ajax.

Minucio movió la cabeza con lentitud en señal de asentimiento.

–Por lo visto ha pensado en todo, señor.

–Lo he intentado. Así pues, ¿qué me dices, centurión?

–Es todo muy interesante, señor –consideró Minucio–. Dígame, ¿qué hay en esa caja que está dispuesto a arriesgar nuestras vidas por ello?

–Nada que te importe. Nada que quieras. Y ahora, qué, tenemos un trato?

Minucio lo meditó y se encogió de hombros.

–¿Qué otra alternativa tengo? Si digo que no, me matará y se lo llevará de todos modos.

–Por supuesto. Así que haz lo más lógico. Créeme, todo será para bien. Será peligroso. Pero si lo logramos, te convertirás en el hombre más rico de Rávena. Y con mucha diferencia.

–¿Qué va a impedir que me mate en cuanto le entregue al prisionero? –Gano mucho más teniéndote a mi servicio. Además, ¿de qué iba a servir? Allí debe de haber más tesoros de los que podáis cargar los tres, de modo que no ganamos nada traicionándote y mucho trabajando a tu lado.

Minucio se lo quedó mirando un momento; a continuación tendió la mano y estrechó la del tribuno. –Tiene un trato, señor.

–¡Bien hecho! Ahora cojamos al prisionero y en marcha. No hay tiempo que perder.

Minucio le quitó la cadena al prisionero y tiró de él para que se levantara. Uno de los guardias se puso a soltar el perno de la argolla con la punta de la espada. En cuanto el perno cayó al suelo, él metió la mano en la bolsa que llevaba colgada en el cinturón, sacó un clavo y lo dejó a su lado.

–Ya está. –Vitelio sonrió–. La prueba clara de la huida de nuestro hábil prisionero. Y ahora, en marcha.

Los cinco hombres subieron a cubierta por la pasarela, fueron hacia la popa del trirreme y bajaron por la banda hacia uno de los pequeños botes amarrados al buque de guerra. Vitelio se puso en la proa, Minucio y Ajax en la popa y los dos guardaespaldas cogieron un remo cada uno. Soltaron las amarras, empujaron el bote para alejarlo del trirreme y colocaron los remos torpemente en las horquillas. Una de las palas golpeó contra el agua.

–¡Tranquilo! –amonestó Vitelio entre dientes–. Tómatelo con calma. ¡No deben vernos ni oírnos, idiotas!

Escarmentados, los dos guardaespaldas se pusieron a remar con cuidado, hundiendo con suavidad los remos, bogando con una palada lenta y echando de nuevo las palas hacia atrás por encima del agua para dar la siguiente. La superficie de la bahía estaba en calma el bote se deslizó por ella hacia la negra masa rocosa sobre la que se ubicaba la ciudadela. El avance del bote junto a la franja oscura del paso elevado se vio salpicado por los sonidos de los onagros al golpear contra sus topes y el más distante crujido de los impactos.

Minucio se inclinó para acercarse a Ajax y le susurró:

–¿Por qué los ayudas?

–Para vivir –le respondió el joven, también en un susurro–. Prometió dejar que mi padre y yo escapemos cuando esto termine.

–Entiendo. –La ingenuidad del joven sorprendió a Minucio, pero claro, quizás había quedado tan destrozado por la tortura que se creería casi cualquier cosa con una convicción del todo patética.

Llegaron a un punto en el que la pared del acantilado descendía ligeramente hacia el mar y desde el bote no tardó en oírse el sonido de las olas que lamían el pie del precipicio.

–Dejad de remar –ordenó Vitelio en voz baja–. ¿Y ahora qué, Ajax?

–Hacia delante. ¿Veis esa roca? Rodeadla. Despacio.

El bote empezó a avanzar poco a poco, hacia una aparente línea ininterrumpida de rocas, una de ellas mayor que el resto. El oleaje batía contra ellas con suavidad, con un leve silbido, y por un momento Minucio tuvo el convencimiento de que el pirata intentaba deliberadamente que el bote naufragara al chocar contra las rocas. Entonces vio lo que Ajax había estado buscando: una estrecha abertura detrás de la roca más grande que conducía a una pequeña ensenada al otro lado. Los guardaespaldas de Vitelio remaron de inmediato hacia la abertura y el bote pasó por el hueco con rapidez a las aguas más resguardadas del otro lado. Al pie del acantilado una losa de piedra se alzaba imponente por encima de ellos hasta que, en lo alto, pudieran distinguir la débil presencia de los edificios encalados, como colgados por encima del mar.

–Allí –señaló Vitelio, y el bote se deslizó hacia delante y dio un topetazo contra la roca. El tribuno pasó apresurado por encima de la borda y bajó a tierra, sin dejar de agarrar con fuerza las amarras. Uno de sus guardaespaldas lo siguió mientras su compañero ayudaba a Ajax y a Minucio a salir del bote.

–¿Lo ato, señor? –preguntó uno de los guardias.

–No. Mejor que lo saquéis del agua y lo llevéis a la base del acantilado donde no lo vean.

En tanto los dos hombres extraían el bote del agua y lo arrastraban por las rocas cubiertas de algas, Vitelio condujo al resto hasta el pie del acantilado y enseguida distinguió el principio de una irregular línea de

puntos de apoyo para los pies y las manos que ascendía por la pared de roca. Probó los primeros y trepó un metro o metro y medio antes de asentir en señal de satisfacción y dejarse caer de nuevo junto a los demás. Vitelio se volvió hacia uno de sus guardaespaldas.

–Tú primero, Trebio. Sube y comprueba adónde lleva. Nosotros te seguiremos...

–Sí, señor. –La renuencia del hombre a trepar por un acantilado en medio de la oscuridad era evidente para todos, y Vitelio se inclinó hacia él.

–Piensa en el tesoro, hombre. Vamos, ve.

El guardaespaldas empezó a subir por la pared del precipicio, trepando a un ritmo constante de un asidero a otro. Vitelio esperó un momento y se encaramó. –Ahora yo. Luego Ajax y después Minucio. Si el chico intenta algo raro, hazlo callar, centurión.

–Sí, señor.

Vitelio le hizo un gesto con la cabeza a su otro guardaespaldas.

–Tú te quedas el último, Silo.

Ascendieron poco a poco por el acantilado, con enorme cuidado. Ajax, que había trepado por allí muchas otras veces, se mostraba muy seguro del camino y hubiera adelantado mucho a Minucio si el centurión no lo hubiera agarrado por el tobillo para recordarle la amenaza de Vitelio. El hombre que iba en cabeza se perdió dos veces, los demás tuvieron que detenerse mientras retrocedía, y Ávax le susurró las indicaciones para ayudarlo a encontrar de nuevo los asideros adecuados. Al final, uno a uno, salieron a una pequeña hendidura en lo alto del acantilado donde el suelo estaba lleno de escombros. Vitelio se dio cuenta de que se encontraban ante las ruinas de una casa que debía de haberse venido abajo y caído al mar. En torno a ellos se alzaban los pálidos muros de otras casas, con las ventanas cerradas por el frío aire nocturno. Permanecieron allí sentados en silencio durante unos minutos para recuperar el aliento.

Vitelio murmuró a continuación:

–Quitaos las botas. Atad las correas y os las colgáis al cuello.

En cuanto estuvieron listos empujaron con suavidad al prisionero.

–Es hora de moverse. Recuerda, el centurión irá justo detrás de ti. Si intentas cualquier cosa, te matará antes de que te des cuenta. ¿Entendido?

–Sí –respondió Ajax con voz queda al tiempo que se ponía de pie-. Por aquí. Los guió por encima de los escombros hasta que llegaron frente a los restos de una pared que daba a una calle estrecha. Esperaron un momento para asegurarse de que todo estaba tranquilo, luego pasaron por encima de la manpostería derrumbada sin hacer ruido y cruzaron hacia la negra sombra del edificio de enfrente.

–¿Hemos de ir muy lejos? –susurró Vitelio. –Tenemos que seguir por aquí, pasar por un pequeño cruce y subir la cuesta hasta la puerta.

–Tú primero.

Por un instante, a Vitelio le pareció que una sonrisa asomaba al rostro de Ajax, pero con probabilidad sólo fuera una sombra. Luego el joven avanzó con sigilo, seguido de cerca por los cuatro romanos, y se abrieron camino en silencio por una estrecha calle empedrada, con las botas golpeándoles el pecho mientras sus pies descalzos caminaban con paso suave sobre las piedras. Por delante de ellos brillaba trémula una tenue luz que perfilaba el final de la calle y revelaba el espacio que se abría al otro lado..Ajax siguió adelante con cautela, pero Minucio lo sujetó con fuerza y se adelantó para asomarse con lentitud a esquina.

El cruce daba a una pequeña plaza y, en el otro extremo, una hoguera ardía sobre los adoquines. En toda ella se acurrucaban las formas durmientes de unos hombres envueltos en mantas. Uno de ellos, sin embargo– estaba despierto, sentado de espaldas al cruce, mirando fijamente las llamas. Sin perder de vista a ese hombre, Minucio les indicó por señas a los demás que siguieran adelante, luego agarró de la mano a Ajax y el joven avanzó junto a él a paso ligero. Pasaron corriendo pegados a las fachadas de las rasas de aspecto abandonado que asomaban a la plaza. Bien agachados, se movieron con toda la rapidez posible y sin hacer el más mínimo ruido hasta que estuvieron lejos de la plaza y desaparecieron de nuevo entre las sombras de un corto callejón que conducía a una portalada. Las puertas ya llevaban mucho tiempo podridas y ahora se apoyaban contra los lados del arco. Delante se abría un pequeño patio y, más allá, la masa achaparrada y cuadrada de una vieja torre de vigilancia fortificada. En lo alto de la torre, por los bordes de una ventana con postigos, una luz se escapaba y en la plataforma de abajo oyeron a unos hombres que hablaban en voz baja.

Minucio se detuvo dentro del arco y empujó a Ajax

contra el suelo mientras los demás venían detrás. –¿Es aquí? –preguntó Vitelio con voz queda. Ajax dijo que sí con la cabeza.

–¿Dónde están los centinelas? Al menos tendría que haber centinelas.

–Quizás estén abajo junto a la muralla –sugirió Minucio entre dientes–. Por si Vespasiano intenta un asalto nocturno.

–¿Entonces quién está ahí arriba en la torre?

–Los servidores de la catapulta –contestó Áyax–. Hay una montada en lo alto.

Vitelio echó un vistazo al desdibujado perfil de las almenas y luego paseó una atenta mirada por el patio antes de volverla hacia Áyax.

–muy bien, ¿cómo entramos?

–Seguidme. –Áyax se levantó, todavía agarrado por el centurión, y señaló con la mano que tenía libre. Vitelio empujó a Minucio por la espalda.

–De acuerdo. Vamos.

Cruzaron el patio y avanzaron junto a la pared de la torre hasta que llegaron a una gran puerta tachonada. Minucio buscó a tientas por la desgastada madera y sus dedos se cerraron sobre un pestillo de hierro grande y pesado. Estaba a punto de levantarlo cuando se oyó un súbito resoplido a pocos pasos de distancia y una forma se estiró en el suelo antes de que un estentóreo ronquido retumbara en la oscuridad. Los cinco se quedaron mirando hacia el sonido y, cuando se recuperaron del susto, Vitelio tiró de Trebio para que se acercara y le susurró:

–Encárgate de él.

La vaina del guardaespaldas produjo un leve sonido áspero. El hombre se inclinó sobre el centinela que roncaba y, al tiempo que le tapaba la boca con la mano, le clavó la punta de la daga por debajo del mentón, atravesándole la base del cráneo y penetrando en su cerebro, y retorció el mango con violencia de un lado a otro. El cuerpo del centinela se convulsionó y se sacudió antes de quedar por completo inerte. Trebio retiró poco a poco la mano y sacó la hoja. La limpió en la túnica del centinela y volvió a enfundar la daga. Se inclinó, levantó el cuerpo por debajo de los hombros y lo arrastró hacia la esquina, tras lo cual volvió caminando despacio con los demás.

–Entremos –ordenó Vitelio; Minucio levantó el pestillo y empujó la puerta lentamente. El débil crujido no produjo eco y supo así que detrás de la puerta sólo se abría un pequeño espacio. El centurión entró con vacilación y deslizó los pies desnudos de un lado a otro hasta que su espinilla rozó contra el borde de algo duro. Se inclinó y lo palpó con las manos. Dio un paso, y luego otro.

–Escaleras, aquí, a la derecha de la puerta –susurró Minucio–. ¿ahora qué, muchacho?

–Subid. Las dependencias de mi padre se encuentran a la izquierda en el pasillo. Las escaleras siguen subiendo hasta la plataforma de la catapulta en el extremo más alejado.

Minucio inició la marcha a cuatro patas, trepando de escalón en escalón hasta que sus dedos notaron el rellano. Se asomó y vio una luz tenue por debajo de una puerta, a unos cuantos pasos de distancia. Más allá, el pasillo apenas se distinguía antes de que la oscuridad lo engullera de nuevo. El centurión avanzó con cuidado hacia la puerta, bajó la cabeza hacia el suelo de piedra y, con los ojos entornados, atisbó por la pequeña rendija que quedaba en la base. Distinguió las patas de varios muebles, una capa allí abandonada y unos cuantos arcones. No había ni rastro de nadie. Escuchó un momento, pero sólo se oía el lejano murmullo de voces que subía desde la plataforma.

–Creo que estamos solos –murmuró hacia el hueco de la escalera, y a continuación se oyó el débil rumor que hicieron los demás al reunirse con él.

–¡Quédate atrás y no sueltes a Áyax! –ordenó Vitelio–. Mis guardaespaldas entrarán primero... Bien, abrid la puerta.

El pestillo apenas chirrió, la tenue luz del suelo se extendió por un instante junto a la puerta mientras ésta se abría y al cabo de un momento todos miraban las dependencias de Telémaco. Los guardaespaldas se adelantaron, caminando sin hacer ruido; Vitelio y los demás los siguieron hacia el interior y el tribuno cerró tras de sí la puerta con cuidado.

La habitación se encontraba vacía y los cuatro romanos respiraron aliviados cuando disminuyó la tensión. Era una estancia amplia y casi cuadrada, con una ventana con postigos en cada una de las paredes que daban al exterior. Los restos de un fuego brillaban en el hogar e iluminaban la habitación con un vivo tono anaranjado. En una esquina se encajaba un diván cubierto con una magnífica manta entretejida. En el otro extremo de la habitación presidía una gran mesa de madera y, tras ella, una silla enorme que más bien semejava un trono. Unos pequeños cofres estaban amontonados a ambos lados de la mesa. Vitelio los miró con avidez y se volvió hacia sus guardias.

–¡Ahí tenéis, chicos! Tal como os dije. Vamos, echemos un vistazo.

Trebio y Silo se acercaron a la mesa y Vitelio levantó la tapa del cofre que estaba más arriba. Dentro resplandecía el brillo pálido del oro. Bajó una mano, agarró un puñado de monedas y las alzó para que los demás las vieran. Los guardaespaldas y Minucio no pudieron evitar una sonrisa al fijarse en aquello. Vitelio sonrió a su vez al comprobar su reacción.

-Servíos vosotros mismos, pero sin hacer ruido. Bueno. -Se volvió hacia Áyax-. Enséñame el cofre que yo quiero.

Hubo una leve vacilación mientras el pirata paseaba la mirada por los arcones y luego señaló:

-Ése de ahí, el de debajo de la mesa.

Vitelio siguió la dirección indicada y reparó en una caja negra decorada de manera ornamental. Se inclinó y la cogió. El corazón le latía con fuerza al colocar la caja encima de la mesa. Vitelio casi no podía creer que estuviera en presencia de los rollos delficos. Acarició la tapa con las manos, las bajó al cierre y lo abrió, pues a pesar de la cerradura, la caja no estaba cerrada con llave. Respiró hondo y levantó la tapa. A la luz que proyectaba el fuego, vio, en el interior, tres rollos gruesos con cubiertas de cuero blando, colocados uno al lado del otro.

-¿Rollos? -exclamó Minucio sorprendido-. ¿Eso es lo que quería? ¿Unos rollos? Vitelio levantó la mirada hacia él con una débil sonrisa.

-Sí. Sólo unos rollos.

-Pero yo creía que era algo... especial.

-Son especiales, centurión. Son unos de los documentos más importantes que se han escrito nunca.

-¿Ah, sí? -Minucio meneó la cabeza y se rió-. Pues puede quedárselos, señor. Yo me contentaré con el oro.

-Hazlo... -Vitelio se volvió otra vez hacia los rollos, extendió una mano y los tocó con reverencia. A continuación levantó de nuevo la mirada con rapidez-. Coged lo que queráis de esos cofres y regresemos al bote.

-¿Y qué pasa conmigo? -preguntó Áyax-. ¿Qué hay de nuestro acuerdo, romano?

Vitelio lo miró. Aún necesitaba al pirata durante un poco más de tiempo, como un seguro en caso de que se toparan con cualquiera de los hombres de Telémaco. Sin embargo, en cuanto todo hubiera terminado, el hijo del jefe pirata sería prescindible, al igual que todos los demás. Vitelio, indulgente, le puso una mano en el hombro al joven.

-En cuanto llegemos al bote, te dejaré en libertad. Podrás regresar con tu padre.

-¿Y prometes no matarnos si cae la ciudadela?

-Tienes mi palabra.

Áyax miró al tribuno con recelo durante un momento y luego asintió con la cabeza, en apariencia satisfecho. Rodeó la mesa y se sentó en la silla de su padre. Entrelazó los dedos para apoyar la barbilla en ellos mientras observaba cómo Minucio y los guardaespaldas empezaban a abrir los cofres del tesoro.

Vitelio cogió la caja y se acercó a la chimenea. La colocó en el suelo y se sentó junto al resplandor del hogar. Alargó la mano hacia el montón de leña, colocó dos troncos en las brasas y avivó el fuego hasta que hubo luz suficiente para leer. A continuación abrió la tapa, tomó uno de los rollos y examinó la cubierta de cuero que se estrechaba en el borde del pergamino. Un texto desvaído aparecía en la cubierta, por lo que Vitelio inclinó los pomos del rollo para leerlo mejor. Estaba en griego, tal como había imaginado, y mientras el tribuno traducía en silencio lo allí escrito, su excitación fue aumentando hasta un extremo casi insoportable. Le temblaban un poco los dedos cuando deslizó la cubierta para sacarla y la dejó a un lado. Las profecías estaban escritas con finos trazos de color rojo sobre la mejor vitela que había visto nunca. Era casi tan suave como la piel de un bebé, y tuvo que acallar un débil estremecimiento de horror cuando se le ocurrió aquella comparación. Vitelio fue pasando el rollo de una varilla a otra, leyendo a toda velocidad el texto como si éste predijera el futuro de Roma año a año. Se le iluminaron los ojos con las referencias sobre un desastre en los bosques de Germania, la ascensión de un joven príncipe loco que se convertiría a sí mismo en dios, su sucesión por un estúpido tullido... Vitelio siguió leyendo con rapidez, recorriendo el rollo con una expectación febril hasta que al final sus manos dejaron de moverse y encontró lo que estaba buscando. Leyó el pasaje con lentitud una vez, luego otra, y otra, para estar del todo seguro, y sintió que el fuego de la ambición ardía en sus venas mientras recitaba en voz baja: Cuando el último de los Claudios, por su propia mano, desaparezca,

Roma pasará a uno que lleva el símbolo del arco del cazador... -¿Qué era eso, señor? -preguntó uno de los guardaespaldas.

-Nada -se apresuró a responder Vitelio sin volverse-. No es nada.

El guardaespaldas se quedó mirando a su amo un momento y se encogió de hombros antes de volver a concentrarse en las cajas extendidas en el suelo en torno a la mesa. Todas las cajas que habían abierto entre él y los otros dos romanos estaban llenas de oro, plata y, en ocasiones, piedras preciosas. En aquellos cofres había riqueza suficiente para comprar una de las mejores casas de Roma y llenarla de todos los lujos que se pudieran imaginar. No obstante, cuando los apagados sonidos de asombro y celebración de sus hombres llegaron a oídos de Vitelio, éste no pudo evitar adoptar una actitud de puro desprecio ante sus payasadas. Ni todo el oro del mundo era nada comparado con el valor de los rollos que descansaban en su regazo.

Vitelio, apresurado, volvió a enrollar el pergamino para dejar el texto al principio, mientras saboreaba el hecho de que estaba destinado a ser uno de los hijos más favorecidos del destino. Más tarde, cuando estuviera a salvo, leería el resto de profecías a su antojo. Colocó el rollo en la caja con cuidado, cerró la tapa y, con el cofre bien sujeto bajo el brazo, el prefecto se puso de pie.

—Es hora de irnos.

Minucio y los guardaespaldas metieron a toda prisa las últimas monedas y piedras preciosas en sus bolsas y alforjas. Cuando el centurión se dio la vuelta para levantar al prisionero de la silla de su padre, se oyeron unos gritos al otro lado de la ventana.

CAPÍTULO XLI

Los cuatro romanos permanecieron inmóviles unos instantes y los gritos fueron aumentando de volumen. Minucio fue el primero en romper el hechizo y se acercó a la ventana, recorrió los pestillos con cuidado y abrió ligeramente el postigo. Abajo, el patio era un hervidero de hombres, algunos de los cuales sostenían antorchas en alto. Se oyó el retumbo de unas ruedas sobre los adoquines y, al cabo de un momento, una carreta estrecha atravesó con pesadez el portalón. Los piratas se dirigieron hacia ella mientras rodeaba el patio, hasta que se detuvo cuando se encaró de nuevo hacia la portalada. Uno de los que sostenían antorchas gritó unas órdenes y los piratas se dirigieron al arco que había a un lado del portalón, tiraron de las puertas para abrirlas y se metieron dentro. Reaparecieron poco después cargados con jabalinas, arcos y flechas, y Minucio se dio cuenta de que el arsenal de los piratas debía de estar bajo los muros del patio. Las armas se depositaron en el fondo de la carreta y los piratas volvieron a por más.

—¿Qué ocurre? —susurró Vitelio.

—Están cargando una carreta —contestó Minucio—. Parece que se preparan para lanzar todas sus fuerzas contra los infantes de marina cuando tenga lugar el asalto.

—Maldita sea... —Vitelio apretó el puño con nerviosa frustración—. No hay más remedio. Tendremos que esperar a que el patio esté despejado. A menos que haya otra manera. ¡Cuidado con él!

Minucio giró sobre sus talones y se dio cuenta de que Ávax avanzaba hacia la puerta. Con la advertencia de Vitelio, Trebio desenvainó la espada y saltó hacia la puerta, cortándole el paso al joven. El pirata entornó los ojos un instante, mientras calculaba sus posibilidades contra el guardaespaldas. La vacilación duró lo suficiente para que Minucio se acercara a él por la espalda y le diera una patada en las piernas. Ávax cayó al suelo con un resoplido que lo dejó sin aliento.

—No vuelvas a intentarlo, mocoso —gruñó el centurión—. No quiero tener que cortarte los ligamentos de la corva si puedo evitarlo.

En tanto que Ávax se incorporaba, dolorido, y se apoyaba con dificultad en uno de los cofres del tesoro, Vitelio se acercó a él.

—¿Existe alguna otra manera de salir de aquí? Ávax negó con la cabeza.

—Sólo por el arco. Hay acantilados en los otros lados.

—No podemos bajar por ellos?

—No. Están cortados a pico. Sería una locura intentarlo en la oscuridad.

—Bueno, no va a estar oscuro mucho más tiempo —terció Minucio—. En cuanto se haga de día el prefecto va a ir a buscar a nuestro prisionero. Y entonces sí que estaremos en verdad jodidos.

—Gracias por este apocalíptico epítome de nuestro atolladero —replicó Vitelio en tono gélido. Los guardaespaldas cruzaron una mirada perpleja, que no pasó desapercibida a su tribuno—. A vosotros dos no se os contrató por vuestra conversación. Y ahora vigiladle mientras pienso. Vitelio regresó a la ventana y miró con cuidado por la estrecha rendija. Abajo en el patio los piratas continuaban cargando la carreta. A ese ritmo el vehículo no tardaría en llenarse y el patio se vaciaría, dejando tiempo suficiente a Vitelio y sus hombres para salir de la ciudadela y regresar al trirreme antes del alba. Se quedó quieto y esperó en silencio, aferrando la caja de rollos contra el costado. Los demás hombres se sentaron cerca de Ávax y uno de los guardaespaldas mató el tiempo haciendo chascar los nudillos a un ritmo que pronto irritó a Minucio.

El centurión le dio un golpe en el pecho.

–Para ya.

–¿Por qué?

Minucio se lo quedó mirando con enojo.

–Tú para, porque el jodido centurión te dice que pares, soldadito.

–No soy ningún soldadito –repuso Trebio con un resoplido–. Y tú no eres ningún centurión. Al menos ya no lo serás cuando esto termine.

Vitelio se dio la vuelta al instante.

–¡Silencio! ¿Es que queréis hacer que nos maten? Minucio hizo un gesto con la cabeza hacia el guardaespaldas.

–¿Qué quería decir con lo de «cuando esto termine»?

–Nada. No le hagás caso. Está haciendo el idiota.

–A mí no me lo pareció. –Minucio se puso en pie con cuidado y retrocedió un paso, la mano apoyada en el puño de su espada. Antes de que pudiera decir una palabra más, se oyó un grito proveniente del patio y, al restallido de un látigo, las ruedas de la carreta rechinaron contra los adoquines.

–¡Se marchan! –Vitelio miró por la ventana. En efecto, la parte trasera de la carreta desapareció entre las sombras por debajo de la portalada, pero los hombres del patio no la siguieron, sino que se quedaron apoyados contra la pared y esperaron. Algunos de ellos se acuclillaron enseguida bajo la luz de una de las antorchas que se había colocado en un soporte de la pared y empezaron a jugar a los dados.

–¿Qué demonios están esperando? –murmuró Vitelio–. Moveos, cabrones...

Los piratas no se movieron. Se limitaron a esperar. El tiempo pareció extenderse en un tormento inacabable de frustración y una creciente sensación de peligro se apoderó de los romanos que esperaban en la habitación de la torre que daba al patio.

Minucio se dió un puñetazo en la palma de la otra mano.

–Tenemos que hacer algo, señor. Si nos quedamos aquí, estamos prácticamente muertos.

–De un modo u otro... –reconoció Vitelio–. ¿Por qué no se marchan?

Un lento retumbo de ruedas anunció el regreso de la carreta. Los hombres del patio se levantaron de un salto y se aproximaron al vehículo en cuanto éste entró en el patio. La cama del vehículo estaba llena de hombres heridos, vendados a toda prisa, a los que descargaban para llevarlos abajo a los sótanos. En cuanto terminaron de trasladar a los heridos, los hombres del patio empezaron a cargar la carreta con más armas que transportaban de debajo de la torre de guardia. Vitelio levantó la mirada del patio y se le cayó el alma a los pies. Un cielo que se alzaba débilmente iluminado quedaba definido por la silueta, negra como la tinta, de las montañas del otro lado de la bahía.

–¡Oh, no...!

Minucio se volvió.

–¿Qué pasa, señor?

–Nos estamos quedando sin tiempo. Pronto amanecerá.

–Pues tenemos que hacer algo, señor. ¡Enseguida!

–¿Qué sugieres, centurión?

Hubo una mínima vacilación antes de que Minucio siguiera hablando, en voz más baja.

–Los acantilados, señor. Hay que correr el riesgo. –Pero ya oíste a Ajax. Es imposible.

–Tenemos que intentarlo. Dígale a uno de sus hombres que salga al otro lado para echar un vistazo.

–No servirá de nada. Ajax dijo...

–Ajax podría haber mentido, señor. No podemos permitirnos el lujo de confiar en él. Al menos mande a su hombre para que lo compruebe.

Vitelio frunció el ceño con irritación y echó un vistazo fuera. El cielo ya estaba, de manera definitiva, más claro. No había tiempo que perder. Puso la caja con los rollos encima de la mesa y se volvió hacia sus hombres.

–Muy bien. Iré a comprobarlo yo mismo. –Al llegar a la puerta dudó y miró por encima del hombro–. Trebio, será mejor que vengas conmigo por si nos tropezamos con alguien.

–Sí, señor.

Vitelio se dirigió a Minucio.

–Mantén al prisionero en silencio y no os acerquéis a la ventana. No tardaremos. Llamaremos dos veces para que sepáis que somos nosotros.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Minucio aguardó un momento hasta que el débil sonido de sus pasos arrastrados se desvaneció, entonces se volvió hacia el otro guardaespaldas y sonrió. –Tengo curiosidad por esos malditos rollos. ¿Tú no? Silo se encogió de hombros.

–Supongo.

Minucio se quedó a un lado de la caja y se rascó el mentón.

–Hay algo más aparte de los rollos. Tiene que haberlo. Algo que tenga que ver con la caja, tal vez. Algo que esté escondido en ella. –Frunció el ceño, se inclinó sobre la caja y a continuación señaló una marca que había en la tapa–. ¿Qué es esto?

El otro hombre se aproximó con tranquilidad y miró lo que el centurión señalaba.

–No lo sé. Será la marca de un golpe, o que se ha astillado.

–No. –Minucio se echó a un lado y retrocedió para dejarle espacio al guardaespaldas. Cuando Silo se agachó, Minucio aferró con fuerza la empuñadura de su espada–. Mira con más atención.

–¿El qué? No veo... –El guardaespaldas empezó a enderezarse.

Minucio desenfundó la espada de golpe, extendió el brazo e hizo descender el arma con brutalidad contra el cuello del guardaespaldas. El golpe le empujó la cabeza a un lado, puesto que atravesó la carne, el músculo y la espina dorsal. Minucio retiró la espada y se dispuso a dar otro golpe. La sangre salía a chorros del cuello del guardaespaldas que, tras dirigirle una última mirada de sorpresa al centurión, se desplomó en el suelo; un charco de sangre se fue extendiendo en torno a la cabeza y el pecho de Silo. Se sacudió un momento y luego su cuerpo quedó inerte.«El muchacho tenía razón», reflexionó Vitelio, desesperado, cuando Trebio y él volvían a entrar en la torre y subían sin hacer ruido por las escaleras hacia las dependencias de Telémaco. Habían recorrido poco a poco la base de la torre de guardia, se habían asomado por el borde del acantilado y habían oído el mar arremolinándose en torno a las rocas debajo, a lo lejos. Aunque todavía estaba muy oscuro, estaba claro que por allí no había escapatoria. Sólo habían encontrado un lugar donde el precipicio parecía descender en una abrupta pendiente y Vitelio había mandado a Trebio abajo para ver lo lejos que podía llegar. Sin embargo, después de bajar trepando apenas unos seis metros, el guardaespaldas se encontró con una caída vertical y se vio obligado a subir de nuevo.

De modo que, mientras el enemigo permaneciera en el patio, ellos estaban atrapados en la ciudadela. Puesto que el cielo estaba cada vez más claro, la posibilidad de que pudieran regresar con la flota antes de que echaran de menos a Ajax era ínfima. Un asunto arriesgado desde el principio, admitió Vitelio, pero había muchas cosas en juego y eso significaba estar preparado para desafiar las probabilidades. Sólo que, ahora que estaba atrapado, Vitelio lamentaba con todo fervor haber conocido la existencia de los rollos.

Alcanzaron el rellano y caminaron con paso suave hacia la puerta. Vitelio alzó el puño y dio dos golpecitos con los nudillos en la áspera superficie de la madera. Entonces levantó el pestillo, empujó con suavidad la puerta y entró en la habitación tenuemente iluminada. Ávax volvía a estar sentado a la mesa y levantó la mirada con una mueca irónica cuando el tribuno entró en la estancia seguido de cerca por Trebio. Inmerso en una enervante sensación de desespero, Vitelio no pudo evitar un arranque de ira al ver la expresión del joven.

–¿Por qué sonríes? ¿Dónde están...?

Se oyó un golpe sordo y Trebio soltó un explosivo grito ahogado. Vitelio se dio la vuelta de inmediato y vio una expresión de intensa sorpresa grabada en el rostro del guardaespaldas. Ambos bajaron la mirada hacia la punta ensangrentada de una espada que sobresalía un dedo de su pecho. Entonces Trebio se convulsionó al tiempo que lo empujaban por detrás y la hoja desapareció, dejando un desgarrón enorme en la parte delantera de su túnica. En segundos, la tela quedó empapada de sangre oscura. Trebio sufrió otra convulsión y cayó de rodillas. Vitelio levantó la vista y distinguió al centurión Minucio que salía de la sombra de detrás de la puerta, manchado de sangre y esgrimiendo la espada. La cabeza de Trebio colgó hacia atrás, ladeada, y cuando su mirada se clavó en Minucio, pareció desconcertado. Después, sus ojos se empañaron y cayó al suelo.

Vitelio dudó un momento demasiado prolongado antes de que su mano se dirigiera a la espada que llevaba colgada en el costado, y Minucio avanzó y apuntó su arma contra la garganta del tribuno.

–¡No! Quita tus dedos del arma.

Ávax se puso de pie, se acercó a ellos a toda prisa y Vitelio comprobó asombrado que él también llevaba una espada. No podía salir de aquella situación luchando, por lo que bajó su mano a un lado. Le dirigió una mirada fulminante a Minucio.

–¿Qué significa esta traición?

Minucio sonrió.

–Vamos, vamos. Alguien con una mente como la tuya debería ser capaz de imaginárselo. –¿De qué estás hablando? ¿Qué...?

–Calla, tribuno. –Minucio no apartó la vista de Vitelio mientras dirigía sus comentarios a Ajax–. Ve a buscar a algunos hombres. Y manda llamar a tu padre.

El pirata le dijo que sí a Minucio con un movimiento de la cabeza antes de salir apresurado de la habitación, tras lo cual oyeron el ruido de sus pasos al bajar con rapidez por las escaleras.

Vitelio examinó al centurión con los ojos entornados y la mirada calculadora.

–¿Qué te prometió Ávax? ¿Dinero? ¿Y un modo de salir de aquí? ¡No te lo habrás creído!

–No. –Minucio se rió–. Además, ya he obtenido dinero más que suficiente de su padre...

–¿De su padre? –Vitelio frunció el ceño, y entonces la verdad le golpeó como un proyectil de honda en la cabeza. Abrió mucho los ojos y levantó un dedo acusador hacia el centurión–. El traidor. El que ha estado entorpeciendo todos los pasos de la flota..., ¿tú?

–Yo.

–Pero, ¿por qué?

–Tú mismo lo dijiste. Se acerca el momento de mi retiro. Lo he estado temiendo durante los últimos años. Con mis ahorros, a duras penas me hubiera alcanzado para retirarme con holgura. ¿Pero quién quiere vivir holgadamente cuando se pueden tener lujos? De manera que hice un trato con Telémaco y le he estado vendiendo información durante el último año. He ahorrado lo bastante como para vivir muy bien. Y ahora tú me has proporcionado la oportunidad de conseguir un pequeño extra. Me imagino que Telémaco va a estarle agradecido al hombre que le devolvió a su hijo. Y que además le entregó a un rehén de alto rango. –Eres un cabrón...

Minucio se burló y meneó la cabeza.

–No finjas estar tan indignado, tribuno. Para empezar, ¿por qué estáis aquí? No tiene mucho que ver precisamente con la integridad y el servicio leal al Imperio. Esos rollos de ahí, sean lo que sean, no ibais a utilizarlos en beneficio del emperador, ¿verdad?

–No para el actual. –Los labios de Vitelio esbozaron una sonrisa–. Así pues, ¿cuál es tu precio, Minucio? –¿Mi precio?

–Por sacarme de aquí.

–No, no vamos a salir de aquí. Es ya demasiado tarde. No tardará mucho en hacerse de día y entonces no habrá ninguna posibilidad de regresar con la flota. Y si nos quedamos aquí, los piratas van a encontrarnos muy pronto. De manera que llegué a la conclusión que lo más sensato era dejar de trabajar para ti, tribuno.

Cuando se oyó la voz de Ajax dando órdenes a gritos abajo en el patio, Vitelio se pasó la lengua por los labios con nerviosismo y se acercó un paso al centurión.

–Mira, podemos hacer un trato.

Minucio retrocedió y alzó su espada.

–¡No os acerquéis!

–¡Escúchame! Puedo hacerte rico, mucho más rico de lo que te imaginas.

El grave sonido de unos pasos que subían lentos por las escaleras hizo que ambos miraran hacia la puerta y Minucio meneó la cabeza.

–Lo siento, tribuno, nada de negociaciones. Os habéis quedado sin tiempo.

La puerta se abrió de golpe. Ajax y varios piratas que le acompañaban irrumpieron en la habitación con las espadas desenvainadas y listos para atacar. Ávax hizo retroceder a Vitelio de un empujón y lo llevó hacia la esquina, donde cayó sobre la cama. Entonces gritó otra orden y dos de los piratas se acercaron a vigilarlo.

Ávax se volvió hacia Minucio.

–He mandado a un hombre a buscar a mi padre. Pronto llegará. Mientras tanto, suelta la espada.

–¿Cómo dices?

–Suelta la espada y quédate allí junto a la mesa, con las manos donde yo pueda verlas.

–Pero yo estoy de vuestro lado. Ya te lo dije. –Ya veremos. Ahora suelta la espada.

Minucio meneó la cabeza y Ávax señaló el arma agitando el dedo.

–¡Suéltala! O mis hombres se encargarán de ti.

Los labios de Minucio se crisparon en una expresión de amargura. Luego arrojó la espada a los pies de Ajax, pasó junto a uno de los piratas, rozándolo, y se acercó a grandes zancadas a la mesa, donde se giró y se puso las manos en la cabeza.

–¡Ya está! ¿Satisfecho? No creo que Telémaco lo esté, cuando vea cómo me has tratado.

–A mi padre, déjame a mí –le informó Ajax con voz suave y amenazadora–. Y si estás mintiendo, me encargaré de que mueras con dolor.

Se oyó una carcajada en el otro extremo de la habitación, donde Vitelio se incorporó y apoyó la espalda contra la esquina de la estancia.

–Parece que estás igual de jodido que yo, centurión. –Yo no lo creo, tribuno. Ya lo veréis. En cuanto llegue Telémaco.

–¡Silencio! –bramó Ajax–. ¡Callaos los dos! Aguardaron en silencio bajo la vigilante mirada de los piratas y, fuera, el resplandor grisáceo que anunciaba la llegada del amanecer se filtró por el postigo abierto. A lo lejos oían el continuo crujir estrepitoso de los onagros romanos mientras que en las paredes del patio resonaba el ruido de la carreta que continuaba con sus cargas. Cuando oyeron que alguien subía por las escaleras, el cielo ya estaba bañado por el brillo rosado de los primeros rayos de sol. Unos pasos se acercaron por el pasillo y entonces apareció Telémaco por la puerta abierta. El pirata recorrió la estancia con la mirada antes de fijarla por unos instantes, primero en Vitelio y después en Minucio. Una expresión de sorpresa cruzó por su rostro.

–¿Centurión? ¿Qué estás haciendo aquí?

–No pude evitarlo. Tu chico fue hecho prisionero y aquí el tribuno quiso utilizarlo para entrar en la ciudadela. Se me dio la opción de ayudarlo o de que me mataran. De modo que tuve que ir con ellos. Cuando llegamos aquí, dejé libre a tu hijo en cuanto tuve oportunidad y volví las tornas. –Hizo un gesto con la cabeza hacia los cadáveres de Trebio y Silo.

Telémaco le dirigió una mirada incrédula y luego miró a su hijo con una ceja enarcada. Áyax asintió con la cabeza.

–Entiendo... Bueno, no has escogido el mejor momento para poner fin a nuestro compromiso.

–¿Poner fin al compromiso? –observó Minucio con preocupación–. ¿Qué quieres decir?

–Ahora te va a ser difícil regresar con los tuyos sin levantar sospechas. Y, tal como habrás notado, tu flota está a punto de asaltar esta ciudadela. ¿Cómo crees que reaccionarán si te encuentran aquí, entre el enemigo? Ya no me sirves como espía, centurión, pero no te haré daño. Puedes luchar junto a mis hombres y tal vez recuperar así un poco del honor que has mancillado traicionando a tu gente.

–¡No hay necesidad de hacer eso! –Minucio empezó a avanzar, pero uno de los piratas se acercó a él con actitud amenazadora y el centurión alzó una mano para indicar que no quería hacerle ningún daño al jefe de los piratas–. Telémaco, hay un bote escondido al pie del acantilado. Es lo bastante grande para llevarte a ti, a tu hijo y a otros dos o tres hombres, o unos cuantos objetos de valor. –miró de forma harto significativa los cofres que estaban en la mesa con sus tesoros brillando en el interior–. El bote no se ve desde el mar, ni desde lo alto del acantilado. Podemos escondernos allí hasta que se haga de noche y salir con sigilo de la bahía con algunos de tus tesoros. Puedes empezar de nuevo en cualquier otra parte.

Minucio parecía desesperado y Telémaco lo miró con lástima y repugnancia.

–Las cosas todavía no han llegado a ese extremo. Mientras tanto, combatiré a tus infantes de marina en cuanto el primero de ellos asome la nariz por lo que queda de nuestros muros. Ese bote que dices será mi último recurso. Iremos a buscarlo cuando llegue el momento y nos llevaremos algo del botín. –Telémaco se volvió hacia el tribuno–. ¿Es por eso por lo que has venido? ¿A por mi fortuna?

–Vino a por los rollos –interrumpió Minucio, señalando el cofre que estaba encima de la mesa–. Los de esa caja. Es lo único que quería.

–Seguro que sí –repuso Telémaco en voz baja mientras volvía a mirar al tribuno–. Así pues, ¿para quién trabajas? Ya he visto al agente de los Libertadores. ¿Trabajas para el emperador? ¿o para ti mismo?

Vitelio se irguió con rigidez.

–¡Yo sirvo al emperador Claudio! Soy su agente de más confianza. ¡Si me ocurre algo, puedes estar seguro de que el emperador te dará caza y hará que os maten como a perros!

–Estoy seguro de que pagará un buen rescate por ti –caviló Telémaco.

El rostro del tribuno brilló de desesperación.

–¡Puedes contar con ello!

–Entonces quizá nos sirvas de algo... –Telémaco se rascó el mentón un momento y estaba a punto de volver a hablar cuando la nota de un cuerno resonó por la ciudadela.

Minucio se volvió hacia el sonido, aguzando el oído mientras sonaban unas cuantas notas más. Sin embargo, aquéllas eran más distantes y más suaves y, estremecido de miedo, las reconoció.

–¡Son cuernos romanos! ¡Están empezando el asalto!

Telémaco dio unas cuantas órdenes a sus hombres con brusquedad. Dos de los piratas enfundaron sus armas de inmediato, se acercaron a Vitelio y empezaron a atarlo a la cama.

–¿Qué le harás, padre? –preguntó Ajax en griego.

–No estoy seguro. Podría resultarnos útil.

Ajax agarró a su padre del brazo y continuó hablando.

–Si sobrevivimos al ataque, deja que sea yo quien lo mate.

–¿Matarle? Matar a un valioso rehén?

–Me torturó, padre. Me humilló. Hizo que le contara lo de esos rollos. Debo vengarme... –le rogó Áyax.

–Después. Ahora debemos ir a la muralla. ¡Vamos! Tú también, centurión. Si los romanos irrumpen en la ciudad, volveremos a por un poco de oro e iremos en busca de ese bote que dices. Telémaco salió apresurado de la estancia. Ajax lo siguió. Atrás quedó Minucio, a solas con los cuerpos de los guardaespaldas de Vitelio. Echó una última mirada al tesoro y meneó la cabeza con tristeza.

–¡Oh, Porcia!... ¿En qué demonios me he metido? Entonces, con un gruñido de enojo, Minucio agarró la espada y fue detrás de los piratas.

CAPÍTULO XLII

–¿Qué quieres decir con que se ha ido? –preguntó acalorado Vespasiano.

El oficial de Estado Mayor meneó la cabeza.

–No lo sé, señor. No está allí. Ni el centurión Minucio tampoco. Ni los centinelas.

–¿Han desaparecido todos?

–Sí, señor –respondió el tribuno con un gesto de impotencia.

Vespasiano le dirigió una mirada fulminante y entonces explotó:

–¡Es imposible! ¿Qué diablos está ocurriendo aquí? ¡Maldita sea! Iré a verlo yo mismo.

Salió con precipitación de la tienda de mando a la penumbra que precedía al alba y cruzó el campamento a grandes zancadas hacia los barcos varados en la playa. Cuando se aproximaba al trirreme, contempló a un pequeño grupo de curiosos que se amontonaban en torno al borde del agua y observaban toda la actividad desarrollada en cubierta, donde un montón de infantes de marina y un puñado de oficiales registraban la embarcación buscando algún rastro del prisionero y del centurión encargado de vigilarlo.

–¡Quitaos de en medio! –bramó Vespasiano, y la pequeña multitud se hizo a un lado con prisas para dejar paso al prefecto. Él subió hasta la mitad de la pasarela y se volvió hacia ellos enojado-. ¡No os quedéis ahí parados y volved al campamento! Vespasiano continuó por la pasarela y, al saltar a cubierta con un golpe sordo, los soldados, que se volvieron hacia el sonido, se pusieron en posición de firmes de inmediato. El centurión Macro estaba de pie junto a la escotilla de proa, escuchando los informes de sus infantes de marina, y el prefecto se dirigió directo hacia él.

–¿Y bien? ¿Qué demonios está ocurriendo, centurión? Macro saludó.

–El prisionero ha escapado, señor.

–Ya lo sé. De modo que haz el favor de explicarte. Estaba a tu cargo.

–Sí, señor. –A Macro se le crispó el rostro-. Le di órdenes al centurión Minucio para que vigilara al prisionero durante la noche. Dejé muy claro que se debía vigilar a Áyax de cerca y que no tenía que sufrir ningún daño. Se apostaron dos hombres para que guardaran la pasarela, señor. No tendría que haber habido ningún problema.

–Pero ahora se han ido los dos. –Vespasiano meneó la cabeza-. Un trabajo excelente, centurión.

Macro no dijo nada.

–¿Cuándo te diste cuenta de todo este desastre?

–Justo antes de amanecer, señor. Vine aquí con el centurión Cato para relevar a Minucio y a sus hombres y recoger al prisionero. En cuanto vimos que los centinelas no estaban, supe que algo andaba mal.

–Muy perspicaz por tu parte. ¿Y dónde está Cato?

–En la bodega, señor. Donde estaba el prisionero. –Acompáñame.

Macro se metió primero por la abertura de la escotilla y bajó las escaleras, agachando la cabeza bajo el grueso madero de la brazola. Los dos oficiales entornaron los ojos en la penumbra y el hedor procedente de la sentina hizo que Vespasiano arrugara la nariz. Ya olía bastante mal desde cubierta, pero allí abajo el olor era muy fuerte y se preguntó quién podía trabajar en semejantes condiciones. Delante de ellos, un entrecortado haz de luz bajo los enjaretados revelaba la forma agachada de Cato, inclinado sobre uno de los sólidos maderos del costillaje del trirreme.

–¡Cato! –lo llamó Macro–. Ha llegado el prefecto.

Cato se puso de pie de inmediato y en posición de firmes, con la cabeza inclinada para no darse con la cubierta de encima. Intercambió un saludo con el prefecto, tras lo que Vespasiano recorrió la estrecha bodega con la mirada.

–¡Éste es el lugar donde estaba retenido el prisionero?

–Sí, señor. En este lugar. –Cato señaló una argolla que había en el suelo. A su lado se distinguía un clavo largo–. Alguien intentó hacer una cama aquí encima. –Cato hizo un gesto con la cabeza hacia un montón de cuerda y lona en el extremo opuesto de la bodega–. Allí es donde debía de estar el centurión Minucio.

–Ya veo. ¿Y qué ocurrió?

Cato se encogió de hombros.

–No lo sé con seguridad, señor.

–De acuerdo –prosiguió Vespasiano con paciencia–. ¿Qué crees que ocurrió?

Cato se agachó a recoger la argolla y señaló el punto de la cuaderna del que se había arrancado, que estaba lleno de astillas.

–Aquí es donde estaba encadenado a la argolla, señor. Puede que esperara a que Minucio se durmiera y utilizara ese clavo para forzar el cerrojo.

Vespasiano examinó la madera y asintió con la cabeza.

–¿Qué crees que le ocurrió a Minucio?

–Es difícil decirlo, señor-. De momento no he encontrado sangre.

–Puede que el prisionero haya arrojado al centurión por la borda.

Cato asintió mirando a Macro.

–Ya pensamos en eso, señor. Y lo mismo podría aplicarse a los centinelas desaparecidos, de modo que hice que algunos hombres nadaran en torno al casco. El agua está bastante clara, pero no encontraron ningún cuerpo. Supongo que Áyax se llevó a Minucio con él.

–¿Prisionero? ¿Por qué?

–Quizás Áyax lo necesitara para convencer a los botes de vigilancia que se encontraran de que los dejaran pasar. Vespasiano le sostuvo la mirada.

–No es muy probable... ¿Y si Minucio se fue por propia voluntad?

Macro se revolvió, incómodo.

–¿Está sugiriendo que dejó escapar al prisionero, señor? ¿Por qué iba a hacer eso?

–No –interrumpió Cato–. Áyax escapó. ¿Si no, cómo se explica lo de la argolla? Está claro que alguien tuvo que forzarla.

Vespasiano se rascó la barbilla.

–Quizá lo hayan hecho para que lo parezca.

–Es una posibilidad, señor –reconoció Cato–. Pero, ¿cree que es probable?

Antes de que Vespasiano pudiera responder, se oyó un grito en cubierta y, momentos después, los golpes de unas botas que bajaban por la pasarela de la escotilla principal. Un infante de marina escudriñó la penumbra con los ojos entornados y, al ver al prefecto, saludó.

–Señor, hemos encontrado a los centinelas.

Vespasiano y los dos centuriones subieron a toda prisa a cubierta detrás del soldado. Los infantes de marina estaban ayudando a los dos centinelas a salir del pañol del cable del ancla y, al acercarse, cuando aquellos hombres se pusieron en posición de firmes, Cato observó que tenían unos verdugones enrojecidos en las muñecas y los tobillos.

–¿Qué ocurrió? –les preguntó Vespasiano en tono brusco–. ¡Informad!

Los dos soldados se miraron el uno al otro, nerviosos, antes de que uno de ellos, el de más edad, respondiera:

–Anoche estábamos de guardia, señor. En torno a la hora quinta vimos que se acercaba alguien. Dimos el alto, pero era el tribuno Vitelio, señor.

–¿Vitelio? Estás seguro?

–Tan seguro como que ahora estoy delante de usted, señor. El tribuno y otros dos hombres. Creo que eran esos dos guardaespaldas que lleva, señor. La cuestión es que nos dijo que tenía órdenes de llevarse al prisionero. De modo que los dejamos pasar. –Bajó la mirada a sus pies–. Entonces fue cuando sucedió, señor.

–¿Cuándo sucedió el qué?

–Sus guardaespaldas nos atacaron. Dejaron sin sentido a mi compañero y a mí me derribaron. Nos subieron a bordo, nos ataron y nos metieron en ese pañol, señor.

–Entiendo... ¿Os dieron la contraseña correcta?

La pregunta pareció sorprender al infante de marina.

–Bueno, no, señor. Reconocí al tribuno, por lo que no creí que fuera necesario.

–¡Centurión Macro!

–¿Señor?

–Ponles un mes de fajina a estos soldados. Servicio de letrinas. Quizá la próxima vez tendrán el tino de ceñirse al protocolo de contraseñas.

–Sí, señor.

–Puedes ocuparte de ellos más tarde. Tenemos cosas más importantes que hacer. Tú y Cato venid conmigo. Descendieron por la pasarela hasta la playa y se dirigieron con paso resuelto hacia los onagros, que seguían su lanzamiento de piedras contra la distante muralla de la ciudadela. Aunque el sol no había salido todavía, Cato vio a la perfección que la torre de entrada se había desmoronado y que los escombros de la brecha casi llenaban el foso exterior del muro. Los proyectiles que se alzaban describiendo un arco desde las líneas romanas golpeaban ya los edificios del otro lado de la muralla, al tiempo que unas figuras diminutas intentaban levantar una barricada en el extremo de la calle que había tras la brecha.

–Sea lo que sea lo que trama Vitelio –sentenció Vespasiano mientras caminaban a grandes zancadas por la costa–, podéis estar seguros de que tiene que ver con los rollos.

–¿Creéis que ha ido a buscarlos, señor? –preguntó Cato.

–Sí. ¿Si no, para qué iba a llevarse a Áyax? Pero antes de actuar tenemos que estar seguros de los hechos. Quiero que vayas a su tienda. Tienes mi autorización para entrar en ella y registrarla, suponiendo que él no esté allí. Mira a ver qué puedes encontrar y luego me informas en el paso elevado. Otra cosa...

–¿Señor?

–El agente imperial que rescataste, Segundo... He hablado con él. Conoce bastante bien la ciudadela. Ve a buscarlo y tráelo contigo. Una vez dentro tendremos que encontrar el camino del cuartel general de Telémaco lo más rápido posible. ¿Lo has entendido?

–Sí, señor.

–Macro, quiero que cojas a dos secciones de infantes de marina para nuestro grupo de asalto. Los mejores que puedas encontrar. ¡Venga, en marcha los dos!

* * *

Vespasiano se hallaba a la cabeza de una apretada columna de infantes de marina cuando Cato llegó corriendo desde el campamento. Los onagros habían completado la destrucción de la torre de guardia y en aquellos momentos se concentraban en los muros a ambos lados de la brecha para ensanchar el hueco antes de que se iniciara el asalto. Las tropas elegidas para el ataque observaban la descarga con atención, deseando que los muros se vinieran abajo por completo para que así, el hueco por el que tuvieran que avanzar fuera lo más amplio posible. De modo que no prestaron mucha atención al prefecto y al pequeño grupo de infantes de marina reunidos detrás de él con Macro y Segundo. El agente imperial sólo contaba con una experiencia limitada en el servicio militar y llevaba su equipo con torpeza. Apoyado en el borde de su escudo, Segundo frotaba el puño de su espada con tanto nerviosismo que Macro tuvo que inclinarse hacia él y pararle el brazo.

–Tranquilo.

–¿Tranquilo? –Segundo se volvió hacia él con expresión de sobresalto–. ¿Cuando estamos a punto de atacar ese nido de piratas? Los he visto, y sé de lo que son capaces.

–Yo también los he visto –repuso Macro, dirigiéndole una sonrisa tranquilizadora–. Y mueren igual que cualquier otro

hombre. Además, una vez dentro de la muralla, estarán demasiado atareados corriendo para salvar su vida como para causarnos muchos problemas. Estareis a salvo. Te lo garantizo.

Segundo lo miró.

–Te tomo la palabra.

–Muy bien. –Macro sonrió y luego señaló por encima del hombro del otro–. Ahí viene Cato.

Cato había sacado unas cuantas corazas y armas de los pertrechos, que llevaba atadas entre los brazos, e iba al encuentro del prefecto. Jadeando, se puso en posición de firmes con rigidez frente a Vespasiano.

–¡Y bien, centurión.

–No está. Pero he encontrado esto. –Cato dejó el equipo que llevaba en el suelo, se metió la mano dentro de túnica y sacó un trozo de papiro doblado, con un sello encima del pliegue–. Va dirigida a usted, señor.

Vespasiano tomó la carta, rompió el sello y leyó con rapidez el mensaje. Al terminar, dobló de nuevo la carta y se la metió dentro del peto al tiempo que le hablaba a Cato en voz baja:

–Parece ser que Vitelio está intentando hacer méritos. Se ha llevado a Ajax a la ciudadela para espiar al enemigo y recuperar los rollos. Para el emperador, naturalmente.

Macro frunció el ceño.

–Está loco. No lo conseguirá. De todos modos, creía que estaba herido, señor.

–Por lo visto, ha tenido una recuperación milagrosa. –Vespasiano esbozó una mueca irónica antes de volverse de nuevo hacia Cato–. ¿Alguien vio la carta?

–Oh, sí, señor. En cuanto dije que había autorizado el registro de su tienda, su ordenanza me entregó la carta..., delante de testigos. –Muy hábil. –Vespasiano sonrió forzosamente–. Parece que nuestro viejo amigo está intentando cubrirse las espaldas otra vez.

–Sí, señor. –Cato miró hacia la ciudadela–. Pero quizás en esta ocasión haya ido demasiado lejos.

–No, no lo creo. Vitelio tiene mucha suerte en esta vida. Sólo espero que podamos conseguir los rollos antes que él.

–¿Y si los consigue él primero, señor?

–Entonces espero que podamos atraparlo antes de que escape. Porque, si no lo hacemos, y Vitelio encuentra un lugar seguro donde esconder los rollos, cuando regresemos a Roma e informe a Narciso podrá contar lo que le venga en gana. Y ya puedes imaginarte cómo se lo va a tomar el secretario imperial si nosotros regresamos con las manos vacías.

–No tengo que imaginármelo, señor. Lo sé. Seré hombre muerto.

–En tal caso, será mejor que nos pongamos en marcha. Prepárate, centurión.

Cato recuperó su equipo y fue a reunirse con Macro, que estaba con el pelotón de asalto. Mientras su amigo lo ayudaba con la cota de malla, Vespasiano ordenó que los onagros interrumpieran el bombardeo. Un cuerno dio el toque de avance sin dilación y la columna de infantes de marina avanzó cimbreándose por el paso elevado. Frente a ellos, los piratas empezaron a salir corriendo de sus refugios y ocuparon posiciones a lo largo de los restos de la muralla, a ambos lados de la brecha. Los infantes de marina se acercaron a los muros en silencio, marchando a paso regular. En cuanto estuvieron lo bastante cerca como para que pudieran alcanzarlos los proyectiles de honda, los centuriones dieron la orden de alzar los escudos y los soldados los levantaron, casi a la altura de los ojos, y miraron con preocupación al enemigo que los aguardaba tras el muro.

Los primeros proyectiles empezaron a elevarse desde la ciudadela, describiendo un arco en el aire, y el continuo golpeteo de su impacto fue aumentando poco a poco de intensidad mientras la columna seguía marchando pesadamente por el paso elevado. Luego se oyó un nítido chasquido y los dos centuriones volvieron la vista hacia el paso elevado. Una línea oscura hendió el aire en dirección a los infantes de marina desde una de las catapultas que, en cuanto cesó el bombardeo de los romanos, los piratas habían colocado con diligencia en una plataforma detrás de la muralla. La saeta desapareció entre los infantes de marina en tanto que un remolino de cuerpos señalaba el camino que había trazado a través de sus filas. No obstante, la columna no flaqueó y continuó su avance hacia las ruinas de la torre de guardia.

Vespasiano anduvo a grandes zancadas para reunirse con Macro y los demás. Se había quitado la capa y tomado un escudo, que en aquellos momentos sopesaba con atención.

–Me parece que no es tan incómodo como un escudo de legionario. –Sonrió–. ¿Estás listo, centurión Cato?

–Sí, señor. Más o menos. –Cato se abrochó el cinturón de la espada y se aseguró de que le quedara colocado con comodidad en la cadera, con la empuñadura en una posición en la que pudiera desenvainar el arma con facilidad. Luego se puso el casquete, se colocó el casco en la cabeza y se ató las correas. Recogió el escudo y respiró hondo–. Listo.

Vespasiano se volvió hacia la ciudadela.

–Pues adelante.

CAPÍTULO XLIII

Iniciaron una marcha lenta. El equipo tintineaba y las botas claveteadas hacían crujir el suelo bajo sus pies. Vespasiano iba en cabeza y mantuvo el paso regular para asegurarse de que no estuvieran cansados al llegar a la ciudadela. En cualquier caso, la columna principal de infantes de marina todavía tenía que abrirse

camino a la fuerza a través de la brecha, antes de intentar llegar a las dependencias de Telémaco y a los rollos, y el grupo de Vespasiano estaba obligado a esperar hasta que la muralla estuviera despejada.

Mientras avanzaban por el paso elevado, Cato miró hacia delante y comprobó que los soldados ya habían llegado al foso frente a la muralla. La columna se detuvo en tanto que la primera centuria empezaba a abrirse camino por los escombros de la torre de entrada. Delante de ellos, a ambos lados, los piratas disparaban flechas y proyectiles de honda y lanzaban piedras y jabalinas contra las abarrotadas filas de infantes de marina. En el preciso instante en que Cato miraba, un proyectil alcanzó al centurión que iba en cabeza y su casco de cimera roja cayó, perdiéndose de vista entre el hervidero de armaduras y extremidades que intentaban cruzar a duras penas por encima de los restos de piedras y madera que llenaban el foso. Derribaron a más soldados, pero los supervivientes siguieron adelante a toda costa, desesperados por traspasar la lluvia de proyectiles y atacar la línea de piratas que les aguardaba al otro lado. La segunda centuria iniciaba su avance por la cuesta de escombros cuando el grupo de Vespasiano alcanzó la retaguardia de la columna. Vespasiano gritó una orden para que los infantes de marina se hicieran a un lado y condujo a sus hombres más cerca de los muros. Se detuvo en el pequeño hueco existente detrás de la siguiente centuria, que esperaba su turno para penetrar en la brecha. Frente a ellos, la segunda oleada de infantes de marina estaba recibiendo un vapuleo similar al de la primera y los cuerpos desparramados por los escombros aún dificultaban más el avance.

—¡Cuidado! —gritó alguien a la derecha de Cato, que tuvo el tiempo justo para volverse y observar cómo otra pesada saeta azotaba el flanco de la columna, rasgando a unos cuantos infantes de marina antes de perder impulso. Cato se fijó en las expresiones adustas de los soldados que tenía alrededor, algunos mostraban signos claros del miedo que les cerraba el estómago mientras aguardaban su turno de avanzar. Por delante de ellos, los hombres de la segunda centuria flaqueaban. Varios de sus miembros ya estaban en el suelo, agachados debajo de sus escudos, nada dispuestos a seguir el asalto. El resto habían aflojado el paso, de forma instintiva, aun cuando ello disminuía sus posibilidades de supervivencia, y en aquellos momentos empezaban a retirarse de la brecha con los escudos levantados.

Vespasiano se dio cuenta de la situación enseguida y, volviendo la cabeza, bramó por las filas de los infantes de marina:

—¡Cuando lo ordene..., avance general!

Cato, Macro y todos los infantes de marina de la columna agarraron con firmeza los puños de sus espadas y embrazaron sus escudos. Cato notó que, a su lado, Segundo temblaba ligeramente, pero el agente imperial tenía su espada lista y mantenía su lugar entre el destacamento de asalto del prefecto. No había duda de que aquélla era su primera experiencia en una acción semejante. Cato recordaba muy bien la primera vez que entró en combate cuando, todavía recluta novato, había irrumpido como una exhalación en el corazón de una aldea germana enemiga junto a un vociferante centurión Macro. Había participado en muchos más combates desde entonces y, sin embargo, todavía sufría la tensión en la garganta, la sensación de náusea en la boca del estómago y la extraña y vertiginosa euforia en la cabeza que ya le resultaban familiares.

—¡Avanzad! —bramó Vespasiano.

La columna avanzó poco a poco, a paso lento, y la primera fila fue subiendo por la pendiente de escombros hacia el hueco de unos seis metros de ancho de la muralla. Cato, al igual que los hombres que lo rodeaban, alzó su escudo, lo inclinó sobre su cabeza y se abrió camino hacia delante sobre la grava del paso elevado. Luego, al llegar a los escombros dispersos por el borde del foso, la grava dio paso a piedra machacada y a pedazos de roca. Cato tuvo que mirar hacia abajo mientras ascendía con cuidado por la cuesta. Por encima de ellos llegaban los gritos y abucheos de los piratas, que acribillaban la columna con proyectiles que golpeteaban ruidosamente en los escudos de los atacantes. Una flecha alcanzó el tachón del escudo de Cato con una fuerte vibración y salió desviada hacia un lado. En torno a él oía los resoplidos de los infantes de marina que subían a duras penas por la cuesta mientras sus botas buscaban con desesperación un punto de apoyo en la mampostería suelta. Sin embargo, los piratas no fallaban sus lanzamientos y los soldados tropezaban y caían dando gritos ahogados y alaridos de dolor. Junto con los montones de astas de flecha y jabalina desparramados por el suelo, los muertos retrasaban aún más el avance de sus compañeros, que intentaban subir como podían y penetrar por la brecha.

—¡Seguid adelante! —chilló Vespasiano por encima del estruendo—. ¡Seguid adelante!

—¡Vamos, Cato! —gritó Macro a unos cuantos pasos por delante de él—. No te separes de nosotros.

Cato se obligó a seguir y envainó la espada para tener una mano libre con la que trepar por encima de los escombros. Luego el terreno se niveló. Al levantar el escudo a un lado, observó con los ojos entornados las siluetas de unos hombres en el muro medio desmoronado, negras contra el pálido cielo del amanecer. De

inmediato, algo pasó zumbando por los aires junto a su cabeza, un proyectil de honda astilló un pedazo de mampostería y un fragmento de piedra le hizo un corte en la mejilla, justo debajo de la cuenca del ojo.

–¡Mierda! –Vaciló al notar una sensación como la de un hierro candente, pero enseguida supo que no debía parar y siguió adelante sin saber muy bien cómo, por sobre los cascos, hacia la ciudadela. Por debajo de ellos, a través del hormiguero de cuerpos con armadura y escudos, se fijó en que los piratas los estaban esperando. Los infantes de marina, tras atravesar el diluvio de proyectiles, se colocaron los escudos al frente mientras se abrían camino y se deslizaban por los escombros hacia el enemigo. Al otro lado de la torre de guardia en ruinas, se abría una calle ancha, pero los piratas habían bloqueado todas las rutas que conducían a la ciudadela con un burdo parapeto levantado con escombros, toneles y montones de muebles. Las entradas de los edificios se habían sellado con sólidos maderos clavados en las puertas. Un puñado de soldados muertos y heridos yacían ya frente a las barricadas: los pocos supervivientes a la dura prueba de cruzar la brecha pertenecientes a las dos primeras centurias.

–¡Volved a formar filas! –gritó el prefecto. Los centuriones y optios transmitieron las órdenes de inmediato y los infantes de marina se colocaron en posición, formando unas filas apretujadas con los escudos al frente y las jabalinas en ristre.

–¡Esos hombres que están en el muro! –Vespasiano señaló a los piratas apiñados en la muralla a ambos lados de la brecha–. ¡Abatidlos!

Los infantes de marina que estaban en el interior de la ciudadela se volvieron hacia los piratas situados por encima de sus cabezas, echaron hacia atrás los brazos de las jabalinas y lanzaron su descarga de afiladas picas. Los piratas estaban muy apretados y no tuvieron tiempo de darse la vuelta para escapar. Sucumbieron a montones, y cayeron atravesados por las jabalinas, desde los muros. Al desaparecer el peligro en lo alto, la columna de soldados entró en tropel por la brecha. Antes de que los piratas pudieran abalanzarse contra las filas de hombres que ya habían roto sus defensas, Vespasiano gritó la orden de avance y los infantes de marina siguieron adelante, con paso seguro hacia el enemigo refugiado detrás de su barricada. Los soldados que todavía conservaban sus jabalinas las lanzaron entonces contra las densas filas de piratas apiñados en las calles tras las barricadas, luego desenvainaron sus espadas y las empuñaron con firmeza, listos para golpear con ellas.

Cato y Macro se hallaban a un lado, con el resto del pelotón de asalto del prefecto, y para reunirse con ellos Vespasiano se abrió camino a la fuerza por entre los infantes de marina que avanzaban.

–¡Segundo! ¿Por dónde?

El agente imperial echó un vistazo a la plaza y señaló hacia una calle estrecha que había a mano derecha. – Por ahí.

Vespasiano asintió.

–¡Bien! Macro, Cato, coged algunos hombres y quitad de ahí esa barricada.

Los dos centuriones se acercaron a paso ligero a la centuria de infantes de marina que acababa de entrar en la ciudadela. Su optio, un veterano de aspecto curtido, estaba ocupado intentando que formaran filas, como si estuviera en una plaza de armas, e insultando a un desventurado jovencito.

–¡Eres un jodido desastre! Átate esa correa del casco antes de que yo mismo te arroje a los piratas!

–¡Optio! –lo llamó Macro.

El soldado se giró, se puso en posición de firmes y apenas se movió cuando una flecha lanzada desde una de los parapetos le pasó zumbando por encima de la cabeza.

–¡Sí, señor!

–Necesito cuatro secciones, ahora mismo. Hazlas formar frente a esa barricada de allí.

–¡Sí, señor! –El optio se dio la vuelta y gritó una retahíla de órdenes al grupo de soldados más próximo, que estaba atravesando la brecha con afán. Macro y Cato miraron hacia la barricada, con los escudos levantados, e inspeccionaron las defensas enemigas.

–¿Cómo vamos a hacerlo? –preguntó Cato.

–Igual que siempre, vamos directos hacia el centro y los arrollamos. –¡Ah! Habló el maestro de la táctica.

–¿Tienes una idea mejor, listo?

–No...

Con un fuerte golpeteo de sus botas claveteadas sobre los adoquines, el optio condujo a sus hombres y los formó en un bloque compacto, con los escudos levantados y listos para entrar en acción. A sus espaldas, Cato observó que el resto de los infantes de marina arremetían contra las barricadas enemigas –una bulliciosa concentración de hombres equipados con armas y armaduras–, en tanto que las piedras y los

pedazos de madera volaban por encima de las cabezas en ambas direcciones y las filas de piratas e infantes de marina situados más atrás intercambiaban proyectiles.

Macro esperó a que la formación se detuviera y entonces agitó el brazo con la espada en alto para llamar su atención por encima del ruido de la batalla que resonaba en los edificios de la plaza.

–Tenemos que despejar esa barricada. ¡Atacad con fuerza! Cuando se disuelvan, id tras ellos. No hagáis prisioneros. ¡En cuanto se termine, sois libres para ir a por vuestro botín!

Ante ese último comentario, los infantes de marina lanzaron una ovación y se prepararon para la siguiente orden.

–¡Adelante! –chilló Macro, y Cato y él se colocaron en primera fila mientras la pequeña formación avanzaba lenta y decidida hacia la barricada.

Los piratas los vieron venir con diversas expresiones. Cato se fijó en que algunos de aquellos hombres tenían un aspecto frío y desdeñoso, otros mostraban unos ojos desorbitados y gritaban y escupían con ira contenida. Y otros parecían estar igual de aterrorizados que él. –¡Levantad los escudos! –gritó Macro, y Cato tuvo el tiempo justo de alzar el suyo antes de que una lluvia de piedras chasqueara y golpeteara contra los escudos de la primera fila. Poco daño pudieron causar contra las amplias superficies que embrazaban los infantes de marina y la formación ni siquiera aminoró el paso bajo la descarga. Macro les ordenó que se detuvieran al llegar a la barricada y las piedras dieron paso a las lanzadas y cuchilladas de las pesadas hojas curvas de las espadas piratas.

–¡Cato! Échame una mano aquí.

Macro señaló en la base de la barricada un enorme arcón de herramientas. Una pesada asa metálica sobresalía de su parte delantera y Macro enfundó la espada y la agarró. Cato también guardó su arma y ayudó a su amigo.

–¿Preparado? –Macro lo miró–. Uno..., dos..., ¡tira!

Tiraron con todas sus fuerzas y la madera raspó los adoquines cuando el arcón empezó a moverse.

–¡Vamos! –gruñó Macro con los dientes apretados–. ¡Tira!

De repente, el asa se desprendió de la pared del arcón de madera y estuvo a punto de derribar de espaldas a los dos centuriones. Macro recuperó el equilibrio y soltó una maldición cuando, por encima del borde de su escudo, observó que una gran parte de la delantera del cofre había cedido junto con el asa. Apretó el puño con momentánea frustración y estaba a punto de buscar otro asidero para intentarlo de nuevo cuando se oyó un crujido de protesta y la tapa cedió, hundiéndose encima del arcón y llevándose con él toda una sección de la improvisada barricada.

–¡Ahí está! –gritó un triunfal Macro–. ¡Ahora saquéenoslo de ahí y vayamos a por esos cabrones!

Los piratas, desesperados, dirigían sus golpes contra los romanos, pero con poco efecto, puesto que la segunda fila de infantes de marina se inclinó hacia delante para cubrir a sus compañeros con sus escudos. Macro y Cato sacaron pedazos de la barricada y los arrojaron a un lado, desde donde los soldados volvían a lanzarlos a la plaza. En un santiamén, la barricada ya no fue más que un escombros entre los dos bandos y Macro se enderezó.

–¡Adelante! –gritó, desenvainando la espada de un tirón y subiéndose a los sacos de comida apilados detrás del arcón. Cato desenvainó su arma y se encaramó al lado de su amigo. Delante de ellos discurría una riada de rostros hostiles y hojas relucientes. Cato apoyó todo su peso en el escudo y saltó a un lado, encima de algunos de los enemigos que les aguardaban. Aterrizó sobre un hombre bajo y fornido, desnudo de cintura para arriba y con la piel brillante por el aceite, que se mezclaba con el sudor hasta crear un desagradable olor a moho, el mismo que inundó el olfato de Cato el instante previo a que el pirata se desplomara a resultas del impacto, citando el centurión le hundió la espada en el estómago. Antes de que los piratas pudieran reaccionar, más infantes de marina pasaron amontonados por el hueco y saltaron entre el enemigo, estrellando sus escudos en la cara de sus adversarios y acuchillando cualquier zona de carne que quedara expuesta y al alcance de sus espadas cortas. Aunque los piratas trataron de resistir con desesperación, no pudieron competir con la fuerza y el impulso de los infantes de marina. Paso a paso, los obligaron a retroceder de la barricada y a subir por la estrecha calle del otro lado. Cato se encontró de nuevo al lado de Macro y el veterano le dirigió una sonrisa.

–¡Esto ya es otra cosa! ¡Volvemos a combatir en tierra firme!

–¡Cuidado! –gritó Cato cuando uno de los piratas se agachaba para intentar darle con la espada en las espinillas a Macro por debajo de su escudo.

El veterano centurión bajó el escudo y la hoja resonó al golpear contra el borde metálico. Luego el escudo se alzó y se adelantó cuando Macro golpeó con él el rostro del pirata, tumbándolo en seco. El hombre cayó al

suelo y el infante de marina situado a la izquierda de Macro acabó con él mediante un tremendo corte en el cráneo que le abrió la cabeza como si fuera una sandía.

A medida que los piratas iban cayendo bajo las cuchilladas, sus compañeros empezaron a alejarse poco a poco de la lucha. Los que se hallaban en la retaguardia empezaron a darse la vuelta y a echar a correr, adentrándose a toda prisa en la ciudadela para intentar buscar refugio entre sus estrechas y serpenteantes calles. El pánico se extendió por sus filas como una plaga y, momentos después, Macro y Cato quedaron uno al lado del otro, resoplando en tanto veían huir a los últimos piratas.

Macro se volvió hacia los infantes de marina.

—¡No os quedéis ahí! ¡Id tras ellos!

Los centuriones se hicieron a un lado y dejaron pasar a los soldados. Cuando su optio salió por entre la barricada en ruinas, Cato lo llamó.

—Coge al resto de tus hombres y ataja rodeando estos edificios. Con un poco de suerte saldréis detrás de alguna de las otras barricadas y podréis atacarlos por la retaguardia.

—Sí, señor.

Mientras los últimos infantes de marina pasaban junto a ellos, Vespasiano y su pelotón se acercaron a Macro y Cato.

—Bien hecho. Ahora busquemos esos rollos. ¡Segundo!

—Señor? —El agente imperial avanzó un paso y Cato vio que el hombre tenía una cuchillada ensangrentada en el brazo de la espada.

—Tú primero.

Segundo tragó saliva y asintió.

—Sí, señor. Seguidme.

El grupo se puso en marcha a paso ligero y subió por la calle hacia la torre de vigilancia que se alzaba por encima de la ciudadela. Sonó un cuerno a sus espaldas, al que de inmediato respondieron los distantes cuernos de los infantes de marina que se hallaban en el paso elevado. Pasaron junto a las entradas de algunas casas que los soldados habían abierto a la fuerza para saquear la ciudadela. Cato divisó fugazmente a tres de ellos en el interior de una casucha que se estaba viniendo abajo, matando a un pirata que intentaba defender a su mujer e hijos. Los hombres de Vespasiano siguieron adelante cuando la mujer empezó a gritar, aterrorizada, y sus gritos resonaron por la calle a sus espaldas. Cato miró a uno y otro lado en todas las intersecciones y reparó en más infantes de marina que echaban las puertas abajo y daban caza a hombres, mujeres y niños que intentaban huir o arremetían contra los que eran demasiado lentos en escapar.

—¿Falta mucho? —preguntó Vespasiano, sin aliento.

—Ya casi estamos, señor.

De pronto salieron a una pequeña plaza y casi se topa-ron con una pandilla de piratas que avanzaban en dirección contraria. Los dos grupos se detuvieron con brusquedad y por un momento se quedaron en silencio, sobresaltados. Entonces Cato abrió la boca y les rugió al tiempo que arremetía contra ellos con la espada en alto. Los piratas echaron un vistazo al arma ensangrentada y a la salvaje expresión del rostro del centurión, se dieron la vuelta y salieron corriendo por una de las calles laterales que daba a la plaza.

Cato les persiguió una corta distancia antes de detenerse y apoyarse en el borde del escudo para recuperar el aliento. A sus espaldas oyó que Macro se reía a carcajadas. El resto del grupo hizo lo mismo y Cato levantó el escudo y regresó con ellos, con las mejillas coloradas.

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia?

—¡Nada! —Macro meneó la cabeza e intentó dejar de sonreír.

—¡Bueno! —terció Vespasiano con irritación—. ¡Ya está bien! Sigamos.

Segundo cruzó la plaza en dirección a un arco tras el cual se alzaba la torre de vigilancia. En la plataforma de arriba, los sirvientes de una catapulta habían divisado al pequeño grupo de romanos y empezaron a girar su arma para apuntarlos con ella. Los infantes de marina se apresuraron a colocarse detrás del prefecto y de Macro, Cato se quedó en la retaguardia.

—¡Vamos, asesino! —pidió Macro que, con una sonrisa burlona, le dio un suave empujón a su amigo—. Déjame unos cuantos a mí, ¿de acuerdo?

El grupo se acercaba al arco cuando tres figuras salieron corriendo por debajo de él, una de ellas cargada con una pequeña caja. Cato extendió el brazo.

—¡Señor! ¡Mire! Telémaco y Ajax. —Cato dio un respingo al reconocer al tercer hombre—. ¡Y ése es Minucio!

–¿Minucio? –Vespasiano alzó su espada—. A por ellos. Los tres hombres se dieron la vuelta de pronto y volvieron a pasar corriendo por el arco, en tanto que Vespasiano y los infantes de marina echaban a correr tras ellos. Como Minucio y los dos piratas no iban cargados con la armadura, cuando Vespasiano y los primeros de sus soldados irrumpieron por el arco, ellos ya habían desaparecido. Macro y Cato acababan de entrar en el patio que había al otro lado y en ese instante la catapulta de la torre de vigilancia disparó. La saeta dio en la mampostería superior del arco e hizo caer una lluvia de escombros sobre ambos centuriones, que salieron cubiertos de polvo y tosiendo y corrieron hacia la base de la torre.

Vespasiano echó un vistazo por el patio y luego se volvió hacia Segundo.

–¿Dónde pueden haber ido? ¿Hay otra salida?

–No, señor. Tienen que estar abajo en los almacenes o en la torre de vigilancia.

–Bien... –Vespasiano se volvió hacia sus soldados y señaló la entrada de los almacenes, junto al arco—. ¡Primera sección! Allí. ¡Buscadlos bien!

Seis infantes de marina se separaron, salieron disparados por el patio, cruzaron la entrada y bajaron con estrépito las escaleras hacia la penumbra. El prefecto se dirigió a Segundo.

–¿Cómo entramos en la torre de vigilancia?

–Por el lateral, señor. Hay una puerta. Luego por las escaleras y a la izquierda.

Vespasiano condujo a los demás hacia la esquina de la torre, se asomó y les hizo señas a sus hombres para que se acercaran. Cuando estuvieron reunidos junto a la puerta, levantó el pestillo y la empujó para abrirla, listo para atacar a cualquiera que estuviera al otro lado, pero el hueco de la escalera estaba vacío, por lo que les indicó por señas a los soldados que entraran y subieran por las escaleras. Sólo quedaban cuatro hombres de la segunda sección. Antes de llegar a mitad de camino de las escaleras, Cato oyó un ruido de pasos dentro del edificio: eran los servidores de la catapulta, que arremetieron contra los infantes de marina.

Cato se abrió paso por la entrada, cerca de Macro y Vespasiano, y al mirar hacia arriba, la brillante luz que entraba por una ventana situada en lo alto de las escaleras lo hizo parpadear. Apareció fúgamente una figura, empuñando una ligera espada curva que destellaba con la luz, y se oyó un gruñido cuando el primero de los infantes de marina cayó muerto. El soldado que iba detrás de él apartó el cuerpo de su compañero de un empujón, alzó el escudo, subió a toda prisa los últimos tres escalones y se abalanzó contra el pirata en lo alto de las escaleras. El hombre perdió el equilibrio, retrocedió tambaleante hacia el marco de la ventana y cayó por ella con un grito desgarrador. Antes de que el infante de marina pudiera recuperarse, un segundo pirata le clavó una lanza en el costado que le atravesó la cota de malla y penetró en sus tripas. Cayó en el rellano, soltando la espada y el escudo, tratando de agarrar el asta del arma que lo había herido de muerte.

Al pie de las escaleras, Vespasiano empujó al hombre que tenía delante.

–¡Sube! ¡Vamos! ¡O estamos muertos!

Los dos infantes de marina se agacharon detrás de los escudos mientras subían al rellano y torcían por el pasillo. Vespasiano y los demás subieron deprisa tras ellos con el corazón palpitante. Al doblar la esquina, Cato distinguió un largo y amplio pasillo, iluminado por unos sesgados haces de luz que entraban por los postigos abiertos de las ventanas que había a un lado de la torre. Al fondo, otra escalera llevaba al tejado. En medio se encontraban varios piratas arremetiendo a diestro y siniestro contra los escudos de los infantes de marina que intentaban abrirse camino a la fuerza por el pasillo.

–¡Hacedlos retroceder! –gritó Macro, y pasó corriendo junto al prefecto y Segundo para sumar su fuerza a la de los soldados. Las paredes enlucidas amplificaban y devolvían el eco del entrecocar de las espadas y del sonido sordo de los golpes que sólo encontraban la dura superficie de algún escudo. En aquel reducido espacio, las espadas cortas de los romanos demostraron su eficacia, los primeros dos piratas cayeron enseguida y los infantes de marina se precipitaron por encima de sus cuerpos para atacar a los supervivientes.

Se abrió una puerta al fondo, por detrás de los piratas, y Minucio se asomó al pasillo. Llevaba una bolsa de cuero agarrada con firmeza contra el pecho y dirigió una mirada desesperada a los hombres que luchaban en el corredor antes de echar a correr hacia la escalera de la torre.

–¡Ese cabrón es mío! –bramó Macro, al tiempo que extendía el brazo con fuerza y alcanzaba a uno de los piratas en el cuello. El bandido cayó con una mano aferrada a la garganta en un vano intento por contener los chorros de sangre que manaban de sus venas cercenadas. No obstante, al deslizarse hasta el suelo, le hincó la espada en la entrepierna a Segundo. Con un quejido de angustia, el agente romano se desplomó encima del pirata, con lo cual la hoja penetró aún más. Cayó contra la pared con la boca abierta. Vespasiano hizo ademán de colocarse en el hueco, pero Cato lo retuvo agarrándolo del brazo.

–¡No, señor! ¡Déjeme a mí!

Antes de que el prefecto pudiera protestar, Cato pasó por su lado, apartándolo con un gesto brusco, echó el escudo hacia delante y corrió hacia el pirata que tenía enfrente. No hubo técnica ninguna. Simplemente chocó contra aquel hombre, tiró una estocada y, al notar la sacudida del impacto en el antebrazo, hizo girar el mango y luego tiró de él. El pirata se desplomó con un resoplido y cayó contra las tablas del suelo. Su espada repiqueteó a su lado y alzó un brazo, rogando clemencia. Tras él, los piratas que quedaban retrocedieron ante los romanos, arrojaron sus armas y levantaron los brazos.

Vespasiano le dio unos golpecitos en el hombro al último de los infantes de marina.

–¡Vigílalos! ¡Macro!

–¿Señor?

–Ve a por Minucio.

–Será un placer. –Macro apartó a los piratas de un empujón, corrió hacia la alejada escalera, subió con estruendo los escalones y se perdió de vista.

–Cato, ven conmigo. –Vespasiano mantenía su espada preparada y se acercó a la entrada por la que había salido Minucio momentos antes. El centurión miró por encima del hombro del prefecto y vio una amplia estancia más allá. En la esquina más alejada, en el extremo de una mesa grande, estaban Telémaco y su hijo. A los pies de Ajax se hallaba el tribuno Vitelio de rodillas, con las muñecas atadas y la cabeza ladeada a la fuerza, de manera que su garganta quedaba expuesta a la espada de fina hoja curva que empuñaba el joven pirata.

Vespasiano entró con lentitud en la habitación con Cato a su lado.

–¡Alto ahí! –exclamó Telémaco–. Un paso más y vuestro tribuno morirá.

Cato le dirigió una mirada a Vespasiano y distinguió un amago de sonrisa antes de que el prefecto respondiera. –Supongo que quieres intentar llegar a un acuerdo. Telémaco movió la cabeza en señal de afirmación. –La vida de vuestro tribuno a cambio de la de mi hijo y la mía.

–¿En serio? Creo que debes estar confundíendome con alguien a quien el tribuno le importe algo más que una mierda.

Telémaco frunció el ceño.

–Te lo aseguro. No duraré en matarlo.

–Adelante. Es un traidor.

Por un momento reinó el silencio, mientras Telémaco entornaba los ojos intentando decidir si el prefecto lo estaba engañando. Luego le puso una mano en el hombro a su hijo.

–Hazlo sangrar un poco.

Con un atisbo de alegría, Ajax le hizo un corte en el cuello al tribuno. Vitelio profirió un grito y un hilo de sangre carmesí le bajó por la garganta.

–La próxima vez morirá –anunció Telémaco con firmeza.

Vespasiano bajó el escudo y se apoyó en el borde.

–Pues adelante, mávalo.

El tribuno miró a Vespasiano horrorizado y, con un jadeo ahogado, le rogó:

–Por lo que más queráis...

Vespasiano se encogió levemente de hombros.

–Lo lamento, tribuno. Ojalá pudiera ayudarte. Pero ya conoces la política. Nada de negociar con los piratas. Además, no he venido aquí a salvarte la vida. He venido a por lo mismo que buscabas tú.

Vitelio le sostuvo la mirada y susurró:

–Cabrón... Telémaco se dio cuenta de que el prefecto estaba dispuesto a dejar morir a Vitelio. Agarró un frasco de aceite para las lámparas de la mesa y lo arrojó contra el fuego que ardía en la chimenea. El frasco se hizo añicos en medio de un remolino de chispas, se oyó un breve silbido, las llamas se alimentaron con avidez con el aceite y se alzaron, rugientes. Mientras los demás retrocedían vacilantes ante la oleada de calor que de repente inundó la habitación, Telémaco agarró la pequeña caja negra, la abrió, cogió los rollos que había dentro y dio tres rápidas zancadas hacia las llamas, tendiendo los rollos. Se volvió hacia Vespasiano.

–¡Está bien! ¡Nuestras vidas a cambio de estos rollos!

Vespasiano dio un paso adelante. Telémaco se inclinó hacia las llamas.

–¡No puedo sostenerlos mucho tiempo, romano! Nuestras vidas a cambio de los rollos, éste es el trato. Tú nos dejas marchar. ¡Dame tu palabra o los rollos arderán!

Vespasiano apretó los dedos en el borde del escudo.

–No puedo dejaros marchar.

–Entonces pierdes los rollos. –Telémaco hizo una mueca de dolor cuando el calor le empezó a quemar la mano–. Es tu última oportunidad, romano.

Cato pasó la mirada de uno a otro y vio que ambos estaban decididos a aguantar hasta el final. Por un instante, no pudo creer que Vespasiano fuera tan insensato, pero de repente lo entendió todo. Si el prefecto dejaba que los rollos se quemaran y que mataran a Vitelio, sería posible echarle la culpa al tribuno. Al fin y al cabo, tenía la carta de Vitelio exponiendo sus planes. Claro que ahí no acabarían las consecuencias. En cuanto Narciso supiera que los rollos habían sido destruidos, Cato estaría muerto de todos modos. Sin duda, Macro compartiría su misma suerte... Cato avanzó un paso.

–Espera.

Telémaco y Vespasiano se volvieron hacia él mientras el centurión se apresuraba a añadir:

–Los rollos a cambio de la vida de tu hijo.

–¡No haré semejante trato! –exclamó Vespasiano con los dientes apretados.

–¡Señor! Es la única manera de conseguir los rollos, y Telémaco...

–Mi hijo... –pensó Telémaco en voz alta, luego le echó una mirada de reojo a Áyax y Cato supo que había acertado. Ése era el punto débil del pirata: su amor por su hijo. La mirada de Telémaco volvió a posarse con rapidez en Vespasiano.

–¿Mi hijo a cambio de los rollos?

Vespasiano le sostuvo la mirada con una expresión fría y despiadada. Áyax se volvió hacia su padre.

–¡No! ¡No lo permitiré! ¡No puedes hacerlo, padre!

–¡Cállate! –le espetó Telémaco–. ¿Y bien, romano? Vespasiano miró los rollos un instante y luego asintió con lentitud con la cabeza.

–¡Dame tu palabra, romano! ¡Dame tu palabra!

–Tienes mi palabra...

–¡Ahhh! –Telémaco dejó escapar un grito de dolor, retiró las manos de las llamas a toda prisa y arrojó los rollos al suelo.

–¡Cógelos! –gritó Vespasiano, y Cato avanzó, recogió

los rollos y retrocedió sosteniéndolos entre sus brazos. Telémaco hizo una señal con la mano a su hijo. – Suelta al tribuno. Desátalo.

Áyax miró a su padre como atontado por el horror mientras la hoja le temblaba en la mano. Luego miró a Vitelio con una expresión de odio amargo. Por un instante, Cato tuvo la seguridad de que iba a cortar el cuello al tribuno... Entonces Áyax se inclinó hacia delante, alargó la mano y cortó las cuerdas que rodeaban las muñecas de Vitelio. Cuando se rompieron las ataduras, Vitelio se alejó a gatas del pirata y se dirigió hacia los demás romanos. En cuanto estuvo a una distancia prudencial, se puso de pie con rigidez, resoplando, y se encaró a Vespasiano.

–No lo olvidaré –le amenazó en voz baja– mientras viva.

–Yo tampoco. –Vespasiano sonrió con languidez–. Una oportunidad perdida, sin duda.

Cato evitó fijarse en los dos aristócratas. En la estancia reinaba una tensión en extremo peligrosa y deseaba ardientemente permanecer lo más inadvertido posible. Mientras mantenía los rollos apretados contra su pecho, Cato miró a los dos piratas. Tras un momento de vacilación, Telémaco se acercó a su hijo y le pasó con suavidad el brazo por los hombros. Áyax se lo quedó mirando, dolido y desesperado; las lágrimas brillaron en sus ojos antes de dejar caer el cuchillo y abrazar a su padre en el momento en que todo el dolor de la derrota, todo el tormento que había sufrido a manos de Vitelio y el terrible sacrificio de su padre por fin lo abrumaron. Su pecho se agitó con un gemido animal y vertió su dolor en los pliegues de tela del hombro de su padre.

* * *

Macro salió al tejado moviéndose con cautela, asomándose por la puerta antes de saltar por ella y darse raudo la vuelta, con la espada ya preparada para arremeter contra la primera señal de peligro. Sin embargo, en el tejado de la torre de vigilancia sólo había otra persona. Minucio le sonrió con aire vacilante desde la esquina más alejada.

–Macro, tenía la esperanza de que fueras tú.

–¿En serio? –Macro mantuvo la espada alzada y se acercó poco a poco al traidor.

–¡Oh, sí! Mira, no tenemos mucho tiempo.

–Te equivocas. –Macro movió la cabeza en señal de negación–. Te has quedado sin tiempo, Minucio. Ya eres fiambre.

–¡Espera! –Minucio levantó una mano. Tenía el puño apretado en torno a los cordones de los que colgaba una bolsa de cuero–. ¡Aquí dentro hay una fortuna! Piedras preciosas, oro. ¡Es tuya!

–¿Mía?

–Si me ayudas a escapar.

Macro se rió.

–¡Escapar! Estás loco. –Señaló hacia la ciudadela con la mano que tenía libre. Los infantes de marina corrían por las calles, buscando concienzudamente todo el botín que pudieran conseguir de los piratas–. Pronto todos ellos van a saber que tú los vendiste. Y estarás muerto en cuanto te dejes ver. No puedes escapar, Minucio.

–Tú puedes esconderme. Disfrazarme. Sacarme de aquí. ¡Hazlo y serás un hombre rico!

Macro apretó los labios un momento para combatir el asco que lo invadía.

–Hay ciertas cosas a las que un hombre no puede sobrevivir. Traicionar a tus compañeros es una de ellas. Y ahora, deja la bolsa en el suelo y desenvaina tu espada.

Minucio se lo quedó mirando y bajó la bolsa, que mantuvo pegada al costado. –De acuerdo, no lo hagas por el dinero. Hazlo por Porcia. Hazlo por tu madre. Ella me quiere, ¿sabes? Me necesita.

–Deja la bolsa en el suelo.

–Por ella, Macro. Hazlo por ella, no por mí.

–¡Deja la bolsa en el suelo!

–Si me ocurre algo se le romperá el corazón.

–¡DEJA LA JODIDA BOLSA EN EL SUELO! –Macro

no esperó a oír nada más. Se agachó, volvió el hombro del brazo de la espada hacia Minucio y se acercó al traidor.

–¡Espera! –gritó Minucio–. ¿Qué demuestra esto?

¡Ambos sabemos que tú peleas mejor! ¡No tengo ninguna posibilidad!

–Entonces morirás.

Minucio soltó la bolsa y cayó de rodillas, con los brazos extendidos hacia Macro.

–¡Por lo que más quieras! ¡Piensa en tu madre!

Macro alzó la espada, decidido a matarlo allí mismo. Se quedó mirando al desdichado traidor por un instante, tras el cual apretó los dientes y bajó el arma.

–¡Levántate!

Minucio lo siguió con los ojos muy abiertos y ardientes de esperanza.

–No lo lamentarás, Macro.

–¡Levántate!

Minucio se puso de pie de un salto, sonriendo con nerviosismo.

–¡Bendito seas! Sabía que eras un buen hombre. Un buen hijo. Tu madre y yo nunca olvidaremos esto.

–¿Quieres ayudar a mi madre?

–¿Cómo dices? ¡Sí! Por supuesto. Por supuesto que sí. La amo.

–Muy bien. La amas. –Macro asintió con la cabeza. Se inclinó por el lado de la torre y miró hacia abajo. La pared descendía en vertical sobre los acantilados del precipicio, en una caída directa hacia el mar, donde las olas dibujaban una espuma blanca al chocar contra las rocas. No había ninguna posibilidad de sobrevivir a una caída desde aquella altura. Se irguió y miró a Minucio–. Si la amas, entonces salta.

–¿Qué?

–En cualquier caso, vas a morir. Te mato yo y te ahorro una ejecución multitudinaria y humillante o puedes saltar y prometo que haré todo lo posible por ocultar la clase de hijo de puta traidor que has sido. –Macro le dirigió una sonrisa forzada–. Por mi madre, ya me entiendes.

–No lo dirás en serio, ¿no?

–Totalmente. Bueno, no tenemos mucho tiempo. Los demás llegarán en cualquier momento para ver lo que ha ocurrido. Si todavía estás en el tejado, te entregaré a ellos. Ya sabes lo que eso significa.

Minucio se mordió el labio inferior y apretó las manos.

–Macro, te lo estoy suplicando.

–Haznos un favor a todos. Salta.

–No..., no puedo. Tengo miedo.

–¡Mala suerte!

Un débil grito resonó por las escaleras. Una segunda vez. La voz de Cato llamando a Macro. Sin apartar la mirada de Minucio, Macro gritó:

–¡Aquí arriba!

El sonido de unas botas resonó en la escalera. Macro hizo un gesto muy significativo con la cabeza hacia la pared de la torre de guardia y enarcó las cejas. El rostro de Minucio se arrugó con agónica desesperación y el hombre negó con la cabeza.

–Tú mismo. –Macro se encogió de hombros, retrocedió unos cuantos pasos y se volvió hacia la escalera. Llegó a ella cuando Cato cruzaba sin aliento la entrada, espada en ristre.

Macro levantó la mano.

–¡Tranquilo! ¿Todo en orden ahí abajo?

Cato asintió con la cabeza mientras recuperaba el aliento.

–¿Encontrasteis los rollos?

–Sí... ¿Dónde está Minucio?

Macro se dio la vuelta. El traidor había desaparecido. Lo único que quedaba era la bolsa de cuero en un arrugado montón junto a la pared. Macro se quedó mirando a la pared un momento antes de responder.

–¿Minucio? Estaba aquí ahora mismo. –Macro meneó la cabeza–. Supongo que ese viejo cabrón debe de haber volado...

CAPÍTULO XLIV

Al cabo de seis días la flota regresó a Rávena. Al principio, sus habitantes se alegraron sobremanera cuando la noticia de que se habían avistado los barcos se extendió por la ciudad. Las multitudes corrieron al puerto y a los malecones para saludar con la mano a la flota que se acercaba. Los familiares de los marineros e infantes de marina se concentraron a las puertas de la base naval, impacientes por reunirse con sus parientes. La flota realizaba la última aproximación a la entrada del puerto, se aferraron las velas, las tripulaciones bajaron los remos y acercaron las naves bogando a su paso junto a la densa concentración de barcos mercantes antes de entrar en el puerto naval.

Los trirremes iban a la cabeza de la flota y a ellos habían subido a los heridos. Maniobraron hacia el muelle y lanzaron las amarras a los hombres que esperaban en tierra para recibirlos en cada atracadero. En cuanto los trirremes estuvieron bien amarrados, se bajaron las pasarelas al muelle y empezó la descarga de los heridos. Con un continuo fluir de camillas, los maltrechos soldados eran trasladados al edificio del hospital y las parihuelas mancharías de sangre regresaban con rapidez a los barcos para recoger más bajas. Eran tantos los que debían ser trasladados en camilla que dejaron que los lesionados que podían caminar recorrieran sin muda por la base la corta distancia hasta el hospital.

Cuando empezó a hacerse patente la magnitud de las bajas, la atmósfera de celebración y alivio en Rávena se convirtió de inmediato en horrorizada desesperación y un estridente llanto empezó a oírse entre los parientes y amigos que esperaban al otro lado de las puertas. En cuanto cada trirreme dejaba su cargamento de heridos, la embarcación se alejaba del muelle y remaba con cuidado hacia afuera para echar el ancla en el puerto naval. Luego les llegó el turno a los otros barcos de descargar a sus infantes de marina y marineros exhaustos, quienes cruzaron pesadamente la plaza de armas hacia sus barracones, con el único deseo de tener la oportunidad de comer algo caliente y relajarse un rato en la casa de baños. Los que tenían familia se mostraban ansiosos por hacerles saber que estaban bien, pero hasta que no hubieran limpiado su equipo y lo hubieran guardado de la forma debida, sus oficiales no les permitirían abandonar la base.

Los últimos en bajar a tierra fueron los prisioneros: largas filas de hombres, mujeres y niños encadenados. Los sacaron de las malolientes bodegas de los buques de guerra y los hicieron bajar por las pasarelas, empujándolos hacia uno de los almacenes que iba a servir de prisión temporal. Allí esperarían la visita de los agentes de los tratantes de esclavos, que inspeccionarían la mercancía y prepararían las pujas para sacar el mejor precio en la subasta que tendría lugar al cabo de unos días. La recaudación de las ventas, así como el botín del que se habían apropiado en la ciudadela pirata, harían ricos a muchos de los soldados, la mayoría de ellos oficiales. Otros depositarían sus ganancias en el banco, para ahorrar para el retiro o para aumentar la cantidad con la que participaban en los fondos funerarios. Muchos de los hombres estaban ansiosos por despilfarrar una pequeña fortuna en bebida y prostitutas en cuanto les dieran permiso para salir de la base.

Macro y Cato observaron las maniobras hasta que se descargó el último de los prisioneros. Al final de la hilera de hombres sucios encadenados estaba Áyax, que intentaba mostrarse orgulloso y desafiante mientras lo conducían hacia un duro e incierto futuro. No había demostrado ninguna emoción cuando su padre, así

como los trierarcas supervivientes de la flota pirata, habían sitio crucificados; clavados por las muñecas y los tobillos antes de que los ataran a las cruces de madera que se alzaron a lo largo del cabo frente a la ciudadela. Al otro lado de la bahía, unas grandes nubes de humo se elevaban hacia el cielo, procedentes de los fuegos que los infantes de marina habían prendido en las devastadas ruinas de la ciudadela.

Cuando la flota romana se había alejado de la bahía, Cato se había quedado un momento en el pasamanos de popa de su barco, oyendo el sordo rugido de las llamas y los débiles gritos de agonía de los hombres que colgaban de los brazos de las cruces en el cabo. Luego se había dado la vuelta con una sensación de náusea en la boca del estómago y no quiso mirar atrás.

Ajax cruzó la mirada con él cuando bajó a la costa y vaciló un instante, de modo que Cato estuvo tentado de intentar ofrecerle algo de consuelo. Entonces, el infante de marina que estaba en la cola de la desgana columna lo empujó y el joven fue dando traspiés tras los otros prisioneros.

–No vayas a sentir pena por él –le reconvinó Macro en tono suave–. Es un pirata. Ya sabía cómo eran las cosas.

–No me da pena.

Macro sonrió. Conocía lo suficientemente bien a su amigo como para saber que no era así. –Si tú lo dices... Sólo recuerda que, si se hubiera invertido nuestra suerte, dudo que hubieran tenido clemencia Con nosotros.

–Lo sé.

–Además, le irá bien. Tiene el temple necesario para llegar a ser un buen guardaespaldas, o un gladiador, tal vez. No te preocupes por él.

–No lo hago –repuso Cato con firmeza, volviéndose hacia Macro–. Eres tú quien me preocupa. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Sabes que se le va a romper el corazón.

Macro asintió con la cabeza.

–Vespasiano me dio permiso para quedarme aquí unos días. Os seguiré hasta Roma cuando ella se haya tranquilizado. ¿Cuándo os vais?

–En cuanto el prefecto haya transferido su mando. Está dejando órdenes para que Décimo dé caza a Rufio Polo y a nuestro amigo Enobarbo.

–¿A Enobarbo?

–Parece ser que Polo y él han estado trabajando para los Libertadores. Enobarbo estaba intentando llegar a un acuerdo con los piratas por los rollos. Cuando volví a buscar al resto de la flota dejé instrucciones para que lo arrestaran. Supongo que debieron de advertirle a tiempo para que escapara. De todas formas, en cuanto Vespasiano termine, nos iremos. Los caballos ya están ensillados.

–¿Y los rollos?

Cato sonrió.

–Los va a llevar Vespasiano en persona. Por lo visto, no quiere confiárselos a nadie más.

–No lo culpo. Sólo espero que no le dé la espalda a Vitelio. –No te preocupes por Vitelio –repuso Cato–. Lo vigilaré de cerca.

–Hazlo.

Permanecieron un momento en silencio, mirando cómo se llevaban a Áyax y a los demás hacia el almacén. Entonces Cato se dio la vuelta y extendió el brazo.

–Te veré en Roma. Ven a casa de Vespasiano. Dice que nos alojará en ella hasta que tengamos un nuevo destino.

Macro le estrechó el antebrazo a su amigo.

–Seguro que será mejor que el nido de ratas que alquilamos en Roma.

Ambos sonrieron al recordar la espantosa habitación que habían alquilado.

–Buena suerte, Macro.

–Buen viaje, Cato.

El joven oficial asintió con la cabeza y se alejó, marchando con rapidez por la plaza de armas hacia el edificio del cuartel general. Macro lo observó durante un momento y luego se encaminó hacia su cuartel. Todavía tenía muchas cosas que hacer antes de poder permitirse el lujo de abandonar la base para dirigirse a Rávena y darle la noticia a su madre. Aquella desagradable tarea le pesaba en el corazón como una enorme pesa de plomo; antes preferiría pasarse un año de fajina que abordar a su madre y contarle la muerte de Minucio.

Ya había oscurecido cuando Macro tuvo la sensación de que había cumplido con sus obligaciones hasta el punto de poder justificar su salida de la base para el resto de la noche. Al menos eso fue lo que se dijo a sí

mismo. Se había ido enfrascando en tareas cada vez más rutinarias y los oficiales subalternos habían empezado a dirigirle miradas

Curiosas, e incluso el propio Macro empezó a darse cuenta de que su aparente dedicación al trabajo parecía de lo

más desacostumbrada. Así pues, encargó las tareas restantes a un optio, cogió su capa, la bolsa del cinturón y la alforja y se encaminó hacia el puerto. Al salir por la pequeña

puerta que había junto al portón principal, se encontró

con una numerosa multitud que hacía todo lo que estaba

en su mano por acercarse a las tablillas allí colgadas y en

las que constaban los nombres de los muertos y heridos.

Unos ojos desesperados recorrían las listas, no encontraban ningún nombre y volvían a mirar para asegurarse antes

de escabullirse y dar gracias porque alguna persona querida estuviera a salvo. Otros leían la lista con una angustiada sensación de inevitabilidad antes de encontrar aquello que más temían ver y se retiraban presos del dolor,

sollozando y gritando, o simplemente demasiado aturridos para creer la prueba que tenían ante sus propios ojos.

Macro se abrió camino entre el gentío con suavidad,

ansioso por alejarse de aquellas personas destrozadas y sin

embargo, demasiado abrumado por el sentimiento de culpa por su propia supervivencia como para afectar un brusco fatalismo. Al final se libró de ellos y avanzó por el muelle, caminando despacio mientras intentaba pensar en la

mejor manera de decirle a Porcia que Minucio había muerto. Pero no había ninguna manera fácil. ¿Cómo podía

haberla? La naturaleza de la muerte de Minucio todavía

era más penosa. Macro quería, al menos, ahorrarle ese detalle pero sabía que una traición tan grande no se mantendría en secreto durante mucho tiempo. Aunque sólo un

puñado de soldados de la flota conocían toda la historia, otros poseían fragmentos de ésta y se intercambiarían rumores, y en cuanto se filtrasen, llegarían a oídos de su madre y aumentarían de manera enorme el peso de su dolor.

Torció por la calle que conducía a aquella sórdida zona de Rávena y pasó junto a una multitud de marineros mercantes borrachos que celebraban la derrota de los piratas. Por un momento estuvo tentado de detenerse y explicarles cómo eran las cosas en realidad. Que la libertad para reanudar su oficio se había comprado con las vidas de cientos de hombres buenos. Sin embargo, se dio cuenta de que era eso precisamente lo que se esperaba de ellos. El aspecto burlón de la victoria era el precio que ésta hacía pagar a los vencedores. Además, pensó con una sonrisa forzada, el hecho de detenerse supondría otro retraso más en su misión.

Demasiado pronto para su gusto, Macro se vio a sí mismo de pie frente a la calle que daba al Delfín Danzante. Se detuvo y se quedó mirando. Todavía no estaba preparado para aquello. Apretó los puños con irritación y cruzó con paso resuelto por las pasaderas que recorrían la mugre y suciedad de aquel pasaje. Respiró hondo y entró en la taberna.

Sentados por la estancia sólo había un puñado de clientes y vio a Porcia enseguida. Ella estaba de pie, medio vuelta hacia él, disponiendo las copas para los clientes de la noche, y no se percató de su llegada. Macro tragó saliva y cruzó la habitación haciendo el menor ruido posible, pero una tabla suelta lo delató con un golpe sordo antes de poder llegar al mostrador y ella se volvió a mirar.

Sus ojos se encontraron y ambos permanecieron inmóviles y sin hablar durante un rato. Luego, la mujer crispó el rostro y se apoyó en el mostrador para sostenerse.

—No..., no..., no... —Sus dedos apretaron la superficie de madera hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Macro avanzó los últimos pasos y la tomó con suavidad pollos hombros.

—Lo lamento muchísimo, madre.

Ella bajó la cabeza y Macro notó el temblor del delgado cuerpo de la mujer entre sus manos. Él levantó la vista y vio que los clientes observaban la escena con curiosidad.

—Ven conmigo, madre. Ahí atrás.

Rodeó el mostrador con torpeza, arrastrando los pies, le pasó el brazo por los hombros y la ayudó a cruzar la entrada al pequeño almacén de la parte trasera del bar. Allí, la sentó en el taburete donde la mujer hacía las cuentas. Porcia se tapó el rostro con las manos y permaneció así unos momentos, mientras los sollozos

sacudían su cuerpo. Macro guardaba silencio y la rodeaba con un brazo. Alzó su otra mano con vacilación y acarició el ralo cabello cano.

Al cabo de un rato, cesó el llanto y, un poco después, Porcia bajó las manos de pronto, irguió la espalda, sacó un trapo de los que usaba en la taberna y se secó los ojos con él.

–¿Qué ocurrió?

–Lo mataron en el asalto final.

–¿No sufrió?

–No. Fue rápido. No debió de sentir nada.

–Entiendo –asintió, como si eso lo hiciera, de algún modo, más aceptable–. Eso está bien. No me hubiera gustado que sufriera. No me hubiera... –Su rostro volvió a crisparse y más lágrimas desgarraron su anciano cuerpo antes de que lograra recuperar cierta compostura–. Era un buen hombre.

Macro guardó silencio y, por su disposición de ánimo, ella notó de inmediato que algo iba real.

–¿Qué pasa, Macro?

–No es nada. ¿Te traigo algo de beber?

–Algo de beber –Porcia lo observó con perspicacia–. Eso es lo que dicen los hombres cuando quieren evitar un tema. Macro la miró, inerte.

–¿Qué ocurrió? –preguntó ella en voz baja pero firme–. Cuéntamelo.

–No es el momento.

–¡Cuéntamelo!

Macro tragó saliva, intentó sostener la mirada penetrante de Porcia y vaciló. Bajó la vista al suelo y habló con suavidad.

–Minucio era un traidor. Estaba vendiendo información a los piratas. Llevaba meses haciéndolo.

–No.

–Sí. ¿Cómo crees si no que consiguió el dinero para todos los proyectos que tenía para el retiro?

–Dijo que lo había heredado –La mujer parecía confusa–. No podía ser un traidor. ¿Cómo podía serlo? Yo lo hubiese sabido.

–¿Me estás diciendo que nunca sospechaste de él? Porcia le lanzó un repaso fulminante y le pegó un fuerte bofetón.

–¡Cómo te atreves!

Macro se llevó la mano a la cara y se frotó la mejilla. Su madre meneó la cabeza, temblando de ira y dolor, y de desesperación.

–Macro, ¿qué va a ser de mí?

–Ya me he ocupado de eso, madre. –Puso la alforja en la mesa, desató las correas, metió la mano dentro y sacó la bolsa de cuero que Minucio había subido al tejado–. Esto era suyo. Creo que ahora deberías quedártelo tú.

Porcia se quedó mirando fijamente la bolsa de cuero. –¿Qué hay dentro?

–Oro, algunas piedras preciosas, un poco de plata.

–Más que suficiente para que puedas vivir con holgura. Todavía puedes tener esa pequeña finca en el campo.

Los ojos de la mujer siguieron clavados en la bolsa.

–¿Cómo conseguiste esto?

Macro hizo una mueca.

–Lo llevaba consigo cuando murió.

Ella levantó la mirada con un parpadeo.

–¿Estabas allí?

Macro asintió con la cabeza.

–¿Y qué pasó?

Cuando su hijo no le proporcionó una respuesta inmediata, el rostro de la mujer fue adquiriendo una expresión de horror.

–¿Qué le hiciste? ¿Qué le hiciste?

Agarró a Macro por el brazo e intentó sacudirlo. El la miró con las facciones rígidas.

–Le planteé una elección. O lo mataba yo, o dejaba que se matara él. Hizo lo mejor. Se quitó la vida. Porcia miró alarmada a su hijo.

–Júrame que no lo hiciste tú! ¡júramelo!

–Te lo prometo, madre. Yo no lo maté.

–Eso espero, por tu propio bien. –Apartó sus ojos, consumida y desconsolada–. No tienes ni idea de lo que hubieras hecho.

Macro frunció el ceño, sin entender a qué se refería. Sin embargo, Porcia guardó silencio unos instantes más, con la mirada clavada en el suelo. Macro carraspeó.

–¿Sabes qué? Podrías regresar a Roma conmigo. Desde allí no hay mucha distancia hasta Ostia... Por lo que sé, padre todavía está vivo. Porcia levantó el rostro y de repente estalló en carcajadas. El sonido de su risa era estremecedor y, en cierto modo, daba miedo. Por un momento, dio la impresión de que la mujer había perdido el control.

–¿Madre? ¿Qué pasa?

–¡Es para morir de risa! –Volvió a romper en risotadas–. ¡Para morirse!... ¿De verdad quieres que vuelva a Ostia, con ese borracho estúpido, despreciable y violento al que tú llamas padre?

Macro se encogió de hombros.

–Sólo es una sugerencia. Esperaba... –Se la quedó mirando mientras se apoderaba de él un terrible escalofrío de sospecha cuando cayó vagamente en la cuenta de que había algo extraño en lo que su madre acababa de decir–. ¿Qué pasa con mi padre?

–¿Que qué pasa? –A Porcia le temblaron los labios–. Que está muerto. Eso es lo que pasa. Tu padre era Minucio.

–No...

Ella movió la cabeza en señal de afirmación.

–Me dejó embarazada y huyó. Por eso tuve que casarme con ese bruto al que has llamado padre. Pero al cabo de unos años Minucio volvió a buscarme. Para entonces tú eras lo bastante mayorcito como para cuidar de ti mismo. Además, la situación ya era demasiado complicada –prosiguió Porcia–. A él le dije que había perdido al bebé. Nunca supo de tu existencia.

Se quedaron el uno frente al otro durante un momento. Macro meneó la cabeza. No era cierto. No podía ser cierto. No obstante, en el fondo de su ser, sabía que sí. Ella no tenía ningún motivo para mentirle. Una avalancha de recuerdos y comentarios entendidos a medias se agolparon en la mente de Macro, que levantó la mirada y volvió a cruzarla con la de su madre. La mujer hizo un gesto de afirmación y se puso de pie, le rodeó, maternal, la cabeza con los brazos y lo estrechó contra su cuerpo. Macro estaba demasiado aturdido para poder reaccionar y se limitó a cerrar los ojos con fuerza y a apretar los puños.

–Oh, mi niño..., mi chico –se lamentaba Porcia en voz baja–. ¿Qué nos has hecho?

CAPÍTULO XLV

–¡Un magnífico trabajo en todos los sentidos! –Narciso sonrió con alegría–. No podía haber pedido un resultado mejor. Tenemos los rollos, los piratas han sido derrotados y los Libertadores se han ido con las manos vacías. Es una pena que ese tal Rufio Polo y ese otro hombre, Enobarbo, se hayan escondido, pero estoy seguro de que no tardarán en encontrarlos y encargarse de ellos... ¡Oh! Os pido disculpas, tomad asiento, por favor. Mandaré que nos traigan un refrigerio. Supongo que, después de vuestro pesado viaje desde Rávena, os apetecerá comer y beber algo, ¿verdad?

Frente al secretario imperial, tres individuos despeinados, manchados de barro y luciendo unas barbas de varios días, lo miraron con cara de sueño. Vespasiano fue el primero en reaccionar.

–Sí. Nos vendría muy bien. Gracias.

Mientras Narciso llamaba a un criado y le daba las órdenes pertinentes, sus invitados se dejaron caer en los asientos dispuestos frente a la mesa del secretario imperial. Cato, consciente de su rango, esperó hasta que Vespasiano y Vitelio se sentaran para hacerlo él. En cuanto Cato se hubo acomodado, Narciso se inclinó sobre su mesa con expresión excitada.

–Bien, vamos al grano. Los rollos..., veámoslos. Vespasiano cogió el pequeño morral que llevaba al costado y desató la correa. Levantó la solapa y metió la mano dentro. Sacó los rollos, uno a uno, los fue colocando sobre la mesa y luego los empujó hacia Narciso. El secretario imperial los contempló con evidente sobrecogimiento. Entonces levantó la mirada hacia Cato.

–Supongo que ya habrás averiguado qué son, ¿no?

–Sí, señor.

Vespasiano se movió un momento.

–Yo creía que... No importa.

Narciso posaba de nuevo sus ojos en los rollos y no se había dado cuenta de la breve expresión de sorpresa del prefecto.

–Las profecías delficas –se admiró Narciso en voz baja–. Me resulta difícil creer que existan y, sin embargo, aquí están. Parece imposible.

–Casi lo fue. –Vespasiano se rascó la barbilla–. No tenéis ni idea de cuánta sangre se ha derramado para recuperar esos rollos.

–Sí, estoy seguro de que lo leeré todo en vuestros informes. –Narciso le sonrió–. Ni el emperador ni yo os vamos a parecer ingratos con vuestros esfuerzos, os lo prometo.

–Eso resulta muy tranquilizador.

A Narciso, cuya mirada había vuelto a los rollos, se le escapó ese comentario. Cato tenía la sensación de que Narciso no se atrevía a tocarlos. Era del todo comprensible, reflexionó el joven centurión. Los rollos habían sido redactados por la sibila de Delfos: eran la suma total de muchos años de lectura de los augurios y de interpretación de la voluntad de los dioses para planificar el futuro de la más grande de las naciones. Lo menos que se podía pedir en presencia de unos documentos tan venerables era un poco de humildad.

No obstante, había algo más en la expresión de Narciso, algo que preocupó a Cato. Era como avaricia, o ambición, o ambas cosas. Estaba claro que Narciso reconocía el poder que conferían los rollos. Y también había miedo, visible de modo muy obvio en la mano que se extendió y que se detuvo justo antes de que las puntas de los dedos rozaran el vetusto cuero de las fundas de los rollos.

Si los rollos tenían algún valor profético, el conocimiento de los sucesos venideros era un regalo de doble filo, y Cato se preguntaba si –de haber estado en la situación de Narciso– sus ansias de saber hubieran prevalecido sobre el miedo a saber demasiado, el miedo a saber qué le tenía reservado el destino al Imperio. Al fin y al cabo, ¿en qué beneficiaría a un hombre estar advertido de alguna gran calamidad que le sucedería al Estado, o de alguna tragedia más inmediata y personal, si no podía hacer nada para burlar semejante destino? «En ocasiones, la ignorancia puede ser una bendición», pensó Cato con una sonrisa irónica.

Observó a Vespasiano y a Vitelio y se preguntó si compartían su inquietud sobre el contenido de los rollos. Vespasiano tal vez sí. Sin embargo, resultaba difícil imaginar que los inflexibles deseos de poder que ardían en el corazón de Vitelio fueran capaces de resistir la atracción de los rollos.

Vitelio resopló.

–Vamos, adelante –le dijo al secretario imperial–. No van a morderos.

Narciso examinó al tribuno de modo inquisitivo, a continuación se inclinó hacia delante para mover los rollos por la mesa, acercándolos de nuevo a él. –Les echaré un vistazo más tarde, cuando pueda dedicarles el tiempo que merecen.

–Oh, estoy seguro de que serán una lectura muy interesante –sonrió Vitelio–, suponiendo que las profecías no compartan la predilección de nuestros adivinos por la ambigüedad y las especulaciones disparatadas. Si necesitáis ayuda...

–Me las arreglaré solo, gracias, Vitelio.

Al observar a Vitelio, Cato no pudo evitar tener la sensación de que era una suerte que Vespasiano se hubiese hecho cargo de la operación para recuperar los rollos y que los hubiera tornado bajo su protección desde el momento en que volvieron a caer en manos romanas.

Dentro de la alforja, los rollos no se habían separado del costado de Vespasiano durante todo el viaje de Rávena a Roma. Cato lo había vigilado con toda la atención posible y ni una sola vez había visto que Vespasiano toqueteara siquiera las correas que ataban la bolsa. Por supuesto, no era inconcebible que se hubiera arriesgado a echarles una ojeada rápida, una noche mientras dormían en torno a una hoguera al raso, o compartían el dormitorio de un parador imperial. Pero Cato tenía sus dudas. Vespasiano parecía sufrir del habitual real del arribista de buscar hacer siempre lo que era correcto. Si sus órdenes estipulaban con claridad que tenía que entregar los rollos a Narciso sin leerlos, costaba imaginar que Vespasiano hubiera abierto siquiera la alforja para echarles un vistazo curioso. En cambio, no se le podrían haber confiado a Vitelio. Cato no se dejó engañar por su endeble explicación sobre el intento de recuperarlos por su cuenta. El maquinador aristócrata se había inventado la historia para cubrirse las espaldas, como siempre. Cato estaba convencido de que Vitelio se hubiese quedado con los rollos si Telémaco no lo hubiera atrapado.

–Y cuando los hayáis leído, ¿qué? –preguntó Vespasiano.

–¿Qué? –Narciso frunció el ceño–. ¿Qué quieres decir?

–¿Qué pasará con los rollos? Supongo que haréis que los reúnan con los demás en el Templo de Júpiter. Narciso se rió.

–¡No haré nada semejante!

Vespasiano se quedó atónito durante un instante.

–No lo entiendo. Pensé que se trataba de eso..., de reunir los rollos.

–¿Por qué iba a querer hacerlo?

–Para que se puedan consultar.

–¿Para que los pueda consultar quién?

Vespasiano sonrió nervioso.

–El emperador. Sus sacerdotes. El Senado.

Narciso asintió con la cabeza.

–Precisamente. Tú lo has dicho por mí.

–Lo siento. No lo entiendo.

El secretario imperial se reclinó en su silla con una sonrisa en los labios.

–Si la gente tiene acceso a los rollos, podrían utilizarlos para sus propios fines políticos.

–¡Claro! –Vitelio esbozó una sonrisa burlona. Vespasiano se volvió hacia él con irritación.

–No todos somos como tú.

–No. Pero somos los suficientes. Has pasado demasiado tiempo lejos de Roma, Vespasiano. Ahí afuera hay una infinidad de senadores que ambicionan ocupar los altos cargos. –Le brillaron los ojos con malicia–. Y aunque ellos no lo hagan, puedes estar seguro de que sus esposas sí... Vespasiano bajó la vista para ocultar su preocupación.

–¿Te das cuenta de mi problema? –Narciso se inclinó hacia delante–. Sería un enorme consuelo para el emperador si todos los senadores estuvieran tan comprometidos con el servicio a Roma como lo estás tú. Sin embargo, hay muchos de ellos que antes servirían a sus propios fines. No puede permitirse que ellos sepan qué nos depara el destino a todos. Seguro que puedes entenderlo.

Vespasiano levantó la mirada.

–Lo que entiendo es que estamos perdiendo la oportunidad de tomar el futuro en nuestras manos. De ponerlo ante las mejores mentes del Imperio.

–Ah, sí –añadió Narciso–, pero las mejores mentes no siempre son las que están más bien dispuestas, no sé si me comprendes. En cualquier caso, con toda probabilidad sería demasiado peligroso confiar el futuro de Roma a las especulaciones de algún místico medio loco que fueron escritas cuando esta ciudad era poco más que una aldea. De hecho, lo que digan estos rollos no importa realmente, siempre y cuando la gente adecuada sea consciente de que existen. Entonces tendrán miedo de lo que los rollos puedan decir sobre su destino. Allí es donde radica su verdadero valor, al menos para mí y para el emperador. ¿Lo entiendes, Vespasiano?

Vespasiano asintió con la cabeza.

–¡Bien! –dijo Narciso–. Entonces también entenderás por qué no debes hablarle a nadie de ellos. Ahora mismo sólo conocen su existencia un puñado de personas. De momento me gustaría que las cosas siguieran así.

Vespasiano esbozó una irónica sonrisa.

–Por descontado, no dudaréis en utilizar el contenido de los rollos para mejorar vuestra propia posición, ¿no? Antes de que Narciso continuara hablando una breve expresión de ira pasó de modo fugaz por sus facciones.

–Yo sirvo al emperador Claudio. Igual que tú. Utilizaré los rollos para hacer que la posición del emperador sea más segura.

–Vuestra lealtad inquebrantable me conmueve, Narciso. Estoy seguro de que os mostraréis absolutamente desinteresado en la manera de utilizar la información que obtengáis de los rollos.

Se miraron el uno al otro durante un momento, y luego Narciso cruzó las manos sobre los rollos y continuó hablando.

–No voy a insultarte pidiéndote tu promesa solemne sobre este asunto. Sólo te pido que entiendas que la estabilidad del Imperio depende de este secreto. ¿Tengo tu compromiso en este objetivo?

–Supongo que, si no consiento, os desharéis de mí calladamente, ¿no?

–Por supuesto. Sería como si tú y tu linaje no hubierais existido nunca.

–Entonces consiento...

Narciso aprobó satisfecho.

–Gracias. ¿Vitelio?

Vitelio asintió enseguida con la cabeza.

Entonces Narciso dirigió sus ojos a Cato y el joven oficial notó un escalofrío de miedo que le recorría la espalda. No se engañaba y sabía que, en los asuntos de Estado, alguien como él era prescindible. No obstante, reunió el coraje suficiente para erguir la espalda y sostenerle la mirada al secretario imperial.

—Centurión, he venido observando tu carrera con cierto interés. Prometes mucho. Claro que las Parcas no siempre han correspondido con la recompensa adecuada los servicios que le has prestado al emperador...

«Eso es quedarse corto», pensó Cato, pero asintió con modestia con la cabeza.

—Estás aquí porque conoces la existencia de los rollos y necesito saber que puedo confiarte a ti y a tu amigo Macro dicha información. Estoy seguro de que entiendes la necesidad de que esto se mantenga en secreto y no vas a ganar nada si dices una palabra sobre este asunto. De hecho, lo puedes perder todo. Lo cual significa que no tendré que arreglar las cosas para que os hagan callar a ambos. Sería un terrible desperdicio de talento. Un talento que el emperador mal se puede permitir el lujo de perder. —Narciso se estiró hacia atrás en su silla y le sonrió a Cato—. Resulta, además, que necesito algunos hombres para otra tarea y que dentro de poco abandonarás Roma. Claro que el hecho de que desaparezcas de escena es un problema menor para mí en lo concerniente al secreto de estos rollos.

—¿Abandonar Roma? —Cato ladeó un poco la cabeza—. ¿Abandonar Roma para ir adónde, señor?

—Muy pronto te enterarás, centurión.

El corazón de Cato empezó a latirle más deprisa cuando un pensamiento pasó por su mente.

—¿Significa eso que ya no estoy sentenciado a muerte, señor?

Narciso movió la cabeza en señal de afirmación.

—En cuanto termine esta reunión, daré instrucciones para que se revoque la sentencia.

—¿el centurión Macro también queda libre de toda culpa, señor?

—Sí.

—Así pues, nos podrán destinar de nuevo a las legiones. —¿Qué otra cosa se podría hacer con dos oficiales tan magníficos?

Fue como si a Cato se le hubiera aflojado un enorme nudo en el pecho y de nuevo pudo volver a respirar. En principio, durante un instante se sintió indignado por haber sido objeto de semejante sentencia. Luego transigió y saboreó la sensación de alivio que las palabras de Narciso le habían proporcionado. Su preocupación había desaparecido. La sombra del ejecutor que lo había acechado durante meses se desvaneció y sintió el enorme consuelo de un hombre que puede volver a mirar hacia el futuro. Macro y él no tardarían en volver a estar en el lugar al que pertenecían: sirviendo a las Águilas.

—¿Entonces tenemos un acuerdo, centurión? No dirás ni una palabra a nadie sobre los rollos mientras vivas.

—Sí, señor —asintió Cato con solemnidad—. Tiene mi palabra. Y estoy seguro de que puedo hablar también en nombre de Macro, señor.

—Estoy seguro de que sí.

Llamaron a la puerta y Narciso se volvió hacia ella.

—¡Adelante!

El criado entró en la habitación e hizo una reverencia. —La comida y el vino para estos caballeros están preparados, señor.

—Muy bien.

El criado bajó la cabeza y abandonó la estancia, mientras Narciso volvió a dirigirse a sus visitantes.

—Bueno. Creo que con esto termina nuestro asunto. Entregadme vuestros informes en cuanto estén listos. Podéis dejárselos a mi secretario.

Se levantó de la silla y los demás hicieron lo propio. Entonces Narciso los acompañó hasta la puerta, donde estrechó la mano a Vespasiano e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Una vez más, mi más profundo agradecimiento por todo lo que has conseguido.

Vespasiano asintió con un gesto cansado y salió de la habitación. Cato se había quedado un tanto rezagado y estaba al lado de Vitelio cuando el secretario imperial le estrechó el brazo y se despidió de él. Narciso hizo una reverencia y Vitelio agachó la cabeza en señal de reconocimiento. Al hacerlo, Cato no pudo evitar fijarse en que Vitelio tenía una marca de nacimiento de color púrpura en el brazo, justo debajo del ribete de la túnica. Más que la marca en sí, lo que a Cato le llamó la atención fue su forma: una media luna casi perfecta de poco más de dos centímetros y medio de longitud, con forma de arco de cazador.

—Por el momento me despido de ti, Vitelio —decía Narciso—. Que la suerte te acompañe.

Vitelio le devolvió la sonrisa.

—Sí, estoy seguro de que lo hará.

NOTA DEL AUTOR

La armada imperial romana ha sido objeto de muchas menos investigaciones que las legiones, y son muy pocos los testimonios que han sobrevivido para ofrecernos una visión verdadera y exacta de sus barcos. Para aquellos lectores interesados en leer más sobre la marina romana, sugiero que obtengan una breve perspectiva general con la excelente obra de Peter Connolly, *Greece and Rome at War*. También merece bastante la pena la lectura de *The Imperial Roman Navy* de Chester Starr, aunque es difícil de encontrar.

Existen unas cuantas desviaciones conscientes de los hechos históricos en este relato. En primer lugar, he utilizado los más recientes términos de «babor» y «estribor» para darles a nuestros marineros romanos cierta atmósfera náutica. En segundo lugar, he desplazado la base de la flota de Rávena a un lugar más cercano al puerto comercial. En realidad, las bases navales romanas se situaban a cierta distancia de la confusión de las embarcaciones comerciales. No obstante, no quería dejar exhaustos a Macro y Cato con largas caminatas hasta la ciudad para ir a tomar una copa.

Aparte de las dos enormes bases navales de Miseno y Rávena, otras flotillas adicionales se hallaban diseminadas por las fronteras del Imperio. Las flotas se encargaban de vigilar las rutas marítimas y de proporcionar fuerzas militares adecuadas que pudieran desembarcar allí donde hubiera una necesidad urgente de presencia armada. 0

NARRATIVAS HISTÓRICAS Et»J ASA

Para los marineros y mercaderes de la Antigüedad, la piratería era una dura realidad cotidiana. 1) e hecho, durante el siglo 1 a. C., los piratas desembarcaban con descaro en la península italiana para raptar viajeros en la Vía Apia. Esta actitud desmedidamente orgullosa llegó a su apogeo con un asalto al puerto de Ostia, durante el cual los piratas incendiaron una flota de buques de guerra romanos. En opinión del Senado romano, este atrevido acto se pasaba de la raya, por lo que se apresuró a autorizar a Pompeyo el Grande a reunir una gran flota que dejara el mar libre de piratas. Así lo hizo con una campaña relámpago de tres meses. A partir de entonces, los piratas se vieron obligados a operar a mucha menor escala y hombres como Telémaco representarían apenas una amenaza esporádica para las rutas marítimas. En cualquier caso, el combate entre la flota de Rávena y los barcos de Telémaco quedaría empujado ante la magnitud de las acciones navales de las guerras Púnicas y Civiles.

En este sentido, la misión histórica de la armada imperial fue un éxito absoluto durante casi tres siglos. Tal como señala Chester Starr, su tarea «no era librar batallas, sino hacer que éstas resultaran imposibles».

En otro sentido, y a pesar de las representaciones fijadas por Hollywood en las que las galeras romanas son impulsadas por cadenas de esclavos, es probable que la realidad se acercase más al estilo de las galeras del Renacimiento, en las que los remeros eran una mezcla de esclavos y hombres libres que cobraban por sus servicios.

Un último comentario. Por supuesto, los rollos délficos (o rollos sibilinos) están inspirados en la historia de la Sibila de Culpas.

* También editado en Pocket Edbasa

TÍTULOS PUBLICADOS

Ackroyd, Peter Chatterton
Ackroyd, Peter El último testamento de Oscar Wilde
Ackroyd, Peter Dan Leno, el Goleta y el music hall
Ackroyd, Peter Milton en América Ackroyd, Peter La conjura de Dominus Aguiar,Joáo Viriato
Aguiar, Joio Inés de Portugal
Alí,Tariq La mujer de piedra
Arden, John Vida de un republicano
Aridjis. Hornero 2. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla Aridjis, Hornero El señor de los últimos días
Aridjis, l lomerio Memorias del nuevo mundo Arsenal, León La boca del Nilo
Arsenal, León Las lanzas rotas
Asch, Sholem María
Baer, Frank El puente de Alcántara* Banville, John Copérnico*
Banville, John Kepler*
Bartol,Vladintir Alamut
Bennassar, Bartolomé El galeote de Argel Betanzos, Miguel La máquina solar Betanzos, Miguel Américo
Vespucio Betanzos, Miguel Inquisición
Braent, l larald Tanausú, el último rey de los guanches Burgess,Anthonv El reino de los réprobos Burns,
Ron Noches de Roma
Burns, Ron Sombras de Roma Caillois, Roger Poncio Pilatos
Chandernagor, Fran4oise La habitación Chapman, Robin El diario de la duquesa* Charbonnier, Rita
Nannerl, la hermana de Mozart